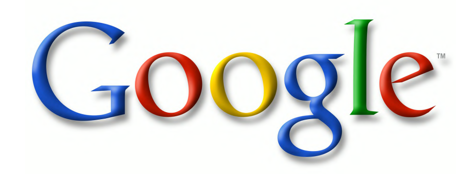


Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

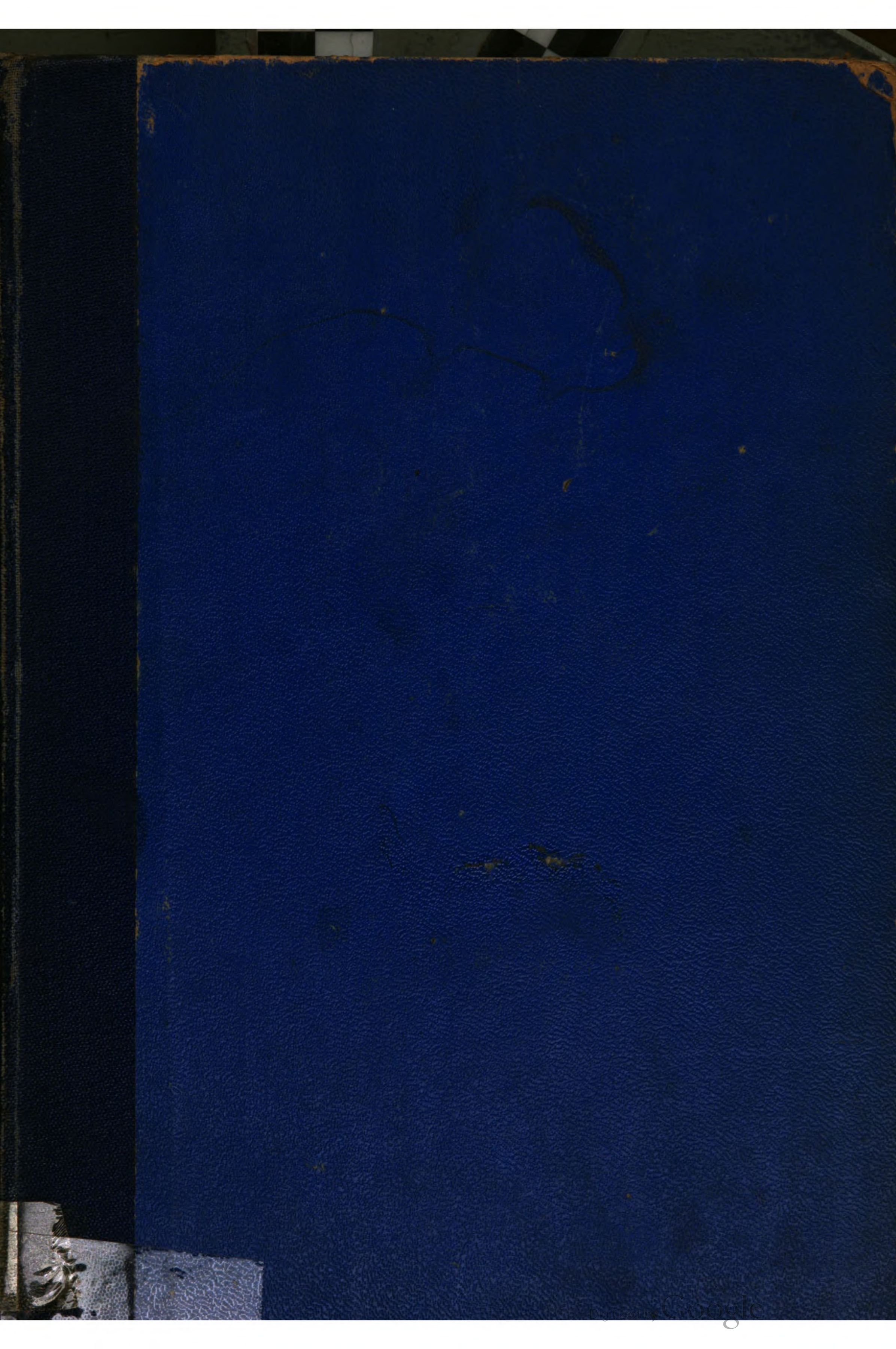
+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`





Digitized by Google



Digitized by Google

2 Vols. . M. 66 L. D

R. 1042.

Digitized by Google



LA
IGLESIA ROMANA
Y LA REVOLUCION.

Digitized by Google

Digitized by Google

LA
IGLESIA ROMANA
Y LA REVOLUCION,

OBRA COMPUESTA EN VISTA DE DOCUMENTOS INÉDITOS

POR J. CRÉTINEAU-JOLY,

Y TRADUCIDA AL CASTELLANO DE LA TERCERA EDICION FRANCESA

POR

D. VICTOR GEBHARDT.

CON REVISION Y CENSURA

del Dr. D. Buenaventura Ribas, presbítero.

Merses profundo, pulchrior evenit.
Horatii Carminum, lib. IV, od. IV

187350

TOMO PRIMERO.

8º
301 p.

SEMINARI D'HISTÒRIA
ECLESIÀSTICA CONTEMPORÀNIA
* * *
FUNDACIÓ Mn. J. BONET i BALTÀ

BARCELONA.

SOCIEDAD TIPOGRÁFICA EDITORIAL LA MARAVILLA,
calle de Aviñó, número 20.
1867.

Digitized by Google



Barcelona: Imp. de Luis Tasso, Arco del Teatro, callejon entre los números 21 y 23.

Digitized by Google

Próxima á publicarse la tercera edicion de la presente obra, el Sumo Pontífice se dignó dirigir al señor Crétineau-Joly el Breve que á continuacion se copia, esplendente consagracion de la *Iglesia romana y la Revolucion* y la más grata recompensa que podia recibir el autor.

DILECTO FILIO JACOBO CRÉTINEAU-JOLY

Lutetiam Parisiorum.

PIUS PP. IX.

Dilecte Fili, salutem et Apostolicam benedictionem. Præcipuam á Nobis gratiam inivisti dum duos ante annos exarandi operis cœpisti consilium modo absoluti ac denuo typis evulgati, quo romanam hanc Ecclesiam jugiter malorum odio atque invidia vexatam documentis ostenderes in publicarum hujus nostræ ætatis rerum conversionibus victricem. Itaque ejus exemplaria perlibenter a te dono accepimus, quo de humanissimo officio debitas ipsi tibi persolvimus gratias. Cæterum quæ consecuta sunt, heu! nimis tristia, sanctæque huic Petri Sedi et Ecclesiæ maxime infensa adversa que tempora haud possunt Nos despondere animum quandoquidem Dei est causa quam agimus, pro qua decessores Nostri carcerem et exilium perpessi præclarum Nobis quod imitemur exemplum reliquerunt. Precemur idcirco omnipotentem Dominum, ut sua Nos virtute roboret, atque ut preces exaudiat, quas ad sævissimam hanc tempestatem depellendam unanimiter ubique facit Ecclesia. Præcipuam in te caritatem Nostram Apostolica confirmamus benedictione, quam cœlestis omnis gratiæ auspicem ipsi tibi, dilecte Fili, domuique tuæ universæ effuso paterni cordis affectu peramanter impertimur.

Datum Romæ, apud S. Petrum, die 25 februarii 1861.

Pontificatus Nostri anno XIV.

Pius PP. IX.

Digitized by Google

Hijo querido, salud y bendicion apostólica. Títulos especiales has adquirido al reconocimiento Nuestro cuando hace dos años formaste el proyecto de componer una obra que ha sido terminada no ha mucho y dada de nuevo á la estampa, encaminada á mostrar por medio de documentos á esta Iglesia romana de contínuo blanco de la envidia y encono de los malos y triunfante siempre en medio de las revoluciones políticas de nuestro siglo. Por lo mismo Nos hemos recibido con gozo los ejemplares que Nos has ofrecido, y por esa afectuosa atencion tuya te tributamos justas acciones de gracias. Los tiempos que despues han venido, tiempos ¡ay! muy tristes y acerbos por lo funestos á esta Sede de Pedro y á la Iglesia, no bastan á desasosegar Nuestra alma, pues la causa que defendemos es la causa de Dios, y por ella Nuestros predecesores padecieron prisiones y destierros, legándonos de este modo hermoso ejemplo que imitar. Supliquemos, pues, al Señor todopoderoso que con su virtud Nos fortifique, y oiga propicio las oraciones que la Iglesia levanta por todos lados con unánime voz para que se desvanezca la horrible tormenta. Y confirmámoste Nuestro particular amor con la bendicion Apostólica, prenda de las celestiales gracias, que á tí, amado hijo, y á toda tu familia te enviamos con toda la efusion de Nuestro paternal corazon.

Dado en San Pedro de Roma, á los 25 de febrero de 1861, año XIV de Nuestro pontificado.

Pio IX, papa.

Digitized by Google

LA
IGLESIA ROMANA
Y LA REVOLUCION.

LIBRO PRIMERO.

PIO VI Y LA REVOLUCION FRANCESA.

Estado de Europa en 1775.—Cuadro de la época.—La anarquía en las inteligencias precursora de la anarquía material.—Voltaire y su siglo.—La Iglesia y el filosofismo.—Medios empleados para destruir la Sede romana.—El jansenismo y sus doctrinas.—Su secreta alianza con los filósofos y los incrédulos.—Los jansenistas son revolucionarios por instinto.—Sus combates contra la Iglesia y los tronos.—Moral irrealizable que predican para oponerse á los preceptos comunes de la Religion.—Jesuitas y jansenistas.—Galicanismo eclesiástico y galicanismo seglar.—Diferencia entre el clero galicano y los togados.—Orígen del galicanismo.—El cardenal Perron y Bossuet.—Luis XIV y el papa Alejandro VIII.—Los parlamentos constituyen en código de insurreccion las máximas de la iglesia galicana.—El jansenismo de Holanda produce el josefismo en Austria.—El emperador José II y sus reformas eclesiásticas.—Retrato del monarca.—Sus tendencias y propósito.—Trastornos causados en Alemania por las leyes dadas contra la libertad de la Iglesia.—Eleccion de Pio VI.—Su retrato.—Situacion del clero romano.—Jubileo de 1776.—Viaje del Papa á Viena.—El príncipe de Kaunitz.—Revoluciones en Brabante.—El emperador ruega al Papa que dirija su voz á los católicos belgas.—El Papa accede á su ruego.—Muerte de José II.—Escipion Ricci, obispo de Pistoya.—Sínodo de Pistoya y de los abogados italianos.—Conferencia de Ems.—Pacca, nuncio en Colonia.—Pio VI y Luis XVI.—Causas de la revolucion francesa.—La asamblea nacional y los grandes principios de 1789.—La Iglesia delante de la revolucion.—Mirabeau y sus contemporáneos.—El Dios de paz y el progreso social.—Cómo se alucina revolucionariamente al pueblo.—Thiers, Luis Blanc y Michelet.—Pitt y Burke.—Despojo del clero.—Jansenistas y togados redactan la constitucion civil del clero.—Exámen de dicha constitucion.—Camus y el presbítero Gregoire.—Paralelo entre la saña de la inquisicion y la tolerancia revolucionaria.—Pio VI, apoyo de Luis XVI y del episcopado frances en sus combates.—Persecuciones contra la Iglesia.—Cuadro del terror.—Los monarcas de Europa y el Papa á la vista del cadalso de 21 de enero.—Apatía de los unos; entereza del otro.—Pitt propone al Papa que se coloque á la cabeza de una cruzada contra la revolucion.—El directorio y la Iglesia romana.—Las naciones oprimidas y la revolucion.—¿Qué se entiende por nacion oprimida?—Teoría demagógica de emancipacion.—Primeras campañas de Bonaparte en Italia.—El general vencedor se niega á marchar contra Roma.—Muerte de Dufot.—El directorio frances resucita la república romana.—El ex-padre del oratorio Daunou y el calvinista Haller. Orígen del patrimonio de San Pedro.—Motivos de haber sido constantemente atacada la soberanía temporal del Papa por los herejes, los incrédulos y los malos sacerdotes de todas las épocas y de todos los países.—Necesidad del poder temporal.—Pio VI prisionero de la revolucion.—Viaje triunfal del cautivo por Italia y Francia.—Su fallecimiento.—Situacion de Roma republicana.—Pio VI será el último papa.

Despues de cinco años de un pontificado famoso, más que por luchas gloriosas por humillantes concesiones, Clemente XIV habia descendido al

Digitized by Google

sepulcro acompañándole á él por todo cortejo los pesares y las bendiciones de la incredulidad. El cónclave está reunido, y al colocar en la Cátedra apostólica (15 de febrero de 1775) al cardenal Juan Angel Braschi, el cual toma el nombre de Pio VI, hállase expuesta la Iglesia romana á grandísimos peligros. El siglo XVIII, que comienza por las engalanadas y alegres saturnales de la regencia para abismarse al fin en la orgía religiosa, moral y política del directorio, se ha colocado en lugar singularísimo y propio en la historia del espíritu humano: por sus filósofos que fueron pensadores lastimosamente libres, por sus poetas á quienes no encendió mas inspiracion que la del vicio, por sus escritores de toda ley y de todo país embriagados por el genio de la destruccion, por algunos de sus obispos que creyeron conjurar el mal asociándose á él y acomodando el Evangelio á las necesidades del siglo, por sus príncipes y políticos que, sobrecogidos de culpable desaliento ú obedeciendo á vil complicidad más culpable aun, se aislaron sin otro pensamiento que sus pasiones ó intereses, aquella edad estaba sazonada para la revolucion, la cual se iba verificando en las ideas, en las costumbres, en las leyes y en el gobierno de los pueblos ántes de encarnarse en los hechos.

La impiedad, excepcion hasta entónces, se convertia en regla y cosa de moda, en recreo y esparcimiento popularizado por el vicio y el sarcasmo, y de casa en casa, de hombre á hombre iba extendiendo su invasion funesta. La autoridad de las sagradas tradiciones, lazo de las almas, fue conmovida y resquebrajada; la indiferencia y la duda ocuparon un sitio en el hogar de la familia; las bases históricas del cristianismo fueron miradas como tejido de mentirosas fábulas, y sus dogmas pasaron á la categoría de las cosas absurdas. De la disolucion y el crímen hízose un sistema, y despues de inspirar en los corazones la independencia, la insubordinacion y el error, logróse que aquel siglo saborease alegre el pan de todas las infamias. La diestra del Señor le alargó el cáliz de su ira, y apuró aquella copa de torpe embotamiento hasta las heces.

Por las palabras de sus príncipes y falsos profetas, por los escritos de sus doctores y el cinismo de sus cortesanas, por el apático sueño de sus pastores de almas á una con la febril actividad de sus apóstoles de la sinrazon, aquel siglo, al cual se encenagaba en placeres ántes de abismarle en maldades, parecia gritar á Dios lo mismo que se dice en el libro de Job : « Apártate de nosotros : no queremos conocer tus caminos.» Y á considerar lo que en las córtes se tramaba y lo que se realizaba á la luz del dia en todas las obras literarias, tentada estaba el alma de pensar que Dios, dócil por vez primera al sacrílego mandato, abandonaba á los hombres á fatal locura. La depravacion descendia de lo alto, é insensiblemente se propagaba á ciudades y aldeas.

En aquellos tiempos, las naciones, segun palabras del Salmista, estaban llenas de turbacion, y los reinos humillados iban perdiendo poco á poco el don de la inteligencia. Los sofistas, armados con sus libros humanitarios, ejercieron la autoridad de déspotas con la bajeza de esclavos, y para arrogarse el derecho de corromper á los pueblos, halagaron el orgullo y la vanidad de los reyes, y lisonjearon los caprichos de sus damas y ministros. En pro-

Digitized by Google

sa y verso marcharon á la conquista de la tolerancia y la virtud, y en seguida lanzaron por el mundo la simiente de desórdenes morales y sensuales perversiones que no ha dado aun todo su fruto. Proclamáronse libertadores de las naciones, árbitros supremos de lo justo y de lo injusto, sostenedores de derechos y vengadores de oprimidos; y con inconsecuencia notoria que no vacilaban en elevar á regla, probaban de un modo irresistible lo vano de la prudencia humana y la perfidia de los corazones sin remordimientos. Enemigos de la Roma pontificia á la cual, segun Bossuet, debe su civilizacion Europa, una duda universal era lo único que para reemplazarla proponian, y todos porfiaban en la demolicion del cristianismo, como groseros peones que derriban piedra por piedra el palacio cuya magnífica construccion y hermosas proporciones son cosas para ellos del todo ignoradas.

Sacados de la nada más por la casualidad que por el talento, el lujo y los placeres eran para ellos cosa nueva, y no acertaban á saciarse de su goce. Su pluma que fue alternativamente látigo y puñal, sus obras trasformadas en ladronera, excitaron en las almas una nube de pasiones que el mundo no habia aun conocido. La ciencia enemiga se impuso el cargo de propagar la incredulidad; erizada de epigramáticos sofismas sudó á mares para investigar lo creado y ponerlo en contradiccion con los monumentos, y luego de haber querido agotar las varias fuentes de los conocimientos especulativos y tradicionales, intentó no dejar en pié ni un punto solo de la fe cristiana, para lo cual hizo de la negacion un dogma y profesó el materialismo.

Los luteranos y calvinistas conservaron la fe y los hechos principales que van unidos á los fundamentos de la religion; mas la filosofía del siglo XVIII creyó poder atropellarlo todo y prescindir de tales miramientos. Aduladora del mal, quiso, segun expresion de Tácito, abolir la conciencia humana, y para mejor absolver á sus clientes del tiempo pasado no vacilaron sus corifeos en pervertir el alma de sus contemporáneos.

En un siglo que no reflexionaba sobre cosa alguna, sino que se burlaba de todas, no dejaron de nacer hombres previsores en los diferentes estados sociales, y, cada uno desde el lado propio, prorumpieron en pronósticos siniestros. La voz de los obispos, la del Padre comun de los fieles eran sofocadas por las cautelosas protestas de la desobediencia condicional ó por los sarcasmos de los impíos, que ni su misma impiedad tomaban por lo sério; pero Metastasio, el poeta á quien los italianos han apellidado su Racine, sin dejarse intimidar por amenazas ni lisonjas, pinta en estos términos el cuadro de la época:

«Con gran dolor contemplo, escribia á su hermano en 1761, difundirse por toda Europa un espíritu de cábala y rebelion. Ya los filósofos, cuyo objeto es emancipar á los hombres del yugo de la religion y de toda clase de dependencia respecto de la autoridad, se esfuerzan en destruir los principios que son indispensable asiento de la sociedad; y si la Providencia, para castigo nuestro, permitiese el triunfo de sus anárquicos sistemas, seria cosa de ver cómo habian de componerse en medio del cataclismo que tanto desean. No vayas á creer que sea nuevo lo que nos ofrecen como flamantes descubrimien-

Digitized by Google

tos; todas sus doctrinas son por el contrario muy viejas; pero es el caso que ántes sus perniciosas máximas llegaban á lo más hasta algunos literatos depravados, cuando hoy, merced á una verdadera lluvia de licenciosos opúsculos, son lo que alimenta la conversacion de todo el mundo, la ciencia que más priva y el código de moral de los jóvenes elegantes y de las mujeres de trato cortesano.

«¡Desgraciada humanidad!»

La desmoralizadora escuela, cuyos pasos y progresos indica Metastasio, quiso acabar de una vez con todos los principios y las tradiciones todas. No era aun llegado el tiempo de dar el ataque á la sociedad civil, pues para alcanzar el fin principal era necesario poder contar con sus cabezas y caudillos, y despues de rodear á estos de centinelas y aduladores cortesanos, dióse la voz de lanzar contra el cristianismo todas las fuerzas vivas de un siglo fecundísimo en turbulencias intelectuales.

Más de mil setecientos años hacia que la idea cristiana era representada, dirigida y encaminada por el sucesor de Pedro: para que la anarquía germinara en los corazones y llevase la confusion á la fe de los pueblos, lo primero era romper los lazos de la potestad espiritual, dejar á Roma sola y aislada poco á poco, y separarla, por medio de la hipocresía ó de la fuerza, del contacto de las naciones; y para alcanzarlo, para triunfar del Pastor supremo y destruir la Iglesia romana, sus nuevos enemigos creyeron ser lo más conducente complicar en la conspiracion á los monarcas y sus ministros, halagándoles con fingido respeto á los tronos y falaz cariño por la humanidad esclavizada. Habian leido, comprendido y meditado el siguiente pasaje de Fenelon, y todo su afan era aplicarlo: «Todo lo que, con apariencia de flaqueza, envilece en la imaginacion del comun del pueblo la autoridad de la Santa Sede, lleva insensiblemente al cisma: con ello las almas celosas pierden aliento y ganan en temeridad los adversarios. Cuanto más se les permite, á más se atreven (1).»

Provistos de un específico que no habian inventado, pero del cual les convenia sacar todo el partido posible, los sofistas dieron comienzo á su obra de destruccion por Francia, nacion en cuyas ideas se trasparenta siempre la ironía.

La Iglesia romana habia peleado y arrostrado la ira de enemigos más poderosos, es verdad; pero nunca los habia tenido tan insolentes y astutos. Á ejemplo del protestantismo y de todas las sectas separadas de la comunion romana, no la atacaron en un punto determinado; procurando no circunscribir la guerra á una ó muchas máximas capciosas, ensancharon el círculo de hostilidad y odio hasta las proporciones de la burla universal, y para resumir en un grito los deseos de todos tomóse de Voltaire la divisa que hubo de servir de punto de partida y de reunion á las maquinaciones del entendimiento y del habla. ¡Anonademos al infame! fue el santo y seña dado y recibido; Voltaire lo habia inventado, y sus discípulos de todos los países y de toda jerarquía impusiéronse por obligacion el realizarlo. Con palabras de miel ocultaban

(1) *Carta de Fenelon al P. Daubenton*; 12 de abril de 1714. *Correspondencia*, t. IV, p. 462 (Paris, 1827).


Digitized by Google

la sequedad de sus almas, y, como el maestro, hicieron de la compasion un instrumento, de la benignidad un alevoso lazo y de la piedad una furia.

Aquel hombre que sin disputa fue en la tierra la encarnacion ménos imperfecta del demonio, llevó todo lo vergonzoso á un punto sorprendente; con la incesante risa, patrimonio de su gran talento, estaba sacrificando una prolongada existencia al olvido de aquellas sublimes palabras de Tácito: Toda bajeza es deshonra; mancilló las glorias todas de Francia, puso por el lodo todos los sentimientos patrióticos, y despues de haber intentado abofetear el rostro de Dios dióse á demoler y á arruinar piedra por piedra el culto de lo pasado, que es en los pueblos la piedad filial.

Elévase en la historia una figura radiante y bella cual ninguna, medio ángel y medio héroe, envidiada á Francia por las demas naciones, y Voltaire, que se vió sin fuerzas para arrancar de los corazones la memoria de Dios, se aplicó á infamar, por medio de mil lúbricas imágenes y calumniosas vilezas, á la inmortal y popular Doncella. Los ingleses sólo se atrevieron á quemarla viva en la hoguera de Ruan; él, en su poema incalificable, se ensañó en deshonrarla muerta y en destronar su virginidad; y Francia, que no tenia tiempo ni para irritarse y que quizas no habria tenido siquiera fuerzas para ello, dobló la frente bajo la apoteósis del vicio, y pasó por aquella triste expiacion de una gloria sin igual.

Voltaire dió la señal de una guerra implacable á los más nobles y honrados sentimientos; pero vistiendo de oropel la mentira, halagando los instintos perversos, cubriendo con una máscara su verdadero sentir y echando negro manto sobre sus creencias, aquel escritor, generalísimo del poderoso ejército levantado contra Roma, no pensó en que recoge tempestades quien se entretiene en sembrar vientos. Por mucho que sea el orgullo del hombre no le está permitido aspirar á tal cúmulo de estragos; en revolucion, lo que un hombre de ingenio empieza lo acaban más de una vez obreros de ínfima especie, y por más desden que le inspiren sus servicios mercenarios y repugnante auxilio, llega un dia en que le toca aceptarlos y sufrirlos. Voltaire abrió el camino; en pos de él lo emprendieron una nube de escritores, de los cuales ni siquiera el nombre sobrenada en el abismo sin fondo de la historia, y la Iglesia fue denunciada, juzgada y escarnecida por esos hambrientos disolutos que habian de aherrojar la verdad y poner grillos al espíritu humano, cansado de sí mismo.

La Santa Sede, esto es, el centro de la fe cristiana y el lazo de la unidad católica, se veia expuesta á los ataques de enemigos que, para aniquilarla, empleaban toda clase de armas. Hostigábanla con sarcasmos; minábanla con raciocinios; procuraban hacerla odiosa presentándola á la luz de la historia y de la razon humana como enemiga nata del progreso social y de la felicidad de todos, y tratándose de la generacion del siglo XVIII, hastiada de todo, pero que de nada podia privarse, la idea más falsa, con tal que fuése envuelta en agudas palabras ó en afectado filantrópico sentimentalismo, segura podia estar de hacer prosélitos. Los cortesanos y gente disoluta formaban su inevitable cortejo; penetraba por el mundo en brazos de ilustres damas y de co-

Digitized by Google

mediantas, y despues de recorrer una á una las aristocráticas salas iba á perderse en las provincias. Apénas un número reducido de corazones escogidos alcanzaban á arrojar un jiron de púrpura sobre los harapos de tan desatentadas miserias.

Y habia en ellas tanta candidez al propio tiempo que audacia, que el mismo Juan Jacobo Rousseau las reconoce como el acto más habitual de la existencia al inculcar, por ejemplo, á las madres de familia la obligacion de criar á sus hijos, lo cual no le impedia exponer los suyos propios á la caridad pública. «Animales de gloria» llamaron Tertuliano y san Jerónimo á los filósofos de su época, y Juan Jacobo se encarga de probar que los filósofos de los tiempos todos, y especialmente del suyo, son merecedores de calificacion semejante. «Nadie ignora, escribe el sofista ginebrino, que su sistema no tiene más sólidos fundamentos que los otros; mas lo defienden sólo porque es suyo. No existe uno que si llegara á descubrir lo verdadero y lo falso dejase de preferir á la verdad descubierta por otro la mentira por él inventada. ¿Donde está el filósofo que, en tratándose de su gloria, no consintiese de buen grado en engañar á todo el género humano? ¿Dónde el que en lo íntimo de su corazon se proponga otro objeto que elevarse y distinguirse? Hacerse superior al vulgo, ofuscar á sus competidores es el objeto de todos sus afanes...»

En aquella época fecundísima en contradicciones, en la cual entre incomprensibles é ingeniosos devaneos la revolucion iba verificándose en las regiones superiores ántes de descender á lo más bajo, la frivolidad aguda de los unos sirve apénas de excusa á la ciega incuria de los otros. La incredulidad es la única y verdadera fe de aquel siglo, y la historia, al ver pasar aquellos pobres sucesores de ilustres familias, sin otro afan que la deshonra de sus limpios timbres, no puede ménos de lanzarles al rostro aquella antigua y profética maldicion: «Filii heroum noxæ.» Entre los prodigios de un lujo indescribible habia complacencia en ponerlo todo en duda; abríase ancha brecha en las nociones del bien y en los principios en que descansan los estados con el pretexto de llegar á una perfeccion imaginaria, y con la loca esperanza de ver consumada la destruccion de la Iglesia no asustaba la idea de trastornar los mismos elementos constitutivos del órden social.

Mil veces habia sido formado este proyecto, pero nunca se presentaron caractéres más idóneos para realizarlo. En los palacios y en la magistratura, en el clero y en la nobleza, en la clase media y entre los escritores, nueva clase que descubrimos en el estado de potencia, se experimentaba necesidad tal de innovacion, que una sola cosa causaba aun sorpresa, y era encontrar todavía algunas virtudes en el lodazal de tantos vicios. Esto parecia tan monstruoso á los unos y tan intolerable á los otros, que nunca hubo guerra más encarnizada contra los escasos defensores de los principios sociales; sus nombres y sus obras fueron entregados al escarnio público, y hechos la burla de todos quedaron cubiertos con el baldon de la ridiculez.

Aquellos que, á semejanza de Ciceron escribiendo á Atico, tenian ánimo suficiente para murmurar, dominados por amargos presentimientos: «¡Véd

Digitized by Google

de qué vergonzosa muerte nos morimos! » aquellos profetas de la inminente ruina sucumbian al instante mismo heridos por punzantes rechiflas, y su voz de alarma era recibida con burlonas coplas ó necios dichos populares. Inoculábase á la sociedad un ardor febril de rebelion, y los cuerdos y prudentes que, al ver las llamas, querian dar la voz de fuego, fueron considerados por el mundo como energúmenos cuya demencia era materia de nuevo pasatiempo. La revolucion llegaba con pasos de gigante llevada en triunfo por los poderosos de la tierra, y como las revoluciones todas habia de componerse y tomar fuerzas de las necedades hechas por los sabios, de las extravagancias dichas por los hombres de talento y de los delitos cometidos ó aprobados por la gente de bien.

Voltaire habia creado el siglo XVIII á su imágen y semejanza, y despues de animarlo con su burlona y sarcástica sonrisa, habíale inspirado sus aversiones y comunicado sus hábitos. Voltaire abrigaba profundo odio hácia un enemigo personal, y queriendo á toda costa anonadarlo, á su imaginacion, que soñaba con un mundo nuevo, sonreia la funesta obra que Juliano el Apóstata no hizo mas que bosquejar en su imperial omnipotencia. Demasiado habian vivido Jesucristo y su Iglesia, y Voltaire entró en campaña para borrar el Evangelio de la mente humana, ofreciendo á los hombres, en vez del reino de la Cruz, el reinado de su orgullo y el imperio de la universal decadencia. Con él y por él la corrupcion tomó apariencias de originalidad y el cinismo de agudeza; su ingenio consistió en vivir todo el tiempo posible á expensas de la estolidez humana, y poseyendo la malicia de la culebra y la ponzoña de la víbora inoculó su pluma en el comun del pueblo uno de aquellos odios que, como el puñal del salvaje, conservan eternamente el veneno: no quiso dejar un dios á nadie para ser él el ídolo de todos.

Para su obra evocó auxiliares en todas las clases de la sociedad, y así los halló en el trono como en las sentinas de la literatura. Los reyes y sus ministros, algunos prelados é innúmeras cortesanas ostentaron en la frente como precioso joyel de popularidad la señal de sus interesadas alabanzas, y al hallarse rodeado de los auxiliares del desórden de que habló el apóstol san Pablo, «de aquellos hombres amadores de sí mismos, codiciosos, altivos, soberbios, blasfemos, desobedientes á sus padres, desagradecidos, malvados, sin aficion, sin paz, calumniadores, incontinentes, crueles, sin benignidad, traidores, protervos, orgullosos, amadores de placeres más que de Dios, y llevando cautivas á las mujercillas cargadas de pecados y arrastradas de diversas pasiones (1), » Voltaire juzgó seguro el triunfo.

Mas no tenia la vocacion del martirio; si aspiraba á matar el alma queria respetar el cuerpo que la envuelve, y á fines del año 1768, en una carta dirigida al marques de Villevieille, trazaba en estos términos el plan de conducta á que se mantuvo siempre fiel: « No, mi querido marques; los Sócrates modernos no beberán la cicuta, pues para mí tengo, y sea dicho entre nosotros, que el de Aténas fue un hombre sin prudencia, un ergotista im-

(1) II Espístola de san Pablo á Timoteo, c. III.

Digitized by Google

pertinente que se habia atraido el encono de mil enemigos y la animosidad de sus jueces.

«Nuestros filósofos de hoy son más diestros y ladinos, y no tienen la tonta y peligrosa vanidad de escribir el nombre en sus obras; manos invisibles arrollan el fanatismo de un extremo á otro de Europa con las saetas de la verdad. Damilaville, fallecido recientemente, era autor del « Cristianismo desenmascarado » y de otros muchos escritos, y nadie lo ha sabido, pues miéntras vivió sus amigos le han guardado el secreto con fidelidad digna de la filosofía. Nadie sabe tampoco quién sea el autor del libro firmado con el nombre de Freret, y desde hace dos años se han impreso en Holanda más de sesenta volúmenes contra la supersticion, siendo sus autores del todo desconocidos, por más que no hubiesen de correr el menor peligro en descubrirse. El italiano que compuso la «Riforma d' Italia» no curó de ir á presentar su libro al Papa, y sin embargo ha causado portentoso efecto. Mil plumas escriben y cien mil voces se elevan contra los abusos en favor de la tolerancia, y estad segurísimo de que la revolucion verificada en los ánimos desde hace doce años ha contribuido muy mucho á expulsar á los jesuitas de tan gran número de estados y á comunicar á los príncipes aliento para herir al ídolo de Roma que los hiciera temblar en otra época. El pueblo es muy necio, pero aun así la luz va llegando hasta él, y cierto podeis estar, por ejemplo, de no encontrar en Ginebra veinte personas que respeten á Calvino más que al Papa, así como de que existen ya filósofos hasta en las trastiendas de Paris.

«Al mirar la verdadera religion, esto es la del alma, establecida sobre las ruinas de las ficciones, moriré contento. Siempre he predicado la adoracion de un Dios, la beneficencia y la benignidad; y con sentimientos tales no tengo reparo en desafiar al diablo, que no existe, y á los verdaderos diablos fanáticos, cuya existencia es por desgracia muy cierta.»

Pocos años habian trascurrido y los médicos encargados de dar muerte al enfermo se felicitaban entre sí por los progresos de la filosofía, y en 13 de agosto de 1775 Federico II de Prusia escribia á Voltaire lo siguiente:

«Verdad es y mucho cuanto decis de nuestros obispos teutónicos, y es cierto que engordan con los diezmos de Sion; mas no ignorais que en el santo romano imperio los antiguos usos, la bula de oro, y otras mil añejas necedades quieren que se respeten los abusos establecidos... Para rebajar el fanatismo conviene no tocar á los obispos; pero si se logra disminuir los monjes y en especial las órdenes mendicantes, el pueblo se enfriará, y ménos supersticioso permitirá que los monarcas vayan preparando á los obispos para lo que importa al bien de los estados. Esta es la única senda accesible; minar sordamente y sin ruido el edificio de la estolidez equivale á obligarle á venir por sí solo al suelo. En la situacion en que está el Papa se ve obligado á expedir breves y bulas en el sentido que exigen sus amados hijos; su poder, cimentado en el crédito ideal de la fe, baja á proporcion que esta disminuye, y por poco que se conserven á la cabeza de las naciones algunos ministros superiores á las preocupaciones vulgares, ya veréis como el Padre

Digitized by Google

Santo hace bancarota... y no cabe duda en que gozará la posteridad del inmenso beneficio de poder pensar libremente (1). »

Así, pues, ese rey de Prusia que fue á una un gran guerrero, un gran político y un gran déspota, se ocupa con Voltaire, desde su palacio de Potsdam, en preparar en los demas pueblos la victoria de los libre-pensadores. Protestante de nacimiento, pero incrédulo por sistema y burlon por naturaleza, felicita al patriarca de Ferney por sus triunfos sobre la Iglesia y el Pontificado. «A Baile, precursor vuestro, le escribe en 8 de setiembre de 1775, y á vos es debida sin duda alguna la gloria de la revolucion que se está verificando en las inteligencias. Mas, á decir verdad, no es aun del todo completa; los devotos tienen partido, y únicamente por medio de la fuerza se conseguirá anonadarlo. Del gobierno ha de partir la sentencia... y aunque tengo por seguro que así será con el tiempo, ni vos ni yo hemos de ser espectadores del acaecimiento suspirado. »

No se detiene el rey de Prusia en tan buen camino, y conocedor de los príncipes y ministros de su época, presiente sus necesidades pecuniarias, adivina su secreta codicia, y escribe: «Tengo observado, y otros conmigo, que en los estados donde hay más conventos y monjes es el pueblo más dado ciegamente á la supersticion, y es para mí indudable que á poder destruir esos asilos del fanatismo, habria de volverse en breve indiferente y tibio tocante á cosas que actualmente venera. Lo principal está por lo tanto en destruir los conventos, ó por lo ménos en comenzar á disminuir su número, debiendo tener en cuenta que la ocasion es muy propicia, agobiados de deudas como están los gobiernos de Francia y Austria y sin poder satisfacerlas á pesar de haber agotado los recursos de sus industrias. El cebo de las opulentas abadías y de los conventos de rico patrimonio es atractivo en extremo, y me parece que podria impulsárseles á emprender la reforma haciéndoles ver el daño que causan los cenobitas á la poblacion de sus estados y los abusos de los infinitos «cucullati» que llenan sus provincias, al propio tiempo que la facultad de pagar en parte sus deudas aplicando á ellas los tesoros de esas comunidades sin herederos. Háganlo una vez, que despues de disfrutar de la secularizacion de algunos beneficios la cosa se completará por sí misma y su avidez irá sucesivamente devorando el resto, siendo evidente que el gobierno que se resuelva á verificar esta operacion será amigo de los filósofos y propagador de cuantos libros combatan las supersticiones populares y el falso celo de los hipócritas que las sustentan. Someto este plan al exámen del patriarca de Ferney, á quien como padre de los fieles toca rectificarlo y realizarlo. Quizas me pregunte el patriarca que qué se hará con los obispos; á esto le contestaré que no es tiempo aun de llegar á ellos, que importa comenzar por destruir á los que inspiran el fanatismo al corazon del pueblo, y que luego de entibiado este serán los obispos otros tantos rapacines de que con el tiempo dispondrán los soberanos como mejor les parezca. »

Estos propósitos de un ánimo real que conspiraba contra el prin-

(1) *Obras póstumas de Federico II, rey de Prusia* (Berlin, 1778) t. IX, p. 286.


Digitized by Google

cipio de autoridad, hacian germinar en el corazon de reyes y súbditos vagos deseos de despojo, al paso que, con devoradora actividad, complacíase Voltaire en pegar fuego á los elementos de combustion. Amnistiaba y aconsejaba las depravaciones; en nombre de la tolerancia legitimaba toda rebelion, cubria los atentados todos con la égida de su nombre, y para que no le fuese peregrino exceso alguno patrocinaba abiertamente la mentira así como otros escritores de más firme talento y de más elevada conciencia habian proclamado la verdad en el siglo XVII. «La mentira, escribia á Thiriot, es un vicio cuando causa daño, pero es grandísima virtud cuando produce bien. Séd por lo mismo virtuoso como nunca, que conviene ahora mentir como un diablo, no con timidez y por cierto tiempo, sino con audacia y siempre (1).»

Consejo semejante que es base de todo el sistema histórico, filosófico y religioso de Voltaire, fue seguido al pié de la letra por él y por sus discípulos, sin que á ninguno de ellos dijera la voz íntima de su corazon que habia un arma más terrible aun que la calumnia, y que esta arma, que es la verdad, debia de volverse contra ellos. Entónces, empero, los tiempos no eran aun llegados, y cuanto los sofistas practicaban era al instante imitado por todos, que todos parecian obedecer sus órdenes con absoluto menosprecio de sí mismos. No sin horror se penetra en el dédalo de errores que manos diestras en imposturas elevaron al rededor de la Santa Sede: la guerra cuyo promovedor fue Voltaire por espacio de más de sesenta años, á la cual con infatigable constancia consagró las más bellas dotes, era declarada y comenzada; en su auxilio ha llamado á cuantos en el universo entero experimentan la necesidad de respirar á boca llena el aire de la rebelion espiritual y de la insubordinacion cristiana; excita, estimula, recompensa, y todo esto no obstante habria sin duda alguna sucumbido en la empeñada lucha á no encontrar junto al santuario y al pié de los tronos auxiliares no tan impacientes como él.

En efecto, no son los apóstoles de incredulidad radical los que hieren á la Iglesia con los golpes más tremendos: á ellos permite á veces la Providencia pervertir una generacion así como que intenten edificar entre los horrores de un terremoto; mas sus esfuerzos mejor ideados quedan siempre frustrados, en cuanto las pasiones que levantan no tienen raíces ni cimientos en la fe popular.

Una discreta hipocresía no les servia de escudo, sino que, plantas parásitas introducidas en el muro, abrigaban la esperanza de derrumbarlo al suelo. Con un orgullo ignorante de que adolecen los incrédulos todos de la pluma ó del pensamiento, no quisieron saber que en religion lo mismo que en política no es lo que se quiere lo que más se ensalza, y olvidados de que aquello que se desea es precisamente lo único de que no se habla, embriagáronse demasiado pronto con sus triunfos hipotéticos. Esto para ellos como para tantos otros habria sido causa de seguro vencimiento si en el mismo siglo el jansenismo, ajustando tácita ó franca alianza con el galicanismo seglar, no hubiese llevado al socorro de la filosofía su formidable palanca de subversion.

(1) *Obras de Voltaire*, t. LII, p. 326.

Digitized by Google

Fórmase á veces en el cielo una nubecilla no mayor que la planta del hombre; casi imperceptible al principio, extiéndese poco á poco y toma cuerpo, crece y se ensancha, hasta que de pronto descarga lluvia, granizo y rayos sobre la frente de los imprevisores. El jansenismo fue para la Iglesia lo que la nubecilla será siempre para el hombre.

En el jansenismo se encerraban reunidos los vicios todos que caracterizan á las sectas: elevando la falsedad á la suprema potencia de la doblez, habia hecho de la bellaquería un fin, de la hipocresía un medio, de la perfidia una ciencia y de la traicion una especie de grandeza. Impregnado de todo esto inficionaba cuanto tenia junto á sí, y su saber se reducia á mentir, engañar, prometer y comprar conciencias al más alto precio para venderlas al más bajo; de suyo traidor con todas las apariencias de la lealtad, mostraba aficion verdaderamente paternal á cuantos de cerca ó de léjos podian ser un dia en la Iglesia piedra de escándalo ó tea de discordia; su sonrisa se asemejaba á una puñalada, y como el tigre del desierto viósele siempre lamer la herida que él mismo habia causado.

Separados de la comunion universal por el juez supremo de la fe y las obras, á quien apelaban, ora como por abuso, ora como mejor informado, los jansenistas curaron muy mucho de no aceptar la sentencia acerca de sus doctrinas fulminada; reservábanse dar de ella explicaciones, diciendo que no condenaba sus escritos ni sus propósitos, y sorprendidos en perpétuo y en fragante delito de desobediencia, no cesaban de protestar de su ilustrada adhesion á la Iglesia romana y al Vicario de Jesucristo. A todos los vientos proclamaban ser sus hijos más sumisos, puesto que, por fatal ceguedad, los más perseguidos; y ellos, empujados á la revolucion por su implacable orgullo, halláronse tener la misma suerte que Diomedes en el asedio de Troya, quien, acosando á un enemigo, tuvo la desgracia de herir á una divinidad.

Su situacion de víctimas futuras en la que se tejian cada dia y con sus propias manos coronas de martirio, habia seducido ya á más de una generacion, pues tiempos hay en que la piedad por el error llega á ser una especie de complicidad moral que santifica la herejía y organiza la rebelion. Mas entónces la guerra de emboscadas y tiroteo, de astucias reprensibles y de culpables engaños que hiciera el jansenismo á la córte romana por espacio de más de siglo y medio, no le convenia ya: la Iglesia era hostilizada por enemigos llegados de Israel y Samaria; cada dia le nacian otros nuevos en todos los puntos del globo; encontrábalos hasta en los lugares en que nunca habria podido imaginarlo, y el jansenismo creyó propicio el momento para hacer patente á todos que la sentencia dada contra sus doctrinas era en verdad justísima sentencia.

A semejanza de aquellos criminales que esperan librarse de la justicia dorque han dado muerte al magistrado, los jansenistas que siempre creyeron sin pruebas como aborrecieron sin provocacion, se lanzaron á la pelea con las cualidades y los defectos inherentes á su secta. El entusiasmo y la ridiculez habian pasado para ellos; el lustre de sus ingenios y de sus milagros de cementerio se habia oscurecido; en su existencia no habia ya la ac-

Digitized by Google

tividad y fuerza de otros dias, y en ella solo sobrenadaba una especie de expansion del orgullo inmoral libre de lazos y frenos, expansion que se confundia con un sentimiento de rencorosa venganza contra Roma. Los jansenistas engendraron entónces la incredulidad detestable entre todas, la de la hipocresía; en medio del pueblo frances tan decidor y expansivo, se mostraron taciturnos y tristes como una risa de amigo en una buena fortuna, y esa singular contraposicion fue una de las causas más eficaces de su proselitismo. En su voz siempre imperiosa y sarcástica habia algo de glacial y agudo que involuntariamente recordaba el acero en manos del verdugo.

Separados del centro comun y empeñados sin embargo en proclamarse sus más sólidos apoyos, los jansenistas se aferraban á la Iglesia con obstinacion igual al alejamiento y desconfianza que esta sentia por ellos. Procedian como el bravo italiano, quien, no atreviéndose á atacar frente á frente á un hombre robusto y bien armado, se le acerca con mil cortesías, se arroja sobre él cuando ménos lo piensa, le amordaza y le mata por la espalda; así mismo aspiraban ellos á destruir la Sede apostólica con sus propias armas: deseaban sepultarla bajo sus escombros, y con mágico prestigio mostrar luego esas mismas ruinas como un edificio restaurado y digno de los primeros siglos del cristianismo.

«¿Para qué nos sirven nuestras luces si conservamos nuestros abusos?» exclamaba Voltaire, y de esa exclamacion filosófica partia para citar ante el tribunal de los reyes la primacía pontificia. Los jansenistas, andando á orillas del mismo barranco sin caer nunca en él, agotaban las deducciones teológicas y las enseñanzas todas de la erudicion eclesiástica, y querian abrir brecha en la autoridad romana, idealmente muy formidable en el siglo XVIII, en el poder temporal y en la felicidad de las naciones. Las máximas falsas extendieron las falsas consecuencias: por prolongada experiencia sabian aquellos sectarios que el hombre no obedece de grado, que experimenta secreto é instintivo placer en rebelarse contra una autoridad desarmada, y que siempre con orgulloso contento dice en su corazon el « Non serviam » de las Sagradas Escrituras, y así es como se dieron á lisonjear y exaltar la dignidad episcopal, mantenida en tutela por el despotismo de Roma, hasta que abrazando otra region de ideas sin abandonar nunca el primer plan de ataque, divulgaron que el clero inferior, degradado de su antiquísima institucion divina, era un órden envilecido por el episcopado.

La idea matriz del jansenismo redúcese á confundir en el primer hombre la naturaleza y la gracia, la razon y la revelacion, de modo que no habia en él, á su decir, fin propiamente sobrenatural llamado gloria, ni medio propiamente sobrenatural tambien llamado gracia, sino un fin y unos medios puramente naturales al hombre primitivo. De ahí que en el hombre caido y regenerado fuese la gracia una nueva regeneracion de la naturaleza y la revelacion la regeneracion misma de la razon natural.

Partiendo del principio de que en el manantial son las aguas más claras y límpidas que en el rio que del mismo se deriva, los jansenistas tomaron sobre sí la empresa de hacer revivir en la Iglesia los usos de la venerable

Digitized by Google

antigüedad. Constantes Jeremías llorando sobre la desolacion del templo y de la ciudad santa, hablaron de decadencia, de corrupcion y de inveterados abusos; para purificar la fe suprimieron las obras; escarnecieron las indulgencias, reformaron los sufragios y las ideas sobre el Purgatorio; irreconciliables adversarios de la moral rebajada cubriéronse como los profetas de ceniza, y vióseles derramar fingidas lágrimas sobre las nuevas doctrinas nacidas en el Vaticano y adoptadas por irreflexivos ó presuntuosos sacerdotes.

Ya en su tiempo observó san Vicente de Lerins, y su observacion no ha dejado de ser exacta, «que era en la Iglesia cosa probada que cuanto mayor es el afecto por la religion tanto más lo es el celo en oponerse á opiniones nuevas (1).» Siendo así, no habria debido sorprender á los jansenistas el crecido número de adversarios que por todos lados les suscitaba la novedad de su casuismo, constituyéndose como lo hacian en desfacedores de tuertos, en opositores siempre armados de dilemas, de sentencias ambiguas y de retractaciones más ambiguas todavía.

Y esto no obstante, exasperábalos la contradiccion, y cada nuevo dia les permitia ceñir su frente con recientes coronas de martirio, cuando nadie á buen seguro pensaba en llevarlos á él.

Esa secta que comenzó por ser escuela dogmática, habíase paso á paso trasformado en centro de oposicion, y mentalmente se obraba lo mismo contra la Iglesia que contra el estado, marchando con segura planta, bajo apariencias devotas de una rigidez cristiana capaz de avergonzar al Pontífice supremo y á sus defensores, al asalto de la Cátedra apostólica. Y los innovadores habian obrado con armonía tan maravillosa, habian sabido con tal acierto beneficiar la negligencia y el adormecimiento, que la contienda religiosa fue á lo más un velo echado sobre el espíritu de desórden y dominacion de que estaban poseidos: lanzando á todos los ecos del orbe católico palabras de fe, de piedad, de concordia y de restablecimiento de las sanas tradiciones, habian logrado infiltrar en lo más íntimo de las almas absoluto indiferentismo, y en este concepto se presentan como los auxiliares más preciosos que pudo reclutar la incredulidad.

Así cuando Diderot, al manifestar cínicamente sus esperanzas y propósitos, cuenta lo que sucede en las cenas del baron de Holbach, en las cuales cada noche es puesto Dios á votacion, y discutido y negado como un sér maléfico é inútil, el autor de las « Alhajas indiscretas » no olvida añadir: « Todo es allí muy filosófico, muy jansenista, y en modo alguno cristiano.»

Más de un dia habia debido pasar el jansenismo ántes de llegar á ser merecedor de tan singular panegírico, y aun contaba entónces con algunos sectarios de buena fe, con varios de aquellos fieles sinceramente adictos á la doctrina del partido, de quienes se burla Voltaire despues que Juan Jacobo Rousseau les hubo agobiado con sus repetidas inconsecuencias. Esos fieles, visionarios á quienes los milagros del diácono de Paris no pudieron curar nunca de una lepra de obstinacion inveterada, constituian un reducido ce-

(1) S. Vincentii Lirin. *In commonit.*

Digitized by Google

náculo inofensivo quizas, pero sí muy inclinado á la desobediencia; sus palabras eran suaves y se introducian como el aceite, mas al mismo tiempo eran como saetas agudas.

Errante sin pastor por entre los escasos pastos de una polémica que giraba continuamente dentro del mismo círculo, el rebaño se encontraba perdido en medio de las nuevas aspiraciones, y así lo conocia. Habíasele mudado la manera de combatir así como tambien el enemigo, y sólo con repugnancia extrema se prestaba á los sacrificios que de él se exigian; las polémicas religiosas, las cuestiones personales que gustaba de agitar y apurar habian dejado de estar en boga, y aquel rebaño de séres inmóviles, así en su pecado como en sus aversiones, se negaba á comprender que el siglo habia abrazado errores mucho más negros. Deteníase en la orilla del camino que lo separaba del abismo, y permanecia indeciso no atreviéndose á dar el último paso, al tiempo que el grueso del ejército jansenista se lanzaba resuelto á más funestas conquistas.

En efecto, llegados que fueron los primeros años del siglo XVIII, el jansenismo no fue como secta sino una reunion de hombres en abierta rebelion contra las dos potestades. Movido por las necesidades de su causa creó una iglesia en la Iglesia y un estado independiente en el centro del estado, y si se quiere apreciar debidamente esa organizacion del partido que se trasfigura en cuerpo civil cuando no puede formarse en cuerpo religioso, basta estudiar la «Causa quesnelliana,» é investigar y enterarse de la historia de una controversia que duró más de cien años y que acabó por fin con un perjurio previsto.

Seguir al jansenismo por el laberinto de sus sagrados rencores y de sus políticas quimeras cosa es para la posteridad muy poco interesante; lo que sí importa es investigar su teoría respecto de las potestades espiritual y temporal, manifestarla y cimentarla en pruebas.

Si exceptuamos al famoso padre Saint-Cyran, quien más de una vez se dejó alucinar por vagos deseos de renovacion social, los primeros sectarios se manifestaron circunspectos en la explicacion de sus planes. ¿Disimularon acaso su pensamiento? ¿Fueron más solapados que sus sucesores, ó cedieron estos sin saberlo al impulso, por decirlo así, instintivo de los principios que formaran la base de su educacion? Sea como fuere, ello es que existe diferencia notabilísima entre el ilustre Arnauld, el infatigable batallador del siglo XVII, y su discípulo el padre Quesnel del oratorio de San Felipe Neri.

Los solitarios de Puerto-Real que vertian en la lámpara de sus vigilias y constantes trabajos el aceite de la paciencia, del buen gusto y de la erudicion, no imaginaron seguramente que de las opiniones por ellos adoptadas pudiesen deducirse un dia fatales consecuencias; costóles grande esfuerzo comprender que una vereda no deja de ser bella porque crezcan algunos abrojos entre las matas de la orilla, y apénas ha bajado al sepulcro la erudita generacion de escritores y controversistas cuando otra nace supliendo con la audacia el ingenio y reemplazando la prudente timidez de sus maestros por una ardorosa dialéctica que entrega á la publicidad el secreto del partido.

Digitized by Google

En la mayor parte de sus escritos, y en especial en la nonagésima de las ciento y una proposiciones condenadas por la Iglesia católica, Quesnel no retrocedió delante de su principio. Admitido este, las consecuencias que de él deduce con lógica más severa que cuerda son justas y necesarias. De ellas quedaron desde entónces definitivamente formadas la esencia y sustancia de su doctrina sobre la doble potestad.

El innovador pone en tela de juicio el poder de atar y desatar que va unido á la Sede romana, y se expresa en estos términos: «A la Iglesia pertenece el derecho de excomunion, y lo ejerce por medio de los primeros pastores con el consentimiento por lo ménos presunto de todos sus miembros.»

De modo que no ya el sucesor de san Pedro y el príncipe de los pastores, no ya los pontífices son los que reciben en la Iglesia como un derecho, una consagracion y un depósito inalienable el poder de excomulgar, sino la Iglesia en cuerpo y toda entera. Así definida y presentada, la Iglesia se compone de la reunion de todos los fieles, y los primeros pastores, sus instrumentos ó ministros en el ejercicio de aquel derecho, no pueden usar de él sino con el consentimiento por lo ménos presunto de la corporacion toda; lo cual equivale á decir que, no solo los simples presbíteros, sino tambien los seglares, hombres, mujeres, ancianos y niños, deben ser consultados y oidos y deciden en puntos de fe, de disciplina ó moral, puntos siempre difíciles ú oscuros, superiores á los entendimientos vulgares.

La siguiente proposicion es más explícita aun; de ella puede decirse que es la rebelion contenida en un aforismo teológico: «El temor de una excomunion injusta, dice, nunca ha de impedirnos que cumplamos con nuestro deber.»

En ese caso por cumplir con el deber entiende perseverar en el error, y esto equivale evidentemente á levantar bandera contra el Pontificado supremo; lo que hay siempre es la rebelion organizada en el santuario y suspirando por propagarse al comun del pueblo.

La temeridad de proposiciones semejantes no podia alarmar la ancianidad de Luis XIV sino en el concepto religioso. Así en el esplendor de su gloria como en los desastres con que terminó su reinado de setenta y dos años, aquel monarca que habria sido un gran rey á no ser un grande hombre, segun juicio de lord Chesterfield, nunca se dignó fijarse en la idea de que un sacerdote oscuro, un desconocido padre del Oratorio habia de herir con el mismo golpe el escudo de la Iglesia y su blason flordelisado. Aquel golpe, precursor del próximo duelo, resonaba casi en vano en sus oídos; pero no así en el Vaticano, donde se abrigaban ya temores acerca de la situacion moral de Europa.

Roma habló; su voz empero no fue oida. La causa jansenista era apoyada por imperceptible legion de espíritus ergotistas y díscolos que con subterfugios y distinciones sutiles habrian partido un cabello en el aire. Condenados, no quedaba á los jansenistas mas recurso que cumplir con su deber, y lo cumplieron en la medida de su obstinacion: se rebelaron.

Quesnel dejó oir su voz, y uno de sus discípulos y colaboradores, el padre

Digitized by Google

Legros, comentó y explicó el aforismo del maestro en una obra intitulada: « Destruccion de las libertades galicanas (1).» En ella desenvolvió las consecuencias que de aquel nacian, así en lo espiritual ó eclesiástico como en lo temporal ó civil, y dijo: «Al recibir de Jesucristo los obispos la facultad de gobernar la reciben como ministros de la Iglesia para ejercerla en nombre suyo, de modo que la propiedad de la misma reside en el cuerpo entero de la Iglesia.»

Queda, pues, evidente y demostrado que la Iglesia toda, papa, cardenales, obispos, presbíteros y pueblos, los pueblos sobretodo, poseen el derecho primordial é indiscutible de gobernar; que pueden predicar, ordenar, excomulgar y declarar sobre dogma; que sobre, ó por mejor decir, junto al cristiano más sencillo ó grosero no tienen el papa y los obispos sino el ejercicio del ministerio.

En virtud de esa teoría, cuya aplicacion excesiva debia hacerse en los buenos tiempos de la constitucion civil del clero, el gobierno de la Iglesia pasa más allá del mojon parlamentario y llega de un salto á la más avanzada república. No se le oculta esto al sectario dogmático del año 1715, ni tampoco lo oculta él á los demas. «La autoridad espiritual, añade, es en este punto lo mismo que la jurisdiccion temporal que existe en una república.»

Los jansenistas, sin saberlo quizas y á buen seguro sin desearlo entónces, á lo ménos de un modo ostensible, se colocaban en el mismo terreno que los protestantes; la doctrina de los unos corria parejas con los errores de los otros, y Lutero no es en verdad más explícito que el padre Legros. Decia el primero: «Los obispos y demas pastores no son superiores á los otros cristianos sino por el ministerio que con consentimiento del pueblo se les ha confiado, y han de saber por lo mismo que no tienen derecho alguno para dirigirnos mandatos sino en cuanto queremos nosotros consentir en ello espontáneamente (2).»

Para hacer más comprensible su idea, sucinta y lógica deduccion de la idea jansenista, Lutero añade: «Y los pastores tienen esa autoridad de aquellos de quienes son ministros, esto es, de la multitud que los ha elegido para obrar en nombre suyo.»

Tenemos ya á los jansenistas de acuerdo con Lutero; veámoslos ahora en armonía con los más ardientes adeptos de Calvino. «Creo, dice Ana del Bourg, consejero en el parlamento de Paris, que la facultad de atar y desatar, de excomulgar y absolver, fue conferida por Dios, no á un hombre ni á dos, sino á la Iglesia entera, esto es, á todos los fieles y creyentes en Jesucristo.»

El célebre ministro Claudio, adversario de Bossuet, usó el mismo lenguaje en su « Defensa de la reforma (3). »

Con la prevision, que es eterno patrimonio de todas las sectas y partidos nacientes, el jansenismo, aislado en el mundo, comprendió que el suelo habia de faltarle en breve y que necesitaba un apoyo siempre dispuesto á sos-

(1) T. I, p 343.
(2) *De captivitate Babylonis*, t. II, p. 282.
(3) *Defensa de la reforma*, p. 353 (1673).

Digitized by Google

tener sus pasos y á guiarle en caso de desgracia. Semejante apoyo no habia de encontrarlo en Roma, centro de unidad, ni en Versalles, donde el estado era todavía el rey, segun patriótica fórmula de Luis XIV, y lo buscó y lo evocó en los parlamentos.

Esos cuerpos de magistratura habíanse cansado al fin de no administrar á los pueblos mas que justicia. La «Brevitas imperatoria» del gran rey los redujo al silencio; mas su muerte los emancipó y devolvióles el papel de facciosos con la ley en la mano que con tanto gusto suyo desempeñaran en los agitados tiempos de la Fronda. Aunque no habia ya príncipes de Condé, duquesas de Longueville ó de Chevreuse, ni cardenales de Retz, siempre pudo el parlamento procurarse maniquíes de igual laya que el anciano Broussel ó el padre Pucelle. Entre sus miembros contaba con hombres inquietos y ávidos de novedades, y para comunicar á sus sistemas más enérgico impulso apoderóse el jansenismo de ese punto de apoyo.

Para llegar con mayor seguridad al corazon del poder conveniente era lisonjear á sus depositarios, y el jansenismo se constituyó en cortesano de la prerogativa judicial. Sobrepuso esta á la autoridad real, y de pronto viéronse los parlamentos investidos de una especie de soberanía, cuyo orígen se confundió con los mismos derechos que se enseñaba al pueblo á invocar ó conquistar. «La magistratura pública, dijo uno de los corifeos de la secta, fue en sí misma como un resúmen de la nacion, esto es, el compendio del poder y de la autoridad de la nacion entera (1).»

El padre Legros, doctor y heraldo del partido, y uno de los instrumentos de destruccion que ni siquiera tienen nombre en la historia, completa en los siguientes términos la teoría del poder parlamentario, colocado en oposicion tácita con la autoridad de las llaves y del cetro: «Dios dice, (2), ha otorgado, ya sea por derecho natural, ya por concesion gratuita, la autoridad necesaria á los estados y á sus gobernantes para contener las injusticias y las violencias. Esa autoridad, empero, va unida más esencialmente á la sociedad que al jefe que la dirige... Así la nacion romana, por ejemplo, poseyó siempre la propiedad del poder, lo mismo en tiempo de los reyes que en el de los cónsules y el de los emperadores (3).»

Y como para hacer más tangible su idea, el publicista del jansenismo añade: «En las monarquías, aunque sean hereditarias, son siempre los reyes ministros de Dios y de la república.»

Un contemporáneo del padre Legros, un jansenista como él, por nombre Bourgoin de Villefore, no vaciló en extender aun más léjos los atributos de los cuerpos judiciales. Segun él, los magistrados son en Francia los patricios, los senadores, los asesores del trono, y en cierto modo trabajan de igual á

(1) *Testimonio de la verdad*, p. 147.

(2) *Destruccion de las libertades galicanas*, t. I, p. 344, 345.

(3) Fácil es conocer que no se trata aquí de derecho divino, sino de la propiedad actualde la autoridad ó del poder. Los teólogos más contrarios al *derecho divino* de los príncipes admiten que desde el momento en que por libre concesion de los pueblos recibe un príncipe la autoridad de gobernar, quedan aquellos por ese solo hecho privados de ella y dejan de poseerla. La doctrina contraria á esta se llama richerismo.


Digitized by Google

igual con el soberano, de manera que nadie puede ser juez superior de sus actos (1). »

Aquellos para quienes dicen algo las lecciones de la historia no dejarán de comprender que en esa porcion leonina dada con tanta liberalidad á la magistratura y á la nacion, el jansenismo, dispensador de esos nuevos derechos, no habia de condenarse á sí mismo al olvido. Como todos los partidos, cuya fuerza está en perpétua desobediencia, el jansenismo, que empezó por querer ser la Iglesia,. es alternativamente cuando no á la vez el pueblo y el estado; confisca, resume en sí la propiedad del poder soberano tan radicalmente en lo espiritual como en lo temporal, y con el auxilio de semejante usurpacion, encaminada á alucinar á los sencillos y á alentar á los malvados, alcanza y llega á sus fines.

En un principio los asuntos políticos habian ocupado el segundo lugar, y así era natural que sucediese, quedando el primero para el problema religioso en una época y con unos hombres de fe sincera y ardiente. Mas poco á poco esos hombres, en cuyos pechos un estado permanente de rebelion intelectual habia inspirado grande amor al poder, sintieron debilitarse y oscurecerse la llama de la piedad, y á los altaneros ó rencorosos corazones exaltados por el orgullo hízoseles necesaria una dominacion más activa que la de las conciencias. Fatigados y sin aficion ya al combate religioso para el que son indispensables convicciones, abrióse para ellos más esplendente palenque; andan á tientas hácia lo desconocido, pero la esperanza de llegar allí es en todos una idea fija, como que descansa en la pasion postrera y más inveterada en el corazon del hombre, la del mando.

Aunque siempre dispuestos los jansenistas á amnistiarse á sí mismos de un delito ó á perdonarse una falta, parecia que al hilvanar sus dogmas sobre Dios y la gracia se habian propuesto arrebatar la esperanza á la conciencia humana. Tenia su ingenio tan maliciosos é inagotables recursos que capaz habria sido de inventar medio para poner furiosa á una paloma y hacer que un cordero mordiese, y puede decirse que pasaban la vida emponzoñando el agua bendita.

Habian ideado un Dios cruel, exigente, implacable, absoluto é imposible, quien por decreto anterior condenaba por toda la eternidad ó poco ménos á cuantos seres habia dado existencia y razon. Era el suyo el Dios de Calvino mitigado en la forma, pero el mismo en cuanto á la esencia; un Dios que, á oir á los doctores de su ley, sólo puede crear fanáticos é incrédulos, deistas ó ateos; fanáticos que se tenian por predestinados ó elegidos, incrédulos aterrorizados de esa divinidad jansenista que sacrifica la salvacion de la humanidad á un capricho de su ciega ira.

Y ese muro de separacion, elevado por sacerdotes indignos entre el Criador y la criatura, fue una de las causas ménos apreciadas aun que más eficientes del sensualismo sin freno y sin regla que mancilla los anales del mundo. Ya en su tiempo llamaba sobre él Fenelon la severidad de las leyes. «Estoy

(1) *Anécdotas secretas sobre la constitucion Unigenitus*, t. III, p. 215.

Digitized by Google

viendo á muchos impíos, decia, que, menospreciadores de toda religion, se declaran sin embargo en favor del jansenismo. Y no es maravilla, siendo como es el principio fundamental del jansenismo la necesidad en que está el hombre de seguir el impulso de su antojo, el cual le empuja y determina invenciblemente al bien ó al mal. Los disolutos admiten de buen grado un principio que halaga las más vergonzosas pasiones, y dicen: Sentimos sin dejar lugar á duda que el placer de lo que se llama mal es en nosotros sin comparacion más fuerte que el lánguido placer de una virtud triste y enojosa, de modo que al entregarnos sin pudor ni remordimiento á los placeres sensuales seguimos el principio de san Agustin y de sus discípulos más sabios. ¿Puede por ventura evitarse una fuerza irresistible ?... Así, pues, esos impíos favorecen el jansenismo por odio á la religion (1). »

Con la profundidad de juicio y exquisita delicadeza que hacen del arzobispo de Cambray un hombre excepcional, Fenelon plantea y resuelve á un tiempo el problema. Pero este, aunque resuelto moralmente, no deja de subsistir y los jansenistas de ejercer en la revolucion una influencia indisputable. Para ello hubieron de tomar sobre una parte de la sociedad cristiana muy singular ascendiente, é importa que nos remontemos hasta su orígen.

Apénas hubo nacido á esa vida de controversia, de luchas y sistemáticas denigraciones, hízose el jansenismo una córte compuesta de dos clases de personas, de las cuales recibió aquella especie de culto que llega hasta los últimos límites de la servidumbre. Muchos hombres de bien, gran número de personas piadosas dirigiéndose al mal sin conocerlo, fueron con facilidad seducidos por aquellos ingenios dogmáticos con uncion, suaves y corteses hasta un punto que no se expresa, en especial cuando derramaban la perturbacion en las almas; de ellos puede decirse que colocaban á renta sus sonrisas. Con la austeridad de sus virtudes y la eminencia de su talento formábanse una indefinible auréola, y con su diplomacia que en la forma, siempre resignada, pero en la esencia siempre rebelde, consistia en un espíritu artificioso encaminado á comprender á los demas y á quedar ellos incomprensibles, pudieron elevar el agua encima del aceite, segun expresion de san Agustin, poner la luz debajo de las tinieblas y colocar la tierra sobre el cielo. Al adormecimiento interior sucedian, entre las angustias de las frustradas humanas esperanzas, quimeras de innovaciones piadosísimas, y así fue como los primeros solitarios de Puerto Real que hablaban de la humildad muy poco humildemente lograron formarse un cortejo de nombres ilustres y esplendorosas virtudes.

Por una contraposicion que pasó desapercibida á los ojos imprevisores de la córte y la ciudad, fué aumentándose el cortejo con todos los incrédulos en gérmen y todos los sensualistas en flor, quienes, al paso que negaban á Dios, se sentian poseidos de devocion particular por la perseguida doctrina que favorecia sus pasiones y se compadecia de su flaqueza cuando los preceptos comunes de la Iglesia católica no cesaban de oponer á ellas poderoso dique. El sistema jansenista sonreia á los corazones estragados y á las almas

(1) Fenelon, *Carta* 263, t. III (1835).


Digitized by Google

sensuales, como que por su rigidez misma hacia casi impracticable la obligacion más sencilla. Con él sacudíase en la mente el yugo de las leyes y no habia quien no se alzase contra toda autoridad. Las heridas del corazon envenenaban las del orgullo, y pareció del caso por lo cómodo repeler la virtud solo porque hombres innovadores más ingeniosos que cuantos les precedieran, se complacian en representarla como rodeada de invencibles escollos.

Evidente era que no estaba ahí la ley de Dios; pero una vez aceptada la preocupacion dedujéronse fácilmente de ella legítimas consecuencias, y la señora de Choisy pudo escribir á la de Sablé en los términos siguientes (diciembre de 1755):

« ... A ejemplo del almirante de Chatillon no pierdo el ánimo en la adversa fortuna; en el alma he sentido la ligereza de la señora marquesa, la cual á causa de los jansenistas me ha quitado la amistad que con ella me habian procurado los carmelitas. Ruégoos, señora, que le digais de parte mia que como amiga le aconsejo no decir que ha dejado de quererme, porque estoy segura de que dentro de diez dias en que he de ir á Luxemburgo, la obligaré á declararse de nuevo en mi favor. Entremos en materia.

«¿Con que la marquesa ha visto con desagrado que haya sido yo rigurosa respecto de M. Arnauld? Procure, despojarse de su pasion como lo hago yo de la mia, y veamos si es justo que un cualquiera sin órden del rey ni breve del Papa, sin carácter de obispo ni de párroco, se ponga de contínuo á escribir para reformar la religion y excitar con ello en los entendimientos dificultades y dudas, buenas á lo más para formar disolutos é impíos. Y hablo de ello con conocimiento de causa, pues veo como los cortesanos y la gente de mundo andan sin concierto desde que han venido sobre nosotros esas proposiciones de la gracia. A cada dos por tres les oiréis decir: ¿Qué importa nuestra conducta ya que á tener gracia serémos salvos y á no tenerla nuestra perdicion es segura? Y el fin de todo es exclamar: ¡ Bah ! todo eso no pasa de una paparrucha.

«Antes de que de ello se hablara se les veia al acercarse la Pascua corridos y atribulados, no sabiendo dónde meterse para ocultar sus escrúpulos; ahora llevan alta la cabeza y ni en sueños piensan en confesarse, excusándose de hacerlo con que lo que está escrito está escrito. Esta es la obra de los jansenistas en cuanto á los mundanos, que para los verdaderos cristianos no era necesario escribir tanto para instruirlos, pues bien saben ellos lo que han de practicar para vivir conforme á la ley. En vez de tratar de puntos delicados que no conviene comunicar al pueblo, prediquen con su ejemplo los señores jansenistas, y no viendo en ellos la vanidad de querer introducir novedades en la Iglesia, los veneraré de un modo extraordinario y los consideraré como á hombres de bien, de admirable vida y de singular ingenio.

« Creo firmemente que si el señor de Andilly llegara á saber que me atrevo á no ser amiga de los jansenistas, habria de sacudirme una bofetada en vez de los abrazos que me ha dado tantas veces.

« No os escribo de mi puño porque estoy tomando las aguas de Santa


Digitized by Google

Reina y me dan tanto frio que no me permiten sacar ni la nariz de entre las sábanas. Mas decidme, señora, ¿llegará el enojo de la marquesa hasta negarme la receta de la ensalada? Si así sucede, inhumanidad será de que ha de ser castigada en este mundo y en el otro.

« Creo poder ir á Luxemburgo ántes de Navidad, y la inclinacion que por vos siento y el deseo de ser lo más pronto posible vecina vuestra no es lo que ménos me mueve á apresurar el viaje. Las noticias de Polonia continuan malas; os remito la carta que me escribe Desnoyers; y como sospecho que no quieren que se sepan sus asuntos al por menor, os suplico que no me nombreis y que me devolvais la carta. Creed, señora, en mi estimacion, etc. etc. »

Así, pues, la moral impracticable de los duros jansenistas que libraba de toda obligacion fue aclamada como un gran beneficio. Al propio tiempo que abria ancho campo á los hombres sensuales, servíales como de argumento y excusa, y fue considerada como vereda y fin por los muchos que, curiosos, desasosegados é inclinados á lo nuevo, están siempre prontos á guardar las capas de los que apedrean al justo.

San Francisco de Sales escribia: « A veces nos complacemos tanto en ser ángeles que no pensamos en ser hombres de bien. » Y esa especie de perfeccion indefinida, muy bien caracterizada en esas pocas líneas, era sin duda el mal de la época. Los jesuitas no tardaron en comprenderlo así, y en el apojeo de su poderío trataron sin perder momento de desenmascarar el error. Pensaron que el derecho de pensarlo todo llevaba consigo por necesidad la obligacion de oirlo tambien todo, y con san Jerónimo, escribiendo á Pamaquio, dijeron y repitieron: « La fe sin mancha no admite dilacion, é importa aplastar el alacran en el mismo momento en que se divisa. »

El alacran levantaba la cabeza, y aun ántes de que tuviera la Iglesia tiempo de advertirlo, su audacia fue denunciada por la Compañía de Jesus.

A ejemplo de los vigilantes nocturnos que en Holanda gritan: «Dormid en paz, los diques están seguros, » los jesuitas eran desde la fundacion de su instituto centinelas avanzadas del catolicismo, y así velaban como peleaban con el habla, la pluma y el consejo. Los papas tenian puesta en ellos su confianza, y los escuchaban los reyes; la austeridad de su vida era recomendacion elocuente de su caridad, y su devocion inalterable á la Sede apostólica segura prenda de lo justificado de sus recelos. En ellos la conciencia era superior al corazon, y la voz de alarma proferida por los discípulos de san Ignacio resonó en el Vaticano y en el recinto de las córtes.

Los jesuitas, como corporacion que entraña un principio activo de influencia y vida, no vacilaron en atacar directamente al enemigo. Como se les creia opulentos y tenian fama de poderlo todo, eran naturalmente odiados y temidos, y esto hizo que las desfavorables prevenciones contra la órden fuesen nueva causa de atraccion en favor de los jansenistas. Gritaban estos que se les perseguia, que sus doctrinas no eran comprendidas, y los sectarios que reclutaran en el mundo y entre el clero secular se agruparon al rededor de los mártires, á quienes decian que no se dejaba ni el recurso de quejarse. No se examinó si la fe peligraba ni si la religion habia de sentirse ofendida; no se

Digitized by Google

quiso ver y no se vió sino á los jesuitas encarnizados en perseguir á un adversario, movidos por furiosa ira, solo porque, así se decia en todos los tonos, Pascal en sus « Provinciales » les hiciera expiar duramente doscientos años de gloria cristiana y de inmensos trabajos apostólicos y literarios.

De acuerdo en esto, como en todo, con la Iglesia, los jesuitas juzgaron que el mundo era parecido á aquellos cristianos de Corinto á quienes el ilustre Apóstol no se atreve á ofrecer sólido alimento; flacos y débiles como eran sólo podian recibir leche infantil, y san Pablo se la administró. Los jesuitas siguieron su ejemplo, lo cual era salir directamente al encuentro del jansenismo, y de ahí la guerra sin tregua y sin cuartel que llenó casi el espacio de un siglo con el estrépito de la contienda, y el cargo de «moral relajada» dirigido á la compañía por todos los disolutos y pregonado por los ámbitos del universo por los indiferentes todos de curia, salon y antecámara.

En el año de 1775, punto de partida en que nos colocamos para apreciar las causas y los efectos, habia experimentado el jansenismo todas las alternativas de sus apoteósis y de su decadencia. Dejadas á un lado las argucias de seminarios habíase colocado en el terreno de las innovaciones políticas, y en un tiempo en que, como dice Montesquieu, «el peso del mandar agobiaba tanto como el de la obediencia,» el jansenismo creó una secta de demócratas disolutos, y en seguida de concierto con los filósofos y protestantes, se lanzó con velas desplegadas por el mar de las reformas sociales y del progreso civil.

Cuanto más es un hombre entendido y diestro más procura arreglar su conducta de modo que pueda aprovechar cuantos recursos le ofrezca el acaso, recursos á veces bien distintos de los que él previera ó preparara, y los jansenistas, que poseian en alto grado aquellas dotes, no vacilaron en hacer armas,de todo. Así fue como á pesar de los infinitos puntos de contacto que con filósofos y calvinistas tenian, se apartaron de ellos proclamando su instintiva y razonada aversion hácia el sofisma y la herejía; aunque tránsfugas de la Iglesia conservaban de ella el sacerdotal uniforme, y para mejor alucinar al comun de los fieles se obstinaron en permanecer en la unidad, siendo así que la destruccion de la misma era el anhelado fin á que obedecian todos sus actos.

Leopoldo Ranke, escritor protestante, pero imparcial, concibió y desenvolvió la misma idea, pues una es la verdad á los ojos de la historia y no necesita de subterfugios ni reticencias. «En Francia, dice, la persecucion favoreció los progresos de los jansenistas; mas al fin se desacreditaron por sus extravagancias supersticiosas. En Viena y en Bruselas, en España, Portugal é Italia pueden descubrirse sus huellas, como que sus doctrinas, á veces públicamente, pero las más en secreto, se propagaron por toda la cristiandad católica.

«Esta division religiosa, entre otras varias causas, favoreció mucho el nacimiento de una opinion más peligrosa todavía, que de año en año fué adquiriendo fuerzas y difundiéndose por dentro y fuera de todos los estados.

«En los reinos de la Europa meridional, fundados sobre la base de union

Digitized by Google

estrechísima entre la Iglesia y el estado, constituyóse un bando ó partido que en un sistema destructor de las nociones de Dios y de los principios todos que son esencia del poder y de la sociedad formuló su odio contra la religion. Una literatura hostil á la Iglesia y á los gobiernos atrajo á ella las inteligencias encadenándolas con indisolubles lazos. Y aunque es evidente que las varias tendencias de la época armonizaban entre sí muy mal y estaban muy poco concertadas; aunque monárquica de suyo la tendencia de la reforma, lo cual no puede decirse en verdad del espíritu filosófico, que muy pronto se declaró adversario del estado; y aunque el jansenismo profesaba opiniones que eran indiferentes cuando no odiosas á los unos y á los otros, ello es que esos partidos, á pesar de sus ideas y sentimientos distintos, combinaron y aunaron sus operaciones. De ellos nació el espíritu de innovacion que se extiende tanto más cuanto es ménos determinado, que funda sus pretensiones en un tiempo futuro más ó ménos lejano, y que cobra cada dia nuevas fuerzas en los abusos existentes. Sabiéndolo ó ignorándolo, es la verdad que ese espíritu se apoyó en lo que se ha llamado filosofía del siglo XVIII, y que las teorías jansenistas le proporcionaron una forma religiosa y mayor consistencia. Dos partidos se formaron, pues, en todas las naciones y en todas las córtes: uno para hacer la guerra al Pontificado, á la Iglesia y al estado, y otro para conservar las cosas como estaban y mantener las prerogativas de la Iglesia universal (1).»

No es Leopoldo Ranke el único historiador protestante cuya buena fe se muestra superior al espíritu de secta. Schœll expresa igual pensamiento y se entrega á análogas consideraciones. «Entre los antiguos jansenistas, dice, y el partido de los filósofos, habíase formado una sola conspiracion, ó por mejor decir, las dos facciones, con un fin y objeto igual, procuraban su realizacion con armonía y concierto tales, que no parecia sino que estaban de acuerdo acerca de los medios que empleaban. Los jansenistas, bajo las apariencias de religioso celo, y los filósofos, ostentando sentimientos filantrópicos, maquinaban á una la caida de la autoridad pontificia, y llegó á tanto la ceguedad de muchos hombres de rectas opiniones, que hicieron causa comun con una secta que sin duda habrian detestado á serles notorios sus propósitos. Error es este que se ve con frecuencia; cada siglo tiene el suyo... (2) »

La historia, que únicamente á beneficio de inventario ha de aceptar la trivial excusa del diplomático escritor, debe de agradecerle sí su vigorosa franqueza. Ranke y él, cada uno á proporcion de sus conocimientos, establecen y precisan el influjo del jansenismo; veamos ahora cómo participó el partido galicano en la maquinacion contra la Iglesia universal.

Roma, que sabe bien la indecible fuerza que comunica en todo la perseverancia, ha procedido siempre como el Océano: pasada la tormenta vuelve á su nivel antiguo, y profesa la eterna máxima de esperar contra toda esperanza y de resistir siempre. Por mucho tiempo dejó que á su lado se agitara

(1) *Historia del Pontificado*, t. IV, p. 484.
(2) *Curso de historia de los estados europeos*, t. XLIV, p. 71.

Digitized by Google

el punto del galicanismo; y sin autorizarlo ni condenarlo nunca lo entregó á las polémicas humanas, segura de que habia de llegar un dia en que desvaneciese la fe aquellas tinieblas de lisonja. El deseo de unidad tan poderoso y vivo en el corazon de Francia habia tarde ó temprano de modificar una doctrina que carecia ya de razon de existencia, pues imposible era que no volviese á ser la nacion francesa lo que, segun testimonio de Villehardouin, será hasta la consumacion de los tiempos, esto es, «el primer baron de la cristiandad.» Veamos, pues, lo que fue en realidad esa doctrina, así para la Iglesia galicana, que cargó con su grave peso, como para los jurisconsultos, sus más ardientes defensores.

El galicanismo, despojado de las sutilezas y paradojas con que, segun han sido las circunstancias y los hombres, se ha procurado ataviarle, es la doctrina y la política que profesa y contiene las libertades de la iglesia galicana; definicion que si con facilidad se improvisa no deja de ofecer muchas dificultades cuando se trata de explicar en qué consisten las famosas libertades. En el año de 1605, reinando el buen rey Enrique, los obispos de Francia se encontraban tan perplejos como nosotros mismos ahora acerca de un punto tan debatido y sin embargo tan oscuro, y suplicaron al monarca que determinase lo que debia entenderse por libertades de la iglesia galicana. Igual peticion dirigieron á Luis XIII los estados generales en el año de 1614, de modo que el episcopado y la nacion hallábanse sin saber de un modo exacto en qué consistian entónces esos derechos particulares, proclamados despues como inherentes á la corona de Francia.

En un principio pareció ser opinion comun hacerlos consistir y resumirlos en la puntual observancia de los antiguos cánones. Pero ¿podia esa observancia de los antiguos cánones, evocados porque así lo exigian las circunstancias, ser un privilegio exclusivo de la iglesia francesa? ¿Carecian los demas imperios del derecho de gozarla ó su reivindicacion les estaba prohibida? Ademas, téngase en cuenta que segun la constitucion de la antigua monarquía francesa no era dable que la definicion subsistiese, sobretodo poniéndola á la piedra de toque de la práctica general y de uso. En efecto: ¿serán aquellos cánones los que dieron los antiguos concilios ordenando ó permitiendo las apelaciones por abuso, el conocimiento por jueces seglares de las causas beneficiales, la regalía, los diezmos, la escasez de sínodos, la sumision de los clérigos á los tribunales seglares y la sucesion de los parientes en los bienes eclesiásticos?

El galicanismo sólo habia sido inventado para turbar el sosiego y demostrar la verdad de aquella hermosa máxima del cardenal de Retz: « Los derechos del príncipe y los de la nacion en el silencio es donde mejor se conciertan.» Y el galicanismo llenaba su cometido sembrando la agitacion en la Iglesia ántes de introducirla en el estado, y contestaba siempre á las objeciones que se le dirigian que las libertades de la iglesia galicana consistian en la observancia de los antiguos cánones contra, ó mejor, á pesar de las nuevas constituciones pontificias que los han variado ó que dispensan de ellos con facilidad excesiva.

Digitized by Google

Formulada en axioma y en principio esa respuesta fue, por decirlo así, estereotipada; pero en esa demostracion siempre perentoria los galicanos olvidaron un pequeño requisito, y es que jamas les pasó por las miéntes citar ó decirnos cuáles eran esos antiguos cánones que las nuevas constituciones pontificias derogaron, ó de que estas fácilmente dispensaron las mismas con reprensible facilidad.

Tampoco cuidaron de demostrar, dejando sin valor el ejemplo de san Ambrosio separando al emperador Teodosio de la comunion romana, que los príncipes y, sus dignatarios no pueden ser en ningun caso separados del cuerpo de la Iglesia, ni ménos probaron que los jueces seglares tuviesen privilegio de disponer absoluciones con reserva, proveer beneficios á despecho del Papa y de los ordinarios, y establecer el derecho de regalía, la amortizacion y otros puntos tan discutibles como estos. Olvidaron ademas hacer patente el enlace de esas máximas nuevas con la antigua disciplina y manifestar que esos usos son propios y exclusivos de Francia sin haberse aclimatado jamas bajo forma ninguna en reinos extranjeros.

El galicanismo se arrogó el encargo de defender y vengar los antiguos cánones y la antigua disciplina, y esto no obstante, en más de una circunstancia se despojó de su severidad al tratarse de los intereses del príncipe ó de las ambiciones de la magistratura. En asuntos de encomiendas, de resignas, de pensiones sobre beneficios ó de acumulacion de los mismos, así como en regalías y diezmos, parlamentos y jurisconsultos doblaban dóciles la majestad de la ley al impulso de codiciosos caprichos. No faltó nunca un acuerdo suyo cuando hubieron de consagrarse abusos nuevos, y desvanecido entónces el respeto hácia la antigüedad, sólo recobraba su vigor y brillo cuando se atrevian los papas á tocar al arca santa de las nuevas ideas.

De esa situacion tomada de lo vivo de la historia puede inferirse que ya desde el orígen de esas libertades hubo dos galicanismos distintos: uno seglar y otro episcopal ó eclesiástico.

El seglar debió sin duda el orígen al episcopal; pero, hijo desnaturalizado, ha comprometido y ultrajado tantas veces y de tan distintas maneras el nombre de su padre, que en el dia quedan rotos entre ambos todos los lazos de familia, y desde hace mucho tiempo andan cada cual por su lado. El uno se acerca más que nunca por la fe y el martirio á la unidad católica (1); el

(1) Tan decidida era la opinion del clero frances acerca de esas libertades impuestas por la magistratura y la curia, que monseñor Dulau, el ilustre arzobispo de Arlés y el gran mártir del 2 de setiembre de 1792, no vaciló once años ántes en repudiarlas de un modo solemne. En un notable opúsculo intitulado : *Disertacion histórica sobre los cuatro artículos*, el padre Lepointe, ex-jesuita, cita el hecho siguiente que prueba sin dejar lugar á duda cuál era en aquel tiempo el espíritu del episcopado y del clero. Oigamos sus propias palabras:

« Por los años de 1781, dice, los señores Gaude, impresores de Nimes, me escribieron dos veces excitándome á continuar la *Historia de la iglesia galicana*, pues trataban de hacer de ella una nueva edicion aumentada y continuada. Confieso que no me sentia con fuerzas para formar en la carrera literaria al lado de los Longueval, Brumoi y Berthier, y que con razon temia la hora en que se acortaran las distancias; mas esto no obstante, como abrigaba un semi-deseo de emprender aquel trabajo, me resolví á un acto que creí encaminado á favorecer su buen éxito. Dedicados á los prelados franceses los diez y ocho tomos que andaban impresos, quise obtener igualmente para la continuacion el favor del clero de Francia, y monseñor el obispo de Carcasona quedó encargado de entregar

Digitized by Google

otro; ajustando alianza con todos los artífices de discordia religiosa ó política, se complace en soñar sobre las ruinas de la Iglesia romana, y en voz baja aboga, ora por un pontificado civil, ora por una sombra de patriarca, mendigando en los umbrales de alguna institucion transitoria una autoridad más precaria aun que ella misma.

El nombre y la práctica de ciertas libertades obtuvieron boga en Francia en la época del gran cisma de Occidente. Dividida la Iglesia en dos campos enemigos cada uno con su particular caudillo, los pontífices entronizados en la capital del mundo cristiano, lo mismo que los proclamados en Francia y calificados en Roma de antipapas, todos para sostener su dignidad y empeño tenian necesidad de acumular cuantiosas rentas y crearse poderosos valedores. Para alcanzar uno y otro era el único medio imponer y percibir muchas contribuciones sobre los dominios eclesiásticos y atribuirse la colacion de los mismos con el título de annatas ó reservas.

Con desagrado veia y con impaciencia soportaba el clero las graves cargas á que se le sujetaba; la universidad de Paris, que gozaba entónces de gran predicamento en la Iglesia y en el estado, se quejó de la parsimonia con que llegaban á ella los favores y beneficios, y unida al clero imploró la intervencion del rey, del parlamento parisiense y de los grandes del reino. En tiempo de Cárlos VI, en medio de inmensos trastornos, introdújose, pues, el sistema de sorda hostilidad y de evocacion de cánones y usos del tiempo pasado, y apénas partieron de ese punto, teólogos y en especial jurisconsultos no tardaron en concebir la idea de oponer lo que se llama un contrapeso á la autoridad pontificia. En un principio sirviéronse de él en materias mixtas ó de pura disciplina; más poco á poco, despues de poner en litigio el poder de la Santa Sede, pusieron en tela de juicio la autoridad de los concilios ecuménicos, y el último celebrado, el de Trento, no fue admitido en lo relativo á disciplina.

El primer ensayo de manifiesta hostilidad se hizo en Bourges en la asamblea de la Iglesia galicana tenida en el año 1438. En ella fueron examinados

mi memorial al cardenal presidente de la asamblea, quien á su vez habia de dar cuenta de él en la sesion próxima. Sabedor entónces de que monseñor el arzobispo de Arlés habia de influir como nadie en la resolucion, fuí á su casa muy temprano para prevenirle; mas apénas hube insinuado el objeto que allí me llevaba, díjome que nunca consentiria en semejante cosa. Manifestéle que ademas de las proposiciones que me fueran dirigidas por los impresores de Nimes, un ministro poderoso deseaba que se continuase la historia, y al oir esto exclamó vivamente: *Muéstrese y hablaré.* Al observar mi sorpresa tuvo la bondad de entrar en algunas explicaciones, y en una conversacion que duró más de una hora bosquejó rápidamente los hechos acaecidos desde la época en que los dejara el padre Berthier hasta los últimos tiempos, no olvidando reprobar de paso los que ofendian su delicadeza. Imposible de todo punto me seria reproducir con exactitud sus palabras; pero creo que al hablar de la parte que tomaron los obispos en las contiendas entre Luis XIV é Inocencio XI, me dijo lo siguiente: *Ya veis que no puede el clero favorecer una historia de esa naturaleza. Si os acomoda*, añadió, *podeis publicar por vuestra cuenta y riesgo unas memorias para explicar la historia de la iglesia galicana; pero por lo que toca á esta misma historia, os aseguro que miéntras yo viva no ha de publicarse con una dedicatoria al clero.* Inútil es decir que salí de la conferencia penetrado de los sentimientos que inspiraba el ilustre prelado á cuantos tenian la dicha de tratarle, sentimientos que con vergüenza mia no me hallo en estado de explicar. Escribí lo sucedido á los impresores de Nimes, y desde entónces no he vuelto á oir hablar de que se continuara la *Historia de la iglesia galicana.*

Digitized by Google

moderados, aceptados y reducidos á un solo cuerpo los principales decretos del concilio de Basilea, considerado como ecuménico, contra las reservas de beneficios, y reinaba Cárlos VII cuando se formuló, estableció y publicó la pragmática sancion que fue saludada como el código de las libertades galicanas. Necesario fue acatarla para no incurrir en el enojo del monarca y en la indignacion de los parlamentos.

Tiempo despues la pragmática quedó derogada por Luis XI y Francisco I; mas admitido como está hace tiempo que doblar la frente delante de la inmoralidad de los hechos consumados constituye un acto de gran prudencia política, sucedió que el espíritu de aquel siglo fue inoculado á los siguientes, y se cierne aun sobre los que están por venir, ora como un remordimiento, ora, y esto es lo más frecuente, como testimonio de independencia y patriotismo.

Para librarse de algunos momentáneos abusos invocó la iglesia de Francia el apoyo del brazo secular; prosternóse y acató la espada, y continuó en tan humilde actitud aun despues de trocada aquella por la vara del alguacil. Trasformada la corona de san Luis en birrete de abogado vióse condenada la iglesia galicana á la más dura y vergonzosa servidumbre.

Así, pues, el orígen de esas libertades data del gran cisma, y en todas ocasiones se conoce que, así como proceden de él, á él vuelven por suave é insensible pendiente.

Sin embargo, en la época de las guerras religiosas, cuando el calvinismo y la Liga dividieron el reino en dos bandos rivales y enemigos, el clero y tambien la Sorbona se unieron más estrechamente á la Sede romana, preservados de una apostasía legal por la inminencia del peligro. En la tremenda crísis del protestantismo habia sido evitada esa separacion, y en los estados generales de 1614 el cardenal Perron, constituyéndose intérprete de la Francia católica, estableció en un discurso, que es aun modelo de elocuencia y regla de conducta, los únicos y verdaderos principios que, segun él, habian de seguirse (1). Al propio tiempo Pedro Pithou se esforzaba en que fuesen otros los que prevalecieran.

(1) El cardenal Perron, amigo y consejero de Enrique IV, es conocido por la universalidad de sus conocimientos. En 2 de enero de 1615, al refutar un artículo propuesto por el estado llano, relativo á la independencia en que estaba la corona de cualquiera poder extranjero, se expresó en estos términos:

«Falta tratar del tercer punto, consistente en averiguar si en caso de que los príncipes que han hecho ellos ó sus predecesores juramento á Dios y á sus pueblos de vivir y morir en la religion cristiana y católica falten á su juramento y se rebelen contra Jesucristo declarándole abierta guerra, esto es, si ademas de caer en manifiesta profesion de herejía ó de apostasía de la religion cristiana, llegan hasta querer violentar la conciencia de sus súbditos y tratan de introducir en sus estados el arrianismo, el culto de Mahoma ú otra cualquiera infidelidad, destruyendo y exterminando en ellos la religion cristiana, podrán sus súbditos ser recíprocamente declarados absueltos del juramento de fidelidad que le han prestado, y en saber á quien compete, llegado caso semejante, el declararles absueltos. Punto es este para nosotros contencioso y disputado, pues nuestro artículo contiene la negativa, es á saber que en ningun caso puedan los súbditos ser absueltos del juramento de fidelidad que á sus príncipes han prestado.

«Por el contrario, los otros miembros de la Iglesia católica y tambien la iglesia galicana desde que fueron instituidas en ella escuelas de teología hasta la venida de Calvino, están por la afirmativa, y

Digitized by Google

Abogado, escritor y magistrado, Pithou, aunque católico, tenia en las venas sangre calvinista; de él puede decirse que era la oposicion, el progreso, y el liberalismo del siglo XVII, y de tan rectas ideas como de leales sentimientos dejó que le cegara el deseo de limitar y definir los derechos del sacerdocio en contraposicion con los del imperio. Hasta mucho tiempo despues de acaecida su muerte no se publicó su obra intitulada: «Libertades de la iglesia galicana; » la primera edicion fue prohibida en 1639 por el cardenal Richelieu, mas á ello, á la persecucion que experimentó en su orígen, debió cierto sabor de fruto vedado que inmortalizó su nombre y por consiguiente sus teorías.

Pithou profesaba claramente y sin rodeos el galicanismo seglar, y creador y regulador de esa doctrina, halló panegiristas y discípulos en todas las clases de la sociedad.

Hasta el clero se dejó alucinar por máximas que, halagando sutilmente las vanidosas simplezas nacionales, allanaban el camino de una próxima separacion entre Roma y Francia. Y aunque separacion semejante no entraba en las ideas ni en los deseos del pueblo, adherido á la Iglesia católica por estrechos lazos de respeto y fe; aunque el clero en sus asambleas generales proclamaba «su obediencia á toda prueba y su filial sumision á la Cabeza visible de la Iglesia universal, vicario de Dios en la tierra, obispo de los obispos y de los patriarcas,» y saludaba en el Pontífice romano «la infalibilidad de la fe que inmutable ha durado en sus sucesores hasta nuestros dias,» esas protestas, cuya sinceridad no fue nunca desmentida, no podian modificar sino muy débilmente la situacion creada, la cual por necesidad habia de dar por resultado la memorable declaracion de 1682.

Asegura el presbítero Le Dieu en su «Diario» (1) saber por boca de Bossuet que á Colbert fue debida la idea de los cuatro artículos, y añade el confidente del ilustre obispo que el mismo Colbert fue quien movió al rey á aceptarlos. En esta materia Le Dieu tiene derecho de ser creido, y por lo tanto resulta que el acto más autorizado y la clave, por decirlo así, del galicanismo es obra de un seglar. El abogado Pithou lo condensa y le da forma de

opinan que cuando un príncipe infringe el juramento prestado á Dios y á sus súbditos de vivir y morir, en la religion católica, y no solo se hace arriano ó mahometano, sino que llega á declarar la guerra á Jesucristo, esto es, á violentar la conciencia de sus súbditos obligándolos á abrazar el arrianismo ú otra infidelidad cualquiera, ese príncipe puede ser despojado de sus derechos como reo de felonía para con aquel á quien prestó juramento por su reino, es decir, para con Jesucristo, y sus súbditos ser absueltos en conciencia y en el tribunal espiritual y eclesiástico del juramento de fidelidad que le prestaron, en cuyo caso toca esta declaracion á la autoridad de la Iglesia residente en su cabeza, que es el Papa, ó en su cuerpo; que es el concilio. Esto considerado, aun cuando la doctrina contraria fuese la sola verdadera, lo cual niegan, como he dicho, los demas miembros de la Iglesia, habriais de mirarla á lo más como problemática en materia de fe, y llamo doctrina problemática en materia de fe á aquella que no es necesaria de necesidad de fe y cuya contradiccion no sujeta á los que la sustentan á anatema y pérdida de comunion.»

(1) En el *Diario del presbítero Le Dieu*, t. II, p. 8, se lee lo siguiente: «Durante el viaje hablamos de la asamblea de 1862, y preguntando á M. Meaux quien habia inspirado la idea de las proposiciones del clero relativas al poder de la Iglesia, me contestó que Colbert, entónces ministro y secretario de estado, era su verdadero autor y el que más eficazmente impulsara al rey por aquel camino.»


Digitized by Google

doctrina, el ministro Colbert imprime en él el sello gubernativo, y bajo tales auspicios es presentado el galicanismo á la sancion del clero.

Ocho años trascurrieron, y el anciano Ottoboni, papa con el nombre de Alejandro VIII, reunió en 1690 al rededor de su lecho de agonía á una congregacion de doce cardenales. Con la majestad de un gran pontífice, la entereza de un mozo y el elocuente bien hablar de un veneciano, les decia: « Deficiunt vires, sed non deficit animus; » y en seguida, como para probarles que no le abandonaba el valor al par de las fuerzas, leyóles la constitucion «Inter multiplices,» que no le permitió la muerte publicar en la forma que habria deseado. Antes y despues de Alejandro VIII otros pontífices hablaron como él, y ninguno calificó de heréticas las cuatro proposiciones, las cuales continuaron siendo objeto de la desconfianza católica y de la aprobacion y patrocinio de los adversarios de la Iglesia y de los instigadores revolucionarios.

En una época en que obedecer á un rey como Luis XIV comunicaba cierto aspecto de grandeza aun á los actos de servilismo, es evidente que no fue el deseo ni la voluntad del episcopado frances, cuya voz llevó Bossuet, menoscabar los derechos de la córte romana, y tampoco Luis XIV, aunque llevaba hasta el exceso de la dignidad soberana su orgullo de real patriotismo, habria podido dejar de ver un padre en el Pontífice, objeto de su filial veneracion.

Su alma profundamente católica detestaba la herejía: como cristiano y rey juzgábala con una severidad inspirada por admirable sentimiento de conservacion nacional, severidad que si ha podido ser censurada por escritores parciales, ha quedado despues de la revolucion francesa del todo justificada y abonada; pero los parlamentos, que no tenian y se obstinaban en no tener el mismo instinto monárquico y religioso, no curaron de encerrar el asunto en el círculo que le habian trazado Luis XIV y la asamblea general del clero.

Deslumbrados por el prestigio de omnipotencia de que hugonotes, filósofos y jansenistas rodeaban cada dia las asambleas judiciales, los parlamentos se tragaron el anzuelo de las libertades galicanas. El derecho de representacion era para ellos una necesidad que fatigaba al monarca envileciéndole, y así fue que luego de observar que la lucha contra el poder espiritual les ofrecia iguales ventajas sin comprometerles delante de la nacion, apoderáronse presurosos de la nueva palanca, y exceptuando unos pocos antiguos y respetables nombres aislados en sus virtudes como un estóico en una bacanal que con su silencio protestaban, la mayoría de los cuerpos judiciales se declaró en abierta hostilidad contra la Sede apostólica.

Saint-Simon, que llevó tambien con febril impaciencia el yugo romano, y que sin embargo vió con gran claridad las cosas cuando no las miró por entre los pliegues de su manto de duque y par, anuncia el principio del reinado de los abogados. En sus « Memorias » se lee: « La toga se atreve á todo, todo lo usurpa y todo lo domina (1),» proféticas palabras que, lanzadas como

(1) *Mem. del duque de Saint-Simon*, t. XI, p. 135 (edic. de 1829).

Digitized by Google

voz de alarma en medio del siglo de Luis XIV, despertaron muy débil eco y hallaron muchos incrédulos, pues las agresiones del foro, llevando ya en pos á la magistratura, eran para la autoridad secular locuras de la gente de curia que se divertia. Con las armas del raciocinio, de la oratoria y la sátira atacábase sin cesar á la córte de Roma; pintábasela ávida y falaz, invasora y corrompida siempre y en todas partes, y se decia de ella que, enemiga de aprender cosa nueva, se oponia constantemente á la ilustracion y al progreso. Bajo pretexto de salvar las libertades galicanas, de continuo puestas en peligro por las usurpaciones y la hostilidad de Roma, levantábase al orgullo, ó, por decir mejor, á la flaqueza de los reyes un pedestal de infalibilidad, y en completa paz se renovaban las contiendas del sacerdocio y el imperio, con la diferencia de que ahora la acusacion llevaba siempre la palabra. Trocados los papeles, los abogados no defendian sino que acusaban; no buscaban clientes, y les bastaba tener por adversaria á Roma. Por fidelidad al trono querian derribar la Santa Sede, y habríase dicho que, como compensacion de su inmotivado encono, les cegaba la Providencia como circunstancia atenuante.

El poder real era ensalzado y glorificado, y los esfuerzos todos se dirigian á separar al monarca de la Cátedra apostólica y á aislarle en su precaria autoridad. Prodigábase incienso á sus virtudes, eran paliados sus vicios, y en caso necesario no habia quien no estuviese dispuesto á perdonar siguiendo el ejemplo de Pedro Dupuy, esto es, á alentar una injusticia ó un delito. Pedro Dupuy habia dicho : « Es cierto que los príncipes incurren á veces en actos vergonzosos; mas no deben de ser estos condenados cuando redundan en utilidad de sus estados, pues la vergüenza cubierta con el provecho es llamada sabiduría (1).» Tan singulares palabras eran dichas en 1651, y miéntras duró el reinado de Luis XIV los abogados, que aun no pensaban en hacer oposicion monárquica, se limitaron á profesar aquellas máximas y á colocar su odio ó sus preocupaciones al amparo de una fidelidad que traspasaba los límites del servilismo. A Dupuy, columna de la iglesia galicana, fue debido el principio de sumision ciega, y sus sucesores hicieron de él instrumento de lisonja para los monarcas y de guerra sin tregua á cuanto de Roma procedia: en la anarquía religiosa que entónces se atravesaba el papel de cortesano fue empleado como un velo para ocultar muy malas acciones.

El jansenismo lo mismo que el galicanismo era una hostilidad sorda, perpétua amenaza contra los poderes establecidos. El abogado fue jansenista ó galicano, y segun las circunstancias se manifestó deista, ateo, filántropo ó intolerante. Ora feroz é independiente, ora travieso y chancero, á todo apelaba para hacer odiosa la doctrina católica, á la que daba el nombre de ultramontanismo.

Desmoronar lo sagrado, segun expresion de Rabelais, fue el pensamiento constante del jurisconsulto y magistrado, y las libertades de la iglesia galicana, mal entendidas y peor interpretadas, proporcionaban abundante materia

(1) *Apología para la publicacion de las pruebas de la iglesia galicana.*

Digitized by Google

y pretextos siempre plausibles para discutir, mutilar ó rechazar los decretos emanados de Roma. La enseñanza de los cuatro artículos fue declarada obligatoria cuando era lícito ignorar los Mandamientos de Dios, y bajo pena de incurrir en delito de lesa majestad fue preciso acatar en el púlpito, en la cátedra y hasta en el confesionario aquella arca santa de las inmunidades nacionales y bandera de la emancipacion futura. Oposicion era esta mezquina, quisquillosa y melíflua que en Francia, donde siempre tuvieron los hombres más fuerza que las leyes y donde nadie sabe ser libre ni resignarse á vivir esclavo, habia de compadecerse muy bien con el instinto popular; de ella puede decirse que era en cierto modo una primera edicion de los magnos principios de 1789 publicada contra la autoridad espiritual; y su doctrina, que parecia descender del solio para limitar el principio de obediencia, que enseñaba la sumision condicional, ó mejor que balbuciaba la rebelion, fue adoptada sin vacilar por cuantos sentian afan por variar, muy poderoso en los ánimos volubles.

La parte sana del clero, lo que es decir la inmensa mayoría, no tardó en conocer, ya en el siglo XVII, que la nacion era arrastrada á mal camino. El cardenal Perron habia descubierto á los estados generales el plan que se estaba maquinando, y el presbítero Fleury, sesudo historiador de la Iglesia, no deja punto oscuro en lo que era puro odio al yugo pastoral. « Si un extranjero, dice, celoso por los derechos de la Iglesia y enemigo de lisonjear á las potestades temporales, tratase de escribir un libro sobre las servidumbres de la iglesia galicana, no habia de carecer de materia... Examínense los autores togados y en especial Dumoulin, y se verá paladinamente cuanta pasion é injusticia hay en ellos y cuán poco saben practicar la caridad y humildad (1).»

Y en uno de sus más eruditos y profundos discursos el mismo historiador eclesiástico condensa en estas palabras su pensamiento: « Importa decir la verdad: los que han debilitado el vigor de la antigua disciplina y menoscabado nuestras libertades no son solamente los extranjeros y partidarios de la córte de Roma; los franceses, los cortesanos, los mismos que tanto han proclamado ese nombre de libertad, son los que mayor perjuicio le han causado ensalzando hasta el exceso los derechos del soberano (2). »

Extirpar de Francia el catolicismo y sobre las ruinas de su Iglesia levantar en triunfo los cuatro artículos de los cuales podia con facilidad deducirse así una constitucion civil como una república federativa ó unitaria, no habia sido en realidad plan concebido ni meditado de antemano; pasado era el tiempo de las quimeras del almirante Coligny y del gran duque de Rohan, y, como sucede en todos los acaecimientos humanos, iba naciendo aquella idea al embate de las pasiones. Y una vez nacida todo fue alimento para ella: aniquilado que estuviese el poder de la Santa Sede, los maquinadores del parlamento esperaban avasallar sin obstáculo la iglesia de Francia; una vez maniatada y humillada esta no habian de encontrar delante de sí sino el tro-

(1) Fleuri, *Libertades de la iglesia galicana*, opúsculo, p. 108 y 112.
(2) *Discurso sobre las libertades de la iglesia galicana*, p. 79.

Digitized by Google

no, y en el escollo donde la Iglesia habia zozobrado no era posible que se salvara.

Con la guerra de emboscadas y artimañas declarada á la Sede romana por el galicanismo seglar no se necesitaban ya obispos ni concilios: la magistratura lo suplia todo, y no habia cosa que no desnaturalizase ó confiscase en beneficio de sus ambiciones. Tendencia era esta conocida de antiguo como que fue denunciada por Bossuet al cardenal Estrées en una de sus cartas. «En mi sermon sobre la unidad de la Iglesia, le decia, pronunciado al abrirse la asamblea de 1682, hube de hablar por necesidad de las libertades de la iglesia galicana, y con ello dos cosas me propuse: una, hacerlo sin menoscabar en lo más mínimo la verdadera grandeza de la Santa Sede, y otra, explicarlas como las entienden nuestros obispos y no nuestros magistrados (1).»

En el año 1804 en una memoria dirigida al emperador Napoleon por Bernier, obispo de Orleans, uno de los negociadores del concordato, el prelado se expresa en estos términos:

« Ademas (con franqueza he de decirlo) introdúcese en nuestras libertades excesivo número de máximas de los pasados parlamentos presentándolas como el arca santa de la iglesia galicana, al paso que no son otra cosa que vanidades y quimeras de algunos presidentes y abogados jansenistas, ó por mejor decir independientes, que con el auxilio de principios nuevos deseaban disminuir la autoridad de la Iglesia y del monarca. A esas exageradas máximas son debidas la hostil actitud de Roma y el descontento que se observa en Francia en materias eclesiásticas. »

La distincion tantas veces establecida entre el clero que no aceptaba mancomunidad alguna con la heterodoxia que estaba en gérmen en las asambleas judiciales de una parte, y de otra el foro, peleando en defensa de las libertades galicanas á despecho de la misma iglesia francesa, existia entónces como nunca, y Frayssinous, obispo de Hermópolis, la consagra con estas palabras: « Al beber en puras fuentes la sana doctrina debo decir sin rodeos que no han de buscarse nuestras libertades en alegatos de abogados más jurisconsultos que teólogos, en máximas sin sólido fundamento que así pueden ser negadas como afirmadas, ni tampoco en una jurisprudencia que tendia á invadirlo todo, pero que en realidad sólo encadenaba al ministerio eclesiástico (2). »

Y las cadenas habian de ser muy graves para la conciencia y dignidad de los pontífices, como que los magistrados, protectores natos de la iglesia galicana, habian atraido á sí, en cuanto les fue posible, todas las causas eclesiásticas. Conocieron que no habia de serles ya dable combatir al Pontificado por medio de los obispos, y hostilizaron á estos valiéndose del clero inferior; atribuyéronse el conocimiento de materias puramente espirituales; resolvieron sobre la administracion de sacramentos; formaron causa á los sacer-

(1) *Obras de Bossuet*, t. IX, p. 275 (1778).
(2) *Verdaderos principios de la iglesia galicana*, p. 43 (1818).

Digitized by Google

dotes desobedientes á sus órdenes; mandaron quemar por mano del verdugo las pastorales de los diocesanos, y luego de haber confundido de este modo los límites que separaban al sacerdocio y al imperio, diéronse á la obra de introducir calculada confusion en la Iglesia y en el estado. Quisieron romper la tiara del Pontífice supremo para obligar despues al rey de Francia á quitarse de la frente la corona.

Era tan evidente la usurpacion de todos los poderes que cuando el Papa en 1738, accediendo gustoso á los deseos del mundo entero, colocó en los altares á san Vicente de Paul y concedió los honores de la canonizacion á aquel héroe cristiano de la caridad, hubo en Paris párrocos jansenistas que, unidos á los abogados galicanos, quisieron impedir los testimonios de respetuosa admiracion. Ni por asomo podia caer aquella bula bajo la competencia de los parlamentos; pero como de un modo incidental se hablaba en ella de los «innovadores» que rebajaban los milagros del diácono de Paris, no se necesitó más para que los dos partidos coligados formulasen una consulta de señores abogados de Paris con motivo de una bula que lleva por título: «Canonisatio beati Vincentii a Paulo.» Y con gravedad, por muchos conceptos ridícula, los abogados aseguraron « que los vicios de aquel juicio autorizaban á los párrocos á negarse á registrar cuantas cédulas se captasen en favor de la misma bula, lo cual no habia de impedirles interponer en tiempo más oportuno apelacion por abuso. »

El rey vió con desprecio tanta audacia, y Francia hizo lo mismo; pero cuando llegó á Dios su vez de ser encausado y puesto en la clase de los males sociales, los abogados y los párrocos constitucionales de 1793 consumaron la obra comenzada por sus predecesores, y Vicente de Paul, que al principio no pasó de ser un gran ciudadano, fue elevado á la dignidad de descamisado humanitario.

Los magistrados se preparaban para la independencia política emancipándose y arrojando de sí la subordinacion religiosa.

Un arzobispo ilustre y santo ocupaba en aquel entónces la sede de Paris, y lo mismo que otros prelados tan virtuosos y previsores como él, recibia impasible provocaciones é insultos. Cristóbal de Beaumont, cuya caridad es gloria del siglo XVIII (1), no temia sátiras ni amenazas; sabia que la resolucion y el esforzado aliento jamas han sido perdicion de nadie, y como san Ambrosio exclamaba con fe superior á todos los ultrajes: « Ubi Petrus, ibi Ecclesia !... » Resultado de esto fue que le persiguieron y desterraron, presentándole como modelo de ignorancia y fanatismo.

La proscripcion fue el primer acto de los hombres que en nombre de un Dios de paz querian guiar á los pueblos por las vias de la justicia y de la libertad, y como la iglesia de Francia se negó á imitarles en su sistema de usurpacion, se apartaron de la obediencia debida á los obispos despues de haberse separado con deliberado propósito de la Cátedra de Pedro, y avanza-

(1) En los funerales del arzobispo Cristóbal de Beaumont las mujeres del pueblo decian entre sí: « ¡ Qué buen señor ! Si un pobre le pidiese un luis de oro seria capaz de resucitarle. »


Digitized by Google

ron á la conquista de una especie de culto civil cuya base habian de ser los cuatro artículos comentados por la gente del foro.

Y esto se supo y divulgó tanto que, en medio de la tormenta de la Revolucion, en el año 1795, se publicó en Francfort una obra intitulada: «El sistema galicano convicto de haber sido la primera y principal causa de la revolucion que ha extirpado en Francia el catolicismo y destruido la monarquía cristianísima, y de ser hoy el mayor obstáculo para la contrarevolucion en favor de la misma monarquía.»

En ese libro, sin nombre de autor, se descubre vigorosa y elevada dialéctica; sin llevarse las consecuencias al extremo, son deducidas de los principios y explicadas con singular conocimiento de causa. Entre el torbellino de los acaecimientos, á la vista de las ruinas causadas, fulmina el anónimo escritor grave acusacion contra el galicanismo, y en la pagina 59 pregunta:

« ¿Cómo han de poder nunca los galicanos atenuar ni excusar atentados semejantes? ¿Cómo podrán sincerarse del cargo de haber contribuido y cooperado principal y directamente, así por su ejemplo como por su sistema, á la increible revolucion de que somos víctimas, revolucion que en sí misma y de suyo no es mas que una audaz rebelion, un alzamiento claro y paladino contra la autoridad sacerdotal y la potestad real del mismo Jesucristo? Porque conviene decir que á este sobre todo aborrecen los impíos revolucionarios, y si está en sus monstruosos principios y detestables propósitos trabajar con todas sus fuerzas para derribar la Santa Sede y los tronos todos de la cristiandad, esto lo hacen para anonadar, á serles posible, la doble autoridad de Jesucristo de que son respectivamente depositarios el Sumo Pontífice y los reyes cristianos, quienes la ejercen en su nombre y como sus lugartenientes. Ahora bien, ¿pueden los galicanos lisonjearse de no tener en este punto nada que echarse en rostro y de no haber prestado favor á aquel misterio de iniquidad? ¿Se atreverán á suponerlo así y á asegurarlo despues de los ataques que han dirigido á la doble autoridad?

«En efecto, al propio tiempo que confesaban y exaltaban la suprema autoridad sacerdotal de Jesucristo en sí misma, ¿acaso no la conmovieron con violencia disputando la soberanía en última instancia al Sumo Pontífice á quien Jesucristo la confió plena y entera, y arrancándosela para hacerla residir en el cuerpo de los obispos que, á su decir, son representacion de la Iglesia, y de los cuales hacen depender al Sumo Pontífice aun en calidad de tal, como si no fuese digno de representar la Iglesia quien representa al mismo Jesucristo? Y en cuanto al resto de autoridad que consintieron en dejar á la cabeza visible de la Iglesia, ¿quién no sabe que la limitaron, debilitaron y aherrojaron hasta el punto de hacerla nula en la práctica, queriendo y exigiendo que su ejercicio fuese determinado por los antiguos cánones, esto es, por cánones derogados en gran parte por la Iglesia y cuya autoridad no era mayor que la que esos señores se complacian en atribuirles? ¿Quién no ve que al encadenar de modo tan arbitrario el ejercicio de ese resto de autoridad hicieron problemáticos, voluntarios y por lo mismo nulos los deberes esenciales de la subordinacion que le es debida? Lo cual equivale á decir en dos pa-

Digitized by Google

labras que al propio tiempo que reconocian la autoridad sacerdotal de Jesucristo en sí misma y especulativamente, en la práctica la abjuraban y destruian en realidad de verdad: «Confitentur se nosse Deum, factis autem negant (Tit. I).» A este precio establecieron y mantuvieron los galicanos sus criminales libertades; de este modo fueron los primeros en levantar los pendones de la sedicion y de la rebelion contra la autoridad sacerdotal de Jesucristo, y prepararon y favorecieron su anonadamiento en Francia. La consecuencia era indeclinable: una vez debilitada, deprimida y hecha odiosa y casi nula por medio del sistema galicano la autoridad del Sumo Pontífice, la episcopal debia de experimentar insensiblemente y con mayor razon aun igual menoscabo, iguales pérdidas é iguales deterioros, para pasar al fin toda la autoridad eclesiástica á manos de la potestad civil. Esta y no otra fue la obra comenzada en la época de nuestros parlamentos y consumada en estos tiempos de revolucion.»

En la página 68 el autor anónimo hace tomar mayor vuelo á su tésis, y manifiesta por qué se dejó á los reyes aislados en su trono para que no pudiesen contar ya con el apoyo de la Iglesia.

«Segun los galicanos, el solio de los reyes cristianísimos no hubo de estar fundado ni tener por sosten el trono de Jesucristo, cesando de hallarse identificado con el mismo. Sus únicos fundamentos fueron la religion natúral y el deismo, sus únicos sostenes el entusiasmo y la opinion nacional, y el pueblo frances no debió ya mirar en su rey al nieto de Clodoveo, Carlo Magno y san Luis y al representante de Jesucristo, sino al sucesor de los Faramundos y Clodiones y al representante del Dios de la naturaleza. De este modo los reyes cristianísimos pudieron dejar de rendir á Jesucristo en homenaje su cetro, su corona y sus derechos todos; su consagracion pasó á ser una ceremonia inútil é insignificante, y los juramentos que en ella prestaban como súbditos de Jesucristo y depositarios de su real autoridad, hueca fórmula que á nada obligaba (1); y no solo no dependieron ya en nada de Jesucristo «como reyes», no solo no debieron ya cosa alguna como tales á su Iglesia y á la religion, sino que no estuvieron obligados ni como privadas personas á reconocer la una ni profesar la otra.»

En la confusion de todas las voluntades y en el humillante estado de todos los poderes que con breves pinceladas hemos indicado, el sacerdocio y el imperio eran minados por conjuracion implacable. A ella ayudaban los galicanos seglares, quienes hicieron al fin causa comun con filósofos y jansenistas, y de esa aligacion de sarcástico excepticismo por una parte, y de meditado encono por otra, nació el josefismo, primera aplicacion de aquellos

(1) «Por esto al subir al trono Luis XVI y al tratarse de la ceremonia de su consagracion deliberóse en consejo si efectivamente se verificaria esta, tan inútil y supérflua se consideraba por los galicanos. Esto no obstante, resolvióse la duda por la afirmativa, y Luis XVI fue consagrado; pero el predicador, para atajar de antemano las consecuencias que de ello podian deducirse en favor del reino temporal de Jesucristo y de la dependencia en que de él estaban nuestros monarcas, no olvidó advertir en presencia del pueblo admirado, conformándose así con la doctrina galicana, que la ceremonia no era obligatoria para el rey ni esencial para el desempeño de su cargo. (*Nota del autor anónimo*).»



combinados sistemas para desquiciar la piedra en que Dios habia edificado su Iglesia.

«Por muchas y variadas que las yerbas sean, llámase al todo ensalada,» dijo Montaigne en su especial estilo, muy rico de verdades, y aquí viene de molde su gracioso dicho. Por sus asimilaciones, por sus tendencias y por la necesidad que experimentaba de innovar á fin de destruir con facilidad mayor, el josefismo tomó por norma el más puro despotismo, merced al cual habia de realizar sus sueños de independencia religiosa y de trasformacion política. Partícipe de todos los sistemas que estaban entónces en ebullicion, apoderóse de cuantos teorías iban predicándose, é hinchado de portentoso orgullo quiso ahogar al cordero en la leche de su madre. Procedente del jansenismo y de la escuela filosófica, es el josefismo una intrusion del elemento seglar en el gobierno de la Iglesia, una reaccion de la potestad civil contra el sacerdocio, y sólo en un punto se distingue del protestantismo.

En las naciones en que impera absorbe la idea religiosa en la civil, y el soberano, á un tiempo monarca y papa, reune en sí las dos potestades. Entre los luteranos y calvinistas, y lo mismo debe decirse de Inglaterra, no existe entre ámbas hostilidad ni lucha, siendo así que en los estados católicos se encuentran por el contrario dos autoridades enteramente distintas, sobrenatural y espiritual la una, natural y temporal la otra. En la edad media gozaba la autoridad religiosa de todos sus derechos, en principio á lo ménos, y hasta la época de la casa de Suavia, en Alemania, y de Felipe el Hermoso, en Francia, puede decirse que no comenzó el antagonismo entre el poder temporal y la potestad pontificia. Y aun ha de observarse que ese antagonismo sólo se descubre en los actos de la magistratura, pues las prolongadas luchas del sacerdocio y el imperio, encarnadas casi en las denominaciones de güelfos y gibelinos, no tuvieron nunca por objeto debilitar ni menoscabar el ejercicio del ministerio pastoral; el principio de la autoridad de la Iglesia, vivo en el corazon de los pueblos y acatado por los soberanos, sobrenanadó siempre junto con la fe en aquellas complicadas guerras y en aquel laberinto de controvertidos derechos; su imperio era absoluto en el alma de los reyes, y si movidos por su fantasía ó sus pasiones se lanzaban á injustos arrebatos, tarde ó temprano volvian como por instinto á la filial obediencia.

Al nacer el protestantismo, entre los sangrientos excesos que inauguraron la nueva secta, los estados que permanecieron fieles á la Cátedra de Pedro se unieron al centro de unidad más estrechamente que nunca: en Alemania y lo mismo en Francia no se trataba ya de disputar acerca de la índole de este ó aquel acto, del carácter de un hecho más ó ménos legal; la fe era puesta en peligro por la herejía triunfante, y en el comun riesgo los principales católicos volvieron los ojos á Roma. La revolucion, cualquier que fuese su bandera, fue para ellos el viento que desgaja las ramas muertas y conforta y robustece las vivas, y la necesidad de poner á salvo sus amenazadas creencias, y sus estados, hasta lo más hondo agitados, les movió á hacerse romanos. Al elevarse Enrique IV al trono de Francia verificóse una especie de reaccion contra la Liga cuyo espíritu habia sido eminentemente ultramontano; pero

Digitized by Google

la perspicuidad del bearnes no dejó por mucho tiempo al galicanismo seglar el derecho de estar en tratos con el error.

Las contiendas quedaron concentradas en ciertas escuelas de teología; refugiáronse en algunos parlamentos, creyéndose estos autorizados para concederles un derecho de asilo muy poco silencioso, y apénas consideraron del caso levantar de nuevo la cabeza cuando en sus altercados con el papa Inocencio XI llevó Luis XIV más léjos que ninguno de sus antecesores las pretensiones de su corona. Aleccionado por la experiencia y la adversidad no tardó el rey en obedecer á más equitativos sentimientos, y á no existir gérmenes de rebelion en todos los corazones es seguro que habria borrado hasta las huellas de sus divisiones con la Sede apostólica.

El jansenismo habia crecido; la incredulidad se propagaba sin ruido, y la alianza de los hugonotes, jansenistas y filósofos refugiados en Holanda comenzaba á producir sus frutos. Establecidas por ellos imprentas en varias ciudades de las Provincias unidas, inundaban á Europa de libros obscenos, de opúsculos irreligiosos ó de historias falsificadas con arte; decian ser católicos, é ideando dinastías de obispos usurpadores y una série de presbíteros siempre en entredicho, no cejaban en la incesante obra de enaltecer su rebelion. Desde su campo atrincherado de Utrecht aquella imperceptible minoría que hacia aun ademan de escatimar su obediencia, vertia afanosa el oprobio sobre la Sede romana y el espíritu de rebelion sobre los pueblos.

En aquel arsenal se forjaron cuantas armas fueron dirigidas contra la Iglesia y el solio, y para hacer incurable la herida jansenistas y filósofos se sirvieron de envenenadas flechas. La doctrina de los unos ponia al sectario en vez del Pontífice, y la filosofía de los otros elevó al hombre sobre Dios y puso el estado en el lugar de la Iglesia; aunque partiendo de opuestos puntos no tardaron en confundirse ambos partidos en un interes comun, y conociendo que el nudo de la autoridad pontificia iba cediendo á sus continuos esfuerzos, se aplicaron á propagar como consecuencia de su influjo la relajacion de costumbres.

Desde Holanda y Francia extendióse su conjuracion á la otra parte de los Pirineos y á una porcion de la península italiana, contando por cómplices y auxiliares á los ministros de los reyes y á los adversarios de la Compañía de Jesus que conspiraban oficialmente en su daño á fin de que todo quedase á una gangrenado, así la edad madura como las generaciones nacientes. Don Manuel de Roda, en España; Pombal, el gran marques, en Portugal; Tanucci, en Nápoles, y el cardenal Andres Corsini, en Roma, fueron activos emisarios de la grande empresa. La caida de los jesuitas habia de poner por necesidad la educacion de los jóvenes en manos de las universidades; en un instante el elemento seglar iba á ser dominador desde Amsterdam hasta Lisboa, y al propio tiempo fue introducido en Austria escudado por la facultad de medicina.

A ejemplo de las oposiciones políticas ó religiosas de todas las épocas, los jansenistas de Holanda habian creado una escuela de hombres buenos para todo que se habrian abierto camino aun sin tierra donde trazarlo, escuela en la que si el talento era ménos honrado que el espíritu de intriga, servia á este

Digitized by Google

de pasaporte en los pueblos extranjeros. Esto fue causa de que el jansenismo penetrase en Viena y se introdujese en la córte de la emperatriz María Teresa para engendrar el josefismo.

En aquel tiempo los estudios anatómicos eran en el imperio poco cultivados. Boerhaave, ilustre profesor de Leyden, habia muerto legando á sus discípulos parte de su fama y de su ciencia médica, y María Teresa manifestó deseos de tener cerca de sí á dos doctores formados en las lecciones de aquel maestro, sin poner otra condicion que la de que fuesen católicos. Los doctores Girard Van Swieten y Antonio de Haen que pertenecian al reducido y turbulento rebaño apacentado en el cisma por los obispos de Utrecht, rebeldes desde su fundacion, fueron los designados, y apénas hubieron adquirido la confianza de la emperatriz se dieron porfiadamente á su trabajo de depuracion por una parte y de proselitismo por otra, trabajo que consistia sencillamente en desacreditar poco á poco á los jesuitas como á cuerpo de enseñanza, en eliminarlos de ella con el tiempo, y, patrocinando luego planes de reforma universitaria, en sustituir al episcopado y á la compañía con los autores de esos proyectos inéditos aun. Van Swieten es el alma de la empresa; en la capital del imperio ha encontrado á algunos jansenistas aislados, y despues de reunirlos en cenáculo y de afirmarlos en su rebelion instintiva, reparte entre ellos las dignidades de la enseñanza. El presbítero Stoch es nombrado presidente de la facultad de teología; Riegguer adquiere la cátedra de derecho canónico; Martini la de derecho natural, y desde aquel momento los jansenistas, que tenian un pié en Viena, no habian de tardar en dominar allí del todo por medio del josefismo, al que conceden de antemano carta de naturaleza.

La emperatriz María Teresa, el gran político que, al decir de su más constante adversario Federico II de Prusia, fue honor de su sexo y del solio, estaba entónces en el apogeo de su gloria, y más aun que por sus derechos de heredera de la casa de Hapsburgo, cuyo nombre hermanaba con los de Lorena y Guisa, reinaba por sus virtudes. La princesa que en un siglo impregnado de sensualismo deploraba el tiempo que habia de dar al sueño, pues decia que eran otras tantas horas perdidas para sus pueblos, velaba por la dicha de estos y por la de su familia con maternal anhelo; todo su poder era empleado en servicio de la Iglesia, y para mantener en sus vastos dominios la unidad católica no habria habido sacrificio para ella imposible. Y sin embargo, en su reinado fue cuando en el episcopado y en las universidades se infiltraron singulares doctrinas.

La rebelion de las almas no habia de proceder en Alemania como en Francia, vendiendo palabras y derramando chistes: esa metralla menuda que heria á la Santa Sede y caia sobre el sacerdocio como chispas de un castillo de fuego, habria halagado muy poco á las inteligencias germánicas, sólidas y amantes del silogismo y la polémica, pudiendo sólo seducirlas la dialéctica de escuela, la demostracion grave y los dichos de sobremesa con que adornó Lutero su teología. Al traves de las edades continuaban los protestantes en su pelea contra el Pontificado, y á fin de extraviar la opinion

Digitized by Google

pública se consideró del caso asociarse á esa guerra, aunque separando la nueva causa de la causa luterana.

La idea jansenista habia penetrado en el corazon de Alemania; los principios galicanos estaban en ella muy en boga, y movidos por vagos deseos de separacion ó soñando con debilitar la autoridad de la Cátedra de Pedro por medio de hostilidades que no habian de llegar al extremo de la herejía, algunos obispos ambiciosos allanaban el camino de las innovaciones. Juan Nicolas de Hontheim, obispo sufragáneo de Tréveris, tomó la delantera; con el seudómino de Justino Febronio levantó pendones contra la Sede romana, y en un libro en que la tosquedad del latin corre parejas con lo peregrino de las teorías, dijo ser su propósito restablecer la union en la Iglesia al tiempo que arrojaba sobre ella á manos llenas la confusion y la discordia (1).

Más que inventado habia Febronio compilado; nada de lo que hay en la obra es suyo: lo bueno y lo verdadero está sacado de las obras de Bossuet, lo malo ó lo falso procede de los laboratorios protestantes y jansenistas. De ello resultaba una contradiccion constante y clara, y así contrapuestas las encontradas doctrinas venian á destruirse mútuamente. Para conciliar los sistemas todos Febronio habia reunido infinitos y distintos materiales de dudoso sentido; pero su soñada conciliacion llevaba nada ménos que al cisma, del cual en diferentes pasajes de su libro da detenidas explicaciones con una complacencia muy poco ortodoxa. Aunque indigesto en su esencia é incomprensible en la forma, el alegato episcopal se publicó en tiempo tan oportuno que fue acogido con gritos de entusiasmo y trasportes de gratitud y contento. En él señoreaba el error tan suelto y arrogante, y acumulábanse sobre el Pontificado romano tantas paradojas, nacidas de otras tantas imposturas, que el prestado nombre de Febronio sobrenada aun en la historia, siendo así que desde há largos años se halla abismado el libro en la más profunda oscuridad. Su suerte ha sido la de aquellas flores que mueren al dar el primer fruto, quedando únicamente hojas descoloridas y secas de las que se exhala sin embargo un resto de fragancia.

«Los hombres, ha dicho Maquiavelo, ántes desean lo que no pueden alcanzar que lo que pueden fácilmente obtener (2),» y el episcopado de Alemania probó una vez más la exactitud de la máxima. La prudente reforma que necesitaba podia pedirla á la Santa Sede, la cual es seguro que no habia de aplazarla; mas en vez de un acto de sumision, dióles á ciertos prelados por acudir á la rebelion. Algunos canonistas y legistas como Oberhauser, Sonnenfeld, Zallvein, Barthel, Born, Eybel y Van Espen los alentaron, y halagando ambiciosas vanidades, queriendo hacerles suave la escabrosidad del sendero del Cielo por el cual se ha de subir con los piés descalzos y las manos vacías, los empujaron al precipicio. Febronio, que habia de arrepentirse despues, planteó problemas preñados de tempestades, y estas se desen-

(1) El título del libro es: *Justini Febronii, jurisconsulti, de statu præsenti Ecclesiæ et legitima potestate Romani Pontificis, liber singularis, ad reuniendos dissidentes in religione christianos compositus* (1763, Bouillon).

(2) Machiavelo, *Stor. di Firenz.*, t. I, p. 175.

Digitized by Google

cadenaron así que el emperador José II, por fallecimiento de María Teresa, vióse en estado de dar aplicacion á sus planes de reforma eclesiástica.

La noche misma en que espiró la gran emperatriz (29 de noviembre de 1781), el nuevo emperador escribia al príncipe de Kaunitz: «Hasta ahora no he sabido mas que ser hijo obediente; á esto se reducian todos mis deseos.» Para dicha y gloria suya José II no hubiera debido olvidarlo nunca.

José, unido á las entrañas mismas de la Iglesia romana por los lazos todos de familia, procuró desprenderse de ella por los sofismas del orgullo hermanados con una verdadera pasion para el bien público, repugnándole dar crédito á aquellas palabras del Apóstol de que «aquello que parece loco en Dios es más sabio que los hombres (1).» Su inteligencia que, como el mar ya en sosiego, ya tormentoso, era raro producto de la naturaleza, tenia elevacion y grandiosidad, y sus intentos parecian ser siempre rectos, así como su carácter cabal y entero. Con ardor deseaba la felicidad de los pueblos; pero á su modo y sin consultar la índole de las distintas razas, el espíritu de las épocas y las nativas repulsiones que iba á promover su afan de reformar á todo trance. Su propension á pasar por todo y á llevar las cosas al extremo hizo que la noble y proverbial sencillez de sus mayores degenerase en él en ridícula manía de singularizarse.

En la soledad en que vivia al pié del trono de su madre habíase impregnado el emperador de filosóficas quimeras; habia saludado los problemas de la jurisprudencia y de la economía social, y entregado casi sin saberlo á los pérfidos consejos de los jansenistas, con los cuales compúsole Van Swieten reducido cenáculo de ardientes admiradores, estaba á merced de todos los vientos de su caprichosa fantasía. Dominado por la fiebre de las reformas olvidaba que importa acercarse á ellas como al fuego: no muy poco, por no tener frio, ni demasiado, por no quemarse. El despotismo puro era el único instrumento que el emperador conocia para establecer la libertad de conciencia y la civil y política, y no consentia resistencia en la Iglesia á la cual despojaba, ni en sus fieles pueblos cuyos deseos no atendia y cuyos católicos instintos heria y lastimaba con sus proyectos y sistemas.

Todo lo trascurrido del siglo XVIII habíanlo empleado los filósofos en buscar un soberano á su satisfaccion. Federico de Prusia se sirvió de ellos, y no les servia sino cuando así le acomodaba; José, cuya presuncion le extravió hasta el punto de representar lo despótico de sus beneficios como una nueva era para la humanidad, habia de acomodarse al modelo que se habian forjado. El jansenismo y el filosofismo que no pudieron erradicar de su alma los principios de la religion cristiana, se aplicaron á depravar sus buenas dotes, y de su ingenio, luciente en las tinieblas como luz fosfórica que brilla y no ilumina, hicieron una actividad intelectual y física, embriagada más que por su omnipotencia por su universal sabiduría. La levadura de rebelion contra la Iglesia fermentó poco á poco en su alma, y esto conseguido, José II hallóse en disposicion de asociarse á los planes de

(1) *Epist. B. Pauli prima ad Corinth*, I, 25.

Digitized by Google

esclavitud ideados por sus maestros ó aduladores, quienes, teniendo por palanca el cetro de los césares, tuvieron por seguro degradar á la Iglesia romana en obras y en doctrinas. Proponíase el jansenismo privarla de todo contacto con la cristiandad y convertir la ciudad santa, la « cittá dolente, » en una especie de lazareto en cuyo valle de muerte bregase la memoria del Pontificado con la sombra de su desvanecido poderío, y sin pensar que aun más que levantar la cúpula de San Pedro con polvos de los caminos era imposible que se realizara el sueño de apóstatas y ateos, quisieron llevar hasta las nubes la candidez del imperial orgullo.

Para Francia y para Italia no estaba sazonada la revolucion; la constitucion civil del clero ni en gérmen existia aun, cuando de pronto se manifestó en el riñon de Alemania, dando á Europa las precipitadas reformas de José II la primera edicion de sus propósitos. José proclama que la religion católica es la dominante en sus estados; mas, como demostracion de ello, despierta las pasiones que yacian sepultadas bajo los huesos de güelfos y gibelinos, y el imperio declara la guerra al sacerdocio en ocasion en que la Santa Sede es combatida por audaces innovadores.

En Francia desprestigiábase al clero por medio de la incredulidad, nacida de universal sarcasmo; en Alemania, José II combate la autoridad de la Iglesia con el arte de la opresion administrativa. Con la ley en la mano, ley recientemente improvisada para satisfacer las exigencias de la causa, díctanse disposiciones á centenares, y el odio y la violencia las amontonan una sobre otra. José II cuenta con canonistas visionarios y jurisconsultos filósofos, y estos formulán en leyes la disolucion de la jerarquía eclesiástica; tiene prelados como su hermano el archiduque Maximiliano, como los arzobispos electores de Maguncia, Colonia, Salzburgo y Tréveris, como Herbestein, obispo de Laybach, que aprueban esos actos; tiene magistrados que los sancionan y ministros que los ejecutan, y sólo falta que el emperador mande á sus pueblos ser felices conforme á ordenanza y aceptar sus irreflexivas mejoras con sumision entusiasta. El emperador no habla, no discute; obra.

Es su decidida voluntad no llegar nunca á rompimiento con la Iglesia romana, y sin embargo en ménos de un año, tanta prisa se da en usar de su derecho de legislador y de su profesion de reformista, que ni una piedra queda en pié del edificio que alzaran sus mayores. Todo él ha sido minado á fuerza de leyes, todo ha caido á los golpes de innumerables decretos; pero en la perturbacion universal no hay quien aplauda á no ser el incansable utopista, envanecido como si hubiese renovado la faz de la tierra.

Como sucede en todo lo humano, abusos hubieron de introducirse entre tan opuestos intereses y heterogéneos elementos, y varias veces la Santa Sede los habia denunciado á la vigilancia de los césares germánicos y á la prudencia de la emperatriz María Teresa. Abusos, repetimos, los habia y muchos; mas ¿convenia arrancar el árbol para podarlo? ¿qué necesidad era la que en aquella agitadísima época podia impulsar al despojo para establecer una soñada justicia distributiva?

José II ni tiempo se tomó para reflexiones semejantes. Sus obispos, pre-

Digitized by Google

lados cortesanos cuando no validos del jansenismo, no vieron en su alzamiento contra Roma sino una emancipacion próxima de la pasada obediencia y regularidad, y ninguno entendió que la lucha debia neçesariamente de acabar en su propio daño. Rebeláronse contra la Iglesia, su madre, para dar á su príncipe testimonio de fidelidad; el príncipe aceptó su devocion obsequiosa, y la aprovechó como una aprobacion de la cual hubiera podido prescindir.

Un edicto de tolerancia general, tolerancia que si conviene que se introduzca en las costumbres nunca debe ser consagrada por la ley, fue la revelacion del josefismo. El edicto, de fecha de 13 de octubre de 1781, está formulado en estos términos:

«Convencido de los perniciosos resultados que produce la fuerza que en las conciencias se ejerce, y de los grandes beneficios de una tolerancia verdaderamente cristiana, S. M. I. y R. Apostólica decreta que á los súbditos suyos protestantes de la confesion helvética y de la de Augsburgo, así como á los que profesan la religion griega, les será permitido el ejercicio privado de su culto en los puntos de la monarquía austriaca en que se hallen en suficiente número.

«Aquellos que no profesen la religion católica quedan relevados de la obligacion de prestar juramento con fórmulas contrarias á los principios de su secta, y de concurrir á las procesiones y ceremonias de la religion dominante.

«Los empleos públicos serán conferidos por el soberano sin atender á la diferencia de religion, y sí únicamente á la aptitud y al mérito.

«Quedan permitidos los matrimonios mixtos.

«Nadie podrá ser castigado por motivos religiosos á no ser que haya violado la ley civil.»

La igualdad descendia del trono para confundir las sectas y disidencias todas en un solo sentimiento de administracion fraternal, é inocente ilusion fue esta de José II saludada por sus consejeros como la aurora de una felicidad anti-romana. Mas no bastaba que el emperador lo tolerase todo; convenia persuadirle de que para ser consecuente con el generoso principio habia de ser excluida de él la Iglesia católica, y así se hizo. José II pasó por la humillante afrenta, y en su comezon de dar leyes entregó la Santa Sede á merced de audaces y declarados enemigos.

Pocos meses bastaron al ilustre desfacedor de abusos para hacer de la Iglesia un cadáver: derribando aquí, suprimiendo allí, pasando por todas partes el rasero de su tiranía, preséntase como precursor de la libertad indefinida. A él precede, empero, la esclavitud del sacerdocio, pues sus obispos y súbditos pueden tener les relaciones con quien parezca, excepto con el vicario de Jesucristo; si prescribe á los unos lo que deben jurar, fija en reglamentos qué clase de obediencia han de prestarles los otros; emancipa á los religiosos de todos los institutos, pero en breve dice no querer más conventos ni novicios; muy pronto son los bienes de la Iglesia tentacion de su codicia, y en nombre de la tolerancia los confisca. La ley es José II, y prolongándose este indefinidamente cae sin distincion sobre todo.

Digitized by Google

Su férrea mano así derriba la resquebrajada puerta de los monasterios más pobres como fuerza las cerraduras de las opulentas abadías. Dos mil y veinticuatro casas religiosas ha secularizado ya: los capuchinos, premonstratenses, cartujos, carmelitas, dominicos, carmelitas, trinitarios, franciscanos, servitas, camandulenses, benedictinos y clarisas sólo existen ya en el imperio como individuos aislados, y el estado, encargándose de administrar sus bienes, los hace propios suyos. Las temporalidades de la Iglesia forman parte de la hacienda pública, y en Austria sucede lo que sucederá más tarde en circunstancias idénticas en Francia, España y Piamonte: las necesidades del estado van haciéndose mayores, su indigencia aumenta y su deuda crece á proporcion de los bienes que por una parte confisca y que por otra despilfarra ó vende á bajo precio, á fin de crear intereses nuevos y una nueva clase de propietarios furtivos.

Bulas hay que como la «In cœna Domini» no convienen á José ni á su pasion por dominar; otras, como la «Unigenitus,» contrastan sus preocupaciones, y de todas ellas, por decirlo así, decreta la captura. Los sacerdotes que acatan su incontestable validez son juzgados por el mismo emperador en su tribunal, al que fue debida la siguiente sentencia en 25 de abril de 1781: «Los dos individuos eclesiásticos de la comision investigadora que se han atrevido á sostener las bulas «In cœna y Unigenitus,» presentando como delito la resistencia opuesta á ellas por los superiores del seminario, serán severamente reprendidos, y destituido uno de ellos, el canciller de la universidad de Olmutz.

El pretor, cuya superior inteligencia no habria debido ocuparse sino en asuntos de gran monta, gustaba de descender hasta los más pequeños. Sin apelacion y atropelladamente resolvió José II así los puntos más claros como los más escabrosos de la conciencia y del derecho, y estudiando conforme á sus ideas la causa de la Iglesia y la del Pontificado supremo, dió sobre los litigios todos de la historia un fallo cuyos fundamentos están tomados del «Ensayo sobre las costumbres» de Voltaire. Mas de pronto distráese de tan graves atenciones, y expide decreto sobre decreto limitando el número de fiestas, aboliendo las procesiones, prescribiendo el órden de los divinos oficios, y en una palabra, reglamentando las funciones religiosas, misas y funerales; expresa el modo de decir las salutaciones, y previene á los sacristanes cuantos cirios han de arder en los altares.

Esa persecucion al menudeo que habria alegrado al mismo Juliano el Apóstata, parecia á José la cosa más natural del mundo, y no volvia de su sorpresa al encontrar oposicion allí mismo donde pensaba engendrar agradecimiento. Al tiempo que encerraba á la Iglesia en el círculo de Popilio y que á cada momento lo estrechaba, su idae constante era acusar de ingratitud al clero, el cual no condescendia en tan violentas como radicales trasformaciones. Las leyes que trastornaban de arriba abajo la economía eclesiástica le encontraban suspicaz y retraido, y en el gran despojo que se disfrazaba mal con los nombres de libertad del individuo y de progreso humano, veia con horror las tendencias josefistas y el perpétuo deseo de confundirlo todo

Digitized by Google

que reinaba en los consejos del emperador. En el clero hay algo más que cortesanos, y en Austria, en Hungría y en los Países Bajos resisten á la cabeza del sacerdocio los cardenales Migazzi, Bathyani y Frankenberg: sus armas son la oracion, las súplicas y el raciocinio; pero su moderacion no disimula temores ni peligros.

El emperador no puede sustraerse á tantas quejas, y para evitar las del nuncio apostólico en Viena le prohibe la entrada de palacio. En nombre del Padre comun dirige Garampi una carta á José II, á la que en 9 de diciembre de 1781 contesta el príncipe Kaunitz con un despacho en cuyas sílabas todas chispea y rebosa el insulto en el pensamiento bajo el manto de irónica cortesía en las palabras. «Gran sorpresa ha sido la del emperador, dice su canciller, al ver condenadas en el billete de monseñor Garampi, nuncio del Papa, sus últimas ordenanzas. S. M. I. ha leido en él estas propias palabras: «Nunca príncipe alguno de la comunion católica romana habia pensado en llevar tan léjos el ejercicio de su autoridad,» de cuyas expresiones monseñor el nuncio, sin duda involuntariamente, ha permitido que se dedujera la odiosa consecuencia de que, llevando su poder hasta aquel punto, dejaba un príncipe de ser católico, y hasta parece que quiere como indicar la posibilidad de circunstancias bastante poderosas para absolver á sus súbditos del juramento de fidelidad. El emperador ha atribuido semejante acto al celo excesivamente ardoroso de monseñor el nuncio, y suponiéndolo hecho sin conocimiento de Su Santidad, habria guardado silencio á no haber sabido que monseñor el nuncio ha dado comunicacion de su billete á algunos obispos de los estados hereditarios y tambien á varios prelados extranjeros. A consecuencia de esto S. M. ordena al canciller contestar á monseñor Garampi:

«Que la abolicion de notorios abusos es favorable á la religion;

«Que si abusos semejantes hubiesen sido inherentes á ella habria perdido por completo su venerable carácter, y en vez de ser abrazada con el piadoso amor que merecen la moderacion de sus principios y la excelencia de su moral, el interes del género humano le habria impedido adoptarla;

«Que la abolicion de cuantas instituciones no tienen por exclusivo objeto el cuidado de las almas corresponde al soberano temporal, siendo de aquel número la disciplina exterior de la Iglesia y más aun la del clero regular, instituto de invencion humana, como que está probado que los monasterios, desconocidos en los primeros siglos de la Iglesia, debieron su fundacion á la munificencia de los príncipes.

«Por esas reglas ciertas y seguras S. M. I. viene no solo autorizado, sino tambien obligado por sus deberes á tomar la direccion de cuanto no se refiere especialmente al dogma y á lo íntimo de las conciencias.

«No se trata, pues, de alterar en lo más mínimo la religion: lo que monseñor el nuncio teme al parecer por la fe no existe sino en su fantasía muy vivamente exaltada.

«El canciller de córte y de estado, al transcribirlo así á monseñor Garampi, cumple puntualmente la órden de S. M. I., á fin de que monseñor el

Digitized by Google

nuncio pueda ajustar á ella su conducta futura y dar testimonio de la consideracion personal que S. M. le profesa. »

Al propio tiempo que un príncipe de la casa de Habsburgo lanzaba así la perturbacion en el universo católico y alteraba de propia autoridad la constitucion, la esencia y la liturgia de la Iglesia, Roma se veia hostilizada por enemigos de toda clase. Exigíansele dolorosos sacrificios, y todos los aceptaba con la esperanza de una paz que sin cesar le prometian, pero que siempre le negaban. Entre todos los soberanos de Europa, así los cristianísimos como católicos y fidelísimos, S. M. apostólica era el único que no habia dirigido aun al Pontífice sus exigencias ó amenazas; pero de pronto el emperador de Alemania, rompiendo con los antecedentes y los futuros destinos de su familia, es quien descarga á la Sede romana los golpes más furiosos. Conócese que la revolucion contra la Iglesia llega á pasos de gigante, que tiene señalado ya el camino por el cual le precede cada dia un libro nuevo, obsceno ó filosófico, y esa revolucion, que al parecer aplauden mentalmente reyes y pueblos, la desencadena de buen grado el hijo de la ilustre María Teresa.

Y la desencadena anonadando los poderes eclesiásticos, única salvaguardia de la conciencia religiosa; y si la revolucion no estalló desde el mismo momento, puede decirse que la preparó de una manera infalible ahogando las vocaciones sacerdotales, sacando de quicio las órdenes religiosas, y convirtiendo al sacerdote en una especie de máquina administrativa que, á la hora señalada por los reglamentos de policía, predicaba una especie de moral cuyo evangelio iba sellado con la estampilla de la cancillería de córte y de estado.

Alucinado por sus quimeras José II se siente embriagado de la ambicion del ideólogo; dase á sí mismo el diploma de proyectista, y en los raros momentos de ocio que le dejan sus incesantes reformas contempla rodeada su frente con la auréola de regenerador del imperio. En sus actos más ilegales, arbitrarios ó imprudentes, jansenistas, filósofos y galicanos seglares sólo ven inspiraciones de la más sana razon, y admiran al soberano y felicitan al libre pensador que, no siendo ya católico, no se habia decidido aun por Lutero ni Calvino. Sin embargo, al tiempo que esos crueles elogios halagaban la vanidosa flaqueza del corazon de José II, un monarca, que fue su maestro así en el arte de la guerra como en el de reinar, Federico el Grande, escribia con motivo de los edictos que despojaban á la Iglesia y á los monasterios: « El emperador continua en sus incesantes secularizaciones ; aquí, empero, todo se queda como está, pues respeto mucho el derecho de posesion en que se halla cimentada la sociedad (1). »

José II, que parecia apresurarse á vivir para apresurarse á legislar, daba su nombre, instigado por una secta cuya violencia moral experimentaba, á una persecucion sistemáticamente organizada, persecucion que, trasladada de Puerto Real á Holanda, se abrigó con el manto imperial para confusion

(1) *Obras de Federico II, rey de Prusia*, carta 226, *á Alembert*.

Digitized by Google

de todos los reyes. Llegada esa secta á la omnipotencia de un modo imprevisto, merced al favor de José II, realiza singulares trastornos en la jerarquía eclesiástica ó civil; destruida la autoridad del Pontífice supremo en beneficio de los obispos, tiende ahora á aislar á estos y á sembrar entre ellos y el clero inferior semillas de discordia. Y la administracion josefista sabrá cultivarlas asíduamente, pues para aquellos recantones que ostentan en las oficinas su impiedad papeleadoras han de ser eterno alimento de filosóficos placeres. Pero esto aun no basta.

El desórden que produjo un emperador con unos pocos trazos de pluma puede ser reparado por otro soberano. La Iglesia está habituada á milagros semejantes, y por ello es que sus enemigos tratan de prevenirlos, ó á lo ménos de rodearlos de casi invencibles dificultades materialés. Expedita está la brecha para todos los males, y conviene mantener la herida siempre abierta para que no pueda curarla humana medicina. El clero austriaco, belga y lombardo permanecia en pié á pesar del huracan, y dejándole que resista y combata, mueven á José II á hacer obligatoria la educacion irreligiosa: de ese modo nacerá en el imperio una generacion que en sus sacerdotes y padres de familia obligará á la razon natural á triunfar del símbolo cristiano.

Sobre ese punto capital empeñóse viva y ardiente la lucha. Mucho tiempo ántes Tertuliano habia dicho: «Cuanto más odiosa es una verdad, más aborrecimiento se atrae aquel que en nada la oculta, y es medio seguro para agradar á los que la persiguen disfrazarla y alterarla (1).» Los obispos y el clero del imperio no creyeron haber de guardar tales consideraciones: habian visto á la administracion ó á la fuerza armada poner en secuestro los conventos y expulsar de ellos á los que allí se encerraran para entregarse á estudios sin fin ó á la vida contemplativa; las órdenes religiosas de mujeres no habian sido más respetadas que los monasterios de varones; el santuario estaba sometido al régimen de un pillaje legal, y sólo con una resignacion muchas veces harto silenciosa habian protestado; pero cuando el sacerdocio se sintió atacado en la fe, en la esperanza y en la caridad de lo por venir, conoció que incumbia á su esfuerzo el cumplimiento de un gran deber. Queríase hacerle mudo espectador de la perversion de las almas y eternizar luego esta inoculándola en el corazon de la infancia; para aquellos hombres, «Dios, segun palabras del Apóstol, no habia hecho loco el saber de este mundo; no habia destruido la sabiduría de los sabios ni desechado la prudencia de los prudentes (2),» y el clero se preparó para el combate y peleó con las armas de la oracion y el raciocinio.

El nuevo plan de enseñanza que traza José II así para los levitas como para los jóvenes destinados á las carreras del mundo, es la negacion de toda idea religiosa y la victoria del indiferentismo proclamada por materialistas en las cátedras universitarias. Sin consultar á la Sede apostólica el emperador modifica ó cambia á su antojo los límites de las diócesis; aplica su siste–

(1) *Apologetic.*, p. 52.
(2) *Epist. B. Pauli prima ad Corinth.*, I, 19.

Digitized by Google

ma segun las necesidades, ó por mejor decir segun los caprichos del momento; nombra para los obispados ó recusa á los propuestos, y todo le parece terminado luego que ha adoptado ó separado á un hombre. Como la resistencia no fue obstinada, ni mucho ménos, imagina el príncipe que no ha de serlo nunca, hasta que su decreto de 30 de marzo del año 1783, relativo á los seminarios generales (1), le abrió los ojos.

En Alemania, en Francia y en todos los pueblos católicos regia en aquel tiempo un sistema de enseñanza que llenaba todas las necesidades, cumplia todos los deseos y favorecia y desenvolvia las inteligencias todas. «Es un hecho muy poco conocido, ha escrito M. Miguel Chevalier, que en materia de segunda enseñanza hemos retrocedido extraordinariamente desde la revolucion de 1789 y la supresion de las órdenes religiosas. Antes de aquel año el número de alumnos de las escuelas era triple ó cuádruple de lo que es ahora, y en una sola provincia, por ejemplo en el Franco Condado, habia más bolsas que las existentes hoy en toda Francia.

«Sin ánimo de calumniar á nuestro siglo ni de ser parcial en favor del antiguo régimen, séame permitido manifestar que hoy más que ántes es difícil que sobresalga intelectualmente un jóven de talento, aunque pobre. En aquel tiempo el niño que anunciaba felices disposiciones era fácilmente distinguido por el clero, y se le admitia gratuitamente en alguno de los infinitos colegios dirigidos por las órdenes religiosas.

«Así, pues, en nombre de la libertad, las creaciones más liberales han sido inmoladas en la guerra de exterminio que declararon nuestros padres á la edad pasada.»

Esa guerra, cuyos efectos deplora á pesar suyo el ex-discípulo de Saint-Simon, declarábala José II al pueblo y clero de su imperio. La caida de la Compañía de Jesus habia arrebatado á la enseñanza pública maestros y doctores versados tan profundamente en las ciencias eclesiásticas como en el estudio de las buenas letras, y á ese primer desastre, que la revolucion naciente solicitó como un favor é impuso como un sacrificio con el cual habia de contentarse, añadió José II una série de incalculables infortunios. Siete seminarios generales se establecieron en cada gran centro del imperio; allí y sólo allí habia de ser distribuido el teológico maná, y prohibióse á los obispos conferir las sagradas órdenes á postulantes que no hubiesen pasado cinco años en aquellos cuarteles de instruccion clerical.

El tiro á la libertad de los obispos no podia ser más directo, y no hubo diócesis en que no se sintiera el funesto golpe descargado á las vocaciones; las consecuencias de semejante plan se vieron claras y no cupo duda alguna al ser nombrados los profesores, pues á la indiferencia y muchas veces á la inmoralidad confirió el josefismo el derecho de formar á los jóvenes en las virtudes del sacerdocio. Por fin abrian los jansenistas sus escuelas nor-

(1) Los seminarios generales estaban establecidos el primero en Viena, para el Austria superior é inferior; el segundo en Praga, para Bohemia; el tercero en Olmutz, para Moravia; el cuarto en Inspruck, para el Tirol; el quinto en Pavía, para la Lombardía austriaca; el sexto en Lovaina, para los Países Bajos, y el último en Pesth, para Hungría.


Digitized by Google

males, y para dotarlas de profesores dignos de ellos dedicáronse al tráfico de frailes apóstatas, y organizaron concursos de hombres de malas costumbres y de doctrinas aun peores. Aventureros de la teología, de quienes decia Roma con el apóstol san Juan: « Salieron de entre nosotros, mas no eran de nosotros: porque si hubieran sido de nosotros, hubieran cierto permanecido con nosotros (1),» aquellos hombres pusieron manos á la obra, y tanto simplificaron los dogmas del cristianismo y la moral del Evangelio, que para elevarse á la altura de tal enseñanza sólo faltaba abolir la familia por medio de la legislacion del divorcio.

La enseñanza, gratuita hasta aquel dia, fue tarifada como artículo vulgar, y obligóse á los estudiantes todos, eclesiásticos ó seglares, á vestir un traje de capricho filosófico militar. Esto fue lo que hizo exclamar á Mirabeau en su «Monarquía prusiana»: «¡Dios del cielo! ¿Si se querrá tambien poner el uniforme á las almas? El colmo es este del despotismo y su mayor perfeccion (2).»

La familia era la única entre las instituciones religiosas y sociales que quedaba en pié, y al matrimonio llevó José II su mano, esta vez como siempre funesta, para despojarlo de su carácter santo y trasformar la union de las almas en una especie de contrato civil y temporal, que autorizaba el divorcio y declaraba á los hijos ilegítimos aptos para suceder. Ordenar así el adulterio era la ruina de la sociedad cristiana, la cual, arrojada de este modo con tal violencia fuera de su camino, sintióse conmovida en su base y mutilada en la potestad patria. El padre quedó privado del usufructo en los bienes de sus hijos; y como el emperador habíase forjado una teoría de igualdad á su modo, decretó que una misma mortaja, esto es un saco, bastaba para contener los mortales despojos de los ciudadanos todos, ricos y pobres, nobles y plebeyos. Ademas, así como puso precio á la enseñanza, púsolo tambien á la ausencia: para viajar por fuera del imperio hubo de pagarse un tributo, y si la ausencia era larga la confiscacion de bienes iba á sorprender al súbdito austriaco en los pueblos extranjeros, castigando la ley, no solo al emigrado, sino tambien á los empleados que no le hubiesen impedido pasar la frontera.

El ejemplo de José II era contagioso, por más que en las provincias del Rhin lo sufriese el pueblo á duras penas y dijese con Isaías: «In silentio, et in spe erit fortitudo vestra (3),» silencio y esperanza que, invocados como una fuerza, no habian de abandonarle. Pero en Baviera, el príncipe elector Maximiliano José no esperaba esa fuerza de lo alto, y constituido el emperador en taumaturgo de rebelion quiso imitarlo con demostraciones de loco entusiasmo. La revolucion, á la que no acertaban los sofistas á comunicar empuje suficiente, era precipitada en su andar, aquí por los reyes, allí por sus ministros, y sofistas, reyes y ministros destilaron hiel en cantidad bastante para emponzoñar á la humanidad entera. En cada córte hay un Pombal, cerca de cada trono se ve un Kaunitz en forma diminutiva: Nápoles tiene su Tanucci,

(1) *Epist. B. Joannis apostoli prima.* II, 19.
(2) *De la monarquía prusiana*, por el conde de Mirabeau, t. II, p. 96.
(3) Proph. *Isa*, XXX, 15.


Digitized by Google

Parma su Felino, Madrid su Campomanes, y Munich su Montgelas; y sedientos todos ellos de innovaciones aspiran paladinamente á derrocar la Iglesia romana para proclamar sobre sus ruinas el advenimiento de un espíritu nuevo. Devorados por profunda dolencia, la experimentaban, pero no la conocian, y ciegos cortesanos de una popularidad efímera, apénas creian en Dios, reservada como estaba toda su fe para los sueños del iluminismo. El conde Montgelas fue de los adeptos más fervorosos de la escuela, y si hizo guerra á los monjes, cubrió en cambio con su proteccion las sociedades secretas.

Las asechanzas que estas disponen no van dirigidas contra los tronos, sino que dejan á los ministros de los reyes facultad para dar muerte á la religion, pues los iluminados de Alemania, lo mismo que los filósofos de Francia, están bien persuadidos de que luego de avasallada la Iglesia romana ha de ser fácil empresa derribar y pisotear coronas. En lo más íntimo de los corazones encarnábase el espíritu de rebelion con el orgullo que lo engendra, y el atentado social, premeditado muy de antemano, iba verificándose á la luz del dia, y podia sorprenderse su trama en la indecible necesidad de innovadora expansion que atormentaba á los príncipes todos. Segun palabras de Job: «Tortuosas son las sendas de sus pasos: andarán en vacio y perecerán (1).»

El cardenal Caprara, en aquel entónces nuncio apostólico en Viena, era un diplomático sagaz, pero flexible, á quien el mal asustaba, siendo aficionado por lo mismo, con esperanza de remediarlo, á emplear inútiles ó peligrosos paliativos. Y sin embargo, en octubre del año 1787 el mismo Caprara se horroriza al mirar el desbordamiento de perversidades de que es forzoso testigo, y en una nota secreta al cardenal Braschi-Onesti se expresa en los siguientes términos: «Mis despachos á la secretaría de estado pueden caer en manos poco seguras, como ya ha sucedido; mas ahora el viaje á Roma de un sugeto de toda mi confianza me ofrece ocasion de explicar á Su Santidad varios pasajes oscuros de mis anteriores comunicaciones.

«Continuamos aquí errantes, sin brújula ni gobernalle, por mares erizados de escollos, y el piloto no advierte los peligros á que nos expone ni los que él mismo está corriendo. El emperador ha concluido su papel; ha pronunciado la última palabra; nada queda por trastornar, y no obstante, cansados de la presente inmovilidad los hombres de ánimo agitado y turbulento no se dan por satisfechos; quieren y buscan otras novedades, y como José II se encuentra en la imposibilidad de satisfacer las pasiones que él mismo ha excitado, acúsanle de arrastrar el progreso por el estrecho carril de la rutina. El príncipe que tanto y tanto ha destruido es ahora impopular entre aquellos que quieren convertir en sistema la destruccion, y cada dia se activa el desórden para alcanzar cuanto ántes un fin desconocido todavía.

«Y ese fin no há de ser ya conseguido en las misteriosas conferencias de la cancillería; la administracion se ha quedado atras, y hasta el gobierno se siente arrastrado por una fuerza secreta. En la actualidad entra en el mundo

(1) *Job*, VI, 18.

Digitized by Google

la primera generacion por él formada, y (horror me inspira esta funesta idea) en ella es notorio que hay más vicios que instruccion. Mal es este cuyos efectos fueron previstos y que puede repararse cambiando de direccion; pero lo que me parece irreparable y lo que debe serlo inevitablemente, es el influjo mórbido propagado en la Alemania entera por las distintas sectas de iluminados, perfectibilistas, francmasones, profetas, espíritus del tercer cielo y swedenborgianos que sin cesar se multiplican.

«Como era de mi deber, varias veces he indicado al emperador el peligro que á las monarquías amenaza si acaecimientos inesperados ó una crísis social llegasen á dar cuerpo y bandera á las tenebrosas afiliaciones, y S. M. I. me ha contestado siempre con voz desalentada y temerosa que conocia como yo el peligro, pero que al canciller de estado le parecia imposible el conjurarlo: de modo que despues de haberse entregado á merced de la incredulidad puede el trono imperial ser devorado por iluminados cuyo crímen capital es el desprecio de Dios y la locura de una nueva Jerusalen. El príncipe Kaunitz (importa hacerle justicia) no participa en modo alguno de esas singulares doctrinas; mas esto no impide que adquieran numerosos prosélitos en la nobleza, la magistratura y los diferentes ramos de la administracion pública. Háblase de iniciaciones horribles, y un tal Adan Weishaupt, canonista y jurisconsulto, bávaro de cierta fama en las nuevas universidades, goza para con la juventud y tambien para con el mundo de una celebridad que espanta para lo porvenir. Dícese que ese Weishaupt ha sido maestro é iniciador de M. de Montgelas y del baron Knigge en los misterios de la «Gran obra,» y anuncia una trinidad humana, una exégesis terrestre y prodigios sin fin que solo ellos realizan y presencian.

«Indiferente me encontraria esa aficion á lo maravilloso, ó por decir mejor á lo milagroso, viviendo en un tiempo que las recomendaciones apostólicas no son más escuchadas que los divinos preceptos de Jesucristo, si detras de los mentidos prodigios no se ocultaran perniciosas doctrinas y dañosas malas artes. En la esencia de tales sociedades ó sectas no existen, que yo sepa, sino vaciedades; pero á su sombra va formándose una escuela más práctica, más activa, que no se detendrá en aquel eden de goces hiperbólicamente sensuales y de positivas decepciones. Nuestra santa madre la Iglesia fue su primer blanco, y de la Iglesia pasa ahora á los tronos, tanto que (á estar yo bien informado, como lo creo,) no es jactancia suya el preparar á sus adeptos para una revolucion política. El emperador, que se consuela diciendo que su famoso sistema no ha sido comprendido, ve con desasosiego las aspiraciones de los nuevos enemigos del solio, sin embargo de que tiene motivos, á lo que dice, para estar seguro de que las amontonadas nubes no descargarán sobre Austria. Cree que no será Alemania el lugar de donde parta el rayo, mas no considera imposible que salga de alguna parte; y devorado por ese moral desasosiego vésele poco á poco apartarse de la pasada senda y comunicar á infcuas disposiciones direccion más equitativa.

«La actitud de provocadora hostilidad que van tomando los descontentos y los hombres cuya insubordinacion crece á proporcion que los gobiernos se

Digitized by Google

ven más débiles ó desorganizados, es perpétuo motivo de temor para los buenos católicos, cuyo número aumenta por la persecucion misma. Su impotencia, empero, es grande, y no hay por qué admirarse: en el dia seria imposible reunirlos ni sacar de ellos una fuerza material, y aunque parece indudable que su esfuerzo debe reanimarse con el tiempo, ello es que el peligro se hace inminente, y que de las insensatas quimeras del iluminismo, del swedenborgismo y de la francmasonería va á salir una realidad espantosa. La época es esta de los visionarios, y la revolucion que vaticinan tendrá tambien la suya; y por más que esté yo convencido de que al llegar el dia de tinieblas la mística barquilla ha de resistir los furores de la tormenta y sobrenadar en la mar alborotada, quizas seria bueno que el Padre santo, cuya voz es tan persuasiva, considerase un deber de su ministerio pastoral y real el advertir á los monarcas y ponerlos en guardia contra calamidades, por decirlo así, previstas. No me toca aconsejar ni he de enseñar en verdad cosa alguna al representante de Aquel que es salud y vida; limítome en cumplimiento de mi obligacion á exponer la verdad de los hechos y lo doloroso de mis presentimientos.»

Los temores expresados por Caprara en esa nota que se conserva inédita, experimentábanse hacia tiempo en Francia y tambien en Alemania. El josefismo habia puesto en fermentacion los sordos enconos y latentes iras contra el órden social que la ociosidad, la ambicion ó la ignorancia alimentan en ciertas almas consagradas perpétuamente al culto abyecto de la fuerza y del buen éxito; sabíase parte de los misterios y maquinaciones de Weishaupt y Knigge, y era objeto de general sorpresa la proteccion que amparaba á los iluminados religiosos y políticos. Los príncipes, no atreviéndose sino muy raras veces á hacerse perdonar el esplendor de su cuna por medio de relevantes cualidades y el brillo del mandar por medio de grandes acciones, usaban de sus prerogativas todas para ponerse y estar á las órdenes de aquellos charlatanes de tinieblas, y duques soberanos ó electores, católicos ó protestantes, aceptaron la mentira como la verdad de los tiempos futuros. La tierra temblaba bajo su planta, y entregados á voluptuosa soñolencia, que fue complicidad muy grave, nunca cuidaron de investigar las causas de los subterráneos movimientos.

Su inteligencia áulica no llegó nunca más allá, y en tanto la «Union alemana,» cuyo inventor fue el teólogo Bahrdt, andaba sin desviarse hácia sus fines, apoyada por un lado en el crímen y por otro en el vicio: procedente de todas las sociedades secretas á las que absorbia en sus misteriosas ramificaciones, habia dado á sus agentes y á los incautos que contaba en su seno el más singular santo y seña. Quince años hacia que la Compañía de Jesus, abolida por Clemente XIV, sólo existia en la historia; pero al ver amenazada la Sede romana los padres proscritos en corporacion no piensan en hacer de su causa personal una fuente de discordia eclesiástica, sino que en vez de gritar al cielo: «Vindica sanguinem nostrum,» se agrupan, atletas infatigables, para servir á la Iglesia y vengar la justicia y la razon ultrajadas.

Tres hombres, los padres Feller, Santiago Zallinger y Zaccaría, descen-

Digitized by Google

dieron al palenque, y allí, con sus antiguos hermanos del instituto Pedro Doyas, Navez, Ghesquier, Saive y Cornelio de Smet, hiciéronse campeones de Roma en la guerra de la unidad contra las innovaciones (1). Para aquellos misioneros del egoismo esa fidelidad, por decirlo así, de ultratumba, era cosa tan maravillosa é inconcebible que para contrastar sus efectos, iluminados y miembros de la union alemana sólo supieron hallar un medio.

El josefismo ha puesto en sus manos la enseñanza y el monopolio de la publicidad; desde sus cátedras universitarias, ó por medio de la prensa, dirigen y monopolizan la opinion pública, y academias, seminarios, escuelas de derecho, medicina y ciencia, imprentas, cabildos, sociedades literarias, todo es de su competencia, todo entra en sus atribuciones; es aquello un gobierno oculto que juega en medio de las gastadas ruedas de una administracion que á sí misma se devora. Y sin embargo, los progresos de la múltiple secta no avanzan con la rapidez de sus esperanzas: José II concibe temores al considerar la turbacion de los ánimos; su hermano y heredero, el archiduque Leopoldo de Toscana, proclama que se ha ido más allá de lo que se queria, y una tregua ó paralizacion se observa en el clero y en la córte.

Aquel momento habia de ser decisivo, y las sociedades secretas tratan de aprovecharlo dándose una contraseña, una palabra que á todo responde y de todo triunfa. En una de sus obras de la buena época Theiner nos inicia en el secreto: «Cualquiera, dice, que se propasase á oponer al torrente el más pequeño dique, era calificado de jesuita declarado ú oculto, y desde entónces tomó aquel nombre odiosísimo carácter. Sinónimo de malvado, asesino, enemigo de la religion y perturbador del público reposo, dió la vuelta á Alemania y fue la consigna general siempre que se quiso alzar ruido ó sacar de en medio á un hombre peligroso. Aquel á quien la propaganda de los iluminados ó de los partidarios de la luz habia tratado una sola vez de jesuita quedaba irrevocablemente perdido, y nada podia ya borrar en él la negra mancha, ni devolverle la honra y reputacion. ¡Qué de turbulencias horribles, qué de injusticias manifiestas se cometieron por medio de aquel nombre! Para arrebatar á un príncipe protestante el amor de sus súbditos bastaba difundir el rumor de que tenia á su lado un jesuita y queria hacerse católico; para derribar á ilustres ministros ó á empleados incorruptibles en los estados protestantes y tambien en los católicos, no habia sino decir que eran ocultamente jesuitas; al sabio que por tal pasaba érale imposible, por pura que fuese su conducta y profunda su ciencia, obtener cátedra alguna, y veíase obligado á volver á la oscuridad y rendirse al influjo de la obcecacion del siglo (2).»

Los iluminados, cuya febril impaciencia exaltaba el josefismo, ni siquiera se dignaban disimular sus propósitos: parecíales sazonado el mundo para una revolucion, y ante reyes y pueblos intitulábanse en sus escritos « una legion

(1) En las *Memorias históricas del cardenal Pacca* se lee lo que sigue: «En las contiendas que hubieron de sostener los nuncios en Alemania desde 1786 hasta 1792, los exjesuitas fueron los que se presentaron en la liza contra los enemigos de la Santa Sede, y con escritos sólidos é irrefutables comunicaron luz y esfuerzo á los fieles. T. I, p. 103.»

(2) *Hist. de las instit. de ed.*, por Theiner, t. II, p. 31.


Digitized by Google

que, diseminada por el universo entero, ha jurado odio á todos los cultos y muerte á los sacerdotes y tiranos todos. »

Al contemplar tan triste espectáculo invocaban los pueblos sobrenatural ayuda. Los monarcas se abandonaban al hilo de la corriente; los pueblos, para no faltar á su propia defensa, la pusieron en manos de Dios, y la Alemania católica, con los ojos vueltos á Roma, pareció decirle con desesperacion muda: «Salva nos, perimus.»

El nuevo Pontífice otorgado á la cristiandad era digno por el esplendor de sus virtudes y la bondad de su carácter de hacer frente á las tempestades que amenazaban la barquilla de Pedro. Nacido en Cesena en 27 de diciembre del año 1717, fue educado en el amor de Dios y creció al servicio de la Iglesia. Benedicto XIV le habia demostrado paternal afecto, Clemente XIII le honró con su confianza y con sus sospechas Clemente XIV, y esa triple consagracion, prenda solemne de talento, probidad y justicia, fue la causa primera de su eleccion.

Apénas aclamado en el cónclave saludaron los romanos á Pio VI con entusiasmo y manifestaciones de respetuoso amor que no habian de desvanecerse nunca. Era el nuevo Papa de cuerpo bello, en dones de Dios rico, en sus aficiones faustuoso, y por naturaleza derramaba en derredor benignidad y pompa. Cuando en el altar de la basílica de San Pedro se le veia dominar con su majestuosa estatura á todo un pueblo recogido y orando de hinojos á sus piés, sentíase por él admiracion profunda, así como amor al mirarle prodigar en las galerías vaticanas los dichos de su ingenio y erudicion artística. Era Leon X resucitado, Leon X sin Rafael ni Miguel Angel, que para realizar las grandes cosas que soñaba debia contentarse con embellecer los monumentos y fecundar las ruinas.

El mármol y la piedra eran en aquel tiempo ménos duros de modelar y oponian al trabajo menor resistencia que el genio del hombre. En Winckelmann halló Pio VI un arqueólogo que comprendió é interpretó su pensamiento, y abrióse el museo Pio-Clementino, emprendiéronse inmensas obras de arte, terminóse la sacristía de San Pedro, y se resolvió el desecamiento de las lagunas Pontinas.

Habíase querido arrancar del corazon de los cristianos hasta la memoria de las magnificencias pontificias, y no bastando negar la fe á su supremacía espiritual, negábase en alta voz su influencia política. La generacion de la época no habia visto los primeros años del pontificado de Benedicto XIV, y de sus dos inmediatos sucesores sólo conocia una lucha sin tregua y concesiones sin honra ni provecho.

Para aquella generacion amenazada con tantas calamidades Roma no existia sino en la historia. Muerta estaba, así por los sarcasmos filosóficos y deducciones jansenistas, como por la universal indiferencia; mas de improviso, cuando los gobiernos de los soberanos católicos recibian ya por su victoria las felicitaciones de la filosofía triunfante, un nuevo Papa atrae las miradas y cautiva el respeto de todos.

Mal inspirados, ó, por decir mejor, mal aconsejados los príncipes católicos

Digitized by Google

no cesaban de hacer al trono pontificio guerra sorda ó declarada, y entónces se vió que, á falta suya, los monarcas separados de la unidad salvaban grandes distancias para contemplarlo y acatarlo. Como en el libro tercero de los «Reyes», acuden hombres de todos los países para admirar la sabiduría de Salomon, y Gustavo III de Suecia y Pablo de Rusia y los príncipes de la casa de Inglaterra dejan sus palacios para saludar en el sucesor de Pedro la hermosa y fiel imágen de la mansedumbre en la fuerza.

Pero en medio de las fiestas religiosas del alma y de los goces galanos de la inteligencia de que fue dispensador y ornamento Pio VI, puede decirse de él lo que de una víctima que ha sido ya rociada para el sacrificio. Los homenajes tributados á su persona no llegaban todos á la Santa Sede, ni podian sobretodo compensar á sus ojos el desdeñoso alejamiento de que hacian alarde las clases superiores respecto de la Cátedra apostólica. Para complacer á los romanos Pio VI consentia de buen grado en seguir las inspiraciones de su amor á las artes; mas era papa, y en las expansiones de su fe desconsolábase al mirar á la Iglesia viuda de sus pastores y huérfana de sus hijos.

Segun palabras del Salmista, alzábanse las naciones, y los pueblos concertaban su locura, porque los reyes y magnates de la tierra habian sido los primeros en rebelarse y coligarse contra el Señor y su Cristo; mas no era esto solo lo que llenaba de amargura los pensamientos del Pontífice: desesperacion aun más profunda anidaba en lo íntimo de su alma al ver que al impulso de la desmoralizacion que gangrenaba los corazones sólo una parte del clero habia podido resistir á la disolucion social. Su esfuerzo quedaba rendido, su fe se cansaba en la lucha, y uno á uno sucumbian sus individuos á la fatiga ó á la tentacion. Convencido de la inutilidad de la pelea veíasele caer extenuado, y ni siquiera sabia ya indignarse por los escándalos de que algunos de sus superiores le hacian víctima y testigo. Semejante decaimiento de la energía moral, síntoma de la época caracterísco entre todos, no pasaba desapercibido para la vigilante perspicacia de la córte romana, y al propio tiempo que deploraba el lastimoso cansancio de las almas experimentaba tambien sus efectos.

Al audaz influjo de las sectas aliadas una porcion del clero se habia deshabituado poco á poco de las cosas del cielo, é infiltrado en la Iglesia el desamor al deber sacerdotal, de ella se posesionaba en nombre del progreso y de las luces de la civilizacion moderna. La oracion era mirada como hipocresía, como delito el celo, y un siglo que desde el principio hasta el fin produjo tantos fanáticos de incredulidad sarcástica ó de llorona filantropía, sentia vergüenza por el fanatismo del apostolado. De la misma Roma, donde habian hablado, imperado y vencido tantos heróicos Pontífices, elevábanse voces para aconsejar el silencio y autorizar el miedo; y el clero secular, que presenciara inerte la sañuda guerra declarada á los regulares, no comprendia aun que á él le estaba reservado el pagar daños y costas: asemejábase á los pastores de que habla el Profeta dados al sueño cuando el rebaño peligra, y á los centinelas que se amodorran al trepar el enemigo por el muro de la ciudadela.

Digitized by Google

La fe en la perpetuidad de la Iglesia no se habia alterado ni oscurecido: no fue llevado tan léjos el triunfo del error; pero abusando del carácter de templanza y conciliacion que es eterno patrimonio de Roma, habíase llegado al punto de inspirar dudas al médico acerca de la eficacia de sus remedios. Era mucha la fuerza del torrente para resistirla, y ya se hablaba en voz baja de abandonar los fértiles valles para buscar asilo en la montaña y contemplar desde allí en silencio los estragos de la inundacion. Ni aun en los dias de sus fieros combates en sosten de los eternos principios habia mirado el Vaticano la precipitacion como elemento de victoria, y Gregorio VII, Inocencio III y Sixto V supieron con perfecta mesura transigir con las dificultades: más que romper el obstáculo preferian sortearlo; pero en Roma, donde al parecer domina el constante propósito de imitar más que al roble á la caña, esas mismas condescendencias tradicionales, esa lentitud tan favorable á la madurez de las resoluciones, eran invocadas por unos como señal de flaqueza y por otros como testimonio de complicidad aparente.

Roma no habia estado del todo libre del influjo de los innovadores, y más de una vez la atmósfera del Sacro colegio fue impregnada furtivamente y á pesar suyo del contagio jansenista. Los cardenales Passionei y Malvezzi lo llevaron allí en tiempo de Benedicto XIV, y el cardenal Marefoschi desenvolvió su gérmen en los pontificados de Clemente XIV y Pio VI. Las concesiones arrancadas á la Iglesia, las iniquidades públicas ó secretas que le fueron impuestas, los dolorosos sacrificios á que creyó deber sujetarse deseosa de lograr aquella paz que iba alejándose á proporcion que esperaba alcanzarla, todo eran quebraduras en que los sofistas porfiaban, validos del partido que tenian al rededor del Vaticano, partido que, más poderoso por la actividad que por el número, conspiraba para desalentar á los buenos fingiendo asustarse por los excesos del fanatismo.

Los antiguos romanos, la nacion reina, «populum late regem,» miraban con indignacion, recluidos en sus hogares, una apatía alimentada por maquinaciones culpables ó por un deseo de reposo muy semejante á la traicion. Aparte de algunos casos providencialmente excepcionales, siempre los Papas han aparentado ignorar que la temeridad es el númen de las circunstancias extremas; es cierto que con su eterna contemporizacion, moderando y fatigando todos los arranques, han logrado dominar las pasiones y emplearlas con frecuencia en el triunfo de la justicia y la verdad; mas eran tantos en aquel entónces los enemigos de la Cátedra apostólica que su longanimidad inalterable iba á convertirse en otro peligro. Francia, Alemania, España, Portugal é Italia la dejaban abandonada al furor de la impiedad; ni una voz se levantaba en su defensa, y no faltaban en el Vaticano pusilánimes consejeros que deslizaban á los oídos del Sacro colegio palabras de resignacion y paciencia, virtud esta última muy usual entre los romanos.

Pio VI no creyó haber de encerrarse en tal círculo de consideraciones, y apénas sentado en el trono abrió por medio de un jubileo solemne el tesoro de sus indulgencias. Sin embargo, al anunciar la buena nueva á los obispos de la cristiandad no les ocultó los dolores de su alma, y les dijo: «Despues


Digitized by Google

de derramar por todas partes las tinieblas de su impiedad y de haber arrancado los religiosos sentimientos del corazon humano, quieren tambien esos filósofos corruptores romper cuantos lazos unen á los hombres entre sí y con aquellos que los gobiernan. A grandes gritos proclaman que el hombre ha nacido libre, y sin cesar repiten que no está sometido al imperio de nadie, que la sociedad no es mas que una reunion de hombres ignorantes cuya estolidez se prosterna ante sacerdotes que los engañan y reyes que los oprimen, de modo que, segun ellos, es la union entre el sacerdocio y el imperio bárbara conjuracion contra la supuesta libertad natural del hombre. ¿Quién no ve que tan monstruosas extravagancias y otros muchos delirios semejantes, encubiertos con arte, son para el sosiego y la tranquilidad pública peligro tanto mayor cuanto más se tarda en refrenar la impiedad de sus autores, y tanto más perniciosos para las almas redimidas por la sangre de Jesucristo, como que su doctrina, al igual que la gangrena, corrompe hoy lo que ayer estaba sano y se desliza en el corazon de los reyes, y (horror nos causa decirlo) se insinua hasta en el santuario? »

Aunque la estocada fué recta y bien dirigida únicamente causó un pequeño rasguño en el cútis, pues la voz del Vicario de Jesucristo quedó sofocada por insensato clamoreo. Esto no obstante, como aun en el hombre más pervertido existe un punto en que la conciencia empieza, aquel jubileo, testigo y precursor de grandes crísis sociales, no dejó de ofrecer á la Iglesia consuelos: parecia que la fe se despertaba en las almas, y que inauguraba la última jornada de la indiferencia á la proscripcion y al cadalso.

Como si Pio VI tuviese presciencia de los infortunios que habian de afligir su pontificado, resuelve convertirse él mismo en peregrino apostólico para conjurar en Alemania la enemiga de José II. Propálase que los pueblos son ya indiferentes ó están gangrenados de filosofismo, y que el emperador, léjos de anticiparse á la opinion pública, se limita á seguir su impulso; acúsase á Roma de sujetar á cuarentena las ideas, como que desde mucho tiempo no ven los Papas el mundo sino por entre el Quirinal y el Vaticano; dícese que los acaecimientos los han separado del resto de la tierra y que viven aislados en una dignidad respetada por convencion tácita. A los males extremos que presiente quiere Pio VI aplicar un remedio extremo tambien, y emprende el camino de Viena.

En la situacion en que los ánimos estaban podia aquel viaje ejercer considerable influencia en los asuntos de la Iglesia y de Alemania, y los príncipes católicos y el mismo Sacro colegio trataron de impedirlo con respetuosas representaciones. Pio VI, empero, no prestando oído sino á la voz de su inspiracion y deseo, allanó las dificultades, refutó las objeciones, y en seguida fue llevado, por decirlo así, en brazos del pueblo desde la capital del mundo cristiano á la capital del imperio germánico. Obispos y magnates formábanle oficial cortejo; mas los pueblos compusiéronle otro que hubo de modificar mucho las ideas de los innovadores. Desde el más apartado confin de las provincias acudian aquellos á arrodillarse al paso del Pontífice que peregrinaba y suplicaba, y prorumpian en testimonios de fe y en trasportes de alegría.

Digitized by Google

Fue aquella algo más que una marcha triunfal, y en el filial anhelo de la muchedumbre, cuyo amoroso entusiasmo han consagrado hasta las historias más parciales, podia verse tan patente despertamiento de las creencias católicas que de grado ó por fuerza debió José II compartirlo. En él el entendimiento no estaba á la altura del alma.

Para ser reformador á su manera y presentarse con todo el aire de un príncipe filósofo, José se habia complacido en agobiar á sarcasmos lo que entónces era conocido con el nombre de preocupaciones de rancio fanatismo. El imperio habia hecho vil y solapada guerra al sacerdocio, y el que fuera instigador de ella veíase obligado á rendir las armas en presencia del Pontífice. Era el plan recibir al Papa con aquella estudiada y fria cortesía que es las más de las veces una irreverencia; pero necesario fue cambiar de táctica bajo pena de incurrir en el desagrado y la animadversion del pueblo.

Un escritor en quien no puede sospecharse excesivo afecto ni veneracion hácia la Sede romana, el conde Alejo de Saint-Priest, atestigua, entre otros muchos, la violencia moral que hizo á los calculados desdenes del emperador la piedad universal.

« Los buenos moradores de Viena, refiere el historiador, no cuidaron de averiguar si el Papa era dado á la pintura y al mundo, y poseidos de cándida fe, absortos en piadoso éxtasis, no acertaban á saciarse de aquella santa vista. Precipitábanse en las iglesias, en las calles, en las plazas por donde pasaba Pio VI, y por más que intervino la policía las desgracias causadas por la reunion de tan gran gentío en un solo punto se renovaban diariamente, sin que por ello se enfriara el celo. Veinte ó treinta mil hombres seguian constantemente la carroza del Papa ó se colocaban bajo las ventanas de su palacio pidiéndole á gritos la bendicion; llenaban el Danubio embarcaciones atestadas de fieles, y por fin fue tal el número de forasteros que las provincias más remotas enviaron á la capital, que llegaron á temerse momentáneamente los estragos del hambre.

« Aquel alborozo y entusiasmo inspiraron á José II disgusto, enojo y quizas miedo; comprendió que no era el suyo un pueblo filosófico, y aunque sin desistir de ninguno de sus proyectos consideró del caso dar pruebas convincentes de sus sentimientos católicos. Atormentábale hacia mucho tiempo un obstinado mal de ojos que el rumor popular atribuia á su incredulidad, llegando algunos á asegurar que á no reconciliarse con el Sumo Pontífice le castigaria Dios privándole de la vista; é intimidado por esos dichos hizo ofrenda de unos ojos de oro al convento de María Zell, encargando á las religiosas que oraran por su salud, y no contento aun recibió solemnemente la comunion de manos del Papa y le sirvió en la Cena. Hizo más todavía: en una alocucion consistorial Pio VI habia olvidado celebrar la piedad del emperador, y aunque muy natural y comprensible ese olvido pidió José II que fuese reparado, y quiso que en el discurso impreso se insertase una frase favorable á aquella su piedad tan problemática (1). »

(1) *Hist. de la caida de los jesuitas*, por el conde Alejo de Saint-Priest, par de Francia, p. 238 y 239 (Paris, 1844).


Digitized by Google

El pueblo que entiende poco en prácticas de covachuela y en modificaciones de ley habia permanecido ajeno á los altibajos verificados en la disciplina eclesiástica. La importancia de los mismos pasaba para él desapercibida, y los innovadores se deleitaban en ocultársela vendiéndole palabras y hablándole á todas horas de progreso económico y social; por instinto, empero, habria conocido un ultraje inferido al Padre comun, y así fue como José II hubo de volver á ser lo que era, esto es, un verdadero Habsburgo-Lorena para ponerse en público á la altura de la veneracion universal, encargándose su canciller, el príncipe Kaunitz, de ofrecer secreta compensacion á su filosófico orgullo. Aquel á quien Federico II de Prusia apellidaba irónicamente « mi hermano el sacristan,» habia creido que el viaje del Papa seria el golpe que rematase á la Iglesia romana, y frustrada su esperanza debia ahora formar entre el séquito de la autoridad moral que avanzaba por los estados imperiales, sin mas ejército que dos ó tres prelados italianos y una bendicion por bandera. José II aceptó sin indignarse la inesperada derrota; pero Kaunitz nunca quiso someterse á ella, pues el ministro de María Teresa, omnipotente en tiempo del emperador su hijo, habíase hecho de sus hostilidades contra la Iglesia un instrumento de privanza.

Magnate del siglo XVIII, diplomático ladino ó afortunado, de genio falseado por la adulacion y avasallado por la vanidad, Kaunitz habria creido menoscabar su dignidad haciendo entrar á Dios en sus especulaciones, siendo así que en Paris se le vió hacer la córte á la marquesa de Pompadour y ser humilde satélite de Voltaire. Encumbrado desde largo tiempo al poder, teníalo por uno de sus atributos personales, así como se juzgaba á sí mismo indispensable, absorto en el culto de su propia persona: de puro despreciar á los demas llegó á formarse un mundo peculiar suyo del cual se constituia el Atlas. El anciano que se esforzaba en hermanar la estirada gravedad alemana con la fatuidad francesa, no creia en el Evangelio, mas procuraba negar la muerte. Palabra era esta que, sonando mal á sus oídos, nó habia que pronunciar delante de él, y para no hacerlo, cortesanos y secretarios del canciller de córte y de estado dábanse á inventar ingeniosas perífrasis; por esto al participarle el fallecimiento de su antiguo amigo el baron Binder le dijeron: «El baron Binder no puede ser ya hallado en parte alguna. » No pudiendo hallarle, Kaunitz olvidóse desde aquel dia de preguntar por él.

Aquel hombre singular y extravagante cifraba ridículamente su orgullo en hostilizar y hacer frente al Papa, y así como José II, impulsado por la piedad del pueblo, se inclinaba reverente ante el peregrino apostólico, quiso él alzarse más arrogante é impertinente que nunca. La veneracion que á Pio VI rodeaba y las aclamaciones con que era saludado en Viena y en todas partes, llegaron á ser un suplicio para el hombre de famosa altanería, y vengóse de ello continuando á la vista del mismo Pio VI la série de sus anticatólicas reformas.

El josefismo, engendrado por algunos jansenistas de Holanda, era vencido por las demostraciones populares; pero Kaunitz no se dignó siquiera esperar que concluyesen. Un edicto imperial de 30 mayo de 1782 patentizó la inuti-

Digitized by Google

lidad de las oraciones de Pio VI y el menosprecio con que eran mirados los sentimientos del pueblo: la «tolerancia» de José II y su ministro se convirtió y organizó en persecucion, y esta, disfrazada con el traje de la torpe ironía, tomó las trazas del epígrama y del pié forzado. Los príncipes de Europa, sin ver ni apreciar el movimiento revolucionario, aguzaban en sus palacios inocentes sátiras contra la cátedra de Pedro (1), y como en la época de Horacio arriba estaba la fuente de todos los males, complaciéndose monarcas y potentados en inundar con ella patria y pueblo:

Hoc fonte derivata clades
In patriam populumque fluxit (2).

Concesiones vanas tan pronto derogadas como concedidas era lo único que obtuviera Pio VI. Varias conferencias tuvo con el emperador, y de ellas habló el Pontífice en estos términos en el consistorio secreto de 23 de setiembre de 1782: «Cada dia teníamos conferencias, y en ellas tratábamos de los asuntos familiar y amistosamente, al propio tiempo que con gran calor; sobre cosa alguna dejámos de hacer nuestras explicaciones libres y claras, sin otra consideracion que aquella que de Nos exigian nuestro cargo apostólico y el interes de la religion, y todo fue oido por el emperador con atencion y sosiego.» En esas entrevistas el Papa se manifestó varias veces alarmado por el estado de Europa, y cuando hablaba de los temores que le inspiraban las tendencias del propagador espíritu de error y sarcasmo, José II le tranquilizaba, y con sofismas y abundancia de palabras queria convencerle de que era obligacion de los monarcas seguir el progreso del siglo.

A los pocos años habia progresado y corrido el siglo tan rápidamente, que el mismo José II, perdido el aliento en la desatentada carrera, se dirigia al Pontífice para que atajara el paso á la revolucion.

Era Bélgica parte integrante de los estados hereditarios de la casa de Habsburgo, y José II quiso imponer á aquellas provincias, católicas ante todo, el yugo de su tolerancia y de sus innovaciones, creyendo, sin consultar las necesidades morales y el carácter distinto de las naciones, que tan impunemente como en Austria podria en los Países Bajos modificar ó alterar á su capricho los usos, los afectos y las inclinaciones religiosas de los pueblos. Impulsado por el espíritu filosófico no temió conculcar el pacto jurado por sus mayores y tambien por él, pues para José, anheloso de hacer la felicidad

(1) En el t. XI de la *Correspondencia de Grimm*, p. 621, léense los seis versos siguientes de piés forzados dados por el conde de Provenza, que fue despues Luis XVIII, compuestos por el marques de Montesquiou:

C'est en vain que de Rome aux rives du *Danube*
Notre antique mufti vient au petit *galop*.
Aujourd'hui pierre ponce, autrefois pierre *cube*,
Il distillait l'absinthe, á présent le *sirop*.
De son vieux baromètre en observant le *tube*,
Il doit voir qu'on perd tout, lorsqu'on exige *trop*.

«En vano es que nuestro antiguo mufti vaya á galope corto de Roma á las márgenes del Danubio. Era ántes sillar, hoy es piedra pómez; si ántes destilaba ajenjo, hoy destila jarabe, y al observar el tubo de su viejo barómetro debe de haber visto que se pierde todo cuando se quiere demasiado.»

(2) *Horatii carminum*, l. III, VI.

Digitized by Google

ajena á su propio gusto, no existian obstáculos, así como no habia diferencia de costumbres, y lo mismo en religion que en política decretaba el liberalismo con fórmulas de tirano. El despotismo era el medio de que se valia para entronizar las novedades, y sin atender á que el resistirse podia ser un deber de conciencia ó de patriotismo, dispuso que su capricho habia de ser ley para todos sus pueblos; á todos arrojó en la misma turquesa de abstracciones filosóficas, turquesa destinada á hacerles uniformes y agradecidos.

En Austria y Lombardía habia compuesto á su antojo la jerarquía eclesiástica, y quiso practicar lo mismo en el Brabante. Cada dia nuevos edictos introducian variaciones en las órdenes religiosas, en los matrimonios, en la enseñanza, en las cofradías, en las festividades, en las procesiones y en los bienes eclesiásticos; el emperador suprimia, creaba, decretaba, y Bélgica quedaba reducida á acatar el imperial capricho. No habia pasado aun aquella tierra por la senda de las revoluciones, y paciente, aunque de genio tenaz, vió con repugnancia extrema la violacion de sus privilegios y religiosas libertades. El clero protestó, y por más que tenia á la cabeza al cardenal de Frankenberg, arzobispo de Malinas, sintió fermentar en su seno gérmenes de rebelion. Aquel prelado, de índole recta, firme y moderada, aspiraba á conciliarlo todo, y mediador venerado, puesto que parte interesada en la contienda, procuraba suavizar el descontento y abrir los ojos al emperador. Sus esfuerzos, empero, no habian de producir resultado alguno, pues el emperador se mostraba inexorable en sus propósitos y Bélgica no consentia en ser por más tiempo humillada.

La supresion de la universidad de Lovaina y el establecimiento de un seminario general en que habian de enseñar teología profesores salidos de Viena y dirigidos por un jansenista llamado Stœgger, dieron la señal de la lucha. Algunos obispos fueron desterrados y muchos sacerdotes perseguidos; tomóse á empeño el torturar las conciencias, miróse como cosa liviana la paz pública, y con aberracion incomprensible José II, arrebatado y elevando al grado de pasion todos sus desvaríos, se obstinó en reformar en vez de consagrarse á conservar. Sordo á los consejos de unos y á las súplicas de otros, se encastilló en su desatentada tolerancia, y la tomó á punto de honra; y como habia dicho que los Países Bajos se someterian de grado ó por fuerza al yugo de sus principios filosóficos, apeló á la violencia para cumplir su palabra. No sabia que en adelante su ejercicio no correspondia ya á los reyes.

José II favoreció el movimiento demagógico, y el torrente le arrastró: atizó el fuego, y las llamas le consumieron.

La revolucion que enciende en Francia sus furores y que desde Paris ha de desencadenarse en breve sobre el mundo todo, se verifica en nombre del filosofismo coligado con el jansenismo; mas la bandera de la religion es la que en Bélgica tremola. Luis XVI otorgará de buen grado á sus súbditos las franquicias de que, segun le han dicho, están hambrientos, y Luis XVI morirá mártir de su iniciativa generosa. José II sucumbirá tambien; mas la Bélgica que le mata, segun dijo el monarca al mariscal príncipe de Ligne, no tiene que echarse en rostro injusticia ni ingratitud: su alzamiento de entónces, lo

Digitized by Google

mismo que el de 1830, no adolece de otro vicio que de estar mal acompañado; hízose en defensa de la fe católica, y vióse absorbido en la horrible insurreccion contra Dios de que Francia dió la señal.

Dócil á su sistema de atormentar á la Iglesia y reducirla á servidumbre, y más que esto penetrado de su idea de imperial omnipotencia, no acude á la mente de José II que pueda provocar una resistencia legítima; si contrastaba la autoridad de la Iglesia romana sobre las almas, no permite que se discuta siquiera la potestad que quiere usurpar sobre la conciencia pública. Los ánimos se irritan, el pacto fundamental es conculcado, y despojado José II de sus derechos por un solemne acuerdo de los estados de Brabante, comienza una guerra de religion en el preciso instante en que la incredulidad proclama concluido el reinado de Jesucristo. Dos abogados son los caudillos ostensibles de esa guerra emprendida la víspera de la tempestad, y son sus nombres Van der Noodt y Vonck: el presbítero Van Eupen representa en ella al clero.

No es este lugar á propósito para referir los acaecimientos militares y los desórdenes interiores que ocurrieron como inevitable consecuencia de los primeros hechos. El espíritu de faccion se apoderó de aquella tierra, y luego que José II advirtió su extravío y conoció el peligro de que Bélgica se desprendiese de su imperial corona, el monarca volvió á ser católico. Su existencia entera habíase consumido en una lucha imposible, y su fe y su nombre habíanse prestado á cuanto de ellos exigieron los enemigos del Pontificado; en su constante propósito de avasallar á la Iglesia romana habia disminuido el respeto debido á las leyes por la extravagancia de las que fueron por él inventadas, y á creer al caballero Azara, embajador de España en Roma, llegó á concebir en 1783 el proyecto de romper por completo con la Sede apostólica y dar reparo á la maltratada obra de un cisma ideal (1).

No habian trascurrido aun siete años, y aterrado el gran reformador por la revolucion que él preparara, arrójase desesperado en brazos de la Iglesia; pasado es ya el tiempo de los punzantes dichos del «espíritu fuerte;» las agudezas anticatólicas han dejado ya de estar en boga, y escollos de toda clase rodean y amenazan á José II. Entónces, en el imprevisto peligro, el emperador invoca la intervencion del Pontífice, y con su mano debilitada por el padecer, pues aunque en lo mejor de sus años se ha consumido en estéril pelear, dirige al Papa una súplica suprema: el mismo que inaugurara la cruzada de innovaciones para derribar á la Iglesia, acude al Pontífice supremo y le conjura para que haga brillar el íris de su autoridad en la récia y desencadenada tormenta. Y Pio VI, que vió más claro que él y que tanto ha perdonado ya, escribe en 23 de enero de 1790 las siguientes palabras á los obispos de Bélgica: « Con solícito anhelo venimos á ofrecer nuestra mediacion para desvanecer las funestas divisiones que os afligen; á ello nos mueve el amor que profesamos á nuestro querido hijo José, electo emperador de romanos y soberano vuestro, el cual, animado igualmente del espíritu de concordia, nos

(1) *Mem. históricas y filosóficas sobre Pio VI y su pontificado*, por Bourgoing, exministro plenipotenciario, t. I, p. 331 y sig.


Digitized by Google

ha pedido que así lo hiciéramos, y tambien la estimacion que sentimos por los ilustres estados y pueblos de esas provincias, que siempre han merecido bien de la religion católica y han sido siempre mirados por la Santa Sede como sus hijos predilectos... A vosotros que, siendo pastores de la Iglesia de Dios, debeis de ser partícipes de nuestros afanes, á vosotros nos dirigimos, aunque sepamos muy cierto que no habeis tenido en la revolucion ninguna parte activa, acordándoos constantemente de que el deber nuestro es conciliar una justa obediencia á la autoridad con la pastoral obligacion de conservar incólume la religion... Sabemos igualmente que en todo este espacio de tiempo no han abrigado los estados de esa nacion sentimientos de rebeldía ni designio alguno de derribar la autoridad del soberano; sino que, sin apartarse del justo respeto que se debe al César y de la alabanza de sus equitativas intenciones, sólo han pedido que acabaran unas innovaciones introducidas al parecer contra su voluntad expresa, aunque con el escudo de su nombre, y en especial contra los derechos, usos y estatutos de la tierra... Así lo atestiguan las exposiciones y los actos de varios estados. Pues bien, venerables hermanos, lo que con tanta justicia y ardor deseasteis, lo que los estados con tanto fervor imploraron, otórgalo hoy el emperador de su propia voluntad, como que nos ha manifestado haber expedido los necesarios decretos para dejar expedito á los obispos sin restriccion ninguna el pleno ejercicio de sus derechos, así por lo que toca á los seminarios episcopales, como en todas las demas materias eclesiásticas. Así, pues, todo volverá á su primitivo estado, y confiando, como confiamos, en la benignidad del emperador, esperamos que, para mayor bien de la religion, iguales disposiciones serán aplicadas á sus demas dominios. Tambien nos ha asegurado estar dispuesto á dejar en adelante salvos é intactos sin la menor restriccion los derechos de las varias clases del estado y del pueblo restituyendo desde ahora á su situacion primera sus privilegios y constituciones, con promesa de olvidar cuanto ha sucedido, de modo que nada más pueden ya desear los pueblos de esas provincias. Extirpadas como están las causas de las turbulencias, deben estas cesar... Devuelvan, pues, los pueblos á su príncipe la obediencia debida; queden intactos los derechos de la Iglesia y sean inviolables los del soberano; manténganse en su pureza las franquicias populares; recobren su esplendor los estudios en la universidad de Lovaina, y finalmente renazcan en esas regiones la obediencia, el amor, el contento, la abundancia y con ellas la paz y el sosiego...»

Consejos eran estos dignos del Pontífice y del Padre, y habrian debido ser escuchados; pero era ya tarde. Los estados belgas-unidos habian precipitado el rompimiento y proclamado su independencia; dábanse aire de congreso soberano, y aristocracia y democracia iban una contra otra, representadas por dos abogados, reinando entre ambas partes el mismo acuerdo que en una junta de demagogos al organizar la fraternidad. Los estados belgas-unidos se emancipaban á la luz de la discordia, y despues de pasar algunas horas de rencillas personales y de ficcion liberalesca, cayeron, como tierra conquistada, bajo la férrea planta de la república francesa, la cual les apli-

Digitized by Google

có todos sus decretos de despojo, proscripcion y servidumbre: como primer regalo, la revolucion los cargó de grillos.

El dia 20 de febrero del año 1790 José II descendió al sepulcro, y recobró al espirar las santas tradiciones de su familia y los elevados sentimientos que no habia logrado erradicar del todo de su corazon un anhelo funesto de celebridad.

Los sofistas, profetas del reinado de la incredulidad, no se daban tregua en anunciar á todos los ecos que la Iglesia romana habia concluido y que en sus brazos se estaba muriendo de consuncion. A tanto no habian llegado aun el jansenismo, el galicanismo y el josefismo, y todavía consentian en que hubiese un obispo de Roma maniatado é impotente que, rodeado de respeto estéril, ejerciese su ministerio en la campiña romana. Y á ese obispo improvisado y degenerado medíanle el aire, el sol y el espacio, y á fin de poder ellos regir el universo católico y guiarle al abismo por subterráneas sendas, no habia aquel de traspasar el umbral del Vaticano (1). Algunos prelados, corrompidos ó alucinados, daban favor á misteriosas innovaciones; experimentábase como una fatiga de la fe, del trabajo y de las obras; cansados parecian estar todos del sosiego, cuando en la misma Italia desgarró el velo la impaciencia de Escipion Ricci.

El obispo de Pistoya, que tenia ideas siempre que podia tomarlas prestadas, y talento siempre que hallaba quien quisiese atribuírselo, fue designado para el obispado por Leopoldo de Toscana, imitador servil de su hermano Jo-

(1) Trazado y publicado há dos años este mismo cuadro de los deseos y esperanzas de la revolucion, nada le añadimos, nada le quitamos. A principios del año 1860 un folleto oficialmente famoso, intitulado *El Papa y el congreso* ha reproducido el proyecto de 1789, analizado por nosotros en 1858, cuya vaciedad no cesan de demostrar los acaecimientos mucho más fuertes que los más grandes folletistas. El anónimo autor, sea quien fuere, que se presentó como hombre de iniciativa y de progreso escudriñando el tiempo futuro, no pasa de ser un plagiario: ha sido cogido en fragante delito de falsificacion. Sin otras reflexiones podemos ahora dejar que hable. En las páginas 13 y 14 de su opúsculo harto famoso, que lleva por título *El Papa y el congreso* (Paris 1860), léense las siguientes quimeras, prueba evidente de que si los imperios, los emperadores y los escritores pasan, la revolucion es siempre la misma y abriga en todos tiempos iguales ideas respecto de la Iglesia:

«En hora buena que exista en Europa un rincon de tierra apartado de las pasiones é intereses que á los demas pueblos agitan y consagrado sólo á la gloria de Dios. Allí, en aquel lugar, ilustrado por los mayores recuerdos de la historia, la capital del mundo ha sido reemplazada por el centro de la unitad católica. El destino de Roma, resúmen y compendio ántes de la grandeza de los siglos gentílicos, es excepcional entre todos; al perder su prepotencia política alcanzó una denominacion de más elevado carácter en el órden espiritual, y lleva por nombre la ciudad eterna. La religion, los recuerdos y las artes constituyen tambien una nacionalidad, y los que en Roma viven bajo la autoridad de la cabeza de la Iglesia, aunque sometidos sin duda á una particular existencia social y civil, aunque no son ya miembros de un gran pueblo, continuan siendo y serán ciudadanos de una gloriosa metrópoli, cuyo influjo alcanza á todos los confines donde la fe se mantiene y propaga.

«Así, pues, Roma pertenece á la cabeza de la Iglesia, y todo su esplendor desapareceria en el mismo momento en que se emancipase de su poder augusto. Con tribuna, oradores, escritores, un gobierno secular y un príncipe en el Vaticano, Roma no seria mas que una ciudad; la libertad la dejaria desheredada. Despues de haber dado su ley á todos los pueblos, no puede conservar su grandeza sino imperando en las almas; el Vaticano es la única compensacion digna del senado romano.»

Y en la página 24, el anónimo autor, encargado de vestir de nuevo el antiguo plan de los sofistas del siglo XVIII, añade: «¿Qué importan, pues, para el esplendor, para la dignidad y grandeza del Sumo Pontífice las leguas cuadradas que tengan sus estados? ¿Por ventura necesita de territorio para ser querido y venerado? ¿No son acaso sus bendiciones y enseñanzas la más eficaz manifestacion de su derecho?»

Digitized by Google

sé II, sin mas motivo que mirarle los progresistas como un buen instrumento en manos enemigas de Roma. Leopoldo cuenta, pues, con un obispo que sanciona y legaliza sus proyectos de reforma eclesiástica, publicados y realizados sin consultar al Pastor supremo, y el obispo á su vez está rodeado de abogados y jurisconsultos italianos que, á ejemplo de sus maestros Tamburini, Zola y Palmieri, legitiman todas las usurpaciones poniendo las leyes á tortura. El gran duque y el obispo se sostienen mútuamente, y si la potestad secular se escuda con la iniciativa episcopal, cobra esta nueva fuerza con el impulso del príncipe, y llega á adquirir un cómplice en el reino de Nápoles en la persona del obispo de Potenza, llamado Serrao, quien, lo mismo que él y otros prelados aunque italianos jansenistas, suspiraba por emanciparse de la autoridad pontificia.

Hombre de mediano entendimiento cuyo efímero esplendor fue debido, más que á virtudes privadas, á actos reprensibles, Ricci toma ó acepta el papel de reformador á la carrera: declara abolido el culto de las imágenes, proscribe la adoracion del Sagrado Corazon de Jesus, altera los ritos de la Iglesia, modifica su disciplina, cambia su enseñanza, y para llegar al restablecimiento de los cánones antiguos, tan alabados por el galicanismo, colócase bajo el amparo de los escritores jansenistas, que eran, segun él, piadosos y eruditos mártires de la verdad. En su ciudad episcopal se constituye en impresor y editor de los libros condenados por la Iglesia, y al comienzo de todos anuncia su propósito «de poner de manifiesto las injustas pretensiones de la Babilonia espiritual que ha alterado y depravado la economía de la jerarquía eclesiástica, de la comunion de los santos y de la independencia de los príncipes. »

Era Ricci un Lutero resucitado, pero un Lutero que no apostataba para alucinar mejor á los incautos.

Aunque no estaba el pueblo toscano á la altura de aquellos sacrilegios patrocinados por un soberano y aclamados como actos de heroismo por los adversarios del Pontificado, advertíale su instinto que en aquella hipocresía de progreso humanitario, de libre exámen y renovacion religiosa se encerraban peligros para su fe, y comenzó á murmurar é indignarse. Ricci, empero, embriagado por su filosófica celebridad, no se conmueve por murmullos ni enojos, y él, que se habia rebelado contra Roma, no comprende que su grey pueda desobedecer sus mandatos ó cerrar los ojos á los torrentes de luz con que su intolerancia procura inundarla. El ejemplo de los fieles es imitado por el clero; mas todo ello no fue obstáculo para que en 1786 convocara Ricci un sínodo en el que introdujo á los jurisconsultos de la universidad de Pavía; y allí, alzándose abiertamente contra la Iglesia y su Cabeza, preludió y trazó á brochadas la constitucion civil del clero. Del cisma en que hacia tiempo se hallaba corre á la herejía, y proclama que el Espíritu Santo reside en el sínodo y que los oráculos dados por este deben acatarse como los de Dios mismo (1).

(1) *Discurso de abertura del sínodo*, p. 113.

Digitized by Google

En un siglo en que el error se propasaba y atrevia á todo, Ricci, al llevar su contingente de escándalo y su manojo de ortigas para alterar el reposo de la Iglesia, dió funestísimo ejemplo, como que inventó ó permitió que á su vista se inventaran denuncias y actos de horribles obscenidades, legalizados casi por la injusticia. Es aquello la «Religiosa» de Diderot puesta en proceso, ó la comedia de las «Salesas» convertida anticipadamente en acusacion fiscal (1). Escipion Ricci murió en el año 1810, reconciliado con la Santa Sede, á lo que dicen unos, y, segun otros, impenitente. Ello es que sus atentados le sobrevivieron y que aun hoy encuentran apologistas.

Él fue el primero despues de Febronio en colocar en el banquillo de los acusados al sucesor de Pedro; deshonrador de la Iglesia al ultrajar la moral é insultar la piedad, mirósele y por mucho tiempo aun será mirado como obispo modelo de tolerancia, caridad y virtud, conforme los desean los incrédulos de todos los pueblos y los indiferentes de todos los sistemas.

Pocos dias ántes habíase reunido otra asamblea en un pueblecillo de las márgenes del Rhin casi ignorado entónces. Los arzobispos electores, arrastrados por el torrente de rebelion que levantaba sus olas contra Roma, habian experimentado á su vez la necesidad de participar en el movimiento del siglo, é insensatos querian que reverdecieran las ramas del árbol al propio tiempo que aplicaban el hacha á las raíces. En Ems, pues, cuatro delegados de dichos prelados, Heimes, obispo de Audona y sufragáneo de Maguncia; Becker, comisario de Tréveris; Tautfœus, que lo era de Colonia, y Bœnicke, de Salzburgo, proponen, discuten y adoptan un plan de reforma eclesiástica, engendro de un pensamiento de insubordinacion episcopal.

En la época de Lutero y en lo más récio de la invasion airada de sus doctrinas, habíanse separado de la unidad dos arzobispos de Colonia, y uno de ellos, por nombre Gebhardt Truchsés, renegó de su fe y tomó esposa. Errante y sin pastor el rebaño, expuesta á perecer la iglesia de Colonia por no haber quien saliera á la defensa de los buenos principios, Roma envió á ella un nuncio, y este, despues de agrupar junto á sí á los católicos dispersos, estableció en el comun peligro ciertos derechos de jurisdiccion y privilegios que en nada eran contrarios á la disciplina ni á los decretos del concilio de Trento.

Dos siglos y medio de sumision y sosiego habian consagrado semejante estado de cosas, cuando entre las perturbaciones con tanto celo dispuestas sintiéronse los sectarios molestados por la presencia de un nuncio en las provincias del Rhin. Maximiliano de Austria, elector de Colonia y hermano de José II, se niega á admitir á Bartolomé Pacca, delegado de la Sede apostólica; los demas electores eclesiásticos adoptan la misma conducta, y el conciliábulo de Ems redacta la nueva doctrina que los arzobispos quieren hacer prevalecer sobre la antigua.

De ella puede decirse que era la negacion pura y simple de la primacía pontificia y la confusion de todos los deberes. El conciliábulo suprimió, qui-

(1) Véase la *Vida de Escipion Ricci, compuesta en vista de los manuscritos autógrafos del prelado*, por Potter, 3 t. en 8°.


Digitized by Google

tó y añadió á capricho de los electores; invistió á estos de la autoridad de las Llaves, y les otorgó á expensas de la Iglesia universal absoluta independencia. Y en caso de que el Papa no accediese á confirmar á los obispos así emancipados, «los obispos, decia el artículo 2.°, hallarán en la antigua disciplina medios para mantener su dignidad colocándola bajo el amparo del emperador.»

El sacerdocio se complacia en negar ó destruir la autoridad espiritual del mismo Sacerdocio, y por la más anómala contradiccion que puede verse poníase bajo el yugo del imperio, al cual con su poder segundario conferia la doble potestad.

Era Pacca uno de los varones que nacen en la Iglesia en las épocas calamitosas, y animoso y prudente, constante y erudito, vió más claro que los arzobispos-electores el peligro de aquel intempestivo alzamiento. Con la moderacion hermanada con la fuerza que es patrimonio del lenguaje romano, el cardenal aconsejó y expuso sus ideas; pero sus consejos fueron despreciados, y sus temores y tristes vaticinios sólo encontraron incrédulos. Los que duermen no gustan de ser despertados, y en las «Memorias históricas» del cardenal puede verse cuán cruel hubo de ser para los electores el momento de dejar el sueño.

«Las alteraciones introducidas en la doctrina eclesiástica por José II, dice el antiguo nuncio en Colonia, habian, indudablemente contra la voluntad del monarca, reanimado el ardor de los sectarios y de cuantos abrigaban respecto de la Iglesia funestos propósitos, tanto que en público y sin rebozo manifestaban su modo de pensar y su odio contra el clero católico y en especial contra la Santa Sede. En los estados de los príncipes católicos imprimíanse gran número de libros con tales calumnias y groseras injurias contra el Papa y las órdenes religiosas, á las que debe la nacion germánica muy señalados beneficios, así espirituales como temporales, que excitaban el disgusto y enojo de los mismos protestantes honrados; y cuando la prudencia, el deber y su propio interes exigian á una del clero aleman, en consideracion á lo terrible y peligroso de las circunstancias, que arzobispos y obispos y los miembros todos de la jerarquía se uniesen más y más á la Sede apostólica y salieran en defensa de la Iglesia romana, á la cual eran deudores del poderío de que en el imperio gozaban, pues bien podian prever que los sofistas y pérfidos jansenistas habian de volver contra ellos con nueva fuerza las calumnias y argumentos con que atacaban el poder del Papa, á pesar de todo tambien en este caso cumplióse el axioma de que «los hijos de las tinieblas son más avisados que los hijos de la luz.» Así fue como los enemigos de la Iglesia lograron fomentar entre la Santa Sede y los arzobispos electores la division y contienda que escandalizaron á los buenos, hicieron decaer al clero del público aprecio, y allanaron la senda á la terrible catástrofe que en 1803 despojó á la Iglesia de Alemania de sus honores, privilegios, bienes y antiguo poderío (1).»

(1) *Mem. históricas del cardenal Pacca sobre la legacion de Colonia*, p. 13 (Paris, 1841).

Digitized by Google

Episodios son estos del josefismo que, al patentizar sus funestas consecuencias, descubrian el orígen del mal sin indicar el remedio. A aquellos hombres amantes, como el Neron de Tácito, de las cosas imposibles y deseosos de un mejor ficticio á fin de paralizar lo bueno real y presente, érales indispensable una revolucion. Ademas, casi todos los soberanos habian querido que no hubiese en sus naciones obispo que no fuese papa, y que el Papa quedase limitado á ser obispo.

Uno solo, á pesar de sus pocos años, habia resistido á las sugestiones todas: aunque rodeado de ministros ciegos ó culpados, como Maurepas, que de todo se reia; de Turgot, maestro de los economistas doctos y de los forjadores de políticas quimeras; de Saint-Germain, sistemático desorganizador del ejército; de Malesherbes, decidido protector del progreso social y de su apóstol el filosofismo; de Necker, ginebrino calvinista que cimentaba el crédito público en una próxima bancarota, y del cardenal de Loménie, á quien su íntimo trato con los sensualistas iba disponiendo para la apostasía y el suicidio, Luis XVI no se habia apartado del camino del honor.

Sin embargo, aun con los atributos de un poder todavía ilimitado, abrigaba el monarca como por conviccion desaliento profundísimo, y como Ciceron, más que esperar de los sucesos futuros felices resultados, se inclinaba á temer tristes catástrofes. Muchas eran las flaquezas que en su flaqueza tenia, pero todas las compensó con un tierno amor hácia su pueblo y con una delicadeza de probidad que raya en lo sublime. Más que otro príncipe alguno habria podido decir con Cárlos V el Prudente: «Una sola felicidad reconozco en el elevado puesto de los reyes, y es la facultad de hacer bien al prójimo.» Luis, que nunca supo ser soberano para defender su autoridad, mostróse siempre tal al ser combatida la de la Sede romana, sólo que no sabia (ignorancia en revoluciones en él excusable) cuanta leña puede llegar á consumir la más pequeña hoguera. Limitábase á ser bueno y benigno cuando para asegurar la paz y felicidad de todos hubiera debido ser como la escuadra de que usan los arquitectos, escuadra que, no solo es justa y recta en sí misma, sino que endereza y ajusta los objetos á que se aplica; como Pio VI, Luis no habia de acusarse de crímenes, errores ni vicios, y esto no obstante el anciano Pontífice y el jóven soberano habrán de expiar inocentes las faltas de sus predecesores. Uno y otro poseian aquella especie de perfeccion que es como el sello del infortunio.

La revolucion, en cuya obra se trabajaba á la vez en todas partes, estaba en vísperas de romper y estallar; no habia ya poder humano que pudiese conjurarla, y así se estrellaba en ello la invencible firmeza del Pontífice como la inexperiencia del monarca. Decia el cardenal Bernis que Braschi era frances de corazon, y de Francia le vinieron los pesares y tribulaciones más crudas.

Tiene esa rebelion de todo un siglo que arroja de sí la fe de sus mayores como un vestido que estorba, algo tan profundamente triste, que, aun ántes del terror, se experimenta susto y miedo al ver extraviados á los hombres en busca de doctrinas tan varias y peregrinas. Vemos á aquella sociedad, dis-

Digitized by Google

puesta siempre á poner el pié en el arroyo para llenar de lodo una creencia ó una virtud, andar como ciega siguiendo las paredes, caminar á tientas tropezando en medio del dia como si estuviese entre tinieblas, y hundirse en la oscuridad como los muertos; y de pronto siéntese sobrecogido el corazon de aquel sentimiento de punzante lástima que inspiran las grandes catástrofes.

Como entre los romanos de la decadencia, una sola era la aspiracion de aquel siglo, uno solo su deseo: «Det vitam, det opes,» dénnos vida, dénnos riqueza! exclamaba. Habíale hechizado el embeleso del reposo que insensiblemente penetra y domina el alma é inspira al fin invencible amor á la inaccion, y despues de haber despertado los malos instintos que duermen en lo más hondo de la estolidez humana, lanzábase á la conquista de lo desconocido.

La nobleza, que así piensa en sus mayores como en sus descendientes, ni siquiera ostenta la arrogancia de una posicion desde mucho tiempo perdida, y haciendo gala de haber olvidado todo respeto y fe, celebra y enaltece el amor de la humanidad, miéntras que con el alma yerta y el corazon seco lloriquea en sus correspondencias é improvisa escenas pastoriles que la llevarán al terror. En los mil abusos que del ingenio se hacian, aletea de contínuo sin acertar nunca á emprender el vuelo.

Y de pronto, efecto de una incredulidad nacida del exceso del sofisma y del goce, sorpréndese la sociedad al mirarse abandonada por Dios á quien niega y por los hombres á quienes pensaba corromper; y entónces, empujada por incomprensible vértigo, se abisma en delirante amor por lo maravilloso y se envuelve en los pañales de la supersticion. Profetas y mártires tiene el charlatanismo, y á imitacion suya Paris y Europa, que se desdeñan de acatar la Providencia, humillan su razon delante de los rose-croix (1); si el Evangelio es ya una letra muerta, son saludados en cambio como apóstoles de la regeneracion social los adeptos de las ciencias ocultas. Mesmer, Cagliostro, Jacobo Bœhm y Martinez cuentan discípulos aun entre los príncipes de la Iglesia; Cazotte exorciza y conjura, Gassner evoca los espíritus tenebrosos, Lavater pone á sus sectarios en comunicacion con las potencias invisibles, y los creyentes en la nueva Jerusalen, adoctrinados por Swedenborg, francmasones, fatalistas ó visionarios, se rodean del falaz prestigio de una mágia blanca ó negra. La de los caldeos y hasta la teúrgica tienen sus afiliados, y seguro es que ha de tenerlos cuanto se presente como falso, oscuro, fantástico y sobrenatural. Las quimeras más inconcebibles, aceptadas con ardoroso afan, pasan al instante á la categoría de verdades demostradas; Weishaupt, Zwach y el conde de Bassus fundan escuelas de iluminados, confunden lo místico con lo político para turbar las almas ántes de agitar los cuerpos, crean fantasmas para dominar las logias, y el magnetismo se presenta como la antorcha de lo desconocido. Quiérense á toda costa distracciones, oro, delicias y placeres nuevos, y nadie se atreve á aplicarse aquellas palabras de Bonald tan verda-

(1) Nombre de una secta de empíricos que suponia conocer todas las ciencias. *N. del T.*

Digitized by Google

deras: « El pueblo de costumbres sensuales está muy próximo á tenerlas feroces. »

Llegado era aquel tiempo en que el cuerpo de las naciones no puede tolerar el mal ni sufrir el remedio, y (triste aunque necesario es decirlo) á no ser los reyes y príncipes no habria sabido la gente de bien contra quiénes desahogar su enojo. Mas reyes y príncipes ofrecian blanco para ello, pues, desgarrando ellos mismos los anales de su estirpe, parecian condenar al desprecio su propia memoria.

El mal iba creciendo como se desenvuelve un sumario en las manos de un fiscal entendido; el mal era el placer, era la ley, y aun cuando hubiesen proclamado los antiguos que no puede un pueblo entero ser castigado por poder humano, conocíase por instinto que el castigo estaba próximo. En efecto, no era justo que quedasen sin pena los que no tuvieron piedad ni justicia.

Nunca pueblo alguno habia llevado tan léjos como el frances el menosprecio por sus grandezas históricas y por los siglos cristianos; de él puede decirse que trocaba por un ídolo su gloria. Cuanto atestiguaba la robustez y excelencia de sus costumbres antiguas convirtióse en causa de reprobacion; nobleza y pueblo llegaron á convencerse de que para regenerarlo todo debia destruirse todo, pensando que habia de ser empresa fácil levantar un nuevo edificio sobre las ruinas de la monarquía, y todos á una comenzaron á saludar la tierra prometida ántes de pasar el mar Rojo. Aquellos hombres, cándidos siempre y crédulos al oir la palabra de constitucion y reforma; aquellos parásitos de la libertad, que tan numerosos son en las revoluciones, se parecen al gigante del Ariosto que corre en pos de su cabeza. En ella habia un cabello que su enemigo deseaba arrancar, y para lograrlo adoptó el partido de cortar cabeza y todo. Pues bien, aquel cabello es el abuso cuya extirpacion desean los buenos apóstoles del progreso, más simples y niños hoy que ayer, y siempre dispuestos á disparar petardos en la cima del encendido y atronador Vesubio.

Las revoluciones, empero, que son el delito de unos pocos y la falta de todos, no invocan jamas excusas, y en vez de reclamar un perdon necesario sólo quieren alimentos nuevos. Apénas reunida la asamblea nacional trata de coordinarlos todos, así en perjuicio de la Iglesia como en detrimento del solio, y como este no oponia la menor resistencia, pareció que, como por caridad, se le concedia una especie de condicional olvido. De este modo pudieron dirigirse contra la Sede romana y el clero frances los primeros ardores de la rebelion; no habiendo sabido despojarse de toda circunspeccion y respeto hácia aquellos que se emancipaban de todo miramiento, el imperio y el Sacerdocio llevaron la pena de su condescendencia.

En la Iglesia todo es inmutable, todo se enlaza, todo se encadena, fe, principios y hasta sistema de combatir; de ella puede decirse que es el « Capitoli inmobile saxum » de Virgilio trasladado de la poesia á la historia. Combatirla á viva fuerza habria sido temerario, y así fue como hubo de considerarse más del caso hacer que ella misma se destruyera con sus propias



manos, obligándola á minar sin saberlo el edificio consagrado por tantas generaciones de Pontífices y sacerdotes.

En los estados generales que fueron en breve la asamblea constituyente, estaba representada la nacion por sus tres brazos ó estamentos, y era costumbre permanente y tradicional que cada brazo deliberase y resolviese separadamente. La nacion, empero, solicita del clero y de la nobleza la conculcacion de aquel principio, y en nombre de un Dios de paz (frase sacramental que estará en boga miéntras tenga la revolucion algo que arrancar con hipocresía) intímase al clero que renuncie á sus privilegios.

El clero superior, más previsor y receloso, resiste á súplicas que son otros tantos amenazadores mandatos; mas los párrocos, asediados por su lado flaco, se prestan con más docilidad á semejante concesion. Permiten que les digan que la felicidad universal depende del aniquilamiento de los poderes intermedios y que la fraternidad allanará el camino á la igualdad; ya que la nacion se prepara á formar un pueblo de hermanos, les repiten una y mil veces, ¿por qué no debe tomar el clero la iniciativa de tan apetecible hermanamiento?

En nombre del mismo Dios de paz que la revolucion olvida con suma facilidad cuando le conviene, el clero quedó vencido, ó mejor se cazó á sí mismo, segun enérgica expresion de Montaigne; y sin quererlo ni saberlo, á lo ménos por lo que toca á la más numerosa y sana parte de sus miembros, doblóse al yugo de una mayoría facticia. Desde aquel momento quedó abierta la era de aquello que recibió el nombre de grandes principios de 1789, y se convirtió Francia en el vasto estanque desde el cual las sangrientas aguas de la insurreccion se derramaron por el mundo entero.

Del estado dispone y á la Iglesia rige una asamblea única sin más contrapeso que la vehemencia de sus oradores ó las superiores exigencias del motin; los arquitectos de ruinas combinan en ella sus esfuerzos, y Mirabeau domina la falange compuesta de cuantos tienen la desmoralizacion por necesidad y pedestal.

Su poderoso aliento excita las pasiones revolucionarias como agita el huracan los árboles del bosque; los vicios de su mocedad le han penetrado hasta los tuétanos; pero en lo íntimo de su alma, arrogante y corrompida, quedan aun como en gérmen principios de que con dificultad se habria desprendido. Escritor obsceno ó tribuno demoledor, Mirabeau representa con perfeccion rara al agonizante siglo XVIII; sin saberlo es perfecto original de aquella nobleza francesa que, renegado que hubo de todas sus creencias y mancillado sus antiguos timbres, fue generosa á morir por su Dios y su rey al cadalso, entre cadenas, ó en las guerras de la emigracion y la Vendée.

Al verse rodeado de aquellos hombres que se envanecian de ser exclusivos mandatarios del pueblo, y al medir con su mirada de águila aquellos entendimientos tan crédulos como medianos, y las ambiciones y bajezas que en aquellos pechos se encerraban, Mirabeau sintió horror y comprendió la inmensidad del mal. Los previstos excesos de la revolucion le inspiraron la idea del poder, y en aquel decisivo instante llegó su orgullo á comprender el

Digitized by Google

freno religioso. « Señores, no os canseis, decia en 1790; el reloj no andará; quizas se agite y haga ruido, pero es seguro que no ha de señalar la hora; le falta el gran muelle. »

¿Qué entendia por el gran muelle el promovedor de desórdenes que no supo lavar á tiempo antiguas manchas ni librarse de los egoistas apetitos que el vicio imprimiera en todas partes? Él mismo nos lo dice algun tiempo despues. « Al dividirnos demasiado, exclama, en vez de indicarnos la urgencia de la unidad y del poder, están labrando nuestra perdicion. »

Así, pues, desde sus albores excitaba la revolucion ideas monárquicas y remordimientos puramente católicos en el alma del que fuera su único político y su orador más impetuoso, en el hombre que viera de cerca y juzgara á los repúblicos que marchaban al descubrimiento de una nueva Francia. Mirabeau habia escudriñado hasta lo más hondo los distintos partidos; conocia lo que les daba fuerza y lo que les daba flaqueza, y el desden que por la especie humana sentia fue para él como una postrera virtud. Con la suprema insolencia que es el sello particular de su ingenio, no quiso creer en sus contemporáneos, porque los habia frecuentado; y en efecto, si á sus contemporáneos les quitamos la auréola de patriótico esplendor con que no deja nunca de adornar su frente la revolucion agradecida, conocerémos que si prepararon grandes crísis y trabajaron para la inmensa nivelacion, no supieron reconstruir cosa alguna con los restos del naufragio. Extraviados y perdidos en un laberinto de utopias, no hicieron mas que dar leyes á ciegas en vez de construir y edificar.

La mayoría de la asamblea se diezmaba y devoraba á sí propia por la incoherencia de sus planes y el desvanecimiento de un poder sin límites. Al tiempo que derribaba el trono piedra por piedra no era su intencion conmoverlo siquiera, pues en ella, como en todos los parlamentos, abundaban los caractéres en esencia buenos, pero tímidos y vacilantes, que con secreta inclinacion al bien gustan de arraigarse en el mal. Los cándidos ciudadanos de provincia, los sencillos curas de aldea, y todo aquel enjambre de candorosos ineptos que se atolondraban con voces y ruidos y cegaban su conciencia con brillantes falsedades, eran ahogados en una atmósfera de ostentosa gala y embriagados con el triunfo de su omnipotencia colectiva; y como en Francia nadie quiere la igualdad por abajo, estaban persuadidos de que si en la noche del 4 de agosto de 1789 se habian abolido los títulos de nobleza, fue para convertir á los seres más oscuros en un pueblo de Montmorencys.

Sin embargo, entre esas vanidosas excrecencias sin objeto y sin direccion, habia hombres cuyos propósitos estaban perfectamente definidos, sabiendo muy bien el punto á que querian llegar, y estos eran los que formaban la opinion pública y los que á su voluntad detenian ó aceleraban sus movimientos. Ellos llevaban el compas sobre los grandes principios de 1789, agradable y cómodo instrumento con el cual se tocan cuantas variaciones se quieren, como que da todos los tonos que se le piden, y esforzábanse «en subvertir y destruir los fundamentos de nuestra monarquía, que, segun ex-

Digitized by Google

presion de nuestros antepasados, tan bien cimentada estaba por la voluntad de Dios. »

Esos grandes principios que ni aun su inventor Clermont-Tonnerre pudo nunca coordinar, ni explicar con precision ni siquiera aparente, se acercan tanto y tanto se confunden de suyo con los derechos del hombre y del ciudadano que ideó Lafayette y tuvieron á Robespierre por sangriento campeon, que son, por decirlo así, como dos cosas inseparables. Y sin duda en su afan por aclarar su monstruosa aligacion de tonterías sentimentales y criminosas utopias, se escaparon á Luis Napoleon Bonaparte en su «Idea napoleónica» las siguientes palabras: «Hace cuarenta años que, Francia está en continua lucha con las revoluciones y las contrarevoluciones; la religion de los principios no se ha creado aun en ella.»

De modo, pues, que para el imperial escritor son letra muerta los principios de 1789. Y para la historia no serán nunca otra cosa, pues ella sabe que la licencia y el despotismo se sirven sucesivamente de los mismos como de un arma que tan funesta es á la libertad individual como á la independencia de los pueblos.

Los jansenistas y galicanos, astutos y arteros, y animados siempre de mezquinas rencillas contra la Iglesia y el rey, deseaban proceder con tino y mesura y aplicar en seguida de un modo discreto el tormento ordinario y extraordinario; gustaban de destilar su ira gota á gota para que penetrase más hondamente entre el pueblo, y repetíanse á sí mismos el consejo que daba á su verdugo el emperador romano; su único deseo era matar á la Iglesia de manera que, segun palabras de Calígula, se sintiese desfallecer y morir. «Ita feri, ut se mori sentiat (1).» Mas las turbulencias de la asamblea combinadas con los excesos callejeros no permitieron prolongar esas dilaciones, que desleian la hiel del jansenismo en el vinagre del galicanismo .

El miedo es el primer paso hácia la barbarie, y el partido filosófico que, no debiendo ya guardar consideraciones, ni teniendo tampoco que arrastrar en pos á tímidos aliados, proclamó por fin en alta voz la entronizacion de sus maestros, asustó con el pueblo á la monarquía, al clero y á la nobleza, al tiempo que con calculada audacia lo inspiraba tambien al pueblo que le seguia con cuantas fábulas le plugo poner en circulacion. Los ornamentos del sepulcro de Adriano sirvieron en Roma de armas contra los godos; la civilizacion atacada arrojaba columnas de mármol y estatuas de bronce á la cabeza de los nuevos bárbaros, pero esto no les impedia penetrar en el corazon de la sociedad.

Para dominar á la asamblea é inspirarle el saludable terror que, con el nombre de libertad, es segura prenda de la esclavitud de la discusion y de la servidumbre del voto, era muy conveniente un motin cotidiano, é importaba que los obispos en sus diócesis, los nobles en sus palacios y el honrado ciudadano en su familia no se repusieran jamas del susto. El motin habia de señorear así en la plaza pública de las ciudades como en la mal tra-

(1) Suetonio, *Historia de los doce Césares*, t. III, p. 98.

Digitized by Google

zada calle de la recóndita aldea; habia de ser nacional por la divisa y cosmopolita por la intencion, y así fue como el motin quedó decretado, organizado y disciplinado con tan rara habilidad, que en su historia, ó por mejor decir en su apología de la revolucion francesa, Thiers, Luis Blanc y Michelet no pueden ménos de deshacerse en elogios de las farsas que refieren.

En 1789 no se sabia á qué pretexto acudir para tener ocasion de crear la guardia nacional, disolvente activo cual ninguno del órden y de los gobiernos. «De pronto, dice M. Thiers, salen correos que, atravesando la Francia en todas direcciones, anuncian la llegada de bandidos que talan y devastan la campiña. Ciudadanos y campesinos se congregan, y en muy pocos dias la Francia toda estuvo armada aguardando los bandidos que nunca llegaron. Ardid fue este que hizo universal la revolucion de 14 de julio provocando el armamento de la nacion, y que se atribuyó entónces á todos los bandos, aunque despues ha sido especialmente imputado al partido popular que recogió sus frutos. Sorprende en verdad como de este modo quísose eludir la responsabilidad de una estratagema más ingeniosa que culpable (1).»

Mentir al pueblo, engañarle en su aislamiento, abusar de su credulidad para arrastrarle al delito, todo ello para M. Thiers no pasa de ser una estratagema más ingeniosa que culpable. Luis Blanc profesa igual doctrina, y dice: «Llegado era el 28 de febrero de 1791, dia designado para discutir una nueva ley relativa á la emigracion. Pintábase en los semblantes agitacion desusada, y parecia que una mano misteriosa mostrase á todos algo terrible más allá de aquella ley... Por la mañana, al saberse la noticia falsísima pero muy activamente propalada de que se habian llevado armas y municiones de toda especie al castillo de Vincennes, y de que existia desde las Tullerías hasta el mismo castillo un camino subterráneo por el cual habian de evadirse el rey y su familia, el pueblo de los arrabales, alucinado y enfurecido, se encaminó hácia la fortaleza para demolerla (2).»

Thiers y Luis Blanc explican los ardides empleados para engañar al pueblo calumniando á la córte; Michelet nos dirá cómo se medita y trama un asesinato á fin de precipitar los acaecimientos entre el dia 20 de junio y el 10 de agosto de 1792.

«¿Qué medios se emplearán en Paris para oponer eficaz resistencia? pregunta el expresado historiador. Lo primero era dominar en la ciudad, y en tanto que el amigo de los prusianos permaneciese en las Tullerías puede decirse que Paris no se poseia á sí propio. Por las Tullerías, pues, convenia comenzar la guerra.

«Mas ¿cómo inspirar á un pueblo poco guerrero hasta aquel tiempo un instante de generosa ira, un violento arranque de heroismo que le lanzase á sublime locura? Muy difícil sino imposible parecia, por cuanto el pueblo, miserable y caido, estaba postrado quizas bajo el grave peso de sus males. Entónces el girondino Grangeneuve, animado de ardoroso fanatismo, pidió por

(1) *Hist. de la revolucion francesa*, por A. Thiers, t. I, p. 137.
(2) *Hist. de la revolucion*, por Luis Blanc, t. V, p. 205.


Digitized by Google

favor al capuchino Chabot que por la noche en una esquina le matase de un pistoletazo, persuadido de que el asesinato, atribuidó infaliblemente á la córte, comunicaria el impulso deseado. Poco escrupuloso el capuchino consintió en lo que se le pedia; mas llegado el momento tuvo miedo, y Grangeneuve estuvo paseándose toda la noche esperando en vano la muerte y despechado por no recibirla (1).»

La mentira patriótica y la alevosía revolucionaria se organizan con igual perfeccion que la guardia nacional y la seccion de las picas. En cada ciudad hay un «club,» cada club redacta un periódico, y á favor de esos nuevos mecanismos fórmase en la Francia entera una corriente eléctrica que difunde el entusiasmo ó el miedo, é inspira á su placer esperanza ó desaliento. Quiérese llevar por grados á la nacion francesa á que reniegue de su historia y culto, y soplan en la colmena para enfurecer á las abejas.

Con el fin de engolosinar al pueblo y hacerle tomar gusto en la obra destructora, llévasele al saqueo de algunas iglesias como preludio del despojo del clero, y danse á las llamas varias quintas y palacios para llegar más pronto á la igualdad. Por medio del vino y de mujeres perdidas enséñase al ejército que la desobediencia es un deber santo entre todos; confíscanse los bienes del clero, y quedan suprimidas las órdenes religiosas y abolidos los títulos de nobleza.

Una vez consumados esos preliminares de la descomposicion social; cuando el rey hubo visto divagar por su palacio de Versalles el motin y el asesinato patrocinados por las majestades del desórden; luego que no quedó mas derecho al mártir de la monarquía que firmar su deshonra ó contemplar el derrumbamiento de su trono, pudo con razon un ministro inglés exclamar en la cámara de los comunes: « Desde hoy felicito á mi patria por los altos destinos á que la llama la revolucion de Francia.»

Al pronunciar estas palabras, testimonio de una rivalidad mezquina, más que expresion de una gran idea de salvacion pública, condenábase Pitt á no ver los acaecimientos sino con mirada inglesa. Burke, más en lo justo, no se encerró en el limitado horizonte de los intereses británicos, y cuando la anarquía y el tumultuoso despotismo pusieron las manos en todo lo noble y sagrado, deploró en estos términos la degeneracion de Francia: «El siglo de la caballería ha pasado ya y le sucede el de los sofistas, economistas y calculistas. Muerta está para siempre la gloria de Europa. Nunca, nunca jamas volverémos á ver la generosa lealtad á la jerarquía y al sexo, la sumision altiva, la obediencia nacida del corazon que aun en la servidumbre conservaban vivo el espíritu de la libertad. El embeleso natural de la existencia, la defensa poco costosa de los pueblos, el semillero de los pensamientos esforzados y de las empresas heróicas... todo está perdido. Perdida está, sí, aquella suspicacia en los principios, aquella castidad de la honra, para la cual una mancha era una herida, honra que daba valor suavizando la ferocidad, que

(1) *Hist. de la revolucion*, por J. Michelet, t. III, p. 542.

Digitized by Google

ennoblecia cuanto tocaba, y que al arrancar al mismo vicio su rudeza le despojaba de la mitad de sus peligros (1). »

Al examinar y juzgar la confiscacion de los bienes del clero, el ilustre publicista inglés se expresa así: « Enrique VIII, tirano de Inglaterra, tan indocto como los Marios y Silas de Roma, no habia estudiado en vuestras nuevas escuelas y sólo conocia el invencible instrumento del despotismo; «los derechos del hombre» no se hallaban en su gran arsenal de armas ofensivas. Cuando decidió apropiarse la hacienda de las abadías, como lo ha hecho ahora la sociedad de los jacobinos con todos los bienes eclesiásticos, empezó por establecer una comision que examinara los delitos y abusos que reinaban en las comunidades. La comision desempeñó su cometido, y como es de presumir compuso su dictámen con hechos verdaderos al lado de no pocos exagerados y falsos; pero ello es que, acercándose más ó ménos á la verdad, habló de abusos y delitos. Esto no obstante, como los abusos podian corregirse, como los delitos de unos pocos no era posible que recayeran sobre la comunidad entera, y como en aquel siglo de ignorancia no se habia descubierto todavía que fuese la propiedad hija de una preocupacion, esos abusos (que por cierto eran muchos) no fueron considerados como causa suficiente para declarar la confiscacion, que era el fin apetecido; y Enrique hubo de excogitar medios para que le fuesen dados aquellos bienes por expresa y formal renuncia. A todo esto vióse obligado á recurrir uno de los tiranos más resueltos que menciona la historia como preliminar necesario ántes de atreverse (corrompiendo á los miembros de sus dos cámaras serviles con la esperanza de una parte del botin y con la promesa de eterna exencion de tributos) á solicitar que una ley del parlamento confirmara sus inícuos actos. A nacer el tirano en nuestros dias, cuatro palabras técnicas le habrian servido admirablemente y evitádole el gran trabajo que hubo de tomarse; para conseguir su intento habríale bastado una corta fórmula como de encantamiento que dice así: «Filosofía.—Ilustracion.—Libertad.—Derechos del hombre (2). »

Enseñanzas eran estas de la historia, dictadas en 1790 por el intenso sentimiento de justicia, que debian quedar estériles. Los oradores y periodistas, única plaga con que Moises no quiso afligir á Egipto, arrogábanse la facultad de encadenar á los reyes y de poner grillos á los magnates de la tierra. Los piés del hombre corrian al mal, afanosos de verter sangre se apresuraban, y el estrago y la desolacion señalaban su camino. Halagábanse las más viles pasiones del pueblo; adulábase la humana estolidez, y á porfía le enseñaban á no saber tolerar la monarquía ni la libertad.

La Asamblea nacional, que soltara el dique á los excesos, no tardó en ser arrastrada y arrollada por el torbellino que ella misma levantara. La ley que habia descerrajado las puertas de los conventos, obligaba á frailes y monjas á volver al mundo, y solícita los lisonjeó con toda clase de halagos y prodi-

(1) *Revolucion de Francia*, por Edmundo Burke, p. 133.
(2) *Revolucion de Francia*, por Edmundo Burke, p. 207.

Digitized by Google

góles los nombres de hermano y hermana extraviados por el fanatismo para llevarlos á la apostasía.

El oprobio habia de recibir una consagracion solemne, y como los «clubs» más tristemente famosos celebraban sus reuniones en las iglesias de los jacobinos y franciscanos («cordeliers»), la revolucion se apoderó de esos nombres para apropiarlos á sus sicarios (1). Desde aquel momento fueron estos jacobinos ó franciscanos por el derecho del delito; la primacía del mal se trasfirió por completo á la una y á la otra tribuna, y sólo quedó á la asamblea constituyente la irrisoria autorizacion de registrar y sancionar los acuerdos de aquellas sociedades.

Molestados por tener un alma trataban aquellos hombres de librarse de ella lo más pronto que podian, proclamándose á sí mismos el pueblo frances, lo mismo que si el cieno que sube del fondo del estanque se envaneciera con el nombre del agua. Como no habia ya aparecidos para inspirar miedo, fueron evocados los patriotas, y conformándose con aquellas palabras del cardenal Retz, conocedor en la materia, que dijo: «En punto á sediciones todo cuanto hace creer en ellas las aumenta, » diéronse al motin formidables proporciones. Proclamósele como un derecho, un deber y una potencia; el despojo fue mirado como título de civismo, y en la general destruccion de los privilegios todos sólo se omitió aplicar á los abogados, legisladores de tales actos, la ley Cincia que les prohibia en Roma tener manos.

Consagrado el robo legal la monarquía se despojó por sí misma de su esplendor, perdió la nobleza sus prerogativas y bienes, y el clero fue condenado á mendigar. En este estado los políticos de la asamblea pensaron que una suspension ó parada podia ser buena y útil, como que oian á republicanos tan avanzados como Morris, embajador de los Estados Unidos en Paris, preguntar cómo podria llevar Francia toda la libertad que sobre sus hombros habia cargado.

Semejantes dudas, presentadas en forma de consejos, no dejaban de inspirar cierta inquietud sobre el tiempo futuro, y envilecida como estaba la majestad del trono, anonadada la nobleza y empobrecido el clero, experimentóse la necesidad de tomar un momento de descanso entre los acumulados destrozos. Mas la ruina de la Iglesia consumada en pocas horas no satisfacia los apetitos todos, y si para los codiciosos y hambrientos era el despojo del clero el toque de su muerte, los jansenistas no lo juzgaron así. Espec-

(1) Al ser llamados á Francia los frailes predicadores de santo Domingo ó dominicos, la universidad de Paris cedió á los jóvenes estudiantes de la órden la iglesia y casa de San Jacobo, situada la iglesia en la calle de Grés, entre la calle de San Jacobo y el colegio de Montaigu, y de ahí su nombre de *Patres sancti Jacobi*, que el pueblo, no sabiendo latin y siendo aficionado á abreviarlo todo, convirtió en el de jacobinos. Y tan odiosamente popular es este nombre aun en el dia, que los nuevos frailes predicadores no han pensado jamas en hacerle revivir, y ha quedado á cuenta de la revolucion.

Los franciscanos, en especial los de la observancia, eran llamados en Francia *cordeliers*, y el orígen de esta voz fue el siguiente: Los franciscanos acompañaron á san Luis á la cruzada, y habiendo en cierta ocasion rechazado con animoso esfuerzo una algarada de los sarracenos, los caballeros que presenciaron la pelea y la refirieron al rey no acertaron á pronunciar el nombre de los religiosos. En vez de *fune vincti*, los llamaron *corde-liés*, y de ahí el apelativo de cordeliers.

Digitized by Google

táculo de sabrosa venganza y suave consuelo era para ellos ver reducida la Iglesia á la suma pobreza; mas esto no les bastaba: conocian muy bien su perseverancia y vitalidad para ignorar que habia de reponerse tarde ó temprano de semejante desastre y que las heridas en la hacienda no son nunca mortales. Por esto si dormia saciado el odio de sofistas y abogados, velaba el de los jansenistas despierto como nunca, y si confió á otras manos la empresa de despojar á la Iglesia guardóse para sí la felicidad de deshonrarla.

Con desprecio miran los jansenistas los torneos de elocuencia en que Mirabeau y el padre Maury, Cazalés y Barnave tratan puntos de vida ó muerte para los pueblos, y parapetados en las secciones de la asamblea nacional como en una ciudadela sin saeteras, no tienen mas que un deseo, abrigan sólo una idea. ¿Qué les importan en efecto esos pasos honrosos en que la palabra es la espada, á ellos que sólo gustan de emplear el puñal? Frios é impasibles buscan el punto vulnerable, y de tales designios, encaminados al envilecimiento despues de la ruina, nació la constitucion civil del clero.

El jansenista Camus, ó como le llama M. Thiers el « piadoso » Camus, el conciliador Fréteau de Saint-Just, apellidado por Mirabeau la comadre Fréteau, Goupil de Préfeln, Treilhard, Lanjuinais, Legrand, Martineau y Durand de Maillane, ocho legistas ó abogados, han reunido y combinado sus esfuerzos, é individuos oficiales ú oficiosos de la comision eclesiástica de la asamblea, redactan proyectos y dirigen é imperan en las votaciones. Como contrapeso de la exageracion y del abuso de las libertades galicanas que entroniza el jansenismo son nombrados algunos prelados y el padre Montesquiou, ocupando un lugar entre aquellos el arzobispo de Arles, Juan María Dulau, cuyo talento es tan notorio como su piedad y fuerza de ánimo. Su nombramiento, empero, no tiene otro objeto que hacerles servir involuntariamente de pabellon para cubrir la mercancía; su nombre popular y venerado habia de dar á la comision la autoridad y fuerza de que se siente privada; mas el prelado, sostenido por el obispo de Clermont, Francisco de Bonal, por el de Luzon, Cárlos de Mercy, por el príncipe de Robecq y el marques de Bouthillier, y por los párrocos Vanneau, Lalande y Grandin, combate con tanta lógica y perseverancia que logra fatigar la obstinacion jansenista y reducir al silencio la locuacidad de los letrados.

Bien podian ser esas preparatorias escaramuzas precursoras de una derrota; pero Camus y Treilhard la conjuran imaginando un plausible pretexto para tener á sus órdenes más dócil mayoría. Quejóse el segundo á la asamblea del cúmulo de trabajo que sobre la comision eclesiástica pesaba, y para allanar el obstáculo que retardaba la obra de la constitucion del clero con tanto ardor deseada por la nacion entera, propuso que se agregaran á la comision determinado número de nuevos individuos.

El deseo de Camus y Treilhard mereció la acogida que de antemano se habia convenido, y aun que ese primer juego de manos parlamentario hecho por los abogados en nada modificó la discusion, dislocó por completo la mayoría en la comision eclesiástica.

La revolucion no podia desear más y su deseo fue cumplido.


Digitized by Google

El abogado Chasset, el economista Dupont (de Nemours), el cartujo D. Gerle y tres párrocos á quienes la demagogia habia de trocar en breve en obispos constitucionales, llamados Massieu, Expilly y Thibault, son los principales miembros auxiliares de la comision. A ella no pedia la asamblea ciencia y luces, sino un cisma encerrado en un proyecto de ley. Dulau y sus amigos se retiraron al momento.

Dos años han trascurrido, y otra vez vemos á unos y otros frente á frente. Los letrados que quisieron restaurar los cánones antiguos son girondinos ó terroristas; los sacerdotes que pensaron en restablecer en la Iglesia la primitiva pureza, asesinan al rey, reniegan públicamente de su Dios, y contraen al fin una especie de matrimonio legal: Dulau en cambio es el primer mártir que cae en el Cármen á los golpes de los setembristas.

Dos partidos muy distintos existen en la asamblea: para permanecer fiel á sus principios sacrifica el uno con valor su hacienda y su vida, al paso que alimentando el otro codiciosas y bajas pasiones marcha hácia el progreso, la tiranía y la deshonra con alborozada gritería. Llamados meramente para pergeñar leyes, propónense ser ellos mismos la ley; cautelosos, ergotistas y conceptuosos, mancomunando los esfuerzos de su paciente aversion á la Sede romana, aquellos presbíteros y juristas tienen alguna semejanza con mojones que se propusieran insultar á una pirámide. Si se apoyan en la libertad es para precipitar al justo en sus lazos, sólo porque el justo les molesta; todos ellos han puesto manos á la obra: veámosles hilvanar su constitucion del clero.

Pocos meses habian bastado á la asamblea para realizar trastornadores prodigios en la economía de la Iglesia: en 4 de agosto de 1789 suprímense los diezmos; en 27 de setiembre vense privados los templos católicos de sus vasos sagrados; en 18 de octubre dejan de existir los votos monásticos; en 2 de noviembre declárase á la nacion propietaria de los bienes del clero; en 13 de abril de 1790 pierde este la administracion de los mismos bienes y queda como asalariado de la nacion, todo con objeto de avasallar á los sacerdotes por sus necesidades cotidianas y trasformarlos poco á poco en comisarios de policía moral; en 12 de julio preséntase la constitucion cuyo orígen hemos insinuado.

Con intencion de profunda maldad nunca quisieron sus autores atacar directamente los dogmas del cristianismo, combatido sin descanso por sus cómplices los incrédulos, pues alterar la fe habia de equivaler, segun los jansenistas, á excitar la inquietud del pueblo y á levantar justos recelos. No estaba el público sazonado aun para la obra con tanta impaciencia esperada; convenia engañarle y guiarle al error por insensible pendiente, y así fue como, dejando á un lado el dogma hasta ocasion más propicia, apuróse el ingenio é inventáronse toda clase de subterfugios para desmantelar el gobierno espiritual de la Iglesia, miéntras se clamaba á grito herido que la redujesen á los cánones antiguos y á su belleza primitiva.

Para captarse la voluntad del público y asociarle á la regeneracion de la Iglesia, habíase decidido confiar de nuevo al pueblo la eleccion de sus pas-

Digitized by Google

tores, principio que, admitido como base del proyecto, es á la vez que preparacion, engaño. El pueblo, á quien se desvanecia con la idea de sus futuros esplendores, á quien se hacia llorar recordándole sus pasadas calamidades y se embriagaba con su actual omnipotencia, mordió el cebo, y deslumbrado, subyugado, vió en tales trasformaciones una era de igualdad y fraternidad naciendo del cáos de su soñada servidumbre; aplaudiólas con las manos y el corazon, y luego, miéntras se daba pábulo á su cándido entusiasmo con las fiestas de la federacion, pasatiempo ó juguete, otros lo preparaban todo para arrancar á la Iglesia la autoridad que recibiera de Dios.

Proclamado apénas el principio de la democracia en el estado, quísose introducir por fuerza en la Iglesia el principio del presbiterianismo, y así como el rey no era mas que una máquina de refrendatas, tratóse de sujetar á los obispos á igual yugo. Trastornada la antigua division de Francia, alteráronse igualmente el territorio y los límites de las diócesis, suprimiéronse metrópolis y obispados, creáronse otros nuevos, y fueron decretadas la extincion y muerte legal de capítulos, abadías, prioratos, y en una palabra de cualesquiera títulos de beneficios que no fuesen las metrópolis, obispados y parroquias establecidos por la constitucion.

Decídese y establécese en ella que en adelante los obispos no deberán dirigirse al Papa para obtener su confirmacion, y que sólo le escribirán como al jefe visible de la Iglesia en testimonio de la unidad de fe y comunion que deben de conservar con él, pidiendo la confirmacion canónica al metropolitano, ó sea al obispo más antiguo del territorio que constituye la metrópoli diocesana. Obispos y párrocos serán nombrados por el mismo cuerpo electoral que elige á los miembros de los departamentos y distritos, y los primeros no podrán ejercer acto alguno de jurisdiccion en lo que toca al gobierno de su diócesis sin deliberacion prévia con su consejo habitual y permanente, y no tendrán facultad de destituir á sus vicarios á no ser por acuerdo del mismo consejo tomado por mayoría de votos. Los párrocos escogerán por sí mismos los vicarios entre los presbíteros ordenados ó admitidos en la diócesis por el obispo, mas no será necesaria la aprobacion de este.

Tales son los artículos fundamentales de la constitucion, artículos que no son mas que el cisma en gérmen, el cisma preparado por la reforma protestante y llevado por los jansenistas á sus últimas consecuencias, el cisma inaugurado por la ley, lo cual era escandaloso y singular suceso de que la historia no habia ofrecido aun ejemplo alguno. A tenor de esas teorías, trasformadas en plebiscitos, el poder no emana ya de Dios, sino del hombre; Dios es absorbido y desaparece ante el elector soberano. Y ese elector, el primero que se presenta (1), es representacion de la sociedad cristiana, es su he-

(1) Es imposible manifestar en una nota todas las consecuencias ridículas y extravagantes de semejante sistema de eleccion; lo que sucedió en Tolosa basta para conocer hasta dónde podia llegar Leemos en el *Antídoto universal*, p. 48:

«Anulada la primera votacion, la asamblea electoral resolvió proceder á otra sin abandonar el puesto; varios electores, que no habian querido perder la funcion teatral, dijeron á sus amigos que en

Digitized by Google

raldo, y por decreto de 24 de diciembre de 1789 quedan declarados electores y elegibles, ó poco ménos, los idólatras, los judíos, los mahometanos, los calvinistas, los incrédulos de toda laya y ralea: el clero es el único que no toma en la eleccion la menor parte. ¡Así se restauraba la venerable antigüedad y la primitiva Iglesia! No hay disidencia, no hay oposicion; el terror así lo ha decidido, y este es sin duda el orígen de esas farsas de unanimidad que el fraude inspira y sufre el miedo, farsas á que en todos tiempos y en todas las latitudes es la revolucion aficionada en extremo.

El poder de los obispos era poco, mas el del Papa queda reducido á la nada. La comunion con la Santa Sede limitábase á ser mera fórmula, y por ella supo el Sumo Pontífice lo que sin consultarle se habia determinado. Despójasele por completo de su jurisdiccion, y Francia que debe á Roma su fe y sus obispos, la Francia constitucional se aparta de la Iglesia matriz y rompe todos los lazos con el centro de la unidad católica.

Nacida de la alianza establecida de antiguo entre jansenistas y galicanos seglares, tenia esa constitucion la eternidad en su favor, pues no faltaba en ella el «para siempre» que es de rigor en las constituciones más efímeras; y aunque herida desde su nacimiento de ceguedad legal y de religioso anatema, aunque no ignoraba que así era enemiga de la Iglesia como de la reflexion, ello es que ponia en manos de los revolucionarios lo que con tanto afan habian deseado. Desde aquel momento tenian expedito el medio para deshonrar al clero frances obligándole á prestar juramento á tan palpable violacion de las leyes eclesiásticas, ó de dispersarle y reducirle á la miseria en caso de escuchar y obedecer la voz de su conciencia.

Acercábase la hora del peligro, y la inmensa mayoría del episcopado y del clero se mostró firme y animosa. La arrogante violencia de los «clubs» que arrojaban blasfemias y amenazas de muerte no intimidó á obispos ni á presbíteros, y con indignacion elocuente negáronse todos á hacer el juramento que el cisma les exigia (1). Colocados en la alternativa del perjurio ó del destierro de sus diócesis y parroquias, quedó el sacrificio consumado y destruida la iglesia de Francia en su esencia y en su forma.

Sin pérdida de momento puso la impiedad manos á la obra y creó nuevos obispos: el pueblo de la revolucion los eligió, y consagrólos Cárlos Mauricio Tayllerand de Perigord. Más de lo necesario era esto para hacer la desgracia de aquel horrible conjunto de traiciones y vicios.

La infame minoría se apartaba de Dios, como si de pronto el brazo del Señor se hubiese acortado, dejando de ser salvador y sus oídos se hubiesen hecho sordos para dejar de oir. La constitucion del clero conferia á sus obispos

caso de necesidad los hallarian en el teatro, y por lo mismo envióse allí un recado. Entónçes un actor encargado de dar el aviso se adelantó hasta el borde del escenario, y dijo: «Se avisa á los señores electores aquí presentes que les están aguardando en la catedral para proceder á segunda votacion y nombrar un sucesor de los apóstoles.»

(1) Al salir de la sesion del dia 4 de enero de 1791 en que el clero negóse á prestar el juramento con noble entereza, dijo Mirabeau: «A fe mia que si el provecho es para nosotros preciso es confesar que queda para ellos la honra.»

Digitized by Google

y presbíteros virtudes cívicas á trueque de sus sacerdotales deberes, y aun no habian trascurrido dos años desde su promulgacion, cuando obispos y presbíteros hallábanse ya bajo el yugo de la apostasía ó del concubinato municipal. Los perdonados por la guillotina se arrepintieron más tarde ó quisieron mantenerse en la Iglesia como piedra de tropiezo y escándalo; y como todo ello ha sido perfectamente comprendido en todas ocasiones por la idea revolucionaria, no es maravilla que los escritores liberales hayan salido fiadores de la inmaculada ortodoxía de aquel cisma en gérmen, cuyos solos engendros fueron la mofa y el escarnio.

En su «Historia de la revolucion francesa» y en la «del consulado y del imperio,» M. Thiers, que á lo mejor da una leccion de táctica al emperador Napoleon, muéstrase en sus ratos de ocio más teólogo que el Papa. El Sumo Pontífice y la Iglesia dijeron su sentir sobre un punto que, aun ántes de la decision, habia sido ya resuelto por el desden con que recibió el pueblo á los intrusos; mas ello es verdad que pueblo, Iglesia y Pontífice anduvieron equivocados á lo que nos explica el indicado escritor. «Al reformar los abusos, dice, la asamblea no entraba indebidamente en el terreno de las doctrinas eclesiásticas ni de la autoridad pontificia, pues la division de diócesis habia pertenecido siempre á la potestad temporal. Su objeto era establecer una division nueva y someter como en otro tiempo á obispos y párrocos á la eleccion popular, en lo cual tampoco usaba sino de autoridad temporal, pues los dignatarios eclesiásticos eran elegidos por el rey é instituidos por el Papa. El proyecto conocido con el nombre de «constitucion civil del clero» atrajo sobre la asamblea más calumnias que cuanto habia hecho ántes, y esto no obstante era obra de los más devotos y piadosos diputados, como eran Camus y otros jansenistas que, deseosos de afirmar la religion en el estado, procuraron ponerla en armonía con las nuevas leyes, porque habria sido en efecto cosa singular que, restablecida la justicia en todas partes, no lo hubiese sido en la administracion eclesiástica. A no ser Camus y algunos otros ha de tenerse por cierto que los miembros de la asamblea, educados en la escuela de los filósofos, habrian tratado al cristianismo al igual de las demas religiones admitidas en el estado sin ocuparse en él poco ni mucho; mas planteado el problema, mostráronse dóciles á sentimientos que á tenor de nuestras nuevas costumbres no es del caso contrastar ni aun no participando de ello, y así se explica como apoyaron el proyecto religioso y sinceramente cristiano de Camus. Y sin embargo el clero, diciendo ser aquello una usurpacion de la autoridad espiritual del Papa, se levantó y apeló á Roma, sin que esto impidiera que las principales bases del proyecto fuesen adoptadas y en seguida presentadas al rey. Pidió este algun tiempo para consultar al Sumo Pontífice; mas conociendo desde el primer momento su ilustrada religiosidad lo acertado del plan, escribió al Papa con el sincero deseo de obtener su consentimiento y destruir con él las objeciones del clero. En breve explicarémos las intrigas que habian de impedir la realizacion de sus deseos (1).»

(1) *Hist. de la revolucion francesa*, t. I, p. 232.

Digitized by Google

Intrigas y malas artes, hé aquí lo que fatalmente domina á los soberanos á quienes la voz de su conciencia ó el temor de futuras calamidades detienen en la pendiente funesta de las concesiones. Con generosidad nunca bien ponderada se les conceden como de limosna rectas intenciones, pero se les declara poseidos y convictos de ineptitud moral ó de flaqueza: es desgracia suya que tengan todos una córte que avasalla su voluntad ó una camarilla que los pierde.

De derecho confiérese á sí misma la revolucion el monopolio del mentir, y hace bien en evocar historiadores que, como M. Thiers, ven en ello «un ardid más ingenioso que culpable;» mas sólo á los suyos consiente que amnistien las bajezas y tomen bajo la proteccion de su pluma las perfidias de que puede aprovecharse. La Santa Sede condena la constitucion civil del clero; el clero de Francia la rechaza como atentatoria á la autoridad é infalibilidad de la Cátedra apostólica, y M. Thiers declara que están todos en error, siendo así que un hombre que tuvo en la obra de la constitucion gran parte, uno de los obispos por ella instituidos, el presbítero Gregoire, es mucho ménos absoluto en sus palabras que el panegirista á todo trance de la revolucion, y dice: «Preciso es convenir en que de ella (la constitucion) no sale muy favorecida la autoridad del Papa (1).»

Gregoire, hombre de vasta erudicion eclesiástica, cuyo entendimiento era una biblioteca confusa y revuelta, y el estilo un continuo paréntesis, no manifiesta el menor remordimiento; habíase hecho una conciencia peculiar y profesaba una especie de catolicismo degenerado, galicano, si se quiere, pero independiente de la Iglesia; en la mente tenia algo semejante al pontificado civil que debia soñar despues Gioberti, y esto no obstante ve lo que ve todo el mundo, excepto M. Thiers. Añadamos, empero, para ser justos, que trascurridos veinticinco años el escritor del liberalismo, al despuntarle el juicio con las primeras canas, no se muestra de mucho tan explícito, y en su « Historia del consulado y del imperio » se acerca más á la opinion de Gregoire que á la suya propia. Aunque se contradice, no por esto se retracta aun, sino que se expresa en los siguientes términos: «Era sin duda la religion una de las cosas respecto de las que habia pasado la revolucion los justos y razonables límites. En parte alguna habia tanto qué reparar (2).»

Y en la página siguiente añade: «Impulsada por la aficion á la regularidad tan propia de los reformadores, la asamblea constituyente asimiló sin vacilar la administracion de la Iglesia á la del estado; existiendo diócesis muy extensas y diócesis muy reducidas, quiso que la division eclesiástica fuese la misma que la administrativa, y creó una diócesis por departamento. Electivos como hiciera los cargos civiles y judiciales, dispuso que lo fuesen tambien los eclesiásticos, y esta disposicion le parecia ser restablecimiento de los tiempos de la primitiva Iglesia en que eran los obispos elegidos por los fieles. Con el mismo golpe anonadó la institucion canónica, esto es, la confirmacion de los

(1) *Legitimidad del juramento cívico*, por Enrique Gregoire, p. 25.
(2) *Hist. del consulado y del imperio*, t. III, p. 196.


Digitized by Google

obispos por el Papa, y con todas esas reglas y medidas compuso lo que recibió el nombre de constitucion civil del clero. Los hombres que así obraron estaban animados de muy piadosos propósitos; eran verdaderos creyentes, fervorosos jansenistas; pero de inteligencia reducida y mezquina, endurecida en teológicas contiendas, eran poco á propósito y hasta peligrosos para intervenir en asuntos humanos. Como complemento de errores exigieron que el clero frances prestase juramento á la constitucion civil, y es evidente que esto equivalia á engendrar un caso de conciencia para los sacerdotes sinceros y un pretexto para los sacerdotes malévolos: era, en una palabra, abrir el camino á un cisma.»

Tenemos, pues, que « el proyecto religioso y sinceramente cristiano de Camus, » el proyecto de que hace M. Thiers tan halagüeña pintura en su « Historia de la revolucion », abre el camino nada ménos que al cisma, á creer al autor «del consulado y del imperio. » Y como el cisma es la unidad de la Iglesia combatida, la paz de las conciencias y el reposo de las naciones alterado; como es la guerra intestina dentro del redil, tenemos que Roma, que ha de dar á todos proteccion y enseñanza, estuvo en su derecho y en su obligacion al defenderse. Al hacerlo así fue amparo de la justicia y la verdad, dió con su consagracion nuevas fuerzas y valor nuevo á los pechos animosos, y esto es precisamente lo que la revolucion en sus intermitencias y altibajos está interesada en impedir y lo que siempre ha condenado en nombre de un Dios de amor y paz.

Y de ahí que ella, nacida, á lo que asegura, para ser cordero, se vea obligada á ser hiena: el fanatismo, la intolerancia y la calumnia truecan sus virtuosos y pacíficos instintos, sus bellos sentimientos en horrendos delitos, cuya excusa encuentra en la apoteósis del patriotismo por los peligros exaltado. Deseosa de trastornar las leyes, la propiedad, la familia y hasta los antiguos nombres de las provincias, derríbalo, escarnécelo y destrózalo todo; agitándose siempre, así urde subterráneas conjuraciones como organiza insurrecciones á la luz del medio dia, así apela á las armas como despierta los más bajos instintos; la guerra extranjera no le espanta, ni tampoco la detiene la idea de la guerra civil.

Y conseguido su objeto, á la más pequeña resistencia que encuentra en reyes y pueblos, á querer unos y otros sacudir el férreo yugo que impone á todas las frentes un despotismo brutal, entónces invoca la revolucion los derechos de la humanidad, ó con palabras de hiel y de amenaza maldice á los que, seguidores de sus preceptos, se levantan á su vez contra el principio de insurreccion. Para ella es este un deber, un deber santo; para los demas un crímen de bandoleros. Nada podia contener su ira cuando ántes la justicia heria de tiempo en tiempo á sus hijos más audaces y perdidos, y ahora festeja, celebra y se envanece derramando la sangre de los ciudadanos que rechazan sus teorías; ella que abusó de la libertad de hablar, de la libertad de conspirar y de la libertad de escribir, niega á los demas la facultad de usar de tales privilegios; y ella, en fin, que ha vivido y vivirá siempre en medio de la oposicion más encarnizada y ciega, se sorprende y enfurece al

Digitized by Google

ver que sus frases de miel no son comprendidas y causan espanto á los hombres de bien.

Deliberadamente inícua la revolucion, en el platillo de su balanza pesa siempre más la sangre de un reo que la de los justos todos, é invoca la legalidad hasta el instante en que le interesa conculcarla. Su deseo, dice, era permanecer oficialmente católica y cristiana; pero impúlsanla y oblíganla á esgrimir primero como arma un cisma legal, y á pasar despues sin transicion al ateismo en las leyes y costumbres; y ese tema, desenvuelto con acertada hipocresía, es aun ahora parte integrante de las efemérides democráticas, y será para siempre el código de los que no quieren mas ley que el evangelio de la incredulidad. El portentoso y vacío y desacreditado concepto es aun la base de todos los raciocinios, de todas las protestas.

Porque importa no olvidar y conviene poner siempre y en todas partes al lado de la tolerancia, del progreso y de la fraternidad prometida, la brutalidad en el fanatismo, el delirio en la barbarie que se desencadena loco y furioso luego que la nacion abjura sus preocupaciones y ajusta sus pasos á la « marcha » del siglo. Apénas existe historia escrita ó hablada en que no veamos lágrimas de encargo é hipócritas dolores al pintar á los pueblos las guerras religiosas y al querer inspirarles santo horror por los excesos cometidos en nombre de la fe: la revocacion del edicto de Nántes, las «dragonadas,» los misioneros con botas de montar de los Cevénas, la apócrifa persecucion de Galileo, la historia de Calas, arreglada por Voltaire para el uso de la indiferencia filosófica, son, junto con la inquisicion española y la noche de san Bartolomé, un cuadro al que nadie deja de añadir el adorno de inagotables declamaciones. Autores hay muy católicos que, faltos de ánimo para hacer justicia, no se han atrevido á entrar con decision en semejante tésis, y para no comprometer demasiado su popularidad de deshecho han querido tambien ellos tirar su piedrecita á los actos políticos de Luis XIV y á la prevision religiosa de Felipe II. Pocos, muy pocos escritores de nuestros dias se han atrevido á decir como Federico Ancillon en sus «Estudios»: «Lo único que no desdice de la majestad de la historia, lo único que la hace digna de su magistratura necesaria y santa, es juzgar las acciones en sí mismas y sujetarlas siempre á la piedra de toque de los eternos principios de lo justo. »

Ancillon, aunque protestante, hablaba en esos términos y ajustaba á ellos su conducta. Los medrosos y los revolucionarios no abrigarán jamas semejantes escrúpulos: para ellos el fundamento de la justicia no será nunca la verdad.

Su elocuencia, salpicada de inofensivas interjecciones y de turbadas reticencias, nos inspira muy poca admiracion, tan poca como es posible. Mas ¿ nos privará esto, á nosotros que sólo queremos seguir las sendas del buen sentido y la verdad, de dirigir dos ó tres sencillas preguntas á los asentistas de opinion pública ?

Decis que el Sacerdocio y el imperio hicieron mal en mostrarse severos con los albigenses, los husitas, los anabaptistas, los valdenses, los camisardos y cuantos se apartaron de la unidad; el «Compelle intrare» que sir-

Digitized by Google

vió de tema á tantos y tan bellos discursos y derramó sobre el mundo tantos raudales de tinta filantrópica, era violacion de las leyes divinas, ultraje á la conciencia: así lo atestiguan la historia, la novela, el drama y el romance; y la frase estereotipada en cuantos catecismos ha engendrado la incredulidad y en todos los periódicos humanitarios, aquella frase que el teatro y la academia emplean á modo de puñal para descargar el último golpe; aquellas palabras de: « ¡Oh Jesucristo, y qué de crímenes en tu nombre se cometen! » resuenan todavía en figones y presidios, donde los obreros de la religion nueva emplean sus ratos de ocio en formarse un Dios ajustado á su ruin entendimiento. No lo condenamos; mas ¿por qué vuestra indignacion recae exclusivamente en Pontífices y reyes? ¿Por qué no habeis de lanzar nunca, como Tácito, ni uno solo de aquellos rayos de justicia distributiva, veloces y terribles que arrojan espantosa claridad en los abismos del corazon humano?

¿Por ventura los que inventaron y forjaron la constitucion civil del clero pueden ser para vosotros apóstoles de tolerancia? ¿Acaso no procuraron ellos tambien por toda clase de amenazas y torturas amordazar el espíritu público y comprimir las piadosas resistencias? ¿Quién no los ha visto adular á una generacion instruida en la ignorancia y fomentar los delirios del entendimiento, procediendo, por medio de la más bárbara entre las inquisiciones todas, á la apoteósis de la paradoja social y del oprobio hecho dios? ¿Por ventura no dijeron y no están acreditando cada dia que para alcanzar la soberanía del fin pueden atreverse á todo contra todos?

Con ahinco descubris y condenais el fanatismo de los tiempos pasados; en nombre de vuestros inmortales principios de 1789, prenda, á lo que decis, de libertad religiosa y política y de igualdad civil, le habeis declarado guerra sin tregua ni cuartel; pero ¿cómo no veis, cómo no contais los delitos de toda índole, las persecuciones de toda clase de que fueron causa ó pretexto esos principios inmortales?

Derramar histórico llanto por infortunios que datan de muchos siglos es bello y cómodo, y más cómodo aun mover la compasion de generaciones nacientes por calamidades muchas veces imaginarias ó exageradas; pero ¿por qué guardar silencio acerca de catástrofes de que hemos sido todos testigos, y cuyas víctimas es fácil seguir aun por el reguero de su sangre?

El « Compelle intrare » es un atentado á la dignidad del hombre y del ciudadano: sea así; pero ¿qué pensar de una asamblea nacional que exige un juramento que la conciencia resiste? ¿Qué diréis de esas autoridades improvisadas que con el sable en la mano y la blasfemia en los labios imponíanlo á obispos, á presbíteros y á religiosas bajo pena de morir entre los tormentos del hambre ó del destierro? ¿Qué página de vuestras historias ó novelas contiene el relato de unas persecuciones que se extendieron desde el palacio hasta la choza, y subieron desde la más humilde parroquia hasta el suntuoso episcopal palacio? ¿Dónde ni cuándo habeis visto con indignacion esos delitos y exclamado con Tito Livio: «Crudelitatem damnatis, in crudelitatem ruitis,» condenais la crueldad y vosotros mismos sois crueles?

En las provincias de la antigua Francia, y especialmente en aquellas que



gozaron de la dicha de no tener jansenistas por caudillos espirituales, viven pueblos laboriosos, fieles y tranquilos; la fe de sus mayores es para ellos consuelo y esperanza; creen en Dios, creen en la supremacía infalible del Papa, respetan y veneran á su obispo, y quieren, más que esto, adoran á su párroco, cuya voz y cuya caridad son compendio de la Iglesia. Su virtuoso instinto ve con recelo el cúmulo de derechos con que la constitucion los agobia, pues aunque ni siquiera han oido nombrar á Maquiavelo, como él saben «que los hombres sólo por fuerza hacen el bien; pero que así que está en su mano y son libres de cometer el mal impunemente llevan á todas partes la confusion y el desórden (1).»

De pronto, á una señal legislativa, ese pueblo ha de renunciar á sus antiguas creencias. La ley humana ha hablado, á la divina toca enmudecer. Con pretexto de ilustrarle es aquel pueblo desmoralizado á pesar suyo, y á pesar suyo tambien se le conduce á la felicidad.

Y esa felicidad consiste en la expulsion á mano armada de cualquiera sacerdote que animoso confiese su fe, y en la llegada de un intruso ó de un blasfemo á quien el desprecio público recibe de antemano como merece, persuadido de que sus costumbres no desmentirán la voz del pueblo. Los incrédulos, que jamas habian puesto la planta en una iglesia, atraviesan al fin sus umbrales en pos del sacerdote constitucional; pero en aquellas bóvedas reina sepulcral silencio, pues la grey ha seguido á su pastor verdadero á los valles ó á las selvas.

Con su constancia protesta la muchedumbre contra innovaciones que le repugnan, y esa muchedumbre, que es el verdadero pueblo, el pueblo que trabaja, pelea, reza y obedece, es puesta fuera de la ley y declarada incapaz para gobernarse á sí misma. Hásela librado de un yugo que muy poco le pesaba, y domínanla tutores constitucionales quienes por medio de esclavitud durísima van á enseñarle la felicidad de ser libre. Por todos los ángulos de Francia ha dicho y repetido aquellas palabras del Evangelio: «El que no entra por la puerta del redil, sino que sube á él por otro camino, es un ladron;» y aunque esas palabras son oidas y entendidas, el ladron no se detiene y prorumpe en maldiciones contra las ovejas que huyen de él y no conocen la voz del forastero.

El degüello de los sacerdotes fieles ha comenzado ya; el matrimonio de los blasfemos se celebra en la iglesia parroquial trasformada en templo de la razon, y los que no asisten á esas fiestas dos veces nacionales son declarados sospechosos. Contra ellos se emplean la deportacion, el cadalso, las aguas de los rios, la fuerza en todos sus aspectos; niños y ancianos no merecen mas respeto que las pobres mujeres, y en tanto el fanatismo humanitario, llenas las manos de beneficios corruptores, predica el progreso social y declara guerra al pensamiento y á las convicciones. Afanoso porque nada quede en pié, destroza ó mutila cuanto encuentra, y dejando á los lobos en sosiego organiza en ciudades y aldeas grandes cacerías contra sacerdotes. Susti-

(1) Maquiavelo, *Discurso sobre Tito Livio*, 1. I.

Digitized by Google

tuido el Calvario por un árbol de la libertad, dispone que su plebe de hermanos y amigos lo acaten y reverencien, así como que adoren á una ramera que por ser tal será diosa de la razon y la licencia. No poseia aquella plebe bastante dinero para tener vicios, y por esto le enseña la revolucion los rudimentos del crímen.

Todo ello ha sucedido, pero no todo ello se ha dicho, ó á lo ménos todo ha encontrado una excusa nacional en la complacencia de la historia, la cual, para no desvanecer su admiracion de encargo ni arrebatar la auréola que rodea á sus héroes de convencion, pasa á pié juntillas y con los ojos cerrados por encima de los monstruosos atentados; finge no saberlos, ó á lo más los palia y disculpa, y esto cuando no les da su aprobacion fundada en la suprema ley de la necesidad, última razon de los tiranos.

Es una desgracia que la historia merezca con tanta frecuencia el cargo de falso testimonio. Su patrocinio guarece á aquellos seres privilegiados de la sedicion en todos sus grados que hicieron del cadalso un escabel y torturaron las creencias para doblegarlas; sus elogios forman siempre el amparo de los Erostratos de baja ralea, terroristas conservados en alcohol, feroces amantes de la igualdad dispuestos siempre á adquirir una fútil distincion á costa de todos los delitos. No se avergüenza la historia de aceptar y enaltecer tales bajezas, y si ha acusado y acusará aun por largo tiempo á santo Domingo y Torquemada, á Felipe II y Luis XIV, á la «sangrienta» María Tudor y Pio V, al clero de todas las edades y á la magistratura de todos los pueblos, no temais que balbucie sino á pesar suyo una palabra de censura contra los innúmeros excesos de la revolucion. Para ella no son estos sino rarísimos y muy inocentes errores, y en sus horas de sosiego no dejara entre dos motines de consagrar las flores de su retórica á probarnos que el fin justifica los medios.

Tenemos, pues, que la revolucion fue provocada y que se limitó á parar los golpes que se le dirigieron (1); su intento era realizar á su modo pacífica

(1) En los dias 2 y 3 de setiembre de 1792 ensangrentó las calles de Paris la matanza de los obispos, presbíteros y prisioneros encerrados en la Abadía, en el Cármen y otros lugares. Tres dias despues, el 6, el consejo general del municipio de Nántes dió el siguiente decreto firmado por los ciudadanos Joyau, Aimé, Payen, Donnet, Dufrexou, Gandon, Robineau, Halgan y Tourneux, decreto que, último simulacro de humanidad, resucita en grande las órdenes reservadas de prision ó destierro, deja sin color todas las imaginables revocaciones del edicto de Nántes, y es preludio de los ahogamientos:

«Considerando que los peligros que á la patria amenazan y los males á que está hoy expuesta son efecto y consecuencia en gran parte de las criminales maquinaciones de los sacerdotes no juramentados; que no cabe duda de que esos hombres han jurado la ruina de su patria, y que no es posible que consideracion alguna les reconcilie con la causa de la libertad é igualdad;

«Considerando que todos los buenos ciudadanos desean y solicitan hace mucho tiempo que sean expulsados del reino como único medio para restablecer la paz interior;

«Considerando que su expulsion se habria verificado hace ya muchos meses si los deseos de los representantes de la nacion no estuviesen reprimidos por la pérfida autoridad encargada de la sancion y ejecucion de las leyes;

«Considerando que el pueblo aguarda con impaciencia el cumplimiento de la ley; que, justamente indignado por los males que sobre su cabeza acumula la maléfica canalla, arde en deseos de verse libre de ella, y que la menor dilacion podria impulsarle á tomarse por sí la justicia como ha sucedido en Paris y en otros puntos,


Digitized by Google

y constitucionalmente la felicidad de la Iglesia, de la monarquía y del pueblo; pero Iglesia, monarquía y pueblo no supieron comprenderla, y esta será eternamente culpa suya, y culpa inmensa. Delante de una minoría siempre facciosa, aunque sin cesar invocando el deseo unánime organizado como vasta conjuracion, la revolucion se encontró en la dura alternativa de sucumbir ó llamar en su auxilio una potestad tenebrosa aun no conocida, y lo hizo contando como elementos y fuerza atractiva con cuanto en el universo era rebelde y ocupaba un puesto que no era el suyo.

El perjurio y la licencia, el egoismo y la codicia, la pereza y el orgullo la acorrieron y se dieron cita junto á ella, aquí bajo la forma de oradores populares, allá bajo la «carmañola» de patriotas descamisados. De las cuatro partes del mundo acudió una turba de vagabundos, poetas sin nombre, abogados ambiciosos, mujeres perdidas, expósitos, tribunos venales, eméritos quebrados, mercaderes, presidarios fugados, sórdidos filántropos, impuros periodistas, comediantes silbados, tontos entusiastas por el progreso, porteros delatores, nobles envilecidos, militares traidores, sacerdotes desleales, parásitos especuladores, intrigantes necesitados, arruinados cosmopolitas, jóvenes calaveras y doncellas madres que compusieron una Francia especial y cuyas almas emponzoñó la demagogia al propio tiempo que enaltecia y glorificaba sus vicios.

Los disertantes de ateneo ó academia, los poetas líricos de callejuela ó mostrador, los predicadores de frustráneos evangelios y los turiferarios del hecho consumado ó del gobierno civil, republicanos bajo la monarquía y comunistas bajo la república, han sentido por esa especie de Francia un entusiasmo de explicacion muy fácil. Si legitiman sus excesos, si se prosternan y doblan la frente hasta el suelo al contemplar su maldad, es que abrigan la esperanza de recoger y monopolizar sus frutos. Por esto la constitucion civil del clero y las leyes todas revolucionarias encuentran admiradores ó apologistas en la historia pergeñada para satisfacer pasiones, intereses ó utopias.

El Papa y el Sacro-Colegio habian estudiado con ansiedad creciente las distintas fases de la revolucion. En Roma, más que en otra parte alguna, sá-

«Por todos los expresados motivos,

«El consejo de departamento, deliberando en presencia de los consejos generales del distrito y municipio de Nántes, despues de oir al procurador general síndico, ha ordenado y ordena lo siguiente:

«Art. 1.º Desde el dia de mañana los comisarios de las tres administraciones se dirigirán al seminario y castillo de Nántes, donde se hallan detenidos los sacerdotes ó eclesiásticos no juramentados de este departamento que allí han ido de buen grado ó conducidos por la fuerza armada, y les notificarán la ley de 26 de agosto que dispone su extrañamiento del reino, intimándoles que se preparen á salir de él dentro del plazo por dicha ley señalado.

«Art. 2.º Los comisarios manifestarán á dichos eclesiásticos que los administradores desean observar para con ellos los términos literales del decreto de 26 de agosto; pero que la fermentacion de los ánimos ha llegado á tal punto que cometerian una imprudencia emprendiendo el viaje por el interior, siendo la via marítima la que mayor seguridad les ofrece de llegar al punto donde quieran fijar su domicilio.

«Art. 3.º Los comisarios manifestarán á dichos eclesiásticos que sólo tienen veinticuatro horas para decidirse, pasadas las cuales habrán de expresar su resolucion; les dirán que el tiempo es precioso y que una mayor dilacion podria serles funesta.»

Digitized by Google

bese ser propio de las sociedades é imperios agonizantes no prever nada, ni siquiera su fin; la ignorancia de lo pasado echa un velo sobre lo futuro, y aun que no existia aquel para Pio VI, aunque veia claro el Pontífice que la nacion francesa corria al abismo, su alma permaneció firme y tranquila en medio de aquel desordenado movimiento de los corazones y de las inteligencias entre las febriles agitaciones de la lucha y del dolor. Su frente quedó pura y serena cual las sosegadas horas de otoño en que el sol llega al ocaso, y como cada suceso de los muchos que acaecian llevaba consigo mayor tristeza y mayor luto, comprendió estarle impuesta circunspeccion grandísima. Roma se condenó, pues, por algun tiempo al silencio para dar á las pasiones tiempo de calmarse, y cuando consideró llegada la hora de romperlo, Pio VI, en 29 de marzo de 1790, habló al Sacro-Colegio, reunido en consistorio secreto. Díjole las aflicciones que caian sobre la iglesia de Francia, y añadió:

« Al saber tales cosas ¿cómo hemos podido sufrir tantos males sin levantar nuestra voz apostólica contra los funestos decretos por los cuales se intenta destruir la religion, y (harto lo vemos) romper todos los lazos entre la Santa Sede y el reino de Francia? ¿ Serán reprobacion de nuestro silencio aquellas palabras de Isaías cuando dijo: « Infeliz de mí que me he callado? » Mas ¿ cómo, en qué términos habíamos de expresarnos? ¿á quien habíamos de dirigirnos? A los obispos; pero ¿acaso no se ven estos despojados de toda autoridad, abismados en el terror y obligados en su mayor parte á abandonar sus sedes? Al clero; pero ¿no le veis disperso, humillado, sin posibilidad de reunirse? Y el rey cristianísimo ¿ no está tambien despojado de su real poderío, avasallado por los estados generales y obligado á sancionar sus decretos todos? Casi toda la nacion, alucinada por la sombra de una libertad vana, obedece como esclava á aquella asamblea de filósofos que se denuestan y atacan entre sí como perros rabiosos, y olvida que, segun enseña san Agustin, en la doctrina de Cristo descansa principalmente la salud de los imperios, siendo la mejor prenda de su felicidad la obediencia al rey, resultado del entero consentimiento de los súbditos. En efecto, los reyes son los representantes de Dios para hacer bien, son los hijos y sostenes de la Iglesia, y es deber suyo amarla como madre y defender sus derechos y su causa.

« Bien sabemos que á Nos toca el importante encargo de hablar, advertir y exhortar; mas estamos convencidos de que nuestra voz habia de llegar en balde á los oídos de un pueblo extraviado, cuyas turbas, soltados los frenos de la licencia, corren desaladas al incendio, al saqueo, al suplicio y á la matanza de los buenos ciudadanos, conculcando las leyes todas de la humanidad. Sabemos tambien cuánto debe temerse irritar aun más á aquella muchedumbre por no impulsarla á más horrendos delitos; y recordamos que san Gregorio Magno nos enseña con gran claridad que no siempre es el silencio impertinente. Examina aquel Pontífice cuándo es tiempo de hablar y cuándo de callar, y luego de hacer la distincion añade: « Conviene estudiar atentamente el momento oportuno en que deben abrirse los labios discretos, y el en que la discrecion debe sellarlos otra vez. » ¿ Quién no sabe que san Atanasio calló y que hasta huyó de Alejandría cuando era


Digitized by Google

aquella ciudad víctima de la ira de los perseguidores? Suyas son aquellas palabras: « No seamos muy arrebatados ni muy temerarios para tentar al Señor. » Así mismo obraron san Gregorio Taumaturgo y san Dionisio de Alejandría, é igual doctrina profesan los más ilustres intérpretes de los sagrados libros.

« Mas no por ello es ménos cierto que no debe ser eterno el silencio de aquel en quien reside obligacion de hablar, y que sólo ha de guardarlo hasta que pueda romperlo sin peligró para sí y para los demas. Así nos lo enseña san Ambrosio cuando dice: « David callaba, no por siempre, sino por un tiempo; no sin interrupcion y con todos indistintamente, mas no respondia al enemigo que le injuriaba y provocaba. En cuanto á Nos, miéntras no pueda nuestra voz ser oida por la nacion francesa, ¿qué nos toca hacer? Dirigirnos á Dios y alzar á él nuestras fervorosas y multiplicadas oraciones.

«En tanto que aquel tiempo llega hemos considerado conveniente dirigiros la presente alocucion para que se sepa que no ignoramos los atentados de que son objeto la religion y los derechos de la Santa Sede, y para declarar que el silencio que hasta aquí hemos guardado no debe atribuirse á negligencia y mucho ménos á aprobacion, sino únicamente á la conviccion que abrigamos de que por algun tiempo es necesario, hasta que otras circunstancias, que confiamos han de estar próximas por la gracia de Dios, nos permitan tomar con utilidad la palabra. »

La moderacion y dignidad de ese lenguaje tienen algo de paternal y solemne si las comparamos con los arrebatos de la anarquía y los ultrajes que esta infiere á la Iglesia. Diríase que Pio VI ha leido en lo por venir, que tiene presciencia de los infortunios que le aguardan, y mártir dispuesto ya para el sacrificio comunica á sus escritos un acento de inimitable resignacion; su estilo corre suave como las aguas de un manso rio. Cuantos le precedieron en el trono pontificio, cuantos en él le seguirán tuvieron y tendrán todos la esperanza de que no son sus combates estériles, y esta esperanza, ó por mejor decir certeza, no ha de engañarles, así como no ha de abandonar á Pio VI. Este, empero, predilecto de la afliccion, tenia que expiar como Luis XVI funestas flaquezas ó depravaciones que no eran suyas, y se resignaba á la pena sin haber incurrido en culpa; víctima expiatoria poseida de abnegacion peleaba para que no se acusara á Roma de inercia ó de cansancio: «Nec terremus, nec timemus,» decia san Ambrosio, fuerte al par que suave en su mansedumbre. No es nuestro ánimo causar miedo á nadie, repetia Pio VI, pero ello es verdad que Nos no lo tenemos; y su serenidad elevada y digna era de estas palabras elocuente comentario.

En las espinosas circunstancias en que el rey estaba colocado, entre su deber religioso, del cual no queria apartarse, y los nuevos principios políticos que sobre él pesaban, Luis XVI necesitaba de un guia y un amigo; el anciano pontífice era quien sostenia al monarca mozo y quien le inspiraba el valor de la resignacion, ya que un sentimiento de misericordia incomprensible hacia olvidar á Luis XVI que no sin motivo ciñen espada los caudillos de las naciones. Frente á frente con la constitucion cuyos vicios conocia y á cuya

Digitized by Google

sancion se le obligaba por toda clase de torturas morales, el rey dudaba y retrocedia. El episcopado frances, unido por el comun peligro, habia subido á la brecha y con vigor peleaba en defensa de la unidad cristiana; y aunque Luis XVI admiraba su generoso esfuerzo, impulsábale su natural timidez á buscar consejos y direccion en autoridad más alta, y esperaba que Roma se decidiese en la contienda. Pio VI habló al fin, mas su breve (1) no llegó jamas hasta el monarca: pérfidos lo interceptaron para dejar al rey bregando con su conciencia religiosa y sus incertidumbres políticas.

Hostigado por el motin, agotadas sus fuerzas en interiores luchas, vendido por unos, calumniado por otros, y sin mas alivio que el de la oracion en tan repetidas tribulaciones, Luis XVI puso su firma en aquel papel con la esperanza de conjurar grandes desgracias, pues nunca príncipe alguno se ha mostrado más ajeno que él á la idea de que es la entereza llave salvadora en los asuntos humanos. Con ansia esperábase ese momento para soltar todos los frenos á los constitucionales; Pio VI habia encendido con su celo el de los pastores de almas arrancados con violencia de la grey á su custodia confiada; con sus breves, con sus cartas, y más que todo con su ejemplo alienta, vigoriza y excita á la multitud de obispos y sacerdotes fieles hasta la muerte, y obispos y sacerdotes van á padecerla alabando á Dios y saludando con su mirada postrera al Pontífice supremo.

En la dispensacion de los tesoros celestes no olvida Pio VI que aun entre los Atanasios del clero frances existen ovejas que desoyen la voz del pastor, y al tiempo que hace relampaguear sobre su cabeza el acero de las espirituales censuras, cuida de graduar las penas á las culpas. Aun en la amenaza su caridad no deja de ser mansa, paternal y paciente: á los unos enumera las ardientes ascuas que amontonan sobre sus conciencias el sacrilegio y la nulidad de los actos de jurisdiccion por ellos ejercida, y anuncia á los otros su próxima ruina. Mas no es esta vez de cuarenta dias el plazo señalado; Pio VI triplica la longanimidad del profeta, y aun espirado que sea el tiempo no comenzará todavía el castigo, porque «entónces, exclama el Pontífice, quedarémos agobiados de dolor, y entre llanto y sollozos sentirémos secarse nuestras entrañas y como si arrancasen nuestros propios miembros uno á uno (2).»

Aquel á quien Bossuet en su admirable «Sermon sobre la unidad» llama con justicia «norma del habla y de las acciones» habia alzado la voz desde la Cátedra de Pedro, y obispos y presbíteros de la iglesia de Francia, midiendo la profundidad del abismo á que los empujaran el jansenismo y galicanismo inclinan sus cabezas ante la columna viva de la fe cuyos oráculos son recogidos como maná del cielo. Llámaseles para consumar su propia deshonra, para prestar juramento á la constitucion civil del clero bajo pena de morir de hambre, pues el salario concedido es precio del perjurio, y en tan dura alternativa no vacilan: de un confin de Francia á otro confin el clero se le-

(1) El breve lleva la fecha de 22 de setiembre de 1790.
(2) Breve de 19 de marzo de 1792.

Digitized by Google

vanta y niega su obediencia á leyes que menoscaban su honra y atentan contra la existencia indeficiente de la Sede apostólica.

Ábrese para los mártires la arena, y á ella se precipitan en tropel entonando himnos de victoria.

Aviñon y el condado Venesino eran propiedad del Sumo Pontífice; la revolucion se apodera de ellos y en el mismo momento Jourdan Corta-Cabezas se presenta en el umbral de la Glacière, é inaugura en territorio pontificio los asesinatos y matanzas que harán hasta la consumacion de los siglos llorar hasta el papel en que estén escritos.

Ni sombra existe ya de resistencia armada, de trono ni de autoridades intermedias. Los parlamentos, borrados con una plumada de la lista de los cuerpos constituidos, no existen ni para memoria; la magistratura, que tanto hizo en pro de la revolucion, es destruida por la revolucion misma; el Sacerdocio que la combatió gime desterrado ó cautivo, y sólo hacen sus veces algunos traidores ó tímidos culpados que siguen con tardío paso el camino de las concesiones, esperando que nacionalmente se les condene á la abjuracion y al matrimonio. Obispos y sacerdotes relapsos, de quienes el buen sentido y la fe del pueblo se burlan y apiadan, divagan como almas en pena por los templos solitarios; despues de haber desobedecido á la Iglesia, vense condenados por la reprobacion universal.

Apénas pueden reunir al rededor suyo á unos pocos indiferentes. Cuanto constituyó la fuerza del galicanismo seglar, cuanto sirvió para formar el partido jansenista encuéntrase en las filas de aquellos eclesiásticos: ya son padres del Oratorio como Poiret que se apoderan, por derecho de conquista, de las principales parroquias de Paris; ya otros padres tambien de San Felipe Neri que, como Daunou, Ysabeau y Fouché, tienen participacion en todos los delitos. En su resistencia á la Iglesia los padres del Oratorio tuvieron por aliados á los doctrinarios y genovevianos, é igualmente los tuvieron por cómplices en su abjuracion sacerdotal.

Para restablecer los cánones antiguos y la primitiva disciplina, obispos y párrocos son nombrados por el pueblo á pluralidad de votos; y en tanto aquel pueblo especial, educado y acostumbrado al asesinato, va hundiéndose insensiblemente en la muerte como viejo decrépito y caduco. Con gran solemnidad toma posesion del oprobio, y no disculpando, ó mejor, no honrando mas que sus propios excesos, no tolera sino sus pasiones, sólo responde á la voz de su encono. Es ya ciudadano, es ya elector, y tambien delator en su seccion, lo mismo que será en breve jurado del tribunal revolucionario á dos francos diarios, sin distincion de delitos.

La demagogia le dota de un clero que guarda proporcion con él, de un clero que él mismo ha elegido y al que impone sus vicios al tiempo que se apresura á adoptar todos los suyos; de un clero que, herido de escarnio ántes que de anatema, produce igual efecto que una oruga en una rosa. Nada puede para sí ni para los demas; los buenos huyen de él, le desprecian los malos, y gracias si llegado el dia de las celestiales venganzas y de las humanas iras encuentra corazones para compadecerle ó para enseñarle á sacudir el oprobio al pié del patíbulo.

Digitized by Google

El jansenismo, que habia llevado al exceso el principio de su constitucion, vese en breve sobrepujado, y el mismo Camus se indigna por el desden de que es objeto. Comprende al fin que ha corrompido demasiado, y en la persona de algunos de sus capitanes, estremecidos al ver los simulacros de elecciones eclesiásticas en las que sólo tienen voto la incredulidad y la licencia, confiésase vencido y rezagado. Como los girondinos hizo siempre el jansenismo lo contrario de lo que decia, y quizas hasta de lo que queria, á lo ménos en la parte más sana de sus miembros.

Los girondinos profesaban horror al derramamiento de sangre, y pusieron su elocuencia al servicio de los obreros del asesinato.

La libertad era su ídolo, y crearon la tiranía.

El regicidio era para ellos un delito y un yerro, y mataron al rey.

Pintaban en sus discursos la guerra civil como atentado social imperdonable entre todos, y una vez arrollados ó despopularizados decretaron la guerra civil, y ni siquiera supieron sostenerla en las llanuras de Normandía. Marios palabreros, vencidos sin gloria, encontraron sus lagunas de Minturnes en la sima de una desesperacion estéril.

Quejáronse de la injusticia de los hombres y de la ingratitud de las revoluciones; indignáronse al verse proscritos por los malvados adocenados á quienes elevaran al poder, y no vieron que, habiendo sembrado corrupcion, era natural que cogiesen ignominia. Su orgullo de destruccion, necio entre todos, fue causa de su perdicion, y otra vez se realizó aquella sentencia de Montaigne: «Los que imprimen á un estado las primeras sacudidas, dice el autor de los «Ensayos,» son los primeros que en su ruina perecen. El fruto del desórden no es para aquel que lo promueve, y siempre sucede que este agita y enturbia el agua en beneficio de otros pescadores.»

Por dicha quiso la Providencia que lo que era verdad en la época de Montaigne lo fuese como nunca en la de la revolucion francesa, en ese tiempo en que los hombres, como peces, se devoraban entre sí. La revolucion habia consagrado el crímen, y el crímen le devolvió en ignominia cuanto por él hiciera; habíase rodeado de figuras amasadas en cieno, habia dirigido horrible invocacion á las más cruentas pasiones, y las saturnales de la razon, las depravaciones de la inteligencia pusieron en su frente vergonzosa corona. En las expansiones de su fraternidad vinosa se afanaba por plantar en todas partes árboles de la libertad, raquíticos chopos empavesados de cintas que habia que adorar bajo pena de muerte, y cuyas ramas dieron en todas partes guillotinas por único fruto. De la guillotina sí que puede decirse, como del sol, que salió para todo el mundo.

En los inviernos raros por lo rigurosos con que la naturaleza aflige á la humanidad, salen las fieras de sus guaridas y vagan errantes hasta las puertas de las poblaciones para devorar á los transeuntes solitarios: á igual fenómeno fue condenada la sociedad durante el terror de 1793. De pronto vió salir de antros inmundos á seres subrepticiamente bautizados, que sin el horrible sacudimiento habrian quedado para siempre abismados en su oscuridad nativa; la revolucion, tierna madre con gorro frigio, desencadenó aquellas


Digitized by Google

fieras para poder saciarse cada dia con la sangre de sus hijos. Y nadie se resistió, todos obedecieron al tiránico « fuera de la ley, » sumision al verdugo que sólo se explica por la idea de que entónces era preferible en Francia arrostrar una sola muerte á estar temiéndolas todas. Pocos eran los hombres encadenados á la servidumbre, y todos tomaron voluntariamente los grillos: como en el reinado de Tiberio, el terror rompió á la fuerza las relaciones humanas, y cuanto más se encruelecia la saña, más condenada estaba la compasion (1).

. La república, que habia tomado á destajo la obra de la resurreccion y emancipacion de los pueblos, rompia y destruia en efigie y mentalmente las cadenas de las naciones extranjeras, en tanto que llenaba de víctimas el Temple, la Conserjería, el Cármen, la Abadía, el Luxemburgo y los palacios é iglesias todas. Para remozar á los hombres degollábalos; para regenerar á Francia derramaba á raudales la sangre: el hospital general (Hôtel-Dieu) fue llamado Casa de la humanidad; hubo la calle de Marat, la de las Ciudadanas, la de los Desbragados (Sans-Culottes), y la de Lucrecia Vengada; y cuando las iglesias saqueadas no sirvieron para « clubs » ó para depósitos de forraje hiciéronse de ellas templos de la Razon, de la Igualdad, del Himeneo, de la Ancianidad, de la Naturaleza ó del Comercio. Mudáronse los nombres de las ciudades, trastornóse el calendario, y á Francia y á las familias diéronse apodos que fueron á la vez una irrision y un ultraje.

Era aquello avergonzarse de los siglos pasados y de los heróicos varones que en ellos vivieron, y borrar lo que consagraba sus timbres al respeto de la posteridad; era confesar que la gravedad de aquellos inmensos recuerdos agobiaba á una generacion preparada por sus emancipadores para todas las vilezas é ignominias.

Esta Francia infeliz, desheredada del cielo y de la monarquía, fue disfrazada, ora á la griega, ora á la romana; impúsosele como Dios el ateismo y la guillotina como Sumo Pontífice; fue un crímen capital el silencio, la delacion un oficio patrióticamente autorizado, y la ley hizo á todos los franceses sospechosos de ser sospechosos. Las matanzas decretadas en nombre del pueblo fueron calificadas con adverbios pomposísimos, empavesadas con entusiastas adjetivos; vióse que solo un medio se habia inventado para hacer á los hombres iguales, y consistió en cortarles la cabeza para establecer más pronto en una tierra desierta, entre sepulcrales tinieblas, la lúgubre igualdad de la nada.

Como en la época en que, segun enérgica expresion de Isaías, «el soberano Señor de los ejércitos quitó de Jerusalen y de Judá al valiente y al fuerte la fuerza del pan y la fuerza del agua, arrojóse el pueblo con violencia hombre contra hombre y cada uno contra su vecino, y se levantó el mozo contra el viejo, y el plebeyo contra el noble (2). » Los vivos fueron muertos, los muertos desenterrados, y subieron á los púlpitos Ayax de callejon ó de tea-

(1) Tácito, *Annal.*, VI, 19.
(2) *Prophet. Isaiæ*, III.

Digitized by Google

tro, quienes despues de esforzarse en empequeñecer las grandezas terrenas osaron desafiar al mismo Dios. Voltairé y Juan Jacobo habian sido llevados en triunfo al Panteon, y como último extremo de la locura en la anarquía Marat tuvo tambien su apoteósis; Dugazon, Trial, Rousin, Grammont, Collot-d'Herbois, Monvel y otros mil comediantes que en el oficio de histrion aprendieran á ser facciosos, fueron los coribantes de aquellas bacanales impías, y Saint-Just, Robespierre, Carnot y Barére, hilvanadores de versitos de tertulia, filántropos de academia, se complacieron en atravesar en barquilla adornada con cintas y rosas el rio de sangre que hacian correr.

Uno de sus discípulos, que ha llevado hasta el cinismo la pasion de la lógica, no ha vacilado en decir estas palabras: «Para servir á la revolucion se necesita (y sino preguntadlo á los hombres del 93) una conciencia ancha á la que no asusten, si llega el caso, una alianza adúltera, la fe pública violada, las leyes de la humanidad holladas y la constitucion cubierta con un velo (1).»

Sí, todo esto se necesita para que la revolucion pueda con provecho trabajar á su modo en la felicidad de todos y en la regeneracion social; es necesario autorizarla para perpetrar y ensalzar excesos de toda índole; es preciso que le sea permitido levantar montañas de víctimas humanas, teniendo por base y sosten cadáveres despedazados. Ella, que quiere destruir los abusos todos, desvanecer el fanatismo y anonadar la familia por medio del divorcio, no tiene otros pactos que ofrecernos; esas son sus proposiciones: nada puede á no investirla con el derecho de la mentira y del terror.

La revolucion es la oscura, gigantesca y formidable imágen de la muerte, aquella que, segun Milton, lleva una sombra de corona en una sombra de cabeza, y aulla como los infernales canes que ladran sin fin ni tregua al rededor del recinto del pecado: es un mónstruo informe engendrado por el cáos y el infierno. Así la pintaba el Homero regicida en la época de Cromwell, y la junta de salud pública no deja falsa la pintura: presentóla tal como era ántes, y ademas con todas las mancillas que cien años de corrupcion habian añadido á las que le diera naturaleza.

En el canto tercero de la «Gerusalemme conquistata (2),» poema del Tasso, que ha sido ofuscado por la «Jerusalen libertada,» léese una octava

(1) *Revolucion social*, por Proudhon, p. 71.

(2) *Gerusalemme conquistata* (Roma 1593, en 4.°).

Los administradores del gran poeta de las cruzadas no ignoran las modificaciones que en los últimos años de su vida introdujo en sus obras. En una edicion de la *Gerusalemme conquistata*, publicada en Venecia en 1627, esa octava ha sido trasladada al canto XX, y aunque el Tasso no alteró su sentido, sus ideas y sobretodo su inspiracion profética, retocó algo el importante pasaje, é importa citarlo para no dejar duda alguna en los ánimos.

La octava 76, p. 577 de la edicion de Venecia, dice así:

La Francia, adorna hor da Natura, e d'Arte,
Squallida all hor vedrassi in manto negro,
Nè d'empio oltraggio inviolata parte,
Nè loco dal furor rimaso integro:
Vedova la corona; afflitte esparte
Le sue fortune; e'l Regno oppresso, ed egro;
E di stirpe real percosso, e tronco
Il più bel ramo; e fulminato il tronco.

Digitized by Google

que contiene una muy triste profecía; una revolucion espantosa entre todas debia realizarla hasta en los más pequeños pormenores. Dice así el poeta:

La Francia adorna or da natura ed arte
Squallida un di vedrassi, e in manto negro,
Ne tempio illeso, o inviolata parte,
Ne loco dal furor rimaso integro:
Vedova la corona, ovunque sparte
Le sue sostanze, e il regno afflitto ed egro:
Della stirpe real reciso e monco
Il piú bel ramo, e fulminato il tronco.

«Esa Francia tan embellecida hoy por la naturaleza y el arte, veráse un dia pálida y cubierta de luto. No tendrá un templo que no sea violado, ni asilo que el furor respete. Viuda será la corona, disipados sus tesoros, y el reino estará triste y enfermo; el tallo más precioso del árbol real será cortado y tronchado, y el tronco herido por el rayo. »

El año 1593 corria cuando Dios inspiró al Tasso conceptos por desgracia tan proféticos. El poeta habíalo visto, revelado todo, y anunciaba á Francia futuras calamidades: la cárcel del Temple, el cadalso de 21 de enero, las desventuras del jóven Luis XVII de relato imposible, la proscripcion de la dinastía, nada falta en esa odisea de infortunios, ni siquiera la suerte de Casandra.

Conmovido el parlamento de Paris condenó la profecía, y prohibió su impresion como contraria á los derechos de la corona y á la inalterable fidelidad de los franceses.

Doscientos años despues, hora por hora, el parlamento, arrollado por la revolucion que él mismo llamara y cuyo camino allanó con sus deseos, rencores é inconsecuencias, presenciaba la caida del trono. Veia, y más que veia, participaba de sus misteriosos dolores, y en el cadalso acusábase de su ceguedad prolongada.

La nacion habia asesinado jurídicamente á su rey; asesina despues á su reina, y en aquel momento óyese en Paris una voz que, como para confusion del orgullo humano, pregona en calles y callejuelas « la mayor alegría entre todas las alegrías del padre Duchesne. »

A Voltaire se debia la introduccion en el lenguaje familiar de locuciones bajas y vergonzosas que sólo se oyen entre gariteros y truhanes. Voltaire las usaba (1), y el padre Duchesne abusa de ellas; véase sino en qué términos anuncia en su periódico el suplicio de María Antonieta: «He visto caer en el saco la cabeza de « Veto » hembra, y quisiera, f....., expresaros toda la satisfaccion que han sentido los desbragados al ver á la architigre atravesar Paris en el coche de las treinta y seis portezuelas. No la arrastraban sus hermosos caballos blancos con sus vistosos arreos y penachos; dos rocines

(1) «Me acusan de ser *conde* de Ferney, escribia Voltaire en 20 de mayo de 1760 (t. LVIII, p. 413 de sus *Obras completas*); vengen esos *Jean—f*... á la hacienda de Ferney, y los pondré á la picota. No me dirijais las cartas: Al señor conde, como hace Lúcas (Federico II), y poned únicamente: A Voltaire, gentil hombre ordinario del rey; título que el rey me ha conservado junto con el cargo, y que aprecio infinito, pues lo que nadie sabe ¡vive Dios! es que estoy con S. M. en buen predicamento y que la señora de Pompadour y el señor duque de Choiseul me obsequian mucho, de modo que nada temo y me f..., etc.»

Digitized by Google

iban enganchados delante de maese Sanson, y tan satisfechos parecian por la parte que tomaban en la libertad de la república, que casi casi tenian ganas de salir al galope para llegar más pronto al sitio fatal. La p... ha manifestado gran insolencia y audacia hasta el fin; sin embargo, las piernas le flaquearon al subir al tablado para jugar á la gallina ciega, temerosa sin duda de padecer despues de muerta un suplicio más terrible que el que iba á experimentar. Por último, su cabeza maldita quedó separada de su cuello de grulla, y el espacio resonó con redoblados gritos de: ¡Viva la república, f....!»

Inaudito lenguaje impuesto á la Francia del siglo XVIII por sus reformadores á hachazos, del cual puede decirse que es el cinismo desleido en el vocabulario. Los asesinos con título renegaban de su alma al propio tiempo que deshonraban su naturaleza; si temblaban los unos delante de los otros, vengábanse haciendo que todos en su presencia temblaran; ya no se lloraba, ya no se escribia, pues los ojos y la pluma se secaban de espanto, como si debajo de cada piedra durmiese un alacran.

Los patriotas y demagogos, llamados «sans-culottes» (desbragados) tenian encargo de romper las cadenas del fanatismo y la esclavitud, y en las cárceles condenaban á perecer de hambre á los que á precio de oro no compraban el derecho de bárbara soberanía tarifado por la revolucion (1). Creábase esta un cielo de hierro y una tierra de bronce, y por una de sus muchas anomalías tenia por apóstol y caudillo á Robespierre, al hombre que habia dicho: «Matar es un acto digno de tiranos (2). »

Ese abogado, más glacial que el mármol de los sepulcros, cuyos labios más que frases destilaban vinagre helado, fue quien inauguró el reinado del terror, y despues de proclamar al pié del cadalso del 21 de enero que Luis Capeto debia ser el último rey, hizo vociferar en todos los púlpitos de Francia que Pio VI era el último papa.

Motivos creia tener para decirlo así la república una é indivisible. De las iglesias arrebató, dando al acto apariencias de legalidad, el oro, la plata, el hierro, el mármol, todo cuanto pudo, y condenó lo demas á la destruccion. No dejó en pié el más pequeño vestigio que pudiese inspirar al corazon ó al entendimiento una idea religiosa: arrancó las esculturas de las paredes, trasformó las campanas en sueldos, y pasó un rasero debelador sobre sacerdotes, altares, Dios y cristianos.

Y como para hacer más responsable á la ley de tan vandálica impiedad, quísose que atravesara la asamblea entre risas y blasfemias un asno con una mitra en la cabeza y una capa pluvial en el lomo. No habia rincon de Francia en que no se levantara junto al cadalso un altar de la patria,

(1) En la *Historia de las cárceles de Tolosa bajo el reinado de Robespierre* léese una órden del 4 de ventoso del año II, firmada por Groussac, alcalde, y Michel, secretario, concebida en estos términos: «Los presos deberán pagar á la caja del ciudadano Estelle, tesorero de la administracion, dentro de las 24 horas siguientes á la publicacion del presente bando, las sumas que á continuacion se expresan: los de la Visitacion *treinta mil libras* y los del Cármen *cinco mil quinientas libras*, á cuyo pago serán compelidos de mancomun por los medios que la administracion crea convenientes, y en especial con pena de total privacion de alimentos.»

(2) *Historia parlamentaria de la revolucion*, discurso de Robespierre, t. X, p 66.


Digitized by Google

y en sus aras, más inexorables y ensangrentadas que las de Táurida, eran expuestos los despojos del fanatismo que no habian tentado la codicia de hermanos y amigos. Con burlones cánticos se recibian unos objetos que eran tesoros de piedad y agradecimiento, y otorgaba la ley honorífica mencion á los robadores como premio y emulacion.

Creian esos hombres, cegados por disposicion providencial, que al destruir el trono y al envilecer el altar, erradicaban con el mismo golpe de la conciencia de los pueblos la fe monárquica y la fe cristiana. Sucesores de la filosofía, del jansenismo y del galicanismo seglar satisfacian la postrera aspiracion de esas potencias de la anarquía y lo hacian sin piedad ni remordimientos.

Mas entónces sucedió lo que habia de suceder por más que nadie en la tierra se hubiese atrevido á preverlo: reducidas las iglesias al más miserable estado, fueron sagradas como nunca; sus desmanteladas paredes contuvieron apiñada muchedumbre, y sin pompa alzóse la oracion de entre ruinas.

Dada Francia á la embriaguez de los placeres y de las innovaciones habia sido cogida de sorpresa; sus nobles, que no habian sabido vivir, aprendieron á morir, y aquella sociedad que se durmió incrédula en palacios despertó católica en las cárceles y en el patíbulo. Como Lauzun-Biron, Brissac, Custine, Epremesnil, Dillon, el mariscal Mouchy, Malesherbes, Beauharnais, Noailles y Lavoisier, hicieron todos de su arrepentimiento una profesion de fe y de sus merecidos dolores una ofrenda al Dios que perdona. Aquellos nobles, aquellos magistrados, capitanes y sabios, las familias enteras que en un mismo dia devoraba el cadalso, pensaban que morir por el rey era morir por causa propia y por la de la familia, que no perece nunca como no perece el reino; deseaban, empero, morir como habian vivido, con una rosa en los labios, é improvisaban una agudeza ante el tribunal revolucionario, mostrábanse galantes y corteses al pié del patíbulo, y querian subir á él con gallardía y caer con gentileza. Reproducíase entónces lo del gladiador galo, con más la gracia é indiferencia parisiense.

En las ciudades se levantaban pesadas guillotinas al tiempo que la libertad y la razon llevaban otras más portátiles por pueblos y aldeas; hermanos y amigos llegaron á plantarlas en medio de los ejércitos franceses, junto á la bandera, y eso se llamaba inspirar por medio de cívico terror heroismo republicano. Hacíase en Arras atroz carnicería, matábase á los hombres por hambre en Tolosa, degollábanlos en Marsella, ahogábanlos en Nántes, quemábanlos en Reims, sentenciábanlos en Angers, fusilábanlos en Tolon, proclamábase á Leon el «Municipio emancipado» por los horrores de un sitio, todo lo cual venia á ser una misma cosa. Por todas partes era acogida la muerte como una expiacion ó un favor, y al caminar al suplicio los hombres cantaban el «Te-Deum,» y las mujeres modulaban á coro la «Salve Regina.»

Al ver tantos asesinatos, cometidos por decirlo así en privado, es imposible aun ahora no quedar sobrecogido de sorpresa y estupor, y con Tácito, al referir los delitos de Tiberio, Claudio, Neron y Calígula, nos asaltan deseos de exclamar: «La uniformidad de esos atentados inspírame á mí mis-

Digitized by Google

mo horror, y sin duda debe inspirarlo á mis leyentes, que, ni aun siendo gloriosos tales sacrificios, habrian de perdonar su tristeza y no interrumpida monotonía. Y ¡cuánto más por lo mismo habrá debido extenuar las fuerzas de su alma y oprimirla de dolor esa série de matanzas en particular y la resignacion estólida de los pacientes! Permítanme, sin embargo, y esta será la única gracia que les pida, no aborrecer á seres humanos que flacos é inermes consentian en morir tan mansamente (1). »

Luego de terminada la incalculable hecatombe de nobles, de pueblo, de proletarios, de campesinos y de sacerdotes, cuando la sangre hubo corrido cual agua y fueron innúmeras las víctimas como las arenas del mar, la revolucion que habia dejado que el ateismo saliera desbocado, conoció la necesidad de sujetar á reglas la anarquía. Entónces el Dios de amor, convertido en Ser Supremo, recibió una fe de vida en tanto que se le daba certificado de civismo, y luego, como se necesitaba un culto lo más natural y filosófico posible, dióse á todos los franceses facultad para inventar y adoptar uno, con la condicion expresa de que la religion católica, apostólica y romana debia quedar para siempre excluida de entre aquellos que podian ser objeto de su eleccion.

Para enaltecer la gloria de los césares perseguidores anunciaban de continuo sus imperiales cortesanos la extincion del cristianismo, y sin cesar acuñaban medallas que inmortalizasen el gran acto de justicia; en ellas leemos todavía: « Nomine christianorum deleto. » Igual deseo que los césares abrigaba la revolucion, sólo que sus medallas eran grabadas en pavesas y ruinas. ¡Césares é imperio han muerto! Ahora falta saber si la revolucion tiene más condiciones de vida.

Pero lo que se ha visto ya causando honda pena y doloroso espanto es que la historia de los césares, aunque burilada por Tácito y Suetonio, quedó en zaga á lo que estamos refiriendo. Para acumular sobre la sociedad romana aquel conjunto de orgullo necio, de crueldad estólida y de locuras increibles que comienza en Tiberio y concluye en Heliogábalo, fue necesario un poder despótico ejercido por espacio de dos siglos por una especie de mónstruos: un año solo, empero, bastó á algunos sofistas con tienda de emancipacion abierta en el mercado de Paris, á abogados desconocidos por su talento, y á sacerdotes harto conocidos por sus vicios, para sobrepujar la demencia imperial en cuantos excesos puede soñar la imaginacion más sanguinaria. En ellos el crímen colectivo creció tanto, que á los ojos de ciertos fautores, cómplices suyos por lo mucho que los han enaltecido, llegó hasta lo sublime del patriotismo. Nunca la adulacion fue llevada tan léjos respecto de los Nerones y Domicianos, así que la justicia de Dios permitió que les diera muerte mano adocenada.

Nada mejor que lo bueno que hace Francia, nada peor que lo que hace malo: parece que esta nacion privilegiada entre todas debe precipitarse eternamente en extremos. Destinada para todas las glorias, condénanla los revolu-

(1) Tácito, *Annal.*, XVI, 16.

Digitized by Google

cionarios á todos los oprobios; ella que posee el don de la iniciativa en todo, no hay reaccion que no experimente. En dioses ó malvados, segun sus caprichos del momento, trasforma á los hombres llamados por el derecho ó la fortuna á gobernarla; complácese tanto en las humillaciones como en las apoteósis, y para su veleidosa inconstancia no existe espacio intermedio entre el Capitolio y la roca Tarpeya.

Con indecible estupor mirábala Europa cual se entregaba sin freno á interminables bacanales; oyó que sacerdotes blasfemos, como Gregoire, proclamaban en la tribuna « que son las dinastías razas devoradoras que sólo de carne humana se alimentan, y que la historia de los reyes es el martirologio de las naciones (1) » ; supo que la guerra en Francia declarada á la religion y á la monarquía era en época más ó ménos próxima la hostilidad elevada á principio contra todas las autoridades religiosas y políticas, y á pesar de todo Europa permaneció con los brazos cruzados sin preguntar siquiera dónde se pararian las oleadas del furioso torrente.

En las provincias del Oeste habia estallado una formidable insurreccion contra el patíbulo; levantóse la Vendée militar, y sin armas, sin municiones, sin táctica y sin caudillos corria á la pelea, esto es, á la muerte con una sublimidad de valor que jamas se sobrepujará. Un escritor demagogo lo ha dicho: « Un punto de Francia hubo, exclama, en que el realismo se manifestó heróico, y ese punto fue la Vendée. (2) » Y ¡á pesar de esto, no hubo para la valerosa tierra un brazo ni un acero amigo ! Sus soldados, al igual de los Macabeos, peleaban más que con sus armas con sus oraciones : « Per orationes congressi sunt ; » y allí, más que en pueblo alguno de los mil que registra la historia, dió la fe vigor á las almas grandes. Los vendeanos volaban al martirio como las abejas á la colmena; pero sus esfuerzos gigantescos, honra del principio monárquico, no bastaron á arrancar de su silencio á los monarcas. Como heridos del rayo no veian estos que durante y en especial despues de tal cúmulo de atentados habria de darse á la Francia republicana, como expiacion de sus domésticos ultrajes, la gloria en tierras extrañas, una gloria que pensase llevar la libertad entre los pliegues de la bandera tricolor. La Europa monárquica ántes de ser vencida por las armas se mostraba amedrentada y aterrorizada sólo con lo que estaba viendo; su paso entorpecido por el sueño era lento é inseguro, y al mirar á aquella demagogia para la cual parecian ser los crímenes motivo de próspera suerte, abismábase más y más en la impotencia y la desesperacion. Cada dia engendraba nuevos mónstruos, y nunca se presentó un Hércules real ó un Teseo monárquico para librar de ellos la tierra. Asemejábase Europa á uno de aquellos patricios de la antigua Roma, que con heroismo inaudito por lo bajo presentaban sus cuatro miembros á los esclavos del césar y tenian la resignacion del suicidio ó de la muerte en el baño, sin poseer la fuerza de ánimo para vivir entre peligros. El apocamiento, la postracion hacian enmudecer á

(1) *Monitor*, sesion de 21 de setiembre de 1792, p. 1125 y 1130.
(2) *Historia de la revolucion francesa*, por Michelet, t. V.

Digitized by Google

todo el mundo; un anciano habia de ser el único que tuviese intrepidez por todos.

Como Luis XIV al instruir á su hijo en el arte de reinar y al explicarle las verdaderas máximas de gobierno en aquel estilo magistral que conserva su nombre, Pio VI pudo á su vez decir lo que escribió el gran rey acerca del poderío que se arroga un pueblo. « Cuanto más se le dá, así se expresa Luis XIV, más pide; cuanto más se le acaricia, más desprecia á quien le halaga, y lo que ha llegado á adquirir retiénenlo tantos brazos que es imposible arrancárselo á no ser con violencia extremada (1). »

Los prudentes consejos del abuelo, reproducidos en otra forma por el Sumo Pontífice, habian sido escuchados con respeto por el nieto, sin que le fuese dable ponerlos por obra, y Pio VI hubo de limitarse á honrar públicamente al mártir, al propio tiempo que cubria de oprobio á los asesinos : temeridad sublime del Papa que es á la vez que una protesta del príncipe un acto del pontífice.

« Luis XVI, dice en la alocucion que es quizas la más elocuente y en realidad de verdad aquella en que brilla mayor y más santa osadía en todo el Bulario romano, Luis XVI ha sido condenado á la pena de muerte y la sentencia ha sido ejecutada. ¿ Quiénes son los hombres que han dictado semejante fallo? ¿ De qué malas artes se han valido para allanarle el camino? La convencion nacional que se constituyó en juez, ¿tenia acaso derecho para tanto? De ningun modo: esa asamblea, despues de abolir la monarquía, que es el mejor de los gobiernos, trasladó la autoridad pública á manos del pueblo, incapaz de escuchar razon, así como de seguir determinado camino; del pueblo, sin discernimiento para apreciar las cosas y dado casi siempre á fundar sus decisiones, más que en la verdad, en sus preocupaciones; del pueblo, veleidoso, fácil de engañar y de ser llevado al mal; ingrato, presuntuoso, cruel, tomando como cosa de juego el derramamiento de sangre humana y complaciéndose en la agonía de sus víctimas espirantes, así como en la antigüedad corria á los sangrientos espectáculos del circo. »

Y en medio de su tristeza, dirigiéndose el Pontífice á la nacion que tanto amara, exclama: «¡Oh Francia, Francia! ¡oh tú! proclamada por nuestros predecesores, espejo del mundo cristiano y firme columna de la fe; tú, que andabas, no en pos, sino delante de los demas pueblos por la senda del fervor, de la piedad cristiana y de la sumision á la autoridad de la Sede apostólica, ¡cuánta es la distancia que de Nos te separa! ¿ Qué ciego encono te ofusca y ha cubierto para tí de un velo la Religion verdadera y te ha llevado á excesos furiosos que te colocan en primer lugar entre los más crueles perseguidores? ¿ Cómo habias de ignorar, aunque lo quisieras, que esa religion es el más firme apoyo de los imperios en cuanto reprime los abusos de autoridad en los que mandan y la licencia en los que obedecen? Y hé aquí por que los que conspiran contra los derechos de la autoridad real procuran para derribarla aniquilar la religion católica.

(1) *Obras de Luis XIV*, t. II, p. 27.

Digitized by Google

«¡Oh Francia! diré otra vez; tú que, segun afirmabas, debias tener un soberano católico porque así lo exigian las leyes fundamentales del reino, católico era tu monarca, y sólo por ser tal le has dado muerte.»

El hombre, el cristiano y el príncipe han hablado y llorado sucesivamente; el Pontífice enjuga al fin sus lágrimas, y despues de alzarse con intrépida majestad, siéntese animado de repentina y profética inspiracion, y dice: «¡Dia glorioso para Luis! Dia de triunfo, sí, porque abrigamos la confianza de que el Señor que le inspiraba la fortaleza que arrostra la persecucion y es superior á las aflicciones, le ha llamado á su regazo trocando para él su terrena corona tan frágil, ¡ay! y de lises tan pronto marchitas, en otra imperecedera, tejida con los lirios inmortales que adornan la frente de los bienaventurados.»

¡Sublime reto que un anciano casi octogenario y sin más apoyo que un cetro de caña dirigia en medio del terror á la revolucion desencadenada! Pio VI hallaba en su corazon y ponia en sus labios palabras que son una esperanza, ayes del alma que reconcilian con la humanidad. Pero miéntras así se sacrificaba él por la verdad y la justicia ¿qué hacia Francia? ¿qué decia Paris?

En 21 de enero de 1793 la república armaba su guillotina en la plaza de Luis XV, y á la vez acusador, juez y verdugo espera en ella á su real víctima. El pueblo de Paris, al salir el sol que ha de alumbrar aquel dia de expiacion siniestra, se levanta y corre á presenciar la nueva catástrofe á que la revolucion le invita. Más de una ha visto ya: en 6 de octubre, en 20 de junio, en 10 de agosto, en 2 de setiembre, movióle aquella á empapar sus manos en sangre; del primer entusiasmo de la toma de la Bastilla pasó al falaz alborozo de la federacion, y despues de renegar de su Dios y del culto de sus mayores hallóse colocado al rededor del cadalso.

Ese pueblo, que fuera hasta entónces el más ingenioso y decidor cortesano de los reyes sus señores, toma de la revolucion cuanto se adopta á sus caprichos de descontento, á su aficion innata á la zambra y á las barricadas, á su prurito eterno de oposicion, y á sus ínfulas y humillos de marques de mostrador. Los nobles son proscritos, y el mercanchifle de Paris aplaude una proscripcion que le deja expedito el primer puesto. El clero es despojado de sus bienes, quiérese desacreditarle en la pública opinion por medio de impíos sarcasmos y de la apostasía legalizada, y el ciudadano de Paris, que gusta de discretear hasta con Dios mismo, lo aprobó todo con la mirada y el gesto.

En la aurora de la revolucion mostráronse los parisienses entusiastas como poetas, ávidos como usureros, crédulos y miedosos como niños; y asociados á los innúmeros desórdenes y paradojas cuyo gérmen sembraron la filosofía y el jansenismo, se recreó en humillar la majestad del derecho á los caprichos de la fuerza bruta. En aquellos delirios del entendimiento el pueblo de Paris, afanoso por la igualdad, se embriagó con los dolores de una servidumbre imaginaria, y convirtió en catecismo, esto es, en novela filantrópica, los preceptos de sus nuevos Jámblicos que sólo afirmaban la duda.

Engañado como habia sido, complacióse por un prodigio de credulidad

Digitized by Google

nécia en serlo y en saberlo; mas llegado que fue el 21 de enero, tuvo miedo de su propia obra, miedo que, remordimiento santo, se encerró como postrero buen pensamiento en el hogar de la familia; allí, consternado y mudo delante de su mujer y de sus hijos anegados en llanto, el ciudadano de Paris mostró en su rostro el arrepentimiento; lágrimas brotaron de sus ojos, y un grito de dolor ó de indignacion se le escapó del pecho. Luego, empero, de formacion en la calle y otra vez convertido en guardia nacional, consiente abatido y resignado en lo que la revolucion le manda; conserva el órden en honor y beneficio del crímen, y guarda las armas á la maldad infame miéntras esta escala y roba con fractura el poder soberano.

La nacion francesa, que en medio de mil actos de valentía ha cometido un sin fin de vilezas, permitió que fuese destronado, encarcelado en el Temple, juzgado y muerto el hombre más honrado del reino, el monarca que cifraba su felicidad y su gloria en anticiparse á las reformas; y entre los cien mil soldados ciudadanos, bayonetas inteligentes que Paris puso en la calle, no se encontró una sola inteligencia de valor suficiente para pedir cuenta á los Caines de la convencion de la sangre de Abel que derramaban.

En la muchedumbre que lo llenaba todo desde la cárcel del Temple hasta la plaza sin nombre, no hubo una sola voz que protestase. El atentado tenia algo de legal, y aquellos á quienes vemos en toda la historia de Francia en perpétua hostilidad contra la ley, respetáronla entónces que era monstruosa. El parisiense, disfrazado de militar, creyóse superior al remordimiento, y aunque en revoluciones sea muchas veces más difícil conocer el deber que practicarlo, el parisiense lo conoció, y sin atreverse á cumplirlo aceptó el oprobio que los verdugos le conferian en forma de palma cívica. Desde aquel instante funesto la capital del reino quedó indicada en los decretos de la Providencia como la ciudad en que, segun las palabras de un escritor antiguo, desórdenes y torbellinos debian arrollar para siempre cualquier propósito conservador. Sofrenadas por el terror las iras populares, imposible es decir el grado de humillacion y abatimiento en que dejan los hombres caer su corazon en horas semejantes; y sin embargo, ven con gran paciencia el suplicio de los demas, y en este sentido puede ser autorizada hasta la exageracion de una cólera santa. Como decia en 1848 uno de esos aduladores del pueblo á quien el miedo inspiraba entónces actos de fe y de justicia, «al tratarse de tales hombres y de tales delitos, el historiador cuanto más parcial sea más exacto ha de ser y eco más fiel será del grito de los contemporáneos y del juicio de la posteridad (1).»

Pio VI habia visto y apreciado mejor y con más exactitud la situacion de las cosas de lo que hicieran los reyes de Europa y los franceses mismos. Los soberanos preguntaban admirados, como en el capítulo XXIX del « Deuteronomio » : «¿Por qué el Señor ha tratado así á esa tierra? ¿Qué ira inmensa es esta de su furor ? »

Y Pio VI les contestaba : « Porque abandonaron el pacto del Señor, que

(1) *Variedades literarias*, por M. de Sacy, de la academia francesa, t. II, p. 406.


Digitized by Google

concertó con sus padres cuando los sacó de la tierra de Egipto, y sirvieron y y adoraron á dioses ajenos que no conocian y á los que no habian sido atribuidos. »

Los reyes de Europa habíanse dejado sorprender por la revolucion como niños de pocos años por el creciente de la mar; en un principio negaron el peligro; riéronse despues de las penas y trabajos que afligian á su buen hermano de Francia, hasta que al fin, cogidos de sorpresa, quisieron unos entrar en pactos con aquella al paso que otros se atrincheraban en su estupor para poder tenerla á sus anchuras. Tiempo hacia que entre los monarcas de Europa habia dejado de existir el lazo comun, el centro de unidad y accion, el moderador omnipotente que calmaba las iras, desvanecia los recelos, fijaba reglas á los intereses, y salia fiador de la buena fe y de la palabra de todos.

Separados con violencia de la Iglesia por el protestantismo ó inducidos por malas artes de sus ministros á temer el influjo del Pontificado, los príncipes habíanse aislado en sus tronos, y sólo lograban estar de acuerdo para consentir en que el mal se organizara junto á ellos y para hostilizar á la Sede romana. Por un conjunto de circunstancias que nunca la historia se ha tomado la pena de estudiar, ó más bien que ha tratado de rodear de tinieblas, la Cátedra de Pedro habíase poco á poco deshabituado de su legítima influencia, de aquella influencia ejercida en la edad media que redundó constantemente en beneficio del pueblo, del cual eran los Papas intérpretes y tutores. Siempre dispuestos á estipular, á interceder ó á exigir por él, no habia Pontífice que no tuviese entónces de decir ó hacer lo que escribia Gregorio II al emperador Leon.

« El Occidente entero, le dijo con santo desenfado, tiene fijos los ojos en nuestra humildad... Considéranos como el árbitro y el moderador del público sosiego... y si os atrevieseis á hacer la prueba nos hallariais dispuesto á pasar á vuestro lado para vengar allí mismo los agravios de vuestros súbditos de Oriente. »

Y esa autoridad, freno para los monarcas y amparo y ayuda de los pueblos, fue casi siempre ejercida por el Pontificado con moderacion admirable; su poderío servia de contrapeso al propio tiempo que de asilo, y era tambien muchas veces poderoso estímulo. Armado con la doble fuerza de la virtud y de la potestad espiritual, reunia bajo una sola bandera á soberanos y pueblos, y á su voz se realizaron las cruzadas y las grandes alianzas y se alcanzó la señalada victoria de Lepanto. En nombre del Papa recorrian legados las comarcas todas de Europa estableciendo la paz ó moviendo la guerra; discutian con los príncipes, negociaban con las repúblicas, eran mediadores en todas las contiendas, y árbitros respetados y temidos allanaban los obstáculos y no omitian diligencia ni esfuerzo para consagrar los derechos de todos. El universo entero descansaba al abrigo de la ciencia, sabiduría, valor y justicia de Roma cristiana.

Entre la infinita variedad de sucesos de la historia nunca la Sede apostólica careció de hombres para desempeñar su gran papel de paternidad uni-

Digitized by Google

versal; al rededor de la Cátedra de Pedro nunca habian faltado caractéres de robusto temple é ingenios eminentes; siempre la Iglesia, que sin cesar se renueva y que elige sus pontífices, cardenales y prelados, así en lo más alto como en lo más bajo de la escala social, ha podido disponer de hombres de vasta instruccion y gran talento para ocupar todos los puestos y corresponder á todas las necesidades.

Pero llegada la época en que el luteranismo y el calvinismo introdujeron la division en Europa y modificaron su manera de existir, comprendió la Iglesia la necesidad en que estaba de apartarse poco á poco del palenque político: no se trataba ya de ser güelfo ó gibelino, ni de contender con la casa de Suabia acerca de las prerogativas del Sacerdocio ó de las pretensiones del imperio; rivalidades eran estas de una edad pasada que debian desaparecer á impulso de una obligacion más imperiosa y apremiante. Roma debia librar al catolicismo de un peligroso conflicto, y resignóse á dejar que reyes y pueblos debatiesen entre sí los asuntos puramente temporales.

Su abstencion meditada y voluntaria podia ser mirada como una decadencia moral, y ello es que al renunciar al ejercicio de una autoridad tan fecunda para reyes y súbditos, consumaron los Papas un sacrificio por el cual nadie les quedó agradecido. Desde entónces no hablaron sino en nombre de la potestad de las Llaves, no intervinieron sino en materias sometidas de suyo á su exámen, y aquel momento fue cabalmente el elegido para acusar á la Iglesia de cometer usurpaciones en el dominio de lo temporal. En vano se limitaban los Papas á entender en los asuntos de conciencia y se esforzaban en mantenerse apartados de políticos debates; no fue posible persuadir á ciertos hombres de que su abstencion fuese real y positiva, y como nada podian decir de ellos por lo que toca al tiempo que corria, diéronse á pintar cuadros de capricho sobre su preponderancia antigua. Su anhelo estaba en que no hubiese entre los reyes lazo ni armonía, é indujéronlos á desconfiar del Papa y á apartarse de la Iglesia romana.

No fue eso todo: el espíritu del siglo que se desenvolvia y progresaba como los espíritus de todos los siglos, impulsó á los reyes de la tierra y á sus gobiernos á humillar la autoridad eclesiástica y á tenerla en tutela, siendo así que una buena política debe poner y pondrá siempre la mira en persuadir á los pueblos de la independencia de la religion. La autoridad de los príncipes, de los legisladores y magistrados no es posible ni duradera sino cuando el pueblo contempla en la religion la fuente y el orígen de las autoridades todas, que esto, como innato en el corazon de la multitud, es para ella consuelo y esperanza. De ahí que sea tambien firme apoyo de los tronos, pues únicamente aquello que tiene fuerza puede comunicarla ó aumentarla.

Así, pues, la política enflaqueció la monarquía al tiempo que queria robustecerla. Asustando á los príncipes con la memoria de Pontífices como Gregorio VII ó Julio II, inspiróles la idea de gobernar por sí mismos y sobre todo para sí mismos, idea de egoismo que debia serles funesta, por más que no lo conocieran ni aun al acercarse al peligro.

Privados de la vigilancia siempre activa, siempre alerta, que en los dias

Digitized by Google

azarosos los congregaba bajo los pendones de la Iglesia y les designaba el comun enemigo á quien debian herir con la ley ó el acero, permanecieron desunidos y vacilantes, y sólo abrigaron estériles deseos ó condescendieron como con pena á inútiles combinaciones, al tiempo que la union que no existia ya en sus consejos pasaba al campo revolucionario. Los monarcas menospreciaron ó enflaquecieron la única fuerza que podia domar la idea democrática, y ninguno de ellos experimentó la necesidad de recurrir á Roma como orígen que es de todo principio.

Con una prudencia que el vulgo no aprecia, Roma parecia haberse desprendido por completo de los intereses políticos, y cuanto más se aparentaba temer su actividad y su dominacion más se limitaba á los asuntos puramente de fe. Desde Benedicto XIV en especial no contestaba á los muchos injustos ataques, sino mostrándose cada vez más conciliadora y circunspecta.

Sin embargo, su discreta actitud no logró adormecer la desconfianza filosófica, sino que por el contrario excitóla más y más. A creer á la revolucion, Roma era solamente una sombra; pero como aunque sombra podia ejercer todavía en la muchedumbre prodigioso influjo, convínose de un modo tácito en el consejo de los reyes en que los progresos del siglo y la civilizacion no consentian que en nada interviniera el Pontificado supremo. Inglaterra, aunque hereje, no participó de semejante error, pues nacion es la británica que únicamente para las demas ama con pasion lo absurdo. Pitt, que habia reflexionado sobre las consecuencias morales y políticas del suceso revolucionario, constituyéndose en su personal enemigo, discurrió medios para levantar á toda Europa contra los predicantes demagogos. No se ocultaron á su inquebrantable constancia los escollos de toda clase que se opondrian á la proyectada alianza; pero muchos pensó vencer y sortear proponiendo al Padre comun que fuese caudillo de la santa liga.

Ultrajado y amenazado en la tribuna de todos los «clubs» y en los teatros todos de Francia, Pio VI consideró conveniente tomar ciertas precauciones contra la invasion anticristiana. Más para custodiar las fronteras del estado romano que para defensa de la Sede apostólica habia dado algunas disposiciones militares y reunido tropas en los alrededores de Roma, y á su lado estaba el cardenal Maury, por naturaleza decidido y valeroso, cuyo mayor deseo era continuar con las armas la cruzada que su elocuencia emprendiera en la asamblea nacional.

Los cardenales más allegados al pontífice, como eran Albani, Zelada, Antonelli, Gerdil, Busca, el anciano Bernis y el jóven prelado Hércules Consalvi, estaban inclinados por su carácter y antecedentes á segundar una coligacion monárquica, y Pitt no ignoraba la favorable disposicion de su ánimo. Conocia ademas el valor personal del Vicario de Jesucristo; sabia que á males extremos conviene oponer remedios más extremos aun, y pensó que el reino de Dios podia aun ser de este mundo. Miéntras él esto creia, los reyes, por el contrario, vacilaban ó temblaban, y aun aquellos que estaban con las armas en la mano únicamente peleaban con objeto de lograr una transaccion lo ménos humi-

Digitized by Google

llante posible, pero ante todo provechosa para sus momentáneos intereses.

En medio de tanta real flaqueza entrevé Pitt que el único medio de vencer á la idea revolucionaria es contrastarla con la idea religiosa. Los embajadores ingleses en las córtes extranjeras reciben órden de aprobar, exaltar y citar como modelo la exactitud y entereza del Pontífice, y conformando los diplomáticos sus actos y palabras á esas instrucciones, óyese en breve á todos los ministros británicos enaltecer la Sede apostólica y demostrar la urgencia de reconocer al Papa como jefe supremo y lazo ostensible de la liga contra la revolucion.

Entre el gabinete de San James y los prelados emigrados á cuya cabeza estaba Arturo Dillon, arzobispo de Narbona, abrióse en Lóndres una negociacion oficiosa. Guillermo Pitt deseaba colocar la gran imágen del Pontificado frente á frente de la revolucion esperando sacar de ello partido para sus ulteriores designios, y sobre el asunto medió una correspondencia sin carácter oficial é inédita todavía entre el cardenal Montmorency-Laval y Arturo Dillon. Francisco de Conzié, obispo de Arras, en mayo de 1794 escribió lo siguiente al cardenal Bernis:

«Desde mis últimas comunicaciones fechadas en Alemania, dice al anciano embajador de Luis XV y Luis XVI en la córte de Roma, he recibido luego de mi llegada á esta un billete del cardenal Zelada, secretario de estado de Su Santidad, y respecto de su contenido he hablado extensamente con M. Pitt. Sincera y profunda admiracion me ha manifestado el ministro por la entereza de la Sede romana, y me ha dicho con ingenuidad que, sin desear que sea un asunto particular de religion la vasta liga monárquica que proyecta, está persuadido como nunca de cuán necesaria es la intervencion del Pontífice en las presentes circunstancias. Con su superior buen sentido M. Pitt comprende perfectamente las razones que desenvuelve el Padre Santo; mas desearia que la córte de Roma aplicase al universo entero las disposiciones que ha tomado para evitar una invasion republicana en territorio pontificio. Opina él que no es posible contener el torrente revolucionario sino oponiéndole como dique la Europa entera con las armas en la mano, y sus ideas acerca de esa liga pueden resumirse en pocas palabras. No pido que el Papa se ponga en persona al frente de una cruzada política, ni que la predique como Urbano II, me ha dicho; aquellos tiempos han pasado ya, y aunque como anglicano no debo sentirlo, me es lícito en la situacion actual pensar de muy distinto modo como hombre y más aun como ministro que soy de la Gran Bretaña, encargado de velar por la conservacion de la trastornada Europa. Las coligaciones que estamos proyectando en nombre del órden social, son á menudo combatidas y frustradas por intereses particulares; más de una vez he visto á las córtes del continente detenerse y retroceder á causa de las diferencias de opinion y culto que nos dividen, y pienso que habria de existir un lazo comun que á todos nos uniera. Pues bien, el Papa podria ser el centro deseado; Italia, España, Austria y parte de Alemania se alzarian á su voz, y su autoridad momentáneamente debilitada en dichas naciones por deplorables causas podria con gran facilidad recobrar el influjo perdido, sobre-

Digitized by Google

todo si á ello contribuyesen Prusia y Rusia de acuerdo con Inglaterra. El levantamiento de la Vendée, que más que guerra política lo es de religion, indica claramente que aun podrian hallarse entusiasmo y esfuerzo en algunas provincias de Francia, sucesos y sacudimientos entre los cuales creo que podria y deberia desempeñar la córte de Roma magnífico papel.

«A la observacion que consideré del caso hacerle respecto de la avanzada edad del Sumo Pontífice y del juicio que de los acaecimientos forma, contestó M. Pitt que comprendia y aprobaba semejante circunspeccion, que habia sido gran yerro reducir al aislamiento el Pontificado, que era este una fuerza que debia tenerse en cuenta en todas épocas, y que para los gobiernos debia ser de grave peso la ingratitud con ello manifestada. Sin embargo, añadió, no es conveniente en medio del comun peligro perder el tiempo en inútiles acusaciones: por los agentes del gobierno en el extranjero y por los que he enviado á Roma cónstanme las excelentes disposiciones que animan al Papa y al Sacro colegio, y sé que desde el orígen de los disturbios de Francia no ha habido para el Papa ni un instante de vacilacion, hablando y obrando con firmeza superior á todo elogio. En Francia se ha destruido el catolicismo; no hay teatro en que no se representen el «Casamiento del Papa» y las farsas más indecentes, al propio tiempo que en la convencion se habla sin ambajes de asesinarme (1); y aunque mi vida vale poco y sobran en Inglaterra hombres para reemplazarme, ello es que á esos hombres, amantes como yo de los principios conservadores de las sociedades humanas, les faltaria como á mí la necesaria palanca. Los intereses personales ó los designios políticos nos apartan y dividen, y Roma, que es la única que puede levantar una voz imparcial, libre de temor y preocupaciones exteriores, deberia hacerlo y hablar impulsada por sus obligaciones más que por sus afectos, de los cuales nadie duda. Una bula del Papa, presentada á las córtes católicas por legados «a latere» en la que se anunciase la guerra santa, la guerra á la anarquía, produciria inmensos y saludables resultados: armaria á los soberanos y á las naciones y estableceria una alianza indestructible, único modo de resistir al salvaje entusiasmo de la demagogia. He tenido largas conferencias con algunos de vuestros obispos emigrados, y conozco á varios que, aun en edad florida, estarian en disposicion de segundar nuestros designios á ser aprobados por el Papa. ¿Por qué, pues, no han de utilizarse sus servicios?

«A esto contesté que el clero frances estaba pronto á consumar los sacrificios todos á la más pequeña órden de Su Santidad; pero atrevíme á añadir que, aun cuando la córte de Roma considerase oportuno adherirse á una liga semejante, era mi opinion que no convenia confiar á obispos emigrados el alto encargo de legados ó nuncios apostólicos, pues en ello pódria verse una intriga francesa; lo mejor era dejar á Roma la iniciativa.--Lo mismo opino yo, repuso el ministro, y en caso de decidirse el Papa á enviar legados á las córtes católicas, respondo desde ahora, pues conozco bien á mi patria, de que

(1) En la sesion de la convencion de 7 de agosto de 1793, el ciudadano Garnier (de Saintes) tomó la palabra para que se decretase que Pitt era enemigo del linaje humano y que cualquiera tenia derecho de asesinarle.


Digitized by Google

no serian recibidos en Viena ó en Madrid con más respeto que en Lóndres. Las diferencias de religion desaparecen al presentarse inmensos y comunes peligros; y si el Papa consiente en publicar la bula de coligacion, irá á cruzar por las costas de Italia una armada inglesa para proteger los estados romanos y llevar un embajador extraordinario de S. M. que honre en Roma al caudillo visible de la santa é indispensable alianza.

«Este es en resúmen el relato de mi entrevista con M. Pitt, y por él podrá conocer vuestra eminencia que no se asusta el ministro por obstáculo alguno y que está muy resuelto á superarlos. Adviértase que la proposicion que trasmito no tiene carácter oficial y no pasa de ser, si se quiere, hija de una conviccion particular; mas para quien conozca á M. Pitt y sepa la obstinacion que le caracteriza no puede ser dudosa la aprobacion del parlamento á semejante proyecto. Está el parlamento bajo la influencia del ministro, y, como á este, le horrorizan los crímenes que en Francia se cometen. He visto á lord Moira, á M. Windham, á M. Burke, adversario elocuente é infatigable de la revolucion, y todos creen con nosotros que un acto de tal manera augusto podria tener incalculables consecuencias. Pero ¿serán de igual parecer en Roma, centro del consejo, de la luz y de la direccion? Monseñor (1) y S. A. R. el conde de Artois, á quienes he tenido el honor de consultar el proyecto, lo han aprobado completamente por escrito, y el venerable monseñor Asseline, al cual he consultado en mis rápidos viajes, desea con ardor verlo realizado; mas no abriga esperanza de que así sea, pues dice no ser llegados todavía los tiempos de victoria.

«Como no conozco sino de oidas el carácter de los personajes y sólo estoy en correspondencia con monseñor Consalvi y monseñor Galeffi, precioso testimonio del real aprecio de la princesa Adelaida, no me atrevo á manifestar mi opinion y ni siquiera mi deseo. Los asuntos con Roma son siempre delicadísimos, y en mi situacion de desterrado, y en especial poseyendo como poseo la augusta confianza del señor conde de Artois, no quisiera que ni por asomo pudiera sospecharse allende los montes que un obispo frances trata de asuntos políticos en perjuicio de la Santa Sede. La política nuestra debe consistir en saber sufrir despues de haber combatido; á Roma toca indicarnos el camino, alentarnos miéntras andamos por él, y bendecirnos al llegar al fin. Mas, hechas esas salvedades «ex intimo corde», no puedo ménos de indicar á vuestra eminencia que á mi modo de ver la proposicion de M. Pitt encierra muchas ventajas y poquísimos inconvenientes. No es un misterio para la córte de Roma la suerte que la convencion le prepara: tarde ó temprano el Vaticano caerá en poder de nuestros revolucionarios, y entónces ¿qué será del Papa? Nada digo del Pontificado, pues sé que sobrevivirá á todo; pero Su Santidad raya en la ancianidad, y las aflicciones morales que le agobian pueden ejercer en su salud funesto influjo. Ocupada ó tomada por asalto la ciudad santa y muerto el Papa, ¿cómo convocar, en dónde reunir el cónclave? Problemas son estos que absorben mis pensamientos y que en Ro-

(1) El hermano de Luis XVI, que fue despues Luis XVIII.

Digitized by Google

ma han de ocupar sin duda la inteligencia de muchos, y me inclinan á favor del plan de M. Pitt. Es claro que en las actuales circunstancias Inglaterra no ve más que el peligro que están corriendo los intereses temporales de Europa y los suyos propios en especial; pero esos intereses se hermanan hoy con otros más sagrados, y quizas seria conveniente mirarlos con cierta atencion. Con otros prelados ha hablado M. Pitt del asunto objeto de la presente, y les ha manifestado que en caso de realizarse la temida invasion del patrimonio de San Pedro podrian con toda seguridad el Papa y el Sacro colegio retirarse á bordo de buques ingleses, los cuales los conducirian á Sicilia, Madera ó las islas Baleares, quedando las armadas británicas para defender de cualquiera agresion el lugar escogido por asilo. Es tanto y tan generoso el cariño y delicadeza de que respecto del clero frances se ha mostrado y se muestra animada Inglaterra, que creeria inferir agravio á la humanidad sospechando que pudiese caber segunda intencion en un pueblo que nos rodea á nosotros, obispos proscritos por nuestra fe, de toda clase de piadosos obsequios y de paternales cuidados.

«No me atrevo á insistir más sobre esos puntos de los cuales es Roma mejor juez que yo. Limítome, pues, á trasmitir á vuestra eminencia las principales circunstancias de mi entrevista con M. Pitt, y ruégoos que os digneis someterlas á Su Santidad, dándome por cumplido del encargo de que con satisfaccion mia fuí investido.»

A esa comunicacion, que no carece por cierto de perspicacia y prevision política, contestó el cardenal Bernis en 10 de junio de 1794, entre otras cosas, lo siguiente:

«...En la última audiencia que Su Santidad se ha dignado concederme, leyó él mismo en alta voz en presencia del cardenal secretario de estado vuestra carta anterior, y entre los tormentos que hoy le agobian se manifestó muy conmovido y agradecido por los sentimientos de que vuestra grandeza se hace intérprete. El Papa desea que expreseis á M. Pitt la sincera gratitud que por él abriga, y esto me lo dijo con una elocuencia de corazon y de lenguaje tal, que sólo muy débilmente puedo explicaros la impresion que me causó. Nuestro santísimo Padre sabe y considera con grande exactitud y presencia de ánimo los peligros que le rodean; mucho tiempo hace que los conoce, que los está previendo; todos, empero, sabrá arrostrarlos su inquebrantable constancia, y convencido de que le toca pasar por el martirio del deber, prepárase á él por medio de la oracion. M. Pitt ha tenido la bondad de ofrecerle en caso necesario un asilo seguro bajo el amparo del pabellon británico, y Su Santidad manifiesta que con gozo aceptará, si fuese preciso, tan honroso asilo, y que le acompañará el Sacro colegio con entera confianza. Adviértase, sin embargo, que el Papa cree que no puede ni debe separarse del sepulcro de los santos Apóstoles sino á la fuerza, y es su resolucion irrevocable esperar al pié del crucifijo al enemigo que se acerca en nombre de la revolucion.

«En lo que sus recursos le permiten el gobierno pontificio ha tomado las precauciones militares que le han sido sugeridas por el deseo de defender á



sus amados súbditos; mas no está en su política ni entra en sus deseos fomentar guerras más ó ménos justas. Como nadie deplora Su Santidad los incalificables excesos á que se da la Francia revolucionaria; pero no toca al Sumo Pontífice, padre siempre, castigarlos con armas temporales. Y aunque lo quisiera, la Santa Sede no está ya en disposicion de verificarlo: al propio tiempo que admira la activa entereza de M. Pitt, resígnase el Papa á contemplar el mal, y aguarda el instante en que será víctima del mismo.

«La coligacion en que piensa el gobierno británico es empresa grandiosa y útil, y el gobierno pontificio, considerándolo como un derecho y una obligacion, está pronto á adherirse y á cooperar á ella. Por ahora, empero, Su Santidad no desea pasar más adelante; muchos cargos se han dirigido al Pontificado por su intervencion en las contiendas entre reyes y pueblos, y la Santa Sede no quiere dar márgen á nuevas impremeditadas censuras ó á culpables represalias. No corresponde ya al Papa ordenar ni predicar guerra alguna, por más justa que sea, y sólo le resta sufrir sus consecuencias.

«Ademas, entre los soberanos, y en especial en sus consejos, no existe la union ni la homogeneidad necesaria para creer que la intervencion pontificia tuviese la deseada eficacia; y M. Pitt, que está en negociaciones con esas mismas incertidumbres reales ó ministeriales, debe comprender mejor que nadie el sentimiento de dignidad que mueve al Padre Santo.»

Colocar al Sumo Pontífice á la cabeza de una coligacion formada por reyes católicos ó no católicos y hacer que esos mismos monarcas rindieran otra vez á la potestad de las Llaves el homenaje que por tanto tiempo le disputaran ó negaran, pensamiento era elevado é hijo de perspicua inteligencia. En efecto, el Pontificado era el único que habria podido triunfar de la idea revolucionaria; mas para ello habria sido preciso que no se hubiese desnaturalizado su carácter ni disminuido su imperio sobre el comun del pueblo, como desde mucho tiempo se estaba practicando. El plan concebido en Lóndres tenia el defecto de ser tardío, y su realizacion era imposible, pues si en un momento dado es siempre fácil lograr que salga un pueblo del entorpecimiento, no sucede lo propio con el letargo de los príncipes. Habíase querido circunscribir y sofocar la iniciativa pontificia, y para reanimarla importaba que adquiriese nuevo temple en el crisol de las tribulaciones y que horribles acaecimientos cayeran como castigo sobre la arrogancia de los enemigos de la Iglesia. Así pensaba Pio VI, y en íntima union con el Sacro colegio sólo se ocupó en realizar su pensamiento.

Bien sabia el anciano Pontífice que le quedaban pocos dias de reinado; y sin embargo, aun despues de haber dirigido tantas palabras de consuelo y perseverancia al episcopado y al clero frances, de haberlos alentado en aquel combate de cuatro años coronado por el martirio ó el destierro, Pio VI no cree todavía terminada su tarea. Con voz que hace aun más solemne la proximidad de los peligros, exalta á los que perecen confesando su fe, y atiende, como madre solícita, á las necesidades de los proscritos. Obispos, presbíteros, nobles y plebeyos van errantes por Europa sin pan y sin vestido, y como las rentas del patrimonio de San Pedro han disminuido mucho, sujétase

Digitized by Google

Pio VI á los más rigurosos sacrificios personales para socorrer tantas y tan gloriosas miserias.

A las princesas Adelaida y Victoria, tias del rey Luis XVI, ofrece régia hospitalidad, y ademas abre sus brazos y su corazon á cuantos desterrados lleva á los estados de la Iglesia la devocion ó el vaiven de los sucesos.

El Papa regala á todos, nada tiene propio, prodiga sus tesoros, y su caridad inagotable recuerda á la tierra, sobrecogida de admiracion al contemplar semejantes prodigios, aquella mirada vigilante que jamas se distrae ni fatiga de que habla el profeta Daniel: no parece sino que el milagro de la multiplicacion de los panes ha llegado á ser cosa ordinaria y usual en Roma, que nunca fue madrastra para nadie. Mas no se limita Pio VI á consolar y socorrer dentro de sus propios estados: sus consuelos y socorros alcanzarán hasta donde exista un infortunio y un alma fiel en la miseria. Su mano ya temblorosa no deja la pluma; insta y conjura á los príncipes y obispos de Italia, España y Alemania para que se coliguen en santas limosnas, comunica el ardor de su alma al alma de los fieles, y reproduciendo la era de la primitiva Iglesia quiere que en la cristiandad no haya mas que una sola idea y un solo corazon.

Al ver el benéfico afan con que imploraba de todos y de cada uno refugios para los proscritos y dones pecuniarios para que no pereciesen de hambre, la Iglesia universal prorumpe en aplausos é imita el ejemplo. Catalina II de Rusia pone á disposicion de los emigrados más de lo que al parecer pedian los ruegos del Pontífice, y la herética Inglaterra abre al clero frances un crédito de hospitalidad y lo satisface años y años al traves de mil desastres. Desde el dia en que se apartó de la unidad sólo tuvo Inglaterra relaciones hostiles con la Santa Sede; mas á la voz de Pio VI prodiga sus tesoros para honrar una constancia religiosa de la cual no fue ella imitadora.

La Francia revolucionaria no habia tomado en cuenta demostracion semejante, y como Pio VI era su autor, sobre Pio VI hubo de caer la gloriosa pena. En Roma tenian puesta la mira las ambiciones todas demagógicas ó impías, y plantar la bandera de la insurreccion en el Capitolio romano, colocar el gorro frigio en la cabeza del san Pedro de bronce sentado en el centro de la basílica, era el mayor deseo de todos los « clubs » , el sueño dorado de todos los insensatos.

La guerra únicamente podia entronizar la religion de la nada en la capital del mundo católico. En aquel entónces peleábase en el Rhin y en los Pirineos; la Vendée militar absorbia y devoraba ella sola las principales fuerzas de la convencion, y si la junta de salud pública inventaba en el «Monitor» catorce ejércitos fabulosos, no era para ella empresa tan fácil armarlos como armar la guillotina. La junta asesinaba á enemigos y amigos, saciábase de sangre propia ó proscribia á sus mismos individuos, todo entre los aplausos populares (1); mas la guerra para libertar á las naciones oprimidas

(1) Bertran Barère, el Anacreonte de la guillotina, fue panegirista de todas las maldades, y sin

Digitized by Google

ó destruir á reyes y sacerdotes no entraba aun en sus designios y planes.

En vano es que la república forme para sí un ejército sin disciplina ni organizacion: de aquel ejército en el cual lo mismo que « en las guerras civiles atiende el soldado más al temor que al deber», segun justa observacion de César (1), debe salir por necesidad un caudillo y un dominador; despues de haber decretado la victoria ó la muerte es conclusion precisa llegar al punto á que llegaron los antiguos sármatas, á adorar una espada: idea insoportable para los demagogos que les inspiró temores que sólo á la guillotina confiaron, y de ahí que la república diese muerte á sus generales para no quedar ahogada en sus brazos. Lauzun-Biron, Beauharnais, Custine, Dillon, La Marlière, Luckner, Juan de la Noue, Cárlos de Flers y Eustaquio de Aoust, pertenecientes á la antigua nobleza; Houchard, Beysser, Westermann, Guillaume, Quétineau, Bois-Guyon, y otros muchos hijos del pueblo fueron sucesivamente sacrificados, ora á sus presentimientos, ora á sus terrores. Sospechando que habia de morir á filo de acero tenia miedo á las espadas, y sólo á pesar suyo emprendia la conquista y el saqueo de las naciones extranjeras cuya emancipacion proclamaba.

Esto no obstante llegó un dia en que conoció ser indispensable una prudente diversion, y tomar la idea revolucionaria como cauce por donde se escurrieran el sordo encono de que sabia ser ella la causa y el objeto. Entónces sus escritores y oradores quisieron hacer un dogma de la destruccion, y colocados en las amontonadas ruinas se atrevieron á señalar el camino á la tempestad. Con razon habian temido ser ahogados por los franceses en la sangre misma de Francia, y en aquel momento habló la revolucion de emancipar á los pueblos, de romper sus cadenas, y de hacerles á todos, por medio de las bayonetas, libres, ciudadanos y hermanos. Dirigióse primero á los estados de segundo órden y despues á las nacionalidades extinguidas, esto es, á aquellos reinos ya muertos que por necesidades interiores ó por circunstancias militares ó políticas son agregados á imperios más poderosos.

No habia llegado aun la hora de los refugiados ó proscritos; las turbulencias nativas de los emancipadores por oficio de las nacionalidades oprimidas sólo en gérmen se mostraban, y los sonámbulos de independencia ó unidad estaban todavía en el período del sueño.

Generaciones suceden á generaciones; usos nuevos son causa de modificaciones que, al trasformar hasta el espíritu nacional, nos impulsan y obli-

embargo llególe tambien su vez de ser puesto fuera de la ley y de oir al pueblo, ántes tan aficionado á sus discursos callejeros, saludar su muerte con cánticos y burlas. Aquel dia Barère fue justo por casualidad: maldijo al mismo pueblo que ántes le elevara, y en sus *Memorias*, dadas á la estampa por dos revolucionarios (*Memorias de Barère*, publicadas por los señores Hipólito Carnot y David de Angers, t. III, p. 28, Paris, 1843), exclamó: «Con el pueblo frances no hay mas que calumniar á los hombres útiles para perderlos sin remision. Los franceses y los parisienses en especial son de índole tan veleidosa y egoista que con folletos y periódicos perderian y proscribirian en seis meses á todos los ilustres varones de Plutarco, á ser la naturaleza bastante bárbara y pródiga para dárselos.»

Barère, presentándose como un Arístides ultrajado é invocando á Plutarco junto al cadalso de 21 de enero y de los infinitos crímenes por él ordenados ó legitimados, es fiel resúmen de la moral y del estilo de la revolucion.

(1) *Julii Cæsaris commentar.*, p. 239 (1570).

Digitized by Google

gan á vivir y á contentarnos con lo posible, ya que de lo imposible solo Dios dispone. Sin duda que debe ser muy doloroso para una nacion señalada con el providencial sello sentir aun vida en sus miembros y ser borrada sin embargo de la lista de los reinos. Mas ¿qué sorpresa ha de causar á hombres que sigan el sendero de la vida con la antorcha de la historia en la mano, un hecho que está sucediendo hace seis mil años á los pueblos todos, sin exceptuar los de constitucion más robusta? La muerte de los unos y el nacimiento de los otros es cosa en sí muy normal, y aunque mentalmente puede el hombre rebelarse contra la inmutable ley de la destruccion de las razas y de la trasformacion de las nacionalidades, no tiene otro medio que pasar por ella, como que entra en designios más altos que cuantos forma la inteligencia humana. Una nacion que haya sido repartida como la vestidura de Cristo nunca abandona el sepulcro para recobrar nueva existencia.

La revolucion no paró miéntes en ello por más que sea esa idea el fundamento de la historia; quizas no sabia lo que en todas partes y especialmente en las ruinas está escrito, es á saber: que los pueblos tienen sus horas de elevacion y grandeza y sus años de decadencia, y que llegado el momento de caer la losa del sepulcro sobre una nacion ó un hombre es imposible de toda imposibilidad á la criatura galvanizar el cadáver. A contar desde que existen anales de la humanidad no vemos que sirvan para otra cosa sino para registrar el anonadamiento y desaparicion de razas é imperios.

En la aurora de la revolucion sólo en lo más íntimo del alma de cinco ó seis patriotas aislados se habria hallado un recuerdo de los pasados dias y como una levadura de encono. Despertar y excitar á este fue la obra emprendida por la idea revolucionaria, y despues, así que imaginó que los pueblos habian de estar sazonados para una insurreccion general, llamólos á las armas y á la libertad. Una proclama traducida por ella misma á todos los idiomas y llevada á los confines del mundo, sirvió como de precursora á los desbragados convertidos de pronto en apóstoles humanitarios. La proclama decia así:

« Hermanos y amigos, hemos conquistado la libertad, y la conservarémos. A ofreceros venimos el goce de ese bien inestimable que os perteneció siempre, y que vuestros opresores no pudieron arrebataros sin delito. Expulsados vuestros tiranos por nosotros os toca manifestaros hombres libres, y si así lo haceis escudo vuestro serémos contra su venganza y sus maquinaciones. Desde ahora la nacion francesa proclama la soberanía del pueblo, la supresion de cuantas autoridades civiles y militares os han gobernado hasta hoy y de cuantos tributos pagueis, sea cual fuere la forma en que existan: quedan abolidos el diezmo, el feudalismo, los derechos de señorío, así feudales como censuales, fijos ó eventuales, la servidumbre real y personal, los privilegios de caza y pesca, las prestaciones, los peajes, los derechos de puertas y en general todas las contribuciones con que vuestros usurpadores os agobiaron. Proclama tambien la abolicion entre vosotros de todas las corporaciones nobiliarias, sacerdotales ó de otra clase cualquiera, así como la de todas las prerogativas contrarias á la igualdad; y desde este instante, hermanos y

Digitized by Google

amigos, sois todos ciudadanos, todos iguales en derechos y todos llamados igualmente á gobernar, servir y defender la patria.

«Constituíos sin pérdida de momento en asambleas primarias ó municipios, y apresuráos á establecer vuestras administraciones y justicias provisionales: los agentes de la república francesa se pondrán con vosotros de acuerdo para afianzar vuestra ventura y la fraternidad que en adelante debe existir entre nosotros.»

Las nacionalidades oprimidas no se dieron prisa en responder á esas voces de la violencia. Polonia, Hungría, Italia, Bohemia y los divididos miembros del antiguo imperio germánico no encerraban en su seno elementos antisociales, y no engendraban aun los aventureros de insurreccion para quienes es conspirar una necesidad de cada hora y un goce de todos los instantes. No se alzaban aquellos pueblos á los acentos de la « Marsellesa » que se entonaba junto á ellos como un canto de nodriza; sordos permanecian á las provocaciones, y entónces la Francia revolucionaria tomó sobre sí la obligacion y el derecho de emanciparlos á pesar suyo. Bélgica fue la primera víctima de tan rara ventura; era aquella la invasion de la fraternidad; la bandera tricolor no daba sus pliegues al viento sino para proteger al débil contra el fuerte.

Mas apénas hubo sentido Bélgica el contacto de aquella gente perdida, la era de los despojos se anticipó para ella á la de la libertad: la emancipacion fraternal arruinó el comercio de los brabantinos, asoló sus campiñas y llevóles la servidumbre de aldea en aldea y de ciudad en ciudad. Los procónsules enviados por la convencion acumulaban tesoros al pié de la guillotina; saqueaban los palacios, exigian rescate á las chozas, y agotaban los recursos de la tierra; saciábanse de oro, hartábanse de sangre. Y como primer fruto de la reconquistada independencia llevaban á todas partes la profanacion, llegando á ser tan manifiestos los atentados de los hermanos y amigos de la nacionalidad oprimida, que la misma revolucion conmovida dió en 19 de marzo de 1793 el siguiente decreto:

«Con sentimiento ha sabido la convencion nacional las profanaciones que algunos ciudadanos han cometido en varias iglesias de Bélgica al extraer de ellas, conforme al decreto de 15 de diciembre último, los vasos y ornamentos de oro y plata inútiles y supérfluos para la dignidad del culto; y en su virtud decreta que el ciudadano que se propase á indecencias en los lugares consagrados á la religion, ó sea convicto de una profanacion cualquiera será denunciado y entregado á los tribunales para recibir el castigo que requiera la gravedad del caso.»

En aquella época era el ateismo la ley proclamada en Francia bajo el símbolo de las diosas de la Razon y de la Libertad. Asesinábase maquinalmente á quien tenia la buena suerte de creer en Dios, y cívicamente se torturaba á quien tenia la mejor aun de confesarlo. En Bélgica, empero, observábase cierta hipocresía para no asustar á los otros pueblos cuya emancipacion habia tomado sobre sí la asamblea convencional.

Y luego que en nombre de la libertad que no habia solicitado quedó Bél-

Digitized by Google

gica despojada de sus monumentos, y lloró perdidos á muchos de sus hijos y todo su dinero, la revolucion partió presurosa á regalar á otros oprimidos con los favores de su fraternidad.

Las provincias del Rhin, Holanda, Suiza é Italia viéronla casi á un tiempo caer sobre su territorio: ya que los pueblos no se precipitaban al encuentro de la revolucion, esta se precipitó sobre ellos, y de grado ó por fuerza los obligaba á sacudir el yugo de sus opresores. Sabia que la impaciencia es la primera pasion de la multitud, y que cuanto más audaz se mostrase en la usurpacion de los poderes mayor seria la flaqueza y sumision de las almas, y por esto consistió su política en querer secarlo todo para todo erradicarlo. Cubrió de escarnio la existencia pasada de las naciones, su nombre, sus recuerdos y su lengua, y en todas partes donde sentó la planta cometió su mano en el momento mismo un despojo público ó privado.

Los primeros emancipadores de 1793 veian claramente que no estaba la tierra preparada para recibir la semilla de destruccion. Con disgusto condescendia el pueblo en recibir los feroces abrazos de sus fingidos libertadores, y como sospechaba de ellos y manifestábales vagos recelos, se complacieron en descorrer del todo el velo. En la Suiza y la Holanda republicanas, así como en Italia y en las provincias del Rhin, adoptaron el mismo principio de opresion y aplicaron igual sistema de ruina. La contribucion de sangre corrió parejas con las impuestas á la tierra y al capital; el tesoro público fue en todas partes saqueado, y así sucedió tambien en Suiza, donde los ciudadanos Rapinat, Grugeon y Forfait se mostraron dignos por sus actos del nombre con que la Providencia los señalara (1). Los bienes propios de los pueblos fueron secuestrados y vendidos al patriota que ménos ofreció por ellos; violáronse los templos, y en seguida, cansada de la hipócrita fraternidad, sujetó la revolucion á la gleba de sus victorias á aquellos estados libres, independientes y ciudadanos ántes que ella existiese. Los buitres tricolores comenzaron su obra de asimilacion, ó por mejor decir de destruccion, y perseveraron en ella y la continuaron por sistema.

Poco á poco la credulidad de los pueblos fué acostumbrándose á la farsa de las nacionalidades oprimidas, é insensiblemente se habituaron á ver que el despotismo se hacia abanderado de la libertad. En breve, aceptando el papel de ilotas constitucionales, venderán regatones la sangre de sus hijos al Moloc revolucionario.

En la guardaropa de todos los teatros hállase un esqueleto de carton que sale del escondido armario en que está relegado segun las necesidades de la escena; entónces el maquinista lo cubre con un largo sudario; el lampista coloca en él dos ojos relumbrones; el primer comparsa que se presenta pronuncia por él entre bastidores con voz hueca y sepulcral ciertas palabras cabalísticas que desde el primer dia tienen la propiedad de infundir terror en el pecho de niñeras y nodrizas; y hecho ya el juego, el esqueleto vuelve á su

(1) *Rapiner* significa en frances *robar*; *gruger* comer á costa de álguien, derrochar caudales ajenos, y *forfait* maldad, fechoría ó crímen. — *N. del T.*


Digitized by Google

escondrijo para no ser sacado de él hasta la funcion próxima. Pues bien, esa fantasma de la muerte, presentada en medio de los rayos y truenos de la turba cómica es la imágen de Polonia, es la memoria de Hungría, es la evocacion de Italia, trituradas en la farmacopea revolucionaria, que sirven á un tiempo de espantajo á Europa y de pararayos á los que se aprovechan de tan cándidas credulidades.

En su « Conjuracion de Fieschi » el cardenal Retz ha dicho : « Los grandes nombres son siempre grandes razones para los ingenios pequeños, » y la exactitud y profundidad de estas palabras quedan de manifiesto cada vez que la revolucion mueve sus comparsas de nacionalidades oprimidas por el tablero de la autonomía é independencia de los pueblos. Los principales caudillos de las tropas francesas, sus generales más dignos de este nombre, no aceptaban ya sin murmurar el encargo de ideólogos á mano armada; repugnábales pelear por conquistas metafísicas, ó desempeñar en Europa el apostolado democrático y antisocial, y en su primera campaña de Italia Bonaparte hizo llegar al directorio el eco de ese legítimo disgusto. En un escrito confidencial, con aquel estilo tan suyo que abre brecha en el amor propio y que dice exactamente lo que se propone sin curarse de las heridas causadas á la vanidad, trazó en pocas líneas el retrato de los italianos; desde su cuartel general de Passariano en 16 de vendimiario del año VI (7 de octubre de 1797), escribió lo siguiente al ministro de relaciones exteriores:

« Conoceis muy poco á estos pueblos, y os digo que no merecen que por ellos sean enviados á la muerte 40,000 franceses.

« Veo por vuestras comunicaciones que desde el principio habeis partido de la equivocada hipótesis de que la libertad mueve á grandes acciones á un pueblo afeminado, supersticioso, bufon y cobarde.

« Vuestro deseo seria que hiciese yo milagros, y esto no está en mi mano. No tengo en mi ejército ni un solo italiano, excepto, á lo que creo, 1,500 tunantes recogidos en las calles de varias ciudades de Italia, los cuales no hacen mas que robar y no son buenos para maldita la cosa.

« No os dejeis embaucar por los aventureros italianos que se hallan en Paris; no los creais cuando os digan, por más que algun ministro lo repita, que hay 80,000 italianos con las armas en la mano: á lo que voy viendo, así por los periódicos como por lo que me escriben, la opinion pública en Francia anda muy descarriada por lo que toca á los italianos.

« Desde mi llegada á Italia puedo decir que el amor de los pueblos por la libertad y la igualdad no me ha servido de nada, ó á lo ménos de muy poca cosa ; los verdaderos auxiliares del ejército de Italia han sido su excelente disciplina, el profundo respeto que todos hemos tenido por la religion, respeto llevado hasta el punto de halagar y adular á sus ministros, y más que esto aun la gran actividad y prontitud con que hemos reprimido las maquinaciones y castigado á los que se alzaban contra nosotros. Esto es lo histórico; todo lo demas que se dice en proclamas y discursos impresos es fábula y ficcion. »

Bonaparte, Pirro que no tuvo jamas su Cineas, al hacer de este modo la

Digitized by Google

autopsia y al poner en su punto á una nacionalidad oprimida sin duda que no pensaba en coronar á Italia con las flores de una redencion imposible, y sobretodo no queria ahondar la sima, pues sabia que para llenarla habria sido preciso todo el oro y toda la sangre de Francia. La convencion y su junta de salud pública habian desistido de la idea de atacar los estados pontificios; pero despues de las primeras victorias en Italia del general Bonaparte comunícasele órden de apoderarse del patrimonio de San Pedro. Elúdela el general, y propone un armisticio al Papa, armisticio que, si bien dejaba en pié el trono pontificio, era el comienzo del despojo de Roma y de sus museos (1). Impónese á la Iglesia y al estado una enorme contribucion de guerra; mas aunque íntegramente pagada no satisface esto al directorio, el cual, entre orgía y orgía, se entrega al alegre pasatiempo de instalar en las iglesias de Paris el culto de la teofilantropía, del cual es inventor uno de sus individuos, por nombre Réveillère-Lepaux. Lo que quiere es el deshonor del Pontífice supremo y el envilecimiento de la Sede apostólica, y exige de Pio VI que anule y se retracte de cuanto dijo en sus breves relativos á la constitucion del clero.

Y aunque esa constitucion no duró mas que una aurora ó un discurso, aunque no formaba ya parte de las leyes de la república, y, virtualmente abolida, sólo sirvió de puente para ir al ateismo legal, el directorio, apasionado por las ridiculeces y las confusiones de igualacion, no se para en tan poca cosa. Para él que con un decreto de 8 de ventoso del año IV dispuso á monton que fueran cerradas una casa de juego, un figon, la iglesia de San Andres, una sociedad anarquista y el teatro de la calle de Feydeau, la constitucion civil es cosa tan indiferente como la libertad de los italianos y la gloria de la patria. En ella ve, sin embargo, una espina para atormentar al Pontífice, y queriendo que este públicamente se retracte y la sancione aun que no exista, se obstina en pedir «que el Padre santo revoque sus actos desde 1789 por haber sido su rectitud inducida á error por comunes enemigos.»

Con el puñal en el pecho y el ejército republicano en las fronteras del patrimonio apostólico rogábase insolentemente á Pio VI que diera á la revolucion aquella nueva prenda de paz y cariño. Críticas eran las circunstancias, y el Papa no quiso ceder á un natural impulso de indignacion sino que llamó y consultó sobre el caso á doce cardenales. Leonardo Antonelli y Gerdil (2), lumbreras ambos de la Iglesia, varones á quienes el deseo de conciliacion no quitaba jamas fuerzas al tratarse de cumplir con el deber, establecen con entereza los inmutables principios de la política sagrada, y por unanimidad declara la congregacion de cardenales « que la pretension del directorio es

(1) El artículo 8.º del tratado de 5 de mesidor del año IV establecia que el Papa hubiese de entregar á la república francesa cien cuadros, bustos, vasos ó estátuas, á eleccion de dicha república, la cual reclamaba particularmente el busto de bronce de Junio Bruto y el de mármol de Marco Bruto.

(2) En el año 1773 al reservar Clemente XIV como cardenal *in petto* á Segismundo Gerdil, le designó con estas palabras: *Notus orbi, vix notus Urbi*, caracterizando así la gran fama del escritor y la humildad del barnabita.

Digitized by Google

inadmisible, que ataca á la Iglesia en sus fundamentos, y que ántes debe el Papa padecer martirio que violar las leyes de la Iglesia.»

Esto era segundar las íntimas aspiraciones de Pio VI y dar al augusto anciano el consejo que apetecia. El Sacro colegio le hacia entrever un próximo martirio, y el Papa se limitó á decretar lo siguiente: «No se altere nada en esta resolucion, y Nos la sostendrémos aunque hubiese de costarnos la vida.»

El directorio declaró al Pontífice inficionado de fanatismo. El Papa, que habia hablado y obrado dentro del círculo de sus derechos y obligaciones, no quiso ni pudo retractarse, y entónces se dijo, como se dice siempre sin prueba ninguna, que le rodeaban intrigantes y hombres facciosos, y que, dominado por uno y engañado por otros, no era ya libre en sus acciones. Para devolverle la libertad la revolucion dió órden á su ejército de marchar sobre Roma.

Al principio de su carrera Bonaparte, que no habia salido aun de su oscuridad, sólo un vago presentimiento abriga de sus grandezas futuras; mas ya fuesen principios religiosos depositados en lo más íntimo de su corazon, ya designios de alta trascendencia política, prefiere correr con su ejército republicano á nobles batallas á unir su nombre al saco de Roma y á la ruina de la Iglesia, y siente repugnancia en ser ejecutor de las venganzas del directorio y en realizar los sacrílegos deseos de la incredulidad, que se lisonjea de ver llegar por fin el último dia del catolicismo. Oprimir al Papa y convertirse en destructor instrumento en manos de legistas es para él vergüenza que desea evitar sin comprometer por ello su elevada posicion, y en 21 de octubre de 1796 escribió en estos términos al cardenal Mattei: «Salvad al Papa de una gran desgracia; pensad que para anonadar su poder sólo necesito quererlo.»

A esa amenaza que abria un puerto en medio de la tempestad, el cardenal Mattei contestó así: «El Sumo Pontífice, depositario en la tierra de los preceptos de que dió ejemplo Jesucristo á sus fieles discípulos y al mundo todo, ha procurado siempre conservar en la cristiandad paz y armonía y personalmente se ha prestado á cuantos sacrificios ha podido permitirle la moderacion más cabal. Cuando Francia, trastornada por los desgraciados acaecimientos que desde hace siete años la afligen, llenó de duelo su alma y su corazon, acordóse de que por su estado era padre de los cristianos; y cuando vió á los hijos de la Iglesia encenagarse en horribles extravíos pensó que sólo le tocaba emplear medios suaves, esperando en Dios que se dignaria curarles de su ceguedad y volverlos á la senda de lo razonable y justo. Animado por esos principios Su Santidad, desprendido de todo lo temporal, ha condescendido á sacrificios muy importantes para conservar la paz del estado y de la Iglesia con Francia, cuando las victorias de vuestro ejército de Italia han cegado hasta tal punto á vuestro gobierno que, no contento con haber esquilado la oveja hasta lo vivo, quiere ahora devorarla, y con intolerable abuso de la buena fortuna exige que el Papa le sacrifique su alma y la de los pueblos cuya administracion le está confiada, alterando y destruyendo por completo las bases que constituyen los principios de la religion cristiana, del Evangelio, de la moral y de la disciplina de la Iglesia.

«Consternado Su Santidad por tan injustas pretensiones se ha recogido en

Digitized by Google

el seno de Dios para rogar al Señor que se dignara iluminarle é inspirarle lo que habia de practicar en situacion tan penosa; y sin duda que fue inspiracion del Espíritu Santo el recuerdo que trajo á su memoria el ejemplo de los mártires. En vano solicitó que accediese el directorio á condiciones puestas en razon; no consiguiéndolo, la córte romana ha tenido que disponerse á la guerra, y Europa entera juzgará quién ha sido el que de los dos la ha provocado. La muerte con que pensais intimidarnos, señor general, es principio para los hombres de bien de la dicha de la vida eterna, y es igualmente término y conclusion de las aparentes prosperidades de los malos y comienzo de su suplicio, si ántes no lo han comenzado los remordimientos.

«Formidable es vuestro ejército, mas por experiencia propia sabeis que no es invencible; á él opondrémos nuestros recursos, nuestra constancia, la confianza que la buena causa inspira, y sobretodo el favor de Dios que esperamos tener de nuestra parte. No se nos oculta que incrédulos y modernos filosófos tienen por cosa de burla las armas espirituales; mas á ser la voluntad del Señor que llegue el caso de emplearlas, sin duda que vuestras falanges experimentarán su eficacia de un modo muy funesto para ellas. Con vos convengo en que ha de daros escasa gloria la guerra que hagais al Pontífice; pero en cuanto á los peligros que segun vos no ofrece, nuestra confianza en Dios no nos permite creer que existen sino para vos y los vûestros.

«Y llegando ahora al objeto de vuestra carta, debo deciros que si vos deseais la paz, nosotros la deseamos más que vos. Otorgádnosla con condiciones equitativas en las que puedan convenir nuestros fieles aliados, y nosotros y ellos estamos dispuestos á firmarla. Su Santidad por su parte hará para alcanzarla cuantos sacrificios no se opongan á su deber y obligacion.

«Creemos, señor general, que en cuanto á vos os inclinais á los principios que la justicia y la humanidad inspiran á los hombres de bien, y tendré siempre gran satisfaccion en poder contribuir con vos á la obra saludable de la paz.

«Cardenal Mattei.»

Pio VI estaba rodeado de enemigos; la revolucion no ocultaba su fin ni sus esperanzas, y la Iglesia, amenazada en sus derechos y viendo invadido su territorio, acudió á sus aliados, é invocó la proteccion de Austria. El cardenal Busca, secretario de estado, y el prelado José Albani trasmiten el ruego al emperador Francisco; mas sus palabras no fueron escuchadas, ó cuando ménos procuró el baron de Thugut eludir la dificultad.

Bonaparte avanza á la cabeza de sus tropas; la victoria sigue sus pendones, y en un tiempo en que los sacerdotes fieles á su Dios sólo hallaban perseguidores en la república francesa, en un tiempo en que los presidios de la isla de Ré, Cayena y Sinnamari se llenaban cada dia de infractores de la ley por conciencia y honra, Bonaparte otorgóles espontáneamente su amparo. Pio VI habia cubierto con su égida á los sacerdotes desterrados, y el general los cubrió con su espada: por un edicto expedido en Macerata en 27 de pluvioso del año V, el vencedor cumplió el deseo más ferviente del vencido.

Digitized by Google

No dejaba acto semejante de ofrecer peligro, y tanto se oponia á los designios del directorio y á los rencores revolucionarios que nadie en aquel entónces acertó á dar explicacion del mismo. Y no fue esto solo: miéntras en Paris la demagogia y la impiedad celebraban ya la caida de la Sede romana, en Italia el caudillo del ejército victorioso escribia en estos términos al cardenal Mattei: «Suceda lo que suceda, ruégoos, señor cardenal, que asegureis á Su Santidad que, sin clase alguna de temor, puede permanecer en Roma. Primer ministro de la religion como es, hallará en concepto de tal proteccion para sí y para la Iglesia.»

Evidente era que Bonaparte frustraba los planes del directorio y de los adversarios todos de la Iglesia, porque, si bien es mucha verdad que el tratado de Tolentino la empobrecia, y así le quitaba la mejor parte de su territorio como consumaba el despojo de sus artísticos tesoros, la fe, aun con muy duras condiciones, permanecia intacta lo mismo que el honor. La Cátedra de Pedro no era derribada; no se exigia ya á Pio VI que entrara en fraternales pactos con las apostasías constitucionales, y Bonaparte se detenia en las puertas de Roma, como para manifestar que seria siempre su respetuoso defensor.

La revolucion contempla absorta tanta deferencia, y el «Monitor» procura indagar sus causas sin acertar á conseguirlo. La revolucion debia tomar en breve el desquite.

El pueblo romano amaba el Pontificado que es su fuerza, su gloria y su opulencia; considéralo como una herencia de familia, y con orgullo cuenta los nombres inmortales que han salido de la oscuridad del claustro ó de los modestos cargos sacerdotales para llegar al poder supremo; mas en aquella época de turbacion habia en la misma Roma abogados, literatos, médicos, artistas, nobles arruinados, descontentos, ociosos ó degradados que soñaban con tomar por pedestal la democracia: sin duda aquellos nobles habrian hecho con mayor facilidad la prueba de limpieza de sangre que la del valor y gratitud. Y á esto el directorio, que no podia vencer la instintiva repugnancia de Bonaparte en apoderarse de la capital del mundo cristiano, imaginó que con artificios y malas artes podria triunfar sin su general del catolicismo y del Pontificado.

Unos cuantos soldados franceses, movidos por los comisarios de la república, comienzan en Ancona la obra, é inauguran la nueva era. En vez de la conquista se emplea la anarquía, y el fanatismo de impiedad abre la puerta á los excesos todos. Grande como era la miseria en Roma y en el estado, los instigadores, regimentados por la revolucion, se esfuerzan en aprovecharla para sembrar por todas partes desaliento y encono, al tiempo que con rara buena suerte Pio VI que, rodeado siempre de males, habia logrado preservar de ellos á la Iglesia, era aun más que nunca el padre de la patria y se veia sin cesar aclamado por los transteverinos y los moradores de los Monti como salvador del pueblo. Pero los agentes del directorio empujan á los italianos á la insurreccion y los convierten en sus sicarios ó cómplices; en las calles de Roma óyense los estribillos de la «Carmagnole» y del «Ça ira»



de 1793, y en las esquinas se fijan pasquines que proclaman sin rodeos los designios de la revolucion :

Non abbiamo patienza,
Non vogliamo più eminenza,
Non vogliamo Santità,
Ma egualianza e libertà.

Esto se cantaba en Roma : la aurora del reinado de unos pocos furiosos de progreso italiano y de humanidad masónica despuntaba en el horizonte. Unos libreros franceses, un judío (1) y siete patriotas romanos se conjuran para proclamar la república; descubierta su trama, otras se urden. El Papa está agonizando; importa aprovechar aquel instante, y luego, previendo un fallecimiento próximo, llegar con séquito de Brenos patibularios y reemplazar la tiara con el gorro frigio.

Ya en 13 de enero de 1793 dos ciudadanos franceses, llamados Flotte y Bassville, secretario este de legacion en Nápoles, intentaron, por medio de actos tan insólitos como odiosos, provocar al pueblo romano; y el pueblo se levantó, sí, pero contra los incitadores. Bassville cayó mortalmente herido, y aunque en su hora postrera confesó su delito y manifestóse arrepentido, no por ello dejará de ser eternamente uno de aquellos héroes mártires cuya muerte la revolucion, que tanto provecho sabe sacar de la mentira, utilizará siempre.

En 28 de diciembre de 1797 habian adquirido los acaecimientos muy rápido curso; mas el directorio, para el cual era aquel siempre lento, dispuso, á fin de precipitarlo aun más, asonada tras asonada. El motin, dirigido por los alumnos de la academia francesa, empieza su papel: ataca á las tropas pontificias, y rechazado puede refugiarse en el palacio de la embajada, donde tenia su cuartel general. José Bonaparte, embajador de la república, y el general Duphot salen á la calle, y el segundo al excitar á los amotinados queda muerto en la pelea. Este suceso muy natural y sobretodo muy excusable proporciona á la revolucion el pretexto que por tanto tiempo buscara : miéntras no pasa de ser una minoría turbulenta, tiene aquella por principio pedir y exigir el imperio de la ley, movida por la necesidad en que está de amparar con el derecho de gentes á los sicarios que emplea; mas una vez alcanzada la victoria por violencia ó sorpresa no conoce mas ley que su voluntad; la fuerza, el terror y la arbitrariedad son los elementos constitutivos de su poder.

Dos meses y medio ántes de esa insurreccion, en 10 de octubre, escribia el directorio á José Bonaparte, su ministro plenipotenciario en la córte de Roma, lo siguiente: «Dos cosas os toca practicar: 1.ª impedir que el rey de Nápoles vaya á Roma, y 2.ª fomentar léjos de contener las buenas disposiciones de cuantos opinen ser llegado ya el tiempo de que acabe el reinado de los Papas; en una palabra, favorecer el vuelo que el pueblo de Roma toma al parecer hácia la libertad. »

De creer es por decoro nuestro que el embajador de la república francesa

(1) Los libreros se llamaban Bouchard hermanos, y el judío, Isaac Ascanelli.

Digitized by Google

no siguió al pié de la letra instrucciones semejantes ni autorizó la celada diplomática que trasformó en agente de rebelion internacional á un hombre revestido de sagrado carácter; pero ello es verdad que la insurreccion fomentada por el directorio estalló en Roma al amparo del pabellon frances. Duphot habia sido víctima cuando ménos de una provocacion suya inmotivada, y en mayo de 1801, Cacault, sucesor de José Bonaparte en el cargo de embajador, no vaciló, en un despacho dirigido al primer cónsul, en llevar más léjos la justicia. «Como yo sabeis, escribe á Napoleon, los pormenores del deplorable suceso. No habia órden de hacer fuego ni de matar á nadie: el general fue imprudente; digámoslo de una vez, fue culpado, y en Roma existia un derecho de gentes lo mismo que en todas partes.»

El directorio sabia esto tan bien como Bonaparte y Cacault, pero necesitaba un pretexto para legitimar un atentado. Hemos visto la explicacion del caso hecha por el embajador de la república; veamos ahora la que da el gobierno pontificio por medio del cardenal Consalvi, asesor que era entónces de la congregacion, militar ó sea ministro de las armas; una y otra son idénticas. En sus Memorias inéditas Consalvi refiere en estos términos la muerte del general Duphot: «El general, hombre de pocos años, de índole fogosa y gran republicano, quiso promover un motin en Roma para derribar el gobierno pontificio. Al pié de las ventanas del embajador frances (el cual se llamaba José y era hermano del general Bonaparte) habíanse reunido unas quinientas personas gritando: «¡Libertad! ¡viva la república francesa! ¡abajo el Papa!» y Duphot no vaciló en bajar á la calle y puesto á su cabeza guiarlas al ataque del cuerpo de guardia más inmediato, que era el de Ponte-Sixto. En un principio los militares se mantuvieron encerrados; pero viéndose insultados y hostigados, y no considerándose en seguridad en aquel punto, avanzaron contra el populacho. Este no retrocedió sin embargo, y en la crítica posicion en que estaban los soldados, uno de ellos disparó el fusil, queriendo la fatalidad, ó por mejor decir la Providencia en sus ocultos designios, que aquella bala única alcanzase en medio de la multitud al general Duphot que la capitaneaba y le dejase sin vida. Asustada la turba se desbandó, y al dia siguiente dióse sepultura al cadáver.

«Esta muerte, aunque casual y resultado de un acto de pura defensa de parte de los soldados, así como provocada por la de la víctima por criminal proyecto, sumió al gobierno y á la ciudad en indecible consternacion. El desenlace de la agresion no podia ser al momento conocido de todos, y así que los malos supieron que la lucha habia empezado y la revolucion estallado, se pusieron en armas y salieron á la calle; oyéronse varios fusilazos, y en distintos puntos de la ciudad hiciéronse tentativas que quedaron frustradas por las activas disposiciones militares adoptadas por la autoridad... Una de las primeras atenciones fue velar por la seguridad de la persona y del palacio del embajador frances, y dentro de poco tiempo todo volvió á su ordinario aspecto. Esto no obstante, al dia siguiente marchó el embajador de Francia sin que pudieran detenerle en Roma ruegos del gobierno ni promesas de

Digitized by Google

la satisfaccion más completa. Ya que no culpados queríase que fuésemos responsables de lo sucedido. »

No hay ya para el Pontífice mas libertad que la de sus dolores, y el cardenal Doria, su secretario de estado, los exacerba aumentando el mal con la humildad de sus súplicas. La córte romana estaba tan inocente como el pueblo y el ejército en el imprevisto acaecimiento, y era preciso considerarlo como un caso de fuerza mayor; en vez de hacerlo así, Doria y José Bonaparte quedaron ambos desvanecidos y como fuera de sí, y el directorio y Talleyrand, obispo apóstata de Autun, su ministro de negocios extranjeros, se prevalieron de aquella doble debilidad.

Al cardenal Busca, cuya vigilancia y firmeza temian los demagogos, acababa de suceder el cardenal Doria, exnuncio en Paris, quien se creia obligado á favorecer los intereses franceses aun cuando fuesen revolucionarios. Y favoreciólos probablemente más aun de lo que él deseaba. Su flojedad, el escaso nervio de sus actos indignaban á los antiguos cardenales y á los noveles prelados, al considerar que dejaba la Santa Sede á merced de algunos facciosos desde el momento en que acusaba y hacia responsable de lo acaecido al ejército, que tan lealmente acababa de cumplir con su deber.

Por lo general no eran la energía y la iniciativa dotes propias del directorio, el cual, viviendo para salir del dia, se limitaba á proscribir un poco y á intrigar muy mucho: puede decirse que era la inmoralidad empequeñecida por la ridiculez ó la afrenta y deseosa de que se le perdonase el crímen por medio del despilfarro de la fortuna pública. Esto no obstante, apénas se recibe en el Luxemburgo la noticia de la muerte del general Duphot, rodéase el directorio de lloronas, manda que la patria vista de luto, y se apresura á adoptar las disposiciones de antemano convenidas; comunícase al ejército frances la órden de marchar contra la ciudad de Roma, y como Bonaparte no es ya su caudillo tendrá la desgracia de llegar hasta ella.

El Pontífice extenuado más por la afliccion que por los dolores físicos reune las escasas fuerzas que le quedan al considerar la inminencia del peligro. Rodéase del Sacro colegio, comunica á su gobierno nueva vida, y convencido de que es inútil la resistencia, ordena á sus tropas que se retiren delante de los franceses para evitar el derramamiento de sangre. Sin disparar un tiro entran aquellos en la capital del mundo cristiano, y el triunfador general Berthier inaugura la segunda república con la siguiente composicion de colegial:

«Manes de los Catones, Pompeyos, Brutos, Cicerones y Hortensios, recibid el homenaje de los franceses libres en el Capitolio, allí mismo donde tantas veces defendisteis los derechos del pueblo é ilustrasteis la romana república. Los hijos de los galos, llevando en la mano el olivo de paz, vienen á este lugar augusto para restablecer los altares de la libertad erigidos por el primer Bruto. Y ¡tú, pueblo romano, que acabas de recobrar tus legítimos derechos, no olvides la sangre que corre por tus venas, pon los ojos en los monumentos de gloria que te circundan, y recobra la antigua grandeza y las virtudes de tus mayores! »

Digitized by Google

Una diputacion de judíos, extranjeros y mercenarios de la república, representantes de los manes de los Catones, Pompeyos y Brutos evocados por el futuro príncipe de Wagram, vicecondestable del imperio frances, se atreve á decir á Pio VI, en nombre del pueblo libre y soberano de Roma, que se le despoja de sus derechos temporales para no ser á contar desde aquel glorioso dia sino un ciudadano como los demas. Este primer insulto queda sin respuesta; pero cuando el general Cervoni, gobernador de Roma, tiene el descaro de ofrecer á la augusta víctima la escarapela nacional que ha de investirle de los derechos cívicos, Pio VI contesta: «No hay para mí otro uniforme que aquel con que me honró la Iglesia. Teneis omnímodo poder sobre mi cuerpo, pero mi alma es superior á vuestros golpes. No necesito pensiones. Un baston por báculo y un tosco sayal bastan á quien ha de morir tendido en ceniza y cubierto de un cilicio. Bendita sea la mano del Omnipotente que así hiere al pastor y al rebaño; mas sabed que aunque así podais destruir las moradas de los vivos y los sepulcros de los difuntos, la religion es eterna, y así como existia ántes que nacierais, existirá cuando habréis muerto y se perpetuará hasta la consumacion de los tiempos.»

Los revolucionarios contaban con esa negativa, y ella da la señal del saco y pillaje. En nombre de la demagogia universal un lazarista apóstata y regicida, por nombre Juan Bassal, y un calvinista suizo, llamado Haller, dirigen y presiden la rapiña, que ademas de caer sobre el tesoro público, los museos y la hacienda de los ciudadanos particulares, despoja al Pontífice de cuanto personalmente le es propio. No contentos aun le insultan y le ultrajan; en su presencia se reparten sus vestiduras como lo hicieron los deicidas con la del Hombre de dolores, y oblíganle á asistir á la proscripcion del Sacro colegio. Imitadora de su madre y hermana de Francia, la república romana confisca y destierra miéntras espera ocasion de asesinar. Los cardenales Albani, Busca, York, Mattei, Gerdil, Antonelli, della Somaglia, Rinuccini, Braschi, Archinto, Roverella, Archetti y Borgia padecen la misma suerte que estaba destinada al Sumo Pontífice.

Los ciudadanos, improvisados por un parcial desórden, habian acariciado la idea de ser libres; pero la revolucion lo arregló de una manera que, haciendo de ellos ménos que esclavos, los disfrazó de comparsas. La misma revolucion habíales permitido esperar que luego de sentar la planta en las ignominias cívicas podrian llevar la mano á los despojos organizados por el directorio y sus comisarios; mas en vez de suceder así obligóles á contribuir como los demas á la salvacion de la patria.

Emancipada Roma, pero arruinada, hace su primer aprendizaje de la libertad, la igualdad y la fraternidad, triple quimera que se unifica en la muerte, y que desde el principio del mundo engendra mayor número de mártires que de verdugos. Pio VI va á recorrer hasta el Calvario el camino de la cruz que la revolucion le señala; llegado habia para él el momento extremo en que todo al parecer nos abandona, y con Montaigne podia exclamar: «Nuestras fuerzas no lo pueden todo, y muchas son las ocasiones en que, como

Digitized by Google

áncora postrera, conviene confiar la derrota de nuestro bajel á los cuidados del cielo (1).»

En efecto, la cristiandad y el Pontificado estaban en lucha con un enemigo astuto y feroz como ninguno. Siglos hacia que un pensamiento hostil á la Iglesia romana y al Pontificado se habia encarnado, ora en los heresiarcas y utopistas, ora en los filósofos é incrédulos, ora en fin en ciertos sacerdotes sedientos de una popularidad de mala ley; y para minar por la base el edificio católico preciso era que la calumnia arrancara al Papa su corona, sus dominios y poder, y así, llegado el dia de las aflicciones cristianas y de los hundimientos sociales, dejarlo sin patria y sin defensores á merced de las burlas del impío y del vaiven de los acaecimientos. Con un solo golpe la revolucion alcanzaba ambos objetos.

En los tiempos en que reinaba la fe y en que la razon pública no consentia en que sofistas le trazaran el camino que debia seguir, nunca los adversarios de la Santa Sede habian pensado en poner en tela de juicio su autoridad temporal, pues príncipes y pueblos, al respetar sus derechos de propiedad sobre territorios legítimamente adquiridos, comprendian sin esfuerzo alguno que el padre comun de los príncipes y pueblos católicos habia de ser á su vez rey y soberano temporal é independiente.

La revolucion, más temeraria ó más favorecida por las circunstancias que Wiclef, Arnaldo de Brescia, Marsilio de Padua, Calvino, Brentzen, Pedro Mártir, los Centuriadores (2) y Gibbon, puso audaz la mano en el patrimonio de los Apóstoles. Su idea fija, su ilusion constante será siempre realizar ese despojo como punto de partida de las conflagraciones futuras, y por ello es que está interesada en falsear la historia, en suscitar de continuo objeciones más ó ménos capciosas, y en cubrir con la mayor oscuridad posible una situacion tan legítima como razonable.

Y sigue adelante en su obra, ora por medio de la violencia, ora apelando á la astucia y al engaño. Ocasiones hay tambien en que, conociendo que una melosa hipocresía puede servirle para alucinar á las almas cándidas, invoca las Sagradas Letras, y entónces, sometiendo á tortura algunos textos aislados que ha recogido como al vuelo, se presenta á enseñar á la Iglesia la doctrina de la pobreza y la ciencia de la desnudez. Apoyada en que no se halla escrito en parte alguna que el Papa deba ser soberano temporal y en que el espíritu del Evangelio sólo dicta paz, tolerancia y despego de los bienes mundanos, la revolucion convierte á sus tribunos, escritores y abogados en otros tantos casuistas y doctores, y en un dia dado acuden todos á profesar el Evangelio que ni siquiera han leido, y á hacer alarde ante el Pontificado supremo de moral y santificacion. A imitacion de san Mateo dice uno al Papa: «No poseais oro ni plata ni dinero en vuestras fajas; no alforja para el camino, ni dos túnicas, ni calzado, ni baston (3)»; otro que tiene cátedra de hu-

(1) *Ensayos* de Montaigne, t. III, c. 1.°

(2) Llámanse así unos historiadores luteranos de Alemania que compusieron una historia eclesiástica por centurias ó siglos. — *N. del T.*

(3) *Evang secund. Matth.*, X, 9 y 10.

Digitized by Google

mildad filosófica condena el lujo de la Iglesia, y descubre é interpreta para los depositarios de la fe la admirable sencillez con que el Hijo del hombre verificó su solemne entrada en Jerusalen: «Y trajeron la asna y el pollino, y pusieron sobre ellos sus vestidos, y le hicieron sentar encima (1)». Para poner á los sucesores de Pedro en contradiccion con Pedro mismo, los más sagaces se valen de las palabras dirigidas al pobre lisiado por el príncipe de los Apóstoles, y con él dicen: «No tengo oro ni plata (2);» y todos, en fin, apoderándose de aquella declaracion del divino Maestro: «Mi reino no es de este mundo,» quieren de propia autoridad y con citas mancas y desviadas de su verdadero sentido trastornar la economía de la Iglesia y ver si subsistirá el edificio destruidos que sean sus cimientos.

No debe ser el discípulo más que el maestro; lo mismo que á mí me han atacado os atacarán á vosotros, decia Jesucristo dirigiéndose á sus apóstoles y á san Pedro en especial: no es de admirar por lo tanto que el poder temporal del Pontífice halle tan numerosos adversarios cuando el de Dios levanta tan sacrílegas pasiones.

Eruditos, no de oro, sino de oropel, historiadores especulativos ó falsos, sacerdotes visionarios y legistas hinchados de ignorancia se han legado al traves de los siglos como una herencia de odio contra la Iglesia; á toda costa han de turbar su benéfico influjo en favor de los pueblos, seducir con vanos sofismas los pechos honrados aunque crédulos, é introducir en ciertos inofensivos entendimientos una confusion ó duda que redunda en beneficio del error. De ahí los combates sin paz ni tregua dados bajo mil formas distintas al poder temporal de los Pontífices; de ahí las fábulas lanzadas á la pública simpleza, fábulas que, segun el capricho de los sucesos, así son un tema imperial como una manifestacion demagógica; de ahí en fin la perpetuidad de imposturas históricas que, trasmitidas de generacion en generacion, han querido eternizar la idea de que los Papas, despues de haber usurpado el patrimonio apostólico, nunca supieron gobernarlo segun las necesidades y aspiraciones de los pueblos sometidos á su ley.

Idea semejante que se ha propuesto vulgarizar la insurreccion religiosa ó política, difundióse al amparo del protestantismo y del jansenismo; patrocináronla los galicanos y los filósofos del siglo XVIII, y sancionóla la revolucion francesa. Veamos, pues, hasta qué punto es justa, y para ello indiquemos en breves consideraciones el orígen, y demostremos sobretodo la legitimidad de los derechos de la Iglesia romana sobre el patrimonio de san Pedro.

En los primeros siglos cristianos no tuvieron los Papas mas independencia que la de las catacumbas ni otra soberanía que la del martirio; pero apénas Constantino hubo conocido que la cruz del Salvador, que fuera para él símbolo de victoria, era para todo el mundo lábaro de redencion, concedió á los Sumos Pontífices una autoridad temporal distinta y, por decirlo así, separada del imperio. Llegó despues el momento en que las invasiones de

(1) *Evang. secund. Matth.* XXI, 9

(1) *Act. apostol.*, III, 6.


Digitized by Google

los bárbaros y el triunfo del cristianismo causaron la ruina de la antigua sociedad romana, y entónces los pueblos de Italia, abandonados á sí mismos y no hallando sino sombras de príncipes en aquellos emperadores de Constantinopla, traidores, cobardes ó afeminados, colocáronse de grado bajo el cayado del único pastor que tenia fortaleza suficiente para protegerlos con sus virtudes y la santa audacia de consolarlos con sus oraciones. Constantino emancipó moralmente el Pontificado; los pueblos le invistieron por su espontánea voluntad del público gobierno. A la institucion que por sus preceptos, ejemplos y dolores les reveló la libertad religiosa y la emancipacion civil dieron los pueblos agradecidos y cuerdos por vez primera el poder de reinar, y en el comun peligro aclamaron al Pontífice por guardador de sus nuevos derechos.

En su trasformacion el antiguo mundo pasaba de un señor á otro señor, de un déspota á un eunuco, de una cortesana á un titiritero. El Oriente era pasto de retóricos; los bárbaros, acampados en las ruinas del imperio, disputábanse entre sí porciones de territorio y ciudades desmanteladas, y en medio de aquel mar de inmensos trastornos en los que no habia mas ley que la espada, mas elocuencia que el sofisma, ni mas derecho que la audacia, sólo la colosal imágen del Pontificado sobrenadaba á la vista de los pueblos, y sólo ella ejercia una autoridad aun respetada. Por esto, cuando el rey Pepino y su hijo el emperador Carlo Magno quisieron, dotados de superior ingenio, aclarar el tenebroso cáos, arrimáronse y adoptaron la idea matriz desenvuelta por Constantino; ántes de manifestarse generosos y espléndidos para con la Iglesia su madre, supieron ser justos; ántes de donar, restituyeron (1).

Y ese derecho de posesion y jurisdiccion el más antiguo entre todos, es tan indisputable, aunque disputado á menudo por ambiciones turbulentas, que herejes de buena fe han reconocido y acatado la evidencia del hecho, llegando Juan Godofredo de Herder, el Fenelon del protestantismo, á escribir lo siguiente: « A tener los emperadores, reyes, príncipes y caballeros de la cristiandad que presentar los títulos en virtud de los cuales fueron elevados á la autoridad, el gran Lama de Roma con su triple corona en la frente, llevado en hombros de sus pacíficos ministros, podria bendecirlos á todos y decirles: «Sin mí no seriais lo que sois. »

Lo que establecieran príncipes ilustres con un fin religioso y político, lo que habian aceptado muchos santos é inmortales Pontífices para consagrar la independencia de la Iglesia por medio de una soberanía inexpugnable, continuáronlo en épocas distintas personajes piadosos, y así fue como el Pontificado se enriqueció con vastos territorios que se convirtieron en sus manos en la hacienda del pobre, en el lujo de las bellas artes y ciencias, en recompensa del talento y en fecundo móvil y premio de la agricultura.

Señor en la fe é igual por lo ménos en la soberanía, podia y debia el Papa hablar alto como nadie á los reyes arrebatados por sus pasiones. Cuando no tuvo mas patrimonio que el hacha del verdugo, los pueblos le habian ve-

(1) *Della origine del Dominio de Romani pontefici*, por Orsi, p. 87 (Roma, 1754).


Digitized by Google

nerado; pero de hinojos le bendijeron cuando, haciéndose abogado de su perdida causa, salió por ellos fiador y amenazó con la celeste cólera á los tiranos que conculcaban los principios del derecho y la justicia.

Es indudable que el poder espiritual del Pontífice es distinto por esencia de su poder temporal, así como es distinta el alma del cuerpo; pero en su union está la vida. La soberanía terrena nunca será necesaria para la perpetuidad de la Iglesia, y ni siquiera le es útil, hablando de un modo absoluto, porque siempre que Dios se digna prodigar los milagros son muy débil recurso los medios ordinarios. Sin embargo, lo milagroso es siempre la excepcion, y de ahí que el hombre esté condenado á raciocinar conforme y sobre lo posible. Raciocinemos, pues, con esos datos ó, por mejor decir, demostremos que en todos los pueblos y en todas las comuniones fue aceptada la soberanía temporal de los Papas como prenda de independencia religiosa y de proteccion para los pueblos, y para ello evoquemos las autoridades más competentes.

En su « Discurso 4°. sobre la historia de la Iglesia (1) », hablando en nombre del galicanismo episcopal, Fleury se expresa en los siguientes términos acerca de los derechos temporales de la Sede romana:

« Todos esos derechos son legítimos, y no es lícito á la Iglesia ni á los seglares ponerlos en litigio; y volviendo ahora á la Iglesia romana, suma injusticia seria disputarle la soberanía de Roma y de gran parte de Italia de que se halla en posesion hace tantos siglos, siendo como es verdad que casi no hay soberano que pueda alegar título mejor que la prolongada posesion.»

Leibnitz, aunque protestante, va más léjos que Fleury, y sin alarmarse por las protestas que su idea debia originar al rededor suyo, no vacila en decir lo siguiente:

« Mi opinion seria establecer en Roma un tribunal que juzgase de las contiendas entre príncipes, siendo el Papa su presidente, del mismo modo que en otro tiempo fue en realidad juez entre los príncipes cristianos, para lo cual seria necesario que recobrasen los eclesiásticos su antigua autoridad, y que un entredicho y una excomunion hiciesen temblar á reyes y á naciones como en la época de Nicolas I ó de Gregorio VII. Bien sé que este proyecto mio es de tan fácil realizacion como el del presbítero Saint-Pierre; pero ya que estamos en hacer castillos en el aire, ¿por qué hallar á mal una ficcion que nos llevaria otra vez á la edad de oro (2)? »

La ilusion del ilustre filósofo luterano, la ilusion que, segun él, habia de restablecer en el mundo la edad de oro, ha sido con frecuencia la de otros entendimientos, y en nuestros dias dos emperadores al firmar la paz de Villafranca (11 de julio de 1859) concibieron la elevada idea de aplicar á Italia la presidencia que Leibnitz hacia extensiva á los príncipes todos. Y al propio tiempo que el escritor germánico ensalzaba á pesar de su culto las mejo-

(1) *Historia eclesiástica*, t. XVI.
(2) *Obras de Leibnitz*, t. V, p. 65.


Digitized by Google

res tradiciones de la humanidad, otro grande ingenio explicaba á la iglesia de Francia reunida las razones que militaban en favor del poder temporal de la Santa Sede.

« Quiso Dios, dijo Bossuet, que la Iglesia, madre comun de todos los reinos, quedase con el tiempo independiente de todos ellos en lo temporal y que la sede en que habian de residir la unidad y la fe se sobrepusiese á las parcialidades que podian producir los intereses distintos y las rencillas nacionales. La Iglesia, independiente en su Cabeza de todas las potestades temporales, hállase en estado de ejercer con mayor libertad para el bien comun, protegida por los reyes cristianos, la facultad celeste de regir las almas: manteniendo en su mano recta la balanza en medio de tantos imperios muchas veces enemigos, conserva la unidad en todo el cuerpo, ora con inflexibles decretos, ora con prudentes temperamentos (1). »

El protestantismo aleman y la ortodoxía francesa han manifestado su modo de sentir; el filosofismo, por órgano del presidente Henault, abunda en iguales opiniones. «No es ya el Papa como en un principio, dice, súbdito del emperador; desde que la Iglesia se propagó por el universo tiene que guiar á cuantos imperan en él, y por lo mismo ninguno debe imperar sobre ella. No es bastante la religion para infundir respeto á tantos soberanos, y por esto permitió Dios justamente que el Padre comun de los fieles alimentara con su independencia la veneracion que le es debida. Así, pues, es útil, es conveniente que tenga el Papa en propiedad un poder temporal junto con el ejercicio del espiritual (2). »

A impulso de la revolucion se han trasformado en Europa costumbres é instituciones; un viento de anarquía ha pasado por las más claras inteligencias, impeliéndolas á sacrificar la verdad y la justicia á sofismas sólo por ser estos populares. Sin embargo, en este punto el historiador y panegirista de la revolucion, M. Thiers, no se atreve á desertar de una causa que, á su ver, es la de la razon misma, y atribuye al primer cónsul las siguientes palabras:

« La institucion que conserva la unidad de la fe, esto es, el Papa, guardador de la unidad católica, es en verdad admirable. Muchos miran con desvio á la Cabeza del catolicismo porque es un soberano extranjero, cuando de que lo sea importa dar gracias al cielo. El Papa no reside en Paris, y así ha de ser; tampoco en Madrid ni en Viena, y esta es la causa porque acatamos su autoridad espiritual. Otro tanto dicen en Viena y en Madrid. Porque ¿cómo es de creer que á residir en Paris consintiesen austriacos y españoles en obedecer sus decisiones? Es por lo tanto buena suerte no tenerlo en casa, con tal que no viva en la del rival, sino en la antigua de Roma, apartado de los emperadores de Alemania y de los reyes de Francia y España; allí sostiene la balanza entre los soberanos católicos, inclinándola constantemente un poco hácia el más fuerte, pero alzándola en breve otra vez si el más fuerte

(1) *Obras completas de Bossuet. — Sermon sobre la unidad de la Iglesia.*

(2) *Resumen cronológico del presidente Henault. Observaciones sobre la segunda estirpe* (1768).


Digitized by Google

llega á ser opresor. De los siglos es esa obra y debe decirse que es buena; y por lo que toca al gobierno de las almas es la mejor y más benéfica institucion que imaginar se puede. Y sostengo ese tema, añadió el primer cónsul, no por obstinacion de devoto, sino á la luz de la razon (1). »

Difícil es hallar demostracion más perentoria ni autoridad más desinteresada en el presente asunto. La necesidad del poder temporal es un hecho que nada basta á oscurecer, y esta es la causa porque la idea revolucionaria lo ha combatido siempre con toda clase de armas. Antes de dominar al mundo entero como negacion del poder, y de llegar al despotismo por medio de la libertad y á la tiranía por medio de la tolerancia, la revolucion, que jamas inventó cosa alguna, habia tenido precursores en el trono, y emperadores y príncipes hubo que, movidos por la envidia, la ambicion ó la venganza, quisieron turbar á los sucesores de Pedro en el ejercicio de su temporal soberanía, como castigo de los ejemplos ó consejos que les dieran para la buena gobernacion de los pueblos. Y aquellos reyes que alzaron contra la Iglesia parricida mano y arrostraron sin temor la amenaza divina que ha dicho: «¡No toqueis á mi Cristo!» fueron castigados de trágico modo en sus personas y hasta en las de sus descendientes.

En sus «Anales de Italia» dijo Muratori:

«Si por desgracia hallábase algun dia un emperador de perversidad bastante para querer turbar el sosiego del Príncipe romano cuya posesion consagrada con el sello de los siglos es tan antigua como legítimamente adquirida, no apelaria de seguro á estos anales para consumar el daño, y sus solos consejeros serian sus impías y desordenadas pasiones. Esperemos, sin embargo, que emperador semejante no nacerá nunca (2). »

Esa esperanza de un historiador imparcial y docto quedó muchas veces frustrada: casi no hubo siglo que no viera á reyes cegados por la ira y en secreto impulsados por sacerdotes débiles ó culpados propasarse respecto de la Sede apostólica á excesos que expiaron todos ellos con un miserable fin. Anastasio, emperador de Oriente, es el primero á quien hiere una excomunion en medio del esplendor de su córte, y el rayo del cielo no tarda en seguir á los rayos de la Iglesia. El emperador Constante persigue, destierra y atormenta al papa san Martin, y Constante muere asesinado. Justiniano II, llamado «Rhinotmeta», se hace enemigo personal del papa Sergio porque no aplaude este sus vicios y delitos, y unos hombres á quienes desterrara le asesinan un dia á él y á su hijo Tiberio.

Ábrase la historia en cualquier punto, léase el reinado de un adversario de la Iglesia, de un usurpador de su patrimonio, y ya sea este el emperador de Alemania Enrique IV ó el emperador Federico II, seguros podemos estar de asistir á uno de los espantosos espectáculos que llenan de luto y terror la imaginacion. Verémos al príncipe anatematizado y enemigo de Dios empeñarse, entre monstruosa série de maldades, en una guerra parricida contra

(1) *Historia del consulado y del imperio*, t. III, p. 219.
(2) *Annali d'Italia dall' era volgare, etc.*, t. XII (Milan, Venecia, 1744),

Digitized by Google

sus hijos rebeldes y contra la Sede romana; á cada línea nos llenarán de espanto horribles muertes, interminables tramas, luchas impías, odios que provocan furores y venganzas, escenas en fin que en medio del cristianismo nos hacen pensar en la furia terrible de los Atridas (1); y de atentado en atentado y de usurpacion en usurpacion la ilustre familia de los Hohenstauffen ve rodar en un patíbulo de Nápoles la cabeza de Coradino, su tierno y postrero vástago, teniendo triste aplicacion en aquella sangre derramada el

Delicta majórum inmeritus lues (2):

Y si la Providencia quiere castigar indirectamente al culpado, como á Luis de Baviera ó á Felipe IV de Francia, dales hijas que, reinando en Paris ó en Lóndres con el nombre de Isabel, llevan la ruina al estado y la infamia al régio solio. Maldicion es esta cuyo surco puede seguirse al traves de las edades, y que no perdona á arrepentidos ni á victoriosos. ¡Todos han tocado al Cristo del Señor! y Dios, que á su voluntad sabe apresurar el desenlace, precipita la expiacion como si no quisiera dejar á los pueblos ni sombra de incertidumbre acerca de sus venganzas. Napoleon mancilló su gloria con un despojo, y Napoleon espira en un peñasco inglés. Murat invade el patrimonio de San Pedro aclamando la independencia de Italia, y apénas trascurridos tres meses Murat es fusilado en Pizzo por los mismos italianos. Y en nuestros dias ¿acaso no hemos visto la muerte entrar cuatro veces distintas en la casa de Saboya, y herir uno despues de otro á la madre, á la esposa, al hermano y al hijo del rey Víctor Manuel, como siniestro aviso no entendido?

Tan larga série de infortunios, providencialmente explicables por aquella amenaza del rey profeta: «Ellos perecerán, mas tú permaneces (3),» no intimidó á la revolucion ni á los revolucionarios. Siempre el crímen colectivo se considera amnistiado por la oscuridad misma de los criminales, y por lo tanto no debe admirarnos la incesante lucha contra el dominio temporal de los Pontífices. La independencia de este mismo dominio constituye la libertad del Papa en cuanto existen derechos generales que absorben los intereses particulares; y este principio es el que en su esencia y en sus aplicaciones atacan las sectas de toda laya. Para destruirlo con violencia, ya que no ha podido vencerlo con el raciocinio, la revolucion llama los romanos á las armas y arrastra á Pio VI al cautiverio.

Tres épocas muy distintas obsérvanse en la vida de ese Pontífice, y todas conducen á su glorificacion. Al subir al trono y al reinar como un padre es la admiracion de su pueblo; peregrino apostólico atraviesa Italia y Alemania en medio del respeto de católicos y protestantes, y cuando una radiante ancianidad cubre su frente de venerables canas es llamado á rendir á Dios supremo testimonio. No parece sino que, como san Pedro ofreciendo á Jesucristo la doble consagracion de su amor y fidelidad, oyó y recogió Pio VI las palabras que el mismo Jesucristo dirigió al príncipe de los Apóstoles: «En

(1) Agamenon y Menelao, hijos de Atreo. — N. del T.
(2) *Horatii Carminum*, l. III, od. VI.
(3) *Salmo* CI, 27.


Digitized by Google

verdad, en verdad te digo que cuando eras mozo te ceñias é ibas á donde querias; mas cuando ya fueres viejo, extenderás tus manos, y te ceñirá otro, y te llevará á donde tú no quieras.»

Y el Evangelista añade: «Esto dijo señalando con qué muerte habia de glorificar á Dios. Y habiendo dicho esto le dice: Sígueme (1). »

El sucesor de los Apóstoles hacia lo que san Pedro: le seguia.

En aquel cuerpo debilitado por los años y los padecimientos resplandece una magnanimidad, un valor que habrán de envidiar siempre los héroes; su corona de oro puro ha sido aquilatada en el crisol siete veces ardiente de las tribulaciones, y esto no obstante cada palabra que sale de sus labios es sublime, cada sonrisa de resignacion que dirige el mártir á los príncipes y pueblos que á su paso se agrupan, será una bendicion ó una señal de ventura. Préndenle de noche para que, como en el relato de la Pasion, no ocurriesen tumultos entre el pueblo; ocúltanle á todas las miradas, y apénas tiene á su lado unos pocos leales servidores. En el preciso instante en que va á salir de Roma preséntasele uno de aquellos jesuitas á quienes la tempestad habia dispersado, y Pio VI le dice: « Habladme con franqueza, ¿os sentis con ánimo para subir conmigo al Calvario?» Y el padre Marotti, secretario de letras latinas, le contesta : « Pronto estoy á seguir los pasos y la suerte del vicario de Jesucristo y soberano mio (2). »

Habituados los pueblos largo tiempo hacia á los crímenes y desastres, puede decirse que pocas cosas excitaban ya su sorpresa; y sin embargo, al mirar á aquel anciano que sólo tenia fuerzas para bendecir y voz para reconciliar, sintiéronse sobrecogidos de piedad generosa, noble sentimiento que prepara las restauraciones y dispone para la oracion. Todas las manos saludaban al Pontífice á su paso, todas las rodillas se doblaban, de todos los ojos corrian lágrimas de veneracion y amor, y más de una vez hubo el Padre comun de intervenir para librar de la muerte á los hombres que le custodiaban, amenazados y atropellados por la enfurecida muchedumbre.

De jornada en jornada, esto es, de dolor en dolor, la víctima llevada al sacrificio pasa por las aflicciones todas; pero estas mismas aflicciones engendran en él la esperanza. Italia, donde todo, hasta el sol, es católico, se ha inclinado delante de aquella frente sin corona en que resplandece la triple majestad de los años, del infortunio y de la virtud, y ha protestado contra los ultrajes del destierro.

Sus protestas son un insulto al directorio, y uno de sus miembros, un abogado jorobado, contrahecho y teofilántropo, por nombre la Révellière-Lepaux, alcanza de sus cómplices en el gobierno que el Papa sea trasladado á Francia. Esperan que allí á lo ménos la rancia levadura del fanatismo sacerdotal no fermentará ni desmentirá sus predicciones.

El cortejo del cautivo Pontífice penetra en los Alpes y en las montañas

(1) *Evangelio segun san Juan*, c. XXI, v. 18.

(2) El arzobispo de Corinto, que fue despues el cardenal Spina; el prelado Caracciolo; dos camareros secretos por nombre Calvesi y Morelli, el padre Fantini, su confesor, el presbítero Baldassari y el padre Pio de Plasencia formaron la nómada servidumbre del Papa privado de libertad.


Digitized by Google

del Delfinado, y en esta provincia de donde partia la señal de las innovaciones, encuéntranse campesinos rudos, sencillos pastores, mujeres hacendosas á quienes ha debido embelesar la conquista de la igualdad civil y de la licencia religiosa. Cargado está el cielo de apostasías; imprégnase la atmósfera de procaz incredulidad, y la revolucion no cabe en sí de contento al tener en sus garras á un Papa muerto ó vivo y al enseñarle al pueblo como postrer vestigio de la supersticion espirante.

El pueblo ha aprovechado la leccion, pero en sentido opuesto: se le ha dicho que es libre, y usa de su libertad para postrarse de hinojos al borde de los caminos; por medio de leyes y decretos se le ha vociferado no existir otro Dios que el elegido por la nacion á voluntad suya y á tiempo fijo; mil veces se le ha repetido que no habia ya Papa, ni cielo, ni infierno, y aquel pueblo, al mirar al triste anciano que á duras penas puede alzar las manos para bendecir, pide de nuevo su Dios y rodea á su Vicario de tiernos y entusiastas homenajes.

Sus rapiñas constitucionales y saqueos particulares no eran obstáculo para que la república francesa estuviese reducida á la mayor estrechez, como sucede en todas las revoluciones que toman por lema la felicidad del pueblo, y á tanto llega la penuria del tesoro que el directorio vese obligado á dejar á cargo de los presos los gastos de su traslacion forzosa. La revolucion tan cruel como insolente quiso, para desolar la paciencia de Pio VI, despertar los malos instintos de la multitud, y porque el Pontífice sólo oia en su camino filiales voces y sólo encontraba respetuoso amor, la autoridad, obedeciendo órdenes superiores, trata de oponerse y reprimir demostraciones que se consideraron imposibles. La autoridad, empero, queda turbada y confusa al conocer su impotencia.

En la senda del Calvario el Hombre Dios no halló un solo brazo de buena voluntad que con él compartiera el peso de la cruz, y á Simon de Cirene, que volvia de su trabajo del campo, se mandó cargar con el leño: más afortunado que su maestro, el Pontífice Rey encuentra por todos lados pechos devotos y semblantes amigos. El dia de la Pasion precede para él á la fiesta de los Ramos, y Pio VI, al morir consolado y edificado, pudo exclamar: «¡Todo eso prueba que la fe no ha muerto en Francia! »

Su destierro y sus peregrinaciones la avivaban en todas las almas.

Postrado por los padecimientos y vencido por la agitacion de aquellos dias, llega por fin el Padre comun á la ciudadela de Valencia. La parálisis entorpece sus miembros, y aun así quiere el directorio que ande. No se resiste Pio VI; mas los médicos se oponen á que continue el inhumano viaje y declaran que quedan al moribundo muy pocos dias de vida. En efecto, en 29 de agosto de 1799 espiró el Papa á la edad de ochenta y un años y seis meses.

El Señor habia inspirado al ilustre Pontífice la ciencia de los santos; sus piés siguieron constantemente el recto sendero, y su celo se empleó siempre para el bien. Por esto, segun está escrito en el libro de la Sabiduría, hizo Dios sus prolongados trabajos venerables á la vista de todos, y los glorificó al fin con honrosa diadema.

Digitized by Google

Ya no habia Papa, ni debia haberlo jamas: la Iglesia, por consiguiente, habia muerto. La revolucion y con ella el directorio reinaban en el Capitolio, disponian en el Vaticano, y con gozo que no les cabia en el pecho pensaban que, dispersado el Sacro colegio, habian hecho imposible la reunion del cónclave. La hora señalada por el filosofismo, unido con jansenistas y constitucionales civiles, se acercaba con precipitado paso: la Iglesia romana iba á caer en pedazos como resquebrajado paredon sin puntales, cuando de pronto, con providencial rapidez, mudó el aspecto de los acontecimientos.

Pio VI muere en 29 de agosto de 1799, y en ménos de tres meses el directorio sucumbe á su vez á impulso de las carcajadas de Francia y del acero del general Bonaparte: él, que quiso gangrenarlo todo, cae y perece de su propia corrupcion. Él, que lo vendió y compró y envileció todo, él, cuyos sacerdotes regicidas y utopistas abogados se dejaban sacar en almoneda y poner en ajuste como trapos viejos, deshízose en podredumbre sin dejar siquiera estiércol. Él, que sólo vivió de golpes de estado, es devorado por un golpe análogo, y sobre sus restos funda un nuevo gobierno el general Bonaparte.

En 18 de brumario del año VIII (9 de noviembre de 1799) quedó vencida la anarquía en las ideas y los actos. Francia y Europa pudieron al fin respirar de la pasada deshecha tormenta de inmoralidades, y como consagracion de tan justas esperanzas reunióse el cónclave en Venecia el dia 1° de diciembre de aquel mismo año, último del siglo XVIII.

¿Qué habia sido en tanto de la ciudad de Roma, entregada á los primeros trasportes de su emancipacion republicana?

Al excitar á los pueblos á la rebelion, al proclamarse y ofrecerse como libertadores de las naciones oprimidas, los demagogos franceses habian echado sobre sí muy singular encargo. Allí donde existian reinos establecian repúblicas, y allí donde estas se hallaban legitimadas por siglos de existencia las destruian. Suiza, Génova y Venecia desaparecen á su impulso; la pobreza de la república de San Marino es lo único que puede preservarla de los codiciosos ataques de la revolucion, y en Milan, en Nápoles y en Roma, sobre las ruinas de los tronos, elévanse una república cisalpina, una república parthenopea y una república romana.

La revolucion francesa, que organiza en su recinto la fraternidad á hachazos, predica la concordia á esas hermanas enemigas, y ya que no puede lograr que vivan en paz, las esclaviza; ya que le sea imposible acceder á sus opuestas pretensiones, confúndelas en la misma catástrofe. Permíteles sin reparo no tener ya Dios, felicítalas porque manifiestan supremo desden hácia la religion; pero de grado ó por fuerza deben pasar por el nivel de los tributos y de las ignominias. Si la revolucion empuña las armas en favor de los pueblos á los cuales proclama oprimidos y los emancipa á los acentos de la «Marsellesa», ha de decirse què les hace pagar muy cara la cédula de emancipacion. Sólo á muy alto precio es posible ser republicano, y como á él suscribieron sin trabajo los extranjeros que se habian disfrazado de romanos antiguos, sucedió que inmediatamente despues de la partida de Pio VI comenzó la era de las prosperidades cívicas.

Digitized by Google

El ejército frances, que debia dar á Roma el ejemplo de patrióticas virtudes, es desgarrado por intestina guerra. Al paso que honrados militares se mueren de hambre con sus regimientos sin paga ni vestidos, los dilapidadores se enriquecen, y los publicanos del ejército ostentan lujo ménos insolente aun que sus rapiñas (1). Berthier ha cedido el mando á Massena, y los oficiales, obligados á violar la disciplina y subordinacion militar para defender el honor de la bandera, se reunen en el Panteon, su monte Aventino; allí deliberan, y protestan contra su general, á quien acusan « de latrocinios y extorsiones (2), » diciendo « que el territorio veneciano y Padua en especial ofrecen numerosas pruebas de sus actos inmorales. »

Miéntras el ejército toma así sus precauciones, el general da proclamas: indígnase al verse calumniado y al merecer aprecio tan escaso, y como Escipion, á quien si se parece poco cita mucho, limítase á contestar: «Vamos al Capitolio á dar gracias á los dioses por las victorias que he alcanzado. »

Pero en tanto que Massena recorre idealmente la Via Sacra, los habitantes de Transtevère y de los Monti aprovechan la discordia introducida entre los franceses para alzar el estandarte de la insurreccion. Vial toma el mando de las tropas, y una vez más triunfa la disciplina militar del valor y la desesperacion. El cardenal Albani ejerce en los montes de Velletri grandísima influencia, y aquellos aldeanos se levantan á los gritos de: ¡ Viva la Madona ! ¡ Viva el Papa ! Con su fogosidad habitual Murat avanza hácia Roma y lanza su caballería contra la turba amotinada; alcánzala en Castel-Gandolfo, y la pone en completa derrota.

Ciudadanos y campesinos sin caudillos y casi sin armas habian peleado con valor contra el ejército frances, y de la victoria por este alcanzada abusan los patriotas italianos á pesar de haberse mantenido constantemente fuera de combate. Instálanse en el Capitolio constituidos en gobierno provisional, y con el nombre de « Émulos de Bruto » fundan una especie de « club » de

(1) En la *Historia de la prision y cautiverio de Pio VI*, por el presbítero Baldassari, p. 248, léense los siguientes pormenores acerca de las tropelías cometidas:

« Los agentes del directorio manifestaron una verdadera rapacidad de vándalos. En el Vaticano, no solo se apoderaron de los cuadros, estatuas, camafeos, mármoles y columnas, sino tambien de los clavos y cerraduras, de modo que habiéndose pensado entónces en crear un instituto nacional, hubiéronse de reponer en todas las puertas las cerraduras arrancadas. La magnífica residencia de los Pontífices romanos, en la cual se conservaban las obras maestras de Rafael y Miguel Angel y cuanto bueno habian producido Grecia é Italia, ofrecia á los ojos admirados el aspecto de una mansion desierta y devastada. ¡Obra era esto de aquella civilizacion tan ponderada! (Botta, *Storia d'Italia*)! Los autores de semejante vandalismo eran en verdad dignos hijos de una república que habia pensado en erigir el *sans-culottisme* en virtud. Como muestra de su desvergüenza véase el siguiente hecho: á pesar de los robos y de los enormes tributos pagados por el Papa, la nueva república romana se vió reducida en breve á pedir limosna, y en el número 44. del *Monitor de Roma* declaróse que « la penuria del tesoro, la pérdida y despilfarro de los fondos nacionales, triste herencia de la inepta y rapaz administracion del anterior gobierno, obligaban al provisional á recurrir á los caudales particulares para alcanzar de ellos auxilio. » En memoria de las prosperidades de todo género con que se habia dotado á los romanos, acuñóse una medalla con estas palabras: *Berthier, restitutor Urbis; Gallia, salus generis humani.* Los enemigos de todas las virtudes tuvieron á lo ménos el mérito de hacer un buen epígrama.»

(2) Esta protesta, fechada en Roma en 9 de ventoso, fue presentada al directorio é insertada en el *Monitor*.

Digitized by Google

jacobinos, al cual se agregan Lucrecias de mentirillas, Virginias y Cornelias de contrabando para consagrarse á la obra de la emancipacion de la mujer. La revolucion, que sólo posee una turquesa y en ella, á despecho de las diferencias de caractéres y costumbres, quiere amoldar los hombres todos, impone á derecho y siniestro sus leyes, sus hábitos y su vocabulario.

Los romanos que son un pueblo de gran ingenio en la sátira y que esgrimen el epígrama aun mejor que el puñal, no consintieron nunca en tomar por lo sério aquellas evocaciones del tiempo pasado; en ninguna ocasion les faltó una agudeza para ridiculizar lo necio ni una burla acerba para dejar en salvo su honor; y aun cuando no gusta la revolucion de familiarizarse con las licencias del ingenio, temerosa de ser víctima suya, dejó á los ciudadanos de Roma que se rieran á su sabor de sus resurrecciones, y continuó aplicada á su obra. En ella le ayudaban unos pocos romanos, pues en Roma, como en todas partes, habia quien fomentaba en su pecho la aficion al progreso y el deseo de reformar los abusos, aficion y deseo que comunican á quien los alimenta el temblor y la fiebre de las revoluciones. Esos entes, predestinados en todos tiempos para la bobería sentimental ó para vulgares vanidosos humos, serán siempre los instrumentos más activos de la perturbacion y el desórden.

Las instituciones civiles del gobierno pontificio, cuyas excelencias y tambien cuyos abusos guardaban perfecta armonía con la índole del pueblo, quedan suprimidas, y la revolucion, que todo lo concentra á fin de dominarlo todo, crea á millares los empleados públicos. Establécese la guardia nacional para velar por el pago de los onerosos tributos con que se agobia al estado, y cesa el comercio, se interrumpen las transacciones y sólo la miseria impera en medio de las ruinas. El patrimonio de San Pedro es dividido y fraccionado en departamentos, y recibe por constitucion una de las diez ó doce que tiene Francia de repuesto; y reglamentado y rubricado que estuvo este desórden, un soldado galo tuvo la mala ocurrencia de devolver á Ròma sus cónsules, sus senados, sus censores, ediles, tribunos y lictores. Un padre del Oratorio, célebre por su impiedad más que por sus escritos, que tenia por nombre Daunou y era uno de los comisarios del poder ejecutivo en los estados pontificios, honró con un certificado de civismo y de virtud á los siete nuevos cónsules. Dos bastaban ántes para gobernar al mundo; siete fueron ahora menester para temblar á un campanillazo del directorio.

La recien nacida república romana hubo de ser considerada de constitucion muy enfermiza cuando ya desde la cuna pusieron junto á ella tres médicos que á su empleo sanitario unian el oficio de cónsules, formando el tronco del futuro dictador Farini. Un comadron llamado Angelucci los preside (1), y Faustino Gagliuffi, monje renegado, se pone á la cabeza de la institucion

(1) En el *Monitor* de 7 de floreal del año VI, p. 251, léese la siguiente noticia fechada en Roma en 12 de germinal del año VI: «El cónsul Angelucci, famoso cirujano-comadron, goza de grandísima popularidad, y recientemente ha publicado un aviso anunciando á sus conciudadanos que su empleo de primer magistrado no le impedirá asistir á la humanidad doliente siempre que se recurra á su ministerio de comadron y cirujano.»


Digitized by Google

tribunicia. La Propaganda era la única de las católicas que continuaba existiendo; mas la destruye en breve una órden de exagerado laconismo concebida en estos términos: «El comisario Haller suprime la Propaganda por ser un establecimiento enteramente inútil.»

Y los senadores de Roma, aquellos senadores á cuyas deliberaciones un Domiciano de encrucijada habria podido cual nunca someter el grave tema de averiguar en qué salsa sabia mejor el rodaballo, convierten en ley el «firman» de un calvinista.

La inquisicion y el santo oficio quedan abolidos, y como los tribunales deben reunirse y juzgar en adelante á la vista del público, púdose escribir lo siguiente desde Roma al «Monitor» frances: «Las causas de los presos van adelantando con absoluto sigilo. Ahora todo está sosegado, y las discordias del ejército no alteran ya el público reposo ni los negocios mercantiles: Massena continua en el mando, pues no es cierto que se haya retirado. Fórmanse juntas y sociedades de instruccion pública; se habla y se escribe mucho, y aunque el pueblo soberano no tardará á buen seguro en salir de su embrutecimiento, lo que es por ahora está aun muy abismado en la ignorancia. Los sacerdotes se muestran hipócritas cual nunca para no perder del todo su imperio, y otra vez usan el hábito largo que ántes menospreciaban. Los fanáticos lloran, los culpados tiemblan y los ricos pagan: este es en resúmen el cuadro de Roma (1).»

Para condenar semejante tiranía, que ni siquiera tomaba la pena de ocultarse, no habria Tácito empleado otras palabras. Haller y Daunou reinan en Roma en nombre de siete cónsules ridículos, y dictan á un senado inepto las leyes que promulgan. El tribunado tiene encargo de mencionar cada mañana al universo católico la regeneracion de la ciudad santa; Roma desgarra la envoltura del fanatismo, y la dicha de ser republicana hácele olvidar que es la capital del mundo cristiano. Cuanto fue ántes innoble y bajo proscribe todo lo que hubo de elevado é ilustre (2).

En vano era que los Cincinatos de nuevo cuño, vestigios procedentes de

(1) Roma, 17 de ventoso del año VI (*Monitor*).

(2) El cardenal Consalvi en sus Memorias inéditas sobre las diferentes épocas de su vida: refiere su destierro y el de los principales personajes de Roma. En ellas se ve el singular tributo que la república se complacia en rendir á la igualdad.

« Debia marchar á Civitavecchia, dice, donde se hallaban ya siete ú ocho cardenales y varios prelados destinados todos, como yo, á ser embarcados para América, pues éramos desterrados á la isla de Cayena. Sin embargo, no se atrevieron á tanto, y fuimos únicamente condenados á deportacion, pudiendo cada uno de nosotros elegir el punto que más le acomodase, con prohibicion perpétua, bajo pena de muerte, de volver á los estados de la república romana. Sentencia fue esta que recibímos como reciben el perdon los reos que pisan ya el camino del patíbulo.

« Con la esperanza de poderme reunir con Su Santidad elegí la ciudad de Liorna, y teníalo ya todo dispuesto para ponerme en marcha cuando fui preso otra vez, encarcelado por espacio de muchas semanas, y llevado de nuevo á Roma, hasta que por fin me desterraron á Nápoles. He conservado algun tiempo en mi poder la órden del general para que marcharan en una misma noche y juntos los individuos designados en una lista que contenia veintitres nombres, nombres que, sin duda en virtud de los principios de igualdad que reinaban en aquellos tiempos republicanos, estaban confundidos y sin órden ninguno. Entre ellos habia los de diez y ocho *galeotes*, un religioso, dos abogados, y un empleado del anterior gobierno; el mio era el décimo tercero de la lista.

« En Albano fuímos llevados á un meson, donde hubímos de comer juntos. »


Digitized by Google

una almáciga de parricidas, se confiriesen á sí propios en sus aparatosos discursos la apoteósis del sufragio unánime; los hechos y sobretodo las proscripciones y rigores desmentian semejantes alabanzas. Rebeliones armadas estallan en la tierra pontificia, y hubiérase dicho que los romanos guardaban aun aquel silencio de las grandes iras y de los grandes terrores de que nos habla el historiador latino.

Las ciudades de Ferentino, Veroli, Terracina, Alatri y Frosinone se levantan á los gritos de ¡Viva Jesus! ¡Viva María! y son ametralladas, incendiadas y entradas á saco.

Los campesinos se resisten á humillarse á un yugo extranjero, y en nombre de la libertad son oprimidos. La igualdad de cultos los hace esclavos del ateismo, y al fin y al cabo la república, por más que se llamase romana, es para todos el deshonor y la pobreza. De ahí que los aldeanos organizaran la guerra á puñaladas contra aquellos que les llevaron la guerra á cañonazos.

Los romanos. recobrando su independencia, rechazan léjos de sí á los «forestieri» que fraternalmente los tiranizaban, á los médicos dictadores, á los cónsules comadrones y á los tribunos renegados que parodiaban su pasada historia.

Si les es arrebatado el Pontífice Rey pelean como la Vendée militar, y si como ella sucumben, su vencimiento es todavía una profesion de fe. No está léjos el dia en que el martirio de un Papa, las oraciones de unos y la sangre de otros, la sacarán triunfante de entre mil desastres, pues en la muerte ha sabido siempre la Iglesia realizar estupendos prodigios. Para ella cuanto más oscura está la noche, más cerca está la luz del dia.

Digitized by Google

LIBRO SEGUNDO.

PIO VII Y NAPOLEON.

Dispersado el Sacro colegio se ve en la imposibilidad de reunirse. — Alianza de Rusia, Inglaterra, Austria y Turquía contra la república francesa. — Campaña de Suwarow en Italia. — Cónclave en Venecia. — Manuscrito del cardenal Consalvi. — Eleccion de Pio VII. — El marques Ghisleri, enviado de Austria. — Su embajada confidencial para el Papa. — Consalvi secretario de estado. — Retrato de Pio VII. — Su vuelta á Roma referida por el cardenal Consalvi. — Batalla de Marengo. — Bonaparte conoce la necesidad de restablecer los principios religiosos. — Sus primeras proposiciones á Roma. — La revolucion retrocede delante del primer cónsul y cambia de táctica. — Primeras negociaciones relativas al concordato. — El primer cónsul desea tratar directamente en Paris con el cardenal Consalvi. — Bonaparte y Consalvi. — Relato del cardenal sobre esas negociaciones. — Plan de Bonaparte para desorganizar el cisma. — Se firma el concordato. — La iglesia constitucional se constituye en *club*. — Política de ese partido. — Sus falsedades y doctrinas. — El presbítero Gregoire y la iglesia francesa. — El intruso Vernerey y la enseñanza por los santos padres. — El Papa, condenado á la omnipotencia, obliga á los obispos franceses á dimitir sus sedes.—El episcopado frances y el presbítero Bernier. — Situacion religiosa de Europa en la época del concordato. — Gozo de Francia al volverse á abrir las iglesias. — Napoleon se hace proclamar emperador. — Negociaciones con Roma para la consagracion. — Pio VII en Paris. — Reunion del gran sanhedrin. — Declara que los judíos jamas han sido perseguidos por Roma. — Napoleon y Pio VII. — El regicida Alquier, embajador de Francia en la córte romana. — Maquinaciones de Alquier. — Alocucion que el Papa le dirige. — Bonaparte se apodera de los estados pontificios. — Excomunion fulminada contra el emperador. — Pio VII prisionero. — Los cardenales en Paris. — Entrevista del emperador y del cardenal Consalvi. — Relato del cardenal. — Matrimonio de Bonaparte. — Cardenales rojos y cardenales negros. — Los últimos son desterrados. — Consalvi en Reims. — Concilio de Paris. — Protesta del concilio pidiendo la libertad del Papa. — Actitud del clero de Francia respecto de Napoleon. — Estéban de Bolonia y Francisco de Aviau. — Pio VII en Savona. — Los ingleses quieren apoderarse de su persona. — Relato del cardenal Bernetti. — Carta del ministro de cultos. — El Papa es trasladado á Fontainebleau. — Pio VII, aislado y sin apoyo, firma lo que se llamó concordato de Fontainebleau. — Pacca, di Pietro y Consalvi. — Carta de Pio VII á Bonaparte. — Alocucion secreta de Pio VII á los cardenales. — Anulacion de aquel concordato. — M. Thiers y su *Historia del consulado y del imperio*. — Pio VII es puesto en libertad. — Caida del imperio. — El Papa regresa á Roma. — El Papa y la Europa monárquica durante el cautiverio de Napoleon. — Restauracion de la Iglesia. — El cardenal Consalvi en Lóndres. — El príncipe regente y Consalvi. — Consalvi en el congreso de Viena. — Alcanza la restitucion de las legaciones. — Su nota-protesta en favor de Aviñon y del condado Venesino. — Muerte de Pio VII. — Nueva actitud de la revolucion respecto de la Iglesia.

La revolucion francesa, que en sus mudanzas constitucionales decretó la eternidad de tantas cosas efímeras, habia anunciado al mundo entero el fin del supremo Pontificado y la perpétua entronizacion de la república roma-



na, y el directorio ejecutivo habíase constituido desde Paris en carcelero y verdugo de un anciano para precipitar, así se proclamaba, la viudez de la Iglesia. Muerto Pio VI, humanamente imposible era que el disperso Sacro colegio se reuniera en cónclave; y todo preparado y dispuesto desde mucho tiempo, activos, celosos y amenazadores los hombres encargados en Francia y en Italia de llevar á buen término la maquinacion, todo parecia contribuir al buen éxito de la misma.

El senado y el pueblo romano, el famoso S. P. Q. R. de las antiguas águilas tan amargamente interpretado por las irónicas palabras « si peu que rien (tan poco como nada) » eran protegidos más por el ejército frances que por el amor y respeto de sus emancipados ciudadanos. Todas las mañanas llenaban la via Sacra que guia al Capitolio; mas quiso la desgracia que un dia, en la embriaguez de su ventura, sus cónsules, censores y tribunos se equivocasen de camino, y en vez de tomar hácia el Campidoglio desaparecieran entre los escombros de la roca Tarpeya, á aquel inmediata como nunca.

Para los apóstatas de Paris y Roma no habia señor malo, y siempre seguian al que tenian más cerca sin curarse de si era el mejor. Armados y multiplicados sus lazos y asechanzas para que Pio VI fuese el último Papa, así como Luis XVI habia sido el último tirano, confiaban en la irresolucion de los príncipes, en los proyectos interesados de sus ministros y en la postracion de los pueblos. En efecto, jamas los reyes habian podido ponerse de acuerdo ni coligarse en una santa fraternidad de esfuerzos para librar á Europa de las convulsiones de la guerra y de la perpetuidad de la anarquía; pero, como dice Bossuet con admirable acierto, « lo por venir toma siempre senda muy distinta de la que pensamos, y hasta las cosas que Dios ha revelado suceden de un modo que nunca habríamos previsto.»

Despues de las diversas tentativas en las cuales se frustró la ingeniosa constancia de Guillermo Pitt, nada sonreia á las esperanzas cristianas y monárquicas. La fe de la Iglesia, aunque no vacilaba, dábase á sumisa resignacion, y privada de su pastor esperaba en el destierro y el llanto que se dignase la Providencia indicarle lo que debia hacer. La Providencia no la abandonó, é hizo que los sucesos políticos contribuyeran al triunfo del Pontificado. Las revoluciones de los imperios favorecieron el cumplimiento de los celestes designios.

Desde la primera campaña de Bonaparte gemia Italia bajo el yugo del directorio; pero aquel general se hallaba entónces en Egipto y no podia defender su conquista. Otra vez se vió en aquellas circunstancias que la cosa imposible hoy puede ser mañana de muy fácil realizacion: rivalidades, yerros, ambiciones sordas y tristes desengaños habian mantenido division funesta entre los gabinetes de las potencias desde el año 1792; sus ejércitos que salian á campaña y se dejaban vencer unos en pos de otros, no habian producido un gran capitan ni un renombrado hecho de armas, cuando de pronto Pablo I de Rusia se coloca á la cabeza de una alianza formidable. Suwarow, su feld-mariscal, atraviesa Europa á paso de carga, y en las llanu-


Digitized by Google

ras de Italia apoya por un lado á Austria y por otro á Inglaterra. Macdonald, Moreau y Joubert pelean contra el nuevo adversario; el primero, despues de heróicos combates, queda vencido en el Trebia; Joubert sucumbe en Novi, y las veleidades de la victoria obligan á los republicanos á dejar aquella tierra. A consecuencia de triunfos tan portentosos como imprevistos, ingleses y napolitanos entran en Roma en 30 de setiembre de 1799, y poco despues una armada otomana se apodera de Ancona.

Hubo un tiempo en que los bárbaros del Norte pasaron los Alpes para poner á saco la ciudad de los césares; hubo otro en que las galeras del turco, cubriendo de espanto y duelo la costa pontificia, obligaron á Sixto V á defender con récias murallas la Madona y los piadosos tesoros de Loreto: hoy, empero, cien pueblos, asombrados ellos mismos del lazo que los une, marchan para libertar á la Roma católica, y en aquella campaña en que todo es maravilloso, así la intrepidez del vencido como la constancia del vencedor, no hubo ni asomo de segunda intencion ni de miras egoistas. ¡Cosa singular! Olvidan los príncipes sus disensiones, los ministros no se acuerdan de sus ambiciosos planes, y todos se muestran equitativos y moderados: en breve la ambicion y los encontrados intereses habrán de recobrar su imperio; pero por el momento á todos domina más elevada idea. No parecia sino que el cielo, al dignarse cooperar á su obra reparadora, inspiraba á todos profundo sentimiento de justicia.

Rusos, ingleses y turcos se han trocado en un instante en aliados de la católica Austria, y por una série no interrumpida de victorias abren al Sacro colegio las puertas del cónclave. Los cardenales, escudados por las bayonetas de Suwarow, dejan los sitios á que los relegó la demagogia, y llegan á Venecia donde Bonaparte, dueño de los destinos de Francia á causa del golpe de estado del 18 de brumario, se guardará muy bien de turbar la eleccion que se prepara.

La república francesa y su directorio habian destronado al papa Pio VI, usurpado sus temporalidades y perseguido á la Iglesia romana. La república sólo existe ya de nombre; el directorio ha zozobrado entre universales aclamaciones, y veintidos dias despues reúnese sosegadamente el cónclave.

En aquella reunion de príncipes de la Iglesia, purificados todos en el crisol de las tribulaciones y aquilatados por el destierro y los dolores, distínguese como secretario del cónclave un prelado cuyo nombre ha de ser en breve una de las glorias de la córte eclesiástica; era su nombre Hércules Consalvi. Protegido por el cardenal duque de York, Enrique IX de una Inglaterra ficticia y último de los Estuardos, habia sido cortesano de las princesas de Francia Adelaida y Victoria en sus infortunios tan noblemente sufridos; recorrió con lucimiento la carrera eclesiástica, y era uno de los que en Roma ayudaron la entereza del papa Pio VI y que ni en los momentos de mayor peligro quisieron doblar la frente á la tormenta (1).

(1) Hase dicho á menudo que el cardenal Consalvi era hijo de un labrador de Toscanella, y sin dar mayor importancia que él mismo al acaso ó privilegio de la cuna, creemos que es de justicia

Digitized by Google

Excepcionales los sucesos, quiso la historia que igual auréola coronase á los hombres que en ellos tuvieron parte, y concentró en Consalvi todo el interes de la eleccion. Varios escritores franceses, italianos y alemanes han hablado segun su sentir de aquel cónclave en tierra extranjera, y en relatos que merecen el nombre ora de inofensivos cuentos, ora de fábulas políticas dispuestas segun las necesidades ó los caprichos del narrador, hacen que Consalvi disponga ó encamine el futuro nombramiento con profunda habilidad. El caballero Artaud de Montor en su « Historia de Pio VII » y M. Thiers en su « Historia del consulado y del imperio » le hacen hablar y obrar como el guia y moderador de todos los presentes. Consalvi, empero, fue más modesto y más verídico.

En el año 1812, miéntras estuvo desterrado en Reims, redactó notas ó memorias acerca de los sucesos en que intervino su nombre, y esas memorias que son la historia verdadera, la historia sin recamos y sin apreciaciones de mayor ó menor exactitud, no debian publicarse hasta que fuese atacada la santa memoria del papa Pio VII. Asimismo expresa el cardenal Consalvi en su testamento ológrafo su postrera voluntad, la cual se cumple hoy, trascurridos treinta y siete años de su fallecimiento (1). En mi carrera de escritor consideraré siempre como una de mis mayores venturas, yo que he alcanzado otras del mismo género, el haber tomado parte en esta obra de justicia histórica y reparacion piadosa.

histórica oir referir al cardenal el orígen de su familia y de su nombre. En las Memorias sobre las diferentes épocas de su vida explícase en los siguientes términos:

« Nací en Roma en 8 de julio de 1757, y fuí bautizado con el nombre de Hércules en la iglesia de San Lorenzo in Damaso. Soy el primogénito de cuatro hermanos y una hermana, la cual murió en la infancia lo mismo que mi hermano tercero, y fueron mis padres el marques José Consalvi de Roma y la marquesa Claudia Carandini de Módena. Mi abuelo el marques Gregorio Consalvi no era romano, sino natural de Toscanella, y tampoco era su nombre Consalvi, sino Brunacci, familia nobilísima de Pisa que hace pocos años se ha extinguido con dos hembras, las últimas que han llevado tal nombre. Cosa de un siglo y medio hará que un Brunacci de Pisa vino á los estados pontificios y se estableció en Toscanella, y de él descendió mi abuelo Gregorio Brunacci, como lo prueban su fe de pila y las de sus antepasados, extraidas de los registros parroquiales. La familia Consalvi de distinguida posicion vivia en Roma, aunque no pertenecia á la nobleza romana, y el último vástago de ella, por nombre Hércules, instituyó por heredero á Gregorio Brunacci con la condicion de que tomara el blason y la morada de los suyos, como así se desprende de su testamento. De este modo Gregorio Brunacci se llamó Gregorio Consalvi, y acaudalado con los bienes de la casa Consalvi se estableció en Roma, y allí nació mi padre José.

« Al morir las dos señoras Brunacci de Pisa habria podido mi familia suceder á una parte de su hacienda; pero esta adquisicion hízose un poco dudosa por haber precedido á su fallecimiento la abolicion de los fideicomisos, decretada en Toscana por el gran duque Leopoldo.

« Como el deseo de adquirir no me ha dominado nunca, y como por otra parte mis haberes sin ser cuantiosos bastaban para mi modesta existencia merced á los emolumentos de los cargos que sucesivamente he desempeñado, no me ocupé en aquel asunto. Tampoco, exento como estoy por favor del cielo de ambicion y vanidad, he pensado nunca en hacer público que mi nombre es Brunacci y no Consalvi, ni aun en la época en que la envidia ó la ignorancia de mis títulos movió á hablar de mi familia como de nobleza nueva. Fácilmente habria podido desmentir semejantes cargos ó errores; mas persuadido como lo estoy de que es la nobleza del corazon y de las acciones la más preciosa, y convencido al mismo tiempo de la falsedad de tales dichos y de que soy Brunacci y no Consalvi (lo cual otros saben muy bien), despreció tales rumores, y esto que podia refutarlos instantáneamente publicando mi genealogía en el Capitolio. Luego que la posicion más alta á que llegué húbome allanado el camino para verificarlo, no cambié de modo de ver, y no lo hice.

(1) El cardenal Consalvi murió en Roma en 24 de enero de 1824.


Digitized by Google

Confiados como me han sido los manuscritos del gran político (1), dejo que el secretario del cónclave refiera él mismo cómo sucedieron los hechos: la verdad ganará en ello tanto como la dignidad de la Iglesia. Nos limitamos, pues, á traducir el original:

« Cuarenta y seis cardenales existian al morir Pio VI, pero solos treinta y cinco pudieron intervenir en el cónclave. Por enfermedad, vejez ú otras causas estaban impedidos de asistir á él los cardenales cuyos nombres ponemos á continuacion: Bathyani (este murió durante el cónclave), Frankenberg, la Rochefoucauld, Laval-Montmorency, Ranuzzi, Rohan, Migazzi, Gallo, Sentmanat, Mendoza y Zurlo.

« El cardenal Hertzan, que debia ocupar el puesto de representante de la corona imperial, se hizo esperar muchos dias.

« El gobierno del emperador de Alemania señaló como lugar de reunion el convento de San Jorge, en la isla del mismo nombre, y dió para gastos del cónclave la suma de 24,000 escudos romanos.

« Como me hallaba hacia tiempo en Venecia proscrito de Roma y acusado del crímen de fidelidad á la Iglesia y á mi soberano, y habia sido auditor de la Rota, fuí naturalmente designado por secretario del cónclave. En él entraron los cardenales en 30 de noviembre de 1799.

« Trascurridos algunos dias, las votaciones indicaban al parecer que seria elegido el cardenal Bellisoni, el cual reunia ya diez y ocho votos; despues de él venia el cardenal Mattei con diez.

« En este estado el cardenal Albani, decano del Sacro colegio, incurrió en la falta de permitir que el cardenal Hertzan enviase un correo para consultar á la cancillería austriaca acerca de si opondria su « exclusiva » al cardenal Bellisoni. La contestacion de la córte de Viena tardaba mucho, lo cual era por su parte un efugio de que se valia, deseosa como estaba de que fuese elegido papa el cardenal Mattei. Creíasele, quizas sin fundamento, más inclinado que los demas á ratificar la cesion que de las tres Legaciones hiciera la Santa Sede al serle arrancadas por Francia en el tratado de Tolentino. Las mudanzas de la guerra las habian dado al ejército imperial, y la córte de Viena deseaba unirlas á sus estados hereditarios de Italia.

« Esta fue la importante y única causa de que se difiriese la eleccion por espacio de muchos meses; y más aun la habria retardado si las urgentes necesidades de la Iglesia y el temor de escandalizar á los fieles no impulsaran al fin á los cardenales á una especie de compromiso.

« Convínose, pues, en que aquellos que favorecian al cardenal Mattei fijarian la eleccion, debiendo el Pontífice designado pertenecer á la parciali-

(1) Estos documentos, cuya íntegra publicacion quizas no seria aun oportuna, están escritos en lengua italiana de puño propio del cardenal Consalvi, firmados y anotados por él. El cardenal los dividió en cuatro partes.

La primera se intitula: *Memorias sobre el cónclave celebrado en Venecia en el año* 1800;

La segunda: *Memorias ó apuntes sobre el concordato firmado en Paris en* 15 *de julio de* 1801;

La tercera: *Memorias sobre el matrimonio de la archiduquesa María Luisa;*

Y la cuarta: *Memorias sobre diferentes épocas de mi vida.*



dad del cardenal Bellisoni. Así se hizo, y en 14 de marzo del año 1800 fue nombrado por unanimidad el cardenal Chiaramonti.

« El nuevo Papa habia de ser coronado ocho dias despues de su eleccion; mas el gobernador de Venecia, diciendo no haber recibido instrucciones ni contestacion á la consulta que acerca de la ceremonia dirigiera á su córte, manifestó no poder permitir que se verificase en la basílica de San Márcos. Negóse igualmente á tomar á su cargo los gastos de la funcion; pero cubiertos estos con exceso por la generosidad y los donativos de los fieles, efectuóse la exaltacion en la iglesia de San Jorge con gran concurrencia de pueblo. Por la noche la ciudad fue iluminada, y aunque el gobierno no hizo nada, no se opuso á demostracion alguna.

« El cardenal Hertzan, por órden de su córte, insistió mucho para con el Papa á fin de que fuese nombrado secretario de estado el cardenal ....., súbdito imperial, y aunque el Pontífice por varios motivos no accedia á semejante nombramiento, no quiso comenzar su pontificado con una negativa á la primera súplica que le dirigia el gobierno en cuyos estados habia hallado el cónclave hospitalidad. Limitóse, pues, á contestar « que no teniendo todavía estado no creia del caso nombrar secretario de estado, cuya falta no experimentaba en lo más mínimo, y que para los demas asuntos acudiria al prelado secretario del cónclave, cuyo empleo continuaria con el título de secretario de Su Santidad. »

« La córte de Viena (y obsérvese bien esta distincion justa y necesaria), la córte de Viena (no el emperador, animado personalmente de excelentes disposiciones), movida en especial por el ministro baron de Thugut, quien impedia que hablaran con el soberano cuantas personas podian dar á su majestad imperial exactas noticias acerca del verdadero estado de los asuntos y obraba, en una palabra, conforme con las tradiciones de Kaunitz y José II, instó vivamente desde los primeros dias por medio del cardenal Hertzan para que Su Santidad emprendiese un viaje á Viena. Sus instancias, empero, no fueron oidas, pues entre tan precipitados acaecimientos no convenia perder por lado alguno la libertad de accion, ni exponer el Pontificado á nuevas afrentas como en tiempo de Kaunitz. »

El relato de Consalvi, tan sencillo como instructivo, se aparta sobremanera de los pomposos discursos y complicadas invenciones que la historia le atribuye, pero nos descubre y enseña lo que aquella jamas habia dicho, esto es, la accion del josefismo que, aun despues de los trastornos de que fuera el mundo teatro, intenta todavía continuar contra la Iglesia su obra de sorda persecucion. En sus Memorias que la posteridad no ha conocido hasta hoy, cuando los actores de tan magnas escenas históricas duermen hace tiempo el sueño del sepulcro, Consalvi pone especial cuidado en establecer una línea de division entre el soberano y el ministro: quiere que no se confunda la familia imperial con la córte de Viena, ó sean sus consejeros de cancillería, y por el discurso del relato se conocerá, segun lo hace observar él mismo con autoridad y precaucion á la vez, que esa distincion era en efecto tan justa como necesaria.

Digitized by Google

El cardenal continua en estos términos las revelaciones cuyo secreto tan bien guardado tenia la historia:

« Llegó poco despues á Venecia el marques Ghisleri como embajador de Su Majestad imperial, y el enviado de Thugut, más bien que del emperador, comenzó por manifestarme que el gobierno de Viena, despues de obligar á los franceses á emprender la retirada, ocupaba á su vez el « estado ántes pontificio » hasta las puertas de Roma. Al emprender la marcha el ejército frances quedó el resto del patrimonio en poder de las tropas napolitanas, las cuales mostraban tambien deseos de quedarse á lo ménos con parte.

« Segun el marques Ghisleri el gobierno imperial se sentia muy inclinado á restituir á la Santa Sede las provincias que á fuerza de armas conquistara, excepto las tres legaciones de Ferrara, Bolonia y Ravena, pues cedidas como habian sido por el tratado de Tolentino á la república francesa, el gobierno imperial queria conservarlas, como que habian dejado de pertenecer á la Santa Sede. Por ellas exigia Thugut una nueva investidura confirmatoria de la anterior, todo como compensacion de lo restante del estado que, segun afirmaba, estaba pronto á devolver á Su Santidad.

« Fácilmente se comprenderá mi sorpresa al oir tan singulares proposiciones, y á pesar de cuanto dije á Ghisleri para hacerle comprender cuán supérfluas é injuriosas eran, obstinóse en que fuesen comunicadas al Padre Santo. Y al manifestarle yo que nunca el Papa se doblegaria á semejante ultraje, trató de demostrarme lo peligroso de una negativa, especialmente en lo que hacia referencia á la restitucion del resto de los estados pontificios. Vencido en este punto, el enviado de Thugut formuló otra proposicion: su gobierno, á lo que decia, se contentaria con dos legaciones; mi contestacion á esto fue la misma que á lo anterior.

« Mi absoluta y formal negativa procedia del Sumo Pontífice; pero esto no obstante Ghisleri se empeñó en comunicar él mismo al Papa dichas proposiciones, á las cuales respondió Su Santidad con una formal demanda para que le fuesen restituidos por completo los estados de la Iglesia con mencion especial de las legaciones. Al propio tiempo fueron enviados á Viena para dar más peso á la reclamacion un despacho oficial escrito por mí al ministro baron de Thugut y una carta de puño del Papa dirigida al emperador (1): carta y despacho quedaron sin respuesta por parte de la córte imperial.

« Viendo Su Santidad que estaba esperando en vano, dijo á Ghisleri en otra audiencia estas notables palabras: « Ya que obstinadamente se me niega una restitucion exigida por la religion y la justicia, decid al emperador que se detenga en considerar que, colocando en su guardaropa vestidos que no le pertenecen, sino que son propios de la Iglesia, no solo no podrá servirse de ellos, sino que comunicarán su polilla á los suyos propios, esto es, á sus estados hereditarios.»

«Ghisleri, que sabia reprimirse, no contestó á estas palabras de Su Santi-

(1) Nota de letra del cardenal Consalvi: « Cuanto se dice en este escrito acerca de la córte de Viena en la época del cónclave fue obra del ministro baron de Thugut, quien logró cerrar todas las vias para llegar hasta la persona del emperador. »


Digitized by Google

dad; pero corriendo al momento á mi casa se quejó del lenguaje que con él se habia usado, y dijo con irritacion extremada: «El nuevo Papa es novel en el oficio y conoce muy poco el poderío de la casa imperial, pues para introducir la polilla en su guardaropa se necesita mucho, y mucho, y mucho.»

«La experiencia no tardó en demostrar la verdad de las palabras del Papa: aun no habian trascurrido dos meses, cuando la batalla de Marengo (14 de junio del año 1800) arrebataba al Austria. no solo las legaciones, sino tambien la Lombardía. Las victorias de los franceses llegaron por desgracia á poner en grave peligro las posesiones del imperio.

«Temeroso el ministerio austriaco de la concurrencia de pueblo y de las aclamaciones respetuosas con que habria sido recibido el Pontífice en las legaciones y deseoso de impedirlas, opúsose á que pasara por ellas, y la «Belona,» fragata vieja y mal tripulada, fue destinada para conducirle á Pésaro. Desde este punto hasta Ancona hicimos el viaje en coche, y Su Santidad entraba en la última ciudad por una puerta cuando llegaba por otra la noticia de la rota de Marengo. Consecuencia de la memorable batalla fue la cesion simultánea de todo el Piamonte y de la Lombardía hasta el Adigio.

«El marques Ghisleri, en realidad hombre de bien y religioso, acompañaba al Papa en nombre del emperador, y al saber el desastre no pudo ménos de decirme asomándole el llanto á los ojos: «Por desgracia veo realizado el vaticinio de Su Santidad, y esto que al oirlo en Venecia me pareció tan injurioso como descabellado.»

«En la ciudad de Loreto se verificó la restitucion oficial á la Santa Sede del territorio que se extiende desde Pésaro hasta las puertas de Roma, y sólo quedaron guarneciendo á Ancona algunos batallones austriacos, que no tardaron tampoco en volver por mar á Venecia. Desde Foligno continuó el Papa su viaje como soberano, y llegó á Roma el dia 3 de julio del año 1800.

«Las tropas napolitanas que allí estaban todavía salieron á recibirle, y de su entrada puede decirse que fue un verdadero triunfo. Dirigióse primeramente á orar á la basílica de San Pedro junto al sepulcro de los Apóstoles, y de allí al Quirinal, donde aquella misma tarde el general Nasalli, en nombre del rey de las Dos Sicilias, le restituyó el territorio comprendido entre Roma y las fronteras de Nápoles. Esto no obstante, y á pesar de mis instancias, el general Nasalli, con pretexto de ocupar la capital del mundo cristiano como posicion militar, no consintió en retirar de ella sus tropas, y para conseguirlo fue preciso que el tratado de Florencia hiciese entrar en vereda al gobierno siciliano. Mas tiempo pasó aun ántes que este accediera á evacuar el ducado de Benevento, comprendido dentro del ámbito del reino; en él se obstinó en conservar el poder civil, y aunque no se atrevieron los napolitanos á impedir la instalacion de las autoridades pontificias, en su modo de obrar manifestaron bien claro lo que habrian querido hacer en circunstancias más propicias.»

Dificultades de toda clase habian debido vencerse para llegar á la restauracion que nos refiere el cardenal Consalvi. Y no procedian ya aquellas de la revolucion francesa; el josefismo que gobernaba en Viena y en Nápoles

Digitized by Google

intentó levantar mil obstáculos, y Thugut y Acton, calificándose de intérpretes de los césares germánicos y de los Borbones de Nápoles, mostráronse mezquinos y ruines con el Pontificado, quien sin más fuerza que su influencia moral habia contribuido más que sus ejércitos al triunfo de los principios sociales.

El baron de Thugut, educado en la escuela de los sofistas del siglo XVIII, sucesor de Kaunitz y amigo de Choiseul, Pombal y Floridablanca, condenábase al triste orgullo de no humillar su razon al influjo de una potestad divina, y enemigo de la revolucion más por sus efectos que por sus causas, veíase colocado entre las contradicciones más evidentes: en sus actos públicos debia condenar y combatir las máximas demagógicas; en lo más íntimo del pecho suspiraba por su triunfo. Ministro de un gobierno católico y legítimo estaba encargado de proteger á la Iglesia amenazada y de velar por la seguridad del solio, y no compadeciéndose sus ideas con sus intereses, para no perderlo todo en esa alternativa, movió á la vez guerra á la revolucion y á la Iglesia.

A él se debia que el gabinete austriaco dejara sin resolver los puntos más delicados é importantes, que vacilase cuando importaba obrar, y que obrase cuando le convenia permanecer neutral. En el preciso momento en que la revolucion ponia los ojos en los bienes del imperio, codiciaba el baron los del Sacerdocio, y semejante política, elevada en él á la categoría de ciencia de dos caras, comunicó á la diplomacia austriaca cierto carácter de cautela y solapa josefista del que estuvo por largo tiempo impregnada, enajenándole esto gran número de nobles corazones. La casa de Habsburgo estaba especialmente destinada á ser en medio de la tormenta amparo de los principios religiosos y monárquicos; pero en vez de ser así, con rodeos que en el reinado del emperador Francisco José serán cruelmente expiados, la cancillería austriaca se obstinaba en contemporizar con la revolucion y en hostigar de un modo indirecto á la Sede apostólica. Con tan funesta táctica, procedente á todas luces de la oficina de los enciclopedistas, Thugut ponia en riesgo más que su fe; no parecia sino que trataba de exponer á mil peligros la honra de sus reyes.

El Pontífice dado á la Iglesia universal en tan extraordinarias circunstancias estaba por la pureza de su vida, por su gran talento y por cierta expresion de enfermiza mansedumbre pintada en su semblante, á la altura de las desdichas y glorias para que la Providencia le tenia reservado. Gregorio Bernabé Chiaramonti, nacido en Cesena en 14 de agosto del año 1742, empezó por ser monje benedictino y llegó despues á obispo de Tívoli y luego de Imola, y á la dignidad cardenalicia. Pariente de Pio VI, honrado con su amistad y poseedor por sus excelentes dotes de la estimacion de los malos cuya tolerancia casi habia conquistado, Pio VII podia tener émulos, pero no enemigos, tanto era lo que desbordaba de su corazon la leche de la bondad humana. Su alma no creia en el mal; su trono, que tenia ya la apacible majestad de un altar, fue sin esfuerzo suyo rodeado de amor y respeto, y en sus labios parecia tener asiento la ley de clemencia. Sin perder la gloria,

Digitized by Google

evitaba la envidia; en su elevada inteligencia no hubo jamas lugar para lo pequeño y mezquino, y así fue como se mostró más digno de honores que deseoso de conquistarlos, y como estos violentaron, por decirlo así, su modestia. Al mirarle y sobretodo al oirle en su palacio apostólico adquiríase muy pronto el convencimiento de que el reino de Jesucristo, escrito en sus vestidos y en todo su semblante, brillaba en su alma con fulgores todavía más vivos.

Al tomar sobre sí el peso de la tiara, ese Papa de mirada límpida y de expresivo rostro, habia contraido y aceptado á pesar suyo una responsabilidad grandísima. En efecto, llegaba en una época de perturbacion y crísis en que los hombres, aun los mejores, se obstinaban en no querer comprender para quedar dispensados de obrar como debian; época en que debian expiarse delitos de toda clase, repararse monstruosas injusticias, y consolarse nobles y altos infortunios. Así lo conoció Pio VII, y en su encíclica de exaltacion expedida en 15 de mayo de 1800 y dirigida, segun costumbre, á los obispos todos de la cristiandad, habla mucho de los que padecen: «Profundo dolor y vivísima afliccion experimentamos, dice, al pensar en nuestros hijos que residen en Francia; por ellos sacrificaríamos la vida si nuestra muerte pudiese salvarlos. Una circunstancia, empero, atenua y suaviza la amargura de nuestro duelo, y es la fuerza y constancia que muchos de vosotros habeis mostrado, de la cual han sido imitadores tantas personas de todas edades, sexos y categorías. Su animoso esfuerzo para no mancharse con ilícito dañoso juramento y continuar obedientes á los decretos y decisiones de la Santa Sede apostólica, quedará eternamente grabado en nuestra memoria, lo mismo que la saña digna de los antiguos tiempos con que esos fieles cristianos han sido perseguidos.»

En Venecia residia aun Pio VII y ocupábanle sus diferencias con el embajador de Austria, cuando volvió á Francia su mirada y con gratas palabras procuró alentar á unos, fortalecer á otros, y preparar para todos una era de paz y reconciliacion. Una vez en Roma afánase por cicatrizar las heridas todavía abiertas que la revolucion causara á la Iglesia lo mismo que al estado, y al hacerlo no oculta ni disimula que de Francia, sólo de Francia debe venir la salvacion ó la ruina. De un movimiento de sus ejércitos, de uno de aquellos mil sacudimientos que arrojan á aquel pueblo de un extremo á otro, parecia depender la vida ó la muerte de las naciones; pero entónces estaba Francia como fatigada de anarquía, y en su postracion y en su vergüenza sentia renacer en su seno una verdadera necesidad de órden moral y material.

Al complacerse en derribar con sus propias manos los ídolos de sangre y lodo que se le obligara á levantar á la abyeccion cívica y á los sacrilegios constitucionales, Francia se manifiesta feliz con lo presente y confiada en lo por venir. Protegida por la espada de Bonaparte, preséntanse á sus ojos nuevos horizontes, y el primer cónsul, cuya autoridad afirma la victoria de Marengo, desea consagrar con sincera conversion á Dios y á su Iglesia la obra reparadora que su genio emprende. Respetuoso para con la Santa Sede, quie-


Digitized by Google

re que sus enviados la respeten, y les dice: «Tratad al Papa como si tuviera sobre las armas doscientos mil hombres.»

Cuatro dias despues de la batalla, en 18 de junio, Bonaparte escribia á sus dos colegas en el consulado: «Hoy, á pesar de cuanto puedan decir nuestros ateos de Paris, asistiré con gran pompa al «Te Deum» que se canta en la metrópoli de Milan.»

Para llevar á buen fin ese acto de elevada política aun más que de valor, necesitábase ser algo más que soldado afortunado, y al dia siguiente Bonaparte remata la fiesta de su primer «Te-Deum» rogando al cardenal Martiniani que sea intérprete suyo para con el nuevo Papa. Vencedor de la anarquía, quiere consolidar el edificio y para ello darle por base la religion, y ruega á Pio VII que favorezca sus esfuerzos y le ayude á restaurar y pacificar. Proposicion tan inesperada, hecha desde un campo de batalla, debia llegar á lo más íntimo del corazon del Sumo Pontífice; apénas de regreso en Roma contesta el Papa haberse cumplido su más ardiente deseo, y en breve Consalvi, revestido de la sagrada púrpura y nombrado secretario de estado, entabla negociaciones con el gobierno frances.

Hace veinte años, cuando en la «Historia de la Vendée militar» referíamos ese triunfo de la piedad cristiana sobre la impiedad revolucionaria, escribimos (1):

«Del primer cónsul se decia que seria un segundo Monk; mas no era un papel segundario lo que sonreia á un general que, de tan vasto ingenio como fogosa ambicion y con ideas admirables sobre el poder y la organizacion social, pensaba que sobre los escombros de la anarquía sólo podia elevarse un hijo de la revolucion. Para reprimir la efervescencia de las malas pasiones y devolver á Francia sus derechos por tanto tiempo hollados y sus deberes de antiguo olvidados, era necesario un hombre de hierro y de superior inteligencia que no tuviese por ascendientes sino su espada victoriosa, y que arrastrase á nuevo camino por la entereza ó por medio de la fascinacion aquellas voluntades rebeldes hacia diez años á toda clase de yugo. Bonaparte, gran guerrero y mayor administrador aun, dominó á todas las fracciones de partido que, para alcanzar el triunfo de miserables constituciones, llevaban á Francia á la zaga de sus desvaríos; dióse el encargo de reconstruir con las ruinas, de cicatrizar heridas que manaban todavía sangre, de devolver á la nacion su dignidad, de colocar de nuevo al gobierno al frente de la civilizacion, y de reconstituirlo todo sobre los antiguos cimientos conmovidos por las ideas demagógicas: regularizaba la fuerza para llegar al órden.

«Lo que la Vendée militar hiciera con la insurreccion, intentólo él apelando á la persuasion, y lo realizó por medio de la audacia. El brillo de sus victorias fascinaba al pueblo, y él supo aprovechar su ascendiente sobre los ánimos para volverlos á las ideas de fe y monarquía. ¿Dónde, en qué fuente aquel soldado muy jóven aun cuya vida ha trascurrido entre las angustias de una miseria republicana ó en la embriaguez del triunfo, ha bebido los prin-

(1) *Historia de la Vendée militar*, por J. Crétineau-Joly, t. II, p. 460 y sig. (4.ª edicion).

Digitized by Google

cipios que con tanta autoridad resucita? ¿Cómo ha podido aquel general, nacido entre apostasías religiosas y educado en los escándalos de todo género que difundian imaginaciones enfermizas, comprender tan pronto que hay cosas que no mueren nunca? La influencia de la Vendée se descubre aquí de lleno. Bonaparte queria construir un nuevo edificio social del que fuese él la piedra angular, y sin curar de los obstáculos inevitables que debian suscitarle las diferentes sectas que pasaban por todas las fases de la ridiculez hasta llegar á la negacion de toda clase de culto, comprendió admirablemente que no existia poder estable si no tenia por fundamento la religion. Y no pidió consejo ni apoyo á Paris, manchado aun con las impúdicas profanaciones de las deidades revolucionarias, ni tampoco á las provincias, que con indiferencia habian dejado pasar por encima de sus cabezas el huracan de la impiedad y las necedades del culto de la razon; aunque era evidente que la fe no se habia extinguido en el corazon de los pueblos, faltos de esfuerzo para resistir á la tiranía, sino que se hallaba en ellos como dormida, sólo en la Vendée estaba alerta y viva, y habia engendrado mártires y producido prodigios de abnegacion y heroismo. A todas las proposiciones de paz que se dirigian á los campesinos mutilados por la convencion y acosados como fieras por el directorio, los nobles privilegiados de la opresion daban siempre la misma respuesta, y esta fue una gran leccion para el ingenio de Bonaparte. «¡Devolvednos nuestro Dios!» decian los vendeanos, y al considerar que siete años de espantosas calamidades, de sacrificios sin número y de ignorada gloria no habian podido sofocar la constante protesta, conoció el primer cónsul que no movidos por temeridad heróica ni por locura valerosa habian renunciado los realistas á todos los goces domésticos para padecer y sufrir todas las miserias.

« Aquel hombre de penetrante mirada, que veia lo más íntimo de un asunto aun ántes de habérsele explicado por completo, apreció en lo que valian la importancia y las consecuencias morales del gran suceso del alzamiento monárquico, y para estar tranquilo en el trono que á su ambicion destinaba y arrancar de las manos de la Vendée las armas que conservaba á pesar de las anteriores pacificaciones, se atrevió á darle satisfaccion cumplida. En medio de aquella sociedad burlona y escéptica que temblara bajo la incorruptibilidad de Robespierre y habia tenido sonrisas para las torpezas del directorio, contemplaba admirado el primer cónsul los robustos y piadosos caractéres de la Vendée que tan puros resaltaban en aquel cuadro de humanas depravaciones. Su profunda inteligencia consideró á unos y á otros: á un lado veia pueblos que lo aceptaron todo de manos del terror, todo, hasta la negacion de Dios; al otro, humildes campesinos que entre los cadáveres de los suyos y los escombros humeantes aun de sus cabañas, no exigian mas reparacion que la libertad de adorar á Dios. ¿ Cómo era posible que Bonaparte vacilase entre los unos y los otros ? ¿ Acaso no sabia que los apóstoles del ateismo en tiempo de Chaumette serian, segun las circunstancias, devotos ó impíos á voluntad suya, y que le bastaba mandar para ser obedecido ?

« A los generales de la república, á los tribunos labrados por la democracia segun sus exageraciones de igualdad, prodigóles oro y esperanzas de


Digitized by Google

títulos de nobleza, como salario que destinaba á las patrióticas abnegaciones y á unos amantes de los derechos del hombre cuyo escaso precio conocia. Pero á la Vendée, á aquel pueblo religioso al cual en su militar entusiasmo proclamaba un pueblo de gigantes, devolvióle su fe, convencido de que no podria, en tanto que no se le concediera tan alta satisfaccion, reconciliar con su autoridad las conciencias. La Vendée y la revolucion no tenian mas derechos que reivindicar; aquella, probando que sus esfuerzos no habian sido estériles, proclamaba no haberse levantado movida por mezquino egoismo, sino por una idea de moralizacion religiosa y de fe social. El primer cónsul decidió la causa en su favor, y al resucitar la Francia cristiana que la sangre de las católicas provincias del Oeste habia rescatado de las infamias de la impiedad resucitábala en beneficio de las ideas monárquicas. En efecto, la alianza de la religion y la monarquía es muy estrecha para que un pueblo sea á un tiempo revolucionario y cristiano: la demagogia excluye la fe.

« Al impulso de esta idea presente siempre á su entendimiento como verdadera que era, Bonaparte entró en tratos con los caudillos vendeanos; no se le ocultaba la repugnancia que habian estos de experimentar en favorecer una causa política distinta de la suya propia, y la respetó aunque pisaba ya el umbral de las grandezas: de acuerdo con los realistas acerca de los grandes intereses religiosos, abandonó al tiempo y á la persuasion la obra de conquistarle una fidelidad que envidiaba.

«El primer cónsul, decia el presbítero Bernier en 15 de febrero del año 1800, es un hombre extraordinario al cual no se oculta, muy léjos de esto, que los sacrificios de los vendeanos no pueden ser condenados á la esterilidad. Al referirle yo la piedad y los actos de valor de que he sido muchas veces testigo, su semblante se enardece, y diríase que está celoso de unos soldados que él no ha mandado, exclamando en más de una ocasion que tendria á orgullo ser vendeano. Pregúntame si nuestros campesinos desafiaban como lo hacian todos los peligros sólo en defensa de sus príncipes, y yo le contesto que si bien los Borbones tenian muy buena parte en aquella devocion, el mayor número se habian lanzado al combate al ver ultrajada la fe y sus ministros. Entónces me decia: « Quiero devolverles todo eso. ¿Cómo no hacer algo por los que tanto han hecho en favor de la religion? » Y cierto estoy de que lo hará, pues quizas no ha existido otro hombre que haya comprendido como él la importancia de las cosas. »

Sin conocer personalmente á Bonaparte, Pio VII, con la sagacidad de un italiano y la presciencia de un jefe de la Iglesia, tenia del general igual opinion y se complacia en cifrar en él iguales esperanzas. Elevados al poder con pocas semanas de intervalo uno de otro, habia de serles permitido, al tiempo que deploraban lo pasado, procurar la reconstitucion de lo futuro; ajenos á las últimas luchas venian para terminarlas, y así como Bonaparte invocaba la moderacion de Pio VII, apelaba este á los cristianos sentimientos del soldado. Uno y otro estudiaban los medios de dominar la revolucion debilitando su prestigio.

La revolucion se habia apoderado de todas las sendas que llevaban al po-

Digitized by Google

der, hasta de las más estrechas, y teníalas ocupadas por sus sicarios ó usufructuarios. Al obedecer servil despues de haber mandado tiránicamente, si temblaba á los fulgores de la espada era para más alzar la cabeza delante de la tiara pontificia, y si se sujetaba humilde á las órdenes del primer cónsul era más en la forma que en la esencia. Preveníanse, adivinábanse los menores deseos de Bonaparte; eran sus ideas celebradas; la complacencia de los revolucionarios llegaba hasta consentir en calentarse á los rayos del sol de su gloria; pero esto no impedia que alimentasen la esperanza de encadenar y frustrar á fuerza de obsequios falaces su buena voluntad respecto de la Santa Sede. Si habian hecho el momentáneo sacrificio de su licencia y saña, jamas accedieron á renunciar al odio y á las preocupaciones que contra la Iglesia abrigaban.

En aquella época de elevaciones repentinas y de despeñamientos aun más precipitados, cualquiera autoridad civil debia parecer interina y provisional á unos hombres que desde hacia siete años estaban rompiéndolo ó envileciéndolo todo. Un motin afortunado, un cambio de opinion, ó una puñalada podian de un instante á otro precipitar de nuevo á Francia y á Europa en el abismo de la demagogia. Respecto de la Iglesia, empero, tan culpables esperanzas no eran permitidas: un Pontífice triunfante sucedia á un Pontífice muerto en el destierro, á un Pontífice cuyo sepulcro, solemnemente trasladado á la basílica cristiana, servia de bandera de reconciliacion, y sobre las ruinas amontonadas al rededor de la efímera república la Cátedra de Pedro dominaba aun el universo entero como para atestiguar la esterilidad de los deseos y esfuerzos de la anarquía.

Contrariar directamente la voluntad del primer cónsul era perder sin probable fruto las venturas que lo por venir podia traer consigo, y así fue como quedó resuelto obedecer oficialmente, pero oponerse con toda clase de cábalas y secretas maquinaciones al movimiento religioso que inauguraban Pio VII y Bonaparte. La impiedad aparentó renunciar á la lucha, y despues de una campaña de públicos sacrilegios y profanaciones sangrientas, encerróse en su tienda, aunque dejando en el campo parciales más obstinados que ella misma. En el jansenismo y galicanismo seglar, trasformados en iglesia constitucional, habia encontrado la revolucion aliados á quienes no desalentaba derrota ni apostasía, y á ellos cedió la palabra, escudándose en su inveterado odio contra Roma.

La reconciliacion de la Santa Sede con Francia equivalia á la ruina de los proyectos anticatólicos. Pero Bonaparte ha hablado y no queda otro arbitrio que someterse en apariencia y llenar de lazos y emboscadas el camino por el cual el Sacerdocio y el imperio han de llegar al término deseado.

Un hombre á quien Bonaparte, cónsul y emperador, pensó en tomar por consejero independiente y consultor privado, explicábale ya en aquella época las dificultades de su situacion. Fievée escribia lo siguiente al primer cónsul(1):

(1) *Correspondencia y relaciones de Fiévée con Bonaparte* (1802—1813), t. I., p. 14 y sig.

Digitized by Google

«Los hombres por opinion republicanos son por lo general respetables por su probidad; el mal resultado de sus tentativas les ha sorprendido más que convertido, y de seguro volverán á empezar siempre que se les presente ocasion.

« Incapaces de verificar por sí mismos un movimiento decisivo en beneficio de su causa, se limitan á prepararlo y disponerlo, y en caso de quedar frustrado, á salir en defensa y justificacion del mismo con sus palabras y con el ascendiente que la probidad comunica. Cuantas obras están hoy renegando de la revolucion en sus violencias sin dejar por ello de ponderar los principios políticos que las engendraron, proceden de los republicanos por opinion. Con tal que no se mate, ó que se mate poco, véseles apoyar cualquiera situacion que pueda favorecer sus opiniones, mas esto sin pertenecer á gobierno alguno: su reino no es de este mundo.

«Son, empero, más peligrosos de lo que se cree; en cuantas circunstancias podian ser decisivas se han presentado como intermediarios entre las facciones, y con falsos recursos de conciliacion, en cuya eficacia quizas ni ellos mismos creian, han procurado prolongar la revolucion. Cierto estoy de que el actual gobierno los habrá encontrado con frecuencia en su camino, y á ser yo más audaz afirmaria que con sus temperamentos han debido de causarle más estorbo que todos los partidos bullidores.

«Los republicanos por interes, y llamo así á los revolucionarios consagrados por la sangre que han vertido, se han trasformado en políticos desde el momento en que no pudieron mostrarse furiosos. Ocupando, como ocupan, casi todos los empleos, y elevados algunos á la confianza del jefe del estado de modo que están en el caso de adivinar sus proyectos, no manifiestan oposicion; léjos de esto, demuestran solicitud para llevarlos á buen fin. Pero en secreto frustran lo mismo que parecen apoyar, ó si esto les es imposible, desvian la pública opinion del gozo de un bien presente para infundirle temores de males futuros: y así se explica como el primer cónsul ha ido adquiriendo de continuo por medio de sorprendentes victorias una popularidad que al parecer habia de durar siempre sin que de ella se hallasen ni vestigios á las pocas semanas. El santo y seña de tales hombres consiste en gastar á Bonaparte, y para conseguirlo exaltar sus pasiones en vez de procurar calmarlas. Los extranjeros que llegan á Francia quedan admirados al ver que el primer cónsul inspira en ella ménos entusiasmo que en las naciones extranjeras; y este hecho muy verdadero que tuve ocasion de observar en Inglaterra, reconoce sin duda varias causas cuya investigacion seria no poco interesante. Limitaréme aquí á decir la más natural.

«Exageradas por la revolucion las esperanzas populares sin haber producido sino mayor miseria y malestar, el pueblo, siempre juguete de aquellos que lo ensalzan, esperaba tanto y tanto de sus aduladores, que es imposible realizar en su favor cosa alguna que sea ni sombra de lo que se le prometiera.

« A pesar de todo cree que cada nuevo gobierno le proporcionará la dicha con que le han halagado, y así es como ocho dias despues de la paz

Digitized by Google

general (1), preguntaba la gente en Paris qué bienes resultarian de ella. Este es el pueblo que la revolucion ha formado.»

De este modo es pintada al natural la situacion al primer cónsul por un hombre profundamente versado en los secretos de la política de partido. Innúmeras y de toda clase son las dificultades que aquella situacion presenta: ademas de los materialistas del Instituto que, no contentos con haber descompuesto á la nacion francesa, se daban á descomponer químicamente el pensamiento estremeciéndose de ira al oir pronunciar el nombre de Dios, nacen en todas partes cismas y divisiones. Por un lado el clero constitucional se obstina en sus usurpadoras tendencias y en el desórden moral que hiere en lo más íntimo la sociedad cristiana, y por otro el clero fiel comienza de nuevo á levantar la frente; el patíbulo y las persecuciones lo han diezmado sin debilitar su celo; nunca ha podido ser apartado de la comunion romana, y hace de esa perseverancia suya una fuerza á la vez que un merecimiento.

Los sacerdotes que permanecieron en tierra francesa murmuraron en el secreto de su caridad palabras de paciencia y esperanza á los oídos de la grey cuya custodia les estaba confiada, y cuando al fin la saciedad del crímen trajo consigo una sombra de sosiego, parecieron de nuevo en ciudades y aldeas rodeados de una auréola santificada por las aflicciones. En las iglesias sin campanas, sin altares y sin ornamentos, cuyas piedras guardan todavía imágenes de lascivia, sólo pronuncian palabras de paz y no predican sino el perdon de los agravios.

Mas aquel clero está sin caudillos: los obispos de Francia han muerto proscritos ó emigrados, y despues de haber sobrellevado dignamente el peso de aciagos dias espera en la tranquilidad de su conciencia que la Santa Sede se digne recompensar su abnegacion por medio de un acto solemne de justicia. Alentado como fue por Pio VI, ¿puede su sucesor sacrificarle?

Segun se lo manifestara Fiévée con no comun franqueza, no tenia Bonaparte la libertad de sus acciones todas; la revolucion le dominaba á pesar suyo, y aunque le permitia pacificar por medio de la victoria y gobernar por su superior inteligencia, sabia, sin embargo, imponer indirectamente condiciones á quien de nadie las consentia. Al empuñar el timon de los asuntos públicos el primer cónsul quiso, al parecer, adoptar aquel consejo del cardenal Retz, el cual dijo que « el gran secreto de aquellos que se elevan á los cargos del estado es dominar desde un principio la imaginacion de los hombres por un medio que determinadas circunstancias hagan particular suyo;» y en ménos de un año realizó prodigios. Segun palabras del profeta, halló á los pueblos comiendo polvo como las serpientes y llenos de susto como los reptiles que se arrastran por la tierra : sólo con la fuerza de su voluntad se empeña en sosegar aquel terror, y esto alcanzado, devuelta la paz á los ánimos, quiere devolverla á las conciencias, pues sabe firmemente que cuan-

(1) La paz de Amiens.

Digitized by Google

to contribuye al reposo de la Iglesia y á la libertad de la religion contribuye asimismo á la salud del imperio.

El destino de los hombres superiores que llegan tarde para crear es conservar ó restablecer, y Bonaparte restablecia. Y hacíalo siempre con acierto cuando obedecia á sus inspiraciones propias; pero de un modo funesto cuando, sin advertirlo, le ponian á merced de las sugestiones del cisma ó de la intolerancia demagógica la impetuosidad de su genio y el orgullo de la victoria.

José Spina, arzobispo de Corinto, y el padre Caselli habian sido enviados á Paris para abrir las negociaciones relativas al concordato. Difíciles y múltiples son los puntos que deben resolverse; los referentes á personas complican los relativos á principios; el hecho quiere penetrar á cada instante en el terreno del derecho; lo falso se pone en lugar de lo verdadero, y las paradojas intentan combatir la potestad eclesiástica. Como sucede en todas las transacciones de importancia, suscítanse á cada paso equivocaciones, exigencias, compromisos, incertidumbres, parciales acuerdos y desconfianzas.

Spina y el padre Caselli hablaban como teólogos consumados que eran; el presbítero Bernier, el sacerdote de la Vendée militar, era el intérprete del cónsul: José Bonaparte y Crétet no habian salido todavía á la escena. Las negociaciones empezaron sin que los negociadores se pusieran de acuerdo poco ni mucho sobre los hombres ni las cosas, y de pronto el primer cónsul, cuya escasa paciencia no pudo tolerar aquellas naturales dilaciones, resolvió dar un golpe magistral. El cardenal Consalvi poseia toda la confianza del Sumo Pontífice, y Bonaparte quiere que el cardenal vaya en persona á Paris para allanar los obstáculos y resolver las dificultades. Por órden de Pio VII Consalvi se pone en camino.

El guerrero y el eclesiástico van á encontrarse frente á frente: veamos si, como sucede en las Sagradas Escrituras, «es mejor el sufrido que el fuerte, el que domina su corazon que el expugnador de ciudades (1).»

Jóvenes los dos, poseen en grado eminente el númen de la política, la coquetería de la mujer y la consumada prudencia de encanecidos diplomáticos; como los grandes ingenios italianos retratados por Maquiavelo, son ambos un compuesto de cisnes y zorras. Bonaparte es atrevido por reflexion y audaz sin dejar de ser impasible; con sus ojos que despiden rayos y sus labios, asiento de tempestades, llega á la suavidad y mansedumbre con fingida sequedad ó una violencia que no es propia suya. Para seducir mejor amenaza con la victoria, y de severa belleza, que respira tanta autoridad como donaire, preséntase armado de sarcasmos cáusticos como la piedra infern : de él puede decirse que era una mina de oro cubierta á veces por gusto propio de falsa pedrería.

Consalvi, sutil como un aroma, se considera obligado á no descuidar jamas el arte de las condescendencias útiles con tal que sean lícitas, y naturaleza perfeccionada por una educacion exquisita, le ha dotado de cuanto puede favorecer el gran deseo que le anima de complacer y agradar. En sus pala-

(1) *Los Proverbios*, XVI, 32.

Digitized by Google

bras y modales conócese desde luego el « senatorius decor » del patricio de la antigua Roma; en su agraciada frente que nunca se doblará á la fuerza ni al encono, resplandece la franqueza prudente y la serena inteligencia, y quien le ve queda convencido de que hombre alguno puede hacer mejor que él sana aplicacion de la sagacidad á la virtud y de la reflexion á las intenciones rectas.

Con Bonaparte habrá el cardenal de considerar los menudos incidentes como víctimas que importa sacrificar á grandes intereses. Uno y otro, á quererlo, saben tomar el camino más recto para llegar al punto que se proponen; mas nunca el príncipe de la Iglesia olvidará á impulso de ambiciosos pensamientos, ni por el deseo de llegar pronto que aquello que bien se hace, se hace siempre á tiempo. Al hallarse esos dos hombres frente á frente procurando por medio de los atractivos del ingenio disminuir sus defectos en beneficio de sus buenas calidades, podrémos ver cuál de los dos llevará más léjos aquel talento de saber esperar con paciencia, que es el verdadero talento del varon político.

Casi todos los autores contemporáneos que analizan las negociaciones anteriores al concordato adoptan la version que los intrusos y jansenistas tuvieron interes en difundir; casi todos refieren los mismos hechos, no difiriendo sino en el modo de apreciarlos. Desde hace sesenta años sólo ha sido oida una parte; hora es ya de que la historia consienta en dejar hablar á la otra. Merced al gran número de obras anteriores sabemos cómo sucedieron los hechos y el juicio que de ellos formaron el galicanismo y la revolucion; oigamos ahora el relato ó las explicaciones del cardenal Consalvi. Abonado testigo es el de vista; más abonado aun aquel que ha visto y tenido participacion en lo que cuenta, y mejor todavía el que, en la paz de su conciencia y en la lealtad de su corazon, refiere los asuntos que dirigió él mismo. En este último caso se encuentra el cardenal, quien se expresa en los siguientes términos:

«Como escribo estas Memorias casi once años despues de haber sucedido los hechos en ellas contenidos y sin tener á la vista los documentos que á los mismos hacen referencia, es fácil que haya dejado de continuar algunos pormenores y circunstancias por no tenerlos en la memoria, y tambien que se haya deslizado en mi relato algun yerro, alguna fecha equivocada ó cosa parecida. Esto no obstante, por lo que toca á lo sustancial nada se hallará en él que no sea muy exacto y verdadero, manifestándose sin sombra de adulteracion las instrucciones y la fidelidad con que las dos partes procedieron en esa negociacion, una de las más importantes de la historia eclesiástica.

«De regreso á Roma el dia 3 de junio del año 1800, y apénas repuesto en posesion del patrimonio de San Pedro por Austria y Nápoles, el Padre Santo fue asaltado por nuevos temores, porque despues de la batalla de Marengo, llegaron otra vez hasta las fronteras del territorio pontificio la república del Piamonte y la Cisalpina.

«Por mediacion del cardenal Martiniani, obispo de Verceil, invitóse á Su Santidad de parte del primer cónsul para que enviase á Turin á monseñor Spi-

Digitized by Google

na, arzobispo de Corinto «in partibus infidelium», á fin de tratar con él de los asuntos religiosos de Francia. Monseñor Spina, que siguiera á Pio VI á Valencia, marchó por lo tanto á Turin con órden de oir y comunicar lo que oyese, «con ordine di sentire e referire;» pero miéntras estaba allí esperando en vano al primer cónsul recibió de pronto recado de marchar á Paris, donde le aguardaba Bonaparte.

«Entónces tomó el camino de la capital de Francia llevando consigo como teólogo al padre Caselli, general de los servitas, sin que pueda recordar yo ahora si tuvo tiempo para pedir instrucciones y obtener respuesta. Ya en Paris hiciéronseles proposiciones inadmisibles, suscitáronles dificultades sobre dificultades; pero nada real ni favorable obtuvieron para la religion.

«En esto llegó de improviso á Roma M. Cacault sin título oficial alguno y sin encargo directo de negociar; pero esto no obstante negociando y administrando los asuntos de la república francesa. El lenguaje de M. Cacault, de suyo buen hombre y conocido ya en Roma, inspiró al principio algunas esperanzas á Su Santidad, como que á cada palabra salia fiador de las excelentes disposiciones del gobierno frances, monseñor Spina en tanto continuaba negociando en Paris; pero las proposiciones eran como siempre inadmisibles, y esto que la situacion de las cosas habia llegado en Francia á tal punto que se habria aceptado como un favor la concesion más pequeña. De este argumento se valia exagerándolo el gobierno de la república para alcanzar más pronto su objeto y conceder lo ménos posible, repitiendo sin cesar «que la obstinacion del Papa en su negativa habia de producir consecuencias muy funestás, no solo para la fe católica, sino tambien para el poder temporal del Sumo Pontífice.»

«Semejantes amenazas sorprendieron á Su Santidad, mas no le desalentaron. La congregacion de los cardenales «ad hoc» le sostenia en la lucha, y aun cuando hubiese de correr el riesgo de perder todos sus dominios temporales, estaba resuelto á no transigir sobre punto alguno de esencia y á sacrificarlo todo en caso de necesidad. En este sentido se enviaron instrucciones á monseñor Spina, y yo mismo las redacté á la vista y escribiendo, por decirlo así, dictándome Su Santidad.

«En esto estábamos, esperando y temiendo sin que monseñor Spina recibiese contestacion alguna, cuando M. Cacault manifestó que si dentro de cinco dias no se habia firmado el proyecto de concordato extendido en Paris, y esto sin la menor variacion, sin enmienda ni restriccion alguna, tenia órden de salir de Roma al espirar el plazo y marchar á Florencia, su legacion, al lado del general Murat. Su partida deberia considerarse «ipso facto» como notificacion del rompimiento entre la Santa Sede y Francia.

«Cuanto podia hacerse para obtener una dilacion ó á lo ménos el tiempo necesario para recibir contestacion de Paris, lo hice; pero M. Cacault se encerró en sus instrucciones, de las cuales decia no poder apartarse un punto. El Padre Santo se limitó á decir con su serenidad habitual: «Pongo mi causa en manos de Dios.»

«La proximidad de las tropas francesas y la malevolencia de algunos agen-


Digitized by Google

tes de desórden inspiraban vivos temores para el caso de un rompimiento; mas al fin M. Cacault sugirió y luego exigió que el cardenal secretario de estado partiese inmediatamente para Francia. Hube, pues, de marchar á Paris; así lo queria el primer cónsul, y era probable que él y yo nos pondríamos de acuerdo. Este era, decia á todas horas M. Cacault, el único medio evasivo que aun quedaba para impedir la ruina de la autoridad de la Santa Sede; pero como quiera que fuese era lo cierto que habíamos de pasar por ello. Convínose, empero, para que el pueblo y los descontentos no pudieran concebir la menor sospecha de rompimiento, en que el embajador frances partiria conmigo en el mismo carruaje y viajaríamos juntos hasta Toscana; así se practicó, y salí de Roma el 6 de junio de 1801 muy pensativo por el grave cargo que sobre mí pesaba.

«Despues de un viaje de quince dias, en los cuales no descansé sino en Florencia, Milan, Turin y Lyon, llegué á Paris á las primeras horas de la noche, rendido de fatiga é ignorando por completo cómo se habria tomado la noticia de mi embajada, pues en vano habia esperado respuesta al aviso que por la secretaría de estado se diera de ella á monseñor Spina luego que quedó mi viaje decidido. Hospedéme en la fonda en que vivian dicho prelado y su teólogo el padre Caselli, y en lo que me dijeron sobre el estado de las cosas no hallé gran motivo de consuelo.

«Mi primer cuidado á la siguiente mañana fue participar mi llegada al primer cónsul y preguntarle á qué hora podria tener el honor de verle y ademas en qué traje deseaba que me presentase; pregunta muy puesta en su lugar, pues en aquella época el hábito eclesiástico, así en Paris como en Francia, era cosa absolutamente desusada. Los eclesiásticos vestian como los seglares; las iglesias consagradas á Dios estaban dedicadas á la Amistad, á la Abundancia, al Himeneo, al Comercio, á los Jardines, á la Fraternidad, á la Libertad, á la Igualdad y á otras divinidades de la razon democrática; en parte alguna se veia la menor señal externa de religion, y dominando todavía las ideas republicanas en los usos y costumbres sociales, dábase á todo el mundo el título de ciudadano. Tambien á mí me lo dieron todo el tiempo que duró el viaje, á pesar de ir revestido con las insignias de cardenal, pues por más que con ello manifestase mayor valor que prudencia, creí de mi deber no quitármelas ni un solo dia. Sin embargo, era evidente que en la capital de Francia y sobretodo al presentarme al jefe del gobierno exigia mi encargo cierta circunspeccion, y aunque no deseaba dejar el hábito eclesiástico tampoco queria exponer las insignias cardenalicias á accidentes desagradables.

«El presbítero Bernier me sirvió de intermediario para que llegaran á su destino aquellas peticiones. Habia sido dicho eclesiástico uno de los principales caudillos de la Vendée en su lucha heróica contra el gobierno republicano, y despues activo instrumento de pacificacion en las provincias realistas cuando, privadas estas de toda clase de auxilio extranjero y agobiadas por la feroz violencia de una fuerza infinitamente superior, hubieron de considerar como una dicha el aceptar las ménos duras condiciones de paz que el nue-

Digitized by Google

vo gobierno consular, conociendo su propio interes, habia tenido la prudencia de ofrecerles. La afortunada intervencion del presbítero Bernier en asunto de tanta importancia le habia dado favor para con el gobierno, y al resolver este el nombramiento de un negociador desde los primeros tratos con monseñor Spina, le eligió cuerdamente para dicho cargo con preferencia á cualquiera otro por estar en él reunidos el conocimiento de las materias eclesiásticas, la sagacidad del diplomático y la reputacion de un hombre que, por una parte, no podia ser sospechoso á la Sede apostólica, así por la pureza de sus principios como por la causa que sostuviera; y, por otra, estaba interesado en no ofuscar los recientes méritos que habia adquirido para con el gobierno al cual se adhiriera desde la pacificacion de la Vendée. Dicho eclesiástico, que hasta aquel entónces habia negociado con monseñor Spina, se apresuró á visitarme luego que supo mi llegada, y por él dirigí al primer cónsul la comunicacion de que acabo de hablar.

«El primer cónsul respondió más pronto de lo que habria querido quien habia de desear cierto intervalo de tiempo entre la llegada y la presentacion, no tanto á causa de la fatiga del viaje como para procurarse algunas noticias necesarias ó útiles que pudiesen servirle de guia y norma en la primera entrevista. Poco tiempo habia trascurrido cuando el presbítero Bernier volvió con el mensaje de que «el primer cónsul me recibiria aquel mismo dia á las dos de la tarde, y que en cuanto al traje procurase vestirme de cardenal lo más que me fuese posible.»

«Semejante respuesta, que por su excesiva prontitud causóme más disgusto que placer, púsome ademas en grave compromiso al no hacer mencion alguna de monseñor Spina, quien, no habiendo sido presentado aun al primer cónsul, no se creyó autorizado para acompañarme, lo que me obligaba á ir á la entrevista absolutamente solo, con gran disgusto mio á causa de la novedad del caso y de mi completa ignorancia acerca de la situacion en que me hallaba. En cuanto á vestirme de «cardenal lo más que me fuese posible,» no me turbaba poco ni mucho; y aunque entendí que el deseo de Bonaparte era que me presentase á la audiencia con sotana encarnada, reflexioné que los cardenales sólo delante del Papa deben usarla, y que únicamente por abuso visten algunos aquel traje en la córte de los soberanos de los cuales son súbditos por nacimiento. Resolví, pues, presentarme con hábito corto negro, sin otro distintivo rojo que las medias, la birreta y el alzacuello, que es el traje ordinario de los cardenales fuera de su país cuando no están de servicio.

«A la hora anunciada estaba en mi alojamiento el maestro de ceremonias de la córte, conforme á lo que me dijera el presbítero Bernier; tomé asiento en su coche, y solo con él llegué á las Tullerías. Introdújome en un salon del piso bajo, llamado de embajadores, y despues de decirme que aguardara allí algunos instantes para que pudiera dar aviso de mi llegada, me quedé solo, no observando á mi alrededor sino profundo sosiego. Sin duda me hicieron entrar á propósito por aquella parte silenciosa y desierta del palacio, para que á cada paso aumentase mi sorpresa, y aumentase así tambien la turba-

Digitized by Google

cion que naturalmente debia dar por resultado. Y en efecto, al volver poco despues el maestro de ceremonias y al decirme que podia entrar á la audiencia del primer cónsul, indicándome con la mano una puertecita que comunicaba con el vestíbulo de la escalera principal del palacio, experimenté en verdad igual sensacion de sorpresa que la causada en el teatro por un repentino cambio de decoracion, cuando de una cabaña, un bosque, una cárcel ú otra cualquiera situacion semejante se pasa al deslumbrador recinto de numerosa y magnífica córte.

«Despues supe que aquel dia de gran parada, fiesta que en aquella época se verificaba en las Tullerías cada quince dias con asistencia de los tres cónsules que representaban el gobierno, de los jefes del estado, esto es, el senado, el tribunado, el cuerpo legislativo, los dignatarios de palacio, los ministros y los generales, y de inmenso número de tropas y espectadores. A lo que creo, el primer cónsul quiso que mi primera audiencia coincidiese con esta solemne circunstancia para que, al mirar su poderío, quedase sobrecogido de admiracion y quizas de temor (1); y sin dificultad se comprende que una persona llegada á Paris la noche anterior, sin estar prevenida, sin saber lo más mínimo de los usos, de las costumbres ni de las ideas que animaban á los personajes ante los cuales se presentaba, siendo por añadidura considerada hasta cierto punto como responsable del mal éxito de las negociaciones hasta aquel momento seguidas, experimentase, en medio de un aparato tan imponente como imprevisto, una impresion profunda y hasta visible confusion. No pudiendo imaginar que hubiese de ser pública mi primera audiencia, é ignorando por completo lo de la revista, dí en pensar que la multitud que llenaba el vestíbulo y la escalera habia acudido allí movida por la curiosidad al saber (sin que yo atinara en el cómo) mi presentacion en las Tullerías. El redoblar de los tambores en la misma escalera, los personajes ricamente vestidos y los altos dignatarios que llenaban en compacta multitud salones y antecámaras, llenaban mi ánimo de admiracion creciente.

« Llegué por fin á una sala en la cual habia un solo personaje, y este, al verme, se adelantó hácia mí, me saludó sin proferir una palabra, y en seguida me acompañó á la pieza inmediata. No sabia entónces quién fuese, pero despues supe que era el ministro de negocios extranjeros M. de Talleyrand, nombre muy conocido en los fastos de la revolucion para que sea necesario añadir á él la menor explicacion. Creí que me habria introducido en el gabinete del primer cónsul, y la idea de estar á solas con él comenzaba á devolverme la serenidad, cuando, con gran sorpresa mia, se abrió otra

(1) Tal es el relato que hace el mismo cardenal de su presentacion al primer cónsul y de la primera entrevista que tuvo con él en las Tullerías. M. Thiers, tan bien informado sobre los acaecimientos de más bulto como sobre las circunstancias más insignificantes, sabe la cosa de muy distinto modo y la cuenta en estos términos:

«El cardenal Consalvi llegó á Paris el dia 20 de junio (1.° de mesidor). El presbítero Bernier y monseñor Spina salieron á recibirle y á tranquilizarle acerca de la disposicion de ánimo en que estaba el primer cónsul; convínose en el traje en que habia de presentarse en la Malmaison, y se dirigió allí muy conmovido por la idea de ver al general Bonaparte. Este, avisado de antemano, procuró no aumentar la confusion del cardenal.» *Historia del consulado y del imperio*, por A. Thiers, t. III, p. 255 y 256.


Digitized by Google

puerta y en vastísimo salon ví inmensa multitud de personajes, dispuestos como para una escena teatral. Al extremo de la sala estaban simétricamente formados los diferentes cuerpos del estado (que, como despues supe, eran el senado, el tribunado, el cuerpo legislativo y los tribunales superiores), y á los lados generales y militares de diversa graduacion, ministros y altos empleados. Delante de todos, separados y aislados, ví á tres personajes que, segun me dijeron despues, eran los tres cónsules de la república.

« El que estaba en medio dió algunos pasos hácia mí; al momento pensé que seria Bonaparte, y mi pensamiento quedó en breve confirmado por la actitud del ministro Talleyrand, quien, sin apartarse de mi lado, me presentó á él. Quise entónces decir algo para cumplimentarle y hablar del motivo de mi viaje; pero sin darme tiempo para ello díjome con modo desabrido así que me vió cerca de sí: « Sé la causa de vuestra venida á Francia, y quiero que sin dilacion se abran las conferencias. Cinco dias os doy de tiempo, y os advierto que si espirado el quinto no han concluido las negociaciones, habréis de volver á Roma. Por lo que á mí toca tengo tomada mi resolucion por si esto ocurre. »

« Estas fueron, ni más ni ménos, las primeras palabras que Bonaparte me dirigió con voz que no era ni afable ni muy áspera: dichas que fueron calló esperando mi contestacion. Díjele « que el haber enviado Su Santidad su primer ministro á Paris era prueba del interes que cifraba en celebrar un concordato con el gobierno frances, y que me lisonjeaba la esperanza de ser bastante afortunado para ajustarlo en el espacio de tiempo que él deseaba; » y fuese que esta primera contestacion mia no le disgustase, ó que concibiese de mí no desfavorable idea al considerar que, mediante la gracia de Dios, no me habia turbado el desusado espectáculo de aquel imponente aparato, ó por fin que así lo tuviese resuelto de antemano, ello es que, pronunciadas aquellas primeras palabras, entró de pronto en materia, y por espacio de media hora, sin variar de actitud, delante de todo el mundo, estuvo hablando del concordato, de la Santa Sede, de la religion, del estado que tenian las cosas y hasta de los artículos no admitidos, con una vehemencia y facundia inexplicables, sin manifestar, empero, enojo ni usar de un lenguaje duro. A todo contesté lo que me pareció sin turbacion de ánimo (esto, repito, por gracia especial del cielo y de ningun modo por mérito mio), no dejando sin la conveniente refutacion todas las quejas contra Roma; y aunque no sea este lugar á propósito para referir cuanto se dijo en aquella circunstancia, por no ser tal el objeto de este escrito, no puedo ménos de citar una sola cosa, únicamente como indicio dado ya entónces por Bonaparte de la aversion que sentia por la sociedad religiosa de que voy á hablar. Digo, pues, que el primer cónsul me dijo « no poder ver sin sorpresa y escándalo la union del Papa con una nacion cismática como lo era la rusa, demostrada de todo punto por el restablecimiento de los jesuitas á peticion de Pablo I (el cual acababa de morir de trágica muerte), union, añadió, que debe agravar y ofender por necesidad al Rey católico, en cuanto tiene por motivo el complacer á un soberano cismático. » Con franqueza le contesté « que le habrian informado mal de lo

Digitized by Google

sucedido, pues si Su Santidad consideró no poder negar al emperador de Rusia el restablecimiento de los jesuitas en sus estados, hízolo cumpliendo con cuanto su paternal estimacion y lo mucho en que tenia al rey de España le mandaban, como de ello eran prueba los varios meses trascurridos entre la peticion de Pablo I y el despacho de la bula, la cual no fue expedida hasta estar seguro el Papa de que la córte de España no habia de ver en ella motivo alguno de agravio. »

« Otras muchas respuestas semejantes di á otras cosas que él me dijo en aquella pública audiencia, y dióla por concluida repitiendo «que se empezaran sin pérdida de momento las negociaciones, pues por los importantes asuntos que entre manos traia no le era posible perder tiempo. » Luego me hizo una señal con la cabeza á guisa de saludo, dió algunos pasos atras hasta colocarse entre los dos cónsules, y así me despidió. Incliméme yo entónces (como ya hiciera al entrar), y salí del salon acompañándome M. de Talleyrand hasta el punto en que salió á recibirme; desde allí el mismo maestro de ceremonias me acompañó hasta mi alojamiento.

«No concluyó el dia sin que el presbítero Bernier viniese á verme. Díjome «que habia recibido del primer cónsul órden para comenzar inmediatamente las negociaciones, y que estas debian estar concluidas dentro de cinco dias, pasados los cuales sin haberlo conseguido podia volverme otra vez; » y añadió « que el gobierno deseaba saber por extenso las razones que movieron al Papa á no aprobar pura y simplemente el proyecto del concordato presentado en Roma por M. Cacault, » proyecto que el Papa habia rechazado al serle trasmitido por monseñor Spina, con cuyo motivo habia manifestado yo mismo las causas de su negativa, como tambien los fundamentos de las enmiendas y modificaciones en él introducidas por Su Santidad y no admitidas por Francia. El presbítero Bernier quiso que yo redactase sobre esto una memoria que él mismo entregaria al primer cónsul el dia siguiente.

« No habian trascurrido veinte y cuatro horas desde mi llegada despues de un viaje rapidísimo y fatigoso, durante el cual no habia dormido ni una noche, y me encontraba, para no dar en un principio motivo alguno de descontento y no enajenarme la benevolencia del hombre que estaba habituado á no hallar á su querer obstáculo, con que habia de acceder á deseos que tenian el viso de órdenes. Guardando mis negativas para aquello que fuese intrínseco del asunto siempre que la negociacion lo exigiera, creí del caso prescindir de cuanto á mí se referia, y prometí cumplir con lo que se me habia pedido.

«La Memoria, lucubracion de una noche, fue entregada el dia siguiente al presbítero Bernier, y por este á M. de Talleyrand, quien, despues de enterarse de ella, debia comunicarla al primer cónsul. Tenia la memoria por objeto justificar la desaprobacion dada al proyecto de concordato tal como fuera enviado por el gobierno frances, y manifestar lo justo y equitativo de las modificaciones exigidas por el Papa. En ella hacia observar que este, que tanto y en tantos puntos cedia, nada absolutamente ganaba, debiendo contentarse solo con el restablecimiento del catolicismo en Francia, sin ninguna de las


Digitized by Google

prerogativas de que en otro tiempo gozara y que aun poseia en los demas estados católicos; y concluia diciendo que si para alcanzar un fin tan grandioso como era el restablecimiento de la religion en Francia habia en verdad de consentir el Papa en los sacrificios todos, nunca podian estos versar sobre principios, invariables como eran en materia de religion, sin permitir jamas que errores ó falsas máximas fuesen sustituidos á la verdad y á las leyes de la Iglesia.

« El efecto que produjo la Memoria no fue de los mejores: léjos de comprender y confesar la razon que al Papa asistia al negarse á firmar pura y simplemente el proyecto frances; léjos de admitir la verdad é importancia de los sacrificios que hacia el Papa contentándose con la modificacion en él introducida, el dictámen del ministro al primer cónsul, al presentarle mi Memoria, fue tan lacónico como acerbo y significativo, y muy á propósito para indisponerle contra mí y confirmarle en la idea de que enardecia mi celo por la causa pontificia la enemiga personal que alimentaba contra el gobierno frances. En el márgen de la primera página de la Memoria que para el primer cónsul habia yo redactado M. de Talleyrand escribió de puño propio las siguientes palabras que mis ojos vieron al volver el documento á manos del presbítero Bernier: «Por la Memoria del cardenal Consalvi pierden las negociaciones mucho más terreno que por cuantos escritos la han precedido. »

« Tan desfavorable dictámen no bastó á detener el progreso de las negociaciones, puesto que incomodó mucho al primer cónsul. He dicho ya no ser objeto del presente escrito explicar la esencia de las mismas ni entrar en lo hondo de las materias que en ellas se discutieron, reproduciendo las razones que impulsaron al Papa y á sus mandatarios á adoptar ó rechazar una ú otra cláusula; todo ello se encuentra en las oficinas de la secretaría de estado y consta en las circunstanciadas relaciones por la misma recibidas, donde puede verse: el objeto de este trabajo mio es hacer la historia exterior, por decirlo así, de la negociacion, y no la interior del asunto, exceptuando, empero, aquellos puntos que, si bien de esencia, van muy estrechamente unidos con lo exterior ó con algun suceso que á ello se refiera (como verémos despues), los cuales seria imposible pasar en silencio sin perjudicar la buena inteligencia de los móviles que determinaron mi conducta en aquellas circunstancias. Pero, sea como fuere, aun sobre estos me ceñiré á algunas observaciones.

« El trabajo de esa negociacion era muy arduo y violento, y aunque no quedó la misma terminada dentro de los cinco dias prescritos, considerábase siempre como el último cada uno que iba pasando. Sin dificultad podrá imaginarse la fatiga y mortificacion que ocasionaban las conferencias y la redaccion de memorias sabiendo que habian de emplearse en lo último las noches para luego poder enmendar y corregir lo escrito ántes de enviarlo á su destino. Con el presbítero Bernier teníamos conferencia diaria, y ademas tuve dos á solas con el primer cónsul.

« En todo aquel tiempo sólo pude visitar á los otros dos cónsules, al mi-

Digitized by Google

nistro de negocios extranjeros, con quien comí una vez, y á los embajadores de España y Austria, sin ver á los demas y casi nada de Paris.

« En mis conferencias con el presbítero Bernier era mi posicion muy desventajosa, pues al paso que este en cuanto ofrecia alguna dificultad decia constantemente no poder tomar decision ninguna y serle imposible rendirse á mis razones por incontrastables que le pareciesen, obligado como estaba á dar parte cada dia al primer cónsul de lo hablado, nunca se consintió en que enviase yo un correo para informar y consultar al Papa, alegando siempre por pretexto que todo habia por necesidad de quedar concluido al dia siguiente; y en todas las ocasiones en que temian que yo les probase no haber sucedido en tratado alguno cosa semejante y mucho ménos en materias de religion, en las que es el Papa, y no su embajador, quien en último extremo decide y resuelve, se me objetaba que, como plenipotenciario que era, no tenia la menor necesidad de recurrir á Roma.

« Para allanar más el camino de las negociaciones y ménos todavía para obtener condiciones mejores para la religion no bastó apurar todas las concesiones posibles, ni tampoco demostrar á todas horas deseos de conciliacion, razonable solicitud y desinteres en todo. Y en efecto, no solo hacian la Iglesia y la Santa Sede enormísimos sacrificios de dinero, de territorio, de prerogativas y de derechos, sino que nunca en las negociaciones toqué punto alguno relativo á objetos temporales, como el recobro de las provincias perdidas y la reparacion ó alivio de los inmensos males padecidos por la Iglesia.

« En una palabra, puedo asegurar no haberse omitido diligencia, cuidado, esfuerzo, buenas palabras, ni demostracion alguna de firmeza y vigor que, segun las circunstancias, pudiesen llevar el asunto al buen fin deseado, teniendo siempre en consideracion el estado de Francia, el carácter del hombre que la gobernaba, y los embates combinados de los incrédulos, del clero constitucional y de los enemigos todos del catolicismo y de Roma.

« De ello es sin duda el mejor testimonio el de los representantes de Austria y España, y en especial el del primero. El conde de Cobentzel, que era, como es sabido, el ministro del emperador Francisco enviado expresamente á Paris para tratar sobre los puntos entónces litigiosos, apeló varias veces á la influencia que en mí tenia para instarme que ajustara el concordato. Sin cesar me decia que en caso de que el primer cónsul no se pusiera de acuerdo con Roma y se apartase definitivamente de la cabeza de la religion católica, el incendio y la ruina que de ello resultarian no se limitarian á Francia (pérdida esta sola incalculable para la Iglesia), sino que el primer cónsul querria tener cómplices de su desercion para atenuar á la vista de los pueblos la impresion de horror que causaria é impedir que tuviese para su autoridad consecuencias funestas, y que para ello, segun habia dicho repetidas veces, acudiria á los demas gobiernos y arrastraria en pos de sí á Alemania, España, Italia, Suiza, Holanda, y á cuantas naciones experimentaban su poderío irresistible ya y sin límites. El embajador austriaco enumeraba las tristes consecuencias que tendria revolucion semejante para la religion y el estado,

Digitized by Google

é insistia en la dificultad, por no decir imposibilidad radical, de reparar en tales cosas las pérdidas ya consumadas (segun lo enseñan la historia y la experiencia), aun dado el caso de una trasformacion, la cual, fuese cual fuere el lado por donde se mirase, sólo se veia asomar en muy lejano horizonte. Por todo ello, por el bien de la religion y de los estados, me conjuró que intentase cuanto no fuese absolutamente imposible para llegar á la ratificacion de un concordato sin el cual era cierta la universal ruina.

« Ruegos y observaciones eran estas muy verdaderas y fundadas considerando la situacion de las cosas y el carácter de quien era árbitro de los destinos comunes; pero, esto no obstante, no hicieron que me apartara ni un ápice de mis instrucciones y deberes. Veia toda su fuerza y comprendia toda su importancia; mas por lo mismo no hicieron sino confirmarme en la resolucion que ya me habian impuesto las órdenes del Papa, esto es: no romper las negociaciones ni rechazar el concordato por no obtenerlo todo lo bueno que era posible; pero no ajustarlo tampoco si para ello habia de excederme de las instrucciones que se me habian dado, de las cuales he hecho mencion ántes de ahora.

«Con esta mira estuve asistiendo por espacio de unos veinticinco dias (no puedo á punto fijo decir cuántos) á las conferencias con el presbítero Bernier, acompañándome constantemente el prelado Spina y el teólogo Caselli, los cuales trabajaban en comun conmigo, oian todas las conversaciones, ayudábanme á extender cada dia las respuestas que debian darse á las proposiciones de Bernier, y deliberábamos los tres las objeciones que convenia presentarle. Referir los esfuerzos, las angustias que esas conferencias costaron, los increibles obstáculos que encontrámos, las pretensiones del gobierno frances, y los apuros que rodearon al que gestionaba en nombre de la Santa Sede, no corresponde á este escrito, pues ya he dicho no ser este su objeto principal. Existe, empero, un punto sobre el que debo decir algunas palabras para justificar, no tanto al que negoció el concordato en Paris (lo cual está ya hecho por el proyecto de concordato reformado en Roma ántes de mi embajada, aunque rechazado por el gobierno frances, á pesar de muchas concesiones sobre otros [illegible]tos), como á la misma Santa Sede que se consideró en la necesidad inevitable de adherirse á él, despues de haber agotado todos los recursos y cuantos esfuerzos son imaginables para disuadir al gobierno frances de su demanda. Hablo de la dimision de los obispos antiguos.

«Desde el principio habia manifestado el primer cónsul ser indispensable disminuir de una mitad á lo ménos el número de los antiguos obispados para poder dotar á los nuevos en vista de la usurpacion de los bienes eclesiásticos, la cual, á no ser que quisiera mirársela como eterno obstáculo para el restablecimiento del culto católico en Francia, habia de ser considerada como irremediable. En términos más explícitos y con propósito aun más irrevocable habia declarado tambien que el nuevo gobierno no tenia la menor confianza en los obispos titulares, partidarios como eran del anterior gobierno, como que por lo general habian emigrado en pos de la dinastía expulsada, y que por ningun estilo queria que ocupasen las nuevas sedes, á no ser aque-

Digitized by Google

llos que, despues de dar su dimision, fuesen nombrados por el gobierno consular al cual serian deudores de ella. Ya ántes de mi salida de Roma hizo el Papa lo que no es decible para disuadir al gobierno de semejante pretension, pero sin resultado alguno: el gobierno frances proclamaba formalmente que el concordato no se haria nunca y por consiguiente que no se restableceria en Francia la religion católica á no obligarse el Papa en un artículo del concordato (conforme se veia en el proyecto del gobierno) á obtener la dimision de los obispos antiguos, y en caso de negarse estos á verificarlo, á declarar vacantes sus sedes y á instituir canónicamente en las nuevas á los prelados que nombrase el nuevo gobierno en nombre de su autoridad soberana.

«Al convencerse el Papa sin quedarle asomo de duda de que únicamente mediante ese artículo alcanzaria el restablecimiento de la religion católica en las populosas provincias de Francia, habia cedido aunque con gran dolor á la fuerza de las circunstancias, siguiendo en ello la opinion unánime del Sacro colegio. Consideró el gran bien y el gran mal que del restablecimiento ó del no restablecimiento de la religion entre aquel pueblo resultaria, no solo para la misma Francia, sino tambien para los estados que consigo arrastraria al plantear el decisivo problema de la Iglesia católica, y pensó tambien que en la hipótesis de que los obispos antiguos se negasen á contribuir á tan inmenso bien y prefiriesen á los intereses de la religion los suyos propios, por esto solo se harian indignos de que se les tuvieran consideciones que habian de ser funestas á la religion y á la Iglesia. Por otra parte, la historia eclesiástica ofrecia notables ejemplos de haberse obrado así en casos semejantes, y hasta en muchos de ménos gravedad.

«Consideraciones fueron estas que movieron á Su Santidad á aceptar el indicado artículo aun ántes de que yo partiera de Roma; mas como era para mí cosa notoria lo que esa espina desgarraba su corazon, no dejé en el discurso de las negociaciones en Paris de intentar los trabajos de Hércules (permítaseme una alusion inspirada por el nombre que llevo) para lograr que el primer cónsul desistiese de su pretension. En vano fue que en nuestras privadas conversaciones me esforzase en amontonar razo[illegible]bre razones; en vano le decia que siéndole á él deudores los obis[illegible] de su regreso á sus sedes deberian estarle agradecidos, y que este [illegible]to con el del juramento que le prestarian, no podia dejarle ni sombra de duda de su fidelidad: al ver que estos argumentos mios no producian en él ningun efecto, y que contestaba á ellos con otros sacados de la naturaleza del corazon humano, diciendo ser necedad lisonjearse de que hubiesen de variar de sentimientos y adherirse de buena fe al nuevo gobierno, recurrí á una razon, á mi modo de ver, irrefutable. Apoyado en las máximas profesadas en Francia sostúvele que los ponderados privilegios y las famosas libertades de la iglesia galicana iban á recibir por aquel hecho un golpe del cual seguramente no habia ejemplo en las historias del país. Hacer que el Papa por un acto de su autoridad suprema deponga á noventa ó cien obispos franceses á la vez en caso de que se nieguen á presentar la dimision solicitada y deponerlos sin formacion de causa, sin juicio, para sustituirlos con otros nuevos, no será

Digitized by Google

injusto, decia yo, á causa del fin que nos proponemos alcanzar; pero es sin duda alguna atribuir al Papa sobre las iglesias de Francia una autoridad que derriba é inutiliza al gran coloso de sus libertades y de sus ensalzados privilegios. Y esto, á mi sentir, era verdad.

«No olvidé tampoco decir que, á estar animada la Santa Sede del deseo de ejercer esa suprema autoridad en una nacion donde hallara siempre empeñada resistencia, aprovecharia sin vacilar la ocasion presente en vez de oponerse con la firmeza que yo lo hacia á lo solicitado por el primer cónsul. Sin embargo, añadia, el justo respeto y cariño hácia obispos que tan acreedores se hicieron á la gratitud de la religion por su conducta en la época revolucionaria la movian á desear lo contrario.

«Nada, empero, fue bastante á apartar de su propósito al primer cónsul, y cuanto pude alcanzar fue que el Papa extendiese á voluntad suya el breve en que solicitase de los obispos su dimision espontánea. En efecto, el breve fue redactado despues en los términos para ellos más honrosos y benévolos que pudieron encontrarse; pero no se pudo lograr pasar en él en silencio la necesidad en que se hallaria el Papa en caso de negativa de proceder á nuevos nombramientos en virtud de su autoridad suprema para obtener el deseado bien del restablecimiento de la religion en Francia. Para no disgustarles propuse que esto se callase; pero el primer cónsul respondió que sin aquella insinuacion ninguno daria la dimision solicitada, en cuyo caso el ejercicio del poder absoluto, recayendo sobre un número mayor, seria más violento y más estrepitoso.

«Para saber la pena y el dolor que el acceder al concordato costó á la Santa Sede basta decir que no veia el premio de su sacrificio, la compensacion de sus concesiones, el contrapeso de su afliccion, sino en la certeza de quedar totalmente extinguido el cisma y reconciliado con sinceridad el clero constitucional, todo lo que prometia el gobierno frances del modo más auténtico y solemne como resultado de la firma del tratado.

«Despues de [illegible]bles fatigas, padecimientos y amarguras de toda clase llegó otros [illegible] en que, al parecer, tocamos al deseado término, esto es, al [illegible]dad inev[illegible]to á lo principal sobre el mismo proyecto de tratado corregido en Roma y rechazado ántes de mi viaje por el gobierno frances, causa de que se diera á M. Cacault la órden de dejar dentro de quince dias la córte pontificia.

«El presbítero Bernier, que cada tarde trasladaba al primer cónsul el resultado de la conferencia y nos participaba su conformidad siempre que podia obtenerla despues de grandes esfuerzos y de emplear los más persuasivos discursos, anunciónos por fin un dia (era el 13 de julio) que Bonaparte aceptaba todos los artículos discutidos, y que por lo tanto se firmarian al dia siguiente las dos copias iguales del concordato, copias que con su firma y la del Papa debian quedar en poder de ambas partes contratantes. Preguntóme si era mi deseo firmar solo, en cuyo caso José Bonaparte, hermano del primer cónsul, á quien queria colocar en igual rango que yo, firmaria por el gobierno frances; pero que á querer que firmasen otras personas conmigo las indicase para que

Digitized by Google

el gobierno designara por su parte otras en número igual y de la misma categoría. Mi contestacion fue que, aun cuando podia sin duda alguna firmar solo, pues el haber llegado el último y mi dignidad privaban del derecho de intervencion á los mandatarios anteriores, era mi deseo que constara el merecimiento de quien ántes que yo habia trabajado en la gran negociacion y no causar sentimiento á nadie, por lo cual firmarian conmigo el prelado Spina y el teólogo Caselli. Dijo el presbítero Bernier que iba á trasladar mi contestacion al primer cónsul y que á la siguiente mañana me diria las personas nombradas por el general para firmar, acto que habia de verificarse aquel mismo dia. Añadió ademas que se extendiese una copia del concordato estipulado para poner en ella las firmas respectivas y que él por su parte mandaria sacar otra.

«A las primeras horas del dia siguiente anuncióme que el primer cónsul habia designado al consejero de estado Crétet para firmar con el prelado Spina, y á él, Bernier, para hacerlo con el padre Caselli. Dijo que no parecia decoroso que la ceremonia de firmar tan solemne é importante tratado se verificase en la fonda que me servia de morada (la de Roma), y propuso, por ser tal el deseo del primer cónsul, acompañarme junto con mis dos colegas á la casa de José Bonaparte. Consentí en ello, dejando á un lado la no indispensable etiqueta, y Bernier manifestó que él mismo vendria á buscarnos un poco ántes de las cuatro de la tarde, é iríamos juntos al sitio convenido, «donde, segun él, estaríamos despachados en un cuarto de hora, pues no habia mas que poner seis firmas, lo que, incluso los cumplimientos, no se lleva de mucho tanto tiempo.» Al marcharse nos enseñó el «Monitor» del dia, en el cual el gobierno anunciaba al público (nótese esta circunstancia) la terminacion del asunto con estas palabras:

«El cardenal Consalvi ha alcanzado el objeto que le trajera á Paris.»

«Bernier dijo ademas que en el siguiente dia 14 de julio en que se celebraba en aquel tiempo la fiesta mayor de Francia, el primer cónsul queria proclamar en un banquete público de trescientos cubiertos y más la gran noticia de haberse firmado el solemne pacto que dejaba muy atras en importancia al concordato de Francisco I con Leon X, en cuanto por el presente se restablecia la religion en Francia despues de la revolucion inaudita que acababa de desencadenarse.

« Poco ántes de las cuatro llegó Bernier llevando en la mano un rollo de papeles que no deshizo y que, segun dijo, contenia la copia del concordato que habia de firmarse. Tomamos nosotros la nuestra, como estaba convenido, y los cuatro nos dirigímos á casa del ciudadano José (como entónces se decia), hermano del primer cónsul, el cual me recibió con gran cortesía.

«Aunque José habia estado de embajador en Roma no habia tenido ocasion de serle presentado, pues entónces no pasaba yo de prelado; en los pocos dias de mi permanencia en Paris habíale hecho una visita de ceremonia como hermano que era del jefe del gobierno; pero no le hallé en casa, pues salia con frecuencia al campo, de todo lo cual resultaba que era aquella la primera vez que nos veíamos. Hechos los primeros cumplidos nos rogó que

Digitized by Google

nos sentáramos al rededor de una mesa al efecto preparada, y dijo poco más ó ménos las mismas palabras que el presbítero Bernier el dia anterior: «Pronto estarémos despachados; terminado como queda todo, no falta sino que pongamos las firmas.»

«Sentados que estuvímos consagrámos unos momentos á discutir quién habia de firmar primero. Parecíale á José Bonaparte que ese honor le correspondia como hermano del jefe del estado; pero yo le manifesté en los términos más suaves, si bien con la firmeza que el caso requeria, que como cardenal y representante del Papa no podia mi firma ocupar el lugar segundo; que en tiempo del antiguo gobierno, en Francia y en todas partes, los cardenales gozaban de reconocida preferencia, y que no por mi persona, pero sí por mi dignidad, me era imposible ceder en semejante punto. Para hacer á José la debida justicia debo decir que, despues de algunas objeciones, desistió muy cortesmente de su empeño, y consintió en que firmara yo el primero. Él habia de firmar despues de mí; en seguida el prelado Spina, el consejero Crétet, el padre Caselli y el último Bernier.

«Convenido y arreglado todo, iba yo á tomar la pluma.

«Pero ¡cuál fue mi sorpresa cuando vi que Bernier me ponia delante la copia que sacara de su rollo como para que sin examinarla la firmase, y cuando, al pasar por ella los ojos para cerciorarme de su exactitud, ví que aquel concordato no era el estipulado por los mandatarios respectivos, el aprobado por el mismo primer cónsul, sino enteramente distinto! La diferencia de las primeras líneas movióme á examinar lo demas con escrupuloso cuidado, y me convencí de que aquel ejemplar, no solo contenia el proyecto que el Papa se negara á aceptar sin sus enmiendas, lo cual habia sido causa de la órden de salir de Roma dada al embajador frances, sino que ademas estaba modificado en varios puntos con ciertas cláusulas rechazadas ya como inadmisibles ántes de que el proyecto fuese enviado á la córte romana.

«Semejante proceder, increible á no dudarlo, pero real; semejante proceder que no califico, pues por sí mismo habla bien claro, paralizó mi mano dispuesta á firmar, y al expresar mi sorpresa declaré sin rodeos no poder admitir aquella copia. El hermano del primer cónsul parecia oir mis palabras con sorpresa igual á la mia, y dijo no saber qué pensar de cuanto estaba viendo. Añadió que el mismo primer cónsul le habia dicho que todo quedaba arreglado, no faltando mas que firmar; y como yo persistiese en sostener que el ejemplar no contenia el concordato estipulado, se limitó á decir que, llegado poco hacia del campo donde trataba de asuntos de Austria con el conde de Cobentzel, y llamado precisamente para la ceremonia de la firma del convenio, cuyo contenido ignoraba, era del todo nuevo en el asunto y creia no haber sido nombrado sino para legalizar pactos ya admitidos por una y otra parte.

«No me atreveré hoy á afirmar con certeza si hablaba en verdad ó en falso. Tampoco entónces supe conocerlo ni cerciorarme de ello; pero siempre me he inclinado y me inclino todavía á pensar que ignoraba por completo lo sucedido á juzgar por la naturalidad nunca desmentida y ajena á todo disimulo que manifestó en toda la interminable sesion. Y como el otro comisa-

Digitized by Google

rio, el consejero de estado Crétet, afirmase lo mismo y protestase estar ignorante de todo y no poder admitir lo que yo aseguraba acerca de la diferencia de redaccion hasta que se la demostrase con la comprobacion de ambas copias, no pude ménos de volverme con viveza hácia el presbítero Bernier.

«Aunque en el discurso de la negociacion habia constantemente procurado evitar cuanto pudiese suspender los debates y ser pretexto de enojo y despecho, díjele que nadie como él podia atestiguar la verdad de mis palabras; que me admiraba mucho el estudiado silencio que guardaba y que expresamente le interpelaba para que dijese lo que sabia mejor que nadie.

«Entónces, con semblante confuso y voz balbuciente, dijo no poder negar la verdad de mis palabras y la diferencia entre los concordatos que iban á firmarse; pero que así lo habia mandado el primer cónsul, quien le habia asegurado que en tanto no se ha puesto la firma puédese sin dificultad variar de opinion. Y exige estas modificaciones, añadió Bernier, porque despues de reflexionarlo detenidamente no está satisfecho con los pactos estipulados.

«No relataré circunstanciadamente mi réplica á tan singulares palabras, ni los argumentos con que demostré cuán inaplicable era al caso presente la máxima de que es lícito variar de opinion en tanto no se ha puesto la firma; pero aun más que esto hice notar con viveza el modo y la sorpresa empleada para alcanzar el objeto, y protesté con resolucion que en virtud de mis instrucciones y poderes nunca aceptaria un documento expresamente contrario á la voluntad del Pontífice, diciendo al concluir que si por su parte no podian ó no querian ellos firmar el que fuera convenido, quedaba levantada la sesion.

«El hermano del primer cónsul tomó entónces la palabra y en sentidas expresiones esforzó las funestas consecuencias que el romper la negociacion tendria, así para la religion como para el estado, así para Francia, porcion importantísima del universo católico, como para todos los pueblos en que se experimentaba su omnipotente influjo. Todo lo hemos de intentar, dijo varias veces, para no contraer nosotros la responsabilidad de tan crueles desastres. Es preciso que nos entendamos y nos pongamos de acuerdo en lo posible; y esto hemos de verificarlo hoy, hoy mismo, pues la celebracion del concordato ha sido anunciada en los periódicos, y en el gran banquete de mañana debe proclamarse que ha sido ya firmado.

«Y pensemos, añadió, en la indignacion y furor (estas fueron sus expresiones) que experimentaria un genio como el de mi hermano, que no retrocede por obstáculo ninguno, si descubrimos al público que ha hecho insertar en sus propios periódicos una noticia falsa sobre asunto de tal importancia.

«Por todo ello, pues, José Bonaparte me suplicaba que en lo restante del dia procurásemos hallar un medio de avenencia cualquiera que fuese; y al ver mi invencible negativa de discutir el proyecto contenido en el ejemplar del gobierno traido por Bernier (en las respuestas que sucesivamente le diera habia manifestado mi resolucion de no hablar del proyecto desaprobado ya por el Papa y retirado de un modo definitivo desde que comenzaron las negociaciones), mostrábase dispuesto á sujetar á discusion el plan adop-

Digitized by Google

tado ya del ejemplar mio, opinando que convenia ver si podíamos modificarlo de manera que el primer cónsul lo aceptase. El peso de las reflexiones que me hacia y la extremada cortesía de sus palabras y modales en todas sus objeciones y respuestas me impulsaron, de acuerdo con el prelado Spina y el teólogo Caselli que debian firmar conmigo, á consentir al fin en dar comienzo al trabajo. Y me resigné á ello, no tanto con esperanza de llegar á avenencia, resuelto como estaba irrevocablemente á no apartarme una línea de lo sustancial del proyecto que de aquel modo se rechazaba despues de haberlo aceptado, como para no pasar por descortes y pertinaz rehuyendo una tentativa de conciliacion sobre tan grave punto cuando con exquisita urbanidad me era propuesta.

«Leyóse por lo tanto el ejemplar que yo habia traido, y comenzó la discusion sobre él á cosa de las cinco de la tarde, y para expresar cuán detenida fue y cuán exacta y laboriosa, y lo mucho que se debatió por una y otra parte, basta decir que duró sin la menor interrupcion diez y nueve horas consecutivas, esto es, hasta las doce del dia siguiente. En ella pasámos toda la noche sin despedir á los criados ni los carruajes, como sucede cuando esperamos acabar de un instante á otro una tarea comenzada. Así llegámos á medio dia, y estábamos por fin de acuerdo sobre todos los artículos, excepto uno, á tenor del proyecto enmendado en Roma, aceptado luego en Paris con algunas modificaciones no esenciales, y rechazado en último extremo por el primer cónsul del modo singular que he referido. Mediante nuevas modificaciones que tampoco eran de esencia, y de las que, en vista del estado de las cosas, no podia quedar descontenta la Santa Sede, habíamos logrado, como digo, ponernos otra de vez de acuerdo sobre todos los artículos del antiguo plan.

« Pero habia uno acerca del cual no fue posible la avenencia; las modificaciones en él introducidas por el gobierno frances alteraban totalmente su esencia, ó por mejor decir formulaban un principio que si la Santa Sede podia tolerar á título de hecho (como habia sucedido y sucedia aun), no podia nunca aprobar (« canonizare ») en un tratado.

« De modo alguno acertámos á convenir sobre ese artículo, é iba á dar la hora en que el hermano del primer cónsul debia necesariamente asistir á la revista y participar á Bonaparte la firma del convenio. Imposible es relatar las instancias y súplicas que entónces se me dirigieron para que accediese al deseo del gobierno frances sobre aquel punto; los tres comisarios me conjuraban á porfia para que evitase que se llevara al primer cónsul la funesta noticia del rompimiento.

« Nada, empero, fue bastante á apartarme de la línea de mis deberes, y me mantuve firme en mi negativa, aunque proponiendo un partido que dije ser el único que me estaba permitido. Manifestéles que en la imposibilidad en que me hallaba de consentir en aquello que, no tan solo estaba fuera de mis deberes, sino tambien de mis principios, firmaria todo lo demas del concordato dejando pendiente aquel artículo cuya decision quedaria reservada al Padre Santo; ofrecí enviar un correo que le informara de las razones


Digitized by Google

en que se fundaba el gobierno frances y de mis objeciones en contrario, con promesa de poner muy de relieve, con fidelidad y exactitud, la necesidad que, segun aquel aseguraba, le movia á insistir en dicho artículo en vista de lo imperioso de las circunstancias; y dije en fin que, no pudiendo publicarse el concordato hasta despues de las respectivas ratificaciones, semejante reserva no tendria mal resultado alguno, no impidiendo siquiera anunciar en términos generales el arreglo del asunto, pues no era de presumir que, reducida como estaba la diferencia á un solo punto, no hallase Su Santidad, animado como el gobierno frances de los mejores deseos, un medio de conciliacion.

« Eso, añadí, es cuanto puedo hacer sin faltar á mi deber: no espereis que dé ni un paso más. »

«La fuerza de mis razones no podia ménos de producir efecto en el ánimo del hermano del primer cónsul y de los otros dos, y quedó adoptado aquel término medio. De la parte aceptada de comun acuerdo desprendímos el artículo litigioso, y luego sacóse copia de todo el concordato por nosotros estipulado en aquella eterna sesion para que fuese entregada inmediatamente al primer cónsul por su hermano. Díjonos este que él y los otros dos mandatarios no se consideraban autorizados para firmar, sin que el primer cónsul lo viera ántes, un concordato tan distinto del que él mandara presentar, y que por lo mismo iba corriendo á las Tullerías donde le estaban aguardando; que de allí volveria con la contestacion dentro de una hora, ó quizas ántes; pero que temia tener que volver, despues de tan prolongado, ímprobo y penoso trabajo, con una contestacion muy contraria á nuestros comunes deseos. Dicho esto partió, y nosotros quedámos allí agobiados de cansancio, de sueño y de angustia, esperando la resolucion.

« Aun no habia trascurrido una hora y estaba ya de regreso descubriendo en su semblante la tristeza de su alma; refiriónos que el primer cónsul se habia enfurecido extraordinariamente al saber lo acontecido; que, llevado por la ira, habia hecho mil pedazos el papel en que estaba escrito el concordato estipulado, y finalmente que, cediendo á sus súplicas, instancias y razones, habia consentido, aunque no de buen grado, en aceptar los artículos convenidos; pero que respecto al que dejámos en suspenso quedaba tan inflexible como irritado. Añadió José que el primer cónsul habia concluido encargándole que de su parte me dijese que él, Bonaparte, queria absolutamente mantener el artículo tal como lo hiciera él redactar en el ejemplar presentado por Bernier, y que no quedaba para mí mas recurso que aceptarlo como estaba y firmar el concordato, ó romper las negociaciones, pues era su resolucion anunciar en el gran banquete de aquel dia la firma ó el rompimiento.

« Con facilidad puede pensarse la consternacion que se apoderó de todos nosotros al oir semejante mensaje. Tres horas faltaban aun para las cinco, hora señalada para la comida á la cual debíamos asistir todos, é imposible es relatar cuanto dijeron el hermano del primer cónsul y sus dos colegas para reducirme á lo que deseaban. Espantoso era el cuadro de las horribles


Digitized by Google

consecuencias que nacerian del rompimiento, y sobre mí, decian, iba á caer la responsabilidad de aquellos males, ya respecto de Francia y de casi toda Europa, ya respecto de mi propio soberano y de la Santa Sede. Manifestábanme que en Roma considerarian mi conducta como obstinacion impertinente, que se me dirigirian graves cargos por haber provocado los efectos de mi negativa, y miéntras hablaban, viendo yo levantarse delante de mí cuantas imágenes evocaban, experimentaba todas las angustias de la muerte, y padecia (permitido es confesarlo) como el Hombre de dolores. Mi deber triunfó al fin; con el auxilio del cielo mantúveme obediente á su voz, y persistiendo en mi negativa en las dos horas que duró la lucha, la negociacion quedó rota.

« Así concluyó aquella triste sesion de veinte y cuatro horas completas, comenzada á las cuatro del dia anterior y concluida á la misma hora de aquel nefasto dia; lo que físicamente padecímos puede cualquiera imaginarlo; pero mayores fueron aun los tormentos morales que pasé, y para formarse de ellos idea es necesario haberlos una vez experimentado.

« Y á todo esto era lo más cruel en aquellos momentos la obligacion en que estaba de asistir dentro de una hora al pomposo banquete y arrostrar en público el primer golpe del impetuoso enojo que habia de despertar en el corazon del general Bonaparte la noticia del rompimiento que le llevaria su hermano.

« Volvímos los tres á la fonda; arreglámos á toda prisa nuestro traje para presentarnos como era del caso, y otra vez salímos para las Tullerías.

« Entrámos en el salon en que se hallaba el primer cónsul, salon lleno de magistrados, militares, dignatarios del estado, ministros, embajadores y extranjeros ilustres convidados á la comida, y como el general habia visto ya á su hermano es fácil de imaginar el recibimiento que nos hizo. Así que me divisó dirigióse hacia mí, y con el rostro encendido y la voz desdeñosa y arrogante me dijo:

«Con que ¡habeis querido romper, señor cardenal! Cúmplase vuestra voluntad. Para nada necesito á Roma, y sé bastarme á mí propio. Puedo pasar sin el Papa, y si Enrique VIII, que no tenia ni la vigésima parte de mi poderío, supo variar la religion de su reino y salir con su propósito, mejor sabré y podré hacerlo yo. Y al mudar la religion en Francia, la mudaré en casi toda Europa, en todos los pueblos hasta donde llega el influjo de mi poder. Cuando Roma vea lo que pierde lo llorará amargamente; pero será ya tarde. Podeis partir, y esto es lo mejor que os toca hacer. Habeis querido romper; sea, ya que así lo habeis querido. ¿Cuándo marchais? »

« Despues de comer, general, contesté con voz sosegada.

« Estas pocas palabras causaron al primer cónsul visible sobresalto. Fijó en mí su mirada, y á sus vehementes expresiones contesté, aprovechando su sorpresa, que no estaba en mi mano excederme de mis poderes ni transigir sobre puntos contrarios á los principios que profesaba la Santa Sede. « En los asuntos eclesiásticos, le dije, no puede hacerse cuanto es posible en los temporales en ciertos casos extremos. Sin embargo, no creo posi-

Digitized by Google



ble pretender que haya yo querido romper por parte del Papa, siendo cierto, como lo es, que ha habido acuerdo sobre todos los artículos excepto uno, acerca del cual he pedido que se consultara al mismo Pontífice, y que vuestros propios comisarios no han rechazado la proposicion. »

« Más sosegado interrumpióme el cónsul diciendo que no queria dejar nada en suspenso y que habia de firmarse todo ó nada, á lo cual le contesté no asistirme facultad para acceder al artículo de que se trataba queriéndolo él tal como lo habia propuesto y no admitiendo yo, como no admitia, modificacion alguna. A esto repuso con viveza que lo queria tal como estaba sin una letra más ni ménos, y yo le dije que en este caso nunca lo firmaria, porque en modo alguno lo consentia mi deber. «Pues por esto os digo, exclamó, que vos habeis querido romper, y que en cuanto á mí queda el asunto terminado. En breve ha de llorarlo Roma con lágrimas de sangre.»

«Miéntras así hablaba hallóse á su lado el conde de Cobentzel, embajador de Austria, y volviéndose hacia él con muestras de grande enojo le repitió casi las mismas expresiones que á mí me dirigiera, afirmando repetidas veces que mudaria la religion de todos los estados de Europa, que nadie seria bastante fuerte para resistirle, y que no queria ser el único que prescindiera de la Iglesia romana (estas fueron sus propias palabras) ; ántes que ser así promoveria una conflagracion general, y la culpa de todo y la pena recaerian sobre el Papa.

« En seguida entró con rápido paso por entre los grupos de convidados, repitiendo lo mismo á otras personas. El conde de Cobentzel se acercó á mí consternado, y me rogó y suplicó que discurriese un medio para conjurar la catástrofe, pintándome con grande elocuencia los resultados seguros que el suceso tendria para la religion, para el estado y para Europa. Contestéle que por desgracia sabia muy bien cuanto me decia, que mi afliccion por ello era extremada; pero que nada era bastante á doblegarme á lo que me estaba vedado. A esto replicó el conde aprobar mi entereza en el cumplimiento de mis obligaciones; pero que no sabia comprender cómo no se hallaba un medio de conciliacion cuando sólo era un artículo lo que estaba en litigio. Díjele que la conciliacion no era posible desde el momento en que una de las partes se obstinaba en no quitar ni una letra al punto contencioso, como habia dicho el primer cónsul, pues entónces no hay términos hábiles para verificar lo que es costumbre decir y hacer en todas las negociaciones, esto es, dar cada una de las partes algunos pasos para encontrarse con la otra. En aquel momento abrieron el comedor y pasámos á la mesa, quedando interrumpida la conversacion.

« La comida duró poco, y fácil es imaginar si fue amarga para mí. De regreso á la misma sala el conde de Cobentzel reanudó conmigo la anterior conversacion, y el primer cónsul, viéndonos en coloquio, se acercó y dijo al conde que estaba perdiendo el tiempo si creia vencer la obstinacion del embajador del Papa, repitiendo á continuacion lo mismo que ántes dijera con igual viveza y fuego. El conde contestó que le permitiese manifestar que en el embajador del Sumo Pontífice hallaba, no obstinacion, sino sinceros


Digitized by Google

deseos de arreglar las cosas y un gran pesar por el rompimiento; añadiendo que para llegar á amistosa avenencia tocaba al primer cónsul señalar el camino.

« ¿ Cuál es este ? preguntó él con gran viveza. — El de autorizar otra sesion entre los comisarios respectivos, respondió el conde, para que excogiten el medio de introducir en el artículo que se controvierte alguna modificacion que á las dos partes satisfaga. Y me anima la esperanza, añadió Cobentzel, de que vuestro deseo de dar la paz á Europa como tantas veces me habeis dicho, os moverá á desistir del propósito de no permitir que se añada ni quite cosa alguna de dicho artículo, pues seria verdaderamente una calamidad llegar á tan fatal rompimiento á causa de un solo punto, estando de acuerdo sobre todos los demas. »

« Esas palabras de Cobentzel fueron acompañadas de otras muchas propias de un verdadero palaciego, respirando todas cortesía y afabilidad, en cuyo arte era el conde por demas experimentado. Y tan bien habló y manifestó tanto ingenio, que el primer cónsul, despues de alguna resistencia, exclamó : « ¡ Sea ! Para probaros que no es mi deseo romper consiento en que mañana se reunan los comisarios por última vez. Vean si hay medio de conciliarlo todo; pero si llegan á separarse sin decidir cosa alguna, quedará el rompimiento consumado y el cardenal podrá marcharse. Digo ademas que quiero absolutamente el artículo tal como está, sin admitir modificacion ninguna. » Y dicho esto, se apartó de nosotros.

« Aunque las palabras de Bonaparte eran contradictorias en cuanto por una parte permitia que nos reuniéramos para tratar de un medio conciliatorio, y por otra exigia al propio tiempo que el artículo quedase como estaba, sin ser alterado ni modificado, lo cual excluia la posibilidad de una conciliacion, unánimemente convenimos en usar de la facultad de reunirnos y ver si hallábamos algun medio de arreglo, con la esperanza (en caso de hallarlo) de que su hermano José habia de conseguir que él lo adoptase. El conde de Cobentzel, que estaba tratando con José de los asuntos de Austria y ejercia en él cierta influencia, le habló con gran calor, tanto más en cuanto parecia que tampoco él deseaba llegar á rompimiento, y acordóse celebrar el dia siguiente á las doce en punto otra sesion en el mismo sitio en que tuviéramos la anterior, tan deplorable y funesta.

« No explicaré los dolores que para mí trajo aquella noche angustiosa ; mas no puedo callar hasta qué punto aumentó mi pena cuando por la mañana ví entrar en mi aposento al prelado Spina, cariacontecido y confuso, para decirme que pocos momentos ántes habia salido de su cuarto el teólogo Caselli despues de anunciarle haber pasado toda la noche reflexionando en las inmensas consecuencias del rompimiento. Que á su ver, habia dicho el teólogo, serian aquellas funestísimas para la religion, é irremediables una vez acontecidas, como lo probaba el ejemplo de Inglaterra; que, considerando la resolucion del primer cónsul de no admitir modificacion alguna en el artículo litigioso, estaba decidido, por lo que á él tocaba, á consentir en el mismo y á firmarlo como estaba; que era de opinion de que con él no se perjudicaba en

Digitized by Google

lo más mínimo el dogma, y finalmente que las circunstancias del momento, difíciles é imperiosas como nunca, justificaban cumplidamente la condescendencia que en aquel caso manifestaria el Papa. Entre la pequeña pérdida que ocasiona el artículo, añadió, y la inmensa que del rompimiento resultaria hay tal desproporcion que no es posible vacilar un instante.

«A consecuencia de esto el prelado Spina me manifestó que, atendiendo á que así opinaba el padre Caselli, teólogo más sabio y consumado que él, no se sentia con fuerzas para cargar con la responsabilidad de consecuencias tan deplorables para la religion, y que tambien él estaba decidido á admitir y firmar el artículo sin modificacion alguna. Díjome ademas que en caso de ser mi opinion que no podian ellos firmar sin hacerlo yo primero, estaban en el deber de manifestarme que protestarian su consentimiento, librándose con ello de la responsabilidad del funesto desenlace en caso de que fuese el que todos temíamos.

«Semejantes palabras y la idea de hallarme abandonado y solo en el combate, me causaron impresion profunda; pero aunque me sorprendieron y apenaron sobremanera, no lograron abatirme ni alterar en lo más mínimo mi resolucion. Inútil fue que procurase disuadir á uno y otro de su propósito; para ellos mis razones no tenian de mucho el peso de las consecuencias que les asustaban, y al conocerlo así díjeles que, como las suyas tampoco á mí me convencian, no podia rendirme á ellas y que por lo mismo lucharia solo en la conferencia, rogándoles únicamente que aplazaran hasta el fin su protesta aprobando el artículo, esto si, no acertando con un medio conciliatorio, llegábamos á caso de rompimiento, á lo cual, aunque con dolor de mi alma, estaba resuelto en último extremo ántes que hacer traicion á lo que pensaba ser estricto deber mio. Ambos lo prometieron, y ademas me aseguraron que apoyarian mis razones hasta el fin, aun cuando no hubiesen de persistir en ellas llegado el instante del rompimiento.

«Reunímonos, pues, en la casa del hermano del primer cónsul, y á las doce en punto comenzó la discusion. Aunque esta conferencia no fue tan larga como la primera, tampoco puede decirse que fuese corta: prolongóse por espacio de doce horas consecutivas y concluyó al dar las doce de la noche.

«Once horas por lo ménos fueron consagradas á la discusion del malhadado artículo. Para comprender bien el asunto es indispensable ahondar (sobre este punto no más) en la parte intrínseca de la negociacion; sin salir de la concision histórica que no consiente los desenvolvimientos de una disertacion teológica, procuraré dar á mis palabras toda la claridad posible.

«Eran para Roma los dos quicios (« i due cardini ») del concordato y las dos condiciones «sine quibus non,» como ordinariamente se dice, la libertad del culto católico y la publicidad de su ejercicio. Más que el estado hácia el cual se tendia, era mirado allí aquel de donde veníamos, y á decir verdad no era posible en aquella época formarse aun idea del tolerantismo de todos los cultos, poniendo al católico en la misma línea que los demas, que despues hemos presenciado. Considerábase como de necesidad indispensable estipular expresamente en favor de la religion aquellas dos esenciales condiciones,


Digitized by Google

las cuales equivalian y justificaban cuantos sacrificios se exigirian á la Iglesia y á la Santa Sede; y tambien diré que, aun suponiendo que se previera el tolerantismo de que acabo de hablar, no por ello habria dejado de creer Roma ser necesario exigir ambas condiciones, pues desde mucho tiempo está demostrando la experiencia que esa tolerancia tan ponderada favorece en la práctica todas las sectas, excepto la verdadera Iglesia. Con la tolerancia universal de todos los cultos el gobierno secular queria someter la Iglesia á sus leyes, y con el falaz pretexto de episcopado exterior del soberano católico y de su carácter de protector y abogado intentaba hacerla esclava y dependiente de su absoluto dominio. Sistema era este muy extendido ántes de la revolucion francesa, como lo prueban las perniciosas leyes del emperador José II, y por demas está decir si era justo que inspirase mayor temor despues de una crísis en que la irreligion, la impiedad, el desden por la sagrada jerarquía y su cabeza en especial, y la precaria ó, por mejor decir, servil existencia de los eclesiásticos, despojados de sus bienes raíces, allanaban mucho el camino para destruir la libertad del culto y de sus ministros.

«En cuanto á la publicidad de su ejercicio, iguales razones se agregaban á aquel furioso encono contra la religion verdadera, patrimonio y señal característico de los incrédulos, de los sectarios de toda laya, de los libertinos y hasta de los judíos, igualados todos y hasta favorecidos en el ejercicio de los falsos derechos de ciudadanos, de empleados y magistrados públicos. Y esto mismo hacia considerar indispensable el afianzamiento de la libertad y del ejercicio público del culto por medio de un pacto formal y solemne, y por esto quiso Roma que quedasen establecidas en el concordato la libertad y publicidad del culto católico, lo cual fue creido tanto más necesario, en cuanto los esfuerzos encaminados á que se declarase la religion católica religion del estado, habian sido todos frustráneos, aunque vigorosos. Decia el gobierno al oponerse á ellos que la base fundamental de la constitucion, esto es, la igualdad de derechos, de personas, de cultos, en una palabra, de todo, se oponia á lo que se solicitaba, y decíalo en términos tan decisivos que debia considerarse como una gran victoria el haber más que obtenido arrancado en el concordato hecho por mí cuando ménos la declaracion de que la religion católica era en Francia la del mayor número de ciudadanos.

«He explicado todo eso para demostrar las causas que movian á Roma á desear y á empeñarse en que quedasen expresamente estipuladas en el concordato la libertad y publicidad del culto. Tócame decir ahora que en el discurso de la negociacion no encontré, en medio de muchas dificultades, ninguna invencible para alcanzar que fuese decretada aquella libertad; quizas el gobierno se reservaba burlarse despues de la apariencia y de los rumores del pacto que hubo de insertar en el concordato, y destruirlo por completo por medio de las «leyes orgánicas», las cuales no fueron mentadas en la época de la negociacion, ni en largo tiempo despues, y de las que tendré motivo de hablar más adelante.

«Pero respecto de la publicidad del culto la oposicion en prometerla indefinida fue obstinada, indecible é insuperable. El gran argumento que se



presentaba con mil formas y colores si robustas y vivos los unos, más robustas y vivos los otros, y bajo cierto aspecto verdaderos (preciso es confesarlo), era la imposibilidad absoluta de ejercer en todas partes pública y cumplidamente las prácticas del culto, en especial en las ciudades y aldeas donde eran los católicos inferiores en número á los sectarios y enemigos del catolicismo. Por seguro podia tenerse que estos insultarian, turbarian é impedirian las procesiones públicas, las ceremonias que se verifican fuera de las iglesias y las prácticas exteriores, y como los católicos no habian de mirarlo con los brazos cruzados, de ahí que se alterara la tranquilidad pública, sobretodo miéntras durase la efervescencia de los primeros años en que el gobierno no tendria fuerza ni voluntad de estar siempre con las armas en la mano contra sus propios administrados, cuya gran fuerza habia puesto de manifiesto la reciente revolucion. De esto deducia el gobierno serle imposible aceptar una indefinida publicidad del culto, y al imponer una restriccion que creia del todo necesaria formuló en los términos siguientes el artículo de que he hablado, objeto de tantas controversias: «El culto será público, con sujecion empero á los reglamentos de policía.»

«Pero como hacia muchos años que los legistas de los reyes nos habian dado á conocer con gran claridad sus pretensiones fundadas en el hipotético derecho del príncipe para reglamentar el culto exterior, á cuyo derecho se daba luego en la práctica tan desmedida extension que en casi nada ó en nada absolutamente se hallaba exenta la Iglesia de la jurisdiccion seglar, era deber mio, sugerido por la experiencia, mirar con gran recelo las indefinidas y elásticas palabras «con sujecion.» Mil razones asistian para temer que en virtud de semejante convenio firmado por la Santa Sede, la policía, ó por mejor decir el gobierno, interviniese y lo sometiese todo á su discrecion y voluntad, sin que la Iglesia pudiese reclamar cosa alguna á consecuencia de aquellas mismas palabras «con sujecion;» y hé aquí el por qué me negaba obstinadamente á adoptar el artículo que, al propio tiempo que esclavizaba en realidad á la Iglesia, era, en el mero hecho de aceptarlo, un agravio á los principios.

«Por prudencia, por caridad, por falta de fuerzas, ó por otras justas causas puede á veces la Iglesia, como sabemos todos, tolerar «in fatto» la violacion de sus leyes y derechos, mas nunca autorizarla en un tratado; y sin embargo, al mismo tiempo que yo por justísimos motivos me oponia á la indefinida y ámplia restriccion de la publicidad del culto, tan ofensiva para los principios como perjudicial en la práctica por su extension misma, no dejaba de conocer lo fundado de algunos de los motivos (sino de todos) que movian al gobierno á reclamarla. Varios temperamentos habia yo propuesto á los que el Papa, de acuerdo con el cónsul, podria apelar, sobretodo en los primeros años en que la efervescencia revolucionaria era aun tan de temer, como por ejemplo una bula pontificia dirigida al clero católico de Francia para que se abstuviera al principio de ciertas ceremonias públicas en los puntos en que fuesen los sectarios más numerosos é intolerantes; ó bien un artículo adicional con una limitacion de tiempo en que se expresase lo que tendria la poli-

Digitized by Google

cía facultad de impedir únicamente por la razon ántes dicha; el gobierno, empero, firme en su idea, habia desestimado estas proposiciones y otras semejantes. Al verse convencido por los argumentos que yo aducia para no admitir su indefinida y extensa restriccion en lo relativo á la publicidad, me contestaba: «Pues ya que el Papa no puede aceptar tan indefinida y lata restriccion, dejemos á un lado el artículo, y renunciad por completo á la publicidad del culto.»

«De mí sé decir que, á no tener órden terminante para que se insertara formalmente el artículo, habria preferido ese partido, esto es, omitirlo del todo, persuadido de que con el trascurso del tiempo la misma naturaleza de las cosas habria hecho que se diera al culto católico, al igual de los demas, la publicidad que podíamos esperar de aquellas palabras « con sujecion á los reglamentos de policía,» sin que fuese necesario estipularla con menoscabo de los principios. Mas, como he dicho, la órden que tenia de no omitir el artículo era muy explícita y formal para que pudiese atreverme á faltar á ella, y por eso pedia permiso para enviar un correo á Roma á fin de alcanzar autorizacion para desistir del todo del artículo, ó arreglar el asunto de diverso modo. Constantemente me fue negado el pasaporte que solicitaba, y en situacion semejante me opuse decidido, aun á riesgo de llegar á rompimiento, segun he manifestado, á admitir la restriccion que por voluntad del primer Cónsul volvió á ser materia de litigio en la conferencia anterior, despues de haber sido eliminada cuando en las negociaciones con el presbítero Bernier lográmos ponernos de acuerdo sobre todo. Pero ¿era esto realidad ó solamente un artificio de antemano preparado? ¿Acaso no era dable creer que confiaban en que la sorpresa, la noticia dada por el gobierno de la celebracion del concordato y el anuncio que de su firma habia de hacerse en el gran banquete oficial, paralizarian por mi parte toda resistencia?

«En eso estaba el punto esencial del asunto cuando se abrió la segunda sesion, cuyo resultado debia decidir de la suerte de la religion en muchas naciones y ser orígen de muy graves consecuencias. Tratábase de hallar un medio para que, añadiendo ó quitando al artículo controvertido, quedase este admisible para las dos partes; y aunque no puedo afirmar con certeza si los comisarios franceses tenian órden de buscarlo, ó más bien de continuar exigiendo la admision pura y simple del artículo, á juzgar por las explicadas palabras del primer cónsul al permitir la nueva sesion y por la resistencia obstinada que manifestaron los comisarios á cualquiera variacion, he de creer que se les habia mandado no consentir de modo alguno en que se hiciera. Sea como fuere, abrímos de nuevo los debates, y su duracion de once horas consecutivas manifestará cuán detenidos, difíciles y escabrosos fueron. Inútil seria referir todo lo alternativamente propuesto y rechazado por una y otra parte; lo único de la discusion que hace al caso es lo que condujo á buen fin el asunto.

«A mi inquebrantable resistencia, á mis positivas é incesantes protestas de no querer firmar, aun con riesgo de terribles males, el artículo de que se trataba en el modo y en los términos que exigia el gobierno, en cuanto no

Digitized by Google

queria autorizar con el formal consentimiento de la Santa Sede la esclavitud de la Iglesia, pues no era otra cosa la obligacion de sujetarse á los reglamentos de policía, contestaban y aseguraban los comisarios franceses dar yo á aquellas palabras una interpretacion harto lata; decian que de ningun modo significaban, como yo creia, una dependencia absoluta de la Iglesia á la administracion secular; que no era tal la intencion del gobierno, y que mi error procedia, lo mismo que mi impertinente oposicion, de no entender el verdadero sentido de la palabra «policía». La policía no es el gobierno en sí, añadian, sino únicamente aquella parte del ejercicio de la autoridad gubernativa, relativa á la conservacion del sosiego público, sosiego que ha de desear lo mismo la Iglesia que la potestad secular.

«La salud del pueblo que, como comunmente se dice, es la ley suprema, corre peligro desde el momento en que está amenazada la tranquilidad pública; procurar que esta se conserve y que la paz interior no se altere es por lo mismo una necesidad, y la necesidad carece de ley. Ahora bien, la tranquilidad pública correria en Francia grave peligro si despues de la libertad, de las innovaciones, de la igualdad de derechos introducidos por la revolucion, y de las inmensas trasformaciones verificadas así en ideas como en usos y costumbres, se permitiese en todas partes practicar sin distincion las ceremonias públicas del culto: comarcas hay en que no ofrece esto inconveniente alguno; pero en otras, y especialmente en aquellas en donde escasean los adictos á la fe católica, el ejercicio de las prácticas religiosas produciria insultos, riñas, luchas intestinas y muertes, lo cual, á no dudarlo, pondria en riesgo la tranquilidad pública. El gobierno es el único que se halla en estado de saber en qué puntos y en qué circunstancias puede verificarse con ó sin peligro la publicidad del culto, esto es, el ejercicio de sus prácticas y ceremonias fuera de las iglesias, pues dentro de las mismas se puede hacer con libertad cuanto se quiera; y de aquí deducian que el Papa se manifestaba sobrado exigente, y que al pedir la indefinida libertad del culto pedia, sobretodo por lo que toca á los primeros años, una cosa injusta, perjudicial y ajena á su ministerio de paz, en cuanto semejante libertad sólo puede otorgarse en épocas sosegadas y á pueblos que no hayan experimentado una revolucion completa en ideas y costumbres. En las circunstancias en que Francia se encontraba no era posible pensar siquiera en semejante establecimiento, so pena de provocar turbulencias y hasta efusion de sangre.

« A estas objeciones de los comisarios contesté que, si bien hablaban con verdad en gran parte, sino en todo, era cierto que del contexto del artículo no se deducia limitacion alguna de objeto ni de tiempo, y que por lo mismo con la amplitud de la restriccion que se ponia á la publicidad del culto por determinadas razones, venia á establecerse una coartacion de perniciosa índole, de grandísima importancia y perjudicial á lo sumo que yo no podia de modo alguno admitir, á no ser que la despojase de su carácter nocivo y la hiciese justa y por consiguiente admisible una restriccion, por decirlo así, de la restriccion misma. Sin embargo, por parte del gobierno no se queria prestar oído á nada que se pareciese á limitacion, y por lo mismo nada adelantába-


Digitized by Google

mos, hasta que por fin un postrer dilema mio redujo al silencio á los comisarios franceses.

« Díjeles: «O hay buena fe al afirmar que la causa que mueve al gobierno á sujetar la publicidad del culto á la restriccion de estar sometida á los reglamentos de policía es la imperiosa necesidad de conservar el público sosiego, en cuyo caso no puede ni debe tener dificultad en que así se exprese en el artículo, ó el gobierno no quiere que esto se diga, y entónces demuestra no usar de buena fe y querer la indicada restriccion únicamente para tener á la Iglesia sujeta á sus antojos. »

« Estrechados por este dilema contestaron los comisarios que el gobierno abrigaba la mayor buena fe, que no queria esclavizar á la Iglesia, sino mantener la tranquilidad pública, y que no era necesario expresarlo en estos mismos términos en cuanto iba todo contenido en la palabra « policía », cuyo sentido no es otro que el de reglamentos encaminados al mantenimiento de la pública tranquilidad. Repliquéles que esto no era exacto, por lo ménos en todos los idiomas; «pero aun suponiendo que lo fuese, añadí, ¿dónde está la dificultad y el daño de explicarlo con mayor claridad para no dar márgen á interpretaciones erróneas y perjudiciales á la libertad de la Iglesia? A usar de buena fe no puede oponerse á esto objecion alguna, y si se opone señal es de que la buena fe no existe. »

«Arrollados por el dilema, y no pudiendo deshacerlo, dijeron: «Pero ¿qué utilidad veis en esa repeticion? (A su modo de ver la palabra policía lo decia todo de un modo suficiente.) —Una muy grande, contesté, y es que circunscribiendo claramente y en términos expresos la obligacion de sujetar la publicidad del culto á los reglamentos de policía, queda excluido por lo mismo todo lo demas, pues « inclusio unius est exclusio alterius. » De este modo no queda la Iglesia sometida á la voluntad del poder secular y no se menoscaban los principios, pues en este caso no firma el Papa sino lo que no puede dejar de ser, por aquello de « necessitas non habet legem. »

« La fuerza de mis razones y la resolucion inquebrantable en que me veian los comisarios de no admitir la restriccion del gobierno á no aceptar este la limitacion que yo ponia á la suya, moviéronles por fin á ceder, aunque protestando que no respondian del asentimiento del primer cónsul, quien habia prohibido en efecto que se añadiera ó quitara la menor cosa al artículo. A esto les dije que podian participarle lo sucedido y diferir el acto de la firma hasta el dia siguiente; que entónces, en caso de aceptar...

« Al oir esto José Bonaparte manifestó que conocia asáz á su hermano para saber desde aquel momento que, á consultarle sobre aquel punto, se negaria á ratificar la adicion hecha por mí. El único medio, añadió, para que la admita (aunque no respondo de lograrlo) es presentarle la cosa ya concluida. Y lo digo porque, deseando como deseo el bien, y por lo tanto que se ajuste el concordato, creo estar obligado á expresar lo que pienso.

« Así, pues, fue de opinion de firmar el artículo final aquella misma noche, en atencion á que si el primer cónsul no quisiese consentir en ello, podia manifestarlo negando su ratificacion, pues en cuanto al enojo

Digitized by Google

que sin duda experimentaria, él, como hermano suyo que era, podia exponerse á resistirlo con menor peligro, tomando por lo mismo á su cargo el participarle lo sucedido. Estas palabras tranquilizaron á los otros comisarios, que no se mostraban muy solícitos en quebrantar las órdenes que afirmaban haber recibido, y quedó decidido que firmásemos en el acto. Mis dos colegas, que habrian aceptado el artículo tal como estaba, quedaron satisfechos como no es decible de una enmienda y de una nueva restriccion que no esperaban ver aceptada jamas por la otra parte.

« Cosa de una hora se empleó en sacar las dos copias de los artículos convenidos, y daba media noche cuando los seis comisarios pusímos las firmas en el órden ántes explicado. Así fue ajustado y firmado el concordato, y con esta palabra quiero expresar sólo los artículos que contiene, sin que en ocasion ninguna se dijese palabra ni hubiese el menor convenio sobre otros puntos ademas de los enunciados, siendo de importancia hacerlo constar aquí por lo que despues diré. Al separarnos de José para volver á nuestras respectivas moradas, manifestónos que aquel mismo dia pondria en conocimiento nuestro si el primer cónsul aprobaba la nueva redaccion del malhadado artículo, lo cual le parecia difícil, si bien añadió que emplearia para alcanzarlo todos los esfuerzos posibles y no perdia la esperanza de que « hecha la cosa (así lo repitió varias veces) no querria el cónsul deshacerla. » Antes de marcharme encarguéle decir al jefe del gobierno que, en caso de absoluta negativa, no firmaria yo jamas el artículo puro y simple, y que partiria sucediese lo que sucediere.

« La ansiedad con que esperé una contestacion de tan alta trascendencia no es para dicha; por fin supe por José que el primer cónsul, muy enojado por la enmienda del artículo, se habia negado en un principio á aprobarlo; pero que al fin, en vista de las instancias y reiteradas súplicas de su hermano y de las graves reflexiones que le hizo acerca de las consecuencias del rompimiento, el general, despues de meditarlo mucho en prolongado silencio (meditacion que quedó explicada claramente por los sucesos posteriores), lo aceptó y dispuso que así se me manifestara.

« Propalada por Paris la noticia de haberse firmado el concordato fue universal el contento, excepto entre los adversarios de la religion y el clero constitucional. Los embajadores extranjeros, y en especial el conde de Cobentzel, me visitaron para felicitarme y darme gracias, pues consideraban el asunto como propio á causa de la notable influencia que debia ejercer en la conservacion y sosiego de sus respectivos estados.

« Junto con mis colegas solicité ver al primer cónsul para felicitarle á mi vez respetuosamente, y para el dia siguiente fue señalada la audiencia en la cual hallámos tambien á los tres comisarios que habian firmado en nombre del gobierno. El recibimiento fue cortes, y en medio de las recíprocas declaraciones de satisfaccion por ver afianzado con la celebracion del concordato el restablecimiento de la religion en Francia así como la buena armonía entre su gobierno y la Santa Sede, creí necesario hacer observar que en todo el discurso de la ardua negociacion en Roma ni en Paris, ántes ni despues de


Digitized by Google

mi llegada, jamas la Iglesia romana habia pronunciado una palabra en beneficio suyo temporal, y que únicamente el bien de la religion habia inducido al Padre Santo á negociar y ajustar el concordato, sin ser movido por propósito interesado alguno, por más que la Santa Sede hubiese experimentado gravísimas pérdidas á consecuencia de la revolucion y que tuviese infinitos motivos para producir quejas y alegar agravios. « Su Santidad ha querido, añadí, probar á Francia y al mundo entero que se calumnia á la Santa Sede cuando se la supone impulsada por razones temporales, y defender de este modo las concesiones y los sacrificios verificados en el concordato contra las acusaciones de los malos, los cuales, á saber que con este motivo hubiese reportado la Iglesia alguna ventaja ó algun territorio, habrian podido decir que no el bien espiritual, sino beneficios temporales habian dado orígen al presente tratado de paz religiosa. » Y al concluir dije que, llenado el objeto que me trajera á Paris y firmado el concordato, me veia en la precision de no diferir por más tiempo mi regreso á Roma, á donde me llamaban, ademas de muchas obligaciones, mi empleo de secretario de estado y las órdenes de Su Santidad, participando por lo mismo al general Bonaparte que partiria dentro de breves dias.

«A la siguiente mañana fui impensadamente llamado por el primer cónsul sin decírseme el motivo, y aun estando en la audiencia no pude por sus primeras palabras llegar á adivinarlo. Tenian aquellas por objeto puntos ajenos al concordato; preguntóme, por ejemplo, sobre el estado de las cosas en Roma, sobre la salud del Papa, sobre los asuntos pasados y presentes, sobre hacienda y otras cosas semejantes, de modo que sospechaba haberme llamado para hacerme hablar y adquirir noticias útiles para los designios que tuviese en la mente. Sin embargo, miéntras ponia toda mi atencion en contestar á sus preguntas en términos que no pudiesen ser perjudiciales, conocí al fin, despues de artificiosos circunloquios, que no era todo aquello mas que un subterfugio, y ví cuál seria el verdadero objeto de la conversacion. Como por casualidad y cosa de ninguna importancia el general dejó caer de sus labios las siguientes palabras: «Conforme á la nueva division de diócesis, hállome en el nombramiento de los nuevos obispos con la dificultad («ho difficoltà») de tener que elegirlos en los dos partidos de los constitucionales y de los no constitucionales.»

«Sorprendido en alto punto al oir cosa semejante, tomé la palabra sin pérdida de momento para manifestarle mi sorpresa y decirle que bien sabia él que los constitucionales estaban fuera de la comunion de la Santa Sede, que precisamente se habia hecho el concordato con el supremo fin de acabar con el cisma, y que condenada por la Sede apostólica la constitucion civil del clero, los juramentados intrusos no podian ser nombrados ni admitidos como pastores de las iglesias. Con frialdad contestó Bonaparte que razones de estado no le permitian de modo alguno prescindir por completo de los constitucionales, sino que, formando como formaban un partido numerosísimo, estaba en el caso de nombrar á algunos, y añadió que les obligaria ántes á aceptar el concordato, lo cual equivalia á una abjuracion de la constitucion

Digitized by Google

civil del clero. Al oir esto comencé á demostrar cuán erróneo era semejante modo de ver, en cuanto no se mencionaba para nada en el concordato aquella constitucion, puesta ya en entredicho por los breves de Su Santidad. La mera aceptacion de un concordato que no habla de la supuesta constitucion, le dije, no supone que se tenga esta por errónea, cosa de todo punto indispensable para volver á la comunion romana, en cuanto en vez de esto puede creerse que se renuncia á dicha constitucion por reemplazarla el Concordato, del mismo modo que á una ley ó decreto sucede y reemplaza otro sin que el primero sea condenado ni declarado cismático y erróneo. Y esto expresado, tampoco dejé de llamar su atencion sobre el escándalo que produciria el nombramiento de tales pastores, y la escasa confianza que á los pueblos inspirarian aun confesando y retractándose de sus errores.

«Estas palabras mias no produjeron en el primer cónsul impresion alguna, y continuó sosteniendo que razones de estado le obligaban irremisiblemente á mostrarse benévolo respecto de los constitucionales, cuyo partido era muy poderoso, y que en esto confiaba para que el cuerpo legislativo y las otras corporaciones de la magistratura aprobasen un concordato que hallaba tantos enemigos cuantos eran los partidarios de los constitucionales, á quienes miraban como hombres que habian merecido bien de la revolucion; entre ellos no cuento, añadió, los que son adversarios del concordato por irreligion, los cuales no cabe duda que se elevan á un número considerable. En este estado hube de apelar otra vez al primer argumento, el cual no admitia refutacion; manifestéle que no podia caber ni sombra de duda en la necesidad de que los constitucionales se retractasen positivamente del error que abrazaran, y que sin esto nunca el Papa les concederia la institucion canónica, aun cuando fuesen nombrados, porque no podria, no deberia, y seguramente no querria hacerlo. Estrechado de cerca, dijo el cónsul no serle dable imponerles con una retractacion pública tan humillante mortificacion y tan gran sacrificio de honra y amor propio.—En materias de religion, le contesté, esas consideraciones son vanas y no tienen valor alguno; por el contrario, la honra está en confesar el error y arrepentirse.—Así estuvímos mucho rato, hasta que despues de vivísima resistencia y de razones é incidentes que seria prolijo enumerar, acabó por decir que, no siendo posible otra cosa, convenia adoptar una fórmula que los afligiese lo ménos posible y de modo alguno los agraviase.

«A esto le contesté que estaba conforme en que se procurara evitar en lo posible la aspereza de las palabras; pero que importaba sobremanera explicar muy claro en cuanto á la esencia de la cosa el objeto de la retractacion, sin rodeos ni equívocos.

—Y ¿en qué consiste, me preguntó, la esencia de lo que debe por necesidad expresarse?

—En aceptar, le respondí, los juicios emanados de la Santa Sede respecto de la constitucion civil del clero.

—Pues siendo así, díjome, despues de largos debates bastará aceptar


Digitized by Google

los juicios emanados de la Santa Sede sin expresar la constitucion civil del clero comprendida en los mismos, y de este modo evitarémos un golpe inútil y violento en extremo, como lo seria una designacion categórica.

—No, repliqué, es indispensable designarla para concentrar la atencion sobre los juicios que se aceptan, y no abrir la puerta á efugios ni á falsas interpretaciones sobre el sentido de una aceptacion general. Bien está que la fórmula sea lo más suave que pueda imaginarse en cuanto á las palabras; pero debe contener al propio tiempo la esencia de la cosa. Sin ella, sin esa fórmula no seria posible aceptar su nombramiento. Sin embargo, no dejaré de añadir, repetí, que aun cuando se retracten seria mejor no nombrarlos por las razones ántes dichas.

«Fundado en los motivos expresados obstinóse el general en negarse á este deseo mio, y declaró al fin y al cabo que impondria á los que fuesen nombrados la fórmula de que habiamos hablado.

«Así concluyó la borrascosa audiencia en la cual (obsérvese bien), firmado ya el concordato, habló de nombrar obispos á algunos constitucionales, cuando mil veces habia asegurado ántes que los abandonaria por completo.»

Para que los lectores ahonden más en la idea que abrigaban Bonaparte y Consalvi, y para dar sobre la famosa transaccion todas las explicaciones que existen inéditas, suspendemos aquí por un momento el relato del cardenal.

A juzgar por sus palabras, es evidente que el primer cónsul cifraba grande empeño en la fusion de los dos cleros, á la cual se oponia Roma por razones religiosas y tambien de dignidad. Consalvi habia combatido contra ella sin fruto, mas quizas sea permitido creér que en lo íntimo de su pecho no deplorase amargamente su derrota. De genio perspicaz y fecundo en recursos habia buscado varias veces con su poderoso interlocutor los medios más conducentes á sofocar el cisma en tiempo no lejano, y considérese que Bonaparte no era uno de esos hombres que nunca hablan y siempre mienten. En las negociaciones en que ahora estamos más de una vez emitió juiciosas opiniones que la experiencia puede aceptar como enseñanzas históricas.

Entre las notas manuscritas comunicadas por el presbítero Bernier á Consalvi en el discurso de los debates, existe una de la cual conviene citar un fragmento. « Ayer tarde, refiere el confidente eclesiástico de Bonaparte, el primer cónsul me dijo lo siguiente: Consalvi es muy ladino para no haber adivinado mi idea y privarme de dar un golpe maestro. Oficialmente y por decoro quiero que algunos obispos constitucionales sean nombrados para las nuevas sedes; pero considero que seria lo mejor y más acertado nombrar entre ellos para que las ocupasen el mayor número posible. Haced por lo mismo de modo que el cardenal comprenda lo conveniente que es sembrar cizaña entre sus adversarios. Hágase de modo que los obispos ménos contaminados, aquellos á quienes no puedan dirigirse graves cargos, vuelvan al gremio de la Iglesia bajo el cayado del Sumo Pontífice, y así logramos que Roma debilite la secta y que, dividida, vaya poco á poco quedando reducida al silencio y cayendo en la ridiculez. Más vale esto que de-

Digitized by Google

jarla compacta y unida dada á eternas maquinaciones en contra de la política sagrada, perpetuando así las desgracias de la Iglesia. »

Estas palabras de Bonaparte, entregadas desde hoy á la historia, habian causado gran sensacion al cardenal Consalvi y á sus dos asesores Spina y Caselli. El primero comprendia perfectamente el profundo arte del hombre que gobernaba la nacion francesa, y en su interior lo aprobaba; mas para dejar ilesos los principios queria que la Santa Sede obrase como cediendo á fuerza mayor. El primer cónsul por su parte, al conocer que su idea era aceptada « ad referendum », pasó á realizarla, y designó para el episcopado á los prelados que creyó ménos contaminados del cisma. Y sucedió que apénas aquellos obispos que habrian podido eternizarlo volvieron al redil y se reconciliaron con la Santa Sede, convirtiéronse en decididos adversarios suyos; la desunion en el campo constitucional, cuya primera idea tuvo Bonaparte, presagiaba la muerte de la iglesia revolucionaria, y en efecto, trascurridos que fueron pocos años, no quedó de ella otra cosa que un nombre y una fecha.

Volvamos ahora á los manuscritos del cardenal Consalvi.

«En los tres ó cuatro dias que permanecí todavía en Paris no obtuve otra audiencia particular, y únicamente ví al primer cónsul la víspera de mi partida con motivo de una revista de tropas, á la cual asistí con el cuerpo diplomático, como era de costumbre. Teniendo semejante ocasion de verle, pensaba dirigirle algunas palabras al despedirme otra vez de él, como próximo el instante de partir; pero cuando entró en la sala y, segun acostumbraba, comenzó su revista de soberano por el cuerpo diplomático al cual yo presidia por corresponderme en él el primer puesto, me miró fijamente, y no se detuvo para decirme una sola palabra, ni para encargarme que saludara en nombre suyo al Padre Santo, ni para dirigirme el menor cumplido. Quizas quiso con esa absoluta falta de cortesía manifestar al público en cuán poco tenia á un cardenal y á la misma Santa Sede (arreglado como estaba ya su asunto), y sin duda para hacerlo aun más notable se detuvo largo tiempo hablando de cosas indiferentes con el conde de Cobentzel que estaba á mi lado, y luego con todos los demas. En seguida bajó á revistar las tropas, y yo, sin esperar en el salon á que volviera, como hicieron los otros, partí sin pérdida de momento.

« Llegado á mi alojamiento sólo pensé en arreglar mi equipaje para la partida fijada para las primeras horas de aquella misma noche, cuando de pronto, pocos momentos ántes de subir al carruaje, se presentó Bernier para decirme que el primer cónsul, deseoso de evitar las dificultades que podrian suscitarse, queria absolutamente que ántes de partir nos pusiéramos de acuerdo acerca del contenido de la bula que, segun uso, debia acompañar el concordato. En varias sesiones habíase hablado de esa bula, conviniendo en que diferentes cosas que el primer cónsul no permitia que se expresaran en el tratado (porque, segun decia, siendo dos los que en el concordato hablaban, el Papa y él, no podia mencionarlas por circunstancias que le eran peculiares) se dirian en la bula, en la cual sólo hablaba el Papa. Ber-

Digitized by Google

nier, empero, me manifestó que el primer cónsul queria saber ya desde entónces de un modo categórico lo sustancial de la bula y tambien cómo se expresarian en ella por lo ménos las cosas principales, porque le interesaba en extremo.

« De nada valió que le demostrase la imposibilidad que habia en redactar una bula en pocas horas, que me quejase de un modo de obrar siempre por sorpresa y que le probase que no estaba yo autorizado para hacer la bula, sino el concordato: á las dos primeras objeciones contestó Bernier que ningun inconveniente habia en que difiriese yo la partida, y á la tercera que tambien el Papa estaba interesado en ponerse de acuerdo sobre aquel punto y en allanar cuantos obstáculos se presentasen, lo cual nunca de léjos se consigue tan fácilmente como de cerca. Y tantas razones adujo (entre las cuales era siempre la de más peso el « querer »), que no hubo mas remedio que acceder, aunque declarando yo terminantemente que quedaba el Papa en toda libertad de aprobar ó desaprobar la bula que redactáramos. Sin perder un instante pusimos manos á la obra, y esta duró por espacio de ocho horas consecutivas.

« No me pasó desapercibido el fin que con ello habíase propuesto el primer cónsul: pensaba cogerme de sorpresa en aquellos momentos de prisa y ahogo, y lograr así que no se insertase siquiera en la bula aquello que le disgustaba. No se salió, empero, con la suya: excepto en un solo punto que podia ser peligroso en la posicion en que se hallaba Francia; en lo demas mantúveme firme para que se dijesen en la bula ciertas cosas que al gobierno no le agradaban, y así se hizo. Acabada que fue nuestra tarea pregunté á Bernier si podia estar seguro de que el primer cónsul no corregiria ó desharia lo hecho, y me contestó: «Segurísimo, pues aunque se habrian deseado algunas concesiones que vuestra resistencia no me ha permitido alcanzar, tengo autorizacion para hacer la cosa del modo que se ha hecho. » Al concluir nuestra entrevista habló otra vez de un punto sobre el cual estábamos ya de acuerdo, esto es, del tiempo dentro del cual debia remitirse á Paris la ratificacion del concordato. « Como ya sabeis, me dijo, quiere absolutamente el primer cónsul publicarlo luego que se reciba la ratificacion (nótese esto y recuérdese para cuando tenga que hablar despues de la publicacion); el interes de la religion y del estado no consienten la menor tardanza.»

« Prometíle que sin cuidar de mi comodidad personal haria el viaje con la celeridad posible, y que en Roma se procederia sin dilacion al exámen que debia preceder á la ratificacion del concordato, y nos separámos despues de una penosa conferencia de ocho horas, él para tomar algun reposo, y yo para subir al coche y emprender rápidamente el camino de Roma. A no equivocarme estábamos en 23 ó 24 de julio.

«El concordato habia de ser examinado por el Papa de acuerdo con el Sacro colegio para ratificarlo en seguida, oido su consejo, segun costumbre admitida en los asuntos de importancia, y no hay que decir si este lo era. Por esto mismo no podia ser ese exámen superficial y ligero, y esta idea hizo que viajara de dia y de noche, deteniéndome sólo en Lyon, Milan y Par-

Digitized by Google

ma. Así llegué en breve á Florencia, donde pensaba descansar unos dias y visitar al general en jefe Murat y al embajador Cacault, que me esperaban con grande impaciencia; pero pocas horas hacia que allí me encontraba, cuando me alcanzó un correo frances instándome de nuevo (nótese tambien esta circunstancia) para que sin dilacion volara á Roma, pues interesaba en alto grado al primer cónsul el tener lo más pronto posible la ratificacion del Papa y publicar el concordato, lo cual, segun se decia en el despacho, no podia diferirse sin inmensos perjuicios.

«Preciso fue por lo tanto renunciar al descanso que en Florencia me prometia y volver al coche sin tardanza. Así lo hice, y llegué á Roma, sin exageracion puedo decirlo, más muerto que vivo, agobiado de fatiga y de sueño y con las piernas tan hinchadas que no podia tenerme en pié (lo mismo sucedia á mi pobre hermano y á mis dos criados). Fue mi llegada el 6 de agosto, dia en que cumplian precisamente dos meses de mi partida, pues habia salido de Roma el 6 de junio.

«No es este lugar oportuno para referir la indecible bondad del Pontífice, su recibimiento afectuoso y la aprobacion que se dignó dar á mi conducta, cuyos pormenores le habia ya comunicado á mi salida de Paris por medio de un correo extraordinario. En aquel estado, lo primero que reclamaba nuestra actividad para corresponder á la premura que manifestaba el primer cónsul, era enviar la ratificacion á Paris dentro del plazo convenido; y como el Papa creyó conveniente en asunto tan grave no limitarse á reunir la congregacion de cardenales que conociera de él desde un principio, sino consultarlos á todos, hubo que entregar á cada cardenal el concordato y los documentos necesarios para su exámen despues de sacar las copias de todo con escrupulosidad y prontitud extremada. Luego, trascurrido el tiempo conveniente para el estudio de la materia, la congregacion general de todo el Sacro colegio se reunió en presencia del Papa para dar dictámen sobre la ratificacion.

«Puede decirse que solos dos artículos fueron objeto de discusion; los demas eran en lo sustancial idénticos á los del proyecto de concordato ajustado en Roma ántes del rompimiento (el haber sido desaprobado por el gobierno frances dió orígen á la reclamacion del embajador Cacault y á mi viaje), y habiendo yo logrado en Paris, á costa de gran fatiga y de amargos sinsabores, que fuesen aceptados por el gobierno, salvo algunas modificaciones en la parte no esencial y en los términos, no se halló inconveniente en que Su Santidad los confirmase y ratificase. Toda la dificultad quedaba reducida, como he dicho, á dos artículos, acerca de los cuales podia dudarse de si las modificaciones hechas en Paris alteraban ó no la esencia de los redactados en Roma en el proyecto de que fuí yo portador al dirigirme á aquella capital.

«Era el primero el que trataba de la publicidad del culto. A las palabras «cultus publicus erit,» habíanse añadido estas: «Habita tamen ratione ordinationum politiæ» que se considerasen necesarias para el público sosiego. (No recuerdo en este momento las palabras latinas de la última parte de la adicion). Y ocupaba el segundo lugar el relativo á la promesa de la Iglesia de


Digitized by Google

no reclamar los bienes del clero usurpados en la época de la revolucion, en el cual habíase suprimido en Paris la restriccion que hacia referencia únicamente á los bienes vendidos, restriccion que se expresaba en el ejemplar del proyecto desaprobado por el gobierno frances.

«En cuanto á este y á los bienes vendidos y no vendidos hubo unanimidad en los votos. Todos opinaron que la esencia permanecia siendo la misma, esto es, la cesion, ó por mejor decir la no reclamacion de sus bienes por parte de la Iglesia, aun cuando en virtud del artículo enmendado en Paris se perdia mayor porcion de ellos, y unánimemente se convino en que por apetecible que fuese que la Iglesia recobrase la parte de bienes que no estuviese vendida, no habia que romper el concordato por no poder alcanzarlo, puesto que con ello se proporcionarian armas á la calumnia contra la Santa Sede, dando orígen á que se dijese que miras interesadas habian prevalecido sobre el gran bien espiritual del restablecimiento de la religion, y que aquel era el pago de los sacrificios verificados en el concordato, como si la Iglesia tuviese más afan por recobrar parte de sus bienes que por procurar la salvacion de las almas, restableciendo en las vastas y populosas comarcas de Francia la libertad y publicidad del culto católico y sofocando el cisma. El artículo fue por lo tanto aprobado por unanimidad de votos.

«No sucedió lo mismo con el otro relativo á la publicidad del culto. La restriccion exigida por el gobierno frances desagradó á algunos cardenales á pesar de la restriccion de esa misma restriccion añadida por nosotros. Convenian los contradictores en que mediante esta limitacion, ó sea explicacion de la restriccion del gobierno frances, habia el principio quedado salvo é ileso; admitian tambien que en la publicidad del culto debian tenerse en cuenta los reglamentos de policía en todo aquello que necesariamente exige la tranquilidad pública; confesaban ser esto una necesidad que no podia negarse ni condenarse; pero decian temer el abuso que de ello haria en la práctica el gobierno. La autoridad de la Iglesia, segun ellos, iba á quedar encadenada y el gobierno intervendria en asuntos que nada tenian que ver con la tranquilidad pública, por lo cual juzgaban que debia rechazarse absolutamente la adicion hecha á las palabras «cultus publicus erit» y á algunas otras, ó cuando ménos darle un sentido más concreto y expreso, añadiendo la palabra «sólo, » y decir «sólo para el público sosiego,» ó apelando á otras precauciones análogas. Contáronse los votos contrarios al artículo, así los que opinaban por suprimir la adicion como los que deseaban algunas modificaciones en su redaccion, y se elevaron á doce, salvo error, pues tratándose de un hecho acaecido hace diez años no lo conservo bien en la memoria: en los registros de la Congregacion constará, y de todos modos la equivocacion puede ser á lo más de uno ó dos votos.

«El mayor número (diez y nueve ó veinte, si mal no recuerdo) opinó por lo contrario. Los cardenales que los emitieron manifestaron que habria sido mejor sin duda alguna que el gobierno no hubiese exigido la adicion; que los esfuerzos intentados para rechazarla, segun se desprendia de mi relato y de los documentos de la negociacion, eran evidente prueba del ardor con


Digitized by Google

que se habia procurado la realizacion de ese deseo; pero ya que de modo alguno habia sido posible conseguirlo, no debia considerarse el asunto desde el más conveniente punto de vista, sino examinar si, á pesar de la modificacion introducida en la adicion del gobierno, continuaba conculcado el principio, lo que los contradictores no afirmaban, sino que hasta admitian lo contrario. Añadieron que convenia considerar si por no alcanzar lo mejor, no existiendo ley ni principio que prohiba renunciarlo, debia romperse un concordato en el que se estipulaba nada ménos que el restablecimiento del catolicismo en Francia y su conservacion en casi todo el resto de Europa, pues apartándose de él Francia era seguro que muchos pueblos la imitarian; y dijeron en fin que en semejante estado de cosas tendrian por dignos de censura á los mandatarios de la Santa Sede que rompiesen una negociacion por no poder obtener lo mejor, objeto de su deseo. Otros argumentos adujeron, y opinaron por la ratificacion.

«Para dejar ámplia libertad á los debates y á la votacion habia permanecido el Papa sin proferir una palabra; pero luego que los cardenales hubieron hablado, expresó su opinion, que fue del todo conforme con la de la mayoría. Dijo que este era su sentir aun ántes de saber el suyo, é insistió aun más en la imposibilidad de obtener modificacion alguna en un artículo acerca del cual tan animados habian sido los debates como se veia por el relato de la negociacion, añadiendo que debia renunciarse, aunque con sentimiento suyo, á la idea de hacer sobre ese punto nuevas tentativas. La aprobacion y la ratificacion fueron, pues, hechos oficiales, y treinta y cinco dias despues de la firma, á no equivocarme, una y otra llegaron á Paris por correo extraordinario.

«Creíamos todos que á su regreso nos traeria el correo la noticia de la publicacion del concordato, ya que el gobierno frances habia dicho querer proceder á ella luego que recibiese la ratificacion; pero no sucedió así. En lugar de esa noticia recibiéronse vivísimas instancias acerca del contenido de la bula, y en ellas decia sustancialmente el primer cónsul que, por más que sobre dicho punto hubiese quedado todo convenido entre el presbítero Bernier y yo á satisfaccion suya, habia tenido espacio para hacer nuevas reflexiones, y no estaba ya de ello satisfecho. A su ver, en la minuta de la bula decíase aun demasiado, y queria que se suprimieran muchas cosas, lo cual hizo precisa una nueva junta de la congregacion que desde un principio habia entendido en el asunto. El espíritu de conciliacion que á la Santa Sede animaba y el propósito de impedir que la calumnia propalara que si la religion no era restablecida en Francia debia achacarse á Roma, movieron á consentir respecto de la bula en varias concesiones que yo negara en Paris, creyendo que no podia ni debia otorgarlas.

«Lo mismo sucedió en las disposiciones relativas al matrimonio de los sacerdotes y otros atentados cometidos por eclesiásticos contra las leyes de la Iglesia en la época de la revolucion. En virtud de reiteradas instancias procedentes de Paris y posteriores todas al concordato, y oido el dictámen de la nombrada congregacion, siguió el Papa las huellas de Julio III en la reconci-


Digitized by Google

liacion de Inglaterra, y dió por separado diferentes breves que debian publicarse con el mismo concordato.

«Pero por una parte la noticia de esa publicacion tardaba más y más en recibirse, y por otra multiplicábanse de cada dia las exigencias al concordato referentes. Fue una de las principales el envío del cardenal-legado, de lo cual se me hablara ya en Paris, pero no como de un asunto que hubiese de preceder á la publicacion del tratado, sino por el contrario ser posterior á ella. Esto no obstante, una vez hube regresado á Roma, el gobierno instó vivamente para que el legado se enviase en seguida, y sin olvidarse de ponderar lo útil que para la Santa Sede seria su presencia en Paris, alegaba que muchas de las disposiciones que habria que tomar para la publicacion del concordato exigirian la autoridad del mismo.

«Al hablar en Paris de la persona que para dicho cargo se designaria, díjome el primer cónsul querer absolutamente que fuese el cardenal Caprara, y á las reflexiones que le hice, fundadas en motivos de salud y otros que podian impedir su viaje, contestó ser su deseo que el nombrado fuese Caprara, y en caso de imposibilidad absoluta por parte de este, el cardenal José Doria. El Papa, que en todo obedecia á la fuerza de las circunstancias, optó por el primero, y le envió á Paris, explicando y justificando luego la experiencia así la peticion de Bonaparte como nuestra repugnancia en acceder á ella. No es mi ánimo censurar las intenciones de Caprara; motivos tengo para creerlas puras; pero ello es que en su legacion tuvo constantemente por regla que sola la condescendencia podia salvar á Roma de una ruina en lo espiritual y temporal en consideracion al genio del hombre á cuya voluntad nada resistia. «Importa permanecer de pie á toda costa, decia siempre, pues el que una vez cae no vuelve ya á levantarse.»

«Guiado por semejante máxima, legitimó muchas cosas contra los deseos de Roma, y, creyendo falsamente hacer bien, obró en distintas ocasiones sin tomar ántes las órdenes del Papa, y á veces á pesar de esas mismas órdenes. Los hechos consumados no pudieron remediarse, las reclamaciones del Papa quedaron siempre estériles, y jamas pudo llevarse á efecto la destitucion del cardenal, aunque más de una vez fue mandada. Pero basta ya de digresion.

«En tanto ni la ratificacion del concordato, ni la bula redactada á gusto del gobierno frances, ni los otros breves de que hemos hablado, ni el nombramiento del cardenal-legado habian sido parte para que se procediera á la tantas veces diferida publicacion del mismo concordato, y muchos meses transcurrieron sin que se verificara y sin que supiéramos la causa de la tardanza.

«Por fin, llegada que fue la festividad de la Pascua del siguiente año, casi diez meses despues de la firma del concordato, quedó claro y manifiesto el motivo de la dilacion. Publicóse un tomo que llevaba escrito en gruesos caractéres el título de «Concordato», y aunque no eran muchos ni muy largos los artículos del tratado, á continuacion de los mismos y con igual fecha habíase amontonado una compilacion informe de «leyes» llamadas «orgánicas,»

Digitized by Google

las cuales eran falsamente presentadas como parte del concordato y como contenidas dentro de la aprobacion de la Santa Sede. De aquellas leyes verdaderamente «constitucionales» podia decirse que derribaban el nuevo edificio que con afanes tan prolijos habíamos levantado; la jurisprudencia galicana volvia á poner en tela de juicio lo que establecia el concordato en favor de la libertad de la Iglesia y del culto, y desde aquel momento la iglesia de Francia tenia que temer nuevos tiempos de servidumbre.

«Su Santidad se apresuró á protestar, y para manifestar expresamente que condenaba aquellas leyes y no queria que ni la apariencia tuviesen de haber sido aprobadas junto con el concordato, mandó imprimir y repartir la alocucion que pronunciara en el consistorio reunido el dia de la Ascension de Nuestro Señor. Aquel mismo dia habia publicado la Santa Sede el concordato, y en su alocucion el Pontífice no vaciló en decir «que el consuelo que por el restablecimiento de la religion en Francia experimentaba, habíasele muy mucho amargado por las leyes orgánicas, redactadas sin noticia suya y sobretodo sin haber obtenido su aprobacion.»

«Fácil me seria elevarme hasta el principio de esas deplorables leyes y explicar todos los pormenores que les dieron orígen; mas no creo del caso descorrer así el velo que oculta asuntos muy personales (1).» . . . . .

. . . .

El cardenal Consalvi ha hablado, y por medio de él la Iglesia, prudente siempre, otorga á los privilegios de la historia el derecho de descubrir por fin el secreto de las negociaciones relativas á un tratado de paz religiosa que ha sido apellidado el concordato de granito. Esas Memorias que el ministro de Pio VII revisaba en su mismo lecho de muerte hoja por hoja para convencerse casi en presencia de Dios de que no habia alterado hecho alguno, acusado falsamente, desnaturalizado caractéres, ni obedecido á las amarguras del destierro ó al letal placer de la venganza, no consienten una sombra de duda. Consalvi, á quien al fin conocemos, pudiendo apreciar mejor su genio y tenacidad esforzada, las ha redactado, conservado y legado con circunstancias tales de discrecion y acierto, que para nosotros cambian por completo lo que hasta hoy han tenido por verdad las historias, sin excluir las más imparciales y mejor escritas.

En esas negociaciones, para cuyo feliz suceso todo se convierte en peligro y en escollo, el primer cónsul se da á conocer tal como nos lo representan-

(1) Las presentes Memorias del cardenal Consalvi, escritas en italiano, están traducidas al frances en esta obra de Crétineau-Joly, y de esta misma traduccion francesa hemos debido servirnos para verterlas á nuestro idioma. Como en tales casos ha de practicarse, y mucho más en este en que se trata de asuntos tan trascendentales, habríamos tenido á la vista el original primero á no sernos esto absolutamente imposible por el carácter de inéditas que tienen las Memorias del cardenal, conocidas únicamente por el autor cuyo libro traducimos, escritor famoso entre otros títulos de erudicion é ingenio por el conocimiento que posee de documentos preciosos y por los demás ignorados. Sin embargo, ya que aquel cotejo no haya sido posible, sirva á lo ménos de abono á esta traduccion de traduccion el cuidado con que la hemos verificado, si cabe más escrupuloso y prolijo que el empleado en lo restante de la obra, aun cuando la fiel traduccion de esta haya sido por distintas circunstancias, entre los cuales no ocupa el último lugar lo mucho que en lo principal se compadece con nuestro sentir acerca de los grandes sucesos que relata, objeto de muchas vigilias y cuidados.—*N. del T.*


Digitized by Google

tamos, esto es, imponiendo por todas partes y siempre su voluntad para hacer bien á su modo y en la ocasion que más le cuadra; discute y raciocina con el sable en la mano, y no parece sino que gusta de penetrar en el campo de las ideas y en el terreno de la fe con la misma impetuosidad con que se lanza sobre las tierras conquistadas.

Bonaparte, que participa algo de la índole italiana y sabe muy bien añadir la piel de zorra á la de leon cuando no basta esta á cubrirle, sólo para mejor disimular su retirada se impacientaba, irritaba y enfurecia por aquella indispensable lentitud y necesaria tardanza. Mandaba á voces, imponia su voluntad con terribles amenazas, y hasta se esforzaba en persuadir á los demas de lo poco en que tenia las promesas y la fe jurada; pero la serenidad ya cautelosa, ya jovial, ya ingeniosa y viva que manifestaba el cardenal segun las ocasiones, y más que todo el profundo sentimiento de la justicia y el deber de que Bonaparte estaba entónces animado, reconciliaban al momento á los dos diestros justadores, y ambos deseaban llegar, aunque por caminos tan distintos como sus genios y estados, á un gobierno bien ordenado, en el cual, segun expresion de Bossuet, « son fuertes las viudas, los huérfanos, los pupilos y hasta los niños en la cuna (1).»

Al hombre que por su audacia se consideraba invencible, vémosle apelar á los recursos de la diplomacia más sutil, recursos que eran frustrados ó arrollados por una entereza inquebrantable, oculta bajo la capa de una respetuosa debilidad, sencillez y confianza; y esa lucha que nos ha pintado el precioso relato de Consalvi, debia volver á comenzar en breve con nuevos pretextos, pues en tanto que duró aquel torneo del ingenio la revolucion no permanecia inactiva, encendiendo en el pecho de sus parciales declarados ó secretos el fuego de la discordia, y atizándolo con subterfugios y calumnias.

Puesta en el trance de aceptar un culto cualquiera y de someter su razon oficial á la creencia de un dios que Bonaparte se encarga de proclamar, la revolucion ha dado un paso atras, mas no por ello se declara vencida; y despues de haber reinado por medio del terror y del ateismo se esfuerza en perpetuar su imperio por medio del fraude y la mentira. Condenada á ser impotente en los hechos, se resiste y se mantiene por su obstinacion en el cisma. Era este para ella un medio de agitacion, y lo arroja como tea de discordia en medio de las explicadas laboriosas negociaciones.

Partiendo del principio que sentara un legista en 1517, la revolucion empleaba en 1801 igual lenguaje que el parlamento de Paris en 1517 al poner en órden Francisco I y Leon X los asuntos eclesiásticos del reino de Francia. En ambas épocas, tan distintas por la fecha como semejantes por los sucesos, un fiscal decia: « Sea cual fuere el nombre con que se quiera adornar el concordato, no pasará nunca de ser un acto violento en que dos poderes se han concedido mútuamente lo que no les pertenece (2).»

(1) *Política tomada de la Sagrada Escritura*, t. I, p. 136.
(2) *Discurso del fiscal Lelièvre en el parlamento de Paris*, en 1517.

Digitized by Google

La revolucion adoptaba esta misma doctrina, y para impedir toda clase de transaccion resucitaba la iglesia constitucional ó le permitia salir de nuevo al palenque, esto es, maquinar con el fin manifiesto de volver de nuevo al cáos. Para trastornar un estado basta un enredador cualquiera; su reconstruccion, empero, es obra divina, y esta es la que los malos procuraban impedir. El primer cónsul no ignora con su clara sensatez que lo verdadero, por lo mismo que es sencillo, nunca es patrimonio de los hom bres sistemáticos, y siente instintivo horror por los ideólogos; pero si esto es cierto, tambien lo es que, colocado al alcance del fuego de sus interesadas baterías, muchas veces ve mal y juzga peor.

Empeñado en hermanar dos cosas de largo tiempo separadas, esto es, el poder y la libertad, queria al propio tiempo confundir en una sola idea de unidad la doctrina ortodoxa y el cisma, olvidando que el alma de un mal sacerdote es negra como el infierno, y que la obstinacion en el error es consecuencia de incurable orgullo. Aquellos obispos y presbíteros de la iglesia constitucional son á la vez que pertinaces, flojos de carácter, lo cual constituye la peor especie de pertinacia, y en tanto que Francia y Roma, Pio VII y Bonaparte se alargan la mano para concluir con la perturbacion de los ánimos, para mantenerla los apóstatas de 1790 resuelven reunirse en un concilio que se llamó constitucional. La competencia entre ambas Iglesias quedaba declarada, y los intrusos se prepararon para sostenerla con armas dignas de ellos.

El concilio, ó por decir mejor conciliábulo, se reune en Paris en 29 de junio de 1801 como si quisiera presentar la segunda parte del Sacerdocio y el imperio; puede compararse á un murciélago revoloteando en un rayo de sol. Varias veces, ántes de aquel momento y especialmente en 1797, los obispos y presbíteros, tomando el nombre de « reunidos », conspiraron, hasta que alucinados por obstinacion culpable dieron á su perjurio una especie de consagracion legal. Divididos en todos los puntos de doctrina y de derecho sólo estaban conformes cuando habia que descargar un golpe contra la Sede apostólica; y lo descargan todos sin piedad y sin remordimientos para sepultarse otra vez en su oscuridad nativa, como si entre ellos dijeran respecto de la Iglesia romana lo que de Babilonia Jeremías: « Hemos medicinado á Babilonia, y no ha sanado: desamparémosla, y vámonos cada uno á su tierra: porque ha llegado hasta el cielo su juicio, y se ha alzado hasta las nubes (1). »

Alejábanse, pues, más y más, y sembrando por todas partes la discordia y difundiendo sus escritos blasfematorios ó sus periódicos corruptores se esforzaban en ser populares á despecho del mismo pueblo. La indiferencia ó el desden era la herencia que les tocara; pero sin desalentarse, centinelas avanzadas de la revolucion, jamas abandonaron la causa del error: el error era su vida, y se aferraron á él con obstinacion tanto mayor en cuanto sentian llegar la hora de la justicia.

(1) *Prof. Jerem.*, c. LI, v. 9.

Digitized by Google

La reconciliacion entre Francia y la Iglesia era para ellos una derrota y un castigo, y aunque lo habian merecido no podian resignarse á sufrirlo. Vióseles, por lo mismo, convocar todas las reservas de los intrusos, primeramente á sínodos, y luego á concilios provinciales, queriendo así dar mayor brillo á su asamblea constitucionalmente episcopal y sacerdotal. « El primer cónsul, refiere M. Thiers, concedió para ello autorizacion á fin de estimular el celo de la Santa Sede y hacerle comprender el peligro de sus dilaciones. En aquella reunion dijéronse muchas cosas muy poco sensatas acerca de los usos de la Iglesia primitiva, á cuyo estado intentaron los autores de la constitucion civil restituir la iglesia francesa. Proclamóse que el cargo episcopal debia conferirse por eleccion, y que cuando así no fuese íntegramente, convenia por lo ménos que el primer cónsul eligiese las personas que se habian de nombrar en una lista que formasen los fieles de cada diócesis; que el nombramiento de los obispos habia de confirmarse por los metropolitanos, esto es, por los arzobispos, y sólo el de estos por el Papa; que la institucion episcopal no podia quedar á arbitrio de la Santa Sede, sino que convenia darle fuerza obligatoria, expirado que fuese un plazo determinado, y todo esto equivalia á dejar anonadados los derechos de la córte de Roma (1). ».

Más invariables en sus errores que el historiador en sus juicios, los constitucionales de 1790 mostrábanse firmes en su apego á los antiguos cánones, y únicamente se habian permitido una ligera variacion en su título eclesiástico. La revolucion los hizo obispos de una provincia, de Loir y Cher, de los Lándes ó del Somme, por ejemplo, y Gregoire, Saurine, Desbois y sus colegas, adoptando de nuevo el uso constante de la Iglesia, intitúlanse obispos de Blois, de Amiens y de las demas ciudades episcopales, segun sea la antigua capital de sus diócesis.

La muerte natural, el cadalso, el matrimonio ó la apostasía sin subterfugios constitucionales habian causado claros en sus filas, y para llenarlos, y sin duda para ofrecer ostentoso ejemplo de igualdad, resuelven los obispos admitir entre ellos á los presbíteros con voto deliberativo: la doctrina del presbiterianismo, acariciada y preconizada, daba naturalmente sus frutos. Quéjanse los obispos del espíritu de insubordinacion y anarquía de que están afligidas sus diócesis, y les contestan los presbíteros que, junto á los juramentados á quienes consagró la rebelion, alzados contra el Papa y los legítimos pastores, ha de estarles por necesidad permitido hacer prevalecer sus aspiraciones é ideas. Y para ello ni siquiera permiso solicitan; con amenaza de provocar un nuevo cisma dentro del antiguo, ó sea de separarse de la comunion heterodoxa, imponen su voluntad, pues escasos ya los fieles, temió el episcopado constitucional, á desertar los presbíteros, encontrarse en completo aislamiento cuando queria luchar nada ménos que con la Iglesia universal. A impulso de ese temor cedió y consintió en todo.

Triste efecto producian esos interiores debates, y la revolucion, ya que

(1) *Historia del consulado y del imperio*, t. III, p. 261.

Digitized by Google

no acertaba á calmarlos, procuró cuando ménos formarles un cauce de derivacion. Cuatro presbíteros toscanos, restos carcomidos de la secta de Escipion Ricci, y dos abogados piamonteses que se titulaban mandatarios del clero y pueblo italiano, llegaron, sin que uno ni otro lo sospechasen, para fraternizar con la iglesia cismática, y en pequeño les fue ofrecida una segunda edicion de la grotesca escena sucedida cuando el género humano envió una diputacion á la asamblea nacional. Supremo favor fue este para el conciliábulo galicano; y para caracterizar y precisar las tendencias y el objeto de la reunion, Desbois, obispo del Somme, puso en boga la máxima del padre del Oratorio Quesnel. Nacida del jansenismo, la iglesia constitucional volvia al punto de partida, y así fue como quedó establecido «que el temor de una excomunion injusta no debe apartar al hombre del cumplimiento del deber.»

A ejemplo de Pio VI, habíase dirigido el Papa más de una vez al clero rebelde; pero los constitucionales, haciendo de su rebelion caso de conciencia demagógica, menospreciaron los paternales consejos, y la revolucion, que si no sabia alzar ya el grito trabajaba aun en secreto y sin rumor, quedóle agradecida por aquellos estudiados desdenes. Sacerdotes turbulentos y descarriados esforzábanse en remover la levadura de las malas pasiones, y con sus encíclicas, cartas pastorales, declaraciones de los derechos del hombre, y continuos ultrajes á la Sede romana y á la verdad, en tumultuar el mundo, cuando este, fatigado de estériles luchas, sólo suspiraba por el reposo y la reconciliacion universal.

El cardenal Consalvi afectó ignorar la existencia del titulado concilio, y Bonaparte, que poseia en alto punto el arte de juzgar á los hombres, agradeció tácitamente al embajador de Pio VII su juiciosa discrecion. Sujetar y armonizar á los partidos bajo la guarnicion de su espada era la esperanza y la dorada ilusion de Bonaparte; pero, gran político siempre aun al forjarse quimeras, no habia pasado para el primer cónsul desapercibido el cúmulo de obstáculos que los intrusos opondrian á su reparador gobierno. Para alcanzar la armonía de los poderes que desea establecer necesita refundir la antigua sociedad en la nueva, y por medio de una situacion excepcional como su mismo ingenio pretende la reconciliacion entre derechos é intereses, entre verdades y utopias, entre perseguidos y perseguidores.

A no dudar entraban por mucho en esta idea la generosidad y la justicia, y Pio VII, digno de comprenderla, quiso cooperar á ella. Sin embargo, aquellos sentimientos, al aplicarse á los hechos, trastornaban los proyectos de la revolucion; los mútuos sacrificios que debian aceptarse ó imponerse á los demas no estaban al alcance de todas las inteligencias ni de todos los corazones; y Bonaparte, que conocia desde mucho tiempo al clero civil, expidió órden de cerrar el conciliábulo luego que fue firmado y ratificado el concordato. Los constitucionales, como los abogados de causas de antemano perdidas que procuran ganar tiempo con procedimientos ambiguos y desnaturalizando el objeto del litigio, no protestaron, pero tampoco obedecieron, y se limitaron, despues de oir el dictámen de cierto Moises, obispo del Jura, á ponerse en ademan de separarse. En el expresado dictámen háblase á menudo de

Digitized by Google

Roma, «de la córte pérfida y astuta que de todo se aprovecha. Si el Papa, dícese en él, declara vacantes nuestras sedes, dirémosle que no le asiste derecho para ello, y que se hallan ocupadas más canónicamente que la misma de san Pedro (1).»

La revolucion podia estar satisfecha de su clero, y aun más lo estuvo cuando ántes de disolver su asamblea hallaron los obispos ocasion para manifestarse otra vez rebeldes y patriotas. Moises protestó, y Gregoire escribió en el acta una advertencia á los católicos «para que se acordasen de que eran ciudadanos ántes que cristianos, y franceses ántes de haber sido admitidos en la Iglesia romana (2).»

De cuantas teorías y escándalos fomentó el clero constitucional sólo han sobrevivido un error material y dos principios cuando ménos extraordinarios. El error tal como lo propagó uno de los mismos autores de la constitucion civil, es el siguiente, segun escribe en 1817 el conde de Lanjuinais:

«Para extinguir el cisma habia ofrecido Pio VII las bulas convenientes y el capelo de cardenal para los obispos Gregoire y Saurine; pero la mayoría del directorio obedecia á un plan hostil á la religion y sólo daba favor á la teofilantropía (3).»

¡Espectáculo nunca visto y nunca oido el de ofrecer Pio VII al directorio que reconoceria como obispos á dos intrusos sin exigirles siquiera el arrepentimiento, y que ademas los revestiria con la púrpura romana! Fundados en el testimonio de un contemporáneo y amigo de aquellos dos hombres, los analistas posteriores han aceptado y reproducido el hecho, y, segun las circunstancias, han condenado ó alabado al Papa por aquel acto incalificable. Sobre el directorio únicamente han hecho pesar el crímen de intolerancia, y la idea revolucionaria se irrita aun por haber sido ella misma la que puso obstáculo al envilecimiento de tan elevada dignidad.

La mejor y más decisiva refutacion que de ese hecho puede hacerse es un cotejo de fechas, en que nadie se ha entretenido hasta ahora.

En 18 de brumario, esto es, en 9 de noviembre de 1799, fue derribado el directorio entre las aclamaciones de toda Francia; Pio VII no fue elegido papa hasta el dia 14 de marzo de 1800, de modo que entre la caida del uno y la exaltacion del otro media un espacio de cuatro meses y un siglo de distancia.

Son los dos principios extraordinarios la invencion de una iglesia llamada francesa y la supresion de los autores clásicos en la enseñanza.

Uno de los asistentes al concilio de 1797, por nombre Ponsignon,—pues la constitucion civil y sus juramentados cuentan en su existencia más sínodos que años,—recibió el encargo de redactar un nuevo «Sacramentario.» Era Ponsignon vicario episcopal de Clemente, obispo de Sena y Oise, y en él llegaba el patriotismo frances hasta el punto de ignorar por completo el latin. Esto hizo que por necesidad se metiese á innovador, y que administrase los

(1) *Actas del concilio*, t. III, p. 145.
(2) *Actas del concilio*, t. III, p. 241.
(3) *Juicio del proyecto de ley relativo á los tres concordatos*, por J. D. Laujuinais, par de Francia, p. 17 (Paris, 1817).

Digitized by Google

sacramentos en frances, que oficiase en frances, y en una palabra que crease el culto frances. Varios obispos y párrocos adoptaron el nuevo sistema, y Gregoire, que debia ser uno de sus más ardientes promovedores, trasmitiólo, despues de la insurreccion de julio de 1830, al presbítero Chatel.

De Ponsignon nació la idea de cantar misa y vísperas en un frances no muy castizo; á Vernerey, otro intruso, patrocinado tambien por Gregoire y sus satélites, debióse un segundo proyecto en aquel postrer concilio que fue como el canto del cisne de la iglesia constitucional, proyecto de educacion para los seminaristas adoptado en beneficio de las escuelas cuando no existian ya escuelas á que ser aplicado. Vernerey explica su plan del modo siguiente: oigámosle. «Excelente método seria sin duda, dice á los comparsas que pensaban ser padres de un concilio, aquel que, sin el menor esfuerzo ni mayor trabajo que el de ahora, proporcionara á los alumnos, al propio tiempo que lecciones de latinidad, conocimientos eclesiásticos, que, á aquella edad, se grabarian de un modo indeleble en su memoria. Para conseguirlo bastaria sustituir la explicacion de autores eclesiásticos á la de autores profanos, disponiéndolos segun el latin más ó ménos fácil en que estén escritos, y esto mueve á la congregacion á proponer que se componga é imprima una coleccion selecta, por el estilo de los fragmentos de Chompré, destinada á las clases clericales de latinidad. Con el auxilio de dicha coleccion, conforme al modelo que os será presentado, aprenderán los alumnos para no olvidarlos jamas los principales sucesos de la historia eclesiástica de los seis primeros siglos, y adquirirán por medio de ellos conocimientos teológicos en un período de la carrera en que nunca lo pensaron los antiguos, siendo este medio muy eficaz y quizas único para extender á mayor número de sacerdotes la aficion al estudio de los antiguos monumentos de la religion. El fin que debemos proponernos no es tanto la pureza de la lengua latina como poner á los alumnos en estado de entender los autores eclesiásticos; muy puro es el latin de san Leon, de Sulpicio Severo y de Lactancio, apellidado el Ciceron cristiano; pero aun cuando hubiésemos de perder algo por el lado de la índole de la lengua, quedaria la pérdida compensada con exceso por los grandes beneficios que de ello resultarian.»

Con esas dos innovaciones, que no agradecen lo bastante al cisma constitucional los plagiarios desagradecidos por conveniencia propia, la revolucion alargaba la una mano al presbítero Chatel, ridículo primado de las Galias, y la otra al teatino Ventura, heredero fiduciario del intruso Vernerey en el sistema de enseñanza anticlásico. Chatel resucitó y otra vez vió morir en sus brazos el culto frances; en 1824 el padre Ventura, en busca de pretextos de futura oposicion, sienta una tésis ya apurada desde el tiempo de fray Jerónimo Savonarola, el dominico revolucionario de 1495. Queria el despótico reformador de Florencia que en la enseñanza se sustituyese el estudio de los Santos Padres con el de los historiadores, poetas y oradores de la antigüedad pagana (1); mas el teatino Ventura se guardó muy bien de indicar las fuen-

(1) En la *Vida de Savonarola* por Perrens, p. 135, se lee lo siguiente: «El conocimiento de las


Digitized by Google

tes de semejante doctrina, y en su discrecion le han imitado con buena ó mala fe cuantos sus huellas han seguido: olvido este que hubo de ser para su ostentosa humildad terrible gusano roedor.

Al caer el imperio en 1814 volvemos á encontrar aun á la iglesia demagógica. El presbítero Gregoire, que no era ya obispo de Loir y Cher ni de Blois, se titulaba conde del imperio y senador por gracia de Napoleon Bonaparte.

De un mal sacerdote puede esperarse mucho más que de un mal hombre como tantos otros.

Para escoltar á Luis XVI hasta el cadalso, la convencion y la municipalidad de Paris recurrieron á un sacerdote apóstata, á Santiago Roux, y la historia nos ha dicho la perversa brutalidad con que el miserable desempeñó un oficio de que el ayudante del verdugo se habria avergonzado.

En 3 de abril de 1814, cuando el senado imperial se atrevió á descargar contra el leon vencido el postrer golpe de la ingratitud en el servilismo, creyó que solo un obispo juramentado podria redactar el decreto de deposicion, obra maestra de bajeza. Más de una vez ese mismo obispo con escandalosas declamaciones habia incitado al emperador á secularizar la Iglesia, y de acuerdo con el expadre del Oratorio Daunou habia proclamado en 1810 que «la abolicion de la autoridad terrena del Pontificado era el mayor beneficio que un héroe podia dispensar á Europa (1).»

La revolucion no cesaba de tentar á Bonaparte y de rodearle de lazos y adulaciones con la esperanza de que absorberia militarmente al Papa ó cuando ménos que el cielo descargaria contra el emperador uno de los inevitables castigos reservados á los príncipes perseguidores de la Santa Sede, hipótesis ambas que le halagaban y le sonreian: creia en la pena, porque esperaba que recayese sobre la frente del héroe. En estado semejante Napoleon sólo en parte comprendia el plan, y varias veces exclamó como Tiberio: «¡Ah infames! ¡más esclavos de lo que es menester!» Desde el año 1812 el obispo, conde y senador, sin dejar de percibir con toda puntualidad el salario de su magnífica prebenda, se ocupa en el silencio de cautelosa saña en extender el decreto que ha de herir al grande hombre una vez esté caido, como que en una nota de 1814, extraviada entre los papeles de Gregoire, se lee: «Dos años hace que tenia preparado un proyecto de deposicion.»

Al tratarse de cubrir de lodo á una autoridad espirante, fue elegido Gregoire por unanimidad (2), y de él puede decirse que cumplió el encargo como Santiago Roux el suyo. Reos los dos de igual traicion respecto de la Iglesia su madre, los dos llegaron casi á igual infamia, el uno tomando el camino de la plaza de la Revolucion, y el otro el del palacio de Luxemburgo.

Hemos explicado el orígen del cisma; veamos ahora su fin. Así co-

lenguas antiguas habrá de adquirirse, no en Ciceron, Horacio y Virgilio, ¡sino en san Leon, san Jerónimo y san Agustin.»

(1) *Ensayo histórico sobre el poder temporal de los papas.*

(2) La *Biografía universal*, t. LXXX, p. 105, dice: «El decreto de deposicion era obra del presbítero Gregoire.»

Digitized by Google

mo el orígen es y será siempre el mismo, está condenado á tener siempre igual fin.

Hemos visto que aquella iglesia podia hacerlo todo, todo excepto el bien, apoyada como estaba por un lado por Talleyrand, exobispo de Autun, que se burlaba de ella, y por otro por el expadre del Oratorio Fouché, quien la consideraba como útil reserva para contingencias revolucionarias. Poseian los dos ministros las cualidades todas que, segun las circunstancias, elevan un hombre al poder ó á la horca, y con esa doble suerte en perspectiva, las dos igualmente merecidas, servíanse del clero cismático como estimulante, y le permitian que hiciera la oposicion, sino con serenidad de conciencia, con seguridad absoluta de percibir su paga. Pero no estaba en esto para el Sumo Pontífice la dificultad insuperable.

De acuerdo con el primer cónsul ha modificado el Papa la antigua division de las diócesis y de los territorios conquistados por la victoria; sobre las ruinas de la caduca iglesia galicana se ha creado en cierto modo una nueva iglesia, aunque viven todavía la mayor parte de los anteriores titulares, quienes, dispersos por Italia, Alemania, América, España é Inglaterra expian el delito de haber permanecido fieles á la Sede romana. Aquellos obispos han peleado, han padecido, han acatado la voz del Pastor supremo, y alentados en la lucha por Pio VI, con su ejemplo, cautivos, desterrados ó mártires, han librado del contagio al clero y al pueblo.

Entre las exhortaciones de la Cátedra de Pedro y la sangre de los asesinados sacerdotes elévase la inquebrantable constancia de los fieles atestiguando su docilidad á la primera y su veneracion por los segundos. Y en ese valor y esfuerzo era solidaria Roma, Roma que aceptaba tamaña responsabilidad y no se atrevia ni queria sustraerse á ella, pues en el recinto de sus muros es siempre honrada la fe y el infortunio, y se conserva con piadoso anhelo el depósito de las reglas universalmente seguidas. Con san Leon el Magno, Roma ha dicho siempre: « Sólo la armonía entre las partes del cuerpo produce en el todo la salud y la belleza; pero esa armonía no puede existir sin el buen acuerdo entre aquellos que lo forman, y en especial sin la union de los sacerdotes. »

Ahora bien, por las alteraciones de toda clase de que fuera teatro la nacion francesa, esa apetecida union era irrealizable. El episcopado, desterrado como católico, consideraba deber suyo permanecer emigrado como realista; la cuestion religiosa se complicó con una cuestion política, y la Santa Sede, que en el trascurso de diez años viera pasar en el reino de san Luis tantos sucesos extraordinarios por la insolencia, la audacia y la maldad, podia, sin exagerar en lo más mínimo las cosas, prever y temer otros escándalos. Distintas veces se habia pronunciado el nombre de Enrique VIII; su ejemplo era citado como una amenaza, y los Cranmer no habrian sido más difíciles de hallar que los Cromwell, pues en todos los cleros del mundo encuéntranse por necesidad caractéres harto blandos ó ambiciosos ardientes que llevan su culpable condescendencia hasta el servilismo y el menosprecio de la obligacion sacerdotal.


Digitized by Google

En sus «Ideas napoleónicas» Luis Bonaparte, hoy emperador de los franceses, ha dicho: «Al llegar á la escena del mundo vió Napoleon que su papel habia de consistir en ser el albacea de la revolucion.»

El título de albacea supone una muerte, y Bonaparte, aunque amordazó la licencia, no mató el espíritu demagógico. Doblególe sí á la sumision, le obligó á presentar su renuncia condicional, impúsole silencio saciándole de honores y riquezas, mas en lugar de abrir la herencia, lo que importaba era destruirla; y Bonaparte, que tenia la autoridad y el prestigio del mando, dejóse alucinar en sus planes reformadores por una quimera de conciliacion. Para hacer que de ella participara el Papa evocó la sombra de Enrique VIII, y es claro que ese nombre, que se cierne sobre todos los cismas ya consumados y sobre todas las indiferencias en gérmen, habia de producir en Roma impresion favorable á los designios del primer cónsul, por más que la amenaza de apartarse de la Iglesia universal fuese en él parto de la imaginacion más que proyecto meditado y resuelto. A tanto no habia llegado Bonaparte ni habia de llegar nunca; pero como es dado á romper más que á sortear los escollos que á su camino encuentra, quiso hacer lo mismo con las motivadas dilaciones de Pio VII.

Ese mismo Bonaparte á quien un heredero de su nombre y de su imperio califica de léjos de albacea de la revolucion, juzgaba á esta tan rectamente y veia tan claras sus consecuencias, que no pocas veces las maldijo. Asustábale el nuevo derecho de los crímenes promulgado por los niveladores, y los sueños monárquicos del cónsul eran turbados por el principio que con el acero, la calumnia ó el cadalso mató á cuanto existiera ántes que él y á cuanto existia á su alrededor. Solo y entregado á sí mismo expresábase como un retrógrado, y en sus meditaciones de equilibrio religioso y órden social acusábase de haber nacido. El conde Estanislao de Girardin, el liberal discípulo de Juan Jacobo Rousseau es quien nos refiere esas tristezas y pesares de Napoleon; la escena pasa en Ermenonville y habla el «Diario y memorias» de aquel personaje; dice así:

«Llegado á la isla de los Alamos el primer cónsul se paró delante del sepulcro de Juan Jacobo, y exclamó: «Mejor habria sido para el sosiego de Francia que ese hombre no hubiese nacido.—¿Por qué, ciudadano cónsul? le pregunté.—¿Acaso no fue él quien preparó la revolucion francesa? — Pues yo pensaba, ciudadano cónsul, que no os tocaba á vos quejaros de la revolucion. — Las generaciones futuras decidirán, añadió como para consigo mismo, si para el sosiego del mundo habria sido mejor que ni él ni yo hubiésemos nacido.» Y con semblante meditabundo continuó su paseo (1).»

En la carta redactada por Bossuet y dirigida en 1682 á los obispos de Francia por la famosa asamblea del clero, se lee: «Circunstancias hay en que importa tomar consejo de la necesidad; nunca en los asuntos de importancia pueden ser impunemente despreciadas las épocas oportunas y las ocasiones propicias.» Y cuando la iglesia galicana, en su período más luminoso

(1) *Diario y memorias de Estanislao Girardin*, t. III, p. 189 (Paris, 1828).

Digitized by Google

planteaba así el dilema de la necesidad, muy léjos estaba de pensar en que llegaria dia en que el mismo argumento de dos filos se invocase contra ella y en que el galicanismo seglar suplicase al Papa que lo aplicase en perjuicio de sus mismos prelados. Siempre son los hechos ménos inconsecuentes que los hombres, y la iglesia de Francia, que creyó poder limitar la autoridad pontificia en los asuntos temporales, vióse en la dura obligacion de colocar la supremacía romana á mayor altura aun que la deseada por esta misma supremacía. En las negociaciones religiosas de 1801 el cardenal Consalvi fue el único que se acordó de las libertades galicanas, y con la maliciosa oportunidad del diplomático y teólogo ultramontano vindicó aquellas pobres libertades del olvido consular: Bonaparte inmolábalas todas á la vez, y á tanto llegó su infortunio que no encontraron siquiera un abogado.

Semejante inconsecuencia del galicanismo seglar, obligado á apoyarse á falta de otra cosa en la Cátedra de Pedro, afianzada en la eternidad, no pasó desapercibida para los obispos emigrados, y sin sorpresa leemos estas palabras en sus « respetuosísimas reclamaciones canónicas » : « A haberse guardado el menor respeto á las libertades de la iglesia galicana seguramente que ninguno de los hechos de que nos quejamos habria sucedido, siendo en verdad muy de admirar que el mismo gobierno, que ha exigido actos tan destructores de esas libertades, haya colocado, al publicar sus innúmeras innovaciones, entre los abusos reprobados el atentar contra las libertades (1), usos y franquicias de la iglesia galicana (2). »

Para salir del cáos en que la revolucion la estrecha como el yunque en que sin cesar se martilla, la iglesia galicana recurre al Papa; á despecho de este le condena á la omnipotencia, y Bonaparte, que se ha arrogado la dictadura militar y civil, reviste al Pontífice, en nombre de los principios galicanos que cree profesar, de una dictadura espiritual que Roma nunca habia ejercido. Apélase á la plenitud de la autoridad apostólica, y para salvar á la cristiandad de una crísis religiosa sobrepónesela todas las reglas disciplinarias (3), y Roma se resigna á ello, y con el alma afligida dirígese el Papa á los obispos emigrados.

(1) El 6.º de los *artículos orgánicos* dice en efecto: «Constituye abuso el atentado contra las libertades, usos y franquicias de la iglesia galicana.»

(2) *Respetuosísimas reclamaciones canónicas dirigidas á nuestro santísimo Padre Pio VII*, p. 18 y 19 (Lóndres, 1803, nueva edicion).

(3) Cárlos de Brosses, presidente del parlamento de Dijon, en sus *cartas familiares escritas en Italia en* 1739 *y* 1740, t. II, p. 100, ha trazado un cuadro tan interesante como exacto de la situacion en que colocaban á la Sede romana las exigencias francesas. Lo que era verdad en 1740, lo era tambien en la época del concordato de 1801 y lo será siempre. «Ya que de este asunto trato (la autoridad del Papa) permitidme, dice el presidente Brosses, que os comunique el resúmen de una conversacion que tuve no há mucho con un hombre de grande ingenio y erudicion. «Vosotros franceses, me dijo, sois hombres muy singulares; no hay nacion católica que como la vuestra aparente despreciar la autoridad pontificia, y ninguna hay tampoco que se la dé mayor cuando le conviene Si pedis á la córte de Roma una disposicion en que no haya ella pensado y hace por lo mismo algunas objeciones, todo es elevar al pináculo el poder del Vicario de Jesucristo, y es fuerza complaceros al instante. ¿Acaso hay algo imposible para el Papa? No desmentis entónces ni nunca la *furia francesa*. Y obtenida la disposicion la llevais á vuestros parlamentos de Francia; estos nos dirigen mil injurias, y como el escándalo está ya dado, el pundonor nos obliga en cierto modo á sostener lo hecho. Pues bien, ¿no es incumbencia vuestra más que nuestra el saber si lo que pedis es ó no conforme con las leyes de vuestro estado? Al propio tiempo que en vuestro pais os negais á mirar con la me-

Digitized by Google

Con su conducta habian estos ofrecido esplendente testimonio de amor á la Iglesia y fidelidad al trono, y, corazones generosos, habíanse obstinado en esperar á despecho de la mala fortuna, hallándose en tan extraño caso su conciencia sacerdotal en oposicion con su fe política. El mayor número consumó con desprendimiento el sacrificio, otros vacilaron, y unos pocos se resistieron; pero esta misma resistencia estaba cimentada en conviccion profundísima, y al dirigirse los que la abrigaban al Padre comun de los fieles, hiciéronlo en un lenguaje digno de su autoridad y de sus propias virtudes.

« Santísimo Padre:

« No ocultarémos á Vuestra Beatitud, le dijeron, el hondo dolor que afligió nuestras almas al recibir las letras de Vuestra Santidad de fecha 15 de agosto de 1801, año segundo de vuestro pontificado. Y tan acerba es la pena, que aun cuando no hay para nosotros obligacion más alta y grata que escuchar con toda la deferencia que nos es dable los consejos de Vuestra Paternidad, no solo nos tiene inciertos y vacilantes, sino que nos obliga á pesar nuestro á moderar nuestra obediencia.

« Es tanta la fuerza de esas letras que, á realizarse lo que prescriben, en un solo instante quedarian viudas todas las iglesias episcopales de Francia. Vuestra Santidad no nos explica, y para decir toda la verdad, nosotros no adivinamos cómo la repentina viudez de todas las iglesias de aquel vasto imperio debe producir el saludable resultado de conservar la unidad y restablecer en Francia la religion católica, al propio tiempo que la experiencia de las calamidades que afligen á la patria manifiesta bien los males que han de temerse y las desgracias que para el catolicismo resultarán de esa viudez simultánea y universal. El camino para evitar esos males y desgracias no puede ser abierto á Vuestra Santidad sino por una asamblea á la que concurran todos los obispos de la iglesia galicana.

« Y no hablamos así porque nos sea penoso y desagradable dar un paso atras en estos tiempos de dolor y luto; por el contrario, en nuestra flaqueza experimentaríamos un alivio cada uno de nosotros é inefable ventura todos al vernos libres de tan gran peso, si á nuestras almas, desgarradas por el cúmulo de aflicciones que hemos padecido, les fuera lícito pensar todavía en consuelos y en ventura. El derecho, empero, de nuestro ministerio nos manda, al parecer, no consentir en que así se rompa fácilmente el lazo que nos unió á las iglesias inmediatamente confiadas á nuestro cuidado por la providencia de Dios bueno y altísimo.

« A Vuestra Santidad rogamos, pues, encarecidamente que en un escrito que cuanto ántes le será presentado nos permita explicar y desenvolver más extensamente los argumentos en que apoyamos nuestro sentir; y poseidos de confianza en el afecto verdaderamente paternal que Vuestra Santidad nos

nor deferencia lo que en materia espiritual emana de la autoridad pontificia, no parece sino que quereis darla ilimitada sobre el mismo punto á vuestro rey ó á vuestro clero. Viénense á pedir nuestros consuelos en cosas sobre las cuales hubiéramos callado, y así que los hemos dado nos acusais á nosotros, y nos considerais como á autores de vuestras disensiones, cuya única causa sois vosotros. En verdad que esto es obrar mal. »

Digitized by Google

profesa, esperamos que nada más resolverá sobre este asunto hasta haber pesado con la prudencia y equidad que le animan los motivos que á un padre piadosísimo alegarán sus hijos.

«De hinojos ante Vuestra Beatitud imploramos con todo el fervor de nuestra alma la bendicion apostólica, y quedamos siendo devotísimos y obedientísimos hijos de Vuestra Santidad.

« Lóndres, 27 de setiembre de 1801. »

Insuperables dificultades suscitaba esa respetuosa súplica de trece obispos desterrados por la fe: imposible era reunir un concilio, y más imposible aun pensar en aquellas circunstancias en una asamblea general de la iglesia galicana. Esta iglesia no existiá ya; lo más que de ella quedaba eran los fieles.

El concordato, tal como saliera de manos de Bonaparte y Consalvi, era mirado por la revolucion como la ruina momentánea cuando ménos de sus esperanzas, y ya que no le fuese dable amortiguar ni diferir los efectos del mismo, concibió el proyecto de beneficiar misteriosamente los ímpetus geniales del primer cónsul. Para ello buscó y halló cómplices, y todos, conforme á sus pasiones é intereses, empujaron á Bonaparte por la senda de las exigencias; queríase con ello hacer odiosa la Sede romana al episcopado emigrado, y esparcir en toda Francia un gérmen de sospecha ó de discordia que podia dar opimos frutos. Una carta dirigida al cardenal secretario de estado por Bernier, que no habia jugado limpio en las negociaciones del concordato y continuaba haciendo lo mismo, no deja sombra de duda acerca del proyectado plan.

« Vuestra eminencia, escribió Bernier en 6 de octubre de 1801, habrá recibido por sucesivos correos las dimisiones de los obispos injuramentados, y creo que habrán sido para el corazon de Su Santidad y para el vuestro grato consuelo y estimada recompensa. Los presentimientos mios que vuestra eminencia permitió que le explicara en Paris van realizándose, conforme con nuestras esperanzas : el episcopado frances se muestra digno de su antigua gloria, de sus infortunios pasados y de sus aflicciones presentes; con abnegacion sublime, que por necesidad debe haber conmovido al Padre santo y que el primer cónsul admira y enaltece, no vacila en inmolarse por sus propias manos. Sin embargo, no puede ya dudarse de que se experimentará alguna resistencia en Inglaterra y quizas tambien en Alemania, pues los obispos refugiados en dichos países juntan algun tanto de política á los asuntos religiosos, y aplazando, contemporizando y presentando inadmisibles proposiciones no hacen mas que favorecer la causa del comun enemigo. Asseline, Dillon y Conzié me inspiran vivísimas inquietudes, pues por tres conceptos son las tres principales cabezas de la resistencia.

«En las íntimas conferencias que vuestra eminencia se dignó concederme, habléle con una franqueza que fue de su agrado y con una sinceridad por la cual me recompensó la estimacion vuestra. En ellas manifesté repetidas veces mis opiniones más recónditas, y atiéndase á que los sucesos políticos á los que va unido mi nombre no consienten en mí la falsedad ni el per-


Digitized by Google

jurio. Aun en medio de los más graves acaecimientos de la guerra civil conocí que andábamos por un camino sin salida, y luego que un rayo de luz iluminó el horizonte creí de mi deber adherirme al principio salvador del órden y de la religion de que era emblema el general Bonaparte. En lo que mis fuerzas alcanzan he contribuido al restablecimiento de las leyes, y Dios es testigo de que aun cuando en las laboriosas conferencias sobre el tratado al que va unido con tanta gloria vuestro nombre aparenté valerme de ciertos rodeos y efugios, no tuve otro objeto que lograr con vuestra eminencia el ajuste del concordato que con tantos obstáculos luchaba. Hoy me presento á pedir á vuestra eminencia vénia para darle un sencillo aviso, con el profundo respeto que profeso á un príncipe de la Iglesia y la cariñosa admiracion que su persona y su saber me inspiran.

«La revolucion no desiste ni rinde las armas, y al parecer tiene puesta su confianza en un acaecimiento imprevisto y en un caso de fuerza mayor; contra los obispos que se resisten á las súplicas más que á las órdenes de Su Santidad prorumpe en gritos de ira é imprecaciones, que son como una simulacion de guerra y un medio para empujar al primer cónsul á actos deplorables. Ya sabeis que nadie ejerce en su voluntad y resoluciones el menor directo influjo, y que, como con exactitud é ingenio le definisteis, es el general el hombre de la espontaneidad meditada. El primer cónsul está persuadido de la necesidad de acabar con las agitaciones; quiere sosegar la nacion francesa y reducirla al reposo moral despues de los terribles sacudimientos experimentados, y el medio seguro para alcanzar su cristiano y laudable objeto ha sido el concordato. Pero, como sabe vuestra eminencia mejor que yo, no tiene el concordato el asentimiento general: como la difunta iglesia constitucional, cuenta con adversarios públicos, y ademas tiene otros ocultos y secretos que son por cierto los más peligrosos. Dos hombres en especial, de los cuales vuestra eminencia desconfiaba ya en Paris, no cesan por todos los medios imaginables de empujar al primer cónsul á que exija siempre y no conceda jamas al Papa cosa alguna; los argumentos que emplean vuestra eminencia los sabe al dedillo, pues los ha refutado y destruido con su franqueza en los debates, con la lealtad de su conducta y la presteza de su resolucion.

«Movido por una idea tan católica como patriótica ha decidido el primer cónsul allanar todas las dificultades referentes al concordato, y á este mismo propósito suyo se apela para excitarle contra la córte de Roma. Quisiérase que arrancara con violencia una decision al Padre Santo para poder decir en el extranjero que no goza el Papa de la libertad de sus actos, y que por lo tanto hacen bien los obispos en no consentir en lo que se les pide. El segundo cónsul, enterado de la estratagema, me la ha revelado como tambien á M. Portalis; pero ninguno de nosotros considera llegado el momento oportuno para descubrirla al primer cónsul. Con ardor desea este que todo quede concluido en la época por él señalada; cuanto á esto tiende le complace, y de esto mismo se valen los enemigos de la Iglesia para debilitar ó desnaturalizar el grande acto por nosotros consumado. Resultado de esto

Digitized by Google

es que miéntras los obispos emigrados no se hayan adherido al concordato con una dimision pura y simple será letra muerta la reconciliacion de Francia con la Iglesia, y no quedará la obra completa hasta que el cisma y la fe exagerada se hayan confundido en un mismo sentimiento de respeto y obediencia al Vicario de Jesucristo. La precipitacion quizas necesaria que se emplea respecto de la córte de Roma es característica del gobierno del primer cónsul, de ningun modo un acto personal suyo.

«Vuestra eminencia conoce ya la situacion, y á su perspicacia experimentada apelo confidencialmente y con seguridad completa. Es evidente que rodean al primer cónsul hombres interesados en apartarle del camino que tan gloriosamente se ha trazado á sí mismo, hombres que son los restos de cuantos sistemas políticos ó impíos ha derribado el concordato unos sobre otros. No han sido sofocadas las pasiones revolucionarias, y despiertas ahora, pueden, valiéndose de una funesta combinacion de circunstancias, sembrar en el alma de los buenos gérmenes de malevolencia y desconfianza respecto de la Sede apostólica. Y este es á no dudarlo su principal objeto: en las provincias católicas pinta la revolucion á los obispos, sus primeras víctimas, como un sacrificio que dedica el Papa al primer cónsul, y ensalza su resistencia porque espera reportar de ella, tarde ó temprano, favorables resultados. Si esto continua no cabe duda en que nacerá, Dios nos libre de ello, un nuevo cisma enteramente contrario al de la constitucion civil.

«En tanto que llega la ocasion oportuna de decir todo esto al primer cónsul y de manifestarle los inconvenientes que encierra, he creido que vuestra eminencia quizas me agradeceria que le hablase con el corazon en las manos. Paréceme por lo mismo que seria conveniente y saludable influir aislada é individualmente sobre algunos prelados, manifestándoles con llaneza y sin embozo la mala situacion en que pueden caer otra vez la Iglesia y Francia; y como me consta que poseen todos altísimas virtudes y muchos perspicuo entendimiento, como sé que Su Santidad les profesa paternal cariño y que vuestra eminencia siente por ellos grande y merecido afecto, es fácil que, bajo el imperio de la necesidad que nos domina, lleguen esas virtudes, y esto es ahora lo que importa, hasta el heroismo del sacrificio cristiano, y que en vez de ceder á la fuerza consientan de buen grado en lo que de ellas se reclama. Esto será digno en todos conceptos del Sumo Pontífice y del cuerpo episcopal, y el primer cónsul, á quien nadie excede en admiracion por los grandes caractéres y actos de abnegacion, no ha de olvidar la gratitud que deberá á los inesperados auxiliares. Nuestro propósito es dominar la revolucion ó cuando ménos debilitarla; la revolucion es la enemiga nata de la Iglesia, y no está bien que esta se divida en el preciso instante de la victoria.

«En Lóndres está el foco de la oposicion episcopal que sólo por vuestra eminencia puede ser vencida, y si lo es, los obispos emigrados habrán dado sin sospecharlo terrible golpe á la revolucion. Dígnese vuestra eminencia insistir en esta idea fundamental, y espero que conocerán la situacion intolerable en que se quiere colocar á la Iglesia y á ellos mismos.»

Esta carta de Bernier fue para el Papa nuevo orígen de temores y tor-

Digitized by Google

mentos. La Iglesia romana habia visto á la revolucion señoreando en las naciones, y de todas ellas alzarse un grito de horror contra la demagogia, pues á todas ellas, en efecto, habia llevado, junto con la disolucion de las costumbres, el desprecio del culto, el odio á la autoridad, el espanto, el robo legal y la servidumbre, con pretexto de emancipacion. Perpetuar ó mantener la borrasca, agitar siempre, calumniar de continuo era ya entónces la táctica de los demagogos, táctica que Bernier habia adivinado; para frustrarla Consalvi pensó haber hallado un medio. Cárlos Erskine, prelado romano, partió en 11 de noviembre de 1801 con una embajada particular para los obispos franceces residentes en Lóndres, y esa embajada, á la cual no fuera ajena la carta de Bernier, tenia por objeto manifestarles verbalmente la posicion de la Santa Sede, la urgencia de extinguir un prolongado cisma y la necesidad indispensable de levantar á la religion de sus ruinas.

Esforzábase el Papa en hacer entender á los obispos que ya que los acaecimientos habian imposibilitado su regreso á la patria, no habian de querer para la fe imposibilidad igual. Erskine tenia órden de insistir y suplicar; pero el destierro que ofusca las mejores inteligencias y que, como el hambre, es pésimo consejero, no permitió que todo el episcopado alcanzara la honra de un sacrificio espontáneo. Algunos, confundiendo quizas con exceso las santas obligaciones de pastor de almas con un deber de fidelidad monárquica, no vacilaron en poner en litigio el deseo más fervoroso del Pontífice supremo; pero incalculable como era la gravedad de los males de la Iglesia sometióse el Papa á la necesidad de desplegar un poder proporcionado á la grandeza de los desastres, y la religion de los pueblos quedó en salvo.

Ciertamente que el concordato de 1801 distaba mucho de ser una obra perfecta, así en el conjunto como en los pormenores; habia en él vacíos precisos, puntos oscuros y mal definidos, olvidos meditados y concesiones casi espantosas: era tanta la desdicha de los tiempos que la Iglesia, columna de verdad, habia consentido en todo lo que no ofendia la fe, la doctrina y las costumbres. Alcanzando á ver más léjos que los obispos en cuanto estaba colocado más alto que ellos, el Pastor supremo habia comprendido que Dios envia á la tierra varones momentáneamente providenciales por algo más que para ser objeto de la admiracion de la historia.

Sin disputar mucho sobre el modo convenia aceptar al primer cónsul y al restaurador, al cual, á ejemplo de César, queria persuadir la lisonja de que los hombres habian de ver leyes en sus palabras. En pocos, poquísimos años habia conquistado Bonaparte aquella gloria personal que es preciosa recompensa de los trabajos en el mundo, y afirmaba que queria emplearla en beneficio de la Iglesia, diciendo que era su propósito devolver á la religion su esplendor perdido, dar al culto público su regularidad antigua, y difundir la enseñanza de la moral y de todos los deberes.

Y para que esa enseñanza fuese universal y popular prometia el primer cónsul que resucitaria los sentimientos de justicia, de subordinacion y paz interior. La abolicion del divorcio, otro de sus deseos, debia devolver al matrimonio y por consiguiente á la familia la dignidad desde hacia largo tiem-

Digitized by Google

po perdida; las puertas de las Hijas de san Vicente de Paul, las del seminario de las Misiones extranjeras y de los Hermanos de la Doctrina cristiana iban á abrirse de nuevo, y despues de un huracan de doce años, en que habia todo perecido ó llegado al borde del abismo, sintióse el Papa con la firmeza necesaria para arrancar del naufragio el mayor número posible de despojos. ¿Era posible que ni por un momento vacilase ofreciéndose á su vista tantas y distintas obligaciones?

La situacion era tan extraordinaria como los hombres; el mal habia triunfado en todas partes, y Roma, cuya política tradicional consiste en acceder con paternal bondad á todas las transacciones justas y leales, aceptó el bien relativo que se le ofrecia; alargó una mano amiga á cuantos por necesidad ó carácter se preparaban á reconstituir, y sus concesiones voluntarias ó forzosas libraron á la cristiandad de una crísis religiosa que era inevitable consecuencia de tantas crísis sociales.

Porque no era Francia la única pervertida por el espíritu revolucionario; la Europa toda se habia inclinado bajo el yugo de la demagogia, y cruelmente expiaba las catástrofes nacidas de una quimera de regeneracion. Interminables guerras, horribles trastornos acompañaron el triunfo de las doctrinas predicadas por la igualdad y la fraternidad, y Alemania é Italia habíanse convertido en palenque de luchas á mano armada. Abogados, comadrones patriotas, profesores de universidad, nobles arruinados y algunos eclesiásticos relapsos habian en Italia, Alemania y Bélgica fomentado la oposicion contra la Santa Sede, y esta oposicion de escuela, más que de sacristía, trocóse en breve en rebelion abierta.

El contagio de los sistemas filosóficos propagóse á favor y con pretexto del jansenismo; príncipes como José II á quienes cegara el orgullo cifraron su humana gloria en profesar por la Cátedra apostólica estudiado desden, y aquella gloria les dió muerte al asomar la alborada de la revolucion. Los gobiernos italianos y alemanes favorecieron el alzamiento que meditaba la incredulidad disfrazada con el oropel del progreso indefinido, y todos ellos fueron arrastrados por el torbellino; la escasa resistencia que opusieron sólo sirvió para poner de manifiesto su caducidad, y ellos, que creyeran que inmolando Roma á las ideas modernas adquiririan abundante parte en el botin, vieron que los utopistas que tal confianza les inspiraron fueron los primeros en alzar la bandera de la rebelion.

Los jurisconsultos y sacerdotes que en las universidades y diócesis de Italia se habian manifestado más hostiles á la Iglesia no vacilaron en aceptar con entusiasmo los disolventes principios. Los soberanos favorecieron la insurreccion espiritual contra Roma, y la insurreccion se volvió contra ellos; el filosofismo creó impíos, y la impiedad engendró rebeldes.

Soria, Palmieri, Zola, Tamburini, Eustaquio Degola, Molinelli, Scotti y los obispos Serrao, Riccio y Solari acatan y formulan el derecho de insurreccion. La eterna quimera de emancipacion y unidad fascina á Italia, y valiéndose de unos pocos hijos suyos espúreos lógrase que aplauda y celebre la caida de la Sede romana. Entónces fueron sus campos inundados de sangre,



cubriéronse de ruinas sus ciudades, y los ejércitos de Europa dividiéronse como trofeos las maravillas de las artes reunidas en sus palacios y museos. Italia, que habia deseado ser libre, cae bajo el más cruento de los despotismos, y los misioneros de su independencia fueron eficaces y activos instrumentos de su servidumbre (1).

En Turin, Milan, Génova, Venecia, Bolonia, Florencia y Nápoles, la necesidad de innovar tuvo por natural corolario el afan de crearse una posicion social, y como esta se encuentra halagando al vencedor los ambiciosos siguieron sus pasos. Marcha aquel bajo la bandera de la revolucion, despoja iglesias, proscribe al clero fiel, pone en boga la confiscacion, la incredulidad y el pillaje, y esto no obstante levántanle arcos triunfales y obligan al pueblo á pagar las fiestas de aquella fraternidad extraña. Y para mantener cerrados sus ojos le dicen que aun cuando no es todavía del todo libre, á lo ménos deben sentirse emancipadas su razon y conciencia de la más grave de las tiranías: el Pontificado habia muerto en Valenza en la persona de Pio VI, y la idea revolucionaria lo mantendrá muerto para siempre.

Grandísima era en Italia la perturbacion moral, si bien el pueblo se resistia á ella, pues no se le despoja tan fácilmente de sus principios y su fe como á un sacerdote ambicioso ó á un jurisconsulto trafagon; pero en Alemania manifestábase el desórden con circunstancias más alarmantes aun. Allí el josefismo extendia á todas partes sus estragos; el emperador José II, muerto en vísperas de la conflagracion de que se hiciera corifeo, no tuvo la fuerza necesaria para contener el torrente cuyos diques él mismo sin saberlo rompiera; la inundacion le arrastró y devoró, y la guerra á la Sede romana salió á la superficie y se encarnó en los hechos, coligándose para continuarla protestantes y josefistas.

En todas ocasiones encuéntranse en Alemania sabios que guardan infalible panacea para regenerar al mundo y sobretodo para derribar la Cátedra de Pedro; sabios que, procedentes del judaísmo ó luteranismo llegan de un salto á la más absoluta indiferencia, inventan sistemas y filosofías, crean nuevas exegésis, preséntanse de improviso como jefes de escuela sin discípulos, y van con los ojos vendados al descubrimiento de desconocidos mundos. La libertad de exámen mueve é impulsa hasta el extremo de la licencia religiosa, y es título de gloria destruir un dogma y rara ventura desnaturalizar una verdad.

(1) No data de nuestros dias el tener Italia preparados á cualquier hora discursos, sonetos, flores, fiestas y entusiasmo delirante y meditado para saludar al vencedor. Con sus aclamaciones habia saludado al ejército frances que libró de los austriacos á lombardos y toscanos, y en 1799 cuando las tropas imperiales, mandadas por el general Melas, tomaron otra vez posesion de aquel codiciado territorio, Melas y sus alemanes fueron objeto de iguales triunfos que los franceses. El tomo VI de la *Storia degli italiani* por Cesar Cantú no deja sombra de duda acerca de ese entusiasmo de todos colores, y ademas Alfieri, el poeta piamontes y el gran patriota italiano, nos dice en una de sus cartas íntimas el alborozo que experimentó Italia al ver de nuevo á los austriacos: « He pasado en el campo, dice, los ciento y dos dias de la tiranía francesa en Florencia, y hasta el 6 de junio, que fue el de nuestra pacificacion, no quise poner los piés en la ciudad. Ahora vivo otra vez en el campo, pero de vez en cuando voy á Florencia, sobretodo cuando llegan regimientos austriacos, para ver la alegría, los trasportes, la expansion de público alborozo con que son recibidos nuestros libertadores. En la actualidad queda evacuado el territorio toscano y el sol vuelve á brillar como ántes. »



El imperio habia logrado sembrar intestina discordia entre el Sacerdocio; el clero católico contrastado ó debilitado por leyes ruines no cuenta ya con la autoridad suficiente para pelear con felice suceso; las lecciones de Roma son menospreciadas lo mismo que sus consejos, y no se accede á sus ruegos ni se escuchan sus amenazas. Esto equivalia á abrir al protestantismo un palenque al que solo podian bajar adversarios ya medio vencidos, y el protestantismo usa y abusa de su nuevo derecho de guerra.

En Francia los filósofos del siglo XVIII lo habian negado y escarnecido todo; en Alemania los sofistas del luteranismo toman sobre sí el encargo de explicarlo todo. Kant apela á la razon pura contra la revelacion, y el vacío, la nada, es lo único que flota entre las nebulosidades de su metafísica, miéntras que algunos teólogos protestantes, más audaces aun que el pensador de Kœnigsberg, se proponen conmover hasta los cimientos de todas las religiones. Dœderlein, Steinbart, Ernesti, Eberhart y Semler despojan á la moral de su sancion, al cristianismo de sus milagros y al Evangelio de su carácter divino; no existen ya preceptos, misterios ni fe, y el hombre cae naturalmente en brazos de la revolucion empujado por el tolerantismo formulado en dogma. Para el desenvolvimiento de esa revolucion que de vez en cuando se adormece como para adquirir nuevos brios, Francia empleó diferentes medios: aquí las armas allanaron el camino á los principios; allí fueron los principios los que facilitaron las conquistas de los ejércitos. Son armas y principios dos balas encadenadas, y ora hiere la una, ora la otra, cuando no las dos juntas; mas los dos elementos existen y van inseparablemente unidos.

La revolucion habíase embriagado en la copa filosófica, y queria que de su embriaguez participasen todos los pueblos. Como hiciera en Italia, introdújola en Alemania á cañonazos, correctivo desde aquel momento del desasosiego del alma, de las aspiraciones á una independencia vaga y á una perfectibilidad quimérica que allí predominan. La candidez germánica fue trasformada en prostituta de todo desatino por la revolucion, y esta oprimió á los pueblos con todo el peso de la conquista y la inmoralidad. Fiados en las palabras de sus doctores habian esperado los pueblos una ventura siempre serena y sin nubes; la revolucion les dió un cielo árido y desierto y una tierra madrastra que no madre, y entónces, con el buen instinto hijo de la rectitud de juicio, abandonó poco á poco la nacion alemana las vanas abstracciones y la hueca metafísica que le presentaran como ley: al estruendoso rumor de sofísticas declamaciones habíase dormido indiferente ó atea; azotada por el infortunio despiértase penetrada de fe y de arrepentimiento.

La desgracia produjo iguales resultados en Roma que en Francia: una sombra de república, evocada por médicos, juristas y unos pocos sacerdotes apóstatas, se habia cernido sobre la ciudad santa sembrando el oprobio y la muerte al rededor de las siete colinas. Habia soplado el viento de las traiciones, y doblegádose á su impulso un príncipe de la Iglesia: el cardenal Vicente María Altieri abdicó la sagrada púrpura al acercarse el peligro, y por la senda funesta le siguieron algunos prelados, aunque pocos. Mas no se do-

Digitized by Google

bló el pueblo romano al yugo de tal flaqueza; obstinado generalmente en su fe quedó por ella recompensado pudiendo aclamar al nuevo Pontífice, quien con sola su presencia le libraba de sus opresores, así indígenas como extranjeros.

Pio VII es elegido y recobra de un modo casi milagroso el patrimonio de San Pedro, pues, como dice Bossuet: «Lo que parece hijo del acaso es secretamente conducido por la mano de Dios (1).» En el mismo momento la revolucion, que tanto se ensañó en su glorioso predecesor, á quien cargó con todas las cruces, se inclina en presencia de la tiara. Deseosa de disciplina y regla, quiere ántes de aceptarse á sí misma como poder establecido, sancionarse á sus propios ojos con la bendicion del Pontífice, y el concordato anuncia y sella la reconciliacion. Veamos con qué sentimientos lo recibieron Francia y Europa.

Lícito era al fin hacer en la tierra de san Luis el balance de su revolucion y contar las pérdidas y los beneficios que esta trajera. Habia tenido asambleas constituyentes y legislativas y no le quedaban constitucion ni leyes; habia proclamado la fraternidad de los pueblos, y los pueblos derramaban á torrentes su sangre en fratricidas peleas; habia marchado al auxilio de las provincias oprimidas, y les daba á un tiempo esclavitud y ruina; para enriquecer á la nacion habia despojado á clero y á nobleza, y la nacion se estaba muriendo de hambre á las puertas de los panaderos obligados por falta de grano á huelga angustiosa. La revolucion habia destronado al Dios bueno, asesinado á los sacerdotes, divinizado todos los crímenes, y librado á las malas pasiones un certificado de civismo.

Entre las ruinas de las iglesias y en los templos trocados en lugares de reunion de juntas patrióticas, salian cada dia nuevos oradores vociferando parodias de humanidad al tiempo que llevaban manchadas las manos de sangre; nadie era gran ciudadano que no hubiese mancillado una virtud cualquiera. Los filósofos del siglo XVIII quisieron matar al catolicismo por menudo y pieza por pieza; la primera generacion nacida de esa escuela de ultrajes y errores destruyó de un golpe todas las creencias, no dejó en pié sino el ateismo organizado por el cadalso, y no patrocinó otros libros que el «Orígen de los cultos,» el «Espíritu de las religiones,» el «Antisacerdote,» las «Ruinas,» la «Guerra de los dioses» y el «Diccionario de los ateos,» obras deplorables en todos conceptos que se propagaron mútuamente, y que eran tomadas por el gobierno directorial bajo el amparo de sus vicios.

No habia ya sociedad, ni creencias, ni deberes, ni freno; á consecuencia del incomprensible abatimiento la hacienda pública disminuyó como las haciendas particulares, el dinero fue rareza inapreciable, y el papel moneda bancarota que era liquidada por la guillotina ó la deportacion. La agricultura, la industria y el comercio ni aun de nombre existian; á todo suplia el terror despues de la guerra civil, y cuando la prodigalidad y el lujo amane-

(1) *Política tomada de la Sagrada Escritura*, t. I, p. 520.

Digitized by Google

rado del directorio y las exacciones de sus agentes concedieron derecho de ciudadanía á la miseria, esta pudo imperar sobre ruinas.

En aquellos diez años, cuya memoria no se borrará jamas del corazon de los pueblos (pues saciáronse de oprobio amasado con sangre), hízose en vastas proporciones el experimento de los inmortales principios de 1789. Partióse de la fraternidad universal para llegar á la guerra con todos y entre todos, y la libertad que debia anonadar los despotismos inauguró la anarquía tumultuosa, la anarquía de los presidios elevada á patriotismo, la anarquía callejera constituida en poder cívico. La igualdad, que por medio de un nuevo contrato social debia eternizar en la tierra la edad de oro de los derechos del hombre, confundió á todas las razas unas con otras y las envolvió en el mismo desprecio y en la prostitucion más desenfrenada. Y á esto, sorprendida y violada como Francia habia sido, y no bastando á consolarla los principios de 1789, fue sobrexcitada su vanidad militar, triste pasion de heroismo, épico móvil de todas sus aventuras, causa eterna de todos sus desastres, y hasta el tiempo que no ha podido nunca sazonar al pueblo frances, púsose al parecer de su parte para probarle que al fin lleva siempre la gloria momentánea razon.

La gloria habia precedido á las reparaciones, y Bonaparte quiso confundirlas todas en un solo acto, á cuyo fin el concordato fue ratificado y proclamado como ley del estado. En 18 de abril de 1802, festividad de Pascua, la antigua basílica de Nuestra Señora, libre apénas de sacrílegas devastaciones, pudo, al saludar al pacificador caudillo, celebrar tambien la resurreccion de la Iglesia: en verdad que era aquel el dia del Señor, y en él se complació estremecido de gozo el universo católico.

Diez años de titánicas impiedades y de incesantes ultrajes á Dios y á la conciencia de los pueblos concluyen con un «Te-Deum» en accion de gracias. La demagogia, vencida y no convertida, se postra, pero no se arrepiente al recibir la bendicion del cardenal legado; el pueblo sí es dichoso, pues no comprendiendo cosa alguna en reticencias, subterfugios y artículos orgánicos, grito de angustia dado por abogados é ideólogos, sólo vé el desenlace, y con religiosas manifestaciones prodiga al primer cónsul muestras de alegría y agradecimiento. Al ver otra vez á sus obispos y sacerdotes que deportados por la revolucion volvian á sus iglesias guiados por la victoriosa diestra de un hijo de esa misma revolucion, el pueblo llora y reza: en el llanto y la oracion está siempre toda su elocuencia.

Alborozado emprende de nuevo el camino de la parroquia, admirándose á veces de haberlo casi olvidado y enseñándolo á sus hijos, á quienes da balbuciente la primera leccion de catecismo: los que han sobrevivido á aquella época (y algunos quedan todavía, aunque pocos, para atestiguarlo), nos dicen, junto con la historia, las portentosas trasformaciones que causó en el mundo entero aquella reconciliacion con Dios. Estremecido de horror por los excesos de toda clase á que la revolucion empujó á Francia, creia el mundo que aquel pueblo habia sido privado de pronto del moral sentido, y que poseido de furioso vértigo debia caer en abismo sin fondo, descompuestos y

Digitized by Google

perdidos sus elementos intelectuales, cuando de repente se despierta y sabe que la hija primogénita de la Iglesia no repudia ya á su madre, que los templos se han abierto y que el culto es libre. Los sacerdotes desterrados ó cautivos vuelven al lado de los cristianos á quienes alimentaran con la palabra de vida, y la cruz domina en los mismos puntos donde los árboles de la libertad pensaron echar raíces para siempre.

Federico Schlegel, el gran crítico aleman, presencia en Paris la milagrosa conversion á Dios, y viendo á la Iglesia dejar como Lázaro su anticipado sepulcro siente penetrado su corazon de católicos sentimientos. Si fueron las clases superiores las que propagaron el mal por la tierra, si fueron los doctos los que se hicieron heraldos de la desmoralizacion, ahora es Schlegel junto con su esposa Dorotea Mendelsshon uno de los primeros en comprender que no habia de perderse el inaudito espectáculo de un pueblo que abjura sus errores, y en dejarse arrastrar por la corriente religiosa que el concordato ha formado y que el «Genio del cristianismo» de Chateaubriand hace llegar hasta el comun del pueblo.

Comenzada por Francia la obra reparadora, el escritor protestante se convierte al catolicismo en Colonia en 1803 para inaugurar el apostolado que ha de llamar al centro comun á tantos y tan eximios ingenios. La «Filosofía de la historia», obra capital que por la alteza de los conceptos emana del «Discurso sobre la historia universal» de Bossuet, fue el estandarte que reunió al rededor de Schlegel las inteligencias cansadas de duda é incertidumbre. El poeta Werner, Adam Muller, el conde de Stolberg, y más tarde Luis de Haller, el pintor Overbeck, Esslinger, Federico Hurter y otros muchos escritores y artistas ilustres vivieron los unos en la intimidad de los sacerdotes emigrados y los otros bajo el hechizo de los relatos que popularizaron sus claras virtudes. Schlegel fecundó en todos ellos el sentimiento de fe interior que le dominaba, y puede decirse que fue el concordato de 1801 lo que comunicó á la Alemania entera ese proselitismo del talento.

Maquiavelo ha dicho «ser el menosprecio del culto divino indicio seguro entre todos de la ruina de un estado (1)»; mas tan generoso era el arranque de fe con que volvia Francia al regazo de su Dios, que entónces comprendieron los pueblos por qué no habia perecido en la pasada tormenta. Espectáculo era aquel que por lo singular y misterioso sorprendia y conmovia los entendimientos y los corazones: el hombre se habia rebelado y Dios le volvia á sus caminos, no habiendo en Francia, con aplauso de las naciones, mas que un rebaño y un pastor, pues las disidencias, casi individuales ó aisladas, quedaban sofocadas por la unanimidad del alborozo y de las aclamaciones. El cisma galicano, empero, negábase aun á confesar su delito; léjos de esto, la humillacion de su derrota, que para Roma es victoria, si llena de contento á los fieles, irrita el inveterado orgullo jansenista y exaspera las rencorosas pasiones del clero constitucional.

La desobediencia sacerdotal es tan culpable como la insurreccion civil á

(1) *Discurso sobre Tito Livio*, l. I

Digitized by Google

los ojos del primer cónsul; á sus generales y á sus administradores impone una órden que es preciso respetar y cumplir, y esto hicieron los juramentados aunque con restricciones mentales y procurando suscitar dificultades de nombre. Pero esas restricciones y dificultades en nada enturbiaron el manantial del principio, y dejóse que el tiempo borrara las miserables discordias que la revolucion se esforzaba en mantener en algunas inteligencias. Los intrusos de 1790 habian pasado por todas las fases del público desden, y eran segun palabras de Isaías, «como una mar sin fijeza ni sosiego, cuyas olas no llevan á la playa sino espuma ó lodo». Abandonados á aquella humillante situacion al fin nadie se acordó de ellos.

Sin embargo, por una coincidencia cuando ménos singular, el concordato que anonadó la constitucion civil del clero promovió inesperada oposicion entre los pueblos más adictos y devotos á la Iglesia. Otra vez sucedió aquello de tocarse los extremos; los hombres de conciencia más timorata y estrecha y los que ninguna tenian viéronse impulsados de protesta en protesta hasta la misma consecuencia, y el cisma nació así de un exceso de insubordinacion como de un exceso de fidelidad: la desobediencia llevó á la misma sima que la devocion. La Iglesia romana, empero, experimentó impasible el choque de aquellos encontrados sentimientos; habia cedido mucho para conservar incólume el depósito de la fe, y una vez puesto en salvo lo principal y de esencia ocupóse únicamente en difundir la serenidad y el sosiego.

La revolucion, que tiene siempre dispensas que conceder á los perjuros que la sirven, permitió á los constitucionales hacer acto de sumision al Papa, y al propio tiempo explicarlo segun sus caprichos ó intereses, ayudándoles Bernier en el ilícito tráfico, lo cual le hizo expiar Roma no concediéndole nunca la púrpura que ambicionaba. Por otra parte en las provincias católicas y en la Vendée militar especialmente, la resistencia fue más concienzuda y por lo mismo ménos peligrosa. Los pueblos que combatieron por la fe honraban y veneraban á los obispos consagrados por el destierro, y al ver que algunos de ellos se obstinaban en una negativa inspirada en cierto modo por la lealtad, consideraron que el concordato negociado por la revolucion habia de ser desenvolvimiento de la idea revolucionaria, y tender por lo tanto más ó ménos directamente á la destruccion de la Iglesia. El Papa habia sido engañado, y la entereza de aquellos fieles propúsose suplir su debilidad; una parte muy escasa del clero se colocó al frente de una oposicion silenciosa que despues de haber padecido por el rey no deseaba mas que padecer por Dios; pero este cisma designado con el nombre de «pequeña iglesia», nacido de exagerada virtud, apagóse poco á poco por falta de alimento, y hasta la historia lo ha relegado al olvido.

En medio de los esplendores de una autoridad ilimitada hallábase el primer cónsul, lo mismo que la Santa Sede, en lucha con los partidos extremos. En Roma, donde los Papas han sabido siempre ceder ó resistir en tiempo oportuno, aquellas oposiciones tan distintas en su principio y objeto desasosegaban muy poco á la córte apostólica; entre sus tradiciones cuenta esta la clave de los hombres y de los partidos, y con infinitas dilaciones y moratorias

Digitized by Google

los entretiene, los cansa y destruye. La paciencia de la Iglesia toma algo de la eternidad que le está prometida; cuanto más récio es el embate más se esfuerza en moderar á los adversarios con su propia moderacion, y esta traza que humanamente seria ingeniosa á no tener su principio en Dios, comunica al Pontificado un ascendiente que los siglos todos han experimentado y proclamado. Roma funda sus esperanzas en punto más alto que la tierra, y confiando en una sabiduría que no puede engañarla, complácese en fiar al tiempo la tarea de amortiguar las pasiones y desvanecer los disentimientos. Mas no era esta la situacion del primer cónsul.

La obra doblemente restauradora que aspiraba á realizar no alucinaba ni adormecia á sus enemigos, los cuales, por el contrario, estaban muy despiertos y se agitaban, así al estrépito de sus victorias como á la noticia de una paz gloriosa; y ya que no fuese posible destruir su poder ni negarlo, tomaban al hombre por blanco de sus ataques. Ceracchi, Demerville, Topino-Lebrun y Arena le amenazan con sus puñales republicanos en el mismo momento en que la máquina infernal de Saint-Régent y Limoelan ha de darle muerte con su explosion, y en lo más hondo del realismo lo mismo que en la superficie de la demagogia se meditan atentados de los cuales sólo se libra Bonaparte por una combinacion de afortunadas circunstancias. Muéstrase severo con razon contra los asesinos, y no logran estos detenerle en su carrera: para conciliar los intereses encontrados y disminuir las distancias hace del olvido un deber y de la amnistía un instrumento de paz; las puertas de Francia se abren de par en par á los proscritos; la nobleza emigrada recobra sus bienes no enajenados por la nacion, y los republicanos de ayer, apóstoles feroces de la igualdad, pueden ensayar y pavonearse en su nuevo papel de duques ó condes del imperio. De las entrañas mismas de la democracia nace una nobleza nueva, de la cual podria decirse que sólo llegó á la segunda generacion para poner de manifiesto su prematuro agostamiento.

Bonaparte imponia silencio al odio escrito ó hablado, pero no lo reprimia. Más poderoso en los países extranjeros que la Santa Sede, pero ménos sólido que ella, gustaba de precipitar el desenlace; su febricitante accion le movia á romper los obstáculos, pero estos renacian bajo sus golpes. Y eran tales obstáculos de varias clases, y provenian tanto de la volubilidad del carácter frances como de los extraordinarios altibajos que la nacion experimentara.

Queria Napoleon destronar la anarquía y arrancarle su postrera esperanza, y para llegar al cumplimiento de sus deseos fundó una cuarta dinastía á la cual habia de consagrar el Papa; pero así primer cónsul como emperador, si hacia concebir á veces risueñas esperanzas no llegaba nunca á realizarlas. La perpetuidad de la Iglesia al traves de los siglos que imprime en todos sus actos un sello de reflexion suprema, pesaba como indirecta reconvencion en el ánimo de Bonaparte, y grande en los campos de batalla y en los planes de gobierno, juzgábase pequeño al establecer un paralelo entre su impetuosidad y la prudente templanza de Roma. A instintos religiosos unia impíos arranques, y conocíase que tarde ó temprano los furiosos trasportes de su volun-

Digitized by Google

tad encaminados á pesar suyo hácia un fin que le era odioso, debian precipitarle en senda funestísima.

Los cardenales y Consalvi en especial inspiraban al Pontífice recelosa desconfianza contra el afecto que por el héroe sentia, y esto no obstante Pio VII complacíase en manifestarle su admiracion agradecida. Bonaparte habia hecho mucho en beneficio de la Iglesia, y no queria el Papa ser ingrato, aunque repugnábale en su suave entereza, aquilatada tantas veces, hacer continuamente nuevos sacrificios sin compensacion ninguna para aquella cuando no perjudiciales para su causa. Los artículos orgánicos añadidos posteriormente al concordato por una pluma secular, prenda arrojada á la revolucion, despertaron sospechas y temores en la conciencia del Pontífice, y Bonaparte, sin detenerse en desvanecerlos, exigió que Pio VII otorgase al cardenal legado Caprara los plenos poderes necesarios para tratar directamente con él de los puntos referentes al concordato italiano. Lo más que alcanza Consalvi con su romana diplomacia es establecer la igualdad de fuerzas entre la potestad temporal y la espiritual; pero esto no obstante nadie duda en el Vaticano de que la incurable condescendencia de Caprara ha de ser beneficiada en perjuicio de la Iglesia. Resístese por lo tanto Pio VII, y el mismo embajador del primer cónsul en Roma es quien indica en esta ocasion la línea de conducta que no debe abandonar el Pontífice. En 28 de julio de 1802 Cacault escribe á su gobierno lo siguiente:

«He de participaros que el Papa me ha llamado á audiencia particular para comunicarme un despacho del cardenal Caprara de fecha 3 de julio, en el cual va continuado un proyecto de concordato entre la república italiana y la Santa Sede.

«Su Santidad se manifestó poseido de gran sentimiento por tener que rehusar al cardenal Caprara los poderes que ha solicitado para estipular en el expresado asunto.

«Su Santidad me ha dicho estas palabras: «Mucho quisiéramos poder acceder á cuanto desea el primer cónsul; pero conviene que no quiera empujarnos fuera de los límites que el Papa no puede traspasar. Para lo que hemos concedido á Francia existen motivos que nos justificarán siempre, á pesar de que la condescendencia nuestra respecto de algunos obispos que son piedra de escándalo por los escritos de que van llenas las gacetas, ha producido ya funesto mal que nos expone á muchas reconvenciones.

«Pero lo repetimos, lo que con Francia hemos hecho era necesario, y creemos que será para Nos un mérito delante del Señor. Atiéndase sin embargo á que el Sumo Pontífice es el conservador y guardador de las leyes y reglas de la religion católica; y si no es nuestro ánimo turbar la paz del mundo declarando cualquiera clase de guerra á las autoridades temporales que conculcan las instituciones religiosas, no hemos de ser tampoco el primer papa que obre contra nuestras leyes y principios. ¿Cómo habíamos de sancionar por medio de un concordato con una parte de Italia nuevos trastornos y supresiones, y una doctrina subversiva de los derechos de la Iglesia?

«El primer cónsul nos ha inducido á establecer de acuerdo con él las

mejores disposiciones posibles en Francia en lo tocante á religion. En sus habitantes ha demostrado aquel pueblo una moralidad superior á todo elogio en el hecho de abrazar de nuevo el catolicismo despues del terrible sacudimiento experimentado. Francia y el primer cónsul se han hecho merecedores de todo. Mas ¿qué razon hay para querer que se haga hoy comun y general lo que en verdad sólo es debido al mérito extraordinario de la nacion francesa y de su jefe?

« A consentir la Santa Sede en el concordato que se le propone con la república italiana, deberia firmar en seguida otro igual con las demas potencias, y de este modo se convertiria el Papa en promovedor de una nueva revolucion despues de la que acabamos de atravesar, á la que ha sucedido por fin la calma que tan grandes desórdenes estaban reclamando. »

« Para tranquilizar el ánimo del Papa dejéle comprender que el primer cónsul, al igual que los soberanos que realizan por sí mismos cuantas reformas desean sin cooperacion de la Santa Sede, sabia que su autoridad bastaria para verificar las modificaciones apetecidas; pero que su apego á las reglas y á los principios y el respeto que á la conciencia de los pueblos profesaba le movian á solicitar la intervencion del Papa; que una severidad excesiva en la conservacion de las leyes antiguas podria exponer á la religion en su parte esencial á pérdidas mucho mayores, y en fin que los progresos del protestantismo, quizas más acepto y agradable á los gobiernos que la doctrina católica, habian de infundir cada dia mayores recelos en caso de negar el Papa su aprobacion á los planes de bienestar temporal y economía política muy necesarios á los pueblos devastados por la guerra.

« A esto contestó el Pontífice con toda la efusion del alma : « ¡ Ay ! únicamente en el gobierno de los católicos súbditos de infieles ó herejes hallamos hoy verdadera paz y sosiego. Los católicos de Rusia, Inglaterra, Prusia y Levante no nos causan afliccion ninguna, y, solicitando las bulas y consejos que han menester, pasan conforme á ellos y segun las leyes de la Iglesia una existencia sosegada. Pero bien sabeis lo que á nuestro predecesor afligieron las variaciones introducidas por los emperadores José y Leopoldo; testigo sois de los embates con que cada dia amenazan á la Sede apostólica las córtes de España y Nápoles. ¡ El Sumo Pontífice es hoy el más desgraciado de los hombres ! Cabeza suprema de la religion y guardador de sus preceptos, ve como los mismos que dicen respetarlos quieren trastornar todas las partes del edificio, y como para realizarlo creen tener necesidad de nuestro auxilio, sin considerar que nuestra conciencia y nuestro honor se oponen á semejantes alteraciones, nuestras palabras son rechazadas con despecho é ira, y casi siempre nos llegan las solicitudes acompañadas de amenazas.

« Sin embargo, ya que Francia posee lo que codician las demas potencias, lisonjeábanos la idea, señor embajador, de que habia de vivir con la Santa Sede en constante y perpétua armonía, y asimismo lo creemos aun, pues de ese sumo bien dependen en gran parte el sosiego de los ánimos y el amor á la religion en el extenso territorio de Francia; pero á exigir el pri-

Digitized by Google

mer cónsul que participe Italia de las innovaciones, hácese imposible nuestra permanencia en Roma, y no me parece que aquel grande hombre pueda abrigar el designio de causar nuestra pérdida y hacernos objeto de acusaciones y cargos por parte de las iglesias de que somos cabeza. »

« En vista de esta situacion creo, ciudadano ministro, que me toca dirigiros algunas reflexiones. El espíritu que actualmente domina á los hombres que gobiernan á los pueblos está en absoluta discordancia con los sentimientos del Papa que hoy tenemos, de corazon bondadoso y puro, de inteligencia recta y clara, pero animado de ideas religiosas y consumado teólogo. Ese buen Papa, á quien amaríais como yo si llegaseis á conocerle, es de suyo muy sensible y se conmueve por el menor contratiempo y peligro. Los gabinetes de Europa no le tratan con benevolencia, y confiando como confia en el primer cónsul, á quien considera como su único apoyo, teme disgustarle hasta un punto indecible.

« Considerando la poca salud del Pontífice y su sensibilidad exquisita, he de manifestar al primer cónsul, quien sin duda no querrá que muera de pesadumbre un religioso respetable, que conviene pedirle lo que se desee procurando no lastimarle mucho. Es ya tanto lo que ha concedido, que exigiéndole más con violencia seria fácil reducirle á un punto de desesperacion, y esto, no solo al Papa, sino tambien á los cardenales ancianos, quienes contando más de ochenta años, dicen para consigo: « Próximo á comparecer delante de Dios, á quien debo dar cuenta de mis actos, ¿qué me importa el poderío de Francia? »

« Con no pocos esfuerzos he podido alcanzar que el Papa sometiera á consulta la proposicion de enviar poderes al cardenal Caprara en el asunto del concordato con la república italiana; y reunidos en junta los primeros consejeros pontificios nada he omitido para lograr una decision favorable. Esto no obstante, no he podido obtener que se envien los plenos poderes; el cardenal Caprara recibirá instrucciones muy circunstanciadas, y en ellas se expresan las objeciones que á su peticion se oponen. »

Las palabras de Pio VII trasmitidas al primer cónsul por un hombre de su confianza pueden considerarse como anticipada revelacion de los acontecimientos. Movido por el interes permanente de la sociedad cristiana, más que por el de su autoridad, Bonaparte ha dispensado grandes beneficios á la Iglesia; pero esta no fue ingrata para con él, y uniendo sus fuerzas las dos potestades han conseguido llevar la paz á los corazones. La idea revolucionaria quedaba enfrenada cuando se disponia á dar la vuelta al mundo, y sin embargo, lo que las inteligencias más perspícuas, entre ellas la del cardenal Consalvi, han entrevisto al traves de las tinieblas de lo por venir, va poco á poco verificándose: la demagogia, vencida en campo abierto, tomará por parapeto la misma espada que la derribó, y lisonjeando las pasiones de Bonaparte, evocando contra el esplendor de su autoridad la fantasma de la antigua supremacía pontificia, impulsará al pacificador á mover guerra á la Santa Sede. Los papeles serán trocados; pero cuando ménos la revolucion no habrá perdido el tiempo ni el trabajo: ya que no puede morder, ladra.

Digitized by Google

Bonaparte profesa supremo desden por los ateos, los farfantones de incredulidad y los sofistas que ella enaltece, y sin embargo, Bonaparte llegará insensiblemente á hacer con ellos causa comun. Valiéndose del sarcasmo, de la corrupcion y la mentira querian derribar la Cátedra de Pedro para dejar así entregado el mundo á todos los desórdenes y desmanes de la mente, y ya que fue un hombre solo el que atacó á la revolucion en su propio campo é hízola retroceder en el preciso momento en que iban á cumplirse sus designios, la revolucion le hace el blanco de su venganza. No ha de atreverse nunca á trasformarle en volteriano ó ideólogo; pero halaga sí su ambicion, dícele al oído que despues de haber sido Carlo Magno no puede aceptar el papel de Luis el Bondadoso, y así comenzará aquella contienda en que las ideas serán reemplazadas por territorios, y en la cual con pretexto de fijar ó resolver puntos de derecho político se llegará á la absorcion de la Santa Sede.

Quizas la lucha de la que es el primer indicio el despacho de Cacault no alcanzará nunca en el corazon ni en la voluntad de Bonaparte las proporciones de la guerra anticristiana declarada á la Iglesia por la demagogia. El Sacerdocio y el imperio estarán realmente divididos en puntos de altísima importancia; pero el segundo, aunque amenace con el cisma y la separacion, no tendrá mas pensamiento que el triunfo de una idea política; la religion y la moral permanecerán ajenas á la contienda, y debatida esta entre un Papa y un emperador, nunca llegará á alterar la fe de los pueblos. La revolucion, que ha sido tambien promovedora del desórden, ¿qué beneficios espera reportar del nuevo sistema de ataque?

Napoleon Bonaparte se ha proclamado emperador; en union con los altos cuerpos del estado Francia lo aprueba y celebra con el corazon, la voz y el gesto: no parece sino que quiere con su sumiso entusiasmo encarnar en él el derecho de disponer como dueño absoluto de sus bienes y libertades. Cansada de tumultos y delitos encuéntrase haber pagado muy cara su quimera de 1789, y despues de arrastrar por el lodo con ingrata saña la mano de justicia de sus reyes presta adoracion á una espada y procura hacer con ella un nuevo cetro. El primer cónsul le ha dictado leyes, y ella confia ahora al emperador el cuidado de su cumplimiento, sin reservarse mas facultad que la de aplaudir, ni mas permiso que admirar en silencio.

Mucho habria querido el Papa imitar el ejemplo de la nacion francesa; mas Napoleon consideró que á acaecimientos excepcionales importaba darles una consagracion mas excepcional aun, y expresó el deseo de que, á despecho de las prácticas de la córte romana, fuese el Sumo Pontífice en persona á Paris para sancionar á los ojos de la religion, de Europa y del pueblo la cuarta dinastía, cuyos cimientos echaban la gloria y la fortuna militar.

No habian cumplido aun cinco años desde que un Papa octogenario, escoltado de pueblo en pueblo por algunos gendarmes, padeció cautiverio y muerte en territorio frances. Al ver ese espectáculo, por sus órdenes dispuesto, la revolucion se estremeció alborozada; Napoleon propone ahora á la Santa Sede un magnífico desquite: no quiere el nuevo Carlo Magno ir á Ro-



ma á recibir en la basílica de San Pedro la consagracion religiosa de su autoridad; desea impresionar más viva y directamente la opinion pública y legitimar en cuanto necesario sea á la vista de todos su poder soberano. Dado á la pompa y al brillo, cifrando su existencia en lo que era extraordinario y grande, y persuadido de que la seduccion de los ojos es más rápida que la de los oídos, empéñase en mostrar al universo al moderno Leon III atravesando los Alpes para bendecirle con solemnidad nunca oida. Grandioso era el pensamiento; así como evocaba recuerdos de otros tiempos hacia brillar á la vista de Francia la antigua corona de los emperadores de Occidente, y sin pérdida de momento se inquirieron las disposiciones del Pontífice.

En Roma y en Paris ábrense simultáneamente negociaciones aun no referidas del todo por la historia. En Paris sálese al encuentro de las dificultades; dáseles solucion ántes de ser oficialmente presentadas, y puede decirse que se apresuraban, con la esperanza de los frutos, á sembrar de flores el camino del Pontífice. En Roma dudan y vacilan: consideraciones de muy complexa índole dividen el Sacro colegio; manifiéstanse aversiones y simpatías políticas; pero en el estado de las cosas hállase en tan completa armonía lo inusitado del acto con lo inaudito de las circunstancias, que el Papa se apresura á acceder al deseo del emperador.

En el año 1790, en los albores de la revolucion, Cárlos Mauricio de Tayllerand, obispo de Autun, habia empleado los postreros dias de su episcopado en establecer los prelados intrusos, y en seguida contrajo un matrimonio legal. En 1804, Tayllerand, exministro del directorio, lo es todavía de Napoleon, y en una carta en que trata de varios puntos referentes al viaje del Pontífice escribe las siguientes palabras: «Nada tiene que temer Su Santidad de los antiguos partidos por quienes durante tanto tiempo estuvo Francia desgarrada, pues á los pocos pasos que haya dado en territorio frances habrá conocido que esos partidos ya no existen. Los corazones todos volarán á recibirle, y los hombres, que rindieron respetuoso homenaje á los restos de Pio VI muerto en cautiverio, venerarán alborozados á su digno sucesor, viéndole gozar entre ellos de los excelentes frutos que su sabiduría y moderacion han producido. Para que Su Santidad sea recibido en Francia de un modo digno de la grandeza del soberano que le invita y de la dignidad sublime de la Cabeza de la Iglesia, se darán las órdenes más perentorias, y todo estará dispuesto con tanta solicitud como delicadeza para que halle Su Santidad á cada instante cuanto pueda serle necesario, útil y agradable. Su vida no correrá el menor peligro, pues es harto preciosa para S. M. y la Francia toda para que una y otra dejen de velar ni un momento por la conservacion de una existencia para ellas tan cara.

«Su Santidad recibirá una carta de invitacion en los términos apetecidos, ya sea por medio del cardenal Fesch, ya por medio de dos obispos diputados.»

En Roma, donde se pesa todo en la balanza del santuario y de la humana dignidad, sentíase muy natural desconfianza de tales palinodias; la proverbial destreza de la córte Apostólica no habia nunca podido avenirse con


Digitized by Google

semejantes transacciones de conciencia, y no sin motivo despertaron recelos en el alma delicada y timorata del Pontífice. Mas en las protestas de respeto á que obligó el emperador á los revolucionarios, convertidos en grandes vasallos de su corona, no vió el Papa mas que lo que habia, y la Iglesia, que conoció poder reportar algun beneficio espiritual de tan extraordinaria condescendencia, no se dobló á las objeciones, á los temores ni á los cargos que en forma de consejos se le dirigieron.

La consagracion de Napoleon (2 de diciembre de 1804) es en los fastos de Europa una fecha memorable por más de un concepto. Nueve meses ántes el duque de Enghien habia muerto en los fosos de Vincennes fusilado por un consejo de guerra que, al parecer, no meditó lo bastante el sangriento acto que la revolucion le encomendaba. Consistió esta en anularse públicamente ante el nuevo emperador; pero exigió secretas arras que Bonaparte le otorgó de trágica y criminal manera. Fusilado como ha sido el duque de Enghien, ¿quién sabe si Pio VII no está destinado á servir de rehenes á la democracia en la misma tierra en que Pio VI fue víctima suya?

Públicos son en Roma esos temores, y al fin pueden llegar hasta el alma del Pontífice; pero el cardenal Consalvi, que ha visto de cerca á Napoleon y le ha juzgado, sosiega y tranquiliza á Pio VII, y este atraviesa al fin Italia y Francia en medio de las santas expansiones de la piedad y de los tiernos obsequios de la veneracion.

La historia que, á ejemplo del pueblo de todas las épocas y de todas las naciones, gusta de la pompa de las fiestas y se complace en las esplendorosas ceremonias, ha dicho los diferentes episodios del triunfal viaje y ha referido con todos sus pormenores aquella solemnidad no vista aun. Inmortalizáronla la pintura, la música y la elocuencia: David pintó el cuadro de la consagracion; Lesueur compuso la misa, y pocos dias ántes Fontanes, en nombre de Francia, habia felicitado y dado gracias á Pio VII al ver que se asociaba á sus nuevos destinos. Sin embargo, las fiestas no pasan de ser tales, y los discursos, por elocuentes que sean, no bastan á alterar una situacion. En Paris se hallaba el Sumo Pontífice; su sola presencia conmovia todos los corazones, y aquel pueblo de la revolucion, á quien se presentara tan deseoso de sacudir todos los yugos, íbalos recobrando uno tras otro con trasportes de orgullo nacional y de cristiana sinceridad, capaces de hacer estremecer el alma de un príncipe y de un Papa. Con sus aclamaciones y respeto formaba á Pio VII perpétuo cortejo: acompañábale por las calles, seguíale á las iglesias, arrodillábase á su paso, imploraba su bendicion con infantil candor, y el grato nombre de PADRE SANTO hízose en breve tan popular en Paris como lo era en Roma (1).

(1) El concordato y la consagracion que fue, por decirlo así, el corolario político de aquel grande acto de reconciliacion religiosa, despertaron entre los contemporáneos repulsiones y susceptibilidades que en Francia y fuera de ella dieron orígen á epígramas más ó ménos agudos é ingeniosos. Cada dia se escribian en Lóndres y Paris correspondencias secretas por las agencias realistas, y en ellas eran combatidos los obispos que habian acatado el deseo del Sumo Pontífice. En uno de esos diarios manuscritos se lee lo siguiente: « No deja de ser notable que de los cuatro (obispos) que se


Digitized by Google

Un hombre de aquel tiempo, un escritor digno de aprecio por sus virtudes tanto como por sus obras políticas y religiosas, el presbítero Proyart, refiere en una carta inédita aun los portentosos efectos que resultaron del viaje del Pontífice: en estos términos escribe á la princesa Sofía de Hohenlohe:

«Ya sabeis que estamos viendo á Roma en Paris; mas dudo que os formeis exacta idea del respeto profundo que por todas partes inspira Su Santidad. De él puede decirse sin temor de exagerar que verle equivale á un sermon. Imposible es imaginar un semblante más afable, más religioso, más celestial; unánimemente se conviene en que no podia elegirse un Vicario de Jesucristo de rostro y modales más suaves, que respirase mayor serenidad y grato buen humor. Y sabido es que esto no llega á ser sombra de lo que pasa en su pecho, ni tampoco de su angélica vida, empleada en mortificaciones,

han separado de sus colegas dijera la voz pública que obedecerian el mandato del primer cónsul luego que se supiera la llegada del breve pontificio. Son esos prelados los ciudadanos Boisgelin, Cicé, Noé y Osmond, y aunque dicen sus amigos que no han obedecido en esto á otro impulso que al de su conciencia, y así lo creemos nosotros, desearíamos poder anunciar cuanto ántes á nuestros lectores su ingreso en Frascati ó en el instituto nacional, pues nos consta que esos nuevos ciudadanos tienen resuelto seguir de muy cerca su contestacion, la cual, como es de suponer, se detendrá en Paris, y esto para gozar ántes de las alabanzas y recompensas á que se han hecho acreedores. En tanto es así, como que el lúnes 23 de setiembre, dia inmediato á la década señalada por Bonaparte, fuéron todos á casa de M. Otto para hacer allí su profesion de civismo y ponerse en buen predicamento con el ministro de su nuevo soberano. Añádese ademas, pero no respondemos de que sea exacto, que M. Otto recibió con grandes atenciones á los notables reclutas, é infundióles la esperanza de que en la noche del 5 al 6 de octubre recibirian la noticia de haber sido aceptada su sumision y de que en la siguiente década enviaria su gobierno religioso á las costas de Inglaterra el bergantin *Desertor* y el lugre *Ingrato* para llevarlos á Francia, á ellos y á cuantos sacerdotes pudiesen enganchar.»

Este es el juicio de los noveleros. En un libro intitulado *Memorias políticas y correspondencia diplomática de José de Maistre* (Paris, 1858), libro que ¡cosa singular! se publica bajo los auspicios del gobierno liberal del Piamonte, hállanse algunos fragmentos de cartas con los que quiere sin duda aquel gobierno hacerse un arma para sus fines. Segun uno de ellos, fechado en 9 de marzo de 1804, página 137, el conde de Maistre escribió lo siguiente desde San Petersburgo: «Por relatos fidedignos sábese que existe gran descontento en Paris. Como el Papa reparte rosarios, y como en Francia todo al fin adquiere boga, reina ahora en Paris la moda de los rosarios; no hay ramera que no tenga el suyo. En enero eran los franceses de color de alfónsigo (*pistache*), y lo pronunciaban *Pie se tache* (Pio se mancha). Los parisienses se burlan no poco del buen hombre, y en alabanza de éste sea dicho, lo es hasta dejarlo de sobras; pero ello es verdad que debe considerarse como otra grandísima calamidad pública tener á un bonazo en un puesto y en una época que exigirian un hombre superior y de eximias cualidades.»

Donaires son esos de dudosa gracia que á veces se escapan á las devociones más sinceras y respetuosas, sin que lleguen á irritar á la córte romana ni alcancen á hacerla variar de plan ó actitud. En apoyo de ello séame lícito citar un hecho personal mio.

En 1846, próximo á concluir la *Historia de la Compañía de Jesus*, rogué al cardenal Bernetti que me comunicara ciertos documentos relativos á los decretos de 16 de junio de 1828, decretos que arrancados á Cárlos X por el liberalismo condenaban á los jesuitas á una especie de entredicho y proscripcion dentro del reino. El cardenal Bernetti, entónces secretario de estado del Papa Leon XII, habia concluido por medio de una famosa nota, con las reuniones y negociaciones del episcopado frances, y á la peticion que me tomé la libertad de dirigirle, contestó en los siguientes términos (14 de enero de 1846):

«Querido amigo: el nuncio en Paris os entregará cuantos documentos me habeis pedido, y algunos más, pues el Padre Santo ha unido á ellos otros que tenia reservados; pero pongo á la remesa una condicion, y es que hallaréis oportunidad para publicar una carta del abad de la Trapa, quien, al atacarme como *valido y cardenal tonsurado*, me dispensa grandísima honra en cuanto me coloca en igual línea que mi ilustre maestro y amigo el cardenal Consalvi. Bien comprenderéis que no por orgullo ni falsa humildad deseo la publicacion de la carta; pues el buen trapense me ha dado mil satisfacciones; pero como semejantes *furores epistolares* se reproducen cada vez que la Iglesia


Digitized by Google

rezos nocturnos, frecuentes ayunos, etc. Su carácter es firme y entero, y habiendo sabido que cuatro obispos se envanecian de no haberse retractado, ha dicho al emperador que de ningun modo consentiria en que se presentasen en la consagracion; comunicada la órden de que no fuesen admitidos á la ceremonia con aviso de que optasen entre la sumision que el Padre Santo exigia ó la destitucion, tres firmaron de grado la fórmula que les fue presentada, y el cuarto solicitó una audiencia particular, la cual le fue concedida por Su Santidad. En ella dijo lo que le pareció del caso, y no se rindió aunque el Papa le expuso infinitas razones; entónces Su Santidad alzó los ojos y las manos al cielo, y en el mismo momento aquel hombre obstinado cayó á sus piés deshecho en llanto y le pidió perdon. La puerta de la antecámara se abrió por casualidad, y el gentío allí reunido fue testigo de la escena.

«En otra ocasion, al entrar en la gran galería de pinturas que es continuacion de sus habitaciones y sigue desde el puente Real hasta el Nuevo, oyó, en tanto que la muchedumbre de espectadores que la ocupaba aguardando su bendicion, que se alzaba gran alboroto á poca distancia. Pregunta lo que pasa, y le dicen que la multitud ha querido arrojar por la ventana á un jóven que se obstinaba en mantenerse cubierto. Dirígese hacia él el Pontífice, y con bondad extremada le dice: «Mozo, nunca la bendicion de un anciano ha causado perjuicio al que llega al mundo.» Y al momento aquel hombre de poco juicio ó de poca fe cayó de hinojos á sus piés y acusóse á sí mismo de locura.

«Las provincias todas de Francia que por diputaciones han asistido á la consagracion han querido rendirle homenaje y han usado con él de un lenguaje muy católico romano, protestando que, á pesar de la ofuscacion pasajera, obra del terror y la flaqueza, los corazones habian siempre estado con Roma. Muchos han hecho profesiones de fe que parecian dictadas por los partidarios más ardientes de la primacía jurisdiccional de los sucesores de

cree no deber favorecer ó aprobar pasiones, intereses ó designios ajenos á su objeto, de ahí que nuestros amigos más ardientes sean en ciertas ocasiones los que peor nos tratan. Con la efervescencia del momento desvanécese la cólera, pero el bien queda efectivo. Los más sumisos hijos de la Iglesia tiran á veces de ella con cuatro caballos para que ande en la direccion que desean, siendo así que ella quiere ir á pié y seguir su camino, convencida de que llegara el dia en que sea este el de los regañones, de los fogosos y de los impertinentes. No nos sorprenden esas conversiones, creedlo así como creo que no os sorprenderá mi peticion, que satisfaréis como procedente de vuestro mejor y más antiguo amigo.»

Esto me escribió el cardenal Bernetti, y en cumplimiento de su deseo en la pág. 206 del tomo sexto de la *Historia de la Compañía* (edicion de 1846) léese la carta del padre Antonio, abad de la trapa de Milleraie, en la que se trata bastante mal al cardenal secretario de estado. Esta fue toda su venganza, y de ella puede decirse que es explicacion y respuesta satisfactoria á muchas quejas que así se aguzan en chiste como toman la forma de un ultraje.

«Cuanto seria de desear, escribia el trapense al arzobispo de Amasia, administrador de la diócesis de Lyon de Francia, que nuestros señores viesen como vos el peligro que se corre y los lazos que á la religion y al episcopado se tienden. La union de todos los obispos de Francia constituia un cuerpo respetable que anonadaba á todos los se-diciente liberales; por unanimidad habrian pronunciado unas palabras solemnes que parecian haber de cerrar la puerta á cualquiera concesion indigna de su carácter y principios: *Non possumus*, cuando de pronto las maquinaciones del ministerio, la travesura de un abogadillo y la palabrería de un *valido*, de un *cardenal tonsurado*, que puede haber sido sobornado como los Caprara y los Consalvi, han difundido la alarma, la confusion y la discordia.»

Digitized by Google

Pedro, y puede asegurarse que nunca la Cátedra pontificia habia sido vengada tan cumplidamente de las vulgaridades heterodoxas de los Febronios, de los José, de los Eybel, y otros de igual laya, y aun suponiendo que haya de rebajarse algo de tales demostraciones al compararlas con la conducta de cada uno, siempre tendrémos que es edificante en extremo ver testimonio tan unánime, tan motivada proclamacion de la pureza de la fe. Muerta se halla esta en las obras, no cabe duda, y todas las oraciones nuestras deben dirigirse á que sean vivificadas por ella; pero esto no quita que sea un gran bien que la Francia en peso haya venido á protestar á la vista del gobierno de que es y quiere continuar siendo católica.»

La nacion francesa, repuesta de la primera violencia hecha á su religion, queria en efecto ser católica, y por esto al negociar el concordato Bonaparte más que cristiano fiel manifestó ser profundo diplomático. Por aquel mismo tiempo descubrió en pocas palabras lo que sobre el asunto pensaba. El obispo de Orleans Bernier, de acuerdo con el archicanciller Cambacéres y Fontanes, habia proyectado un viaje para promover una gran manifestacion católica y probar que el Sacerdocio y el imperio se hallaban sinceramente unidos en la paz y en la justicia; el emperador habia de acompañar al Papa por la Vendée militar, y luego por el Leonesado y Provenza, y aunque de pronto sedujo la idea á Napoleon, mudó de propósito despues de reflexionarlo algunos momentos: «No, no; no me conviene; el pueblo andaria una legua para verme, y treinta para ser bendecido por el Papa, y no es esto lo que yo deseo.»

Obsequios y acatamientos rodeaban por todas partes á Pio VII; pero así como en nada alteraban su mansedumbre ordinaria, dejaban tambien intacto el sentimiento de dignidad que resplandecia en toda su persona. El baron Denon, conservador de las galerías del Louvre, está encargado de acompañar al Sumo Pontífice á los monumentos que desea visitar, y al introducirle en el museo de las Tullerías dícele en voz baja: «Quizas halle aquí Vuestra Santidad objetos que le contristen.—¿Qué objetos pueden ser esos? preguntó Pio VII.—Cuadros, estatuas, obras del arte antiguo, contestó con timidez el conservador; ántes estaban en Italia y algunas en el mismo Vaticano.»

El Papa levantó los ojos al cielo, y con expresion suave y proféticamente resignada exclamó: «La victoria las llevó á Italia; la victoria las ha traido aquí. ¿Quien sabe á dónde las llevará un dia?»

Apénas han trascurrido once años, y batallones ingleses y prusianos invaden los museos del Louvre, y con el arma al brazo realizan la prediccion pontificia que habia resonado en aquellas mismas salas.

La Francia entera se habia conmovido ante aquella imágen del Pontificado hermanando á los partidos todos en una misma bendicion y reconciliándolos con benigna sonrisa, por más que la revolucion, incapaz de comprender y más incapaz aun de dominar aquel suceso, procurase poner algunas piedras en el triunfal camino que seguia la cabeza visible de la Iglesia. Los obispos intrusos lucharon hasta el postrer momento con sutilezas y subterfugios para no someterse ni confesar sus errores, y como la violencia no estaba ya en uso

Digitized by Google

recurrió el cisma á la malicia escolástica; sin embargo, aunque porfió y llenó de aflicciones el corazon de Pio VII, no pudo obtener de él concesion alguna.

Tambien el emperador conoció al fin que quien reinaba sobre las almas era el Papa, sin quedarle á él otra cosa que la autoridad sobre los cuerpos. Nada exigia el Pontífice; pero en sus entrevistas particulares con Napoleon le recordaba las promesas hechas á medias palabras ó sobrentendidas para terminar conforme á su deseo los asuntos temporales ántes de volver á su querida Roma. La mayor y más sana parte del territorio pontificio habia sido desmembrada del patrimonio de San Pedro; las Legaciones estaban agregadas á una sombra de república italiana que habia de refundirse en breve en un nuevo reino unido al imperio frances, y el Papa solicita la devolucion de dichas provincias como un derecho y un deber. Niégase á ello el emperador sin rehusar de un modo absoluto una compensacion; pero al traves de su negativa, inflexible en la esencia y en la forma llena de filial cariño, es fácil conocer que gigantescas quimeras tienen absorbido su poderosa mente. No piensa Napoleon en ceder conquistas, sino que medita por el contrario otras nuevas; su afan por dominar ha soñado como le pasó á Alejandro con mundos desconocidos, y en lugar de acceder á la súplica del Papa, acaricia la idea de convertir á Roma en la segunda ciudad del imperio.

Háblase á Pio VII, como para inquirir el ánimo en que estaba, de un proyecto de futura residencia en Aviñon ó en Paris, ponderándole los beneficios que reportaria la Iglesia de combinacion semejante; y aunque el Papa se limita á sonreirse como sucede al oir cosas imposibles, aquellas confidencias, frutos de meditadas indiscreciones, llevan la turbacion á su alma. La ambicion del emperador le asusta; asústanle aun más sus bélicos ardores, y así es que con toda clase de afectuosas caricias procura adormecer al leon; este, empero, se manifiesta poco dispuesto á dejarse mecer por un anciano en brazos de sus pasadas victorias.

El emperador de los franceses y rey de Italia ha destruido como un juguete el cuerpo germánico, y á aquel edificio imponente por su duracion secular, sustituye una confederacion del Rhin de la cual es señor absoluto con el título de protector. En el Norte lo mismo que en el Mediodía decreta que dinastías soberanas han dejado de reinar; las familias reales de las Dos Sicilias, Portugal, Toscana, Hesse-Cassel, Brunswick y España son despojadas de sus estados hereditarios; Holanda es provincia francesa, y todo ello lo distribuye á sus hermanos como heredamientos ó prefecturas. Para renovar la faz de Europa á su capricho sus ejércitos, que por hábito ganan batallas, marchan á paso de carga desde Lisboa hasta Berlin; detiénense para alcanzar una victoria, ora en Austerlitz y Jena, ora en Eylau y Friedland, y desde allí asisten triunfantes á la entrevista de Tilsitt ó á las conferencias de Bayona.

Napoleon atiende á todo y á todos lados llega su devoradora actividad. Ha calmado las pasiones, excepto la de la gloria militar; ha tomado sobre sí el encargo de amortiguar los odios; ha negociado con Roma y ha llamado al Papa a la capital del imperio, cuando en 30 de octubre de 1806 vésele reunir en Paris el gran Sanedrin de los judíos.

Digitized by Google

El pueblo deicida, eterno proscrito cuya errante existencia es elocuente testimonio de la verdad del cristianismo, estuvo expuesto á mil persecuciones desde Vespasiano hasta Voltaire. Convocado ahora por el emperador ha de contestar á las preguntas que aquel le ha dirigido; pero el gran Sanedrin ve en ello una ocasion propicia para mostrarse justo, y la aprovecha. Hablábase aun de la visita del Papa y de su grata tolerancia; pero el Sanedrin, representante de los perseguidos, sabe perfectamente que ese elogio no debe limitarse á Pio VII, y que el filosofismo y la historia calumniaron á la Cátedra de Pedro cuando dijeron que nunca los débiles y oprimidos habian hallado proteccion en el Padre comun, y que con frecuencia habian sido los judíos víctimas de la Sede apostólica ó del Santo oficio. Los judíos pueden hablar al fin, y de su asamblea parte un testimonio público de agradecimiento. Isaac Samuel Avigdor, diputado por los Alpes marítimos, pronuncia el siguiente discurso:

«Los más ilustres moralistas cristianos prohibieron las persecuciones, profesaron la tolerancia y predicaron la caridad fraternal.

«San Atanasio, en el libro I, dice: «Execrable herejía es querer atraer por la fuerza, los golpes y las cadenas á aquellos á quienes no ha sido dable convencer con razones.»

«Nada tan contrario á la religion, dice san Justino, mártir, en el libro V; como la violencia.»

«¿Podrémos perseguir, pregunta san Agustin, á aquellos á quienes Dios tolera?»

«Lactancio, en el libro III, dice sobre este punto: «La religion forzosa no es religion; importa persuadir, no forzar; la religion no puede imponerse.»

«San Bernardo dijo: «Aconsejad, pero no violenteis.»

«Así, pues, si la moral cristiana enseña el amor al prójimo y la fraternidad, únicamente la ignorancia y una preocupacion hija del hábito pudieron dar márgen á los atropellos y persecuciones de que habeis sido tantas veces víctimas. Y en tanto es verdad lo que acabo de decir, como que esas sublimes máximas de humanidad y justicia han sido con frecuencia practicadas por los cristianos verdaderamente instruidos, y sobretodo por los dignos ministros de esa moral pura que calma las pasiones y enseña blandamente las virtudes.

«Guiados por estos sagrados principios de moral los Pontífices romanos en diferentes épocas han protegido y amparado en sus estados á los judíos perseguidos y expulsados de otros puntos de Europa, y los eclesiásticos, de cualquiera nacion que hayan sido, les han dado socorro y auxilio en muchos pueblos de esta parte del mundo.

«A mediados del siglo VII san Gregorio defendió y protegió á los judíos en todo el universo cristiano.

«En el X los obispos de España se opusieron con decidida firmeza á las turbas populares que querian darles muerte, mereciendo que el pontífice Alejandro II escribiese á dichos prelados una epístola de felicitacion por la atinada conducta que habian observado.


Digitized by Google

«En el XI los judíos, muy numerosos en las diócesis de Uzés y Clermont, fueron efizcazmente protegidos por los obispos.

«En el XII san Bernardo los defendió contra el furor de los cruzados, y tambien los protegieron Inocencio II y Alejandro III.

«Gregorio IX, en el siglo XIII, los libró en Inglaterra, Francia y España de los grandes infortunios que les amenazaban, y bajo pena de excomunion prohibió violentar su conciencia y perturbar sus fiestas y ceremonias.

«Clemente V no se limitó á protegerlos, sino que les facilitó medios para instruirse.

«Clemente VI les dió asilo en Aviñon en una época en que eran perseguidos en todo el resto de Europa.

«A mediados del mismo siglo el obispo de Spira se opuso á la quita que á la fuerza reclamaban los deudores de los judíos, fundados en el pretexto de usura tantas veces aducido.

«Siglos despues Nicolas II escribió á la Inquisicion para que no se obligara por fuerza á los judíos á abrazar el cristianismo.

«Clemente XIII calmó la zozobra en que vivian los padres de familia por la suerte de sus hijos, los cuales eran arrancados del regazo de sus propias madres.

«Muy fácil seria citar otras muchas caritativas acciones de que en épocas distintas han sido objeto los israelitas por parte de los eclesiásticos conocedores de los deberes que su religion y la humanidad les imponen.

«Solo un profundo sentimiento humanitario pudo inspirar en los pasados siglos de ignorancia y barbarie el valor necesario para defender á infelices cruelmente abandonados á merced de la horrible hipocresía y de la supersticion feroz; y sin embargo, lo más que aquellos virtuosos varones podian esperar de su filantrópico esfuerzo era la grata é íntima satisfaccion con que bañan las obras caritativas los corazones puros.

«El pueblo de Israel, desgraciado siempre y casi siempre oprimido, jamas habia tenido medio ni ocasion para manifestar la gratitud que por tantos beneficios experimenta, gratitud cuya expresion es tanto más agradable en cuanto la debe á hombres desinteresados y dos veces venerables.

«En diez y ocho siglos la circunstancia en que hoy nos encontramos es la única que se haya presentado para dar salida á la manifestacion de los sentimientos que llenan nuestros corazones.

«Grandiosa y feliz coyuntura de la cual somos deudores á nuestro augusto é inmortal emperador, que nos ofrece ocasion oportuna, bella y gloriosa para expresar á los filántropos de todos los pueblos y en especial á los eclesiásticos nuestra suma gratitud hácia ellos y hácia sus predecesores.

«Apresurémonos, pues, señores, á aprovechar esta ocasion memorable, y paguémosles el justo tributo de agradecimiento de que les somos deudores; resuene en este recinto la expresion de nuestra gratitud, y démosles solemnes y sinceras acciones de gracias por los sucesivos beneficios de que colmaron á las generaciones que nos han precedido.»

Digitized by Google

La asamblea aplaudió esas palabras, y decidió que se imprimieran é insertaran á continuacion del acta del dia 5 de febrero de 1807.

En seguida adoptó el acuerdo siguiente:

«Los diputados del imperio de Francia y del reino de Italia al sínodo hebráico decretado en 30 de marzo último, penetrados de gratitud por los beneficios sucesivos hechos en los pasados siglos por el clero cristiano á los israelitas de todos los estados de Europa:

«Poseidos de gratitud por la acogida que varios pontífices (Papas) y otros muchos eclesiásticos dispensaron en distintas épocas á los israelitas de diferentes comarcas, en un tiempo en que la barbarie, las preocupaciones y la ignorancia aunadas perseguian y expulsaban á los judíos de las sociedades todas;

«Resuelven que la expresion de tales sentimientos quede expresada en el acta de este dia, á fin de que sea para siempre auténtico testimonio del agradecimiento que los israelitas de esta asamblea abrigan por los beneficios que sus mayores recibieron de los eclesiásticos de los diferentes pueblos de Europa.

«Resuelven ademas que se envie copia de esta manifestacion á S. E. el ministro de cultos (1).»

El Sanedrin proclama la tolerancia de la Iglesia romana, y en aquellos mismos momentos la revolucion, ocultando la verdad con sus irreligiosas falsedades, fomenta un nuevo alzamiento contra la Sede apostólica. Daunou y Gregoire, Dulaure y Sismondi, Lambrechts y Volney, el instituto y el novelista Pigault-Lebrun toman por tema el evocar la fantasma de la inquisicion y abren el camino á Llorente, presbítero español, más conocido por sus obras que por su apostasía. La revolucion ha conocido que el emperador Napoleon ha dejado de ser el hombre del concordato de 1801; y en efecto, su portentosa buena suerte equivale ya para él á inmensa servidumbre. Secretos impulsos le mueven fatalmente á declarar la guerra á cuanto se opone á su voluntad; la embriaguez del poder ha turbado su razon, y tiempo despues, cuando se halle en el peñasco de Santa Elena, confesará él mismo su desvanecimiento, y dirá: «¡Pocos se acuestan en el lecho de los reyes sin contraer en ellos enfermedad de locura; yo tambien me volví loco!»

«Segun palabras de la Sagrada Escritura el ansia de batallas y conquistas hacia á los caudillos de Judá como tizon ardiente colocado entre leña, como antorcha en medio de paja, y á derecha é izquierda devoraban á los pueblos inmediatos. La revolucion espia el instante favorable, y para dar de antemano una excusa ó un pretexto á la codicia imperial obliga á la historia á ser cómplice de sus interesadas calumnias. El emperador arriesgaba su corona y su vida al acaso de todos los peligros; queria reinar en el Vaticano y en el Escorial, en las Tullerías y en Potsdam; y para acelerar aun más su caida importaba mucho resucitar el litigio religioso, siendo de advertir que la revolucion habia conservado y mantenido en el ejército el disolvente de las

(1) *Actas de las sesiones de la asamblea de los diputados franceses seguidores de la religion judáica*, p. 169, etc.


Digitized by Google

sociedades secretas: allí contaba con francmasones y filadelfos; más de un general era auxiliar suyo, y no vacilaba tampoco en organizar secretamente y sin estrépito en las regiones administrativas el desamor y la desconfianza.

Llevar á Napoleon á una desavenencia con la Santa Sede era empresa de muy poca monta, como que á cada paso se presentaba un nuevo obstáculo y cada suceso traia consigo mayor tirantez. Para imitar á Carlo Magno Napoleon quiere ser de hecho y de derecho el protector nato de la Iglesia, y en virtud de esa calidad manda que sus tropas ocupen de pronto á Ancona, á fin, dice, «de evitar que la plaza sea ultrajada por griegos y musulmanes.» Su hermano Jerónimo ha contraido en América un matrimonio que desbarata los planes del emperador, y exígese que el Papa rompa un enlace que para la Iglesia es legítimo. Napoleon está en guerra con la Europa toda, y quiere que sus enemigos lo sean tambien del Padre comun, del Vicario de Jesucristo, quien, neutral por su posicion y sobretodo por su pastoral ministerio, no puede renunciar á tener comunicacion con los católicos de todos los estados. Sin embargo, el emperador así lo exige.

En 31 de febrero de 1806 escribe lo siguiente á Pio VII: «La Italia entera quedará sometida á mi ley sin que por ello perturbe yo en nada la independencia de la Santa Sede, á la cual satisfaré hasta los gastos que le ocasionen las operaciones de mi ejército; pero condicion de esto ha de ser el que Vuestra Santidad tenga por mí en lo temporal iguales consideraciones que le guardo yo en lo espiritual, y que desista de inútiles respetos hácia herejes enemigos de la Iglesia y hácia potencias que ningun bien pueden hacerle. Vuestra Santidad es soberano de Roma, pero en ella soy yo emperador; mis enemigos deben ser los vuestros, y por lo mismo no ha de residir en Roma ni en vuestros estados agente alguno del rey de Cerdeña, ni un solo inglés, ruso, ni sueco, así como tampoco debe entrar en vuestros puertos buque alguno de dichas naciones. Como Cabeza que sois de nuestra religion guardaré siempre á Vuestra Santidad la filial deferencia que en todas ocasiones le he mostrado. Peró responsable como soy para con Dios, que ha querido servirse de mi diestra para restablecer la religion, ¿cómo es posible que sin dolor la vea puesta en peligro por la lentitud de la córte de Roma, donde nada se resuelve y en la que por mundanos intereses y por huecas prerogativas de la tiara déjanse perecer las almas, que son verdadero fundamento de la religion? Cuenta deberán dar á Dios los que no ponen remedio á la anarquía que á Alemania devora; cuenta tambien los que solícitos en pro de enlaces protestantes quisieran obligarme á unir mi familia con príncipes herejes, y cuenta tambien en fin aquellos que difieren la expedicion de las bulas de mis obispos y ponen mis diócesis á merced de la anarquía.»

A estas provocaciones al traves de las cuales descúbrese claramente el abuso de la fuerza, contesta el Papa en 21 de marzo con las siguientes palabras:

«Señor, descorramos el velo. Decis que no perturbaréis la independencia de la Iglesia, y que Nos somos el soberano de Roma, y al propio tiempo añadis que la Italia entera quedará sometida á vuestra ley. Nos anunciais ademas que si cumplimos vuestro deseo mantendréis sin variacion las aparien-

Digitized by Google

cias; pero si por ello entendeis que Roma, como parte que es de Italia, haya de estar sometida á vuestra ley, si únicamente os proponeis conservar aquellas apariencias, el dominio temporal de la Iglesia quedará reducido á un estado feudatario y servil y serán anonadadas la soberanía é independencia de la Santa Sede. Y al oir esto ¿ podemos Nos callar? ¿Está en nuestra mano disimular al saber disposiciones semejantes y guardar un silencio que nos haria reo delante de Dios de prevaricacion en nuestro cargo y atraeria sobre Nos el oprobio de la posteridad?

« Vuestra majestad sienta el principio de que es emperador de Roma, y con apostólica franqueza hemos de decir que el Sumo Pontífice, que lo es hace muchísimos siglos sin que príncipe alguno reinante cuente con antigüedad comparable á la suya, no reconoce, como soberano que es de Roma, ni ha reconocido nunca en sus estados, autoridad superior á la suya; sobre Roma no tiene el menor derecho emperador alguno. Muy grande sois, sin duda; pero habeis sido elegido, consagrado, coronado y aclamado emperador de los franceses, no de Roma. En Roma no existe emperador, ni es posible que en ella exista á no ser despojado el Sumo Pontífice del absoluto y exclusivo imperio que en la misma ejerce.»

Mucho aclaran la situacion esos fragmentos de la correspondencia que mediara entre Pio VII y el emperador, situacion que se complica con nuevas particulares desavenencias que sobrevienen entre el cardenal Consalvi, secretario de estado, y el cardenal Fesch, embajador de Francia. Es el primero un consumado político, y el segundo un sacerdote de juicios limitados aunque leales, que agita los asuntos más vidriosos como para complacerse en enredarlos y confundirlos. Consalvi es autor del concordato; Consalvi ha impulsado al Papa á consagrar al emperador; Consalvi goza en Roma y en el mundo todo de celebridad inmensa; Napoleon le aprecia y le honra hasta el punto de temer su talento; el cardenal posee el favor del Sumo Pontífice y la confianza del Sacro colegio (cosas que no siempre van juntas), y Fesch mira al parecer con envidia aquel encumbramiento y popularidad. Olvidado de que el hábito es la gratitud de los ancianos y de que Consalvi es indispensable á Pio VII como amigo y como ministro, obstínase en derribar al rival que le han creado sus vanidosos pensamientos, y tio del emperador se irrita al ver contrariados sus deseos.

Como era natural que sucediese, acusóse á Consalvi de inspirar al Papa la firmeza de sus propósitos y la imperturbabilidad de su lenguaje. El emperador no habia olvidado que el cardenal habia roto con el primer cónsul varias lanzas; y considerábale como hombre peligroso: decidióse, pues, que fuese destituido, pero á esto precedió la destitucion del mismo cardenal Fesch. No se doblegaba este prelado á todas las exigencias, sino que se complacia á veces en resistir hasta al emperador, y este, para deslindar claramente la nueva posicion que tomaba respecto de la Santa Sede quiere que reemplace un regicida como embajador de Francia en Roma á un príncipe de la Iglesia honrado con su parentesco. El baron Alquier sucede al cardenal Fesch.


Digitized by Google

Del noviciado entre los padres del Oratorio pasó Alquier al foro. Jansenista y abogado como era tenia dos títulos para ser revolucionario, y lo fue con todo el agravamiento de la bajeza y cobardía. Regnault (de Saint-Jean d'Angely), amigo suye, traza con estas pocas palabras su retrato: « Considerábasele de muy poco ánimo y de mucha desidia.» Y en seguida añade: «Una nonada le da miedo, y dudo de que en momentos de peligro conserve el uso de la razon.»

Pero ni abrigar esa duda habia sido posible al pronunciar la convencion la sentencia de Luis XVI: entónces fue Alquier uno de aquellos muchos regicidas peores que todos, empujados por el miedo al delito, hombres que se llamaban jueces y no supieron tener el valor de la justicia. Alquier votó la muerte del rey cuya inocencia reconocia en su foro interno, y á aquel hombre cobarde y para poco confió Bonaparte el encargo de aterrorizar al Papa, pues aunque el emperador no aprobase tan viles traiciones á la verdad y virtud, sabia servirse de ellas en caso necesario. Debia exigir Alquier la destitucion del cardenal Consalvi, y en efecto en 17 de julio de 1807 presentó este dimision de su empleo. El cardenal Casoni de más de setenta años fue nombrado pro-secretario de estado, como para indicar claramente que el Papa reservaba el puesto y el título al ministro predilecto suyo.

En la lucha que va á empeñarse entre un Pontífice separado de sus consejeros y los sicarios militares ó civiles del emperador que emplearán su indisputable autoridad para exagerar sus deseos y anticiparse á sus órdenes, aúnanse la violencia y la astucia, y combinan sus esfuerzos para coger á Pio VII en un lazo; y si sus esfuerzos se frustran, si la flaqueza del Pontífice triunfa de la fuerza de sus enemigos, acúsanle entónces de carecer de dignidad personal ó de obrar á impulsos de irritacion nerviosa. Pedazo por pedazo arráncanse del patrimonio de la Iglesia las últimas provincias que constituyen la verdadera independencia y la esencial salvaguardia de la Santa Sede, y el incesante paso de tropas francesas por la Romania (tropas que á propósito no han sido pagadas), arruina el tesoro y empobrece al estado y á los particulares. Para formar los principados de Talleyrand y Bernadotte, piérdense Benevento y Ponte-Corvo; el Papa y el Sacro colegio vénse expuestos á cuantas sutilezas son imaginables, y queriéndose tener bajo tutela al uno y aplicar al otro la ley de sospechosos, procúrase que alimenten los temores y zozobras incesantes escaramuzas de pluma. Napoleon ha formado el proyecto de ser emperador de Occidente, y dice que el cetro es peso muy grave para la débil mano de Pio, y que su frente harto abrumada estará no llevando más que la tiara.

Con sus modales arrogantes ó blandos era Alquier más que el representante de la Francia napoleónica el encargado de negocios de la revolucion, y en esto estaba precisamente lo triste de la situacion destinada á empeorar de dia en dia. Está Alquier en relaciones con algunos oficiales del ejército pontificio y en especial con los demagogos que echaban de ménos los buenos tiempos en que la república romana les concedia derecho de vida y muerte

Digitized by Google

sobre sus conciudadanos: fingian aquellos militares estar poseidos de indignacion por verse pacíficos soldados del Papa en una época en que un césar como Bonaparte decretaba la victoria; quejábanse esos tribunos, perdido hasta el pudor de la servidumbre, de ser gobernados por sacerdotes que, á su decir, ahogaban por sistema todas las aspiraciones generosas.

Para estimular esas accesiones de guerrera fiebre y dar cuerpo á las traiciones en secreto fomentadas, Alquier ha tomado muy pérfidas disposiciones. En 2 de febrero de 1808 una division del ejército frances á las órdenes del general Miollis debe entrar en la capital del mundo cristiano, y aunque díccese oficialmente que se dirige á Nápoles, el embajador propala en voz baja que está destinada á ocupar á Roma. Mas para legitimar, ó á lo ménos para excusar tan odiosa violacion de territorio ha menester un pretexto, y á este fin dirígense á los cuarteles órdenes falsificadas como si emanaran de la Santa Sede, las cuales serán despues achacadas á los cardenales Pacca y Consalvi, del mismo modo que se acusara ya al último de la muerte de Duphot. Consistia la trama en que los soldados pontificios hiciesen fuego contra los franceses al apoderarse estos de la puerta del Pueblo; pero avisado con tiempo el Papa, la conjuracion aborta, y Pio VII, de quien quiso la diplomacia hacer manso cordero, despiértase convertido en leon: el «bonazo» se trasformó en héroe. En 30 de enero de 1808 reune junto á sí al Sacro colegio y á los prelados todos, y revestido de la capa pontificia y sentado en su trono manda que entre Alquier, llamado á palacio por medio de un billete de la secretaría de estado. Preséntase el embajador, y el Pontífice le dirige las siguientes palabras que con satisfaccion restituimos nosotros á la historia, traduciéndolas del original escrito de puño propio del Pontífice:

«Entre los hombres que votaron la muerte del rey de Francia os contais vos, y aunque tan execrable delito habia de llenar de horror vuestra existencia y mudar por completo vuestro modo de obrar en los acaecimientos políticos, ha sucedido todo lo contrario.

«Queríais poner en grave peligro á la Santa Sede, á Nos mismo y á nuestros fieles súbditos, y habríais conseguido vuestro intento á no haber venido en auxilio nuestro la misericordia divina. Todo lo sabemos ¿estais? Todo lo sabemos, y de grado os perdonamos.

«Decid á vuestro soberano que fiado en su sagrada palabra emprendímos un viaje muy penoso y dejámos la Santa Sede sin cabeza sólo para conseguir el establecimiento de una sola Iglesia; decidle que nada ha cumplido de lo que prometiera, y que al faltar así á su palabra no ha sido á Nos á quien ha ofendido, sino á Dios.

«Decidle tambien que subo y estoy en este trono con la misma seguridad y firmeza que en el piso más llano é igual; decidle que somos inquebrantable, y que si algun dia le asalta el deseo de vernos deportado no tiene mas que extender la órden. Pero sepa desde ahora para entónces que no serémos sino un pobre monje benedictino por nombre Gregorio Bernabé Chiaramonti, que para aquel caso está ya elegido el verdadero Papa, y que él mismo habrá de proclamarlo. ¿Entendeislo bien? ¡Salud!»



El tono de suprema dignidad con que pronunció Pio VII estas palabras no consentia contestacion alguna. El Pontífice bajó del solio, y seguido de su córte se retiró majestuosamente, dejando tan turbado al embajador frances que no acertó en mucho tiempo, añade el relato manuscrito, con la puerta de salida.

Esta escena que hasta ahora no habia sido referida, fue, como todo lo grande, sencilla y sublime á la vez. Ella es fiel resúmen del carácter de Pio VII y nos manifiesta hasta qué punto llevaba su firmeza. Alquier la conoció entónces, pero era ya muy tarde.

En 2 de febrero entraron los franceses en Roma sin disparar un tiro. Apoderáronse del castillo de San Angelo, de las principales posiciones, de las imprentas y establecimientos públicos, y como para tomar posesion, no solo de la ciudad, sino tambien de la persona del Jefe de la Iglesia, apuntaron artillería contra el Quirinal, su residencia.

Preso está el Papa en su propio palacio sin mas libertad que la de sus dolores, y para hacerle aun más amargo su pesar son desterrados todos los cardenales ó prelados á quienes se creia bastante animosos para consolarle y alentarle. Pónense guardias de vista á Consalvi, y la prision celular comienza para el Pontífice. Por órden suya su pro-secretario de estado resiste á todas las exacciones menudas, hasta que al fin ha de ceder su empleo á otro. Al cardenal Casoni sucede el cardenal Doria; á este Gabrielli, y á Gabrielli, digno de su nombre, el cardenal Pacca.

No es el nuevo ministro hombre á quien intimiden las amenazas; cuando conviene sabe hablar y sabe obrar, y libre de ilusiones porque lo está de intereses, manifiesta en su severa modestia un buen juicio y una intrepidez que jamas se desalientan. Unido con Consalvi por los lazos de estrecha amistad conoce como él el peligro de la situacion, y suple al lado de Pio VII, al antiguo consejero, hasta que conocida su prudencia y resolucion, se expide la órden de prenderle; mas preséntase el Papa y escuda con su persona al ministro sospechoso de fidelidad. Sin esperanza de vivir y sin temor á la muerte, Pacca ha aceptado su propio sacrificio, y su abnegacion será eterna gloria de su nombre, pues en verdad que fue de la raza de aquellos predilectos por los cuales se alcanza la salvacion de Israel.

De cada dia toman mayores proporciones la lucha que unos pocos ancianos sostenian con el dominador de Europa. Encanecidos en la oracion y el estudio, decian aquellos como san Pablo: «Aunque andamos en carne no militamos segun la carne, y no son carnales las armas de nuestra milicia (1).» En efecto, no pueden oponer á la invasion pueblo ni ejército; abandonados están al parecer de Dios y de los hombres; pero no se abandonan ellos á sí propios, sino que, animados del valor que comunican las resoluciones unánimes, no temen la muerte ni el cautiverio. Y siendo así su triunfo definitivo podia estar más ó ménos lejano, pero era seguro.

La victoria ha llevado á Napoleon hasta el centro de Alemania; el imperio

(1) *Epist. B. Pauli*, II, Cor. X, 3.

Digitized by Google

de Austria se conmueve y vacila, y en 17 de mayo de 1809 un decreto expedido en el palacio de Schœnbrunn suprime la autoridad temporal de los Papas y declara que Roma es ciudad imperial y libre. Su promulgacion debia verificarse en 11 de junio; pero Pio VII en una «notificacion á sus queridísimos súbditos y á toda la cristiandad» protesta la víspera contra la usurpacion de sus estados y las precarias compensaciones con que queríase humillar á la Santa Sede. Este documento está concebido en los siguientes términos:

«Los tenebrosos designios de los enemigos de la Sede apostólica quedan al fin cumplidos. Despues de ser violenta é injustamente despojados de la mayor y mejor parte de nuestros estados, vémonos ahora, con pretextos indignos y con injusticia más grande aun, privados de nuestra soberanía natural á la que va estrechamente unida nuestra espiritual independencia. Consuélanos en la persecucion que padecemos la certeza de que no por ofensas al emperador ni á Francia, objeto constante de nuestros tiernos y paternales desvelos, ni por designios de política mundana, ha caido sobre Nos tan gran desastre, sino únicamente por habernos negado á faltar á nuestros deberes y á nuestra conciencia. Complacer á los hombres y ofender á Dios no es lícito á los que profesan la religion católica, y mucho ménos á aquel que es su intérprete y cabeza. Obligados como estamos para con Dios y la Iglesia á trasmitir intactos todos nuestros derechos, protestamos, pues, contra el nuevo despojo, lo declaramos nulo y de ningun valor, y con entera y formal voluntad rehusamos cualquiera clase de dotacion que el emperador de los franceses tenga intencion de señalarnos, ya á Nos, ya á los individuos de nuestro Sacro colegio.

«De oprobio quedaríamos cubierto á los ojos de la Iglesia á hacer depender nuestro sustento de las mismas manos que nos lo arrebatan; así es que, fiados por completo en la Providencia y en la piedad de los fieles, nada nos importaria, y por el contrario seria para Nos motivo de contento acabar entre privaciones la angustiosa carrera de nuestros tristes dias. Con humildad profunda adoramos los impenetrables designios de Dios; imploramos su misericordia en favor de nuestros súbditos que serán siempre alegría y corona nuestra, y despues de haber cumplido en las presentes aflictivas circunstancias con cuanto exigen nuestros deberes, les exhortamos á conservar siempre pura la religion y la fe y á unirse á Nos entre el vestíbulo y el altar para suplicar con lágrimas y gemidos al Padre supremo de los consejos que se digne mudar los de nuestros perseguidores.»

Preludio era esa notificacion de un acto de mayor importancia. Para el caso de que ocurran los sucesos que hacen temer el carácter del emperador y las tendencias de la revolucion, el cardenal di Pietro y el padre Fontana han extendido la minuta de la bula «Quum memoranda,» en la cual, sin nombrar directamente á Napoleon, se fulmina anatema contra los despojadores de la Cátedra apostólica y contra sus parciales y secuaces. Napoleon abusa de su poderío para despojar al Jefe de la Iglesia; este usa de las armas espirituales para resistir al embate; pero hasta en aquel punto supremo de la

Digitized by Google

contienda procura probar al emperador con atenciones repetidas que las ofensas de un amigo antiguo deben preferirse á las falaces caricias de un enemigo oculto.

En aquellos años, trascurridos entre turbulencias y premeditadas complicaciones, Pio VII y el Sacro colegio, movidos por la fuerza misma de las cosas, han debido convencerse de que la mayor debilidad es el exagerado temor de parecer débil. Ante el conquistador que recorre el mundo á paso de carga, los príncipes de la tierra, mudos de espanto ó servilismo, no veian el momento de desertar de su propia bandera; mas la córte romana, que no creyó deber pasar por semejante afrenta, dió un grito de alarma más que de reto, y ese grito halló eco en las conciencias. Napoleon quiso herir al Pontificado, y á sí mismo se hiere; por voluntad suya se ha rodeado de instrumentos ciegos que llevan la obediencia hasta la bajeza, y esa obediencia le arrastra á actos que quizas en su interior condena, pero de los cuales es responsable ante los hombres.

En 19 de junio el emperador ignora todavía la existencia de la bula de excomunion, y escribe á Murat lo siguiente: «Os he manifestado ya mi intencion de que los asuntos de Roma fuesen llevados vivamente sin detenerse por ninguna clase de obstáculos. En caso de oponerse álguien á mi decreto no ha de ser respetado asilo alguno, y por ningun concepto ni pretexto tolerada la menor resistencia. Si á despecho de su estado y del Evangelio predica el Papa la rebelion y quiere aprovechar la inmunidad de su casa para hacer imprimir circulares, préndasele. La época de hacer tales cosas ha pasado ya, y por mucho ménos prendió Felipe el Hermoso á Bonifacio VIII y Cárlos V á Clemente VII. El sacerdote que predica á las potestades temporales la discordia y la guerra en vez de la paz, abusa de su poder.»

Esa carta, que pesará eternamente sobre el destino de Napoleon, no contiene en verdad la órden explícita de apoderarse con violencia de la persona del Papa y darle en espectáculo á Europa como desobediente á los mandatos del emperador; pero era aquel un tiempo en que con dificultad se hallaban hombres que temieran desazonar á su dueño con tal de servirle mejor. En aquella época los que sobrevivieran á la revolucion habian pensado con Tácito «que una autoridad extrema está siempre mal afianzada (1),» y á fin de minarla más aun llevaban su complacencia hasta la perfidia. Napoleon ha hablado de prender al Papa, y sus generales y agentes en Roma fraguan una escena de camino real; organizan contra el Quirinal un ataque nocturno, un escalamiento con fractura, y en seguida un general de gendarmería, llamado Radet, penetra con fuerza armada hasta el aposento del Pontífice supremo.

El rapto está consumado; presos quedan el Papa y el cardenal Pacca, y aquella noche en las puertas del Quirinal la revolucion, por boca de uno de sus sicarios directores de la trama, dice: «Este es el último Papa que pasa estos umbrales; muerto él todo acabó.» Y halagada por esta perpétua qui-

(1) Tácito, *Hist.*, l. II, XCIII.

Digitized by Google

mera arrastra fuera de Roma al Soberano y al ministro sin haber indicado siquiera el lugar de su destierro. Teme la ira de los transteverinos; quisiera burlar la piedad de los pueblos para que no se agruparan al rededor del cautivo, y así es que le lleva engañado de Roma á Florencia, de Florencia á Génova, de Génova á Alejandría y de Alejandría á Grenoble. Es como un resto de Pontificado que vaga perdido y sin dueño conocido de ciudad en ciudad á merced de sus carceleros, excitando en todas partes arranques de fe y sentimientos de lástima.

Napoleon podia y debia castigar á sus agentes; su exagerado celo habia excedido los límites de su deseo; pero cree que un paso atras puede poner en peligro la omnipotencia porque suspiraba, y aunque condena en secreto ratifica solemnemente el hecho consumado. «Me pesa, escribe en Schœnbrunn en 18 de julio de 1809 á su ministro de policía, que se haya preso al Papa; ha sido un gran desatino. Lo que habia que hacer era apoderarse del cardenal Pacca y dejar al Papa tranquilo en Roma; pero ello es que no hay remedio y que ya está hecho. Ignoro lo que habrá mandado el príncipe Borghese; pero es mi intencion que el Papa no entre en Francia. Si no ha salido aun del Genovesado, es Savona excelente punto para recibirle. Hay allí una casa muy grande donde podrá estar decentemente hasta que se resuelva en qué ha de parar todo esto. En caso de curarse de su demencia no me opongo á que sea otra vez llevado á Roma. Si hubiese entrado ya en Francia haced que retroceda por Savona y San Remo; ejerced gran vigilancia sobre su correspondencia. En cuanto al cardenal Pacca encerradle en Fénestrelle, y participadle que al primer frances que caiga asesinado por efecto de sus instigaciones lo pagará con su cabeza.»

A lo que dice el general Radet, el cautivo cuya «demencia» no debia acabar sino con el imperio conservó en aquellos angustiosos momentos toda la calma de su dignidad y la benevolencia de su sonrisa. A los pueblos que se precipitaban á su paso y que prosternados en el polvo de los caminos le pedian con llanto su bendicion, dábales en alta voz el santo y seña del cristiano. «¡Ánimo y oracion!» exclamaba, y la multitud al alejarse repetia esas palabras que son á una consuelo y esperanza. Despues de muchas carreras sin objeto y de no pocos viajes sin direccion fija, Pio VII llega por fin á Savona. Hásele privado de todos sus consejeros y amigos; prohíbesele tener comunicacion con los de fuera y con los de dentro; queda aislado, secuestrado, negándosele hasta tinta y papel, y para hacer más duro aun su cautiverio se le impide tener correspondencia con el episcopado.

Huérfana se halla la cristiandad, y esto no obstante la Cátedra de Pedro no quedará viuda. Abismado en la soledad, amándola quizas, el Papa ni pide ni acepta distraccion alguna; y á las varias proposiciones que le dirigen las autoridades imperiales contesta siempre con aquellas palabras de Tertuliano: «Libre soy, y mi único señor es Dios omnipotente y eterno, señor tambien del César.» De sus labios, depositarios de la ciencia, de su boca intérprete de la ley, no se exhalan reconvenciones ni quejas, y como sabe que para observar una conducta uniforme ha de partirse de un principio invariable, apóya-

Digitized by Google

se en la palabra de Dios. Con su experiencia le ha enseñado Consalvi que en diplomacia lo mismo que en todo es muy conveniente saber olvidar, y á ello está dispuesto; mas nunca á que el olvido llegue á causar perjuicio á la Santa Sede.

El emperador tiene en su poder al Sumo Pontífice y quiere que suceda lo mismo con el Sacro colegio. En 1798 la revolucion dispersó á los cardenales, y esa dispersion, efecto de torpeza, permitióles reunirse en cónclave: Napoleon pone ahora más alta la mira, y quiere que cuando la muerte arrebate á Pio VII los príncipes de la Iglesia se dejen guiar en la eleccion por su imperial voluntad. Oblígales, pues, á desterrarse á Paris y á realzar con el esplendor de la púrpura romana el brillo de sus fiestas religiosas, y aunque con duelo en el alma obedecen los cardenales la órden que les es trasmitida. Llegó, empero, un dia en que el deber estuvo en oposicion con ella, y el deber triunfó.

Los cardenales han sido reunidos, ó por mejor decir, internados en la capital del imperio, y Napoleon se lisonjea de ejercer sobre ellos el influjo de su poderío y la fascinacion más irresistible aun de su talento. Consalvi llega á su vez encanecido ántes de tiempo, pues como decia Plinio de Trajano: «Parecia que los dioses habian cubierto su cabeza de prematuras canas para imprimir mayor majestad á su frente;» y en sus Memorias refiere en los siguientes términos la presentacion de los desterrados al hombre que diera la órden de su destierro. El relato que hace el cardenal de esa audiencia napoleónica es una página inédita de historia.

«Cinco cardenales, escribe Consalvi, llegados aquella misma semana habíamos de ser presentados al emperador por el cardenal Fesch el dia de que estoy hablando, y éramos el cardenal di Pietro, llegado conmigo, y los cardenales Pignatelli, Saluzzo y Despuig. El cardenal Fesch nos habia colocado á los cinco á un lado formando semicírculo; los demas cardenales estaban en otro extremo de la sala junto con los grandes de la córte, los ministros, los reyes, los príncipes, las princesas, las reinas y otros dignatarios. El emperador entra en el salon, y adelantándose hacia él el cardenal Fesch comenzó por presentarle el cardenal Pignatelli que estaba en primer lugar, pues nos habíamos colocado por órden de preeminencia en la dignidad cardenalicia. Fesch dijo: «El cardenal Pignatelli;» el emperador contestó: «Napolitano,» y pasó adelante sin decir más. El cardenal Fesch presentó el segundo, diciendo: «El cardenal di Pietro,» y el emperador, deteniéndose un momento, exclamó «Habeis engordado; acuérdome de haberos visto aquí con el Papa cuando mi coronacion.» Dicho esto pasó adelante, y el cardenal Fesch le presentó el tercero que era el cardenal Saluzzo. «Napolitano», dijo el emperador, y siguió andando. El cardenal Fesch le presentó el cuarto, y dijo: «El cardenal Despuig.» «Español,» contestó el emperador, á lo que el cardenal replicó: «De Mallorca,» como si renegara de su patria (1).

(1) Nuestros lectores españoles conocerán lo violento, por no decir falso, de la interpretacion que da el cardenal Consalvi á las palabras del cardenal compatriota nuestro. Para la mayor parte de escritores extranjeros, aun los de mejor seso y voluntad, los sentimientos federalistas que están en


Digitized by Google

«El emperador pasó adelante, y llegado que fue cerca de mí, exclamó ántes que el cardenal Fesch me nombrase: «¡Oh cardenal Consalvi, cómo habeis enflaquecido! Casi no os habria conocido.» Y dicho esto con grande afabilidad se detuvo esperando mi contestacion. Como para explicar la pérdida de carnes que en mí observaba, le dije: «Señor, los años pasan; diez han trascurrido desde que tuve el honor de saludar á vuestra majestad.— Es cierto, contestó; pronto cumplirán diez años de vuestra venida para el concordato. En esta misma sala lo hicimos. Y ¿de qué ha servido? Todo se ha desvanecido cual humo por culpa de Roma. Confieso que hice mal al derribaros del ministerio; á buen seguro que á continuar vos en aquel puesto las cosas no habrian ido tan allá.»

«Estas últimas palabras me dieron tanta pena que no supe lo que por mí pasaba. Por grandes que fuesen mis deseos de ser bien recibido por Napoleon nunca habria podido creer que llegase á tanto, y aunque hubiese de serme agradable oirle decir en público que él habia sido causa de mi caida ministerial, afligióme que afirmara que á permanecer yo en aquel puesto las cosas no habrian ido tan allá. Dejando pasar sin correctivo esas palabras temí que el público pensara que, á ser verdad, habria yo faltado á mi deber, lo cual era natural consecuencia de las mismas.

«Al asaltarme semejante temor no consulté sino mi honra y la verdad, y en vez de mostrarme contento y agradecido por su afable recibimiento y por una confesion tan extraordinaria y significativa en un hombre de su carácter, confesion en la que se reconocia culpado por haberme apartado del ministerio, halléme en la dura necesidad de contestar á sus absolutas palabras con otras no ménos fuertes y significativas. «Señor, le dije, á permanecer yo en aquel puesto habria cumplido mi deber.»

«El emperador me miró fijamente y sin contestarme se apartó de mí; y andando por el semicírculo que formábamos dió comienzo á un largo discurso, citando muchas cosas que no es del caso trasladar aquí acerca de la conducta del Papa y de Roma, y acusándoles por no haber accedido á sus deseos y haberse negado constantemente á adoptar su sistema. Largo rato estuvo hablando, y al hallarse una vez cerca de mí en sus idas y venidas, se detuvo, y por segunda vez dijo: «No, á permanecer vos en el ministerio las cosas no habrian ido tan allá.»

«Aunque bastaba haberle contradicho una vez, atrevíme á hacerlo otra, movido por los mismos impulsos de ántes, y le dije: «Esté vuestra majestad persuadido de que habria cumplido mi deber.»

«De nuevo fijó en mí sus ojos, y sin contestarme volvió á su paseo y á su discurso, formulando siempre las mismas quejas respecto de la conducta que con él observaba Roma, y doliéndose de que esta no tuviera ya los grandes varones que en otro tiempo la ilustraron. Dirigióse en seguida al carde-

lo íntimo de los corazones de nosotros todos y que son hijos de nuestra particular historia, son cosa que no comprenden, y por lo mismo no les dan lugar alguno en la explicacion de los sucesos que refieren. Todos comprendemos en España que seria otro muy distinto que el que supone Consalvi el móvil que impulsó al cardenal Despuig á decir aquellas palabras á Napoleon.—N del T


Digitized by Google

nal di Pietro, que era el primero del semicírculo así como yo el último, y dijo por tercera vez: «A continuar el cardenal Consalvi siendo secretario de estado, las cosas no habrian ido tan allá.»

«Al oirle repetir por tercera vez estas palabras, no diré mi valor, pero sí mi poca prudencia en aquel caso y un celo excesivo por mi honra, me hicieron traspasar los justos límites. Dos veces le habia replicado, y ha de advertirse que entónces no se dirigia á mí y estaba á bastante distancia del sitio donde yo me hallaba; pero sin poderme contener dejé mi sitio, y acercándome á él, le dije: «Señor, he dicho ya á vuestra majestad que á permanecer en aquel puesto habria cumplido mi deber.»

«Al escuchar esta tercera profesion de fe, si me es lícito decirlo así, el emperador no pudo contenerse, y fijando en mí su mirada prorumpió en estas palabras: «Lo repito, vuestro deber no os habria permitido sacrificar lo espiritual á lo temporal,» queriendo expresar con ello que, segun él, habria yo accedido á su voluntad ántes que exponer los intereses de la religion á los peligros de verle romper con Roma. Dicho esto me volvió la espalda, y yo me retiré otra vez á mi sitio. En seguida con pocas palabras preguntó á los cardenales del otro lado de la sala si habian oido su discurso, y volviendo luego á nosotros cinco y manteniéndose al lado del cardenal di Pietro, dijo que, estando casi por completo en Paris el Colegio de cardenales, habíamos de examinar lo que convenia proponer ó solicitar para la expedicion de los negocios eclesiásticos; añadió que para ello podíamos reunirnos todos á la vez ó los principales de entre nosotros, y explicó despues lo que entendia por principales. Eran estos, á lo que quiso decir, los más versados en los asuntos teológicos, conforme así se desprendió de la antítesis que envolvian las siguientes palabras dichas al cardenal di Pietro, á quien se dirigia: «Haced de modo que en ese número se halle el cardenal Consalvi, pues aun cuando, segun creo, no sea teólogo, sabe mucho y conoce á fondo la ciencia política.» Por conclusion manifestó que se le trasmitieran los acuerdos por medio del cardenal Fesch, y se retiró.»

De este modo, á cada nueva crísis renovábase la lucha entre el guerrero y el Eclesiástico, y en ella el fuerte habia de ceder siempre delante del débil, pues este tenia en su pro la conciencia y la justicia.

El matrimonio del emperador Napoleon con la archiduquesa María Luisa de Austria es proclamado; mas por razones teológicas y morales que no son de este lugar, opónese la Iglesia romana al divorcio ó al repudio de la emperatriz, por más que la curia diocesana de Paris incurriese en la culpa de legalizarlo. Desde la víspera de la consagracion Josefina, delante de Dios y de los hombres, es legítima esposa de Napoleon Bonaparte, pues aquel dia el papa Pio VII, á solicitud de la misma emperatriz, exigió que la religion sancionara un enlace que hasta aquel momento sólo fuera civil. El deseo de Josefina queda cumplido, y la Iglesia no quiere, no puede ceder á consideraciones que conducian en rigor á hacer depender de un capricho ó de intereses políticos la indisoluble santidad del matrimonio. En la imposibilidad de hablar en que está el Papa, el Sacro colegio dará una voz á su mismo si-

Digitized by Google

lencio, y Consalvi le servirá de intérprete. «...Sabíamos que los convites habian de ser cuatro, dice el cardenal en sus Memorias inéditas sobre el matrimonio de la archiduquesa; el primero para Saint-Cloud, donde el emperador debia presentar la emperatriz luego de llegada á todos los altos cuerpos del estado; el segundo para el mismo punto, á fin de asistir al matrimonio civil; el tercero para las Tullerías, donde debia celebrarse el matrimonio religioso, y el cuarto para las Tullerías tambien, con objeto de recibir en córte, estando los soberanos en el trono, á las altas corporaciones del estado.

«Despues de prolongada deliberacion entre nosotros trece convenímos en no asistir al segundo ni al tercer convite referentes al matrimonio, esto es, no al eclesiástico, por la razon dicha, y tampoco al civil, porque no creímos decente en cardenales autorizar con nuestra asistencia la nueva legislacion que separa aquel acto de la bendicion nupcial, como se la llama, y además porque aquel mismo acto envolvia la consideracion de quedar roto legítimamente el lazo anterior, en lo cual no podíamos convenir nosotros.

«Resolvímos, pues, no asistir á la segunda ni á la tercera reunion. Por lo que toca á la primera y á la cuarta sólo vímos en ellas un acto de deferencia y respeto que nada tenia que ver con el matrimonio, pareciéndonos que podíamos dar aquel paso cerca de Napoleon y de la archiduquesa sin reconocerlos por ello como marido y mujer. Díjose que convenia suavizar todo lo posible la dureza de la demostracion que íbamos á hacer contra el emperador á la vista de Europa, pues no asistir á la celebracion de su matrimonio equivalia á protestar oficial y canónicamente, y manifestóse ademas la conveniencia de no omitir cosa alguna para probarle que únicamente nos negábamos á lo que nos era imposible. Acerca del cuarto punto las opiniones estuvieron divididas (siendo yo uno de los más obstinados en opinar por la negativa) á causa del temor de un escándalo público, como vulgarmente se dice, el cual era en efecto de temer habiendo faltado al segundo y tercer convite en atencion al genio violento del emperador. No sucedia así respecto del primero, y habiendo prevalecido en este las razones afirmativas resolvímos de consuno no dividirnos en circunstancia en que tanto nos importaba estar unidos y mantener completo nuestro número. Por fin, á pesar de lo ántes manifestado, decidióse que, asistiendo á la primera y cuarta reunion, dábamos medio al emperador de hacer ver, por lo ménos en público, que nuestra falta de asistencia á las otras dos era debida á causas accidentales, ó que habia pasado para él desapercibida; y así pensábamos que lo haria, pues estaba en su interes el no «dar escándalo» en asunto de tanta importancia.

«Recibido que hubímos las cuatro invitaciones fuímos todos á Saint-Cloud la tarde de la primera ceremonia, y miéntras esperábamos en el gran salon la llegada de los dos soberanos, hube de sostener un récio embate que me causó mortales angustias. Reunidos estábamos todos, reyes, cardenales, príncipes del imperio, dignatarios y ministros, cuando de pronto se me acercó el ministro de policía Fouché, duque de Otranto. Habíale conocido en la época de mi primer viaje á Paris, y concibió por mí grande afecto; debíale un favor muy señalado á una persona que yo le recomendara, y miéntras fuí


Digitized by Google

ministro no dejó pasar ocasion alguna de saludarme haciendo que me visitaran los franceses que iban á Roma. Sabia que hablaba de mí en los términos más afectuosos, y en mi visita de llegada (la única que le hice en los cinco meses que permanecí esta segunda vez en Paris) me recibió con grande obsequio y afabilidad, y me habló de las dificultades sobrevenidas, atribuidas por él á haber dejado yo la secretaría de estado. La delicadeza de mi carácter me impulsó á contestarle ingénuamente (aunque él no llegó á convencerse de ello) que lo mismo habria sucedido, porque siempre habia sido y siempre seria mi opinion que no podia accederse á lo que se exigia.

«Acercóseme, pues, aquella tarde, y tomándome de la mano me llevó á un ángulo del salon y me preguntó si era cierto que algunos cardenales pensaban en cometer el desatino, ó por mejor decir, añadió, el enorme atentado de no intervenir en el matrimonio del emperador. Deseando no poner en peligro ántes de tiempo á ninguno de mis colegas y no entrar en una discusion poco agradable, y no queriendo negarle el hecho, traté de eludir su pregunta; repitióla, empero, con mucha insistencia, y entónces le contesté con mi franqueza acostumbrada que me era imposible manifestarle el número y los nombres de los cardenales que habian tomado aquella decision, pero que en aquel momento estaba hablando con uno de ellos.

«Al oir esto dijo Fouché que con gran sentimiento suyo habia oido aquella misma mañana decir al emperador que yo era en efecto de aquel número; pero que él lo habia negado asegurando no ser posible que un hombre de mi buen seso y no imbuido en las preocupaciones de mis colegas abrigara tales pensamientos, sobretodo en un asunto en que veia á la mayoría del Sacro colegio (lo cual me manifestó lo bien informado que estaba) obrar de tan distinta manera. Y en seguida empezó á enumerar las terribles consecuencias de nuestra conducta y á decirme lo muy culpados que respecto del estado nos haríamos, ya que el asunto se rozaba de tan cerca con la sucesion al trono, con la legitimidad del matrimonio y de los hijos que de él naciesen y con la tranquilidad del imperio. Añadió que nuestro paso habia de acarrear á Francia turbulencias sin fin, sino al pronto por el temor que la autoridad inspiraba en época más remota; y dotado como está de talento adujo, fundándolos en estos y otros motivos y tambien en lo crítico de las circunstancias, infinitos argumentos, insistiendo principalmente en que no podia darse el nombre de matrimonio al acto que rechazábamos como tal, pues el matrimonio, decia, se ha celebrado ya en Viena, y todo se reduce ahora á una mera formalidad.

«Mas para todo tuve contestacion, y no quedó sin refutar ninguno de sus argumentos; y en cuanto á las consecuencias que no podia yo negar, díjele que lo sentíamos mucho, pero que no podrian nunca achacársenos, puesto que habíamos sugerido el medio de evitarlas, como era no invitar á todos los cardenales, medio que por desgracia no habia sido adoptado; y finalmente, que por lo tocante á nuestro interes personal, no podria nunca ser aquel motivo bastante poderoso para apartarnos de nuestro deber. El ministro replicóme muchas cosas que es inútil referir aquí lo mismo que mis respuestas, y

Digitized by Google

concluyó diciendo que si mis colegas se negaban á asistir al convite seria al fin y al cabo un mal, aunque no muy grave; pero que en cuanto á mí era la cosa muy distinta. «Sois notable en demasía, dijo; habeis hecho el concordato, habeis sido primer ministro, y sois tan conocido y estimado (así dijo por más que me considerase yo indigno de tal estimacion) que será fuerte cosa si os contais entre los ausentes. El emperador se pondrá más furioso por ello que por todo lo demas. Vuestro peso se deja sentir mucho en la balanza.»

«A continuacion me conjuró para que asistiera al matrimonio eclesiástico, lo cual era de altísima importancia, y repitió que no habria gran mal en que no asistiese al matrimonio civil. Sus esfuerzos nada alcanzaron; mantúveme firme en mi resolucion, y dándole gracias por la buena opinion en que me tenia sin merecerlo, añadí que tanto y quizas más que mis colegas abrigaba yo lo que él llamaba preocupaciones, y que yo, con más exactitud, calificaba de deberes de mi estado. Díjele en conclusion que nada bastaria á vencerme; y viendo que en aquel momento abrian las puertas para entrar sus majestades se separó de mí aconsejándome reflexionarlo bien y persuadir ademas á mis colegas que asistieran al matrimonio eclesiástico. «En cuanto á vos, añadió, os digo que soy capaz de ir por la mañana á buscaros yo mismo y á llevaros en mi coche, ántes que consentir en vuestra ausencia, que seria lo peor de todo, así para el acto como para vos mismo.» Así terminó un coloquio que me causó, como he dicho, mortales angustias, y, como es natural, lo referí circunstanciadamente á mis doce colegas que habian sido espectadores de lo acaecido junto con los demas cardenales y los príncipes reunidos en la sala.

«Entraron entónces los soberanos; el emperador daba la mano á la nueva emperatriz, y fué presentándole sucesivamente las personas presentes. Al llegar nuestra vez exclamó: «¡Ah! ahí están los cardenales.» Y pasando lentamente por delante de nosotros nombrónos á la emperatriz uno por uno, y añadió respecto de algunos su calidad ó patria: de mí dijo: «Es el autor del concordato.» Ninguno de los invitados desplegó los labios, y únicamente el presentado correspondia con un respetuoso saludo. El emperador verificó nuestra presentacion con gran afabilidad y cortesía, pues, como luego supímos, queria de aquel modo triunfar de nuestra oposicion, de la cual ya estaba enterado. Esto sucedia en 31 de marzo, un sábado por la tarde.

«El domingo verificóse en Saint-Cloud el matrimonio civil, y trece fuímos los que dejámos de asistir á él, es á saber: los cardenales Mattei, Pignatelli, della Somaglia, Litta, Ruffo-Scilla, Saluzzo, di Pietro, Gabrielli, Scotti, Brancadoro, Galeffi, Opizzoni y yo. De los catorce separados de nosotros (excepto, repito, el moribundo Caprara y el cardenal Fesch que intervino con la servidumbre imperial y civil de la córte en calidad de capellan mayor) estuvieron presentes once, esto es: los dos Dorias, Spina, Caselli, Fabricio Ruffo, Cambacéres, Vincenti, Erskine, Roverella y Maury; los tres que no asistieron: Bayanne, Despuig y Dugnani, se excusaron como enfermos; mas esa excusa fundada en motivos de salud les hizo considerar por la córte y el público como adherentes y no como contrarios. Llegó el lúnes, y

en el palacio de las Tullerías se verificó el matrimonio eclesiástico con la inmensa pompa que la historia ha descrito. Habia asientos preparados para todos los cardenales, y hasta el fin no se perdió la esperanza de verlos asistir al acto que era para la córte el más interesante; pero los trece dichos no se presentaron, y diéronse prisa en quitar las sillas desocupadas para que no produjesen mal efecto al emperador á su llegada.

«El cardenal Fesch hizo el casamiento. Al entrar en la capilla el emperador fijó ante todo su mirada en el sitio en que estaban los cardenales, y no viendo sino á los arriba indicados tomó su rostro una expresion de enojo que no pasó desapercibida para ninguno de los asistentes. En tanto nosotros trece permanecíamos encerrados en nuestras casas como víctimas destinadas al sacrificio, no recibiendo ni estando visibles para persona alguna. Esto era lo mejor que podíamos hacer en el estado á que las cosas habian llegado sin faltar á nuestros deberes.

«Pero llegó el mártes, dia de la cuarta invitacion, en que los soberanos sentados en su trono habian de recibir en córte, y allá fuímos todos segun habíamos convenido, aguardando, con la inquietud y angustia que son de imaginar, entre cardenales, ministros, obispos, senado, cuerpo legislativo, magistrados, damas y grandes del imperio el solemne instante de ver al emperador y de ser vistos por él. De pronto, despues de más de tres horas de antesala, miéntras eran introducidos en el salon del trono el senado, el cuerpo legislativo y las demas corporaciones á las que se daba preferencia sobre los cardenales, llega un ayudante de campo del emperador con la órden de que los cardenales que no habian asistido al matrimonio partiesen inmediatamente, pues su majestad no queria recibirlos. Desde el trono el emperador habia llamado al oficial para comunicarle dicha órden, y apénas el ayudante habia bajado las gradas del solio cuando le volvió á llamar para decirle que despidiera únicamente á los cardenales Opizzoni y Consalvi; pero ya fuese temor ó turbacion, ello es que el oficial no lo comprendió bien y pensó que al excluir á los trece queria Napoleon desairar especialmente á los dos nombrados, y notificó la órden á todos nosotros, con gran sorpresa de los espectadores. La escena oida por unos y presenciada por todos fue aun más notable y visible á causa de nuestros trajes rojos, y así públicamente expulsados hubímos de volver á nuestras casas.

«Quedáronse en la antesala los cardenales que habian asistido al matrimonio, y poco despues fueron introducidos. La presentacion se verificaba pasando uno á uno y lentamente por delante del trono sin detenerse mas que el tiempo necesario para hacer un profundo saludo; y miéntras fuéron pasando el emperador, que permanecia en pié no pudo contenerse, y prorumpió en terribles invectivas contra los cardenales expulsados, aunque las más y las principales fueron dirigidas á Opizzoni y á mí. Acusaba al primero de haber correspondido con ingratitud señalada á los favores que le debia, entre otros el arzobispado de Bolonia y el capelo cardenalicio; pero aun más terrible era lo que decia de mí, así por lo que tenia de especioso como por las consecuencias con que me amenazaba. Decia que si quizas podria perdo-

Digitized by Google

nar á los demas, no á mí en su vida; los otros, añadió, me han faltado por preocupaciones teológicas; pero Consalvi no las tiene, y me ha ofendido únicamente por principios políticos. Es enemigo mio, y trata de vengarse por haberle derribado yo del ministerio. Para ello ha querido astuto armarme un lazo y preparar contra mi dinastía un pretexto de ilegitimidad en la sucesion al trono, del cual no dejarán de aprovecharse mis enemigos cuando mi muerte haya desvanecido el temor que ahora experimentan.

«Así fue interpretado un acto que sólo hice por conciencia y para cumplir mi deber como todos los demas. Con facilidad se comprende cuán infundados eran por todos conceptos semejantes cargos; pero con la misma puede conocerse el riesgo á que me exponian y me exponen todavía tales ideas en un hombre que puede cuanto quiere y cuyo querer no es limitado por consideracion alguna. En el primer ímpetu de cólera dió órden de que fueran fusilados tres de los trece, es á saber: Opizzoni, yo y otro cuyo nombre no se ha sabido (sin duda era el cardenal di Pietro); luego dijo que la sentencia se limitara á mí, y milagro fue que no se llevase á cumplimiento; para mí tengo que la gran discrecion del ministro Fouché logró salvarme la vida.

«Nada más ocurrió de particular durante el lúnes y el mártes; pero el miércoles á las ocho de la noche recibímos los trece, unos en su domicilio y otros en el sitio en que se hallaban, un billete del ministro de cultos convocándonos para las nueve á fin de comunicarnos órdenes del emperador. Acudímos todos desde diversos puntos ignorando lo que tendria que decirnos, y solo uno de nosotros, obispo de una diócesis italiana, habia sabido algunas horas ántes por el ministro Aldini que el emperador exigia que renunciara al obispado que poseia en el reino de Italia. Lo propio fue intimado por el ministro de cultos á otros entre los trece que tenian sus diócesis, no en el reino de Italia, pero sí en los estados romanos declarados ya franceses, y en una hora, bajo la impresion de la sorpresa, del miedo y de la amenaza de ser llevados á una prision de estado, fueron las renuncias extendidas con toda la regularidad que la situacion permitia, esto es, difiriendo el punto á la voluntad del Papa, y conformándose con lo que Su Santidad resolviera sobre ellas aceptándolas ó desestimándolas. De este modo pudo salvarse el obstáculo, y como el Papa no aceptó ninguna quedaron siendo obispos de sus diócesis, aunque algunas fueron suprimidas y reunidas á otros obispados por decreto imperial. Vuelvo, empero, á mi relato.

«Llegados los trece á la casa del ministro de cultos fuímos introducidos en su despacho donde se hallaba tambien, aparentando ser por casualidad, el ministro de policía Fouché. Así que entrámos este, que estaba junto á la chimenea, me dijo en voz baja, contestando al saludo que me habia acercado á dirigirle: « Ya os dije, señor cardenal, que las consecuencias habian de ser terribles; lo que más siento es veros á vos en el número de las víctimas.» Díle gracias por el interes que por mí se tomaba, y manifestéle estar preparado para todo. Sus palabras me habian dado á comprender que habíamos de temer grandes cosas, y le pregunté cuál seria nuestra suerte. «El ministro

Digitized by Google

de cultos vá á decíroslo, me contestó, pues ha recibido para ello especial encargo.»

«En efecto, sentados que estuvímos, dicho ministro nos dirigió un largo discurso encaminado á demostrarnos nuestra culpa, la gravedad de nuestra falta y sus funestas consecuencias para el sosiego de Francia, ya de momento, ya más tarde. Añadió que habíamos faltado á nuestro deber no manifestándole nuestras dudas y sentimientos, en cuyo caso habríalo aclarado él todo, y empeñado en patentizarnos cuan errónea era nuestra opinion insistió principalmente en la trama urdida entre nosotros y tenida secreta para nuestros colegas. Mucho se extendió sobre la supuesta conjuracion, y en conclusion dijo que ese delito, prohibido y muy severamente castigado por las leyes existentes, le colocaba en la dura necesidad de notificarnos las órdenes de su majestad. Reducíanse estas á tres puntos: 1.° nuestros bienes, así eclesiásticos como privados, quedaban puestos en secuestro, sin poder nosotros disponer de ellos; 2.° prohibíasenos usar de las insignias cardenalicias y de cualquiera otro distintivo de nuestra dignidad, pues para el emperador no éramos ya cardenales; 3.° su majestad se reservaba el resolver sobre nuestras personas lo que tuviese por conveniente, dándonos á entender que á alguno de nosotros se le formaria causa.

«La mayor parte de los presentes no comprendieron cosa alguna del discurso por no saber el frances, y se vieron obligados á hacer que se lo explicara el cardenal que tenian al lado, esto en caso de que entendiese aquel idioma.

«Los tres ó cuatro que lo sabíamos (entre los cuales me contaba yo) contestámos inmediatamente que se nos acusaba sin razon y que nuestra conducta era hija de nuestro deber, no en verdad de nuestro capricho; que era cierto que nada habíamos dicho al ministro de nuestro propósito, pero que lo habíamos manifestado al cardenal Fesch, al que, con motivo de ser tio del emperador y colega nuestro, considerámos más idóneo para dar al asunto la menor publicidad posible, mayormente no siendo aquel cardenal un conducto ministerial ni cosa parecida; que no era exacto que hubiésemos guardado secreto con nuestros colegas, sino que por el contrario observámos con ellos un término medio no ocultándoles nuestra opinion, pero no haciendo nada para que la adoptaran, y esto precisamente para que nunca pudiera acusársenos de alzar partido contra el gobierno; que no podia darse cosa más falsa que la conjuracion que en nosotros se reprendia, pues en verdad que seria muy nuevo modo de conspirar el hacerlo saber (como lo verificámos por medio del cardenal Fesch) á aquel contra el cual se nos suponia conjurados; que el infamante cargo de rebelion era tan injusto como peregrino é injurioso para nuestra dignidad y carácter, y finalmente, que le rogábamos decir á su majestad que esto era lo único que nos apesadumbraba, preparados como estábamos para todo lo demas.

«El ministro de cultos, lo mismo que el de policía, manifestó que le hacian mella esas razones, y en justicia debe decirse que uno y otro parecian muy contristados por lo que nos sucedia, y deseosos de aplicar á ello algun reme-

Digitized by Google

dio que impidiera mayor escándalo. Confesáronnos sin rebozo que lo deseaban, no solo por nosotros, sino tambien por el imperio, pues el asunto podia tener graves consecuencias; dijeron que cuando ménos era su deseo que permaneciera oculta nuestra « descardenalizacion, » presintiendo la mala impresion que en todas partes produciria, y dijeron que á saber el emperador los sentimientos que respecto de él habíamos manifestado, quizas podria esperarse que su enojo se desvaneciera y verle sosegado y tranquilo. Contestámosles que podian decírselos; pero replicaron que relaciones de referencia tienen escaso valor, pues se supone que el intermediario las hilvana á su modo en utilidad del tercero caido en desgracia, y á continuacion nos preguntaron si veíamos alguna dificultad en expresarlos nosotros mismos por escrito al emperador. Nuestra contestacion fue que ninguna veíamos en cuanto era aquello la verdad, y entónces nos pidieron que reconociéramos otro punto, en lo cual no consentímos. Por fin, dictáronnos una carta en la que habia bueno y malo, esto es, cierta cosa que repugnaba á nuestra delicadeza, y quedámos en que nosotros veríamos el modo de redactarla conforme en lo posible con sus deseos, sin olvidar nuestros deberes, hecho lo cual la pondríamos en su poder. Hiciéronnos observar que el emperador marchaba á San Quintin el siguiente dia, que por la mañana habian de verle, y que no podrian ménos de darle parte entónces del resultado de la entrevista, no habiendo por lo mismo tiempo que perder ni siendo permitida dilacion alguna. A esto les dijimos que aquella misma noche nos reuniríamos en la morada de nuestro decano en edad, y que el dia siguiente muy de mañana les enviaríamos la carta para el emperador, á quien podian entregarla al llegar á Saint-Cloud. »

Segun relato del cardenal Consalvi no pudo la carta ser entregada á Napoleon y prevínose á los cardenales que dejaran de usar su ordinario traje, de lo cual nació el nombre de «cardenales negros». En 11 de junio de 1810 notificóseles la órden de marchar separadamente á distintas poblaciones del riñon de Francia, designadas como lugar de confinamiento, destierro en el destierro que los apartaba á unos de otros y los reducia á la impotencia y la miseria. Consalvi y Brancadoro fueron enviados á Reims, y por las mismas Memorias del gran diplomático romano verémos hasta qué punto llegó la vigilancia ejercida sobre los príncipes de la Iglesia. El gobierno les ofreció la módica suma de doscientos y cincuenta francos mensuales, que todos rehusaron.

«En 10 de enero de 1811, dice Consalvi, recibí impensadamente, y lo mismo sucedió á mi compañero de destierro, un billete del subprefecto de Reims en el que me decia que «órdenes superiores le obligaban á llamarme sin dilacion á la subprefectura para que le diera ciertos informes á tenor del contenido de las mismas órdenes.» Al recibir el billete mi compañero, que ignoraba qué clase de órdenes eran aquellas, sintióse sobrecogido de temor, y opinó por presentarnos juntos; mas no lo consideré conveniente por varias razones, no hablándose nada en el billete de la invitacion dirigida á los dos, y me ofrecí á ir primero, combinando con él el medio de informarle

Digitized by Google

al salir de la casa del subprefecto del objeto que el llamamiento tenia para que acudiese á él con la preparacion necesaria, y esto, segun mi costumbre, no á hurtadillas ni de oculto. Como noticias últimamente recibidas de Paris nos daban fundados motivos de temor, pedí á Dios que me asistiera, y partí. El subprefecto me dijo tener órden de preguntarme qué sumas habia yo recibido desde mi llegada á Reims para mi mantenimiento y por qué conducto, si por el correo, por la diligencia, por arrieros, ó por expresos, de quiénes procedian y á cuánto importaban. Contestéle no haber recibido un maravedí de nadie. «Pues ¿cómo podeis vivir, replicó, si el gobierno se ha incautado de todos vuestros bienes eclesiásticos y patrimoniales?» Contestéle que mi banquero de Roma no habia retirado á pesar de las circunstancias la órden de proporcionarme fondos que diera á su corresponsal de Paris, á quien me recomendara á mi salida de Roma; la suma que de él habia recibido para marchar á Reims me habia bastado hasta aquel momento, y no vacilé en añadir que en caso de que el banquero me hubiese retirado el crédito habria apelado á los ofrecimientos de algunos amigos que habian puesto su bolsillo á mi disposicion. El subprefecto me manifestó que no habiendo yo recibido desde mi llegada á Reims dinero alguno de nadie no habia motivo para que me dirigiera las demas preguntas, esto es, en qué cantidad, de quién, de qué manera, y por qué conducto, y así concluyó la audiencia, muy cortes en la forma, pues el subprefecto no agregó incivilidad ni dureza alguna á lo incivil y duro de la cosa.

«Era hija esa disposicion del gobierno del disgusto que experimentaba al ver que muchas personas caritativas se afiliaban y abrian entre sí suscriciones para reunir cada mes en una caja comun las sumas destinadas al mantenimiento de los cardenales despojados de sus bienes y rentas (1). Lo que es

(1) Los Sumos Pontífices Pio VI y Pio VII habian considerado siempre como un deber ocultar en lo más íntimo de su corazon las huellas de su inagotable caridad para con los obispos y sacerdotes proscritos por la revolucion; quisieron que la mano izquierda ignorase la munificencia de la diestra, y esta discrecion, tan recomendada por el Evangelio, encontró piadosos imitadores entre los católicos franceses cuando el Papa y el Sacro colegio hubieron á su vez de vivir de limosna. Analista alguno ha podido descubrir el misterio de aquella generosidad agradecida que, cubierta con el velo del anónimo, devolvió á la córte romana proscrita y sin bienes lo que ella hiciera por el clero de Francia. Hasta el cardenal Consalvi guarda muy digno silencio sobre aquellos bienhechores noblemente incógnitos, y solo un hombre ha creido poder prescindir de una delicadeza que honraba tanto á la Santa Sede como á la iglesia galicana. El padre Agustin Theiner (del Oratorio) ha hablado, y al propio tiempo que ha hecho un libro malo, lo que es en él habitual, ha cometido una mala accion.

Valiéndose de su título de prefecto de los archivos secretos del Vaticano, el padre Theiner, que posee en alto punto el arte de las quimeras, dió á la estampa en 1858 dos abultados volúmenes, y los intituló *Documentos inéditos relativos á los asuntos religiosos de Francia desde el año* 1790 *hasta el de* 1800, *tomados de los archivos secretos del Vaticano*. El cargo oficial del editor á falta de tientó y pulso propio debia inspirarle gran discrecion; mas á lo que parece el prefecto de los archivos secretos no obedeció sino al impulso que cada año experimenta: para él fue lo necesario y urgente publicar otros dos tomos, y por una desgracia muy frecuente en su existencia de escritor, lastimó á la vez á la Santa Sede y al episcopado proscrito.

Esa recopilacion, pobre en todos conceptos, excitó en Francia justas quejas que habrán sido comprendidas y aprobadas en Roma: no es este lugar á propósito para reproducirlas, pero creemos estar en nuestro derecho al afirmar que la obra cuando ménos era inútil.

El padre Theiner se proponia sin duda reunir y coordinar los *documentos inéditos relativos á los asuntos religiosos de Francia*, y en sus archivos secretos del Vaticano que tantas veces han hecho

Digitized by Google

por mí nunca consentí en recibir la pension mensual de dicha caja, no por otra cosa sino por tener con que subsistir modestamente con el recurso que he expresado; repugnábame ser una carga innecesaria para aquellos buenos y generosos suscritores, y del mismo modo habian obrado algunos otros de los trece desterrados. No se encontraba entre ellos mi compañero, quien, viviendo como vivia del socorro de la caja, hallábase en situacion muy distinta de la mia, y para no comprometer á las personas caritativas ni

mal tercio al autor de la *Historia del pontificado de Clemente XIV*, pensaria en combatir los errores, en rectificar los hechos y en dar á hombres y sucesos la importancia que legítimamente les es debida. En efecto, con el auxilio de los tesoros confiados á su custodia érale fácil aclarar é ilustrar mucho los asuntos religiosos; pero ello es que únicamente han servido al padre Theiner para decirnos acerca de los proscritos las cosas más triviales y ménos interesantes. Entre infinitas cartas tan insignificantes unas como otras, escogemos algunas, las más cortas y de mayor interes, y las reproduciremos aquí, solicitando de quien corresponda que nos perdone la cita.

El príncipe Fernando de Rohan á Su Santidad Pio VI.

«Roma, 3 de junio de 1795.

«Santísimo Padre.

«El arzobispo duque de Cambrai desearia no permanecer siempre en Venecia. Está en la naturaleza humana que el desgraciado desee variar de morada; y en su consecuencia suplica á Su Santidad que le permita residir en sus estados; en el territorio de Bolonia y de la marca de Ancona, especialmente en Pezzaro, si es posible, pues es famoso por lo excelente el clima de dicha poblacion. No tiene en su compañía sino un eclesiástico y dos criados, aleman el uno y de Brabante el otro. Al dirigir esta súplica al Santísimo Padre el príncipe de Rohan, arzobispo duque de Cambrai, no desea causarle molestia ni vivir á sus expensas; con economía puede, á Dios gracias, subsistir largo tiempo sin molestar á nadie.»

El obispo de Carcasona á monseñor Caleppi.

«Roma, 7 de agosto de 1794.

«El dia 11 espira para monseñor el obispo de Carcasona el mes del alquiler de su casa, y por lo muy caro que es desearia no renovarlo. Ruega por lo tanto á monseñor Caleppi se digne manifestarle si se ha resuelto algo respecto del alojamiento en Trinidad del Monte. A saber la hora en que podria hallarle en casa tendria el honor de visitarle, y repitiéndole otra vez sus acciones de gracias, pide perdon por esta nueva importunidad suya.»

El obispo de Grasse á su eminencia monseñor el cardenal secretario de estado.

«Bolonia, 21 de febrero de 1795.

«Monseñor:

«¿Querrá vuestra eminencia excusarme si me tomo la libertad de solicitar permiso para que venga á residir á Bolonia una familia de emigrados franceses? Trátase de la familia Herculais, de Grenoble, cuyo jefe es primo carnal de monseñor el arzobispo de Auch, y adviértese que para nadie ha de ser una carga, ni solicita ninguna clase de socorro; compónese del padre, la madre y cuatro hijos, dos varones y dos hembras: el primogénito cuenta quince años. El senador M. de Bianchi está casado con una sobrina del prelado y ha venido con su esposa á pedirme, como pariente que soy del arzobispo, que diera el presente paso. Lo triste de nuestra posicion nos obliga, monseñor, á condescender con lo que de nosotros solicitan los infelices y aquellas personas á las que debemos obligaciones; pero sea cual fuere el partido que vuestra eminencia tome estaré siempre agradecido á la bondad que se ha dignado usar conmigo.

«Quedo con respeto,

«Monseñor,

«De vuestra eminencia,

«Humildísimo y obedientísimo servidor.

«Francisco, *obispo de Grasse.*»


Digitized by Google

á sus agentes confesando haber recibido dinero, tomó el partido de decir que no sabia cómo aquellas limosnas habian llegado hasta él hechas por mano desconocida. La imposibilidad de que los demas, diseminados por distintos lugares, den igual respuesta á la pregunta que sin duda se les habrá dirigido al propio tiempo que á nosotros, y lo empeñado que está el gobierno en reducirnos á solicitar gracia «propter inopiam rerum omnium,» hacen creer que el asunto no quedará ahí, sino que tendrá alarmantes y quizas tristes consecuencias.»

Napoleon ha llegado al apogeo de su grandeza, todo para él tiene sonrisas, así la victoria como la paternidad, y se complace en su primitivo sublime estilo discurriendo sobre su buena ventura. Tan afortunado y feliz le veia el mundo fascinado, que á su pensar si hubiese tocado con el pié un áspid el reptil lo habria besado sin morderlo. Desde su trono hace llegar á todas partes un soplo de renovacion, y aunque en sus horas de sosiego conoce y confiesa que nadie ama el despotismo, ni aun aquellos que por bajeza ó interes le sirven, cada dia penetra más y más por la senda del mismo cuya única salida es una espantosa catástrofe. En su pecho arde la pasion por lo imposible, y pensando que en los rayos de su gloria debe perderse hasta la memoria del llanto de la Iglesia, parece que quiere convencerse de que en el triunfo estriba la justicia de una causa, lo mismo para la Providencia que para reyes y pueblos. Nada le resiste, y lo derriba todo no temiendo nada. Improvísanse para él senado-consultos y plebiscitos que previenen y se anticipan á sus órdenes para sancionarlas; truécanse sus deseos en leyes de estado; su voluntad sola impera, y nunca habia parecido la obediencia tan fácil cosa. A sus plantas está el mundo excepto algunos cardenales desterrados á un rincon de provincia, y aquel momento es el que escoge para triunfar del Papa y de su católica resistencia.

En su cárcel de Savona Pio VII habíase condenado á no ejercer acto alguno del pontificado supremo, y por lo mismo se niega á otorgar las bulas de institucion á los nuevos obispos nombrados por el emperador de los franceses. Era esto necesario efecto del cautiverio: el Papa no es ya soberano, á duras penas le permiten ser sacerdote, y á ello se resigna y á su posicion se conforma, afirmándose en la idea de que cien años de injusticia no llegan á

El obispo de Venza á monseñor Caleppi.

Roma, 14 de julio de 1792.

«El obispo de Venza presenta sus afectuosos respetos á monseñor Caleppi. Con verdadera satisfaccion ha sabido el restablecimiento de su salud, y á estar cierto de ser recibido habria pasado á visitarle.

«¿Será indiscrecion rogarle que le preste un coche del difunto cardenal Garampi, á tener alguno en su cochera? Necesítolo para un viaje á Nápoles de quince dias, y quisiéralo de dos ruedas con solo dos asientos en la testera. El obispo de Venza tendria con él mucho cuidado y mandaria hacer en el mismo las pequeñas reparaciones que fuesen necesarias. Sobre esto espera una contestacion categórica y franca como sabe darlas monseñor Caleppi y recibirlas el obispo de Venza, el cual le renueva su sincero y respetuoso afecto.»

¡Esta es la muestra de los *documentos inéditos* que juzga el padre Theiner útiles para los asuntos religiosos de Francia!

Digitized by Google

constituir uno solo de derecho. Viudas las iglesias su afliccion iba en aumento, y la bula de excomunion que, prohibida en todas partes no deja empero de ser leida y aprobada en ninguna, suscitaba amargas desavenencias que, despues de turbar las almas timoratas en la intimidad de las familias, comunicaban á los partidos extremos aliento y esperanza, y llegaban á inspirar reflexiones á los mismos que profesan como principio político el no reflexionar nunca.

Para la perspicuidad de Napoleon no pasa desapercibido aquel estado de angustia; conoce que ha errado el camino, y no acierta á resignarse á diferir el bien que proyectara para abrir paso al mal que queria evitar. En la imposibilidad de luchar con la Iglesia á brazo partido trata de negociar en el terreno de las consultas, y quiso la desgracia que para ello se dirigiera á algunos de los obispos que creen que acceder á todo es el modo de no perder nada, y que pensando verificar actos de moderacion autorizan las más insignes felonías. Ya en su época conocia Fénelon á prelados semejantes y los pintó con estas palabras: «Lo que más perjudica á los pastores es la timidez disfrazada con vanos pretextos de paz, la incertidumbre que pone el ánimo á merced de cualquiera viento de falaz doctrina, y por fin las consideraciones de una política más mundana de lo que ellos mismos se figuran (1).»

Los puntos en que están empeñados la conciencia y el deber sacerdotal suscitan por necesidad insuperables dificultades, y por más que Napoleon no admitiese la palabra en su imperial vocabulario, hubo de pasar por el hecho. Fueron los prelados consultados los cardenales Fesch y Maury, el arzobispo de Tours Barral, y los obispos Canaveri, Bourlier, Mannay y Duvoisin, que lo eran de Verceil, Evreux, Tréveris y Nántes; el padre Fontana, general de los barnabitas, y el presbítero Emery, superior de San Sulpicio, fueron agregados á la comision consultiva. El emperador propone las cuestiones y aguarda la resolucion de las mismas, resolucion que, como todas las que se dan en casos tales, es confusa de puro complaciente, y suavizada hasta perder su naturaleza por las argucias de los «ingenios sutiles de que habló Montaigne, ingenios que acaban por ser paralizados por su propia fuerza y flexibilidad (2).»

Turbados y confusos con sus principios y más aun con las exigencias de su imperial señor repugnábales autorizar la opresion del Papa y condenar sus derechos y virtudes; pero al propio tiempo, calentados por el sol de los régios favores sentíanse poco dispuestos á inmolarse en sacrificio. Llamados por su señor para que condenaran, no querian ir más allá de lo que fué Pilátos, y así es que eludieron las preguntas y apelaron á efugios y ardides en materias de honra sacerdotal. No impidió esto que del conjunto de paliativos, reticencias y concesiones se desprendiera un dictámen desfavorable á la Cabeza de la Iglesia, y únicamente el padre Fontana y el presbítero

(1) *Obras de Fénelon*, t. XII. p. 375 (edic. de Versalles).
(2) *Ensayos* de Montaigne, t. III, p. 117.

Digitized by Google

Emery, que tenian colocadas sus esperanzas en lugar más alto que el solio, tuvieron el valor de su opinion y obedecieron á la dignidad de su conciencia.

Un dictámen de obispos por él mismo elegidos que sólo ofrecia decisiones tímidas y sutiles en medio de exageradas alabanzas no bastaba al emperador. Ya que sus ambiciosos pensamientos habian sido beneficiados para engolfarle en religiosas contiendas; ya que á pesar suyo se encontraba ser carcelero del Pontífice cuyo nombre iba hermanado con los más ingentes y cristianos sucesos de su vida, queria á toda costa hallar una salida. No se la daban los prelados consultados; cuando más la indicaban al traves de las nubes de una teología cortesana, y Napoleon imagina que un concilio puede remediarlo todo, ó proporcionarle á lo ménos los medios de prescindir de la Santa Sede creando un patriarca. Proyecto es este que le ha sido aconsejado varias veces como tentacion de su eminente ingenio ó como remate de la fatalidad; dícenle que la iglesia del imperio frances, reunida bajo sus auspicios y deliberando á los fulgores de su acero, no ha de atreverse en caso alguno á tomar decision que no esté de antemano autorizada; que la Iglesia, á ejemplo del mundo, tiembla en su presencia, y que sin peligro puede congregarla en la basílica de Nuestra Señora.

Es cierto que el Papa no impedia la marcha de los ejércitos franceses, escalonados entónces desde Madrid hasta Moscou, ni se oponia en lo más mínimo á las negociaciones entabladas entre los gabinetes; pero aquel preso, al negar la institucion canónica á los obispos nombrados y al hacer nulos por este solo hecho los poderes conferidos por Napoleon á los vicarios titulados capitulares, cerraba el paso al gobierno en su administracion interior. Reducido al aislamiento, sin mas comunicacion que la de aquellos hombres con los cuales habíale formado Napoleon más que una córte una guardia, Pio VII es un obstáculo de todos los momentos, é importa vencer su obstinacion ó destruirlo. A ello debia contribuir la iglesia del imperio, y el emperador se encarga de enseñarle el modo de salvarse á sí misma.

Para no intimidar á nadie circunscribióse á un círculo detenidamente meditado el papel del concilio, y permitiósele únicamente examinar el punto litigioso. En aquel entónces la revolucion se contentaba con inducir al clero á una mera demostracion de intencionado alzamiento, confiando en que lo demás sucederia despues por sí solo.

Napoleon, que usurpó ó se otorgó á sí mismo tan gran número de prerogativas, ha querido rodearse de un concilio, y lo ha formado con los obispos de sus estados. Todos le deben su nombramiento, todos le admiran ó le temen, pues el emperador no consiente en los demas otra clase de sentimientos; para él son los prelados una especie de prefectos, ciertos empleados como estos, ménos administrativos y más morales, que velan á su modo por la salud del imperio. En ellos ejerce influjo y preponderancia, y uno y otra deben servirle conforme á sus designios. No es aquella la vez primera que se encuentra en medio de asambleas deliberantes; y no ignora que obsequiosas siempre para con el príncipe que animoso sabe desafiar sus furo-

Digitized by Google

res, serán siempre insolentes para los que las teman. Ni siquiera se toma la pena de encargar la obediencia por lo natural que esta le parece, y con mayor motivo que el pretor Cædicio puede gritar á sus soldados: «Eo eundum est, unde redire non necesse est.» Y sus soldados le seguian y avanzaban sin pensar en el regreso; mas el clero no llevaba los asuntos eclesiásticos á paso de carga, y aunque no se mostraba corto en la obediencia tampoco podia sacrificar sus principios á falaces adulaciones.

El cardenal Fesch es el presidente inexcusable del concilio, y el lúnes 17 de junio de 1811 reúnese por vez primera el sínodo galicano. La pompa de las ceremonias corresponde á la inmensidad del gentío, y en seguida Estéban de Boulogne, obispo de Troyes, sube al púlpito de Nuestra Señora y dirige á sus noventa y cinco colegas congregados á su alrededor consejos de valor y prudencia: no parece sino que sus manos sostienen la balanza entre el Sacerdocio y el imperio, y que el platillo de la gloria cede al peso del cautiverio. El orador conoce á los padres del concilio frances, y en magnífico lenguaje les dice: «Sea cual fuere el resultado de vuestras deliberaciones, sea cual fuere el partido que nos sugieran la prudencia y el interes de nuestras iglesias, nunca abandonarémos los inmutables principios que á la unidad nos sujetan, á la piedra angular, á la clave sin la cual todo él edificio se vendria al suelo. Nunca nos desprenderémos de aquel primer eslabon sin el que quedarian sueltos todos los demas para producir sólo confusion, ruina y anarquía; nunca darémos al olvido lo mucho que en amor y respeto debemos á la Iglesia romana que nos engendró para Jesucristo y nos alimentó con la leche de su doctrina, á la Cátedra augusta apellidada por los Padres ciudadela de verdad, y al Caudillo supremo del episcopado, sin el cual destruiríase á sí mismo y no haria sino descaecer mústio y marchito como una rama separada del tronco, ó agitarse á merced de las olas como bajel sin gobernalle y piloto. Sí, sean cuales fueren las vicisitudes que experimente la Sede de Pedro, sean cuales fueren el estado y la condicion de su augusto sucesor, siempre nos unirán á él los lazos del respeto y de la filial reverencia. Podrá aquella Sede ser llevada de un punto á otro, mas destruida, nunca; podrá perder su esplendor, nunca su fuerza; allí donde ella esté irán todas las demas; allí donde sea trasladada la seguirán los católicos todos, porque cualquiera que sea el punto en que se fije, allí estará el árbol de la vida, el centro del gobierno y el depósito sagrado de las tradiciones apostólicas.

«Estos son los invariables sentimientos nuestros que proclamamos hoy á la faz del universo entero, á la faz de todas nuestras iglesias cuyos deseos representamos en este momento y cuya fe atestiguamos; á la faz de los santos altares, y en esta basílica en la que se reunieron más de una vez nuestros mayores para cimentar la paz de la Iglesia y sosegar con su moderacion y cordura desavenencias y contiendas muy parecidas por desgracia á las que hoy van á ocuparnos. Paréceme que en este momento los estoy oyendo; paréceme ver sus sombras venerandas que se deslizan en medio de nosotros y nos dicen que nada hagamos que no sea digno de ellos y de nosotros, que

Digitized by Google

nunca nos apartemos de la antigua senda que siguieron ellos (1).»

Concluido este discurso adelantóse el cardenal Fesch con la mitra en la cabeza y el báculo en la mano, y arrodillado al pié del altar prestó el siguiente juramento: «Tengo y declaro á la santa Iglesia católica, apostólica, romana por madre y señora de todas las demas, y prometo y juro verdadera obediencia al Pontífice romano, sucesor de san Pedro, príncipe de los apóstoles y vicario de Jesucristo.»

Una fórmula eran estas palabras, una mera fórmula establecida por Pio IV en 1564 despues del concilio de Trento; pero en aquellas circunstancias respiraban cierta solemnidad y cariñoso amor que pudiera tomarse por un acto de osadía. Así lo tomó la muchedumbre vivamente impresionada, y el concilio, destinado á abrir nuevos horizontes al galicanismo, se halló empujado y arrastrado desde su principio fuera de la senda que se le indicara. Es fácil que algunos obispos, interrogados ó consultados á solas, compitieran con la potestad temporal en halagos y concesiones; pero delante de Dios y del augusto Pontífice perseguido todos sacuden el polvo de los salones cortesanos y se levantan más católicos que nunca. El Papa está encadenado, y se apresuran á jurarle fidelidad; llamados para limitar ó restringir su autoridad espiritual, proclámanla superior á toda regla humana.

Inesperado espectáculo fue este que engendró pensamientos y reconciliaciones no previstas, las cuales no pasaron desapercibidas para el emperador: bien conoce que el efecto moral de la primera sesion descarga golpe de muerte al sínodo galicano; bien le dice su claro instinto el resultado final del mismo, y sin embargo no escucha su voz y prosigue la comenzada obra.

En la actitud del concilio independiente y varonil los historiadores revolucionarios, afanosos por explicarlo todo por medio de cábalas políticas ó humanos intereses, han querido ver una oposicion encubierta y han hablado de esperanzas borbónicas y de secretas aspiraciones. Hombres de partido ante todo y sobretodo, esos historiadores han acusado á los parciales de la antigua monarquía de haber conspirado á la sombra del altar y tomado el Sacerdocio por escudo al hostilizar al imperio; pero si nos trasladamos á aquellos tiempos y á aquellos lugares fácil será convencernos de cuanto distaba el episcopado de poder hacer oposicion al gobierno imperial, ni aun encubierta con las formas más respetuosas.

Renovado completamente por el concordato ó la muerte no habia visto el episcopado los serenos dias de la monarquía antigua; de ella sólo sabia las faltas y los infortunios, y educado y elevado en tiempo de Napoleon miraba á este como el árbitro de los destinos de Europa. A ejemplo de la Francia entera inclinábase ante el héroe victorioso cuyo lenguaje, lo mismo que el pensamiento, no se daba un instante de descanso; cada pastoral era una apoteósis, de todos los púlpitos nacia un rio de admiracion. Alejandro, Ciro y Carlo Magno habian resucitado en un mismo personaje; sobre su frente se acumulaban cuantas gigantescas comparaciones hicieron los profetas ú ofrece

(1) *Sermones y discursos inéditos de monseñor de Boulogne, obispo de Troyes* (Paris 1826), t. III, p. 427.

Digitized by Google

la historia sagrada y profana, y tampoco el emperador pensaba entónces en decir lo que dirá despues en el peñon de Santa Elena: « Los pretendientes, sea cual fuere la importancia de su persona ó la de sus pretensiones, son siempre un gran peligro en las épocas de crísis nacional. Yo los desdeñé, é hice mal: á no haber Borbones en 1814 estaria aun sentado en el trono. »

Al amparo de su cetro, defensor del santuario, habian hallado los sacerdotes seguridad y apoyo. Su ambicion no iba más allá, y para los que conocen al clero ese más allá es tan insuperable como las mitológicas columnas de Hércules. El clero no vuelve por lo regular su mente al tiempo pasado; quiere y necesita de lo presente, y no gusta de descontar lo que está por venir; raras veces, y sólo como excepcion individual, se atreve á aumentar el número de aquellas almas valerosas que, segun Tácito, se obstinan en esperar á despecho de la fortuna, y al salir de la espantosa crísis que sacudió las bases de la sociedad cristiana, sólo pensaba en reconstituirse. Pero su duelo y desesperacion era mucha y no sin causa al encontrarse siempre frente á frente con la revolucion.

Es cierto que el emperador le habia dado muerte en ciertas ideas contrarias á su autoridad ó á las aspiraciones de su pecho; pero tambien lo es que la resucitaba en sus parciales: parecia que en medio de nuestra Europa, cuyos reinos y voluntades se apropiara de por vida, no acertaba á librarse de una revolucion que, al propio tiempo que acataba sus imperiales caprichos, le imponia sus leyes y hombres predilectos. Si quiere dirigir un discurso á los padres del concilio, la redaccion del mismo se confia á la pluma de Daunou, el expadre del Oratorio, como para comunicarle un sabor de jansenista acritud; y como en Roma y en Paris, en tiempo del directorio y en tiempo del imperio, Daunou habíase mostrado siempre enemigo del catolicismo y de la Santa Sede, no es de extrañar, sino por el contrario muy natural, la desconfianza del clero con respecto á un régimen en que la revolucion coronada toma á su servicio á la revolucion activa siempre en el encono, aunque vencida en los hechos.

Los hombres habian pasado, pero sobrevivian los errores y se encarnaban administrativamente en la educacion y en la literatura. ¿Era posible que engendrasen una nueva era de persecucion? La intervencion de la apostasía para poner en boca del emperador sus iras anticatólicas era la exhumacion oficial de la iglesia civil, y desde la cárcel de Savona en que languidecia el pontífice, disperso ó confinado el Sacro colegio en la fortaleza de Vincennes, sólo divisaba el clero catástrofes nuevas, causadas como siempre por el furor de la incredulidad.

El clero, que posee la llave de las pasiones del alma, no se propasa nunca á una oposicion política contra los gobiernos establecidos: recíbelos de Dios como recompensa ó castigo, y sólo en los actos de fe sale de su habitual apartamiento. Ahora bien, en un sínodo abierto, estando el Pontífice supremo privado de sus estados y mantenido en riguroso secuestro, un acto de fe hácia la Iglesia y de devocion á la Sede romana era obligatorio como nunca, y de él podia entónces decirse que habia de ser un acatamiento religioso á la vez que

Digitized by Google

una protesta. Todo esto sabia el emperador; pero en sus consejos hallábanse antiguos revolucionarios que procuraban embriagarle con su poderío y se esforzaban en persuadirle de que, habiendo vencido á Europa, no debia humillar su diadema bajo la capilla monacal. Esas excitaciones, diestramente combinadas, produjeron al fin cierto efecto, y el orgullo hizo lo demas, mucho mejor y con mayor eficacia que los antiguos partidos y que la supuesta oposicion del clero.

Para ejercer violencia moral cuando ménos en el episcopado reunido y tambien en el preso de Savona, habíase evocado la sombra del jansenismo galicano y resucitado una fantasma revolucionaria. Los dos ministros de cultos de Francia é Italia llevan al concilio los conceptos acerbos y declamatorios que habia puesto Daunou en boca del emperador; mas el clero, que conoce su orígen, los oye frio é impasible. Llegada era la hora de la lucha en el terreno de los principios, y el clero no abandona el campo de batalla teológico, ni repudia tampoco la causa del Papa, que es la de la Iglesia y el buen derecho. Para hacer sentir en los debates todo el peso de su autoridad dispone el emperador que sus dos ministros de cultos Bigot de Préameneu y Bovara asistan á las sesiones ocupando la derecha é izquierda del cardenal presidente: no quiere que por nadie se ponga en duda su intervencion oficial, y manda que estén siempre allí como mandatarios y testigos de la potestad secular.

Tambien se encuentran en el sínodo los obispos no instituidos: unos tenian recibida anteriormente la consagracion episcopal; otros poseen únicamente el nombramiento del poder civil, y en nombre del emperador reclaman en el concilio voto deliberativo; el cardenal Maury los apoya, pero Estéban de Boulogne manifiesta que la presencia en las diócesis de aquellos eclesiásticos no instituidos es un escándalo, y que este llegaria á su colmo á admitírseles á deliberar en una asamblea que debe resolver sobre su suerte. Boulogne es capellan del emperador, y este título le comunica mayor audacia para establecer la verdadera distincion entre las dos potestades; el concilio acepta la doctrina por él profesada, y el cardenal Maury, promovedor de la discusion, se conforma á ella aunque no de buen grado.

Eran tales el valor y la fe que sobre la asamblea se cernian que las proposiciones en apariencia ménos admisibles eran aclamadas por unanimidad. Es cierto que no estaban sus individuos de acuerdo sobre las teorías y consecuencias del galicanismo, que al comentar ó explicar las doctrinas de Bossuet condenaban los unos su sentido y lo aprobaban otros; pero todos no formaban mas que uno solo desde el momento en que era invocada la imágen del Pontificado supremo, y no habia quien no se inclinara respetuoso al ver al hombre de bien luchando con la adversa fortuna, espectáculo digno de atraer las miradas de Dios.

Llegó el dia en que hubo de discutirse la contestacion del concilio al discurso imperial, obra del jansenismo. Dessoles, obispo de Chambery, hermano del mariscal de Francia, se levantó de pronto, y con agitacion mal contenida exclamó: «Miéntras el padre comun, venerable Cabeza de la Iglesia universal, esté entre cadenas como el Apóstol, imposible es para nosotros deli-

Digitized by Google

berar bajo estas bóvedas sagradas como miembros de la Iglesia. Propongo, pues, que el concilio se dirija en cuerpo al palacio de Saint-Cloud y reclame del emperador la libertad del Pontífice. Entónces y sólo entónces será posible que nos pongamos de acuerdo.» Al oir estas palabras experimenta la asamblea eléctrico sacudimiento; por todas las mejillas corre el llanto, y un grito unánime sale de los corazones y de los labios. «¡Sí, sí, á Saint-Cloud!» repiten estremecidas las naves de Nuestra Señora.

Era esto contestar al discurso con el acto más evidentemente católico que fuese posible imaginar; quizas aquel sublime arranque habia de dar calor y vida en el alma de Napoleon á todos los instintos generosos. El ministro Bigot de Préameneu estaba confuso y aturdido; hasta el cardenal Fesch aceptaba la proposicion, cuando Duvoisin, obispo de Nántes, cuyo sosegado galicanismo ofrecia poco blanco á los arrebatos, declaró cerrada la sesion. Secretario como era del concilio pudo sugerir esa idea al presidente.

La sesion quedó en efecto levantada, mas no por ello dejó de sobresalir el animoso acto y de propagarse por todo el imperio con increible rapidez. Nada dijo de él la prensa, pues como el senado y el cuerpo legislativo carecia de voz, sometida como estaba al riguroso sistema que Napoleon explicó en una nota á Fiévée, su secreto corresponsal (1); pero el cuerpo legislativo, dócil siempre, aprovechó la ocasion para dar señales de vida, y suplicó al emperador que le permitiera salir en defensa de la causa del gobierno. Napoleon se sonrió de lástima, y aunque muy profundamente irritado no juzgó del caso mostrarse severo con el episcopado: por primera vez en su vida transigió con una dificultad.

Era esta en efecto insuperable. Napoleon, favorecido por su buena suerte, puede fundar reinos y modificar segun le convenga las leyes internacionales; pero su autoridad se estrella en la conciencia católica; asilo es este cuya violacion le está vedado. Habia congregado á los obispos con la esperanza de que las decisiones emanadas de su iniciativa serian aceptadas por ellos con alborozo, y los obispos, sin temer más de lo justo el imperial enojo, ponen de manifiesto sus pensamientos y deseos, y piden la libertad del Papa y su independencia soberana, ó cuando ménos la honra de compartir sus cadenas. Quiérese que ántes de comenzar sus trabajos declare la comision del sínodo la competencia del mismo, y por nueve votos contra tres afirma la comision ser la asamblea incompetente. Apelando á recursos teológicos trátase de que los padres desistan de un principio que da por terminado su encargo aun ántes de quedar este claramente determinado; pero el concilio deja que el tiempo reduzca á su verdadero valor sutilezas de escuela, y luego, dueño de sí mismo en cuanto abriga en su pecho la conviccion, aguarda los resultados de las moratorias y dilaciones. Estos resultados debian ser muy próximos.

La iglesia de Francia ha recobrado su esplendor antiguo: al ver al Papa

(1) Una *nota del emperador*, que se lee en la p. 114, t. II, de la *Correspondencia* y *relaciones de Fiévée con Bonaparte*, — 1812-1813, — dice lo siguiente: «Siempre que reciba el gobierno una noticia desagradable no debe publicarla hasta estar tan seguro de la verdad que no deba ya de decirla por ser sabida de todo el mundo.»


Digitized by Google

cautivo y al Sacro colegio confinado como vagamundo, protesta con respeto, pero con entereza, contra semejante abuso de la fuerza. Al propio tiempo que voces complacientes balbucirán tímidas quejas respecto de la bula de excomunion y que prelados más amantes de su bienestar y riquezas que de la gloria de la Iglesia dirán que el Papa podia hacer mejor uso de los rayos espirituales, se levantará en el sínodo un arzobispo que, teniendo en la mano las actas del concilio de Trento, exclamará: «Oigo decir á algunos que no asiste al Papa derecho para excomulgar á los soberanos; si es así, condenad á la Iglesia que lo contrario ha establecido.»

A este grito del alma, que es tambien una demostracion católica, siéntense todos los presentes estremecidos de entusiasmo.

Palabras eran aquellas de Cárlos Francisco de Aviau del Bois de Sanzay, arzobispo de Burdeos, que reproducian y consagraban en lo que fuese necesario la bula «Quum memoranda». El emperador confesó entónces su derrota, pero no quiso que se proclamara en público. Hirn, Boulougne y Broglie, obispos de Tournay, Troyes y Gante, encargados de dar dictámen sobre la competencia, fueron presos durante la noche y llevados á Vincennes. Napoleon no quiso imponer igual pena al arzobispo de Burdeos.

Aquel mismo dia, 10 de julio de 1811, el concilio quedó disuelto por imperial decreto.

Las rigurosas disposiciones tomadas respecto de los tres prelados iban encaminadas á intimidar á los demas, y con ellas y con meditados halagos se creyó poder reducirlos á otorgar concesiones. Despues de evocar tantas veces á Bossuet dábanse al olvido aquellas palabras del ilustre obispo: «Muchas veces el juez consiente en obsequiar al poderoso con un fallo que uno y otro deploran más tarde.»

Con la amenazadora perspectiva del castillo de Vincennes por una parte y los interesados agasajos del gobierno por otra síguense en Paris negociaciones, y tambien en la cárcel de Savona. Para manifestar que el Papa no está cautivo ni privado de libertad en sus relaciones, envíale el emperador cinco cardenales para asistirle con sus consejos, al tiempo que una diputacion del disuelto concilio le pedirá que sancione la humillacion de la autoridad pontificia. Muchas prendas habian dado los cinco cardenales de su lastimoso afan de moderacion, y de ellos puede decirse lo que el cardenal Pacca decia ingeniosamente de Roverella, el principal entre los mismos: «Aliquid humani passus est.» Ese «aliquid», ese algo humano los empujaba de continuo á agasajos y concesiones, y experimentando tambien su influencia Pio VII, alcanza ó arranca Roverella un proyecto de breve que no satisface las exigencias del emperador, ni las justas susceptibilidades del Papa.

La «contienda sacerdotal» que Napoleon aparentó despreciar despues de haber sido él quien la suscitara, no pertenecia al número de las que se resuelven con una victoria ó la conquista de una provincia; mal empeñada y peor sostenida debia llegar á producir un desastre moral, y en aquel punto aguarda la revolucion al emperador. Y no le aguarda en vano, pues en aquel momento los yerros de Napoleon son tan notorios como sus prosperi-

Digitized by Google

dades. Abrese la campaña de Rusia, y por una coincidencia, cuyo mérito corresponde por completo al gobierno británico, recibe aviso el Papa de que cruza por las aguas de Savona una fragata inglesa.

Sobre esto refiere lo siguiente el cardenal Bernetti: « Desterrado estaba en Reims con mi tio el cardenal Brancadoro, y jóven y listo como era se me daban peligrosos encargos, dignándose el cardenal Consalvi dispensarme cierta confianza. Un dia me dijo: «Es posible que dentro de poco tenga que enviaros á Inglaterra. » Y en seguida su eminencia me participó el proyecto que habian concebido los ingleses, de acuerdo secretamente con la córte de Austria. Era el Papa en poder de Bonaparte una prenda de que importaba apoderarse, pues en caso de que falleciera Pio VII no podria reunirse el cónclave sino mediante permiso del emperador de los franceses. No queria Inglaterra concederle de grado semejante prerogativa y Austria mucho ménos, así es que se convino en ganar á un carcelero subalterno de Su Santidad, pues junto á él no habia cardenal, prelado ni sirviente adicto, fascinados como estaban todos por el poderío de Bonaparte. En esto una señora francesa, casada con uno de los administradores principales del país, ofrecióse, inspirada sin duda por la Providencia, para favorecer la evasion del Papa. Visitóle en efecto, y le dió aviso de cuanto se meditaba, indicándole ademas las señales que haria la fragata y los recursos que Su Santidad encontraria á su disposicion en el momento de la fuga. El Padre Santo y aquella señora fueron los únicos poseedores del secreto; pero aunque la fragata se presentó á cruzar por aquellas aguas, no hizo las señales convenidas.

«Tiempo despues, cuando me hallé en relaciones cotidianas con el cardenal Consalvi á consecuencia de los distintos empleos que ejercia en Roma, recordéle esas circunstancias de nuestro destierro, y me explicó lo sucedido, lo cual supo en su viaje á Lóndres por el mismo príncipe regente. El plan de apoderarse de Pio VII y conducirle á Sicilia ó á Malta habia sido formado durante el concilio de Paris. El Papa lo habia aprobado; mas el gobierno británico sospechó que sus designios habian sido descubiertos por la policía de Bonaparte, la cual preparaba y se disponia á ejecutar un contraproyecto; y temerosa de exponer la vida del Sumo Pontífice, ó de empeorar aun más su situacion y la del Sacro colegio, desistió de su plan: pocas semanas despues, como para justificar del todo su prudencia, fue el Papa sacado de Savona y llevado al castillo de Fontainebleau.

«Esta es, añade el cardenal Bernetti en los documentos inéditos que me ha legado, la verdad sobre un hecho que los contemporáneos nunca pudieron aclarar, en cuanto los principales actores ó testigos del mismo creyeron de su deber guardar silencio sobre un suceso que sólo tenia para ellos interes histórico.»

Al publicarse las primeras ediciones de la presente obra varios periódicos franceses, ingleses, belgas ó italianos, perjudicados en sus composiciones de lugar de hoy ó de mañana por esa intervencion inesperada del gabinete británico, manifestaron que á no ser en las notas inéditas del cardenal Bernetti, en parte alguna se hallaba rastro de semejante proyecto. Este fa-

Digitized by Google

llo de unos periódicos tan mal aconsejados como mal informados puede ser invalidado por la misma evidencia, y esto vamos á verificar dejando que la historia consume su obra, y llevando á esta discusion un documento muy singular á la vez que concluyente.

El conde Bigot de Préameneu, ministro de cultos de Napoleon I, se dirige al cautivo Pontífice comunicándole la órden de traslacion, y en su estilo de carcelero confirma por completo el relato del cardenal Bernetti.

«Paris, 27 de mayo de 1812.

«Santísimo Padre:

«El proyecto que de público abrigan los ingleses de efectuar un desembarco en la costa de Savona para apoderarse de vuestra persona, obliga al gobierno frances á trasladar á Vuestra Santidad á la capital. En su consecuencia se han expedido las órdenes oportunas para que Vuestra Santidad sea conducido primeramente á Fontainebleau, donde ocupará la habitacion que le sirvió en otro tiempo de moràda, en la cual podrá recibir á los obispos y cardenales que se hallan en Francia. En aquel punto permanecerá Vuestra Santidad hasta que estén dispuestas las habitaciones del arzobispado de Paris, señalado para su residencia.

«Quedo, Santísimo Padre, con profundo respeto de Vuestra Santidad humildísimo y obedientísimo servidor.

«El ministro de cultos,

«Conde Bigot de Préameneu.»

No ha descubierto aun la historia todos sus secretos; uno nos revela ahora la anterior carta inédita del ministro de cultos de 1812 (1), manifestándonos la parte que tomaba Inglaterra en los inmerecidos infortunios del Pontífice Supremo.

La traslacion de Pio VII á Fontainebleau queda explicada, y ocioso seria descender á pormenores, aun á los ménos odiosos. El emperador Napoleon, (juicio es este que tomamos de una nota manuscrita del Sumo Pontífice), era incapaz de firmar las órdenes que en su ausencia fueron cumplidas con tanta saña: la revolucion ó un exceso de celo no tuvo reparo en obrar á sus anchuras y con toda libertad.

Largos dias pasó Pio VII en la nueva cárcel afligido por las penas morales y los dolores físicos á que estaban sujetos su alma y cuerpo. A todo resignado y no viendo junto á sí mas que rostros por oficio hostiles, el augusto anciano fué perdiendo poco á poco las escasas fuerzas que le dejara el viaje desde Savona al traves de los Alpes, y cuando no pudo ya caber duda

(1) En el dorso de la carta léese una nota de puño propio de Pio VII. En ella dice que hasta llegar á los alrededores de Turin no le fue entregada por monseñor Bertazzoli la carta en que se le anunciaba la partida de Savona. Tenemos, pues, que se le arrancó de su primera cárcel sin explicarle siquiera las causas y el objeto del precipitado viaje.


Digitized by Google

respecto de aquel gradual abatimiento permitióse que algunos cardenales rojos fuéran á imponerle sus respetos ó por decir mejor sus consejos.

Por ningun concepto eran intachables aquellos príncipes de la Iglesia: sin haber hecho traicion á la Santa Sede habian abandonado su causa; sin violar su juramento cardenalicio habíanse puesto en oposicion con el Padre comun y los mejores del Sacro colegio; así es que sus viajes á Fontainebleau no podian tener mas objeto que fatigar la paciencia del Papa y espiar un instante de postracion para dictarle humillantes concesiones. El papel que les tocaba desempeñar estaba determinado de antemano: al llegar junto á Pio VII, unos, con aquella exageracion propia de Italia, habian de manifestar grandes temores por el quebranto que en su salud veian, y sobretodo procurar infundírselos á él mismo; los otros, pintándole la situacion de la Iglesia universal sin Cabeza, sin obispos, y en breve sin clero, habian de derramar hipócritas lágrimas por los infortunios desgraciadamente muy reales de que estaba amenazada la Sede romana; tocábales hablar de cisma y reparacion, é insinuar al Pontífice en medio de falaces ruegos que él solo con un mero acto de condescendencia podia devolver la libertad á cuantos cardenales y prelados padecian por su causa prision ó destierro.

Trabajo era este subterráneo que, aunque seguido con incansable perseverancia entre las tribulaciones de cada dia y el insomnio de las noches, no prometia muy próximos resultados. Por esto multiplicáronse al rededor del Pontífice los hombres débiles y flacos para que pudiera elegir entre todas las flaquezas; á las artimañas y mentiras dióse por auxiliar la timidez, y hasta se quiso convertir en arma la sinceridad de ánimo en Pio VII característica para acostumbrarle por grados á las condiciones que se ponian como esenciales para la salvacion de la Iglesia.

La soledad que al fin abate los pechos más fuertes habia poco á poco ejercido su influjo en el Sumo Pontífice: una calentura lenta pero continua iba minando aquel débil cuerpo que no podia ya soportar el aire ni el más pequeño alimento. Entónces pareció del caso intentar un último asalto para triunfar de la última resistencia, y Napoleon en persona se encargó de darlo.

El emperador ha experimentado un reves tan inmenso como próspera era ántes su fortuna: vencido más por los elementos que por los hombres ha visto sepultarse sus legiones en las nieves de Rusia ó en los hielos del Beresina; pero de regreso á Paris espera aun con ánimo esforzado conjurar el infortunio. Sus aliados le abandonan uno á uno para aumentar las filas enemigas; su trono ha estado una hora vacilante á impulso de la conspiracion individual del general Malet que, atrevido y sagaz, difundió la noticia de su muerte. Y ¡cosa más singular aun que la conspiracion misma! ninguno de los capitanes y grandes dignatarios del imperio, al saber aquel rumor de muerte, se acordó de que Napoleon tenia un hijo y hermanos, aptos todos para sucederle: todos al parecer creyeron que la autoridad del emperador no pasaba de vitalicia y que la revolucion podia ya continuar su obra.

Napoleon conoce que á no responder á tantas adversidades con tremendo y estrepitoso golpe debia quedar del todo destruido el prestigio que le

Digitized by Google

rodeaba; necesario era reconquistar á toda costa lo perdido, y aunque su senado le otorga anticipadamente cuantos tributos y quintas solicita, no bastan ya bajezas semejantes para tranquilizar á Francia. Conviene que vuelva á los ánimos el sosiego, y para alcanzarlo Napoleon corre á Fontainebleau con el fin de someter al Papa.

Cegado por su buena fortuna, el gran desdeñador de la muerte habia llegado á querer que diesen las tierras toda especie de frutos, y entónces tiene como nunca aquella mirada pronta que á todas partes vuela investigando corazones; y más que nunca experimenta cierta complacencia en navegar por entre tempestades. Con sus ojos inquietos penetra en lo más hondo de las fisonomías y de los caractéres, y ellos le han dicho que el Papa le ha profesado gran cariño y que se lo profesa aun quizas en memoria de los infortunios experimentados. Napoleon se arroja en sus brazos, llámale con el nombre de padre, y el padre se enternece y llora al ver otra vez junto á sí á aquel hijo que derrochara los dones más prodigiosos que Dios haya concedido á un ser creado; y luego, de caricia en caricia, empiézase á hablar de una paz que debe al fin cimentar una reconciliacion tan deseada por los católicos todos.

Hase dicho y escrito que en las cortas conferencias de Fontainebleau Napoleon se habia propasado contra el Papa á amenazas y sacrílegas violencias; hasta se ha hablado de una escena en la que Pio VII, arrastrado por los cabellos, tuvo que firmar á la fuerza el convenio de 25 de enero de 1813. Para honra de la humanidad son tales hechos absolutamente falsos, y el mismo Papa los negó en todas ocasiones. Para dominar á aquel anciano postrado y cuyo vacilante esfuerzo por nadie es sostenido, no eran necesarios la ira ni brutales arrebatos; la fascinacion que el emperador ejercia, sus promesas, los testimonios de veneracion de que rodeó al cautivo y sobretodo el tránsito repentino de la prision á la libertad, de la esclavitud de la Iglesia á su emancipacion, hacian inútiles las injurias de palabras y las ofensas de hecho. Desde mucho tiempo habíase procurado preparar al Papa para las singulares concesiones que de él se exigian, y llegó un dia en que sin discutir las otorgó.

Y esto se desprende con toda evidencia de una carta del emperador inédita aun, la cual escrita á vuela pluma algunos minutos despues de firmado lo que se llamó concordato, dice así:

«Santísimo Padre:

«Me ha parecido observar que Vuestra Santidad, al poner la firma en los artículos que han de concluir con las divisiones que á la Iglesia afligen, abrigaba el temor de que fuera aquello una renuncia implícita á sus pretensiones sobre los estados romanos. Por ello, pues, me complazco en afirmar con la presente que, no habiendo creido jamas del caso solicitar una renuncia vuestra á la soberanía temporal de los estados romanos, no hay motivo para que Vuestra Santidad experimente el menor temor de que al firmar dichos artículos pueda pensarse que ha renunciado directa ni indirectamente á

Digitized by Google

sus derechos y pretensiones. Mi intencion y objeto han sido únicamente negociar y contratar con el Papa como Cabeza de la Iglesia que es respecto de asuntos espirituales.

«Sin más ruego á Dios, Santísimo Padre, que os conserve dilatados años en el gobierno de nuestra santa madre la Iglesia.

«Vuestro devotísimo hijo,

« NAPOLEON.

«Fontainebleau, 25 de enero de 1813.»

Bonaparte era dueño del patrimonio de San Pedro y de cuantas provincias constituian los estados pontificios; habia nombrado á su hijo rey de Roma y él se titulaba rey de Italia; pero en tanto comprendia, aun en medio de su omnipotencia, lo hueco de aquellos títulos, como que se apresuraba á tranquilizar al Papa y á proclamar sus derechos sobre territorios unidos al imperio frances por medios violentos é injustos. Pio VII nada habia dicho, nada habia objetado; pero el emperador queria ante todo consagrar lo que habia obtenido.

A ello habia puesto el Pontífice una sola pero excelente restriccion que de antemano reducia á la nada aquellos preliminares de un concordato imposible: exigió el asentimiento del consejo cardenalicio congregado, y el emperador, confiando en que el destierro ó la cárcel habrian amortiguado el valor antiguo, seguro de que el Sacro colegio debia hallarse en igual perplejidad que el Papa, accedió á aquel deseo y admitió la condicion. El emperador y el Pontífice se equivocaron uno y otro: aquel por exceso de confianza en su talento y poderío, este por exceso de debilidad. Desde aquel instante tocaba hablar á los acaecimientos, esto es, á Dios, y «cuando Dios quiere, segun dice Bossuet, manifestar que una obra es toda suya, reduce á los hombres á la impotencia y la desesperacion, y en seguida comienza la tarea (1).»

Veamos cómo obra la Providencia.

El Sacro colegio está libre, y Consalvi, Pacca, di Pietro, Litta, Gabrielli, Mattei y otros desterrados corren á arrojarse á los piés del Sumo Pontífice. El gallo canta, y el sucesor de Pedro acúsase de haber cedido á culpables consejos: « Aquellos cardenales, dice, nos empujaron hácia la mesa y nos hicieron firmar.» Y de sus ojos empañados corre el llanto del arrepentimiento, lágrimas sublimes de que habló Virgilio: «Lacrymæque decoræ,» y en su desesperacion, que le mueve á exclamar: «¡He de morir loco como Clemente XIV!» revela tanto desaliento y fortaleza, que no vacilan los cardenales en proponerle el único remedio que podia salvarle.

Si tímidos consejos pudieron oscurecer por un momento el esplendor de su Pontificado y de su cautiverio, preciso era que se levantara de nuevo más digno que nunca. Pacca, el ministro de los dias de infortunio, y Consalvi, el

(1) *Panegírico de san Andres, Obras completas de Bossuet.*


Digitized by Google

secretario de estado de los años venturosos, Consalvi que ejerce de nuevo su antiguo cargo, le rodean de cariñosas atenciones, al tiempo que di Pietro habla como teólogo consumado, trasluciéndose en sus inflexibles dichos el inefable orgullo de la probidad que dicta á la misericordia los austeros consejos de la justicia.

Con el Sacro colegio recobra el infeliz Pontífice las fuerzas del alma á la vez que las del cuerpo, pues tener buenos consejeros equivale á ser fuerte y vigoroso. Su cardenal predilecto dícele que no porque oculten el sol nubes pasajeras las ha tenido nunca el radiante astro del dia, y estas palabras de Consalvi le conmueven. El cautivo, que tantos combates habia sostenido en defensa de la Iglesia, conoce ser necesario un testimonio de público arrepentimiento, y ofrece y cumple la expiacion solemne con entera serenidad de conciencia. Otra vez, pues, quedará demostrado ser á la larga la política de los hombres sagaces y ladinos la peor política entre todas.

Absorto Napoleon en los planes y combinaciones de sus últimas campañas manda publicar el documento arrancado al Pontífice, pues aunque sabe que en su principio es nulo y en su forma vicioso, necesita de una cosa cualquiera para sosegar la irritacion religiosa que acabalaba los odios políticos y el general descontento; y una vez así acordado, no se ocupa más en ello. No sucede lo mismo á Pio VII en Fontainebleau: su honra y su deber le mandan retractarse del error cometido, y en presencia de los cardenales secretamente reunidos se rehabilita, y exige que la rehabilitacion sea para todos tan patente como el mismo yerro. Resuélvese por lo tanto que Su Santidad dirigirá al emperador una revocacion motivada del convenio entre ellos firmado en 25 de enero de 1813, quedando el original de la carta en poder del Sacro colegio, quien, segun las necesidades de la Iglesia, podrá publicarla cuando lo juzgue conveniente.

El Papa escribió, pues, al emperador en los siguientes términos:

«Señor, por muy honda que sea la pena que á nuestro corazon causa la confesion que vamos á hacer á vuestra majestad, por mucha que sea la que mis palabras le causen, el temor de los juicios de Dios, á los que cada dia más nos aproxima nuestra edad avanzada y el quebrantamiento de nuestra salud, debe de hacernos superior á cualquiera consideracion humana y tener en poco las terribles angustias que en este momento nos devoran.

«Impulsado por nuestros deberes declaramos á vuestra majestad con la sinceridad y franqueza que á nuestro carácter y dignidad convienen, que, á contar desde el 25 de enero, dia en que pusímos nuestra firma en los artículos que debian servir de base al tratado definitivo de que en ellos se hace mencion, no han cesado de desgarrar nuestra alma pesares y remordimientos sin que le sea dable hallar paz ni reposo.

«Desde el primer momento conocímos y cada dia nos lo hace conocer más una meditacion profunda el error á que nos dejámos arrastrar, ya por la discordia sobrevenida en los asuntos de la Iglesia, ya tambien por el deseo de complacer á vuestra majestad.

«Solo una idea calmaba un tanto nuestra afliccion, y era la esperanza de

Digitized by Google

poner remedio con el tratado definitivo al mal que habíamos causado á la Iglesia consintiendo en aquellos artículos. Pero ¿cómo expresar nuestro dolor profundo cuando con indecible sorpresa nuestra, á pesar de lo que habíamos convenido con vuestra majestad, vímos que se publicaban con el título de concordato aquellos mismos artículos que sólo eran la base de un convenio futuro? Amargos gemidos salieron de lo más hondo de nuestro corazon por el escándalo dado á la Iglesia con la publicacion de dichos artículos, y aunque plenamente convencido de la necesidad de repararlo, la prudencia nos mandó abstenernos por el pronto de manifestar nuestros sentimientos y dejar oir nuestras reclamaciones, á fin de evitar cuanto pareciera precipitacion en asuntos de tanta importancia.

«Sabíamos que dentro de pocos dias tendríamos la dicha de ver reunido á nuestro lado al Sacro colegio, nuestro natural consejo, y quisímos esperarlo para que nos ayudara con sus luces, y para tomar en seguida un partido, no acerca de la obligacion en que estábamos de reparar lo que habíamos hecho, pues Dios sabe la resolucion que de ello formámos desde el primer momento, pero sí acerca del modo mas conveniente de realizar esta misma resolucion.

«El que mejor nos ha parecido y más conciliable con el respeto que profesamos á vuestra majestad ha sido el de dirigirnos á vuestra majestad misma escribiéndole la presente carta, y en presencia de Dios, á quien en breve deberémos dar cuenta del uso que hemos hecho del poder que como Vicario de Jesucristo nos ha confiado para gobierno de la Iglesia, declararle con sinceridad apostólica que nuestra conciencia se opone de un modo invencible al cumplimiento de los artículos convenidos en el escrito de 25 de enero. Con dolor y confusion reconocemos que, no para edificar, sino para destruir emplearíamos la autoridad nuestra á tener la desgracia de cumplir lo que con imprudencia prometímos, no por mala intencion (Dios nos es testigo de ello), sino únicamente por flaqueza, como tierra y polvo que todos somos.

«Respecto á aquel escrito firmado de nuestro puño dirémos á vuestra majestad lo mismo que nuestro predecesor Pascual II dijo en un breve á Enrique V en favor del cual hiciera una concesion que excitaba tambien justamente sus remordimientos de conciencia. Con él os dirigirémos estas palabras: Nuestra conciencia conoce que nuestro escrito es malo, y malo lo proclamamos; y con el auxilio del Señor deseamos que sea anulado por completo para que de él no resulte daño alguno á la Iglesia ni perjuicio para nuestra alma.

«Convencidos estamos de que algunos de dichos artículos son susceptibles de enmienda dándoles una redaccion nueva é introduciendo en ellos algunas modificaciones; mas proclamamos al propio tiempo que otros son esencialmente malos, contrarios á la justicia y al gobierno de la Iglesia establecida por el mismo Jesucristo, y por lo mismo de cumplimiento imposible, debiendo de quedar por necesidad abolidos. . . . .

. . . .


Digitized by Google

«No podemos, empero, ocultar que nuestra conciencia nos remuerde igualmente por no haber mencionado en los artículos dichos los derechos que tenemos sobre los dominios de la Iglesia, derechos que nuestro ministerio y los juramentos que prestámos al ser exaltado al Pontificado nos obligan á mantener, á reivindicar y á conservar, sin que sea remedio suficiente de semejante olvido de nuestros deberes la carta que vuestra majestad nos ha dirigido.

«Por estos y otros no ménos graves motivos, referentes, así á los artículos expresados como á aquellos de que no hemos hablado, y en especial al 5.° del tratado de 25 de enero, motivos que seria muy largo explicar aquí, es evidente que nuestros inflexibles deberes nos prohiben absolutamente su cumplimiento.

«Y no es que ignoremos la fuerza de los pactos; pero sabemos tambien que al hallarse estos en oposicion con las instituciones divinas y los deberes que nos están impuestos, es obligacion nuestra ceder al imperio de consideraciones superiores que los hacen ilícitos y nos prohiben cumplirlos.

«Al obedecer así á la voz de nuestra conciencia que nos manda hacer á vuestra majestad la presente declaracion, nos apresuramos á manifestarle nuestro ardoroso deseo de celebrar un tratado definitivo, cuyas bases fundamentales estén en armonía con nuestros deberes.

«Animado por tales sentimientos podemos asegurar á vuestra majestad que así que llegue á noticia nuestra su consentimiento á cuanto le exponemos en esta carta con paternal confianza y apostólica franqueza, tomarémos sin dilacion aquellas disposiciones que sean necesarias para ajustar el suspirado y definitivo convenio. Y no dudamos de que este será remedio de los infinitos males que á la Iglesia afligen, males que tantas veces nos han obligado á elevar nuestras quejas al pie del solio, y de que acabará con los litigios que en los últimos años han sido para Nos objeto de muchos dolores y de justas reclamaciones. A ello debemos llevar puesta la mira en el definitivo tratado, á ménos de hacer traicion á los deberes de nuestro ministerio.

«A vuestra majestad suplicamos que acoja este resultado de nuestras reflexiones con la misma afectuosa lealtad con que se las hemos manifestado. Por las entrañas de Nuestro Señor Jesucristo le pedimos que consuele nuestro corazon cuyo mayor deseo es lograr una reconciliacion, objeto constante de nuestros afanes, y conjurámosle que considere cuánta será la gloria que cubrirá su nombre y cuántos los preciosos beneficios que á sus estados ha de procurar la celebracion de un tratado definitivo, prenda de verdadera paz para la Iglesia, y digno de ser mantenido por nuestros sucesores.

«A Dios dirigimos ferventísimos ruegos para que se digne derramar sobre vuestra majestad con abundancia sus celestiales bendiciones.»

Pacca, di Pietro y Consalvi fueron con el Papa los autores secretos de ese documento que lleva, por decirlo así, el sello vivo del genio de cada uno de los tres cardenales. Es su fecha de 24 de marzo, y aquel mismo dia, luego de dirigirlo oficial y directamente al emperador, comunicólo el Pontífice á los individuos del Sacro colegio uno por uno.

Digitized by Google

Pasado es el tiempo de las flaquezas; el de las animosas resoluciones comienza, y el Sumo Pontífice se decide á verificar en presencia de los cardenales un acto que seria casi una retractacion pública á no ser manifestacion de sobrenatural osadía. Pio VII ha escrito á Napoleon que el acto de Fontainebleau es radicalmente nulo; pero deseando que el Sacro colegio oiga su confesion de sus propios labios, comunícales misteriosamente y casi al oído su alocucion, la cual termina con estas palabras:

«¡Bendito sea el Señor que no ha apartado de Nos su misericordia! De él viene toda mortificacion y vida, y al propio tiempo que ha querido humillarnos con saludable confusion, nos ha sostenido con su omnipotente mano dándonos el necesario aliento para cumplir nuestros deberes en estas circunstancias por demas funestas. ¡Para Nos la humillacion y la vergüenza que de buen grado aceptamos para bien de nuestra alma! ¡Para él hoy y en los siglos todos la exaltacion, el honor y la gloria!»

Merecedor era en verdad de compartir esa gloria quien con tanta elevacion rescataba una hora de flaqueza experimentada en cuatro años de durísima cárcel. El esfuerzo de ánimo comunicó al Papa vigor físico, y con el sosiego que disminuye por mitad la inminencia del peligro con serenidad considerado, esperó los efectos que produciria su protesta.

El peligro no nacia ya de Napoleon. Arrollado de victoria en victoria y obligado en breve á defender palmo á palmo el territorio frances invadido por formidables y coligados ejércitos, el emperador manifiesta al Pontífice sus deseos de reconciliacion. Ilustres damas como la marquesa Ana de Brignole, prelados como el cardenal Maury y el obispo de Plasencia Fallot de Beaumont, llegan á Fontainebleau para predisponer los ánimos en favor de ciertas proposiciones. El emperador renuncia al territorio de Roma y cede el patrimonio hasta Perugia; pero como cada dia avanzan y se extienden las legiones aliadas, cada dia tambien trae consigo una nueva combinacion en los asuntos eclesiásticos. No parece sino que siente como un remordimiento la conciencia del emperador, y que ántes de ver al mundo deslizarse de sus manos suspira el guerrero por reconciliarse con la Sede apostólica.

Pero esa reconciliacion se difiere y desvanece lo mismo que las anteriores, lo mismo que se desvanecia la victoria, pues los males caian á granel sobre el ántes afortunado caudillo. Impulsado por la revolucion contra la Iglesia siéntese herido en medio del corazon por el mismo golpe que dirigiera á la Cátedra de Pedro. Aquel cuya vida fue una continua batalla invoca ahora la paz, y Europa no escucha siquiera á sus embajadores, desprecia sus ruegos y tardías concesiones, ó cuando más las toma como diplomático juguete. El Pontífice, empero, es siempre padre, y le contesta: «No hemos sido ni serémos nunca enemigos del emperador, pues aun cuando fuese tal nuestro deseo, la religion nos lo vedaria. Sin embargo, sólo en Roma podemos abrir negociaciones, porque sólo en Roma somos libre y verdaderamente Papa.»

En 23 de enero de 1814 Pio VII ve caer rotas sus cadenas, y parte de Fontainebleau para volver á sus estados. En 4 de abril, setenta y un dias despues, silenciosísima catástrofe terminó de pronto la más estrepitosa epopeya

Digitized by Google

militar de los tiempos modernos: el emperador Napoleon, abandonado por todos y abandonándose él mismo, firmó su abdicacion en aquel mismo palacio de Fontainebleau, mudo testigo de las aflicciones y del cautiverio del papa Pio VII.

Conforme con la bella imágen de san Agustin, « el leon quedó vencido peleando, el cordero venció padeciendo (1). »

En medio de la variedad de sucesos que con tanta rapidez han corrido unos tras otros, no nos ha sido posible sustituir la polémica á la historia, y por lo mismo refutar en breves palabras á los escritores que, tomando á M. Thiers por modelo, se esfuerzan en falsear los hechos y caractéres para decir que en último extremo la revolucion triunfó de la Iglesia. M. Thiers es el maestro de esa escuela semifilosófica, semigalicana que nada ha aprendido y lo olvida todo, y conviene ver de qué manera juzga él á los hombres y las cosas.

Como los libros tienen los escritores su destino especial, y M. Thiers, que por su accion oratoria ó constitucional y por sus obras tanto ha contribuido á popularizar el nombre de Bonaparte, debe pensar para consigo mismo que la suerte de algunos escritores es á veces providencial castigo. Involuntario cortesano del buen éxito, celebra cualquiera violencia con tal que triunfe, y esto en él, más que efecto de conviccion profunda, es resultado de su fuego provenzal que sacrifica el deber á un entusiasmo pasajero. La «Historia de la revolucion francesa», su primera obra, se presenta como un campo de batalla cubierto de sangre y de nubes de polvo, y en él, confiado todo al acaso, al cual se diviniza alcanzada la victoria, lucha el hombre entre espesas tinieblas contra las necias leyes de la fatalidad. De ingenio claro, pero escéptico, de imaginacion riente á pesar de su fingida indiferencia, M. Thiers quizas nunca haya tenido malas intenciones; pero ha manifestado más de una vez malos instintos. Sólo á intervalos siéntese dominado por la pasion de la verdad, y lo más que hace al referir intolerables excesos es permitir que las reticencias de su pluma acompañen el delito afortunado con reprobacion tardía.

Como tantos otros M. Thiers tuvo una época de popularidad constitucional y así como un semestre de gloria parlamentaria, y colocándose lo más que pudo al borde del escenario, mostrónos ciertos personajes de bulto, mónstruos ó prodigios, maravillas de bajeza ó portentos de heroismo, siempre procurando dar al olvido que la mayor iniquidad de la historia es adoptar y hacer que los demas adopten el feliz suceso como piedra de toque del merecimiento. «Rara cosa es, dijo Quintiliano, el respetarse á sí propio,» y esa falta de respeto fue en otro tiempo en su apología de la revolucion el pecado de M. Thiers, y por la misma, con intrepidez singular en el buen concepto que de sí propio tiene, peca todavía en su «Historia del consulado y del imperio».

Sin estar dotado de la fortaleza de Atlas que exige Milton á los hombres

(1) San Agustin, *Enarratio in Psal.*, n.º 14.

Digitized by Google

verdaderamente superiores, podia M. Thiers ser parcial sin ser injusto. Cosa muy fácil le hubiera sido salir del camino trillado, y en vez de esforzarse de continuo en redondear los ángulos no caer en la alternativa de agobiar al perseguido con imaginarias culpas é invocar en favor del perseguidor el beneficio de circunstancias atenuantes. En la posicion de ese escritor, consagrado al imperialismo por sus obras y uncido al yugo de lo representativo por su ambicion, existe en realidad una decepcion á la cual la lectura de Maquiavelo podria hacer llegar hasta el remordimiento. Maquiavelo ha dicho en efecto: «Convenia temer el nombre de César, destructor con gloria de sus enemigos y fundador de una monarquía en Roma; de él y de sus parciales nada debia esperarse favorable para la libertad (1).»

Nunca ha tenido M. Thiers la perspicacia del ilustre político florentino, y sin embargo lo mismo que en otro tiempo hiciera contra Luis XVI y las víctimas de la revolucion, inténtalo aun hoy, si bien con formas ménos ásperas. Las revoluciones que él no ha hecho le inspiran como una desconfianza de sí mismo y una candidez y sinceridad relativas que, puestas en el lugar de la fatalidad antigua, forman una providencia y un culto que el historiador dispone á su antojo. En su última obra su madre la revolucion lo ha hecho circunspecto en las palabras, aunque no ménos injusto en los juicios.

Así, por ejemplo, el Sumo Pontífice Pio VII, por condescendencia, por desasimiento de los bienes mundanos y sobretodo por amor á la paz no habia de oponer resistencia alguna á los apetitos de Napoleon. Preso en su capital, llevado de destierro en destierro entre dos soldados como un galeote no es del todo seguro que el Papa estuviese en su derecho al negarse á consentir en los decretos de confiscacion del patrimonio de San Pedro; pero lo que, segun M. Thiers, no deja ni sombra de duda es que los cardenales que, siguiendo las huellas de Consalvi, de Pacca, di Pietro, de Litta y de los obispos franceses, combatieron y padecieron persecucion por la honra de la Iglesia y la independencia de la Sede romana, dieron funestísimo ejemplo de obstinacion. Todos ellos fueron culpables de ignorancia ó astucia, así en lo sustancial como en la forma; dóciles instrumentos no quisieron oir las lecciones que desde el pináculo de su gloria permitia Napoleon que les dirigiera el expadre del oratorio Daunou, y por ello los castiga M. Thiers con vituperacion tan severa como escasamente motivada.

El historiador que nos ocupa jamas imita á Séneca cuando sobrecogido de admiracion exclamaba: «Honro y acato esos ilustres nombres, y no los oigo sin verme á mí mismo más grande: «Ego illos veneror et tantis nominibus semper assurgo (2).» Así hablaba Séneca: jamas tendrá la idea revolucionaria arranques semejantes.

Desde 1809 hasta 1814 hubo presbíteros, obispos y cardenales doctos y animosos que, sin apartarse de la moderacion, dejaron oir la voz de su conciencia al mandarles hablar una obligacion imperiosa. Pues bien, M. Thiers,

(1) *Obras de Maquiavelo. Discurso sobre Tito Livio*, lib. I.
(2) *Senec.*, Epist. 64.



que desde lo más bajo ha subido á lo más alto haciendo oposicion á los salvadores principios de órden, acúsalos á todos, presbíteros, obispos y cardenales, de hipocresía y tenacidad, como si la abnegacion y la fortaleza de ánimo pudiesen ser nunca, ni siquiera en la Iglesia, temibles por lo contagiosos; y en seguida, sin invocar nunca una excusa para los defensores del derecho, los condena y calumnia, arrastrando por el lodo sus actos y caractéres. M. Thiers, que al llegar la hora de las revoluciones de 1830 y 1848 estuvo admirable en cuanto á precauciones personales, parece ser acusador vivo de la audacia reflexiva de los demas, y aunque no tolere el martirio sino en la urna de las votaciones parlamentarias, para él no es suficiente motivo para absolver la prudencia ó vacilacion. Abomina el valor; pero no condena ménos el miedo cuando llega á apoderarse por excepcion de un obispo ó cardenal fiel á sus principios; de modo que para el historiador de la revolucion no se trata de la temeridad ni del temor, sino de la fidelidad á la Sede apostólica.

Algunas citas de la «Historia del consulado y del imperio», mejor que cuanto pudiéramos decir, darán á conocer á M. Thiers y su prurito de denigracion al encontrar en su pluma el nombre de Roma.

El cardenal Spina «era creyente, pero aun más codicioso que creyente. Al paso que sin cesar estaba pidiendo dinero á su córte, era su mayor deseo verla opulenta y pródiga como en otro tiempo (1).»

El emperador va á contraer matrimonio con la archiduquesa de Austria en el Louvre, y M. Thiers pone en escena el Sacro colegio. Ya que hemos dado la version inédita del cardenal Consalvi veamos ahora la del historiador revolucionario sobre aquel acaecimiento. Dice así:

«Napoleon, cuya mirada lo abarcaba todo, observó durante la ceremonia nupcial que no estaban allí todas las «sotanas encarnadas», como llamaba él á los cardenales. «Contadlos, dijo á un prelado de su servidumbre; » y luego que supo que de veinte y ocho faltaban trece, exclamó por lo bajo sin acertar á contener la ira: «¡Necios! ¡siempre los mismos! ¡En apariencia sumisos y en secreto facciosos!... ¡Pronto conocerán á lo que se exponen jugando así con mi poderío!» Concluida la ceremonia llamó al ministro de policía y mandóle prender á los trece cardenales, despojarles de la púrpura (por lo cual fueron en adelante designados con el nombre de cardenales negros), confinarlos á distintas provincias y vigilarlos, secuestrando, no solo sus rentas eclesiásticas, sino tambien sus bienes personales. El castigo era tan violento como imprudente y censurable la oposicion.

«Entre los trece cardenales hallábase el prelado Oppizoni, á quien Napoleon, á pesar de infinitas manchas que afeaban la conducta privada de aquel príncipe de la Iglesia, habia nombrado arzobispo de Bolonia, cardenal y senador (2).»

Esos trece cardenales, que ni en apariencia están sumisos ni son en se-

(1) *Historia del consulado y del imperio*, t. III, p. 241.
(2) *Ibid.*, t. XII, p. 60 y 61.

Digitized by Google

creto facciosos, y á quienes ni sus contemporáneos ni la posteridad han pensado nunca en tener por «necios,» son lo más escogido del Sacro colegio, la gloria de la Iglesia, y quizas la reunion más cabal de hombres de talento, de ingenio y de firmeza de ánimo. En las Memorias del cardenal Consalvi se expresan los nombres de todos.

La iglesia galicana no sale mejor librada que la de Roma luego que deja de acatar sin observaciones órdenes que ni siquiera aprueba el mismo M. Thiers. Puede este contradecirse algunas veces, pero retractarse nunca. Así, por ejemplo, dice:

«Conducido el Papa á Savona quedó allí preso y con obstinacion se negó á desempeñar el ministerio de la Cátedra apostólica. No habia entónces cisma como en la última época de la revolucion en que el clero, dividido, dividia á los fieles, y se vengaba alterando el sosiego del estado de las persecuciones que experimentara. En aquella época estaba por el contrario unido, tranquilo y sumiso, y celebrando en todas partes las ceremonias del culto ignoraba ó fingia ignorar la existencia de la bula de excomunion fulminada contra el emperador, y por lo general reprobaba que el Papa hubiese recurrido á semejante extremo con peligro de poner de manifiesto la flaqueza de sus armas espirituales, ó de aumentar los apuros de un gobierno que, á pesar de sus yerros, era aun considerado necesario para la salvacion de todos (1).»

En la página 58 se dice que el clero frances estaba sosegado y sumiso, reprobando por lo general que el Papa hubiese fulminado la excomunion; pero en la 66 ese mismo clero, sumiso y poco conforme con la conducta del Pontífice, se encuentra en completo desacuerdo con la voluntad imperial y sigue al pié de la letra los consejos emanados de la Sede apostólica. El mismo Thiers lo confiesa en los siguientes términos: «En otro tiempo sucedia con frecuencia que los obispos nombrados eran elegidos vicarios capitulares y de este modo entraban inmediatamente en posesion de sus sedes. No pudiendo Napoleon alcanzar las bulas en la forma que las deseaba, quiso que los sugetos por él nombrados fuesen investidos del cargo de vicarios capitulares; mas puede decirse que en todas partes encontró vivísima resistencia. Como por lo general los capítulos habian nombrado su administrador provisional ántes que designara el emperador los nuevos obispos, se encastillaban en la eleccion primera para no hacer otra, ó bien, en caso de estar animados de mayor audacia, decian claramente que semejante modo de proceder no era mas que un rodeo para anular la institucion canónica perteneciente al Papa, y negaban que las reglas eclesiásticas permitieran conferir á los obispos electos el cargo de vicarios capitulares.

«Verdadera ó falsa convencíales esta doctrina, en cuanto pronto habian conocido que, consintiendo en que las iglesias fuesen administradas provisionalmente, privaban al Papa del medio más eficaz para contener en su carrera á Napoleon. Es cierto que el recurso no dejaba de ofrecer peligro, pues no era cosa fácil cerrar el paso á un hombre como el emperador, cuando

(1) *Historia del consulado y del imperio*, t. XII, p. 58 y 66.

Digitized by Google

por otra parte no se consideraba lo más piadoso llegar hasta una completa interrupcion del culto. En vano algunos sacerdotes ilustrados, acordándose de que Enrique VIII, movido por vergonzosos afectos, pudo desprender de la Iglesia católica una de las mayores naciones del mundo, decian para sí que Napoleon, mucho más poderoso que el monarca ingles y apoyado en motivos más fundados, podria causar á la fe más grandes males que aquel, sobretodo en un siglo indiferente, más de temer que una época de hostilidad; los promovedores de la oposicion clerical, cegados por sus pasiones, se curaban muy poco de los peligros de la religion, y habian trasladado á la misma capital el teatro de la reñida contienda.»

M. Thiers, inventor de la máxima democrática «el rey reina y no gobierna», de la cual dispensa generoso al imperio y al emperador, muéstrase tan injusto respecto del clero frances como respecto del romano, y escribe:

«M. de Aviau, arzobispo de Burdeos, era un eclesiástico respetable aunque de escasas luces, que ninguna precaucion tomaba para disimular la cólera que le causaba el cautiverio del Padre Santo (1).»

«Los señores Broglie y Boulogne habian pasado de un grande entusiasmo por el primer cónsul á un odio imprudente cóntra el emperador (2).»

«M. Hirn, obispo de Tournay, era un alsaciano de costumbres relajadas y opiniones violentas (3).»

Los únicos obispos cuyas virtudes, talento y moderacion celebra el escritor, siempre en nombre de un Dios de paz, son los prelados que, como el cardenal Maury y el presbítero Pradt, se encuentran por culpa suya en una situacion falsa é insostenible; aquellos que están dispuestos en todas ocasiones á aconsejar al Papa el abandono de los derechos de la Iglesia, como eran Barral, arzobispo de Tours, y Duvoisin, obispo de Nántes. Pero no era esto en verdad lo que gritaba desde el fondo de su sepulcro el antiguo episcopado, sino que por boca de Pedro de Blois decia á sus sucesores: «No envidio á esos obispos que, perros sin voz, incapaces de ladrar, adormecen la conciencia del príncipe con bajas adulaciones. Como nada en los obispos es tan acepto á Dios como la profesion de la verdad, no temais arriesgar la vida por ella (4).»

Hombres hay que sólo aconsejan lo que ellos creen poder realizar, y así es como tales consejos no acuden nunca á M. Thiers. Mas no se crea por ello que los elogios que el historiador prodiga al pormenor los ratifique luego en conjunto; véase sino el cuadro poco halagüeño que del concilio bosqueja: «Entre tantos prelados no existia, dice, como si en lo íntimo del pecho deplorase su propia ausencia parlamentaria, un hombre capaz de dominar la dividida é irritada asamblea, de hacerle adoptar un prudente acuerdo y volverla á la razon; no debe extrañarse, pues, que fuese aquel un cáos de interpelaciones, quejas y recíprocos cargos (5).»

(1) *Historia del consulado y del imperio*, t. XIII, p. 146.
(2) *Ibid.*, t. XIII, p. 152.
(3) *Ibid.*, t. XIII, p. 159.
(4) *Epist.*, c. XII, p. 175.
(5) *Historia del consulado y del imperio*, t. XIII, p. 170.

Digitized by Google

Por fin le llega su vez al Jefe supremo de la Iglesia. Roma es invadida por los batallones imperiales, y testigo de semejante violacion de todos los principios y de todas las promesas, M. Thiers escribe: «El Papa dejó el Vaticano y se trasladó al Quirinal, y encerrado en este palacio como en una ciudadela promovió escenas tan deplorables para el poder opresor como para el poder oprimido. El general Miollis, condenado á un papel ingrato á lo sumo muy impropio de sus facultades, en cuanto aquel valeroso militar era de entendimiento tan cultivado como de voluntad firme, procuraba en vano suavizar el encargo que recibiera; y en tanto Pio VII, indignado en extremo como Pontífice por la violencia de que la Iglesia era objeto, afligido como príncipe por la ingratitud de Napoleon á quien consagrara en Paris, no acertaba á contener los sentimientos que le agitaban, los cuales, sin disminuir el religioso y tierno interes que merecia le despojaban de parte de su dignidad (1).»

Pio VII entre cadenas ha perdido, segun M. Thiers, una parte de su dignidad; á creer al historiador no tendra en breve inteligencia, y perderá hasta la facultad de juzgar. «El infortunado Pio VII, dice, no poseia, á pesar de su gran capacidad, la fuerza de razon necesaria para elevarse á los altos principios en que descansa la doble investidura de los pastores por la potestad temporal y la espiritual (2).»

Juzgado queda el Pontífice; veamos ahora cómo le pinta en Fontainebleau rodeado de los individuos del Sacro colegio cuando estos volvieron del destierro ó salieron de las cárceles de estado. El documento del 25 de enero de 1813 ha sido arrancado á las amarguras y al descaecimiento del cautiverio; los cardenales, consejeros naturales del Sumo Pontífice, cuyo derecho de sancion ó reprobacion invoca y proclama el Papa ántes de escribir su firma, hállanse á su lado, y M. Thiers, artista siempre en materias revolucionarias, describe en estos términos una escena íntima del Pontificado:

«Fácil era prever que desde el momento en que los consejeros ordinarios del Papa volviesen á su lado tratarian de poner en tortura su ánimo, reconviniéndole por el documento que firmara, y manifestándole las graves consecuencias del mismo, y sobretodo su inoportunidad en vísperas de una guerra que no podia ser favorable al emperador; y en efecto, apénas hubieron sido admitidos en Fontainebleau los cardenales negros observóse que el Papa, tan alegre y contento algunos dias ántes, volvia á ponerse triste y meditabundo. El cardenal di Pietro y otros le reconvinieron por haber destruido con imprudencia suma la autoridad temporal del Pontificado, realizado con ello de autoridad propia una gran revolucion en la Iglesia, y abandonado el patrimonio de San Pedro que no era de su pertenencia, todo ello sin necesidad ninguna, pues Napoleon estaba próximo á sucumbir; dijéronle que le habian engañado acerca de la situacion de Europa, y que no debia considerarse obligado por lo que firmara por sorpresa cuando no

(1) *Historia del consulado y del imperio*, t. XI, p. 300.
(2) *Ibid.*, t. XIII, p. 129.


Digitized by Google

por fuerza, y en una palabra procuraron inspirarle mil terrores y remordimientos, pintándole sobre el estado de las cosas un cuadro inspirado por la pasion más desenfrenada. Y ese cuadro fue por desgracia verdadero en breve por culpa de Napoleon, aun cuando en aquellos momentos cualquiera hombre de sano juicio hubiera debido considerarlo falso ó por lo ménos exagerado, pues por más que empezase á desacreditarse en la opinion del mundo el imperio frances llenaba aun á sus enemigos de profundo terror (1).»

Hasta aquí hemos visto cómo la revolucion hace doblegar la historia á los caprichos de M. Thiers; fáltanos ahora llenar un deber más triste aun, el de mostrar á dicho historiador tan mal intencionado como pésimamente informado.

En la «Advertencia» con que comienza el tomo segundo el escritor que humildemente se da á sí mismo tan orgullosas lecciones, se expresa en estos términos: «El temor de afirmar un hecho inexacto me penetra de una especie de confusion. Cuando esto me sucede no descanso hasta dar con la prueba del hecho que es objeto de mis dudas; búscola con ansia, y no reposo hasta que al fin la hallo.»

De esta elocuente protesta que admitimos como leal, debe deducirse, sin embargo, que M. Thiers no lo ha sabido todo, ó ha callado algo. Dícenos haber leido y meditado las numerosas correspondencias relativas al reinado de Napoleon I, y en la «Historia del consulado y del imperio», donde no hay pormenor, por insignificante que sea, que no ocupe extenso lugar, la carta de Pio VII al emperador escrita en Fontainebleau en 24 de marzo de 1813, aquella carta en que el Sumo Pontífice rechaza con firmeza el llamado concordato de aquel mismo año, no está citada, ni siquiera parafraseada. El historiador no hace de ella la menor indicacion directa ni indirectamente, y sin embargo fue recibida por el emperador, y en aquel tiempo muy difundida, teniendo en ambos hemisferios toda la publicidad imaginable. M. Thiers es el único que nada sabe de ella, y sin temor de penetrarse de aquella especie de confusion que experimentaria si llegase á afirmar un hecho inexacto, pasa adelante tranquilo y sosegado. En un principio fingió ignorar la existencia de la carta de Pio VII; ahora la niega de una manera implícita.

«Adoptando Pio VII, dice, un sistema de disimulo y fingimiento, que más que suyo era de sus consejeros, se guardaba bien de manifestar intencion de renunciar al concordato de Fontainebleau retractándose de lo firmado, sino que se limitaba á indicar que segun se hallaban las cosas no corria prisa alguna el cumplimiento del tratado, fingiendo más que nunca estar como adormecido en su tranquila morada. Observábase únicamente que los personajes bullidores del partido de la Iglesia hacian á Fontainebleau frecuentes viajes, y entónces el fogoso Napoleon, poseido de enojo, estuvo á punto de destruir con un golpe de ira el gran resultado que sagazmente alcanzara al reconciliarse con la Santa Sede. Bien aconsejado, sin embargo,

(1) *Historia del consulado y del imperio*, t XV. p. 304 y 305.

Digitized by Google

limitóse á sacar partido de su ventajosa posicion. Firmado el concordato por el Papa pública y libremente no habia razon pàra que el emperador lo tuviese secreto, pues aun cuando es cierto que habia prometido no publicarlo hasta ser comunicado á los cardenales, la mala fe de que con él se usaba, las dilaciones con que se entorpecia aquella comunicacion á los príncipes de la Iglesia á pesar de hallarse todos reunidos en Paris, los rumores propalados por varios eclesiásticos, asegurando unos que el concordato no existia y otros que habia sido arrancado con violencia, dejaban á Napoleon expedito el derecho para publicarlo. Mandó, pues, que se insertara en el «Boletin de las leyes», como ley del estado que debia cumplirse desde el momento de su insercion en el periódico oficial (1).»

Siempre que la revolucion coloca frente á frente de la Iglesia á sus escritores más discretos y cautelosamente hostiles, es este el lenguaje que les inspira, estos los sentimientos de verdad y de justicia cuya predicacion les encarga. No es su objeto absolver ó defender la memoria de un grande hombre, pues los grandes hombres de la talla de Napoleon jamas han sido de su agrado; pero como Napoleon, cediendo á consejos ajenos á los instintos de su política, tuvo la desgracia de dejarse arrastrar á persecuciones indignas de su gloria, como se ha creido que abrigaba el proyecto de destruir el arca de la alianza cristiana y separar á Francia de la Sede romana mendigando por todos lados un patriarca ó constituyéndose pontífice y emperador como los zares de Rusia ó los reyes de Inglaterra, este proyecto, que en la mente del emperador no pasó nunca del estado de quimera y en cuya realizacion jamas habian de consentir los franceses, es causa de que la revolucion se lo perdone todo. Ella le bendice por haber pensado en el cisma, y M. Thiers se apresura á acusar á la córte apostólica y al clero frances por haberse opuesto á él: la accion es doble, pero el resultado es solo uno.

El emperador Napoleon ha emprendido el camino del destierro, y como siempre ha de ser muy fácil escarnecer á los hombres que caen, de todos lados se dirigieron ultrajes al vencido, el cual no fue ya sino el mónstruo de Córcega. No hubo quien no le arrojara su piedrecita de indignacion; los feroces republicanos de ayer, trasformados en dignatarios del imperio, se convirtieron en cortesanos de los Borbones, ó por decir mejor en perpétuos guardias de corps de la buena fortuna. Los mariscales, senadores, generales, consejeros de estado, prefectos y gentileshombres de Bonaparte se acordaron al maldecirle por primera vez de que Enrique IV y Luis XIV habian dejado descendientes, y con lealtad sin límites, pero no sin esperanzas, procuraron todos á porfía ofrecer á los recien llegados prendas de fidelidad. Todos con Juvenal exclamaron:

Dum jaced in ripa, calcemus Cæsaris hostem.

El césar era sencillamente aquel que iba á reinar, pues el vulgo sólo sabe y entiende el desenlace.

Al propio tiempo, en 24 de mayo de 1814 el Papa Pio VII, á los rayos de

(1) *Historia del consulado y del imperio*, t. XV, p. 387.


Digitized by Google

un sol de Italia que parecia ser más esplendente aunque de ordinario para iluminar la marcha triunfal del Pastor, vuelve á su querida Roma penetrada de alegría. Hermosa cual ninguna fue aquella fiesta de todo un pueblo llenando la carrera sembrada de flores que debia recorrer el Sumo Pontífice. Pio habia anunciado su libertad á los romanos y les habia participado «el deseo que experimentaba de estrecharlos contra su pecho, lo mismo que abraza un padre á hijos amantísimos despues de larga y penosa peregrinacion (1).»

En respuesta á la cariñosa alocucion del coronado anciano Roma entera sale á recibirle con palmas y pendones, y sosteniendo en sus hombros la magnífica carroza en que el Papa llora y bendice, llévale en triunfo por las antiguas vias sacras, las que ni aun en tiempo de sus cónsules vencedores del mundo contemplaran jamas alborozo semejante (2). Todas las clases, todos los sexos, todas las edades confundidas en el camino de Ponte-Molle prorumpen en un solo grito. ¡Bendito sea el que viene en nombre del Señor! decian aquellas trescientas mil voces del pueblo católico, y en tanto la Iglesia, que tanto ha padecido en su viudez prolongada, repite á los ecos de las siete colinas por medio de sus sacerdotes el pacífico «Hosanna».

Digno era Pio VII de ser bendecido, pues en verdad que de nadie como él podrá decirse que es llegado en nombre del Señor. Servicios hay que recompensar, y muéstrase generoso para los leales; traiciones que castigar, y de su solio brota un rio de gracia. El sucesor de Pedro, agobiado de padecimientos corporales y de aflicciones del espíritu, cejó una sola vez ante la injusticia, y expia su yerro perdonando las culpas de todos. A aquellos que han pecado contra la Iglesia ó su persona y acuden á implorar su misericordia, les dice: «¿Por ventura creeis que Nos estamos exentos de culpa? Olvidémoslo todo, puesto que todo ya ha pasado.»

Y el Papa todo lo olvida, excepto el infortunio. La familia de Napoleon era entónces la víctima por él elegida, y á merced de los acaecimientos, ménos traidores que los hombres, veíase acosada por tierra y por mar, y sus cortesanos de ayer eran hoy sus más encarnizados perseguidores. La ancianidad, la edad viril y la infancia no hallan albergue en esta Europa que hace pocos dias los contemplaba de hinojos; pero como es destino de la Roma pontificia ofrecer asilo á las grandezas caidas, y el Papa, aunque perdonando á todos no se perdona á sí mismo y recuerda ser la hospitalidad la primera obligacion del sacerdote, manda abrir de par en par las puertas de la ciudad eterna á los individuos de la familia de Bonaparte. En vano para disuadirle de una idea que puede ser causa de graves sucesos y poner á la Santa Sede en peligro se esfuerzan los gabinetes de las grandes potencias, y en especial el de Lóndres, en manifestar á Pio VII que un proscrito

(1) *Proclama de Pio VII á los romanos*, 4 de mayo de 1814.

(2) Sir Humfry Davy, famoso químico ingles, fue testigo del regreso de Pio VII á Roma, y en sus *Consolations of travel*, pág. 161, el escritor protestante no puede ménos de decir: «Nunca olvidaré el entusiasmo de aquel recibimiento. Imposible es describir las aclamaciones y los trasportes de alegría á que el pueblo se entregaba, gritando de continuo: «¡El Padre Santo! ¡El Padre Santo! Su restauracion es obra de Dios!»


Digitized by Google

está muy próximo á ser un conspirador; el Papa sabe que el árbol no niega jamas su sombra al leñador, y permanece firme en su propósito. La anciana madre del emperador, su tio el cardenal Fesch, sus hermanos y hermanas, sus sobrinos, y despues la reina Hortensia, el rey Jerónimo y sus hijos, condenados como los desterrados todos al suplicio de la esperanza, hallan junto á la Cátedra apostólica un asilo donde descansar la cabeza, y en él permanecerán largo tiempo en medio del Sacro colegio, cuyos individuos considerarán como deber de conciencia y cortesía no tener memoria de lo pasado ni prevision de lo futuro.

Recluido Napoleon en el precario imperio de la isla de Elba quiere probar por última vez la suerte de las armas. Abandonado por la fortuna en Waterloo, piensa que el gobierno ingles hará punto de ser tan generoso y hospitalario como la Santa Sede, y condenado como Temístocles al ostracismo escribe en Rochefort en 13 de julio de 1815 que desea sentarse en el hogar del pueblo británico. Inglaterra, empero, que acoge en su regazo á los refugiados de las naciones todas y que ampara con su pabellon los atentados que allí muchos fraguan, negó la hospitalidad pedida, y deportó al «general Bonaparte» en medio del Océano Atlántico.

Encadenado en aquel funesto peñon de Santa Elena el Prometeo de la historia que tenia por buitre al gobierno británico, dictó á los compañeros de su desesperacion las memorias de su portentosa epopeya; y al hacerlo siempre pronunció con amor y respeto el nombre del preso de Savona y de Fontainebleau. «Pio VII, decia, es en realidad un cordero, un verdadero hombre de bien, á quien quiero y amo mucho, y estoy seguro de que él me corresponde.»

Napoleon no se equivocaba. Los reyes á quienes tantas veces venciera, los príncipes á los que colmara de favores reuníanse y formaban congresos; todos en el de Aquisgran aprobaron la memoria redactada por Rusia en 19 de noviembre de 1818, y por unanimidad dijeron: «La guerra sostenida contra Napoleon Bonaparte y los resultados que la misma ha producido jamas han tenido á persona alguna por objeto; lo que los aliados han combatido y han destruido al fin es el poderío de la revolucion francesa concentrado en un hombre que usaba de él para imponer á las naciones el yugo de la injusticia... Al proclamar en marzo de 1814 que nunca harian paz con él ni con individuo alguno de su familia, desmoronóse el edificio de la usurpacion, y en la inmensa ruina vió Europa el comienzo de su regeneracion... Antes de la batalla de Waterloo Bonaparte era un rebelde temible; despues de la derrota un vagabundo desgraciado; y en Rochefort un fugitivo que á bordo del «Belerofonte» dependia de la justicia de Europa.»

Los gobiernos europeos, cuyos juicios modifican á veces las revoluciones de una manera muy singular, nada tenian que decir ni hacer en favor del cautivo de Santa Elena; su nombre quedaba entregado al insulto, y las notas diplomáticas prorumpian en iguales maldiciones que la historia, la poesía, la copla, los periódicos, la caricatura y la novela. Para Napoleon y su familia habia sonado la hora de las represalias, y nunca las hubo más unánimes ni de mayor crueldad.


Digitized by Google

En la misma época fallecia en Italia un ilustre escritor, el conde Alejandro Verri, autor de las «Notte romane», el cual habíase dejado arrastrar tambien por el torrente de las reacciones. De alma fogosa y leal habia escrito un libro intitulado «Lotta dell'Impero col Sacerdozio fra Napoleone Bonaparte e Pio VII», semejante al famoso opúsculo de Chateaubriand que tenia por nombre «Buonaparte y los Borbones», sólo que en él á las iras reemplazaba la fe.

Antes de publicar la obra el conde Gabriel Verri, hijo del autor, creyó conveniente someter el manuscrito al exámen del Papa, y en una carta íntima dirigida por el cardenal Consalvi á la duquesa de Devonshire en 3 de junio de 1818 exprésanse los motivos por los cuales se suspendió la publicacion de la obra. «Inmediatamente despues de mi segunda audiencia oficial, escribe, Su Santidad se dignó llamarme de nuevo y me dijo: «Hemos hecho que el cardenal Galeffi y di Gregorio nos diesen cuenta del manuscrito que el conde Verri os encargó presentarnos, y hemos visto que contiene pasajes admirables, con escasísimas equivocaciones de poca importancia en los pormenores. A pesar de esto quisiéramos que no se publicara. Napoleon es desgraciado, muy desgraciado, y si Nos hemos olvidado sus culpas, la Iglesia no debe olvidar nunca sus servicios. En favor de esta Sede hizo lo que quizas nadie en su posicion habria tenido valor para intentar, y no podemos ser ingrato para con él. Podria el libro llegar á Santa Elena, y de seguro que los ingleses procurarian que él lo viese y supiese que Nos hemos autorizado su publicacion. Lo que esto afligiria al infeliz seria para Nos muy cruel suplicio, sobretodo ahora que nos pide un sacerdote para reconciliarse con Dios. No queremos, pues, no podemos ni debemos tomar la menor parte en los males que experimenta, y por el contrario de lo más íntimo de nuestro corazon deseamos que se los hagan más llevaderos y le den existencia más grata. Cuando escribais á vuestro amigo el príncipe regente, pedidle en mi nombre ese favor, y decid al hijo del conde Verri que guarde en su archivo esa obra absolutamente inútil para la gloria de su padre.»

«Palabra por palabra he trascrito, señora duquesa, lo dicho por Su Santidad ántes de trasmitirlo al príncipe regente, siendo para mí gran placer comunicároslo primero que á nadie. En la actualidad es imposible que Bonaparte vuelva á Europa en son de guerra. Y por lo mismo, ¿no os parece que seria ya tiempo de suavizar su cautiverio, ó á lo ménos de consolar un poco su alma que debe pasar tan dolorosas amarguras? En mi próxima carta al príncipe regente le hablaré con llaneza en nombre de Su Santidad; pero «mi amigo», segun él Papa le llama, no es libre en sus decisiones; no obstante, procuraré cumplir lo mejor que pueda la órden y sobretodo el deseo del Padre Santo, y si os dignais ayudarme quizas alcancemos algo para bien de todos.»

Ambas diplomacias se hallan frente á frente; las dos tratan del mismo punto, y sabemos los distintos sentimientos que animan á una y otra. Persuadido de ello estaria Napoleon, pues á principios de aquel mismo año 1818 rogaba espontáneamente al Papa que le enviase un sacerdote. El rayo habia

Digitized by Google

surcado su frente, y cayó como aquellos robles seculares derribados por el huracan; quedóle únicamente una miseria soberana y la soberana misericordia, y pábulo de todos los tormentos mirábase morir poco á poco. Entónces pudo decir con Montaigne: «Al llegar á ese último punto de la contienda entre la muerte y nosotros, la ficcion ya no es posible, sino que es preciso hablar frances y enseñar lo que queda limpio y bueno en el fondo del puchero (1).»

Sincera y cristianamente lo enseñó el emperador, y en seguida espiró acompañándole la bendicion y el llanto del Pontífice que tanto le amara. La revolucion habíase esforzado en convertirle en perseguidor de la Iglesia, y en su postrer momento acude la Iglesia á su lado para probarle que si le han abandonado reyes y pueblos, ella, que no acierta á contener los implacables furores de los hombres, abre siempre por lo ménos al arrepentimiento el tesoro de las divinas gracias. Por medio de sus confluentes ó derivados la idea revolucionaria sirvióse de las pasiones del emperador para perderle; ahora que el emperador ya no existe, procurará, valiéndose de una ficcion constitucional, abusar de su fama para intentar nuevo asalto contra el órden social y la Sede romana.

Larga habia sido la contienda que la revolucion abriera entre las dos potestades. De ella salia la Iglesia victoriosa, y la barquilla de Pedro surcaba ya las sosegadas aguas del puerto; segun bellas expresiones de san Juan Crisóstomo, «las olas no habian tragado ni conmovido la roca, y las que atrevidas querian llegar hasta su cima caian á sus piés hechas espuma (2).» Pero por todos lados se ofrecian males que reparar y heridas que curar: la revolucion habia pasado su rasero por aquella tierra pontificia cuyo gobierno é instituciones han de ser tan excepcionales como la promesa sobre la cual fundara Dios su Iglesia; establecimientos eclesiásticos, fundaciones piadosas ó científicas, congregaciones, colegios, hospicios, tribunales, administracion espiritual y temporal, leyes y costumbres, todo ha sido abolido ó trasformado. Con improvisados decretos quisieron modificar hábitos y alterar caractéres para convertir la ciudad católica por excelencia en una capital como tantas otras sometida á los intereses del comercio y de la industria. La desconfianza y el desamor han sido sembrados en las Romanias y en el patrimonio de San Pedro; con toda clase de calumnias la idea revolucionaria los mantiene, y el destierro del Papa, la dispersion del Sacro colegio y la permanencia de soldados extranjeros en el Capitolio favorecen en gran manera sus proyectos.

Lograr que los romanos negaran lo que tan paladinamente confesara el historiador protestante Juan Muller era el firme propósito de la demagogia. Muller habia escrito: «A no ser los Papas Roma no existiria. Gregorio, Alejandro é Inocencio opusieron un dique al torrente que amenazaba devorar la tierra. Sus manos paternales crearon la jerarquía y con ella la libertad

(1) *Ensayos* de Montaigne, l. I., p. 94.
(2) *Homil. de exilio*, t. II, p. 501.



de los estados (1).» Pues bien, convenia desmentir esta verdad proclamada por todas las historias imparciales, y la ocupacion de Roma y la destruccion de la jerarquía eclesiástica fueron los medios empleados para fascinar al pueblo.

La pasada tentativa de secularizacion no habia dado feliz resultado; el pueblo no habia visto con mayor gusto que el clero que Roma pasara de capital del mundo cristiano á ser la segunda ciudad del imperio francés. Al perder el Papa conoció Roma que por su viudez se destruia á sí misma, y que renunciado que hubiese á su título cristiano no existia ya razon para que á consecuencia de nuevas guerras dejase de perder su lugar segundario para no ser mas que una ciudad italiana ó alemana como otras infinitas, y por ello rechazó aquellas hipotéticas grandezas, las cuales le hacia muy poco halagüeñas el decaimiento progresivo de su poblacion.

En la ciudad en que cada habitante se atribuye cuando ménos una pequeñísima parte de la eternidad prometida á la Cátedra de Pedro, dias y años no tienen mayor importancia que los minutos para un siglo. Vívese en ella de lo pasado y de lo por venir; únicamente se piensa en lo presente para exaltar lo uno y utilizar lo otro, y así es que el Sacro colegio, nacido del pueblo, repudia por instinto todos los desenfrenos de entusiasmo frio, las innovaciones que en otros puntos alucinan á los hombres como la gloria de una sombra.

Clero y pueblo no toleraban, pues, empirismo de ninguna clase, ni se rendian á las seducciones liberales de progreso; y si poco ántes habian cedido al peso de la fuerza bruta, aquel estado de decaimiento moral fue, más que postracion de la inteligencia, propósito de la voluntad. Nunca habian ellos creido en la humillacion de la Santa Sede; ciertos estaban de que la Iglesia debia alzarse otra vez más poderosa que ántes, y animados por esta esperanza más aun que por el disimulo, «fea pero indispensable virtud,» segun dice en sus «Memorias» la señora de Motteville, abandonáronse al hilo de la corriente á la cual secretamente imprimia su mano direccion. Acostumbrados así á los grandes triunfos como á las catástrofes y deserciones, halláronse naturalmente á la altura de las circunstancias, y todos á porfía pusieron manos á la obra para facilitar la de regeneracion.

Más envanecida con sus gloriosas ruinas que con una victoria alcanzada, la Iglesia, con prudente lentitud, proporcionó remedio al mal. A la Compañía de Jesus habia dirigido sus primeros golpes la revolucion en la época en que se hallaba aun en gérmen en el jansenismo, en el filosofismo y en el galicanismo seglar, y á la misma Compañía de Jesus, abolida por Clemente XIV, apeló Pio VII. Un Papa que sólo tuvo la libertad de su flaqueza obligó á una sociedad religiosa santa al par que renombrada á bajar al sepulcro ántes de la hora señalada por la Providencia; como el hijo de la viuda de Naim tendióse aquella sociedad en el ataud, y la revolucion velaba vigilante para que nadie se acercara á él; pero llegado el dia de las reparaciones socia-

(1) *Viajes de los Papas*, por Juan de Muller.

Digitized by Google

les Pio VII, que no quiere condenar á la Iglesia á perpétua injusticia, acercóse á aquella tumba prematura y dirigió á la Compañía de Jesus, por medio de su bula «Sollicitudo omnium ecclesiarum» las palabras de resurreccion: «Levántate, yo te lo mando.» La Compañía de Jesus obedeció al mandato, y emprendiendo el camino de nuevas victorias guarneció las brechas de mayor peligro volviendo á ser blanco de cuantos militaban contra la Cátedra de Pedro.

La bula «Sollicitudo» por la cual fue restablecida la Compañía de Jesus lleva la fecha del 7 de agosto de 1814. En 15 del mismo mes son reintegradas en sus derechos las demas órdenes religiosas, y ellas que vieron morir á la Compañía de Jesus son por esta precedidas en su nueva existencia. Reconstituyendo el clero Pio VII ha acudido á las necesidades interiores de la Iglesia romana; con la institucion de obispos en el mundo católico lo prepara para nuevos combates.

Otros cuidados más temporales, pero importantes igualmente para el esplendor de la Sede apostólica, ocupaban todavía la mente del Pontífice. La guerra le habia despojado de la mejor porcion del patrimonio de San Pedro, y deber era al propio tiempo que punto de honra para el Pontificado recobrar la posesion de las Romanias tantas veces usurpadas y tan leales siempre en lo general del pueblo. Entónces, por órden del soberano, el cardenal Consalvi hubo de ponerse en relaciones con los reyes y plenipotenciarios de la liga europea.

Al apartarse de la vista de Pio VII bien sabe el cardenal que no se aparta de su corazon. Enviado suyo no se presenta en aquel palenque de restauracion social donde los principios son ménos disputados que los pueblos, para alcanzar anexiones de territorio ni para hacer inclinar á uno ó á otro lado la balanza de los intereses europeos. Su encargo es decir y probar que cuanto se hace para el reposo de la Iglesia y el afianzamiento de la religion contribuye al bienestar de los imperios; y á la justicia de los hombres tocará concluir lo que comenzará la prudencia del embajador pontificio.

No hacia aun diez y ocho meses desde que el noble príncipe de la Iglesia, desterrado en Reims, compareciera á la presencia de un oscuro subprefecto para dar cuenta de los recursos con que una piedad discreta favorecia á los cardenales negros. Ahora vuelve otra vez á las Tullerías con todo el brillo de su púrpura, y honrado con la confianza de su soberano se granjeará la amistad de los reyes y el aprecio de sus primeros ministros. En Paris es recibido con los obsequios debidos á su jerarquía y fama, y en seguida se aparta de Luis XVIII para ir á Lóndres á visitar al príncipe regente, quien manifestara vivos deseos de conferenciar con él acerca de los más altos intereses de la sociedad.

Así como los infortunios de Pio VII le popularizaron tanto como su bondad, el seductor embeleso que respira la persona toda del cardenal ministro contribuia tanto á lo ménos como la profundidad de sus ideas políticas á la fama de su nombre. Consalvi llega á Lóndres, á la ciudad en que cada año

Digitized by Google

es quemado el Papa en efigie en un protestante auto de fe, y de la cual están proscritos de derecho los miembros del Sacro colegio; y rodeado allí de la altiva aristocracia británica tan envanecida con sus timbres, poderío, bienes y religiosas preocupaciones á las que honra con tantos privilegios, Consalvi, vestido con su traje oficial, muestra por fin á los ingleses lo que es un cardenal. El príncipe regente que le conoce y ama le da el nombre de amigo, y los plenipotenciarios de la Gran Bretaña reciben órden «de sostener y favorecer cuantas peticiones presente el cardenal al congreso de Viena, pues todas sus peticiones serán justas.»

Así hablaba en aquel tiempo el gobierno británico de la Iglesia romana. En las conversaciones íntimas y familiares que Jorge IV se complacia en provocar explícale Consalvi la situacion del Papa y los obstáculos de toda clase que debian encontrar la restitucion de las tres Legaciones y la de Benevento y Ponte-Corvo. Todas se encarga de allanarlas el príncipe regente movido por respeto al soberano y por cariño al embajador. Y ¡cosa singular! hasta manifiesta deseos de cooperar á la nota que en aquel entónces redactaba Consalvi. Y en efecto, la nota diplomática en que se formulan claramente las reclamaciones de la Santa Sede fue escrita en frances por un cardenal secretario de estado del Pontífice con la colaboracion de un rey de Inglaterra, y como si Consalvi hubiese querido tomar, por decirlo así, posesion solemne de la amistad con que le honraba el monarca de la Gran Bretaña, fechóla en Lóndres en 23 de junio de 1814 (1).

Llegado á Viena bajo muy felices auspicios Consalvi tomó parte en los célebres tratados que por tanto tiempo constituyeron el derecho público europeo; y objeto allí de acatamientos y obsequios que con respetuosa deferencia hacia refluir en el Pontífice de quien era legado, el cardenal, enterado de los secretos pensamientos y combinaciones de todos, pero no solicitando para Roma sino aquello que habia de reclamar estrictamente, colocóse en el congreso en lugar excepcional. La division de almas, el reparto de territorios á que asiste, la lucha de rivales intereses cuyas mudanzas se complace en observar atento, comunican poco á poco á su carácter una autoridad verdaderamente conciliadora. Grandes ingenios abogaban ó trataban de importantes causas: el príncipe de Metternich, el de Hardenberg, el duque de Wellington ó lord Castlereagh, el príncipe de Talleyrand y el conde de Nesselrode discutian un nuevo código para las naciones: del pico de sus plumas tenian pendiente á Europa, y cansada esta por veinte años de desastrosas

(1) El tiempo y la separacion no fueron bastantes á alterar su amistad, pues Jorge IV quiso mantener seguida y familiar correspondencia con el cardenal. Deseoso cierto dia de ofrecerle un recuerdo digno de ambos, dispuso el rey de Inglaterra que se fabricara en las Indias una exquisita tela de escarlata para regalarla á su amigo el cardenal, procurando hacer suyo ántes al ayuda de cámara Giovannino para que vistiera á su señor con la púrpura británico-índica sin que aquel observara el cambio. En efecto, pensativo ó distraido como siempre, el cardenal no reparó en ello y se presentó en una capilla pontificia con su magnífico hábito. Felicitado al momento por los demas cardenales retiróse sin dilacion poseido de sorpresa, y entónces supo lo tramado contra su modestia por el rey de Inglaterra. El magnífico vestido fue ofrecido por Consalvi á una pobre iglesia del Agro romano.

Digitized by Google

guerras, condescendia inmóvil en adiciones y segregaciones, pues era tal la necesidad que de reposo experimentaba, que la paz, aun á costa de muy penosos sacrificios, le parecia la mayor felicidad.

En el tratado de Tolentino Roma habia cedido las Legaciones á la república francesa; Austria habíase apoderado de ellas, y Napoleon las recobró despues. Consalvi solicita que aquellas fértiles provincias vuelvan á la Santa Sede de la cual son el más rico patrimonio, y como la revolucion sólo tiene en el congreso de Viena una voz tímida y débil, no puede oponerse á la restitucion sino con efugios y evasivas. En esto una carta del príncipe regente al emperador Alejandro de Rusia concluyó el asunto: era aquella para el ingenio diplomático la época de los milagros, y apelando el cardenal á los recursos del suyo presentóse el jefe de la iglesia anglicana como abogado intercesor de la Iglesia católica cerca del jefe de la iglesia rusa.

«El príncipe regente, escribió el cardenal Consalvi en 19 de noviembre, realiza portentos: el principio de la restitucion ha sido aceptado por el emperador Alejandro; quedan ya establecidas las bases de la misma, y merced á un auxilio por cierto muy inesperado volverémos á entrar en posesion de nuestras amadas provincias. Lo mismo sucederá, así por lo ménos lo creo, respecto de otras prerogativas, no tan provechosas en el concepto territorial, pero igualmente esenciales para la dignidad de la Santa Sede. En los últimos tiempos fue excesivo por demas el apartamiento de la Iglesia, y hora es ya de que, ocupando otra vez preferente lugar por el esplendor de sus virtudes y talentos, favorezcan los príncipes de la tierra una intervencion que se considera como una necesidad social.»

Palabras eran estas de Consalvi que anunciaban importantes negociaciones. Al considerar el cardenal la confusion que reinaba en el cuerpo diplomático, al ver que cinco potencias eran las que dictaban la ley á las monarquías segundarias, y que el punto de preeminencia, varias veces debatido en el congreso, no habia podido ser nunca resuelto y amagaba ser causa más tarde de dificultades que todos preveian, procuró que lord Wellington las comprendiera, siendo la idea del cardenal dignamente apreciada por el buen sentido práctico del general embajador. Wellington no era en verdad un grande hombre, mas era en toda la acepcion de la palabra un gran ingles, y conociendo que siempre disputarian á su nacion la preeminencia diplomática Francia, Austria, Prusia y Rusia, aceptó «salva fide,» segun decia sonriendo á Consalvi, la proposicion que este le hacia. La preeminencia era entónces como ántes tea de discordia, é importaba fijar y deslindar un derecho tan disputado, causa en otro tiempo de sangrientas guerras, ya que las potencias proclamaban la necesidad de una paz duradera. Esto dice y repite Consalvi al duque de Wellington, y tan bien supo prepararle, que el embajador de la Gran Bretaña creyó haber dado con el medio de conciliarlo todo, y propuso que los nuncios del Papa fuesen de derecho en todas las córtes presidentes natos del cuerpo diplomático.

Esta era la idea del cardenal, emitida, adoptada y considerada como propia por el gobierno cuyas tendencias debian hacerle mayor oposicion. Aduci-



da en las reuniones íntimas de los diplomáticos bajo la forma de una transaccion honrosa para todos, no hubo potencia que formalmente la impugnara, y sólo Prusia manifestó algunos resabios de enemistad que se desvanecieron muy pronto á impulso de la leal aprobacion del emperador Alejandro. «En el concepto religioso, dijo este al cardenal Consalvi, es cabeza el Papa de la mayor comunion de cristianos; en el concepto político es de derecho neutral, de modo que si tuviese yo el honor de encontrarme con él en una conferencia de soberanos no quisiera otro presidente que Su Santidad; hagan, pues, mis embajadores por sus nuncios lo que yo me preciaria de hacer por su persona.»

Así, pues, el derecho de preeminencia, cuya negociacion fue conducida con rara habilidad, quedó concedido á los nuncios apostólicos: en todas las córtes, como así se practicaba desde tiempo inmemorial, hubieron de ocupar el primer lugar. Pero no debian ni podian limitarse á ello las justas reclamaciones: desde el año 1790 la idea revolucionaria, realizando el más ardiente deseo de sus maestros, habia comenzado el despojo de la Santa Sede, y riñas sangrientas, manifestaciones culpables y provocadoras amenazas habian ido preparando en el condado Venesino y tambien en la misma ciudad pontificia de Aviñon el entusiasmo de las votaciones unánimes en que se complace la revolucion en apoyar su tiranía. Encerrado aquel territorio pontificio en medio de Provenza, habíase hecho frances por la fuerza misma de las cosas; pero el despojo, necesario quizá en el concepto geográfico, no dejaba de ser despojo. En diplomacia lo mismo que en moral los derechos no prescriben nunca: de sus predecesores los habia recibido Pio VII, y en nombre de los que debian sucederle los sustentaba, protestando el cardenal Consalvi de lo sucedido en una nota de 14 de junio de 1815, dirigida á los ocho ministros de las altas potencias que firmaron el tratado de Paris de 30 de mayo de 1814 y el de Viena de 9 de junio de 1815.

Consalvi se expresa en estos términos:

«El infrascrito cardenal secretario de estado de Su Santidad y su ministro plenipotenciario en el congreso de Viena presentó, con nota de 23 de octubre de 1814, una instancia del Padre Santo para alcanzar la devolucion á la Santa Sede de cuantos territorios habia perdido en distintas ocasiones por injusto despojo en el discurso de la revolucion francesa.

«Al hacer semejante instancia no obedeció Su Santidad á espíritu de dominacion ni interes: de sobra ha probado que designios semejantes no constituyen la norma de su conducta.

«Los solemnes juramentos que prestó cuando su elevacion al pontificado, la estricta obligacion que contrajo como administrador de los bienes de la Santa Sede de conservarlos, defenderlos y recobrarlos; su deber como Cabeza que es de la Iglesia de atender á lo que la religion necesita y á los gastos que son indispensables para el servicio de los fieles, y finalmente la precision de sostener de un modo conveniente su dignidad y representacion, le pusieron en el caso de reclamar la totalidad de los dominios de la Santa Sede apostólica.

Digitized by Google

«Las potencias reunidas en el congreso han acogido favorablemente las reclamaciones de Su Santidad, y las tres legaciones de Ravena, Bolonia y Ferrara, excepto la porcion de esta última situada en la márgen izquierda del Po, como tambien las Marcas con Camerino, Benevento y Ponte-Corvo, han sido devueltas á su legítimo soberano.

«Su Santidad por medio del infrascrito manifiesta su agradecimiento á los augustos soberanos con cuyo auxilio ha recobrado las indicadas provincias.

«Pero una vez cumplida esta obligacion el Padre Santo se encuentra á pesar suyo en la necesidad de exponer sus sentimientos acerca de aquellos dominios de la Santa Sede en los cuales no ha tenido aun la satisfaccion de ser restablecido.

«La provincia de Aviñon, el condado Venesino y la parte de la legacion de Ferrara ántes expresada continuan segregados del patrimonio de la Santa Sede.

«Si se considera la índole especial de las posesiones de la Iglesia y se traen á la memoria las declaraciones que hizo Su Santidad por medio del infrascrito al abrirse este congreso, es á saber, que jamas podria consentir en desmembracion alguna de los dominios de la Santa Sede, se comprenderán los móviles del paso que se ve ahora en la precision de dar.

«El Padre Santo faltaria á su deber si en la ocasion presente dejase de afianzar por medio de sus protestas los imprescriptibles derechos de la Sede apostólica.

«La ciudad de Aviñon, adquirida por la Santa Sede á título oneroso y poseida por espacio de cinco siglos, y el condado Venesino, adquirido y poseido desde época más remota aun, son muy interesantes por la misma antigüedad de su posesion, los recuerdos que ofrecen y el número de sus habitantes y la riqueza de sus producciones para que pueda la Santa Sede dejar de protestar al perderlos.

«La misma asamblea nacional que, despues de decretar por dos veces ser inaceptable la reunion de esas provincias á Francia, las arrebató al fin á la Santa Sede apostólica en 1791, no se atrevió á privar esta de tan antigua y legítima propiedad sin disponer al mismo tiempo que se le diese una compensacion proporcionada á lo que se le quitaba, para lo cual insertó en su decreto las siguientes palabras: «Ruégase al poder ejecutivo que abra negociaciones con la córte de Roma para las indemnizaciones y compensaciones que á esta sean debidas.»

«Los monarcas de Europa, ante los que adujo entónces sus reclamaciones el Sumo Pontífice Pio VI, expusiéronle su modo de sentir sobre el asunto. La inmortal Catalina II manifestó expresamente «estar dispuesta á contribuir luego que fuese posible á la restitucion de las posesiones de que despojara un poder ilegítimo á la corte de Roma.» El prudente emperador Leopoldo II, al expresar á Pio VI iguales sentimientos, dijo «que lo hacia porque nada tan justo podia existir en la tierra y porque á los soberanos todos interesaba que jamas prescribiese de modo alguno semejante


Digitized by Google

atentado.» El virtuoso Luis XVI participó al mismo Pontífice «que luego que le fuese dable le devolveria el condado Venesino.»

«El tratado de Tolentino, arrancado á Pio VI por un gobierno que le arrebatara aquellos territorios á consecuencia de una agresion inmotivada é injusta, no puede en manera alguna considerarse como título para privar de dichas provincias á la Iglesia romana.

«En primer lugar es muy doloroso que la Santa Sede haya de ser privada de sus dominios por una causa no tenida en cuenta respecto de los demas príncipes obligados como ella, á impulso de una preponderancia que todo lo arrollaba, á celebrar tratados y á hacer concesiones. Pero esta objecion fundada en el tratado de Tolentino es en sí tan hueca y vana que no hay necesidad de apelar á argumentos extrínsecos para dejarla sin valor.

«Tampoco la hay de aducir contra el mismo tratado el cúmulo de razones con que puede ser impugnado, bastando para anonadar cualquiera objecion en contrario las reflexiones siguientes:

«Una agresion no provocada y desprovista de cuanto puede por el derecho de las naciones legitimar una guerra, una agresion contra un estado inocente y débil que ha declarado solemnemente su neutralidad en la lucha que agita á otros estados, está fuera de todo derecho humano, y el tratado que sea consecuencia de agresion semejante debe ser por esencia nulo y sin validez alguna.

«Pero aun cuando á despecho de la verdad de estos principios se admitiese la validez de un tratado de la naturaleza dicha, no cabe duda en que estipulándose en el de Tolentino la conservacion de los restantes estados de la Santa Sede en cambio de las cesiones que se la arrancaron, y habiendo poco despues el mismo gobierno que prometiera la expresada conservacion invadido sin causa legítima cuanto quedaba de dichos estados pontificios, fue con esto anulado y destruido el tratado por aquel mismo gobierno, el cual habia sido á la vez agresor y violador de aquellas estipulaciones.

«La hipótesis de que la infraccion de un tratado se limita á suspender sus efectos sin invalidarlo, es abiertamente contraria á los principios más esenciales y por todos recibidos del derecho de gentes. Grocio dice «que los artículos de un tratado equivalen á otras tantas condiciones cuyo incumplimiento lo hace nulo.» Vattel, al tratar del axioma de que los tratados contienen promesas perfectas y recíprocas, establece «que el aliado ofendido ó perjudicado en lo que es objeto del tratado puede escoger entre estos dos extremos: obligar á la otra parte á cumplir lo estipulado, ó declarar roto el tratado por el incumplimiento de que ha sido objeto.» Y en otro punto añade: «Siempre que una de las partes contratantes viola el tratado de paz es potestativo en la otra declararlo roto.»

«Y estos principios tienen aun fuerza mayor siempre que la violacion del tratado ha sido llevada por una de las partes contratantes hasta el punto de destruir á la otra. Siempre que esto suceda la parte destruida deja de tener la menor obligacion respecto de su destructor, así como este pierde todos los derechos sobre ella. Vattel dice: «Siempre que un estado es des-

Digitized by Google

truido ó subyugado por un conquistador, desaparecen todos sus tratados junto con el poder público que los consintiera.»

«Es cierto que luego de destruida renació en el año 1800 la soberanía temporal del Pontífice romano; pero esto no fue obra del gobierno destructor con el cual no se estipuló nuevo pacto alguno, quedando por consiguiente las cosas en el mismo estado que se hallaban en la época de la destruccion del gobierno pontificio, de modo que el tratado de Tolentino, abolido ya por el gobierno frances, continuó invalidado como ántes y no puede ahora producir efecto alguno.

«Si á tenor de las autoridades citadas se invalidan en vez de suspenderse los tratados violados entre dos gobiernos, aunque sean legítimamente beligerantes y aunque uno de ellos no haya sido destruido por el otro, hasta que nuevos convenios vienen á dar fuerza á los antiguos, ¿dónde está, considerando el punto en este último concepto, el nuevo tratado entre el gobierno frances y Pio VI, destronado por aquel y muerto cautivo en Francia? ¿Dónde el celebrado sobre este asunto entre el gobierno frances y Pio VII? En parte alguna: á existir entre ellos tratado semejante, este y no el de Tolentino habria de tomarse por norma para determinar las relaciones políticas entre la Santa Sede y Francia.

«Apénas el Padre Santo que actualmente reina fue elevado al Pontificado Supremo dió comienzo á sus reclamaciones respecto de las provincias arrebatadas en el tratado de Tolentino, y protestó de su pérdida con mayor libertad de la que tuviera Pio VI, fundado tanto en la nulidad de dicho tratado como en haber sido destruido por el mismo gobierno frances. Así, pues, los derechos de la Santa Sede sobre las mencionadas provincias quedaron siempre expeditos é intactos, y Francia y otros en su nombre no pueden en manera alguna fundar derecho en un título nulo por esencia y evidentemente destruido.

«Las mismas potencias aliadas reconocieron la nulidad y rompimiento de dicho tratado: cuando en el artículo tercero del tratado de Paris de 30 de mayo se estableció que Francia conservara Aviñon y el condado Venesino, las potencias aliadas, léjos de alegar como fundamento el tratado de Tolentino, consideraron indispensable, segun expresa el citado artículo, señalar á Francia la posesion de aquellos territorios, manifestando así que no era á sus ojos suficiente el tratado de Tolentino para incorporar á Francia aquellas dos provincias de la Santa Sede.

«Pero el tratado de Paris, celebrado sin la menor intervencion por parte de esta, no pudo perjudicarla en sus derechos, y aunque el Santo Padre vió con sentimiento que así se disponia de una porcion tan importante de las propiedades de la Sede apostólica y por medio del infrascrito se quejó en las notas presentadas en Paris, Lóndres y Viena así al gobierno frances en particular como á los ministros de las potencias aliadas y al congreso en general, estuvo siempre en la persuasion, conforme lo declaró expresamente el infrascrito en su última nota de 23 de octubre, de que: ó Franca, no querria conservar aquellos territorios en perjuicio del soberano legítimo

Digitized by Google

ó la Santa Sede recibiria por ellos una indemnizacion territorial proporcionada al valor de las provincias perdidas, indemnizacion, repetimos, decretada por la misma asamblea que despojó de ellas á la Iglesia romana.

«Esta indemnizacion no se le ha dado, y por lo mismo Su Santidad tiene derecho á obtenerla ó á ser reintegrado en la posesion de aquellos antiguos dominios de la Santa Sede; hasta que una ú otra cosa suceda el Padre Santo está en el deber estricto de reservarse, á ejemplo de sus predecesores, los derechos que tiene la Santa Sede sobre dichas provincias.

«Iguales razones pueden aplicarse á la parte de la legacion de Ferrara situada en la márgen izquierda del Po, propiedad de la Santa Sede desde hace muchos siglos. Aquel territorio que permanece aun sustraido á su dominacion debe por necesidad ir incluido en la protesta; mas los religiosos sentimientos de S. M. imperial y real apostólica y las pruebas de buen afecto que de ella ha recibido el Padre Santo, le persuaden de que en la contigüidad en que están ambos estados hallará fácilmente S. M. el medio de indemnizar á la Santa Sede.

«En virtud de lo acordado Austria tendrá derecho de guarnecer las plazas de Ferrara y Comaquio devueltas al dominio del Sumo Pontífice; pero como esta disposicion, contraria á la libre é independiente soberanía de la Santa Sede y á su sistema de neutralidad, podria acarrearle hostilidades con gran perjuicio de sus derechos imposibilitándole para el ejercicio de los mismos, el infrascrito vese obligado á protestar tambien formalmente sobre el indicado punto.

«El infrascrito se lisonjea de que sus justas protestas en nombre del Padre Santo, encaminadas á afianzar los derechos de la Santa Sede apostólica, producirán el deseado efecto, así por lo que toca á las restituciones ó indemnizaciones como por lo referente á lo de las guarniciones de Ferrara y Comaquio de que se habla en esta nota.

«En tanto el infrascrito cardenal, conformándose con las órdenes de Su Santidad y siguiendo el ejemplo de los legados de la Santa Sede enviados á distintos congresos, y en especial el de Fabio Chigi, obispo de Narda, en el congreso de Westfalia, tiene el honor de entregar á su excelencia el Sr..... la adjunta protesta referente á los acuerdos del congreso sobre intereses temporales de la Santa Sede, rogando que se continue en el protocolo.

«El infrascrito tiene el honor de renovar á su excelencia la seguridad de su distinguida consideracion.

« H. Card. Consalvi.

«Viena, 14 de junio de 1815. »

Segun el cardenal Consalvi, autorizado intérprete de la Sede apostólica, no tiene esa nota por objeto la reivindicacion absoluta de una provincia y una ciudad que en sus costumbres, recuerdos y monumentos ha conservado la indeleble huella de los Papas, quienes residieron y reinaron en ella, ora


Digitized by Google

en persona, ora por medio de sus vicelegados, sino que esa reivindicacion que los plenipotenciarios de Rusia, Prusia é Inglaterra, junto con los embajadores de las córtes católicas apoyan como un acto de equidad, no pasa de ser para Francia un asunto de indemnizacion territorial. Durante los cien dias, la víspera de la batalla de Waterloo, agitóse ese punto en el congreso, y satisfecha la Iglesia al verlo aceptado y patrocinado por la Europa toda, nunca pensó en abusar de su derecho, sino que esperó confiada en la palabra de los monarcas cristianísimos. Los acaecimientos, empero, pudieron más que los hijos primogénitos de la Iglesia, y de este asunto sólo queda en la historia el testimonio diplomático del cardenal Consalvi.

De regreso el cardenal á Roma despues de un viaje en que alcanzara tantos triunfos como frutos, al abrazarle el Papa pudo aplicarle las palabras de la Sagrada Escritura: « El embajador fiel y leal es para quien lo envia lo que la frescura de la nieve durante la siega: lleva el reposo y el contento al alma de su Señor. »

Y en efecto, el Pontífice reposaba y confiaba enteramente en el cardenal, y puede decirse que nunca hubo quien como este desplegara tantas dotes para devolver á la Iglesia romana el esplendor que la revolucion habia querido empañar. Era aquella la hora de las reparaciones, así para los reyes como para los pueblos, y con infatigable constancia ocupóse Consalvi en desenvolver en los estados pontificios el público bienestar. Admirador inteligente de las bellas artes, amante de lo bello y magnífico, llamó al rededor de la Sede apostólica á cuantos hombres ilustres entónces florecian; fue amigo de Canova, de Thorwaldsen y de Camuccini, confidente y benévolo censor de Niebuhr, el historiador diplomático, y protector de Cimarosa que acababa en aquel tiempo su carrera, y de Rossini que daba por ella los primeros pasos. Entre las ridículas ú odiosas revoluciones que se sucedieron en la incredulidad, Roma habia visto oscurecerse poco á poco el brillo de su nombre, y aunque Europa permanecia católica no creia que fuese posible la existencia de un nuevo Leon X.

Consalvi se complugo en coronar con esta última auréola la frente de Pio VII, y el bronce y el mármol difundieron de nuevo lo bello en la Aténas del catolicismo. Emprendiéronse y lleváronse á cabo grandes obras públicas, y espléndidos festejos celebraron la presencia de los emperadores y reyes que, como los soberanos de Austria y Prusia, iban á honrar á su capital al Pontífice cuyos infortunios eran gloria de la humanidad.

Felices años trascurrieron entre las alegrías y tribulaciones insuperables del Pontificado. La Francia del primer cónsul habia dado un paso decisivo hácia Roma, y la Francia de los Borbones no se quedó rezagada en la manifestacion católica: el concordato de 1801 fue la señal primera de reconciliacion, y el de 1817 puso el sello y dió cima al gran suceso cuyas bases sentaran Bonaparte y Consalvi. Al encargar el rey Luis XVIII al conde de Blacas que representara á Francia junto á la Santa Sede, el presidente del consejo de ministros duque de Richelieu dió al nuevo embajador entre otras instrucciones las siguientes:

Digitized by Google

«Procurará el embajador no hacer mencion alguna del concordato para que no infiera de ello la córte de Roma que le pide el gobierno la revocacion del mismo. Sobre este punto espinoso importa no lastimar en lo más mínimo la suma delicadeza de la Santa Sede, no manifestar de modo alguno que se la considera culpada, y evitarle hasta la apariencia de una contradiccion. Su deseo y objeto fueron sin duda salvar en Francia lo que quedaba de religion é iglesia, y su majestad tiene en cuenta, como es justo, la azarosa posicion en que se hallaba entónces la Sede apostólica. Esto no obstante sabe tambien que las disposiciones que se tomaron en circunstancias tan distintas y funestas para la iglesia de Francia no pueden ser aplicadas en su actual situacion, y está persuadido de que lo que podia ser conveniente para salvarla del naufragio no bastará ahora para regenerarla.»

En este punto opinaba el Papa lo mismo que el gobierno frances, y así no tardaron en quedar cumplidos los designios del Sacerdocio y del imperio. Pero la revolucion, que inclinara humilde la frente al firmarse el concordato de 1801, la levantó audaz al serlo el de 1817: vió que las ideas monárquicas y religiosas tomaban vuelo en Francia, España, Italia y Alemania, y que confirmadas y robustecidas por dolorosa experiencia iban desenvolviéndose por el mundo entero, y tomó sobre sí la tarea de contener aquel movimiento de los ánimos. Por medio de antiguos jansenistas, como el ex-padre del Oratorio Tabaraud, el conde Gregoire, el abogado Lanjuinais y el presbítero Pradt, á quienes la prensa liberal prestaba ciego y solícito auxilio, atacó el concordato que reproducia el de Francisco I con el papa Leon X, y ya que se veia privada de su derecho de arbitrariedad, dióse á hablar de constitucion y á aparentar constitucionalismo para recobrarlo.

Los últimos dias de aquel Pontificado largo y tormentoso fueron en apariencia sosegados. Pio VII manifestábase feliz con la ventura ajena, pero en su personal humildad de monje benedictino nunca olvidó que era Pontífice. Al cardenal Consalvi confió el cuidado temporal de recordárselo, y por su munificencia y el esplendor de su ingenio el príncipe de la Iglesia, apellidado en Europa la Sirena de Roma, era digno de semejante aparatoso encargo. Y lo cumplió congregando al rededor del trono á hombres distinguidos y sabios que de Castiglioni á Bernetti, de Fontana á Lambruschini, de Capaccini á Mai, de Buttaoni á Bartolucci fueron sucesivamente alumnos y amigos de Consalvi, herederos de su fama y continuadores de su política. Casi todos alcanzaron gran reputacion, y puede decirse que la merecieron.

Pio VII reinó por espacio de veintitres años, y espiró en 20 de agosto de 1823 colmado de dias, bienes y honores.

Las últimas palabras que profirieron los marchitos labios de Bonaparte agonizante habian sido; «Cabeza... ejército,» como si hasta en su agonía divagara la mente del guerrero por los campos de batalla que para él lo fueron tantas veces de victoria.

Las supremas palabras que murmuraron los labios del Pontífice fueron: «Savona y Fontainebleau.» ¿Expresaban un postrer remordimiento expiatorio de un acto de flaqueza, ó quizas el sublime perdon que en brazos de la muer-

Digitized by Google

te daba el perseguido á su perseguidor? Secreto es este de la Providencia; pero ello es que los dos hombres en quienes desde 1800 hasta 1815 se personificó la lucha entre la revolucion y la Iglesia acababan del mismo modo que acabará la lucha misma.

Napoleon moria en el destierro, penetrado de fe y de arrepentimiento; Pio VII entregaba á Dios su alma cándida y pura rogando por los enemigos de la Sede romana cuyo infortunio viera y consolara.

Cinco meses despues, en 24 de enero de 1824, espiró á su vez el cardenal Consalvi, quien, aunque ya no gobernaba, gozaba en su retiro de cuanta consideracion va unida al poder en ejercicio; como Saul y Jonatas, padre é hijo, ni la muerte fue bastante para separar al Papa y á su ministro. En el Vaticano, en Windsor, en las Tullerías, en Potsdam y en el palacio de San Petersburgo fue honrada con lágrimas la memoria de aquel que para el pueblo de Roma es aun el gran cardenal por haber sido animoso campeon de la Santa Sede, de aquel «cuya memoria, sirviéndonos de una bella expresion de Bossuet, será siempre lozana y fresca y grata á la Iglesia como suave aroma (1).»

La vida puede consagrar á la muerte muy pocos minutos fugaz como es; sigamos por lo mismo como ella el precipitado vaiven de los sucesos.

Salida de Francia á donde vuelve en determinadas épocas para cobrar nuevas fuerzas respirando los aires nativos, la revolucion da la vuelta al mundo. El emperador Napoleon refrenóla con su acero; mas él caido, levanta otra vez la frente, y ella, que habia combatido los principios todos, comprende al fin la necesidad de concentrar la guerra contra la Iglesia y de hacerla al menudeo en caso necesario. Desde aquel momento esa guerra, aunque sostenida por los mismos hombres, no emplea ya iguales medios; la república no es mas que una pesadilla, el imperio una odisea de inmortales desastres, pero la revolucion queda en pié como prenda y caucion de los intereses y pasiones que ha excitado. Valiéndose de astucia ó violencia propónese hacer entrar en la turquesa demagógica los poderes de derecho y de hecho; en su mano tiene conspiraciones, utopias, asesinatos y conflagraciones de toda clase, así para las monarquías hereditarias como para las demas formas de gobierno; el objeto de su encono no es ya un rey ni una república, sino el órden social.

La revolucion ha sido vencida por la Iglesia, y sin embargo logra trocar en victoria su derrota: obra fue esto, ó por mejor decir delito no pensado de los políticos y estadistas moderados y conciliadores de oficio, hombres que, gloriándose y reportando provecho de no profesar ninguna opinion extrema y consagrándose bajo todos los gobiernos á los empleos lucrativos, asemójanse á lapachares entre dos rios: no son agua ni tierra, sólo sí arena movediza.

Las sociedades secretas se prestan al deseo de popularidad á toda costa que es incurable dolencia de oradores, poetas y ministros. En ellas se establecen fábricas de grandes ciudadanos, échanse remiendos á constituciones,

(1) *Obras completas de Bossuet*, t. XI, p. 176.

Digitized by Google

y en los distintos mercados de Europa proceden á la remonta revolucionaria. Poco tardarán en abrir escuelas de hipocresía parlamentaria y de incredulidad filosófica, y en enseñar al primero que se presente á interpretar en su favor su propio juramento y las leyes. Tácito, que ahonda en el mal, habia dicho: «En otro tiempo estos vicios, eran vicios pero los vicios de otro tiempo son las costumbres del nuestro.»

La revolucion tuvo á honra confirmar ese juicio de los siglos. Sólo en último extremo y por decirlo así en caso desesperado cree en la grandeza de alma y en los honrados sentimientos, y sin embargo se constituye en magistrado de las conciencias y se declara árbitro jurado de los principios y costumbres, al tiempo que para que olviden su deber gobernantes y gobernados, confiere toda clase de virtudes cívicas á los que ciertamente carecen de toda inteligencia.

La revolucion habia perdido quince años: una hora le basta para desquitarse.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

Digitized by Google

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS QUE CONTIENE ESTE TOMO PRIMERO.

LIBRO PRIMERO.

PIO VI Y LA REVOLUCION FRANCESA.

Digitized by Google

Digitized by Google

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO.

Digitized by Google

Digitized by Google

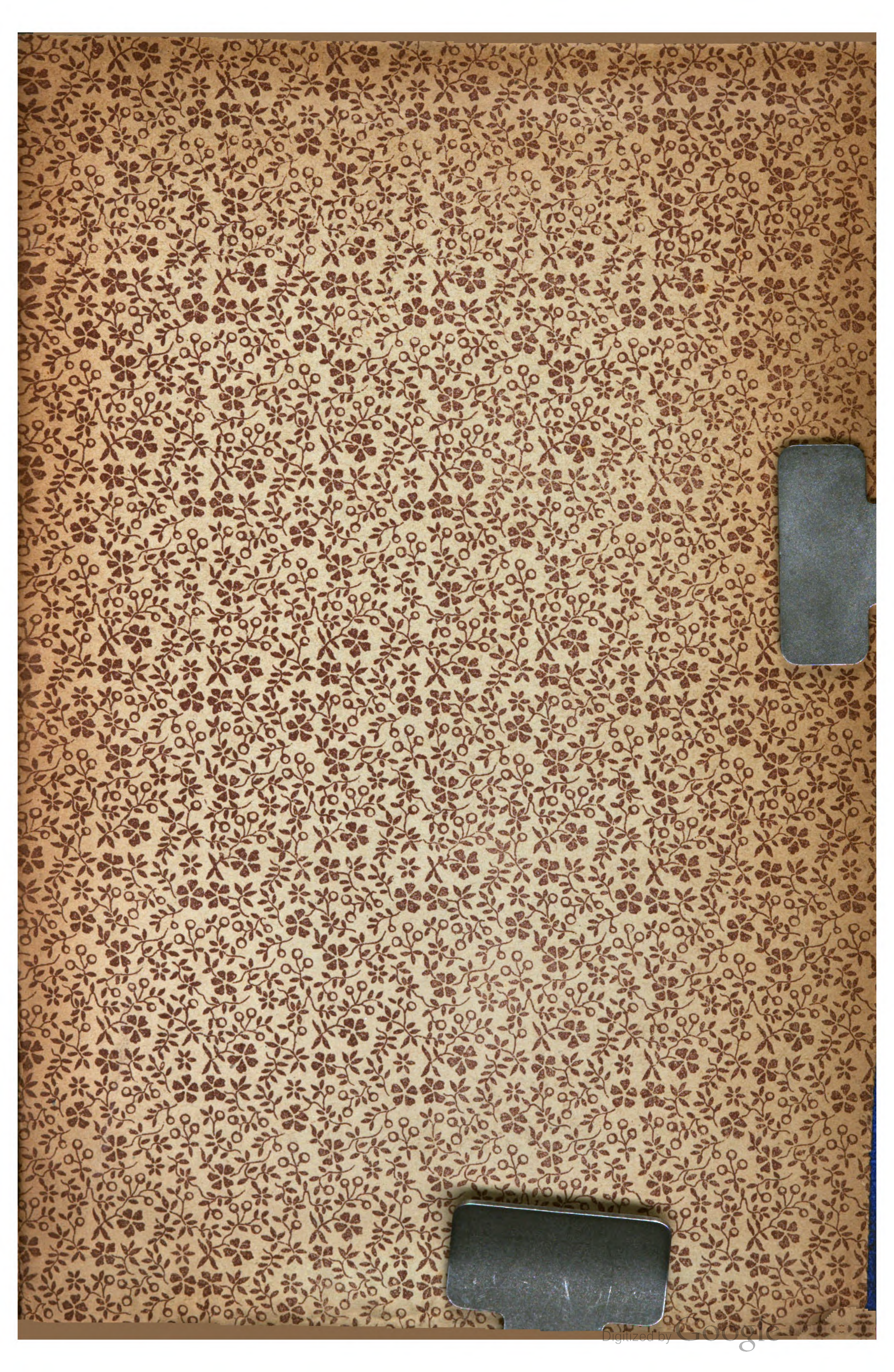
Digitized by Google

Digitized by Google

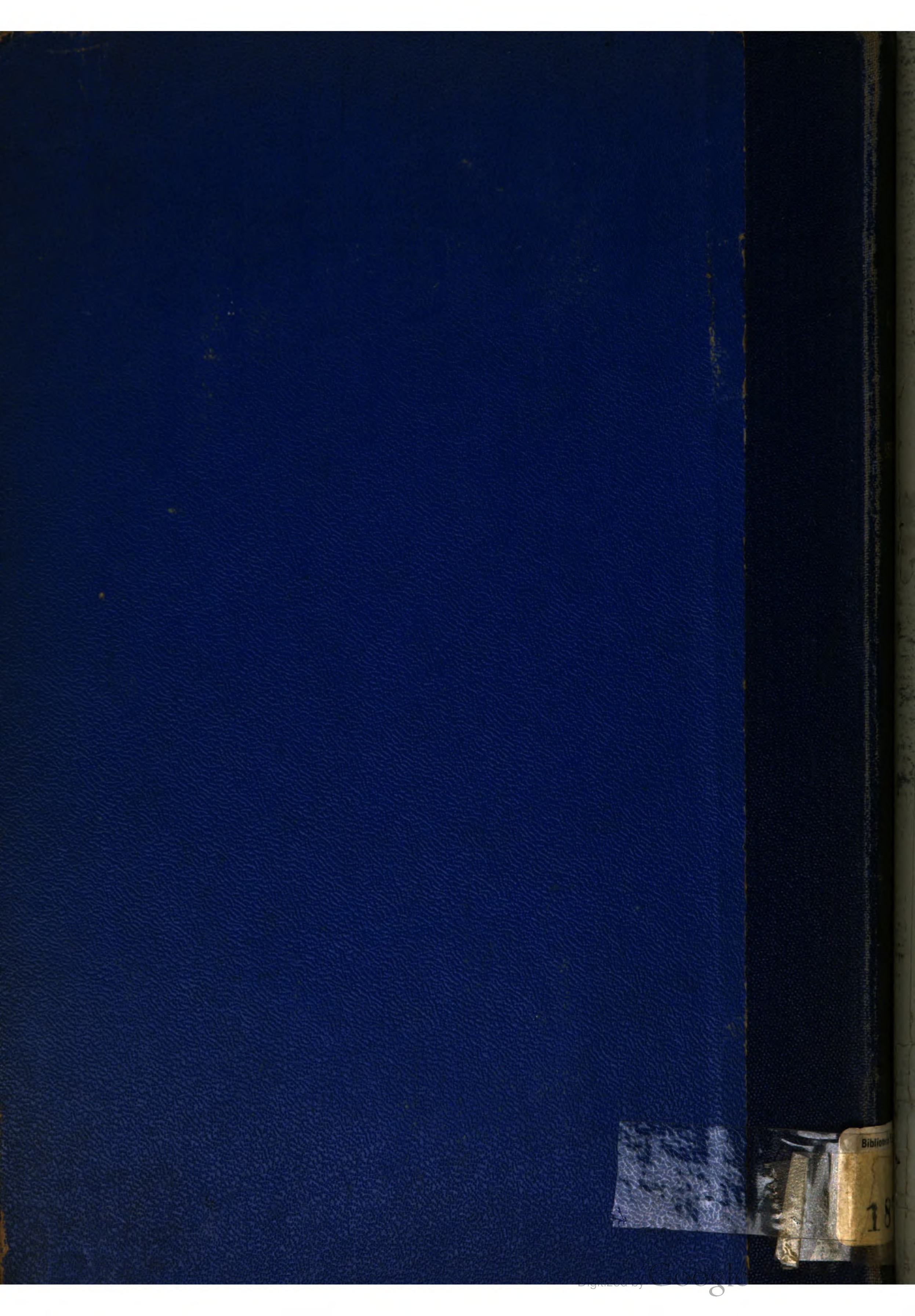
Biblioteca Episcopal de Barcelona
13030000005068
Digitized by Google



Digitized by Google



Digitized by Google



Digitized by Google